





# CIUDAD MARÍA

Jordán Dorado



A María



La diferencia entre los locos y los genios está en el éxito.

Anónimo





Aclaración del autor: Todo lo que se narra a continuación pertenece al mundo de la ficción: personajes, lugares, situaciones, empresas... son producto de la tremenda imaginación del narrador. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.





Una intensa lluvia golpeaba con inusitada fuerza los amplios ventanales de la facultad de ciencias de la Universidad Aristóteles de Tesalónica, en la costa griega del mar Egeo. No eran frecuentes en esa época del año unas precipitaciones tan intensas, daba la impresión de que el cielo quería dejar constancia de su presencia en lo que bien podía ser un día histórico. Como todos los momentos decisivos de una vida, que llegan un martes por la tarde cuando nadie les espera, el profesor Charles Bay aguardaba en el interior de una fría y amplia aula a que tomaran asiento una veintena de personas, todos periodistas, viejos amigos algunos de ellos. El viejo maestro se apoyaba en un extremo de la mesa que había sobre el entarimado, mientras con una simple mirada agradecía la presencia de los hombres que apenas llenaban la mitad de las sillas con que contaba aquella clase. Algunos de ellos portaban pequeños equipos para recoger el sonido mientras que otros, los más, se afanaban en instalar pequeñas microcámaras portátiles de televisión sobre las mesas o en pequeños trípodes. Muchos se saludaban como viejos colegas de profesión y varios de ellos, a pesar de las diferencias profesionales que pudieran tener, se estrecharon la mano con cortesía.

Tras unos minutos inundados con el murmullo de los periodistas preparando su material y sus equipos, finalmente el profesor Bay, tras cerrar la puerta del aula, se decidió a hablar, haciendo gala de la serenidad que siempre transmitía de forma innata.

-Ante todo les agradezco a todos ustedes su presencia hoy aquí. Les pido disculpas por los inconvenientes que hayan podido sufrir en su viaje y por dedicarme su tiempo. Desde mi país, Estados Unidos, John Albert, del New York Times y Lewis Harris, del Washington Post. De Francia, Pierre Blanc, de la revista Paris Match. Desde Alemania, Alex Sönnner, de la agencia Reuters Digital. Hola Alex, bienvenido –dijo con una amable sonrisa dibujada bajo la barba gris que cubría su rostro.

De este modo saludó individualmente y en público a los veinte periodistas llegados desde todos los puntos del globo: Japón, Europa, África, Oceanía... representando a medios, agencias, periódicos y publicaciones técnicas y científicas como la revistas Science o Nature.

Unos golpes de nudillo en la puerta del aula le interrumpieron aquellas primeras palabras. Una mujer oriental tan anciana como el profesor, pero que irradiaba mucha más energía que él, abrió la puerta lentamente, para que entrara en el aula un hombre blanco a bordo de una silla de ruedas de colores negro y plata. El hombre, de mediana edad, llevaba los brazos y las piernas encogidos, era obvio que llevaba años sin poder moverlos. Su cabeza estaba ladeada, y su boca inmóvil y ligeramente abierta. Sin embargo conservaba la movilidad en sus párpados, y con ellos parecía comunicarse con un pequeño ordenador a través del cual manejaba la propia silla y un sistema de comunicación. Vestía un sobrio traje marrón, sin corbata.

-Perdón por el retraso. El tráfico estaba imposible –sonó una formal y viril voz masculina que él emitía a través de un moderno altavoz instalado la silla de ruedas –dijo mientras recorría la sala hasta colocarse en la última fila, como un periodista más, ante la mirada de sorpresa de todos los asistentes a aquella extraña conferencia.

-Perdone, su nombre es...

-Phoenix. Phoenix Airam.

Los periodistas le observaron con una mezcla de asombro y admiración. Se oyeron murmullos.

-Bienvenido, y encantado de conocerle. Todos hemos oído hablar de usted. Su blog sobre política y nuevas tecnologías es muy influyente en según que círculos de internet.

-Gracias a usted por invitarme -agradeció a través de aquella voz que parecía sacada de algún especialista en doblaje de películas de Hollywood de la década de 1950, mientras se situaba en una de las filas junto a los demás corresponsales.

-Alguno de vosotros –prosiguió el profesor Bay- me conocerá personalmente, otros no. A éstos les aviso que no se pierden nada especial. Algunas risas amistosas se escucharon tras el comentario.

-Tan sólo soy un hombre normal, al que la vida le ha hecho testigo de unos sucesos excepcionales. El motivo de que les haya convocado hoy a todos ustedes a esta inusual rueda de prensa es porque voy a morir.

No les dio tiempo a comentar nada a los asombrados periodistas ya que enseguida aclaró su comentario.

-...pero tranquilos, no me voy a morir ya. Todos moriremos algún día. Simplemente estoy enfermo. Los médicos me han diagnosticado el mal de Alzheimer. Como ya saben, es una terrible enfermedad neurodegenerativa que va acabando con la memoria poco a poco y no tiene cura. Por eso he creído que ha llegado el momento de exteriorizar y compartir todas mis memorias y recuerdos para que no se pierdan para siempre en el olvido.

Entre las condiciones que puse para celebrar esta reunión, pedí que no se transmitiera en directo, hasta que no nos encontremos mi mujer y yo en un lugar seguro. De ahí que me haya permitido la licencia de instalar un inhibidor de transmisiones –dijo señalando a un pequeño aparato cuadrado y negro anclado en el techo del aula, junto a los focos de iluminación-. Tal vez por eso les cueste configurar sus equipos de transmisión. Emite una onda que impide cualquier tipo de emisión desde esta sala.

Algunos de los periodistas se dieron por aludidos y se avergonzaron, retirando de encima de las mesas los minúsculos equipos de retransmisión en vivo que se habían afanado en instalar.

-Sin embargo –prosiguió-, tienen mi autorización para realizar todo tipo de grabaciones o fotografías y utilizar el material de la forma en que ustedes crean conveniente. De todas formas, he instalado una antigua videocámara de mi propiedad en el aula, y se les dará una copia íntegra de la grabación a todo el que la solicite, cuando finalicemos.

Los periodistas giraron la cabeza hacia el fondo de la habitación, y les sorprendió el no haberse fijado en una videocámara de aficionado apoyada en un trípode casero al final de la estancia.

El profesor caminó a través de la habitación y en uno de los laterales accionó los controles táctiles para cerrar completamente las persianas y bajar la intensidad de la luz hasta apenas iluminar la zona del entarimado, con una mesa, una silla y una enorme pizarra blanca. Allí colocó la silla justo enfrente de los periodistas, y se sentó cuidadosamente, con calma. Notó que le sudaban las palmas de las manos, a pesar de haber pronunciado decenas de discursos y conferencias a lo largo de toda su vida, algunas de ellas ante cientos de personas. Miró a los periodistas, tragó saliva, y comenzó:

-Todo lo que voy a declarar hoy, siete de diciembre del año 2035, lo haré bajo el más estricto juramento. Desvelaré secretos y datos concretos que entrarán en contradicción con las versiones y los informes oficiales de Estados, Corporaciones, Tribunales... y otros organismos supuestamente independientes. El motivo de no haber contado nunca todo lo que voy a revelar a continuación es el precio que hace tiempo pusieron a mi cabeza y a mi libertad. Mi nombre es Charles Walter Bay. Nací en Atlanta, Georgia, el 4 de marzo de 1957. Era ciudadano estadounidense hasta que mi propio país, o mejor dicho, la gente que maneja y controla mi país, me retiró la nacionalidad y me incluyeron en la lista de los delincuentes más buscados. Ofrecieron mucho dinero por mí. Vivo o muerto. De eso hace ya más de quince años, y hasta el día de hoy sigo viviendo bajo una identidad oculta. Confío en que su ética profesional como periodistas me permita un plazo razonable de tiempo cuando terminemos esta conferencia para poder

retirarme a un lugar seguro y remoto y poder morir en paz, en silencio, en compañía de mi esposa.

No hubo ningún comentario en la sala, y todos los asistentes escuchaban con total atención y mutismo, mientras sus equipos de grabación recogían las palabras y los gestos del profesor.

-He tenido la inmensa suerte en mi vida, de haberme cruzado en ella con la persona más extraordinaria que jamás haya existido. Hace ya tiempo que no soy creyente, pero cuando la fe aún me acompañaba, llegué a pensar fríamente que ni siquiera Jesucristo resistiría una comparación con él.

Esa afirmación de connotaciones religiosas provocó alguna mueca de desaprobación en el corresponsal italiano y el marroquí, pero Charles Bay ya tenía claro que a lo largo del día iban a ser frecuentes ese tipo de reacciones por lo polémico de las declaraciones que iba a hacer.

-Mi vida y la de esta prodigiosa persona se cruzaron por primera vez el nueve de octubre de 1987 y, desde el mismo momento en que le ví, no ha pasado un solo día en que no haya reflexionado acerca de su naturaleza, sobre lo que significó para todos los que lo llegamos a conocer, y sobre lo que hubiera podido llegar a hacer si no hubiera acabado todo de la forma en que acabó. En aquellos días, yo tenía treinta años, no peinaba ni una cana y ya había acabado las carreras de medicina y de psicología, y me había especializado en neurología y ciencias cognitivas y del cerebro en el Instituto Tecnológico de Massachussets. Trabajaba en un programa gubernamental destinado a localizar, estudiar y mejorar las condiciones de vida de los niños con un coeficiente intelectual superior a la media. Aunque residía en Nueva York, en un modesto apartamento de Brooklyn, mi cargo como coordinador entre centros de educación especial para superdotados me permitía viajar por todo el país, entrevistándome con padres y tutores de menores que pudieran tener reticencias a la hora de matricular a sus hijos en este tipo de colegios. Muchos de ellos veían a sus hijos un poco como bichos raros: hiperactivos, distraídos, solitarios... Yo me encargaba de confirmar que realmente eran superdotados y, según su nivel intelectual y sus aptitudes, ofrecerles opciones entre diferentes becas y soluciones para encauzar la vida académica de éstos... pequeños genios. Yo mismo empecé a estudiar medicina a la edad de catorce años, así que los problemas que sufrían los menores, como el rechazo social o la falta de motivación, me eran familiares.

Uno de los periodistas de aspecto asiático levantó tímidamente la mano. Cuando Mr. Bay le miró, con educación comentó:

-Perdone, profesor. Todos nosotros hemos acudido hasta Grecia a su llamada sin saber exactamente el motivo de esta rueda de prensa, algunos incluso hemos pagado de nuestro bolsillo el billete de avión y...

El profesor le interrumpió mientras mostraba la palma de su mano expresivamente.

-Tranquilo, señor Lao Chan –le llamó por su nombre, con confianza-. He elegido cuidadosamente a cada uno de ustedes porque conozco sus trayectorias profesionales, y sé positivamente que son periodistas críticos y pragmáticos, y anteponen la búsqueda de la verdad a cualquier interés, comercial o censor, que les quieran imponer desde fuera. Usted, por ejemplo, ha llegado a estar en prisión por ejercer su libertad de expresión en su propio país, China, ¿no es así?. Trece meses y un día, en el penal de Thao-Fu, si no me equivoco.

Todos se sorprendieron de que fuera conocedor de todos esos datos, y cayeron en la cuenta de que el profesor no les había llamado precisamente a ellos eligiéndoles al azar, sino que les habían buscado expresamente por motivos profesionales e ideológicos.

-Les ruego tengan paciencia, ya que no se puede comprender el final de una historia, sin haber conocido su comienzo. Les garantizo que su presencia aquí está justificada. Les merecerá la espera. Por cierto, se me olvidó preguntarles si habían desayunado. En unos minutos vendrá mi esposa a ofrecerles café, té y pastas. Espero que sean de su agrado.

-Profesor Bay -preguntó el periodista alemán, de melena rubia y con un poblado bigote castaño-, ¿no tiene miedo de que alguno de nosotros quiera cobrar una buena recompensa y le delate?. Con una simple llamada telefónica... ya sabe... vendrían a por usted para capturarlo.

-Sé que muchos de los de su gremio lo hubieran hecho ya. Pero todos y cada uno de ustedes tienen un perfil y unos antecedentes de resistencia a las presiones de los poderes establecidos que me ha hecho pensar que son las personas idóneas. Ustedes son íntegros y aman su profesión. Buscan la verdad. Nunca venderían su honor por un puñado de dinero. Además, Klaus... Si le soy sincero... A estas alturas ya me da mucho más miedo llevarme mis secretos a la tumba que ser encarcelado. Para lo poco que me queda de vida consciente, antes de que esta maldita enfermedad borre mis recuerdos y mi vida para siempre.

Durante unos segundos, los corresponsales sintieron la cruel angustia de un hombre que, a pesar de la serenidad que transmitía, era consciente de que cada minuto que pasaba su cerebro se consumía, sin prisa pero sin pausa, borrando sus memorias y condenándole al más absoluto de los olvidos, a la oscuridad de la demencia senil.

El profesor continuó:

-En aquel nueve de octubre de 1987, hace más de cuarenta y ocho años, Ronald Reagan era el Presidente de los Estados Unidos. En los cines



triunfaba la película Dirty Dancing, y Michael Jackson inundaba las tiendas de discos con su LP de vinilo llamado Bad. Es muy curioso -divagó-. Esta maldita enfermedad hace que recuerde con todo detalle cosas de hace cincuenta años, pero que no sea capaz de recordar lo que he desayunado esta mañana.

Prosiguió con su alegato.

-Yo esperaba que aquel día comenzara como todas las demás jornadas: con el sonido de mi entonces moderno radio fm-despertador. Pero no fue así. Lo que nos sobresaltó tanto a mí como a una compañera de trabajo que había pasado la noche conmigo... trabajando en unos asuntos... fue el timbre del teléfono fijo de la mesilla de noche. Desnudo, sólo cubierto por parte de las sábanas, tanteé con la mano varias veces en el mueble hasta que acerté a descolgar. Era Caroline, mi hermana mayor. Ella trabajaba en un pequeño jardín de infancia de Nueva Jersey. Con la voz un tanto alterada, me pidió por favor que me acercara cuanto antes a su trabajo. Me dijo: Charly, tienes que ver esto. Nunca olvidaré esas palabras. Me levanté, me asee y vestí rápidamente y, como en aquella época no tenía automóvil, cogí un taxi en la séptima avenida con la quinta para ir hacia allí. Ahora que lo pienso, creo que ni siquiera me despedí de mi compañera.

El profesor acarició su poblada barba, y empujó con su dedo índice sus ligeras gafas redondeadas hacia el puente de su nariz.

-Mi hermana era consciente de la pasión que yo sentía por mi trabajo, y la consideraba una persona lo suficientemente racional como para no dudar de la importancia del requerimiento que me hacía. Si me había llamado, era porque tenía algo importante entre manos.

Cuando llegó aquel taxi casi una hora más tarde al jardín de infancia Burlington, en Nueva Jersey, mi hermana se encontraba en la acera, esperándome al pié de la calzada. Me abrazó cariñosamente nada más bajar del coche, y comenzó a caminar hacia el interior de la guardería mientras me comentaba con su habitual verborrea:

-Es un niño que ha ingresado esta mañana, hoy es su primer día de clase. Su madre le inscribió la semana pasada. Una mujer latina, portorriqueña, me parece. Tiene dieciocho meses. ¡Creo que te va a interesar lo que vas a ver! Han empezado a jugar todos los niños juntos, pero cuando me he querido dar cuenta... ¡Ha sido maravilloso! -dijo sin poder disimular la emoción.

Me adentré tras ella en el vestíbulo del jardín de infancia, completamente intrigado y pude ver que, en una de las salas de juegos, a la izquierda del pasillo, había dos cuidadoras mirando por la ventanita de la puerta, con la nariz casi pegada al cristal. Me hicieron hueco para que pudiera abrir la puerta, y entonces lo ví por primera vez.

El profesor narraba su historia contagiando a los periodistas que le escuchaban la curiosidad que él sintió aquel día.

-Estaba en el centro de la sala. Solo, sentado sobre una gran lona acolchada de color azul que cubría el suelo. El niño jugaba, aparentemente ajeno a nuestra presencia, con una gran cantidad de cubos, dados y bloques de colores hechos de plástico, como lo haría cualquier niño de su edad. Sin embargo, él los estaba colocando de tal forma que había construido una perfecta pirámide de más de un metro de base y cerca de un metro de altura. Esa maravillosa pirámide, formada por decenas de cuadrados, rectángulos e incluso bolas en su parte superior, estaba tan maravillosamente diseñada que daba la impresión de ser capaz de resistir cualquier golpe.

Durante unos segundos, no supe como reaccionar. Por mi oficio estaba medianamente acostumbrado a ver criaturas con unas aptitudes extraordinarias, para las matemáticas, la música, la pintura... Pero nunca me había enfrentado a nada semejante. Ni de lejos. Intenté comportarme de un modo científico y profesional, y pregunté con toda la formalidad que pude, sin dejar de mirarle:

-¿Cuánto tiempo lleva jugando?

-Casi dos horas -contestó mi hermana.

-¿Juega él solo?

-Sí, él solo. No se ha relacionado apenas con los demás niños. Esta mañana ha sido su primer día en la guardería, y en vez de llorar como los demás bebés... no ha abierto la boca. Simplemente ha empezado a poner una figurita encima de la otra y...

Sentí como mi hermana me transmitía su entusiasmo, e inútilmente intenté comportarme como un frío experto.

-¡Es increíble, Caroline! Ahora lo más importante es no frustrarle y no cortar su creatividad.

Lentamente, pasito a pasito, casi de puntillas, me acerqué y me situé sentado junto a él en la colchoneta. Por primera vez le pude mirar a los ojos. Era un niño no demasiado grande para su edad, de piel morena y ojos muy vivos. Sin duda tenía rasgos latinos, pero a mi me dio la impresión de ser más bien mestizo.

Mientras el niño iba a buscar las piezas que se encontraban repartidas por la habitación y las colocaba una sobre otra dando forma a aquella pirámide, con tiento me ofrecí para acercarle una pequeña pieza cuadrada de plástico amarillo. El niño me miró a los ojos primero, y me dedicó una sonrisa cómplice que no olvidaré nunca. Miró después a la pieza que le ofrecí, y la cogió de mi mano. La intentó colocar en una de las esquinas de la parte superior de la pirámide. Sin embargo, por su pequeña estatura, no le alcanzaba el brazo allí arriba. Sin dudarlo, me miró, de arriba abajo, como

mediéndome. Me devolvió la pieza y me indicó con su dedo índice para que fuera yo quien la colocara. Es decir –intentó explicar el profesor a los periodistas- como él no alcanzaba, fue lo suficientemente inteligente como para requerir mi colaboración. Y cuando estuvo coronada su construcción, continuó jugando, colocando piezas, esta vez alrededor de la pirámide.

Unas horas más tarde, cuando su madre vino a recogerlo, después de terminar su jornada laboral en una cafetería de carretera, le pedí permiso a mi hermana y a la jefa del jardín de infancia para reunirnos con ella. La primera impresión que tuve de su madre fue tal y como era ella realmente. Una mujer hermosa, de raza, de una pieza.

-¡Hola! ¿Qué tal se ha portado Héctor? –preguntó con una humilde sonrisa al llegar.

-Muy bien, es un niño maravilloso. Señora Gómez... ¿le importaría que habláramos unos minutos, por favor? -le preguntó mi hermana, muy educadamente.

-No, claro, por supuesto. ¿Qué sucede? ¿Le ha pasado algo a mi hijo?

-No, no. Está muy tranquilo, ahora mismo está dormidito, en la sala de descanso. Es un niño adorable.

Avanzamos los tres por el pasillo, y comprobamos desde fuera cómo dormía plácidamente en una habitación llena de cunas, junto con los otros pequeños.

Decidí que había llegado el momento de presentarme:

-Señora Gómez, tanto gusto. Mi nombre es Charly Bay, soy hermano de Caroline. Trabajo para el departamento de educación. Hoy hemos tenido el placer de conocer a su hijo. Y nos ha sorprendido muy gratamente alguna de sus aptitudes.

El rostro de María Gómez se endureció:

-¿Qué ha hecho? Mira que se lo he dicho... Por favor...

-No, no... No se preocupe, se lo ruego... –intenté tranquilizarla-. Simplemente ha mostrado una inteligencia espacial y una coordinación muy superior a la de los niños de su edad. Eso es muy positivo. De verdad. Verá, soy experto en neurología y ciencias cognitivas y trabajo en un programa de captación y protección para niños con inteligencias o capacidades superiores. Créame si le digo que su hijo tiene una mente realmente brillante.

Recuerdo que ella se puso nerviosa, a mirar hacia los lados, y preguntó:

-¿Qué les ha contado? Mira que le pedí por favor que se estuviera quietecito e hiciera lo mismo que los demás niños... Le dije: Por favor, Héctor, no hables con nadie... simplemente juega.

-¿Hablar? Si tiene apenas un año y medio.

Ella me miró sorprendida.

-Mi hijo habla perfectamente en inglés y en español desde su primer cumpleaños.

Me quedé completamente helado al escuchar aquello.

-Sé que mi pequeño es un poco especial... Pero yo no quiero que mi niño vaya a un centro de cerebritos, que luego se vuelven esquizofrénicos, por favor... Sólo quiero criar a un bebé normal.

-No se preocupe... no son centros de educación para cerebritos. Son lugares donde se les ayuda a desarrollar su potencial. Señora Gómez, es posible que si su hijo sigue las pautas de educación normales, asistiendo a clase con niños de su edad, se sienta tan frustrado y desplazado que caiga en una depresión profunda en cuanto llegue a la adolescencia. Héctor será mucho más feliz si comparte su educación con niños con su nivel intelectual, y se le motiva y tutela en un colegio para... superdotados, si quiere llamarlo así.

-Pero míreme -gesticuló mostrando la humildad de sus zuecos negros de camarera, su pantalón vaquero y su jersey de punto negro con el logotipo del local donde trabajaba-. Sólo soy una madre soltera, que pone cafés en un bar mientras le miran el culo los camioneros...

-No se preocupe por nada -intenté tranquilizarla-. Yo me encargaría de gestionarlo todo. Una beca, con todo pagado: la comida y el transporte incluido. Para que su hijo reciba una educación acorde a su nivel intelectual. Todo cuanto usted y su bebé necesiten, yo me encargaré de proporcionárselo, siempre que acepte que Héctor curse sus estudios en un Centro de Altas Capacidades.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos, y pude contemplar como se tornaban en vidriosos.

-Su hijo es una bendición. Por favor, piénselo. Piense en él -insistí.

Estuvimos charlando durante unos minutos, y finalmente intercambiamos números de teléfono en una hoja de papel. Al día siguiente, María Gómez me llamó y me dijo que aceptaba el trato, pero siempre que ella pudiera trabajar cerca del Centro donde él estudiara. Decidí que yo también quería que Héctor Gómez estuviera cerca de mí, así que gestioné su matrícula en el Centro de Altas Capacidades de Manhattan, una escuela pequeña en comparación con otras con mejores instalaciones de las repartidas por el todo el país. No me costó mucho más utilizar mis contactos para conseguir un trabajo para su madre. Le pedí un favor a un viejo amigo que era propietario de una librería internacional situada a apenas quinientos metros del Centro. Además, me esforcé en proporcionarles la mayor beca que pude lograr, que incluía tanto los gastos de la matriculación como el transporte, la comida y el alojamiento en un pequeño apartamento de alquiler que encontré en Queens. Fue una apuesta personal que me costó dar más de una

explicación a mi jefe superior, pero estaba convencido de que estaba haciendo lo correcto.

El profesor Bay recordaba con nostalgia aquellos momentos. Un periodista español levantó educadamente la mano para preguntar.

-¿Y sobre el padre del niño? ¿Le conoció?

-No, sólo en una ocasión le pregunté a María, y me contestó simplemente que nunca estuvo. Por lo que me contó fue un buscavidas latino, ya saben, alguien sin trabajo y sin ganas de tenerlo, que sobrevivía a base de pequeños timos y de tomarle el pelo a la gente. A ella se lo tomó solamente una vez, y la dejó embarazada. Él ni siquiera asistió al parto. Además, los padres de ella fallecieron en un accidente de tráfico en Puerto Rico, con lo que no se tenían más que el uno al otro.

En ese momento, unos nudillos golpearon la puerta del aula con suavidad. Se trataba de un pequeño servicio de catering que el profesor había encargado. Dos mujeres de mediana edad de la cafetería de la universidad prepararon unas mesas con ruedas con café, leche, té y bollería variada, así como una bandeja repleta de fruta. Además entró en la estancia la mujer del profesor, una dama asiática de una serenísima belleza, piel blanca como la nieve y negro pelo que se dispuso a servir a los periodistas lo que ellos le pidieran. Durante veinte minutos se interrumpió la rueda de prensa, y tanto los periodistas, como el profesor y su mujer, tuvieron un momento de esparcimiento. Muchos de ellos habían coincidido cubriendo eventos internacionales de primer orden como guerras o catástrofes naturales, e intercambiaron animadamente impresiones sobre temas relacionados con su profesión. Incluso Mr. Bay dio permiso para que algunos corresponsales pudieran fumarse un cigarrillo allí mismo dentro del aula, algo estrictamente prohibido. Él mismo disfrutó de un delicioso café cremoso, mientras observaba la fuerte lluvia rebotando contra los amplios ventanales de la universidad. Estaba ansioso por continuar expresando todo lo que llevaba guardado en lo más profundo de su alma desde hacía tanto, tanto tiempo.

-Normalmente, para confirmar que un niño tiene altas capacidades, se suele esperar hasta los tres años. Si el niño muestra precocidad a la hora de leer, de hablar, tiene una gran capacidad creativa, tiene un gran nivel de análisis o de razonamiento... Normalmente el protocolo que yo seguía era realizarle varias pruebas cognitivas y de lógica, y un test específico de coeficiente intelectual. Se le realizaban los test de Stanford-Binet, de Weschler, de McCarthy, el de Bailey... Son pruebas estándar para medir la capacidad verbal, motriz, espacial, lógica, de memoria, auditiva... En nuestro protocolo realizábamos once pruebas distintas en total. Las personas normales estaban en la orquilla de entre ochenta y ciento veinte puntos en la escala Wechsler. Alguien muy inteligente hasta ciento treinta puntos. A partir de ciento treinta y un puntos una persona podría llegar a considerarse superdotada. Se calcula que sólo el dos por ciento de la población alcanzaría ese nivel. Para entrar por ejemplo en el club Mensa, un club internacional de personas superdotadas, hay que superar los ciento cuarenta y ocho puntos. Se dice que Albert Einstein o Stephen Hawking alcanzarían los ciento sesenta, y que Leonardo Da Vinci podría haber superado incluso los doscientos. Marilyn vos Savant, una encantadora y brillantísima mujer de Missouri y que tengo el placer de conocer personalmente, dio un resultado de doscientos veintiocho, el mayor conocido nunca. Ya habíamos tenido algunos antecedentes de test realizados a niños de dos años que ingresaban en el club Mensa con ciento sesenta puntos, así que a la semana siguiente el niño, su madre y yo nos encontramos en una de las salas del Centro de Altas Capacidades de Manhattan y le realizamos las pruebas siguiendo el protocolo. Nos acompañaba un viejo amigo, Dennis Willis, que por aquel entonces era el director del Centro.

El profesor Bay guardó silencio y caminó hasta uno de los ventanales mojados del aula de la universidad, mientras los veinte periodistas le seguían atentos con la mirada.

-Los resultados de esas pruebas fueron sencillamente... brutales. Destrozó todas las escalas, tanto por puntuación como por tiempo. Con sólo dieciocho meses aquel niño tenía una capacidad superior a la de cualquier adulto conocido vivo. Era casi como comparar un ordenador con un hombre –dijo visiblemente emocionado, con la mirada perdida fuera del aula.

Se giró y volvió a su posición sentándose en la silla sobre la plataforma de madera.

-Yo decidí renunciar a mi atractivo puesto de trabajo en el programa como captador, y solicité ingresar como profesor colaborador en el Centro de Manhattan, para dedicarme en cuerpo y alma a estudiar a Héctor y a seguir sus progresiones. Solicité ser su tutor dentro del programa. Me lo concedieron, pero con la condición de mantener informado periódicamente a la dirección del programa de todos los avances. Durante las semanas siguientes, con el permiso de su madre, que cada vez estaba más integrada en su nueva vida en Manhattan, pude realizar docenas de pruebas y tests al niño, y las fui reflejando en un dossier, una especie de diario detallado sobre su progresión. Lamentablemente ese diario fue destruido, junto con toda mi vida anterior, unos años más tarde.

Esperó unos segundos antes de continuar.

-Junto con miembros del programa y científicos asociados al mismo, realizamos infinidad de pruebas cerebrales, exámenes neurológicos, ecografías, análisis médicos... Medimos sus conducciones nerviosas, estudiamos su médula espinal, su forma de dormir y soñar, monitorizamos todo su cuerpo mientras solucionaba problemas de lógica, de álgebra, psicotécnicos... Fueron unos tiempos apasionantes, en que cada día que pasaba nos sorprendía más que el anterior. Era fascinante observar las caras que ponía el personal médico al ver los resultados de cada prueba.

Charles Bay, inquieto, se levantó y comenzó a dibujar en la pizarra blanca del aula para apoyarse en sus explicaciones.

-Neurológicamente hablando, era como si su cerebro tuviera una capacidad diez veces superior a lo normal. Su cerebro funcionaba de una forma diferente a las demás personas, y las reacciones electroquímicas que tenían lugar en él eran complejísimas y totalmente desconocidas hasta entonces. Algunas de las rudimentarias máquinas de las utilizadas en aquel 1987 daban error, no eran capaces de captar lo que sucedía en el interior de aquel niño. De todos los tipos de inteligencia que los especialistas suelen nombrar, Héctor destacaba en casi todos. Recuerdo que en una de mis frecuentes reuniones con María, le intenté explicar la magnitud de todo esto:

-Señora Gómez, se dice que los seres humanos poseemos ocho o más tipos distintos de inteligencia. Y Héctor destaca en todas. Una es la inteligencia lingüística, otra lógica matemática, otra espacial... En esas tres los resultados son... sencillamente apabullantes. Sin embargo, hemos detectado que también tiene altas capacidades en la inteligencia musical, la corporal, la administrativa, incluso en la interpersonal. Normalmente siempre que hay un área especialmente destacada, hay carencias en otra.

Con su hijo esto no pasa. Aún no hemos detectado ningún campo en el que el pequeño Héctor sea no ya mediocre, sino simplemente normal. Tiene alta capacidad en todas las zonas de su cerebro, pero sobre todo, parece tener unas cualidades y unas dotes lógicas... simplemente extraordinarias.

-Yo lo único que quiero es que mi hijo esté bien, que sea feliz, nada más, profesor...

-Tranquila, le doy mi palabra de que así va a ser. Confíe en mí.

Pero cuando algunos de los inverosímiles resultados llegaron a manos de varias eminencias en neurología, se creó cierta controversia en los círculos científicos. Algunos de los más importantes especialistas cuestionaron la autenticidad de las pruebas, y solicitaron poder realizárselas ellos mismos, a modo de contraste. Otros formularon polémicas teorías y exigieron que se les permitiera analizar no sólo al niño sino también a la madre. Era como una bola de nieve que según avanzaba por la ladera iba volviéndose más grande, más veloz y más virulenta.

Finalmente, un día tuve una reunión con el doctor Philip Svensson, supervisor del área de psicología del programa. A pesar de sus más de setenta años, era una persona muy activa y un gran conocedor de la psicología y el comportamiento humano. Había venido desde Chicago simplemente para reunirse conmigo, como tutor que yo era dentro del programa de Héctor. Llegó por la mañana, me invitó a comer en un restaurante escandinavo del West End, y se marchó ese mismo día en avión. Habían llegado a sus oídos comentarios acerca de la extraordinaria capacidad del niño y, con muy buen criterio, me dijo que si de verdad apreciaba su futuro, que debía parar aquel circo. Que estaba empezando a revolucionar a parte de la comunidad científica. Me habló de lo mucho que podía afectar la presión si llegara a la opinión pública, y que podían tratarle como a un pequeño monstruo. Me contó casos espeluznantes de adolescentes incomprensidos, depresivos y que muchas veces acababan en suicidios. Además, me dio un consejo, que en su momento no alcancé a comprender del todo, pero que con el tiempo pude entender cuanta razón tenía aquel viejo sabio. Me dijo que las cosas extraordinarias hay que mantenerlas alejadas de las personas ambiciosas. Supongo que yo era demasiado joven e impulsivo como para plantearme ese tipo de cuestiones. Tuve que reconocerle que me estaba dejando llevar por la euforia y me estaba olvidando de lo primordial: el bienestar y el equilibrio psicológico del niño superdotado. Esa conversación que tuvimos en aquel abarrotado restaurante, entre platos repletos de salmón crudo con sal y azúcar, cambió mi forma de ver las cosas. Decidí que Héctor se integraría en uno de los grupos del Centro, con los demás niños, y simplemente yo le prestaría una



especial atención y un seguimiento más cercano. Debía echar el telón de aquel circo.

-¿Volvieron a preguntarle desde la comunidad científica por el chico?- la pregunta la formuló un periodista de raza negra y nacionalidad sudafricana, esbelto y bien parecido.

-Por supuesto, muchas veces. Pero me esmeré en darles resultados falseados para que creyeran que su inteligencia no era mayor que la de los demás niños de aquella escuela. Con el tiempo se fue diluyendo el interés por él, y al cabo de un par de años dejé de recibir preguntas. Unos meses antes yo ya había dejado de contestarlas.

El profesor volvió a sentarse en su silla, frente a los reporteros.

-Normalmente, en los Centros de Alta Capacidad, a los alumnos no se les divide por la edad, o por el curso escolar. Se crean grupos de trabajo, de entre diez a quince niños, con aptitudes y capacidades similares. Héctor estaba completamente en otro nivel en comparación con el resto, pero decidimos incluirle en un grupo nuevo que se iba a formar ese mismo año, con doce niños de entre tres y seis años, todos ellos con un coeficiente intelectual superior a ciento sesenta. ¡Dios mío, cuanto talento reunido en una sola habitación! Con el tiempo, puedo decir sin sonrojarme que en ese grupo se encontraban algunos de los mayores intelectos de los últimos cien años. El destino quiso que sus vidas se cruzaran y compartieran su infancia en aquel Centro, y yo tuve la inmensa suerte de asistir a aquello en primera fila.

-En ese grupo estaba por ejemplo -el profesor empezó a recordar con absoluta precisión los nombres y los rostros de los integrantes de ese grupo- Peter Rufan, que por aquel entonces era un inquieto niño africano con una desbordante capacidad para los idiomas; César Brown, al que todos conocen hoy en día como uno de los sociólogos y pensadores más influyentes de la historia; los gemelos Arthur y Anthony McDowell, que si lo recuerdan hace unos años ganaron el premio Nobel de física; Sean Aren, Paul Jackson y William Max, que desarrollaron una enorme capacidad para el cálculo matemático y se decantaron por las finanzas; Elisabeth Bucht, actual editora del New York Times; Denise Trend y Susan Pfeiffer, dos hermosas niñas rubias que se convirtieron en unas fantásticas investigadoras científicas... Además, estaba María.

El profesor tomó aire antes de continuar.

-María Stravinsky, una preciosa niña de ascendencia polaca, de ojos azules y posiblemente la más brillante de todas, pero con un trágico destino. Y cómo no, por encima de todos ellos, un aplicado y observador niño latino llamado Héctor Gómez. Imaginense, doce niños con esas brutales

capacidades intelectuales, pasando todos los días casi ocho horas juntos. Recuerdo esos años como los más felices de mi vida. A pesar de su nivel mental, en el fondo eran tan niños como cualquier otro de su edad, con sus travesuras, sus arrebatos, sus pataletas, sus juegos... Se fomentó en el Centro que cada uno desarrollara su propia personalidad y sus aptitudes, pero asimismo el trabajo en equipo, de modo que también desarrollaron su propia identidad y su propio ego. En vez de jugar al fútbol, a las canicas o a las rudimentarias videoconsolas de la época, estos niños preferían, y se les permitió, bien construir grandes mecanos, bien realizar juegos matemáticos, o jugar al scrabble, al ajedrez... según sus aptitudes. El problema, entre comillas, era que Héctor siempre era el mejor en todo: fuera cálculo, idiomas, memorización, lo que sea. Por lo que, para evitar celos de los demás niños, decidimos que se centrara en lo que a él más le gustaba: la mecánica, la dinámica y las construcciones. El cubo de Rubik, por ejemplo, era capaz de completarlo en menos de un minuto, no importaba la posición inicial de las piezas. Recuerdo que un mes me gasté casi la mitad de mi decente sueldo en comprarle todas las piezas de mecano y de lego que pude encontrar en la juguetería Toys R' Us. Porque me encantaba verle ensamblar, sin prisa pero sin pausa, todo tipo de montajes que su pequeño tamaño le permitía ajustar. Tenía una personalidad increíblemente analítica, y una tremenda memoria: cuando una pieza no encajaba en un sitio determinado jamás, repito, jamás volvía a cometer el mismo error. A los pocos años descubrí que él prefería que le regalara cosas ya fabricadas. Lo descubrí cuando le regalé por navidad un pequeño coche eléctrico de plástico. En vez de subirse en él y dar una vuelta por el salón tocando el claxon como haría cualquier niño, lo que hizo, directamente, fue desmontarlo por completo con un destornillador y llenar todo el suelo de la habitación de pequeñas piezas. No hubo tornillo o arandela que no quitara. Tardó menos de dos días en volver a montarlo, pasito a pasito, y fue capaz de hacer que volviera a funcionar a la perfección. ¡Y no le sobro ninguna pieza! Igualito que cuando compras un mueble en IKEA...

Arrancó una sonrisa de los periodistas.

-En poco tiempo cogió confianza no sólo con los demás niños de la clase sino también conmigo, y al tener esa facilidad de expresión, he de decir que nos llevábamos bastante bien. Creo que desde el primer momento hubo buen feeling entre nosotros, una buena conexión. Tal vez fuera por su relación de padre, o tal vez por mi carencia de hijos, pero tuvimos una relación maravillosa. Hasta el final.

Al decir esa palabra su cara denotó una intensa tristeza, pero se recompuso y continuó.

-Y así fue transcurriendo su vida durante los primeros años noventa. Todos los días su madre le dejaba en el Centro, donde se pasaba toda la mañana jugando y aprendiendo conmigo, con los demás profesores y con sus compañeros. Su madre mientras tanto trabajó con éxito en la librería Internacional, de hecho se descubrió a sí misma como una gran vendedora y una profunda amante de la literatura. Aquel empleo le llenaba, la verdad. Por las tardes ella se empeñaba, con mucho acierto, en que su hijo tuviera una vida lo más parecida posible a la de los niños normales, y pasaban largas horas en Central Park, paseando y practicando deportes y juegos. Luego, a descansar en su apartamento de Queens, y pronto, justo después de cenar, directo a la cama... En fin... Si quieren formular alguna pregunta sobre esta etapa de su vida...

El periodista italiano levantó la mano:

-¿En algún momento comenzó a mostrar interés por las armas?

Charles Bay trató de controlar su enfado por esa impropia pregunta.

-No. Jamás. Nunca lo hizo, ni si quiera de adulto. Todas esas informaciones no fueron más que maniobras para desprestigiarle—contestó con firmeza.

-¿Qué tipo de relación mantuvo usted con la madre, María Gómez?—preguntó el periodista marroquí.

El profesor miró a su esposa, que se sentaba en la última fila de la clase, atenta a su marido.

-Si lo que quiere saber es si fuimos novios o amantes, la respuesta es no. Era una mujer bellísima, y tenía un encanto especial. Y sí, me llegó a atraer mucho, créame, a cualquier hombre le hubiera pasado lo mismo. Pero puedo decir con orgullo que me mantuve al margen para no confundir los sentimientos del pequeño hacia mí. No, nuestra relación se basó en el bienestar de su hijo, y se convirtió con el tiempo en una bonita amistad. Adelante, señor Chan.

El periodista asiático tomó la palabra:

-¿Se realizaron pruebas genéticas para intentar averiguar el origen de las capacidades de Héctor?

-En aquel momento la ingeniería genética estaba aún en pañales. Además, cuando el profesor Svensson me habló del daño que podíamos hacer en el pequeño si lo convertíamos en un... muñeco de feria, su madre y yo decidimos no someterle a más pruebas y exámenes médicos. A la espera de que Héctor fuera mayor de edad y, por su cuenta y riesgo, decidiera aceptar que se le estudiase.

-¿Con qué teoría se queda entonces, a la hora de explicar su inteligencia?—preguntó el corresponsal japonés.

Se tomó su tiempo antes de contestar.

-Se calcula que el cerebro tiene unos diez billones de neuronas. Se dice que, de forma consciente, sólo utilizamos el diez por ciento, mientras que el otro noventa por ciento se utiliza de forma inconsciente, para respirar, controlar las constantes vitales, los músculos... Durante las primeras pruebas, tomografías axiales computerizadas y análisis monitorizados que realizamos a Héctor, vimos que su actividad cerebral era muy, muy intensa. Especialmente se disparaba cuando se le pedía que utilizara la lógica pura. Era tan fuerte que no se recogían valores. La máquina daba continuamente error, no era capaz de medir semejante torrente de reacciones químicas. Era como si todas sus neuronas actuaran al unísono, en sincronía, en la dirección que él les pidiera. Para que nos entendamos, no sólo tenía más capacidad de raciocinio, sino que era capaz de hacerlo con una profundidad... inimaginable. Además, como tenía tanta memoria, todo lo que leía o aprendía, se quedaba grabado en su cabeza, y nunca cometía el mismo fallo. El director del Centro de Altas Capacidades de Manhattan, mi viejo amigo el profesor Dennis Willis, calculaba que por cada año que pasaba, aprendía como si fueran diez. A los tres años, tenía unos conocimientos equivalentes a un adulto de treinta años. Hablaba y escribía dos idiomas perfectamente, realizaba cálculos matemáticos complejos y sobre todo tenía nociones de mecánica suficientes para montar y desmontar por ejemplo, un ciclomotor o un equipo de estéreo de la época. Desarrolló una increíble capacidad lectora, tardaba apenas unos segundos en pasar cada página. Debía utilizar el apoyo visual de su delgado dedo o de un bolígrafo para no perderse, tal era la velocidad a la que movía sus ojos. A los cinco años ya leía a Tolstoi, Cervantes, Marx... y los entendía a la perfección. Era incluso capaz de realizar un detallado esquema de la obra, semanas después de haberlo leído. Y por supuesto devoraba manuales de electrónica e ingeniería. Civil, de automoción, geológica. Aunque su pequeño cuerpo no le permitía utilizar apenas herramientas ya que pesaban más de lo que sus brazos aguantaban, entendía perfectamente el funcionamiento de un tractor, de una grúa, incluso de un coche. Imagínense, con diez años acumulaba la experiencia de una persona de cien años, toda una vida. Bueno, permítanme que me corrija. Los conocimientos de una persona de cien años. Como veremos más adelante, la experiencia es otra cosa. Esa, por mucho que leas y estudies, sólo se aprende a base de puñaladas en el corazón. Y créanme si les digo que también la aprendió, aunque eso fue muchos años más tarde.

-¿Se realizó algún tipo de prueba cuando fue adulto?- preguntó de nuevo el marroquí.

-No, que yo sepa. Decidió aceptarse tal como era, nada más. Hassan, ¿puedo preguntarle yo algo a usted?

-Si, por supuesto profesor.

-¿Es usted creyente?

-Si, creo en el Islam.

-¿Cree en los milagros?¿En las cosas que, a pesar de cualquier razonamiento científico, existen, y punto?

El silencio inundó el aula. No hubo contestación.

-Yo en aquel momento también lo creí. Hoy en día... ya no creo en nada, simplemente... me dejo llevar.



-En octubre de 1992, por su quinto cumpleaños, le pedí permiso a su madre para presentarme en su casa y regalarle algo a Héctor. María me dio su conformidad, pero a cambio de que pasase el día con ellos. Así que nos fuimos los tres juntos a pasar el día a Coney Island. Comimos en una fantástica hamburguesería llamada Don Vincenzo y nos subimos a varias de las atracciones de la feria. Pasamos el día como si fuéramos una familia normal más. Finalmente, regresamos a su casa a las siete de la tarde, exhaustos después de un día tan agotador. Pensé que tal vez era mejor opción darle el regalo y marcharme para que madre e hijo pudieran descansar, pero María me pidió que le entregara el regalo y me quedara también a cenar con ellos en el apartamento.

-Héctor se siente a gusto contigo -me dijo-. Supongo que a veces haces el papel del padre que no tiene.

-Yo también me siento muy cómodo con vosotros -acerté a decir mientras me sonrojaba involuntariamente.

Así que le dí mi regalo a Héctor. Aquella caja cuadrada estaba envuelta en un brillante papel de envolver de color rojo y dorado. El niño me miró a mí con timidez, y a la caja con una expresiva mueca de ilusión en su rostro. Apartó con habilidad el papel de regalo y descubrió su contenido: un juego clásico de ajedrez. Héctor comenzó a colocar aquellas fichas de marfil, blancas y negras, que no había visto nunca antes en su vida sobre el tablero. Le expliqué brevemente la historia del juego, su importancia, su significado. El nombre de las figuras y sus movimientos. Él me atendía con atención, en sus ojos se denotaba un gran deseo de empezar a jugar. Finalmente le indiqué el objetivo del juego y sus variantes. Y sin más, comenzamos a jugar, él con blancas y yo con negras. Las dos primeras partidas fueron de prueba, ya que él, aunque recordaba perfectamente el nombre de cada figura y sus posibilidades de movimiento, me preguntaba acerca de la mecánica de sus jugadas. He de reconocer que yo nunca fui un gran jugador de ajedrez, pero no es excusa para admitir que un niño de cinco años me ganó las diez siguientes partidas. Jaque mate. En cada partida se le notaba más confiado y con más soltura y, aunque siempre reflexionaba durante al menos un minuto de tiempo, cada vez movía sus figuras más rápidamente y con más precisión para devorar a las mías. Estuvimos jugando durante casi dos horas, sin descanso, en el suelo de la sala de estar. Él sonreía cada vez que me ganaba, y se apresuraba en volver a colocar las piezas sobre el tablero de juego para comenzar una nueva

partida. Me pareció haber encontrado una buena forma de canalizar el torrente de razonamiento que tenía dentro de su cabecita. Durante la cena, ya con su madre, hablamos sobre la posibilidad de inscribirlo en un club de ajedrez, visto lo mucho que se divertía el niño. Quedamos en que lo haríamos, siempre que él quisiera, se sintiera cómodo allí y no recibiera presiones. Más tarde, llevé a Héctor ya aletargado en brazos hasta su habitación, decorada con decenas de fotos de planetas brillantes y cohetes espaciales. Le dí un beso en la frente y casi inmediatamente se quedo dormido, ante la atenta mirada de su madre desde el marco de la puerta.

-Te quiere como a un padre -me dijo ella momentos más tarde en el recibidor de la casa -por favor, cuida de él. Es un niño muy especial, y este mundo esta lleno de gente mala.

-Lo sé. Pero tranquila, velaré por que no le ocurra nada malo. Pero... ¿Quién se ocupará de mí cuando coja una depresión por mi inutilidad con el ajedrez?

Ella rió en un primer momento, pero sus ojos creo que me dijeron mucho más. Pensé en hacerme el remolón para no marcharme y disfrutar de la impagable compañía de María, pero tenía miedo de estropearlo todo. De dejarme llevar y hacer caso a mis instintos. Así que de la forma mas cortés que pude, me despedí con un tímido beso en su mejilla, y me marché a casa paseando por las calles de Nueva York, tan impresionado por las habilidades del niño con el ajedrez como por la sonrisa perfecta de su madre.

Dos días más tarde, tras pasar ambos el día en el centro escolar, me llevé a Héctor caminando hasta el club de ajedrez de Brooklyn. Tras sus puertas encontramos a más de cincuenta niños, con edades comprendidas entre los cuatro y los dieciséis años. Ocupaban una veintena de mesas donde jugaban en un relativo silencio, sin prestarnos atención. Algunos de los niños vestían uniformes de colegio, otros no. Recorrimos el pasillo entre las mesas, y pudimos ver como la mayoría de los menores eran chicos, la mayoría llevaban gafas y la mayoría eran un poco feos, dentro de lo que la niñez permite de fealdad. La mayoría eran blancos, aunque también había asiáticos y afroamericanos. Nos entrevistamos con el responsable del club, un afroamericano cuarentón de allí de Brooklyn que había llegado a ganar torneos estatales de ajedrez durante su adolescencia.

-Hola, hola, bienvenidos. Soy Warren, el presidente del club ¿Qué tal estáis? Adelante -nos recibió en su pequeño, rústico y humilde despacho, el único que había en el club, presidido con una gran foto dedicada del gran maestro Bobby Fischer.

-Mi nombre es Charly Bay, y este pequeño es un alumno mío, Héctor Gómez. Creo que tiene potencial para el ajedrez, pero me gustaría que probara primero con un chico de su edad.



-Claro, perfecto. ¡Tyron! -gritó rompiendo el silencio reinante en el club. Sin embargo, ningún niño levantó su cabeza de la mesa, como si estuvieran acostumbrados a esas subidas de tono y no les sorprendiera en absoluto esos gritos del presidente del club. Desde una de las mesas se acercó el tal Tyron. Era un chico bastante mayor que Héctor, tendría al menos doce años. Vestía vaqueros, zapatos negros de niño bien y un jersey a cuadros rojo y naranja. Según lo vi venir le catalogué como el típico empollón de clase, que escondía una colección de granos tras sus gruesas gafas de pasta negra.

-Tyron te enseñará el maravilloso mundo del ajedrez, pequeño -le dijo el adulto a Héctor, que le miraba con extrañeza-. Tyron, dile al chico cómo se juega, dicen que tiene madera de campeón.

Le guiñó el ojo burdamente. Aquel niño miró a Héctor con una mezcla de prepotencia e indiferencia.

-De acuerdo, sígueme.

Se sentaron en una mesa en la parte central de la sala, y abrieron una caja llena de piezas. Tyron las iba sacando una a una y colocándolas en el tablero, explicándole a un voluntariamente mudo Héctor como se movía cada pieza y las reglas del juego. Lo hacía de forma muy diferente a como yo se lo expliqué. Él lo hacía apresuradamente y con total dejadez, cómo si estuviera incómodo teniendo que rebajarse a jugar con un novato.

-Este es el alfil, y se mueve en diagonal ¿lo ves? Así. Esta es la torre, y su movimiento es hacia delante y hacia atrás. Adelante y atrás. Adelante y atrás.

Repetía los conceptos y movía las piezas como si Héctor no fuera capaz de comprender.

-Aquí todos entrenan para ser mejor que yo, ¿sabes? -murmuraba como si le estuviera contando un secreto-. Por que yo soy el capitán del club de ajedrez. Pero no hay nadie que me gane. Pero tranquilo renacuajo, no seré muy cruel contigo.

Tyron se quedó con las piezas negras, por lo que abrió la partida Héctor adelantando uno de sus peones centrales. Mientras tanto, yo conversaba con el director del club en el despacho, que se afanaba en explicarme las actividades que desarrollaban, mientras de reojo controlaba la mesa de Héctor. No pasaron ni diez minutos cuando Tyron entro al despacho dando un portazo, visiblemente enfadado.

-¡Tengo que irme! ¡Tengo que estudiar y hacer deberes!

-¿Qué ha pasado? -preguntó el adulto.

Sin querer contestar, aceleradamente, cogió su chaqueta del guardarropa y enfiló hacia la puerta.

-He de irme, ¡mañana tengo examen de matemáticas! -dijo antes de salir hacia la calle.

Los dos adultos nos miramos sorprendidos y acto seguido nos dirigimos a la mesa donde ahora se sentaba solamente Héctor, que nos miraba extrañado.

-¿Ya no quiere jugar conmigo? -nos dijo con cierta lástima.

-Tranquilo, Héctor -dije intentando quitar hierro al asunto-, seguro que tenía mucha prisa. Además ahora jugaremos nosotros tres ¿verdad?

-Sí, sí, verdad. Sin problema, pequeñajo -dijo el director.

Colocó las piezas y, sin salir de su asombro por la huída de su capitán, comenzó a mover sus fichas con la clásica apertura española. Según se iban alternando los movimientos de ambos, la expresión del rostro de aquel hombre de color se iba transformando, pasando de indiferencia a concentración, de concentración a enfado. Y de enfado a impotencia, en solo treinta movimientos.

-¡Otra!- Exclamó visiblemente disgustado al verse acorralado.

Una nueva partida, y un nuevo jaque mate en menos de cuarenta movimientos le hicieron enfadarse aún más. Héctor no abrió la boca en todo el rato. Simplemente movía sus piezas con habilidad, casi sin apartar la mirada del tablero.

-¿A qué habéis venido? ¿A reiros de nosotros? Con que el niño tenía potencial para el ajedrez, ¿no?

-Disculpe -acerté a decir-. No hemos querido ofender a nadie, es solo que a Héctor le gusta el ajedrez y únicamente había jugado contra mí, el niño quería jugar con otras personas... ¡Nada más!

-¿Nunca había competido antes?

-Sólo conmigo, lo juro.

Se llevó las manos a la boca, absorbo, y miró otro póster en blanco y negro de un joven y barbilampiño Bobby Fischer a los trece años que adornaba la sala.

-Voy a traerte ahora mismo el formulario de inscripción... ¡Tienes que formar parte de nuestro club! ¡Y necesitas un representante! ¡Que seré yo! -dijo mientras recorría la sala en busca de la documentación para afiliarse al pequeño.

-Espere, espere... -intenté frenarle- ...De verdad. A lo mejor todo esto es un poco precipitado, tal vez sea demasiado pequeño.

-Escúcheme usted. Bobby, Bobby aprendió a jugar a los siete años, y hasta los nueve no participó en un torneo oficial. Llevo toda mi vida esperando un diamante en bruto como este... maravilloso niño.

Intentó camelar a Héctor con una forzadísima sonrisa.

-Un momento, un momento, por favor. Creo que no lo entiende. Lo que este niño necesita no es competir. Mírele. Tiene cinco años. ¡Por Dios, las piernas le cuelgan de la silla!

-¡Le pondremos un taburete más alto!

-Lo que necesita es encontrar una motivación para desarrollar su intelecto. No quiero que se convierta en el típico niño prodigio que acaba siendo un juguete roto. Acuérdense de como han acabado muchos: con depresiones, neuróticos...

Aquel hombre reflexionó durante unos cuantos segundos. Apretó sus prominentes labios carnosos y finalmente cedió, agitando bruscamente a ambos lados su cabeza.

-Está bien... pero aquí no vais a encontrar lo que buscáis. El verdadero ajedrez no esta aquí. No se encuentra en un aula o en un club de ajedrez como éste. El verdadero ajedrez se encuentra en Washington Square Park. Id allí a las cuatro de la tarde, y preguntar por la máquina. Decidle que os manda el viejo Warren, de Brooklyn.

-¿La máquina?- pregunté extrañado.

Al día siguiente por la tarde, después del colegio, hablé con Héctor, y me dijo que quería jugar, que tenía ganas de volver a mover las piezas. Así que nos dirigimos en taxi al parque que nos había indicado Warren.

-Héctor -intenté explicarle con la mejor fe, mientras recorríamos Manhattan- tienes que aprender a no siempre enseñar todas tus cartas, a dejar lo mejor para el final. Es mejor a veces levantar un poco el pie del acelerador, para que la gente se confie, y después contraatacar con todas las fuerzas. Si juegas siempre al cien por cien, llegará un momento en que nadie querrá jugar contigo al ajedrez, por miedo a perder. Tienes que aprender a saber cuando merece la pena apretar y darlo todo; y cuando hay que dejar que respire el adversario para que se confie.

Héctor me miró sentado en aquel asiento trasero del taxi, pero no me respondió. Cuando llegamos a la zona de mesas del Washington Square, vimos unas quince mesas de piedra y otras tantas parejas jugando al ajedrez. Y al menos otras veinte personas observando las partidas. El ambiente era muy diferente al de club de Brooklyn. Se juntaban jubilados judíos de barba blanca y gorro kipá con desempleados cubanos fumando habanos o estudiantes asiáticos conectados a sus walkmans oyendo el nuevo disco de Nirvana. Todo giraba en torno a los tableros. De cuando en cuando se oía alguna ovación o algún clamor de admiración tras una jugada. Tras unos minutos en que revoloteamos de mesa en mesa observando aquel genuino y estimulante ambiente, se me ocurrió preguntar a uno de los espectadores, que parecía vivir con extremada pasión el desarrollo de una partida entre una estudiante hindú que mascaba chicle compulsivamente y un obeso jubilado de rasgos eslavos.

-Perdone, estamos buscando a la máquina. ¿Sabe dónde está?

-¿Para qué lo quiere saber? -dijo sin ni siquiera mirarnos.

-Queremos jugar con él.

-Mala suerte, han llegado tarde, ya está retirado.

-¿Pero dónde está?

-En la mesa uno -señaló con el dedo índice sin apartar la vista de la mesa de ajedrez-. Es su mesa. Se la ha ganado. Durante más de diez años no ha perdido ni una sola partida en este parque.

-¿Y cual es la mesa uno? -pregunté sin intención de molestar.

-Debajo del árbol, es la única mesa que siempre tiene sombra.

Nos dirigimos a la única mesa que efectivamente tenía el cobijo de un enorme plátano de sombra, el típico árbol de Manhattan, repleto de hojas.

Pero en ella no se estaba celebrando ninguna partida de ajedrez, sino que un afroamericano con barba blanca leía el New York Times tranquilamente en ella, ajeno al bullicio de ese rincón del parque.

-Hola -le saludé tímidamente.

Nos miró de soslayo y continuó leyendo el periódico.

-Perdone. ¿Es usted la máquina?

Volvió a mirarnos. No contestó.

-Venimos de parte de Warren, del club de ajedrez de Brooklyn.

-¿Qué tal le va al viejo loco de Warren? -contestó con una voz cálida y agradable.

-Bien, no le va mal.

Héctor me interrumpió y tomó la palabra, con su vocecilla de un crío de apenas cinco años.

-¿Tú sabes jugar al ajedrez?

Se miraron mutuamente, con una mezcla de curiosidad y desafío.

Cinco minutos después, uno de los espectadores de los tableros del parque dio la voz de aviso al observar la mesa con sombra.

-¡Eh! ¡Mirad! ¡La máquina esta jugando!

Comenzaron los giros de cabeza hacia la mesa del árbol, que algún jugador tramposo aprovecho pícaramente para cambiar de sitio piezas de su propio tablero.

-No puede ser. Lleva más de tres años retirado -apuntó otro.

Los espectadores de las mesas acudieron apresuradamente para coger sitio alrededor de la mesa de debajo del árbol. Algunos incluso abandonaron sus partidas para poder ver el espectáculo de un viejo y un niño retándose en una emocionante y singular partida de ajedrez. El parque entero pareció enmudecer mientras se movían las piezas. Primero la máquina. Después le tocaba el turno a Héctor. La máquina. Héctor. Yo mientras tanto me sentaba junto al niño, rodeándole con mi brazo de vez en cuando. La partida duró casi una hora y los últimos quince minutos fueron tácticamente perfectos por parte de los dos contrincantes. Al final, con apenas quince piezas sobre la mesa, ambos se miraron y la maquina sentenció manifestando:

-Tablas.

Héctor no tenía ni idea de lo que significaba aquello. Le dije al oído que habían empatado. La gente que rodeaba la mesa esperaba sobrecogida, aguardando una reacción del niño.

-Otra- dijo Héctor.

Volvieron a colocar las piezas, y comenzaron una nueva partida, esta vez correspondiendo las piezas negras a Héctor. Este juego fue un calco del anterior. Mismo ritmo intenso. Mismo ambiente animado. Mismo resultado.

-Tablas- dijo Héctor esta vez.

Y volvieron a jugar, partida tras partida, cada vez con más público, cada vez con mayor esmero, ante la admiración de todos aquellos aficionados al ajedrez que permanecieron horas con los ojos clavados en aquellos inteligentes movimientos de torres, alfiles, reinas y caballos.

Hasta que en un momento dado se me ocurrió mirar el reloj. Eran casi las nueve de la noche, justo la hora a la que había prometido llevar a Héctor a su casa. Tengan en cuenta que en aquella época no existían los teléfonos móviles ni los dispositivos de videoconferencia que hoy tenemos, por lo que no tuve forma de avisar a su madre. Supuse que pudiera estar preocupada, así que me disculpé con la máquina, cogí a Héctor de la mano, y abriéndome paso con dificultad entre la gente intentamos abandonar el parque. A uno de los espectadores le surgió un aplauso espontáneo, que fue secundado solidariamente por todos los allí presentes. Incluso la máquina palmeó con fuerza mientras salíamos de aquel parque.

En el camino de vuelta, en el taxi, mientras yo calculaba la dimensión de lo que había presenciado, Héctor me preguntó:

-Charly...

-Dime, campeón.

-¿Cuándo podré pisar el acelerador?

-¿A qué te refieres?

-Estaba guardando lo mejor para el final, como me dijiste. Si hubiera sabido que nos íbamos le hubiera ganado las últimas partidas a ese señor.

En ese momento, señores corresponsales, me di cuenta de lo peligroso que podía llegar a ser no dominar semejante caudal de talento e inteligencia. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, desde la nuca hasta las piernas.

El profesor Bay era un hombre físicamente imponente, de esas personas que cuando entran a una habitación su mera presencia cambia el ambiente. De casi un metro y noventa centímetros de estatura, corpulento y viril, los años no habían disminuido ni un ápice su carisma. Además, su templada voz y su elegante expresividad generaban un inmediato magnetismo en la gente que le rodeaba. Había conocido a su mujer, Akiko Matsuo, hacía menos de quince años, teniendo ya ambos una edad madura. Fue durante una larga temporada que pasó exiliado en el norte de África. Ella era una cooperante japonesa que desarrollaba allí tareas de reparto de medicamentos entre las poblaciones más desfavorecidas del desierto del Sáhara. Le pareció tan exótica su presencia allí que se incorporó en las filas de su organización no gubernamental Tokyo MedicAid simplemente para conocerla. En pocos meses, pasó de ser el recién llegado a la organización, ser él quien gestionara casi toda la logística del campamento, a cambio de simplemente coincidir con Akiko y de no tener que figurar públicamente o firmar en ningún documento. Teniendo en cuenta que había sido puesto en situación de busca y captura por el gobierno de Estados Unidos debía ser extremadamente discreto y cauto. Akiko, enfermera de profesión en su Japón natal, había perdido a su marido y a sus dos hijos pequeños en un accidente de tráfico a las afueras de Tokio. Deshecha por el dolor y con el alma en pedazos, decidió romper con toda su vida anterior y la dedicó a ayudar a los demás a través de la cooperación internacional. Estuvo varios años en la India, en la ciudad de Calcuta, y ahora se encargaba de hacer la entrega de las donaciones de los afiliados a la ONG en el norte de África, principalmente a poblaciones nómadas y pueblos desterrados como el Saharai. Cuando conoció a Charles Bay, le sorprendió descubrir semejante humildad en un norteamericano, y se dejó seducir por él. Finalmente, varios años después, contrajeron matrimonio en la intimidad por el rito local Berebere. Charles tenía ciertas reticencias sobre la conveniencia o no de proponerle matrimonio, ya que respetaba sobremanera el recuerdo del esposo de Akiko. Sin embargo, fue ella quien se lo propuso. Y él no supo decir que no.

Pasaron varios años en que su vida transcurría entre la relativa rutina del campamento de la ONG y los hábitos que imponía el extremado clima de la zona. Compartían una humilde pero acondicionada tienda de campaña, que contaba con una estancia que hacía las veces de dormitorio, y otra que ejercía de salón, cocina y despacho. Desde allí, Akiko se comunicaba

diariamente por videoconferencia con la central de la ONG en Tokio. Charly procuraba no aparecer nunca. Además, utilizaban ese módulo de comunicaciones para estar informados de la actualidad mundial, si bien Charly intentaba no prestarle demasiada atención. Decidieron mutuamente que pasarían juntos hasta el último de sus días, viviendo en los campamentos e instalaciones de la organización, ayudando a quien lo necesitara hasta que la salud se lo permitiera.

Sin embargo, con el tiempo, Charly empezó a sufrir cambios bruscos de humor, enojos infundados y a tener pérdidas repentinas de memoria. Al principio pensaron que se trataba de achaques propios de la edad, ya que los dos superaban ampliamente los setenta años. Después se dieron cuenta de que él recordaba con claridad el pasado más lejano, pero que le costaba muchísimo recordar lo que había cenado la noche anterior o la ropa que llevaba puesta. Fue durante un caluroso verano. Se desplazaron desde Japón una decena de médicos cooperantes voluntarios, que trajeron unos avanzados equipos médicos portátiles de última generación. Akiko convenció a Charly para que se dejara examinar por los médicos, que analizaron su tejido cerebral. Efectivamente, las células de su cerebro estaban empezando a morir a una velocidad muy superior a la normal. Alzheimer, probablemente, diagnosticó con severidad el equipo médico, sorprendido de que dos personas de tanta edad continuaran ejerciendo labores de cooperación en primera línea. Akiko, como enfermera pero sobre todo como amantísima esposa, prometió cuidarle hasta que le abandonaran las fuerzas. Pero al profesor Bay le inundaba otra preocupación. Su mayor temor era morir sin poder sacar a la luz todos los secretos que guardaba y los extraordinarios sucesos que habían acaecido en su vida, que le habían condenado prácticamente al destierro. Contó sus inquietudes a Akiko, y en un primer momento ella le animó a escribir un libro con sus memorias. Sin embargo, Charles sintió que necesitaba dar la cara y expulsar sus demonios de viva voz. Además sabía que unas declaraciones a rostro descubierto tendrían mucha más fuerza y serían mucho más fáciles de difundir mundialmente. Por otro lado, le motivaba que algunos de sus enemigos le vieran aún con vida. Así que acordaron celebrar una rueda de prensa. Con medios de todo el mundo, seleccionados. Decidieron que el acto se celebraría en un lugar alejado de las actividades de la ONG, para no perjudicarla. Así que abandonaron el campamento del Sáhara, viajaron a través del desierto, y se dispusieron a viajar a España a través del tren de alta velocidad que une Marruecos con Europa. Charles tenía una documentación británica falsa que llevaba utilizando desde que tuvo que huir de Estados Unidos, y además, España era la puerta principal de entrada a la vieja y decadente Europa. No era difícil atravesar sus fronteras. Una

vez en suelo europeo, se instalarían en alguna zona tranquila para intentar pasar desapercibidos hasta encontrar el lugar idóneo para celebrar el evento. Además, haciéndose pasar por un matrimonio de jubilados, él británico y ella japonesa, no iban a llamar demasiado la atención en la frontera. Gracias a la pensión de viudedad acumulada por Akiko, que no había tocado nada de lo que le ingresaba cada mes el Estado Japonés, pudieron costearse los billetes de tren y el alquiler de una casa en la costa de Grecia.

Prepararon la rueda de prensa pacientemente durante unos meses. A través de la red, Akiko se puso en contacto con los periodistas que seleccionaron, en principio para ofrecerles una exclusiva sobre la situación de los refugiados. Sin embargo, tuvo que recurrir al correo tradicional para explicarles que se trataba en realidad de unas declaraciones del profesor Charles Bay, una de las personas más buscadas por el Gobierno de los Estados Unidos y por ende del mundo entero. Las comunicaciones electrónicas y digitales, a nivel global, estaban ya completamente monitorizadas, y había ciertas palabras que, al ser escritas o pronunciadas, generaban un seguimiento informático automático e inmediato. Por ejemplo, si alguien pronunciaba por teléfono o videoconferencia las palabras “bioterrorismo” o “bomba” o “droga” o alguna de las palabras incluidas en una interminable lista creada por la Oficina de Seguridad Global, un avanzado programa informático las rastreaba y ejercía un seguimiento pormenorizado. Esa información se iba rastreando y filtrando, y se podía llegar a la detención de una persona a través de rastrear sus comunicaciones. El nombre de Charles Bay estaría sin duda incluido en esa lista. Se hizo llegar a aquellos periodistas, seleccionados por su independencia y su objetividad, ya que en principio parecía que los elegidos serían los menos sumisos y maleables por el poder establecido. Se buscó un lugar adecuado como lo eran las aulas de la Universidad Aristóteles de Tesalónica. Se alquiló la sala, y se acondicionó para la ocasión. Se contrató un catering para que los periodistas no salieran de la sala hasta que finalizara el acto, y se instalaron inhibidores de frecuencia y de transmisión para garantizar la seguridad de Charles y de Akiko y que tuvieran la oportunidad de huir una vez finalizara la rueda de prensa. Finalmente se puso hora y fecha para el evento. El día siete de diciembre de 2035, a las ocho horas de la mañana. La idea era que, una vez se realizaran las declaraciones y el testimonio de Charles, y todo quedara grabado y listo para emitir, el profesor y su esposa tuvieran un pequeño margen de un par de días para regresar y refugiarse en uno de los campamentos de la ONG en los desiertos africanos. Y allí, esperar serenamente el avance de su enfermedad junto a Akiko, hasta el final.



Todo salió a pedir de boca. Los periodistas respondieron con discreción al llamamiento, confiados en que iban a asistir a una confesión fidedigna e histórica, que haría correr ríos de tinta y acapararía las portadas de todos los medios. Algunos consiguieron la confianza de sus editores y les costearon el viaje sin saber el motivo real de éste. Otros, los más autónomos y freelance, pagaron de su propio bolsillo el transporte, el alojamiento y los demás gastos, por lo que estaban ansiosos de escuchar algo que mereciera la pena por las molestias causadas. Uno de los periodistas, el orondo norteamericano Lewis Harris, del Washington Post, era el menos paciente de todos, y se dirigió directamente al profesor:

-Profesor, continúe por favor, estamos ansiosos de saber como se fraguó Ciudad María.

El profesor, denotando que estaba realizando un esfuerzo al recordar, se acarició la barba con la mano con su característico gesto y prosiguió:

-Ojalá aquellos niños no hubieran crecido nunca. Que se hubieran quedado así. Ese grupo era absolutamente genial. Imagínense. A la edad de doce años, en 1997, habían desarrollado unas capacidades tales que no había profesor que fuera capaz de darles clase. ¡Podían volverte completamente loco! Los hermanos McDowell, por ejemplo, con sus gafitas y su pelo a capas, acababan de descubrir las propiedades de la Trilita y la Pentrita, y no pasaban veinte minutos sin que se escuchara una explosión en alguna de las aulas el centro. Sean, Paul y William realizaban competiciones de velocidad en cálculo matemático. Llenaban una pizarra de números de más de diez cifras, y se retaban a multiplicarlos y dividirlos, uno detrás de otro, durante horas, en voz alta, como si fuera un concurso. Elisabeth y las demás chicas se afanaban en devorar libros sobre los temas más variopintos, y después jugaban a los maestros, y se explicaban los temas unas a otras. Tengan en cuenta que en aquellos años noventa internet estaba aún balbuceando. Después, cómo no, estaba César, César Brown. César era un niño regordete y bajito, con el pelo rizado, y unas gafas de pasta que ya no abandonaría nunca. Con el tiempo llegaría a ser uno de los más profundos conocedores de la conducta y del intrínquis propio del ser humano. Recuerdo que, antes de que algún profesor entrara en clase, él la preparaba con ciertos tipos de estímulos y motivaciones, y escribía en un papel cuales iban a ser las reacciones del profesor. Por ejemplo, bajaba la persiana, dejaba el envoltorio de un pastelito encima de una mesa varios metros delante y escribía alguna frase sin sentido en la pizarra. Escribía en una libreta cuales iban a ser las reacciones del profesor al entrar a clase y esperaba. Por ejemplo, escribía: La señorita Wells primero va a entrar a clase. Segundo va a subir la persiana. Tercero va a recoger el envoltorio. Cuarto va a borrar la pizarra. Quinto se va a sentar en la silla.

Y cuando entraba la profesora en el aula, efectivamente, ella entraba, subía la persiana, recogía el papel, borraba la pizarra y se sentaba en la silla, por el orden que él había querido. Utilizaba a la gente como si fueran conejillos de indias para sus estudios, y apuntaba todo de forma tan metódica y ordenada como si fuera un auténtico científico profesional. Cuando leía en revistas especializadas o en libros algún tipo de estudio que le llamaba la atención, él siempre lo reproducía a pequeña escala, y sacaba sus propias conclusiones que plasmaba en libretas y cuadernos. Por ejemplo, recuerdo que una vez leyó un estudio que afirmaba que las personas tienen más posibilidades de ayudar a los demás si no hay nadie a su alrededor observando. Así que en cuanto pudo convenció a uno de los hermanos McDowell para que se tirara al suelo y se hiciera el muerto en mitad de la calle 42, primero a las ocho de la mañana sin apenas peatones, y más tarde a las doce del mediodía. Apuntaba las reacciones de la gente, y generaba sus propias teorías. Y no había quien se librara de sus experimentos. Era un niño que te estaba mirando, y te estaba analizando y examinando a la vez. Era un fuera de serie, y a lo largo de su vida formuló algunas de las teorías sociológicas más influyentes de la historia moderna. Con el tiempo, como ya sabe, fue uno de los mayores artífices de Ciudad María.

-¿Y Héctor? -preguntaron

-Héctor... -el profesor sonrió y movió su cabeza-. Héctor desde el primer momento se hizo muy amigo de Peter Rufán. Por su forma de ser, abierta y leal, ambos congeniaron a la primera. Pasaban la mayor parte del tiempo dentro del Centro juntos. Parecía como si al estar unidos se incrementaran y multiplicaran sus capacidades. Peter destacaba por su don de gentes y su personalidad. Además dominaba ya seis idiomas antes de cumplir diez años. Inglés, castellano, francés, alemán, italiano y su idioma natal el pretense. Héctor... bueno digamos que destacaba en todo lo demás, aunque seguía obsesionado con la mecánica y las construcciones. Eran niños, y siempre estaban gastando bromas a sus compañeros y a los profesores y tutores, yo incluido. Y eran tan divertidas que al final todos reíamos juntos. Al fin y al cabo llevábamos viéndonos casi a diario durante cerca de diez años. Héctor le llamaba a él “negrata”, y Peter le decía cariñosamente “indígena”. Pero en realidad se consideraban el uno al otro como “hermanos”. En el grupo ejercían de líderes, sobre todo Peter. Aunque nunca se lo contó a ningún niño del centro, Peter tenía sangre azul. Su padre era Peter II, el monarca de Petronia, una antigua Ciudad británica del África meridional. Su padre regía en aquel país, un pueblo pacífico pero extremadamente poco desarrollado. Aunque por suerte el hambre no causaba estragos en Petronia como en otros países africanos, es cierto que tenía uno de los menores índices de desarrollo a nivel mundial. El Rey quería que su único hijo varón, que algún día le sucedería en el trono, fuera

ilustrado y culto, por lo que decidió que estudiara en un país extranjero. Decidió enviarle a Manhattan para que se criara con una de sus tías, la cual ejercía como representante de Petronia en la sede de la Organización de las Naciones Unidas. En cuanto el pequeño comenzó a destacar, el Rey aceptó que estudiara en invierno a través del programa para niños con Altas Capacidades, y que pasara los veranos en su país natal. No se lo creerán, pero desde niño Peter tuvo un aura especial, como si tuviera ya porte de realeza. Su forma de caminar, el respeto que le tenían los demás niños, era algo invisible pero que siempre estaba ahí. Si, Peter era muy especial.

La mayoría de los periodistas tomaban notas en sus tabletas digitales, mientras escuchaban con atención.

-Bueno, y aún no he hablado de María, María Stravinsky.

El profesor Bay se levantó de la silla y caminó durante unos metros, como un profesor impartiendo clase.

-María era posiblemente la chica más sobresaliente de todas. Tenía una gran capacidad para la música, las matemáticas, el lenguaje... en general para todo. Sin embargo, le costaba más que a ninguno de los niños desarrollar su potencial. Tenía tendencia a avergonzarse de sus capacidades, y nunca quería competir con los demás o demostrar lo que sabía. A veces parecía que hubiera de tirar de ella para sacarle las palabras. Además, era una niña monísima. Rubia con ojos azules, sus rasgos eslavos le hacían parecerse a una muñequita de porcelana. Héctor desde siempre sintió una especial atracción por ella, y era el que más caso le hacía. Desde pequeños, siempre intentó estar junto a ella, y eso hacía que María se sintiera mejor. Asimismo, como mujer sabía cómo tenía que comportarse para que él estuviera siempre pendiente de ella. Con doce años, cuando empezaron a entrar en la pubertad, Héctor ya estaba completamente enamorado de su dulzura y su timidez. No hay que olvidar, que a pesar de su sobresaliente nivel intelectual, no dejaban de sentir igual que nosotros. Y así fueron transcurriendo los años para el grupo. César con sus meticulosos experimentos sobre la condición humana y sus reacciones ante estímulos; Peter divirtiéndose y liderando el grupo y Héctor y María viviendo una dulce e inocente historia de amor dentro del Centro. Tengo decenas de anécdotas para contar. Como aquel día que a un profesor de música muy estirado y estricto que teníamos en el centro, se le ocurrió abroncar a María por no esforzarse al máximo. Ella rompió a llorar delante de toda la clase, avergonzada, ante la indiferencia del profesor que le exigía más y más rendimiento. Peter y Héctor le robaron de un bolsillo de su abrigo las llaves del coche, que estaba aparcado en el parking del edificio. Aprovecharon para bajar al garaje y le desmontaron completamente el volante, las cuatro ruedas y cuatro de las puertas del vehículo, todas menos las del conductor. Lo dejaron todo a punto de caerse. Cuando el profesor entró en el coche, y

se sentó, se quedó con el volante en la mano, y las cuatro puertas cayeron de golpe a la vez que las cuatro ruedas se despegaron del coche. Lo grabaron en video y se lo enseñaron a María, consiguiendo sacarle una sonrisa y que se le pasara el disgusto. En otra ocasión, manipularon el sistema eléctrico de todo el edificio, de modo que, cada vez que la profesora Willis hablaba, apagaban las luces con un sistema de mando a distancia diseñado por Héctor. O aquella vez en que modificaron los botones del ascensor del Centro, y cuando pulsabas el primer piso te llevaba hasta la terraza, y al contrario. Los profesores se volvían locos.

El profesor Bay no borraba la sonrisa y la ilusión en sus ojos al relatar las experiencias de aquellos años. Eso lo notaron todos los presentes en el aula: los periodistas, Akiko, y él mismo.

-En fin, como ya he dicho, ojalá no hubieran crecido nunca. Crecieron felices. Juntos. Como una pequeña familia. Eso se lo puedo asegurar. Sin embargo, semejante potencial no tardó en llamar la atención de gente sin escrúpulos. Recuerdo que fue un poco antes de las vacaciones de navidad de 1999. Subí las escaleras del edificio que albergaba el Centro y como todas las mañanas, muerto de sueño, antes de entrar en mi despacho eché un vistazo a través de la ventana del aula para ver al grupo. Allí estaban todos, sentados en círculo alrededor de la bendita señorita Wills, escuchando sin mucho ánimo las explicaciones de ésta. Pero me fijé un poco más. Héctor no estaba. Estará enfermo y se habrá quedado en casa, pensé. Le pregunté a una de las cuidadoras. Me dijo que el director nacional del programa había venido esa mañana y se lo había llevado sin decir a dónde. Le llamé por teléfono al buscapersonas, preocupado, pero el director no me lo cogió. Ahí empezó todo.

-¿Dónde se lo había llevado? – preguntó el periodista alemán.

El profesor endureció su voz.

-Algo que yo no sabía en aquel entonces, y no supe hasta mucho después, es que gran parte del programa de captación de mentes brillantes estaba financiado por grandes firmas privadas. Era una especie de convenio, en principio desinteresado y altruista, pero que de altruista no tenía nada de nada. Grandes empresas petroleras, informáticas, de la automoción... en fin de todos los ámbitos, dedicaban millones de dólares a lavar su imagen con supuestas campañas solidarias. Se creó un fondo económico para financiar las becas que otorgaban los Centros de Altas Capacidades de todo el país, a cambio de la contraprestación de tener cierta preferencia a la hora de captar a esos niños para sus empresas. Normalmente, las captaciones preuniversitarias se realizaban entre los catorce y los dieciséis años, pero el caso de Héctor era tan precoz, que el Doctor Hommen quiso presentarlo

antes que ninguno a las empresas. Con solo doce años quiso entregarlo como si fuera un trofeo, y ponerlo a los pies de los caballos.

-¿Cree que el Doctor Hommen recibía dinero de las empresas privadas por esas gestiones preferenciales? -preguntó el periodista francés.

-Por supuesto, no me cabe la menor duda. Como director del programa él manejaba muchísima información privilegiada, y aunque aparentemente sólo debía rendir cuentas al departamento de educación eso no era así. A quien realmente rendía cuentas era a las empresas multinacionales que financiaban el programa. El Doctor Hommen era un hombre extremadamente flemático, frío, calculador. Recuerdo que, en una ocasión, el profesor Hommen se atrevió a dar una charla a los niños. Creo que versaba acerca de la importancia de las ciencias en el mundo moderno. Hablaba a los niños sobre que gracias a la ciencia podíamos analizar cualquier cosa de este mundo. A pesar de su timidez, María levantó la mano y preguntó muerta de vergüenza:

-¿Y el amor? ¿También podemos analizarlo?

A lo que el Doctor Hommen le contestó.

-El amor, María, es algo muy especial. Pero en el fondo, no son más que reacciones químicas en nuestro cerebro. Y tal vez no ahora, pero en el futuro, seguro que se puede medir y cuantificar.

Él era de ese tipo de personas capaz de quitarle la ilusión a un niña de tres años diciéndole que Santa Claus no existe.

-¿Qué tipo de reuniones concertó el director para Héctor?

-Durante esas primeras presentaciones, el Doctor Hommen deslumbró a los representantes de las corporaciones, que le ofrecieron empezar a compaginar estudios y trabajar desde ese mismo momento en los departamentos de investigación de empresas informáticas como Microsoft, petroleras como Textron, aeronáuticas como Lockheed Martin o gigantes de la electricidad y la energía como General Dynamics Corporation. Héctor se negó rotundamente, y se sintió algo agobiado por la presión a la que estaba siendo sometido. A las siguientes reuniones acudió junto a su madre, a la que intentaron persuadir con regalos y descarados sobornos carísimos. Le ofrecieron casas, coches, joyas. Se volvieron a negar, argumentando que era aún demasiado joven para empezar a trabajar. Le ofrecieron a la madre una pensión de miles de dólares a la semana a cambio de que el joven Héctor trabajara con ellos. El director del programa, Hommen, le argumentó que si no quería que Héctor se estancara, debería progresar con el trabajo real en un departamento de investigación, haciéndole creer que ya no tenía nada que aprender en el Centro. Ella habló conmigo, hecha un mar de dudas, y me pidió opinión. Yo le dije: María, por favor, es sólo un niño, yo esperaré. Y me hizo caso. Así conseguí retener durante unos meses más a Héctor con el grupo. Pero todos sabíamos que los días de Héctor en el

Centro estaban contados. Todos. Yo, los profesores, su madre, Peter... incluso también María Stravinsky. María sabía que nadie lo iba a echar tanto en falta como ella. Así que, una tarde, le pidió a Héctor que por favor le acompañara al aula de música. A pesar de su timidez, se atrevió a cogerle de la mano y le sentó en una silla a unos metros de un elegante piano de cola. Ella, a la que su retraimiento le impedía desplegar todas sus aptitudes, le dijo que le hiciera el favor de sentarse, cerrar los ojos y escuchar. Tocó para él una deliciosa versión del tema “Brown Eyed Girl”, de Van Morrison, modificando la letra para cantarle “Brown Eyed Boy” (Chico de Ojos Marrones) y dedicársela, cantando con una voz maravillosa.

*Bajo la luz del sol, riendo  
Escondidos detrás del arco iris  
Resbalando y cayéndonos  
Por toda la cascada  
Contigo, mi chico de ojos marrones  
Tú, mi chico de ojos marrones*

Fueron unos minutos de gloria pura para ambos. Él seguía el ritmo con el pie y las manos sin abrir los ojos, y ella acabó bailando mientras continuaba tocando la melodía en el piano sin dejarse una sola nota en el camino. Cuando finalizó, extasiados ambos, se fundieron en un abrazo. Héctor abrió sus ojos oscuros e intensos, se miraron y ella le regaló su primer beso. Con cierto sabor a despedida, pero un primer beso al fin y al cabo. Tierno, infantil y puro.

-¿Por qué se fue finalmente? ¿Hubo alguna oferta irrechazable?

-El Doctor Hommen era un ser extremadamente ambicioso. Estuvo buscando la fórmula de seducir a Héctor hasta que finalmente dio en el clavo. Le ofreció participar en el programa espacial de la NASA. Héctor era un apasionado de la mecánica, la energía y la física, y sabía que le costaría decir que no a una oferta tan tentadora. Habló con su madre, y le explicó lo mucho que le había costado que le hicieran un hueco en el programa espacial. Le dijo que era un honor irrenunciable ser invitado a participar. Que estaría rodeado de las mentes más brillantes del mundo. Que le estaría haciendo un favor a su país y al resto de la humanidad. Que era un tren que no deberían dejar pasar por el bien del pequeño Héctor. María Gómez volvió a pedir mi opinión. Yo ya le había mostrado mi desaprobación en múltiples ocasiones, pero tenía que reconocer que participar en un proyecto de tanto calado con la NASA a la edad de doce años era una oportunidad extraordinaria, por lo que le dí finalmente mi bendición. Al niño le hacía mucha ilusión y bueno... era ley de vida que se separara del Centro, del grupo, y de mí. Así que se despidieron del resto de niños del centro,

especialmente de su amigo Peter, y abandonaron Nueva York. Dejaron su apartamento en Queens, ella renunció con lástima su trabajo en la librería Internacional, y se instalaron en una preciosa casa unifamiliar en la ciudad de Cocoa, Florida. Piscina, barbacoa, buen tiempo todo el año. Y a unas escasas diez millas de las instalaciones de la base aérea de Cabo Cañaveral, el principal centro de las actividades espaciales de los Estados Unidos. Una nueva y decisiva etapa en la vida de Héctor Gómez y su madre estaba a punto de comenzar.

-¿Mantuvo usted el contacto con él durante su estancia en Florida?

-Efectivamente, así fue. Primero les ayudé con todo lo referente a la mudanza y el traslado. E incluso viajamos juntos hasta allí con un camión que yo mismo alquilé. Recuerdo durante el viaje a su madre sentada a mi lado, y al niño leyendo ejemplares ya antiguos de mi colección de National Geographic, uno detrás de otro. Héctor estaba encantado, por fin iba a poder ver con sus propios ojos los planetas y las estrellas que habían adornado su habitación durante tantos años. Una vez que se instalaron completamente en su nueva casa, bajo el sol de Florida, yo regresé a mi puesto de trabajo en el Centro de Alto Rendimiento de Manhattan. Sin embargo, todas las semanas hablaba con ellos al principio varias veces. Después, con los años, las llamadas se reducían a los domingos por la tarde. Charlaba un rato con Héctor, y después con su madre, durante cerca de una hora. Hablábamos sobre el crecimiento del niño, su evolución, y también sobre cosas más mundanas como las películas que nos habían gustado últimamente o consejos de cocina o de bricolaje.

-Durante las primeras semanas, el joven Héctor fue invitado y acompañado por el personal de la NASA a recorrer todas las instalaciones, depósitos y hangares, y fue presentado a una gran parte de los ingenieros, trabajadores y pilotos de la Agencia Espacial, que quedaron sorprendidos de los conocimientos y el interés por la Astrofísica de aquel muchacho de doce años.

Después, se le agregó como simple oyente a un grupo de investigación avanzada sobre ignición y lanzamiento de satélites geoestacionarios. Todas las mañanas, cerca de las nueve, su madre le despertaba. Le preparaba un fuerte desayuno y le dejaba preparada la ropa. A él le gustaba vestirse con unas deportivas y una chaqueta azul repleta de parches de la Agencia Espacial. Un vehículo oficial le recogía en su domicilio, y pasaba el día rodeado de ingenieros y técnicos brillantes que buscaban fórmulas para poner en órbita un objeto con la mayor precisión posible y el menor gasto energético. Hacían tormentas de ideas, y se teorizaba durante horas sobre posibles soluciones a los más diversos problemas de astronáutica. Aunque al principio su papel estaba relegado a oír, callar y aprender, fue poco a



poco ganando peso específico en aquellos círculos de científicos debido a la sutileza y acierto de sus comentarios y observaciones.

Akiko le acercó a su marido una pequeña botella de agua mineral vitaminada. Él le agradeció el gesto y le dio un pequeño trago antes de continuar.

-Tengo que reconocer que para él fueron unos años muy productivos. Al principio le miraban un poco como un bicho raro, un niño sabiondo dentro de una colección de niños sabiondos. Pero con el tiempo, fue encontrando su hueco, y haciendo que su voz se oyera. De hecho, de los cerca de cinco años que pasó en Florida, de 1999 a 2005, más de la mitad los pasó como jefe de su propia sección de investigación. Desde los doce hasta los diecisiete años. Creo que fue un poco antes de los atentados contra el World Trade Center del once de septiembre de 2001, cuando ya se convirtió en cabeza visible de algunos de los proyectos más vanguardistas de la NASA y pasó a estar en el punto de mira de algunos de los holdings empresariales más poderosos del planeta. Adelante, Carlos...

Un periodista argentino, con una informal barba y el pelo recogido con una coleta le formuló la siguiente pregunta.

-¿Cree que Héctor estaba controlado en todo momento? Es decir... ¿Piensa que todo lo que estaba desarrollando estaba siendo supervisado ya por otras entidades superiores?

-Depende de lo que entienda por entidades superiores. Si se refiere a personal del gremio de la ciencia, quiero pensar que no, que tenía suficiente libertad para desarrollar sus proyectos y dirigirlos hacia dónde él quisiera. Si se refiere a que estaban vigilándole desde mucho más arriba para que, en el momento que desarrollase algo interesante, quedárselo, entonces mi respuesta es que estoy completamente seguro.

-Vamos, Chuck, ¡dime que sí! -exclamó un joven Héctor Gómez de quince años de edad, moviéndose rápidamente dentro del immaculado laboratorio de fusión donde llevaba toda la mañana trabajando.

-Sí, sí, sí... ¡Pues claro que sí! ¡Ha funcionado! -un treintañero con barba y más de cuarenta kilos de sobra le chocó la palma de su mano mientras ambos observaban con los ojos como platos la pantalla de un potente ordenador.

-¡Te lo dije, te lo dije! ¡Te dije que la aleación de material iba a aguantar! -dijo eufóricamente mientras pasaba su brazo por los hombros de su compañero de investigación.

El teléfono móvil de Héctor sonó en el bolsillo de su bata blanca con la sintonía de la película Star Wars. Tenía visita. Ya se había más o menos

acostumbrado a que cada cierto tiempo algún representante de recursos humanos de alguna corporación importante solicitara una reunión con él para intentar convencerle de que firmase algún contrato de colaboración de exclusividad con alguna empresa privada. Le solían ofrecer cifras importantes, le hablaban de proyectos de futuro y de una vida mejor bajo el cobijo de multinacionales importantes. Él, por su carácter y por esa curiosidad innata que tenía, casi siempre aceptaba reunirse con estos cazatalentos que llegaban desde todos los puntos de Estados Unidos, desde Japón, China y Europa. Solía hablar con ellos un par de horas y se interesaba por los proyectos, las condiciones o la filosofía de la empresa en cuestión. Finalmente, cuando profundizaba ya sobre temas más técnicos, normalmente el representante, que en ocasiones llegaba incluso a ser el dueño o el mayor accionista de la empresa, tenía que recular para no quedar en evidencia ya que Héctor solía tener más conocimientos del tema en cuestión que ellos mismos ya fuera tecnología, energía, informática o ingeniería. Ya había recibido ofertas de multinacionales de todo tipo, algunas muy conocidas como Nike, Coca-Cola o Boeing, y otras de nombres impronunciables y que jamás han gastado un solo centavo en publicidad pero aún más poderosas que las anteriores. Algunas le intentaban comparar con un deportista de élite que debía fichar por el mejor equipo antes de que su carrera se eclipsara, otros se basaban más en compararle con otros grandes estudiantes coleccionistas de matrículas de honor que habían engrosado sus filas. Pero ese día la reunión que iba a tener sería diferente. Normalmente solía quedar en una funcional sala de reuniones que existía en uno de los edificios del complejo auxiliar de la base de Cabo Cañaveral. Allí le esperaba, vestido impecablemente de Armani, el infame Kevin Steal. Cincuentón pero en buena forma física, cabeza rasurada al cero, traje negro, corbata roja chillona, imponía sólo con su presencia, en contraste con la forma informal de vestir de adolescente con pinta de patinador que tenía Héctor. Se presentaron con educación y curiosidad mientras se escudriñaban el uno al otro. Héctor notó como le apretaba la mano, hasta casi el punto de hacerle daño.

-Dicen que eres bueno, Héctor. Mejor dicho, dicen que eres el mejor.

-Bueno, supongo que depende de para qué. Todos tenemos nuestros puntos débiles también.

-¿Y cual es el tuyo?

-Bueno, eso tal vez deberían decirlo los demás. Yo me limito a intentar hacerlo lo mejor posible.

Kevin Steal sonrió unos instantes con ese gesto tan propio de aquellos que se creen los dueños de todo cuanto tienen ante sus ojos.

-Déjame decirte algo, Héctor, con todos los respetos.

-Sí, adelante.

-No eres tan bueno como crees. Simplemente no estás jugando en la liga correcta.

-¿A qué te refieres? No te entiendo -dijo tras haber despertado su curiosidad.

-¿Realmente crees que estás en la cima? ¿Qué los mayores cerebros del mundo se dedican jugar con cohetes?

-No lo sé, yo sólo sé que me gusta lo que hago, y que soy feliz aquí.

-Bien, si eso es lo que quieres, ser feliz y nada más, me parece perfecto. Pero siempre te quedará la duda y la inquietud de haber jugado en primera división. Que seas muy feliz, Héctor.

Kevin Steal se levantó y se dirigió hacia la puerta de la sala de reuniones para marcharse. Antes de coger el pomo, le interrumpió:

-Cuéntame un poco más -pidió intrigado Héctor, mordiendo el anzuelo.

Un intenso relámpago seguido de un ensordecedor trueno interrumpió al profesor. La lluvia que azotaba Tesalónica se había convertido en toda una tormenta, y parecía que del día se hubiera hecho la noche a causa de las negras nubes que cubrían el cielo.

-Tengo que reconocer que Kevin Steal, a pesar de ser un grandísimo hijo de puta, y perdón por la expresión, era un excelente negociador que sabía como estirar la situación hasta llevar a la gente al punto exacto dónde él quería, a su terreno.

Aquel hombre volvió sobre sus pasos y se sentó, pero esta vez en el canto de la mesa, a escasos centímetros de Héctor, que se sintió aturdido por el fuerte olor del perfume de Mr. Steal.

-Los estudiantes más brillantes y los mejores cerebros del mundo no están encerrados en un laboratorio ni enterrados por fórmulas químicas y ecuaciones. La gente con tu capacidad, o la mía, está viajando en su propio Jet privado, disfrutando de la vida en alguna de sus mansiones y manejando millones de dólares con una simple llamada de teléfono móvil. Ahí es donde están las oportunidades Héctor. Te estoy ofreciendo tener una vida acorde con tu nivel intelectual... ¿o prefieres seguir aquí trabajando siendo solamente un eslabón más de una interminable cadena de montaje? Los mejores cerebros, no sólo de Norteamérica, sino del mundo, nos dedicamos a otra cosa, Héctor... a otra cosa.

-No sé de qué me está hablando...

-Te estoy hablando de ganar al año más de mil millones de dólares. Te estoy hablando de alcanzar un status en el que vas a tener la vida más plena que puedas imaginar. Tú y tu madre. Te hablo de no tener que preocuparte nunca más por el dinero. Todo lo que quieras, todo cuando se le antoje a tu madre, lo podrás tener. Y lo mejor de todo, si lo quieres ver así: cuando

tengas tal cantidad de dinero, tanto que no se puede ni imaginar... Entonces podrás financiar cualquier tipo de investigación o avance científico de forma independiente, sin tener que rendir cuentas a nadie. Como hace, por ejemplo, Richard Branson o muchos otros magnates. Primero consigue el dinero, y después úsalo como tú quieras. ¡Pero mira a tu alrededor, por Dios! Acaban de recortar el presupuesto de la NASA en casi un 30%, dentro de poco no tendrás fondos para continuar con tus experimentos, y entonces ¿Qué? ¿Qué harás? Crea tu propio imperio económico, y cuando no dependas de nadie, entonces dedícate a mandar cohetitos a Saturno si es lo que quieres. Pero eso será ya a tu manera, sin que nadie te imponga el cómo, el cuándo, ni el cuánto.

Sus palabras causaron ciertamente mucha impresión a Héctor. En parte tenía razón. Pensó... ¿qué puede tener de malo ganar algo de dinero para financiar después experimentos y pruebas científicas?

-¿Qué tendría que hacer? –preguntó preso de la curiosidad-. ¿En qué consistiría el trabajo?

-Derivados, Héctor... derivados -dijo con su sonrisa, como si se estuvieran repartiendo el mundo entre los dos. Y le puso la mano en el hombro como si fueran amigos de toda la vida.

¿Alguien de los aquí presentes sabe decirme lo que son las derivadas?

El periodista del New York Times levantó la mano:

-Son productos de bolsa, es decir. Inversiones que se realizan, con apalancamiento, sobre otros valores... Bueno, más o menos.

-Le diré yo exactamente lo que son.

El profesor Bay sacó una hoja de cuartilla con unos apuntes de su bolsillo y leyó su contenido.

-Los derivados son instrumentos financieros cuyo valor deriva de la evolución de los precios de otros activos denominados activos subyacentes. Arrugó la hoja hasta convertirla en algo parecido a una pelota, y encestó tirándola dentro de una papelera negra de la sala. Fue subiendo de tono de voz ante la preocupación de Akiko.

-Los derivados no son nada. Absolutamente nada. Son especulación pura y dura, y además con el dinero de los demás. Kevin Steal y otros hijos de puta de su calibre, empezaron a captar a los mejores cerebros de todo el mundo para que dedicaran su potencial a ganar dinero... de la nada

Se levantó de la silla y empezó a enojarse visiblemente y a gesticular-

-A analizar los valores bursátiles, acciones, bonos, índices, tipos de interés y a crear, vender y comprar productos financieros intangibles. Es decir, que cientos de personas con cerebros brillantes que debían haberse dedicado a investigar nuevos medicamentos, progresos científicos o maravillas de la

ingeniería se estaban dedicando a... nada. A nada. A ganar dinero. Para él y para los fondos de inversión para los que trabajaban. Era tal la cantidad de dinero que manejaban, miles de millones de dólares cada día... que no había quien se pudiera resistir.

Akiko, que escuchaba al fondo de la sala sentada en una de las sillas, se incorporó alarmada al ver que su marido estaba poniéndose nervioso y enfurecido. Pero el profesor seguidamente volvió a sentarse, dio un trago a la pequeña botella de agua que tenía a su lado, y prosiguió, esta vez más calmado.

-Así que poco a poco esta sucia rata de Steal fue intentando acercarse a Héctor. Comenzó a mandarle regalos a él y a su madre todas las semanas, y le convenció para que pasaran un fin de semana con su compañía en su impresionante residencia de Arlington, en Virginia. Allí, además de salir a pescar y enseñarles una colección de los recuerdos de su juventud para intentar ganarse la confianza de madre e hijo, cenaron juntos los tres en uno de los espectaculares salones de su mansión. Kevin Steal intentó embaucar también a María Gómez para que aceptara permitir que su hijo dejara la beca de la NASA y empezara a ganar montones de dinero con la ingeniería financiera. Sin embargo, su madre no se dejó impresionar y puso un poco de cordura. Le dijo que hasta que no cumpliera los dieciocho años Héctor debía dedicarse a formarse, y que después, él mismo debía decidir hacia dónde quería dirigir sus pasos. Steal, como tenía previstas todas las posibilidades, le ofreció una cantidad mensual hasta que cumpliera los dieciocho años, una especie de segunda beca, a cambio de un contrato de exclusividad. Esa cantidad era mayor de lo que ganaría nunca trabajando para la NASA. María y Héctor volvieron a contestar con educación que no. Que se lo agradecían profundamente, pero que aún no era el momento. Aún así no se marcharon y agotaron el fin de semana en la residencia de Steal, que les habló maravillas de las grandes oportunidades que ofrecía la banca moderna a jóvenes inteligentes y ambiciosos como Héctor. Le habló de la diferencia entre preocuparse por el dinero y alcanzar el nivel que tenían él y sus colaboradores, que tenían y manejaban más dinero que incluso países y estados enteros. Cuando llegó el domingo, se despidieron amablemente y, primero en helicóptero y luego en el jet privado de Steal, marcharon de vuelta a Florida. Aunque Steal no había logrado su objetivo principal que era conseguir que Héctor ganara dinero para él, los tres sabían que esa visita le había mostrado un nuevo mundo de posibilidades. Un seductor mundo de dinero fácil y rápido.

-Tres años después, el mundo había cambiado completamente y para siempre. El once de septiembre había empezado a dibujar un nuevo mapa mundi. En 2005, con dos guerras norteamericanas en curso, en Irak y Afganistán, las prioridades del Gobierno habían cambiado completamente. Héctor había pasado de ser un quinceañero a ser todo un hombre de dieciocho años, pero con unos conocimientos equivalentes a... unos ciento ochenta años. Era el investigador más destacado de todo el programa espacial, y tenía dependiendo de él a más de cincuenta colegas científicos de todas las edades. Se despertaba a las seis todas las mañanas y, repleto de ilusión, a las siete se encontraba ya analizando datos y supervisando protocolos en su puesto de trabajo en el laboratorio. Apenas descansaba veinte minutos para comer, y cerca de las diez de la noche, su madre le convencía por teléfono para que regresase a casa. Sus colaboradores le apodaron "la Bestia", por la intensidad de sus maratónicas jornadas de trabajo. A pesar de los recortes del Gobierno, estaba muy cerca de conseguir uno de los mayores avances de la ciencia moderna. Él y su equipo llevaban casi dos años detrás de lograr la forma de poner en órbita un satélite geoestacionario utilizando una décima parte del combustible del que se utilizaba normalmente, con una precisión mucho mayor y lo más importante: con capacidad para ser controlado por control remoto desde una base en la tierra, de forma completamente autosuficiente y rápida. Estos satélites, que recibían el nombre en clave de N-100, iban a ser capaces de desplazarse libremente alrededor del planeta, para posicionarse en cualquier lugar del mundo, moviéndose con libertad por la termosfera, la capa de la atmósfera donde se sitúan los satélites artificiales. Además, por su gran funcionalidad y gran tamaño, podían trasladar grandes cargas de equipos técnicos e incluso llegar a albergar a un astronauta si fuera necesario. Tenían una carga similar a la de un avión de transporte de mercancías. Serían como pequeñas versiones de la Estación Espacial Internacional, pero a lo largo y ancho del planeta. Héctor había diseñado la mayor parte del proyecto, que además había contado con la supervisión y el apoyo de varios expertos ingenieros desarrolladores de la Agencia Espacial. Teóricamente, la idea era crear una red de estos satélites N-100 a lo largo del planeta, unidos por varios pequeños transbordadores transportando astronautas y

material científico y de comunicaciones. Héctor, en el fondo, soñaba con convertirse algún día en el piloto de alguno de esos vehículos espaciales que unieran la red de los N-100. El nombre de N-100 significaba Net-100, red 100, en referencia a los cien satélites que conformarían esta estupenda red que dejaría a la Estación Espacial Internacional como una reliquia. Se le ofrecieron suficientes fondos para trabajar con holgura. Se marcaron unos plazos de tiempo, una especie de hoja de ruta para el proyecto. Pero Héctor los batía siempre. Se adelantó casi dos años a la fecha que inicialmente se esperaba que pudiera lanzarse el primero de los satélites.

-¿Todos los fondos de aquel proyecto provenían del Gobierno norteamericano? -preguntó el enviado del New York Times.

-Héctor nunca se preocupó de eso. Bastante tenía con hacer su parte, como para también tener que ocuparse de conseguir los fondos. Con el tiempo comprendió que semejante gasto de dinero no hubiera podido afrontarlo un Gobierno, ni siquiera el de los Estados Unidos.

El lanzamiento del primer satélite fue todo un éxito. Por primera vez, se utilizó para alimentar el cohete lanzador una revolucionaria combinación de combustibles fósiles y energías renovables, que abarataba enormemente la ignición. En menos de quince minutos, el primer N-100 se encontraba orbitando en una trayectoria estable, a la espera de sus noventa y nueve hermanos gemelos. Los elogios para Héctor Gómez no se hicieron esperar. Se estaba convirtiendo en uno de los nombres más reputados dentro de los círculos científicos. Todo el mundo quería contar con él en sus proyectos. Le ofrecieron carta blanca y grandes cheques para que liderara faraónicos proyectos científicos de empresas privadas. Turismo Espacial. Multinacionales farmacéuticas. Industrias genéticas de vanguardia. Sin embargo él siempre tuvo un enorme sentimiento de la lealtad, y se encontraba a gusto trabajando en la Agencia Espacial. Con tan sólo dieciocho años habían reconocido públicamente sus virtudes y poco a poco había conseguido el suficiente respaldo en la Agencia para que se le dejara trabajar con libertad. Era feliz, y su madre se había aclimatado bien a la vida en Florida. Ella se dedicaba a cuidar de su jardín y a ayudar altruistamente a grupos de jubilados en un geriátrico de la zona, sin cobrar nada a cambio.

Nunca se imaginó lo mucho que se podían llegar a torcer las cosas, las vueltas que puede llegar a dar la vida. Esto que voy a contar ahora tuvo que suceder a finales del año 2005, en las navidades. El día de año nuevo, al igual que la nochebuena, Héctor y su madre lo pasaron en la intimidad, solos en su hogar. Ella se afanaba en cocinar para él, y disfrutaban mutuamente de su compañía. Hablaron conmigo por teléfono, como todas las fechas importantes. Aquel era un día festivo, y a Héctor se le hacía

rarísimo pasar un día sin trabajar, teniendo en cuenta que no tenía otros hobbies aparte de diseñar cohetes espaciales. Su afición era su trabajo. Comió y cenó con su madre, estuvieron juntos viendo la película Los Goonies, y se acostó pronto, cerca de las nueve, como deseando despertarse pronto en día laborable y poder volver a su laboratorio y a los hangares de Cabo Cañaveral. Como digo, se acostó pronto, y se levantó aún más pronto. A las cinco de la madrugada abrió los ojos, se vistió con su ropa de patinador y su chaqueta azul parcheada, tomó un vaso de leche con cereales y, siendo aún noche cerrada, marchó hacia el trabajo a bordo de su sencillo Toyota Prius híbrido. Atravesó los controles de seguridad con normalidad, pero cuando llegó al edificio que albergaba su despacho se encontró con la sorpresa. Varios vehículos militares, coches y camiones, estaban aparcados en la puerta. Entró en el edificio, y se topó con una mudanza en toda regla. Ordenadores, equipos informáticos y simuladores hidráulicos y mecánicos estaban siendo desmantelados y cargados en camiones del ejército de los Estados Unidos. Preguntó a los soldados por lo que estaba pasando. Y le dijeron que no estaban autorizados hablar. Le remitieron al coronel Newman, que se encontraba en una de las plantas del hangar supervisando el traslado, junto con el Administrador General de la NASA por aquel entonces, Jack Johnson. Héctor corrió a su encuentro para pedirle explicaciones.

-¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde se llevan todo esto?

-Hola Héctor, te presento al coronel Newman –le contestó fríamente Johnson.

-¿Dónde se llevan todo? ¿Qué está pasando aquí?

-Héctor, ¡tranquilízate! Han surgido algunos cambios en el programa. A las ocho tenemos prevista una reunión con todo tu equipo para daros las explicaciones pertinentes.

-¿Algunos cambios? ¡Cuidado con ese ordenador! –le gritó Héctor a uno de los soldados que trasladaba equipos-. ¿Dónde se lo llevan todo? ¡Eh! ¡Ese es mi ordenador!

-Se equivoca, señor Gómez –se dirigió a él por primera vez el estirado coronel-. Ese ordenador no es suyo. Ese ordenador pertenece al Gobierno de los Estados Unidos. Igual que esta impresora, este simulador y todos estos equipos.

-¿Pero a dónde se lo llevan? Llevamos dos años trabajando con ellos.

-Y han hecho un trabajo magnífico, señor Gómez. Su país le estará eternamente agradecido.

-No entiendo nada, ¿qué está pasando? No puede venir aquí y llevarse todo nuestro trabajo.

-Le recomiendo que no me diga lo que puedo o no puedo hacer –utilizó un imponente tono de voz-. Es usted un investigador brillante, le felicito y le



recomiendo que siga así. Pero si no colabora con su país, sepa que puede ser acusado de traición.

-¿De traición?¿Pero qué está diciendo?¿Se ha vuelto loco?

El Coronel se giró, le cogió del brazo, y le habló de la forma en que le habla un sargento de instrucción a un recluta recién llegado:

-¡Despierte, señor Gómez!¡Estamos en guerra!¡Y no una, sino dos! Su programa va a ser asumido y gestionado por el Estado Mayor. Por el Ejército de los Estados Unidos. ¡Salvará vidas!¡Vidas americanas!

Héctor sintió que se le desgarraba el alma. Se dio cuenta del motivo por el que le concedieron durante dos años tal provisión de fondos. En unos segundos, mientras miraba a los implacables ojos del Coronel, se dio cuenta de la cruda verdad. Su ambicioso proyecto no iba a ser utilizado para realizar experimentos científicos, sino como parte del programa militar estadounidense. Por primera vez imaginó su red de cien satélites alrededor del mundo cargadas con toneladas de proyectiles explosivos, capaces de hacer blanco con una precisión absoluta, en todo el planeta. Además, como piezas de ajedrez, podían desplazarse y permutarse entre ellas sin que la red se resintiera.

A las ocho de la mañana, reunieron a todos los empleados del programa que se incorporaban sorprendidos al trabajo, en uno de los salones de actos. Casi trescientas personas fueron citadas allí de improviso. El Coronel Newman, el Administrador de la Nasa, el Director de Operaciones Espaciales y el Director de Investigaciones Aeronáuticas compartían escenario, todos en pie, aunque en principio únicamente habló micrófono en mano el Administrador General Jack Johnson, que más tarde llegaría a ser Secretario de Defensa.

-Han realizado ustedes un trabajo excelente durante estos últimos años, les felicito sinceramente en nombre del Gobierno de los Estados Unidos -comenzó diciendo a una anonadada audiencia-. Todos ustedes pasaran a la historia como parte de un equipo que logró uno de los mayores avances de la aeronáutica espacial moderna. Gracias a su trabajo, nuestro país podrá crear la red de satélites más avanzada que jamás a existido, que tendrá aplicaciones muy importantes tanto en el ámbito civil como en el de la seguridad nacional. Hemos recibido instrucciones del Gobierno de los Estados Unidos para crear una Agencia Espacial alternativa, no dependiente de la NASA, sino de la Autoridad Militar. Se ha construido una base para el lanzamiento, el desarrollo y el mantenimiento del programa N-100, ahora llamado programa Ícaro, en un lugar secreto. Desde allí se dirigirán los próximos pasos del programa, incluyendo la fabricación y el lanzamiento de los noventa y nueve satélites restantes que faltan por poner en órbita. Se les dará a todos ustedes la posibilidad de continuar trabajando en él, pero

esta vez, bajo la supervisión de la Autoridad Militar. Somos conscientes de que todo esto les ha pillado de sorpresa. A mí, créanme que también. Pero las prioridades de nuestro país, hoy en día, son las que son. Debemos colaborar con la seguridad nacional.

Héctor, sentado en una de las primeras filas, preguntó a viva voz, con tono desafiante:

-¿Y nos puede explicar de qué forma se van a utilizar los satélites Net-100?  
El Coronel tomó la palabra:

-Eso, como comprenderá señor Gómez, es información reservada.

-¿Van a cargarlos con bombas para lanzarlas desde allí arriba, no es así? ¿O van a utilizarlos para destruir satélites de otros países? ¡Vamos, díganos la verdad! -Héctor gritó visiblemente indignado.

-Su uso será meramente defensivo, señor Gómez -su tono de voz era fuerte y ofensivo-. Le recuerdo que su país, su país que le ha financiado todo el proyecto, está derramando su sangre no sólo en Irak o Afganistán, sino en muchos otros lugares del mundo que usted con su prodigiosa mente no sabe ni que existen. Mueren miles de soldados americanos para que usted pueda disfrutar de estar ahí libremente sentado, cuestionando la forma en que hace las cosas su gobierno.

Otro de los ingenieros compañero de Héctor preguntó seguidamente:

-¿Y quien va a supervisar el programa, si no somos nosotros?

-El Ejército tiene gente muy calificada, se lo garantizo. Además, hay gente en esta sala que se incorporará al sistema Ícaro.

Al oír esta respuesta, Héctor se dio cuenta de que había gente a su alrededor, compañeros suyos en el programa, para los que no suponía ninguna sorpresa todo esto. Algunos de sus colegas ya sabían que el programa Net-100 pasaría a depender del ejército en cuanto fuera operativo, pero a él se lo habían ocultado para que no se negase a continuar. Le habían estado utilizando para crear un programa, a sabiendas que iba a ser usado con unos fines distintos a los que él creía. Todo esto supuso un gran golpe moral para Héctor, y su confianza en el sistema. Había puesto todo su empeño en un proyecto, y se lo habían quitado de las manos en cuanto había empezado a andar. Ese día llegó a su casa y se echó a llorar como un niño en el hombro de su madre, desconsolado, roto, herido en su orgullo. El profundo sentimiento de haber sido traicionado recorría su cuerpo. No sólo por el propio Gobierno, sino por los ingenieros y especialistas que trabajaron con él durante tanto tiempo y que no fueron capaces de contarle el verdadero destino de los satélites N-100. Su madre intentó darle consuelo, ya sabiendo que su tiempo en la NASA se había terminado.

-Entonces, ¿está usted diciendo que el programa Ícaro fue un diseño de Héctor Gómez? -preguntó el corresponsal del New York Times.

-No sólo fue un diseño suyo, sino que él lo creó, desde el primer tornillo hasta el último microchip. Aquella red de satélites era algo tan absolutamente avanzado para su tiempo, que quedó silenciado bajo el secreto militar, pero fue utilizado durante mucho tiempo. Después de aquello, su madre se puso en contacto conmigo, me lo contó todo. Y les recomendé que cambiaran de aires.

-¿Abandonaron la Agencia Espacial?

-Así fue, no quiso oír hablar ni de la NASA ni de la Agencia Espacial Militar que estaba a punto de crearse. No quiso saber nada, no quería tener sobre su conciencia las consecuencias del mal uso que pudieran hacer de los satélites. Rechazó las ofertas de continuidad que le ofrecieron en el programa espacial, así que dejaron la casa donde vivían en Florida, y se mudaron de vuelta a Nueva York, a curar sus heridas como un amante despechado. Los primeros días los pasaron en mi apartamento de Brooklyn. Yo había abandonado el Centro de Altas Capacidades y había abierto una consulta privada de psicología infantil en Manhattan, una de mis vocaciones. Sin un plan concreto, María y Héctor me contaron su intención de tomarse un tiempo de meditación antes de pensar en el futuro, con la tranquilidad del colchón del dinero ahorrado durante siete años en Florida. Alquilaron un apartamento en el distrito de Tribeca, y durante varias semanas, madre e hijo recuperaron el tiempo perdido por tantas horas de trabajo en las intensas jornadas laborales de Cabo Cañaveral. Paseaban juntos por los senderos de Battery Park, comían en restaurantes latinos, e iban al cine o al teatro varias veces por semana. Incluso su madre le llevó un día a bailar salsa. Ella bailaba genial. Él lo intentaba. A veces cenábamos los tres juntos en mi apartamento. Y otros días quedábamos para hacer footing por Central Park. Hasta que cierto día, en uno de esos largos paseos por Manhattan, Héctor se detuvo y fijó su vista en los hombres trajeados que, cartera en mano y pegados a una Blackberry, entraban y salían apresuradamente de la estación de metro de Wall Street. No le llamaron la atención sus carísimos trajes ni el brillo de sus zapatos. Observó su porte altivo, su paso decidido, el aroma de triunfador que desprendían. Y pensó... ¿Por qué no?

-A la mañana siguiente, estamos hablando del mes de febrero aproximadamente del año 2006, ya tenía una cita en el despacho de Kevin Steal. Estaba situado en la cima de uno de los rascacielos más imponentes de la Gran Manzana, el Seagram Building. Dudó si acudir vestido con su estilo ya habitual de surfero de California o si por el contrario optar por vestir de traje como los ejecutivos que había visto salir del metro. Como buscaba una vida nueva para resarcirse del daño que había sufrido en Florida, entró en una de las mejores sastrerías de Nueva York y se hizo un traje a medida que le costó cerca de tres mil dólares. Cuando Steal le vio entrar así a su despacho, zapatos Martinelli, traje negro con raya diplomática de Pal Zileri, camisa italiana color crema y corbata a juego, debió sentir una vez más en la vida que había vuelto a ganar. Le saludó con un fuerte abrazo, y se sentaron a conversar durante horas. Héctor le comentó su intención de aprender del negocio de la bolsa, de ser su pupilo, de ganar dinero para que nadie pudiera nunca robarle sus proyectos. Steal intentó dejar clara su filosofía de que, si podía ganar nueve dólares, debía ganar nueve dólares, y no ocho, pues se consideraría un fracaso. Ambición y codicia en estado puro. Le habló del triunfo a base de superación, de hambre de poder, de ganar, de ser mejor que nadie. Era una persona muy persuasiva, un gran vendedor. Y un hombre completamente podrido por dentro, hasta el tuétano. Bajo su saludable aspecto se escondían las mayores bajezas del ser humano.

Creó para él un despacho en el mismo edificio, un par de plantas más abajo. Las vistas eran impresionantes, dominaba todo Manhattan, como si fuera el castillo de un emperador vislumbrando sus dominios. Completamente equipado con la última tecnología de la época, con ordenadores, decenas de pantallas de plasma interconectadas emitiendo gráficas bursátiles de los mercados de valores de todo el mundo y una zona de formación con pizarras y una pequeña biblioteca. Además le añadió una nevera doble siempre repleta de refrescos, vegetales y fruta fresca, una zona de descanso y ocio con billar y videojuegos, y un gigantesco proyector de alta definición de los más avanzados para su época. Incluso le instaló un pequeño gimnasio con varias máquinas de última generación para que Héctor se sintiera como en casa durante sus largas estancias allí. Contrató además a una intencionadamente atractiva y eficiente secretaria al servicio exclusivo de Héctor.

-Igualito que estar rodeado de los friquis de la NASA -se decía para sus adentros como intentando convencerse de lo acertado de su elección de volver a Nueva York.

Steal organizó y financió para él una pequeña ronda de entrevistas con algunas de las más destacadas figuras del mundo de las finanzas, para que acudieran personalmente al recién estrenado despacho para formarle en el complejo mundo de la bolsa. Acudieron varios tiburones de Wall Street expertos en especular con el dinero de los demás. Catedráticos de economía de las prestigiosas universidades de Harvard y Yale. Autores de sesudos libros de macro y micro economía que Héctor comprendía sin dificultad. Eran como conferencias pero dirigidas a una sola persona. Clases particulares a precio de oro para un alumno muy especial, que entendía los abstractos conceptos utilizados por los brokers a la primera, y se familiarizó enseguida con etéreos conceptos como apalancamiento, contratos por diferencia, acciones preferentes, subyacentes, opciones de compra y de venta... Además conoció de primera mano el funcionamiento de las entidades más importantes de la economía mundial, como la Reserva Federal, el Fondo Monetario Internacional, la Bolsa de Nueva York o el Nasdaq. Steal pudo gastarse, o mejor dicho, pudo invertir en la instrucción de Héctor cerca de cuatro millones de dólares, entre gastos de formación y la creación de su despacho y la empresa pantalla desde la que operaría, a la que llamó S&G Finds, la letra S por Steal, y la G por Gómez. Dinero que esperaba recuperar con creces en cuanto empezara a operar en el mercado. Mientras tanto, durante estos primeros meses, fue acercándose más a él en lo personal, y dejando que Héctor fuera cogiendo confianza con él, que le tomara como un amigo. Fue su discreta compañía como oyente en varias reuniones con grandes inversores, traders y brokers. Acudieron juntos a acaloradas sesiones bursátiles y sobre todo fue su mentor en decenas de fiestas y actos sociales donde se deslizaban astutamente entre grandes fortunas, políticos de primer nivel y muchas oportunidades de negocio. Este tipo de eventos eran simplemente pretextos para relacionarse, hacerse eco de rumores de fusiones o burbujas especulativas. Era trabajo, simplemente trabajo. Cuando se despiden y se marchan de allí, es cuando este tipo de gente empieza a divertirse. Cuando se entra en un órbita de este calibre, cuando tienes todo lo que puedes desear incluso antes de pedirlo, es muy difícil aprender a decir que no o decir basta. Alcohol, coches caros, cocaína, cientos de mujeres... Steal era lo suficientemente inteligente como para intentar alejar a Héctor de todo esto para que se centrara en ganar dinero. Sin embargo, la noche anterior al día en que empezaría S&G Finds a operar en bolsa, decidió regalarle algo. Héctor esperaba en el despacho de Steal a que él terminara de cerrar unos tratos por teléfono. Sentado en aquel majestuoso bufete, pudo observar una impresionante colección de armas antiguas que colgaban de las paredes, enmarcadas y conservadas al vacío bajo un grueso cristal. Se fijó en un rifle Winchester de la revolución mexicana, carabinas utilizadas durante la Guerra de la Independencia

española, incluso rifles Spencer de 1862, empleados en la Guerra Civil norteamericana. Una buena muestra de la personalidad agresiva y reaccionaria de Steal.

-¿Te gusta la colección? -le dijo al entrar en su propio despacho y sorprenderle observando la decoración.

-Es impresionante, la verdad.

-Te enseñaré mi preferida.

Steal abrió uno de los cajones de su robusta mesa de madera tallada que estaba cerrada con llave. Extrajo una caja de madera, de la que sacó un pequeño revolver plateado con la empuñadura en blanco marfil.

-¿Qué arma es?

-Es una Smith & Wesson Hammerless de 1882. Pero lo que la hace especial es para qué fue utilizada.

-¿Ah, si?

-Si. Durante el jueves negro del crack de Wall Street de 1929, mi bisabuelo era un agente bursátil que lo perdió absolutamente todo. Mientras sus colegas se tiraban por la ventana, él se apuntó con este arma a la sien y...

Kevin llevó la boca del revolver hasta su cabeza también, como imitando el acto de su antepasado.

-En un acto de cobardía, el viejo Steal se pegó un tiro.

Comenzó a guardar el arma, como si le importara bien poco.

-El sistema bancario era muy débil, ahora somos más fuertes. Nunca dejaríamos que pasara. Diversificación, que se llama, o no poner todos los huevos en la misma cesta. Me gusta tener este revolver aquí, a mi lado, para acordarme de no cometer el mismo error que mi bisabuelo.

Héctor le miró asombrado. Minutos después les recogió un chófer a bordo de un impecable Bentley Continental de color negro, y Steal le dijo a su chófer que se dirigieran al número 1253 de Chicago Avenue en Long Island. Llegaron a una impresionante mansión de estilo victoriano de tonos azules, rodeado por un amplio perímetro de seguridad. Entraron en la casa, y fueron recibidos por una decena de mujeres esculturales, ninguna de las cuales debía tener más de veinticinco años, excepto una de ellas, que ejercía de anfitriona. Algunas de ellas habían aparecido en las revistas Playboy o Penthouse, antes de quebrar durante la Segunda Gran Recesión de 2015. Vestían elegantes trajes de noche, como si fueran a acudir a un acto social, aunque en realidad simplemente estaban ejerciendo la prostitución de lujo. Les sirvieron una copa de Armand de Brignac, uno de los mejores y más caros champanes del mundo, y les agasajaron en los enormes sofás del salón principal. Se presentaron educadamente una a una, y estuvieron charlando y bromeando todos juntos durante casi media hora. Aprovechando un momento en que se quedaron solos, Steal le preguntó:

-Bueno, dime... ¿Cuál te gusta?

-Me gustan... ¡todas! -contestó sonriendo y con algo de vergüenza. Y otra vez la risa complaciente de Stone. A un gesto suyo, las diez bellísimas modelos le cogieron de la mano, y le acompañaron a una de las habitaciones de la planta superior donde, en un gigantesco jacuzzi, se desnudaron todas para él. Las diez mujeres le besaron y se acostaron con él. Una tras otra. Él, a pesar del increíble estado de excitación que le provocaron aquellas prostitutas, fue asaltado por el recuerdo de María Stravinsky, de quien hacía años que no sabía absolutamente nada. Buscaba sin querer su rostro inocente entre los rasgos perfectos y fríos de aquellas siliconadas meretrices. Stone no lo sabía, pero esa noche Héctor Gómez perdió su virginidad. Y lo hizo con una decena de prostitutas pagadas por un hombre execrable, malvado, casi diabólico que sólo veía en él una forma de ganar dinero. Y que, realmente, no tardó mucho en ver los primeros resultados.

Muchos de los periodistas suspiraron por lo tórrido del relato del profesor Bay, incluso uno de ellos solicitó permiso para poder salir a la calle a fumarse un cigarrillo. El profesor les dijo que, si no había inconveniente por parte de ninguno de los presentes, podrían saltarse las normas de la Oficina de Seguridad Global y fumar allí mismo, junto a la ventana. Todo menos salir del aula, no fuera a ser que intentasen transmitir algún comunicado y pusieran en peligro la vida de Akiko o la suya. No hubo ninguna objeción, y fueron varios los periodistas que se acercaron a los empapados ventanales para abrirlos ligeramente y encenderse un cigarrillo. Phoenix Airam, el bloguero que utilizaba una silla de ruedas para trasladarse y comunicarse, aprovechó el momento para acercarse al profesor Bay y decirle en la intimidad:

-Señor Bay, por favor, si me permite una pregunta... -consultó con aquella voz artificial.

-Claro, adelante, dígame.

-¿Por qué cuando Héctor le informó que iba a aceptar el trabajo del señor Kevin Steal usted no se opuso? ¿Por qué no se esforzó para que no se fuera con él y no cayera en tentación del dinero fácil?

Bay miró a aquel hombre, inmóvil y encajado en aquella silla de ruedas ergonómica.

-Nunca me gustó la idea, pero Héctor ya era mayor de edad. Debía tomar sus propias decisiones como una parte más del aprendizaje. Y cometer errores si era preciso. Aunque su mente trabajaba casi a la velocidad de un ordenador, emocional y conductualmente aún no era más que un adolescente. Por eso no le frené cuando me dijo que quería ganar dinero en las finanzas.

Tras unos minutos, todos los periodistas volvieron a sus puestos originales, y el profesor reanudó la explicación de sus memorias.

-Fue en Septiembre de 2006 cuando comenzó a funcionar S&G Founds. Durante los tres primeros meses, empezó a gestionar fondos de inversión por valor de cinco millones de dólares. Para cuando llegó la Navidad, consiguió una rentabilidad superior al cinco por ciento. Algo que no estaba nada mal para un novato que acababa de entrar en el mercado. Entrado ya 2007, en su segundo trimestre, al coger un poco de confianza, supo realizar operaciones bancarias que le reportaron un beneficio superior al veinte por ciento, casi un millón de dólares de beneficio. Stone, encantado por los resultados, realizó una inyección diez veces superior en el tercer trimestre, con lo que S&G Founds pasó a gestionar de forma autónoma más de cincuenta y cinco millones de dólares. El resultado: ganaron más de diez millones de dólares. ¿Cómo? ¿Qué táctica utilizaba? Sólo él lo sabía. ¿Análisis técnico? ¿Análisis fundamental? Nadie sabía cómo, pero Héctor se pasaba cerca de doce horas al día analizando los vaivenes del mercado, sus patrones, gráficas y oscilaciones. Invertía y especulaba con acciones de todo tipo de empresas y materias primas. Si por alguna circunstancia perdía dinero con alguna operación analizaba los motivos y se aseguraba que nunca más le volviera a suceder. Los beneficios de sus inversiones iban a parar al fondo de inversión de S&G, que cada vez iba engordando más y más. De vez en cuando Stone le daba jugosas primas y bonus, además de un fijo de quinientos mil dólares al año. Dos años después, a pesar de la irrupción de la crisis económica de las sub-prime, S&G Founds y sus filiales obtuvieron un beneficio neto de más de dos mil millones de dólares, convirtiéndose en uno de los fondos de inversión más rentables del país. La jugada le había salido redonda una vez más al viejo de zorro de Kevin Steal.

-Héctor y su madre se mudaron a una espaciosa mansión de estilo clásico en el Upper East Side. Aunque muchas noches las pasaba en su despacho cuando caía rendido en el sofá cama, después de pasar horas y horas delante de los terminales informáticos analizando datos, procuró no perder el contacto con su madre. Su escaso tiempo libre lo dedicaba a pasear con ella por Central Park, a visitar el Jardín Botánico, a cocinar con ella. Sin embargo María se estaba dando cuenta, como madre, de que su hijo no era feliz. ¡Por Dios! Héctor tenía una mente con una capacidad creativa maravillosa. Y se estaba pasando los días rodeado de números, cifras, valores... estaba nadando en un mundo que no le correspondía y, afortunadamente, no tardó en sentirse frustrado. Aunque él se tomaba su trabajo como una especie de juego y Stone procuraba motivarle todo lo posible para que disfrutara del placer de ganar dinero y de la apasionante competitividad del mundo de los brokers, al final... pasó lo que tenía que



pasar. Héctor se dio cuenta de que lo estaba haciendo, ganar dinero gracias a la especulación, ya fuera urbanística, de materias primas o con pequeños trocitos de empresa como son las acciones no le motivaba en absoluto. Su trabajo consistía en vender humo, en vender y comprar trocitos de la nada. Números irreales, abstractos. La parte de su trabajo que más repercusión tenía en la vida real era cuando artificialmente inflaban el valor de una empresa y después vendían rápidamente las acciones en su punto más alto. Luego dejaban que el valor de la empresa se descalabrara, y que se la comiera la quiebra o la bancarrota. Pero eso, a él, en su despacho de la planta treinta y nueve de un rascacielos de Manhattan, poco le afectaba.

Así que, sin que Stone lo supiera, aprovechaba sus escasos ratos libres para cumplir con su verdadera pasión: diseñar. A escondidas, creó y patentó desde su despacho un sistema de almacenamiento de energía móvil completamente novedoso en aquella época. Era capaz de ser utilizado, por ejemplo en vehículos y motores eléctricos. Era ligero, económico y completamente ecológico. Perfecto para ser utilizado en un coche o en una bicicleta eléctrica. Tenía una autonomía diez veces superior a las baterías de almacenamiento que se estaban utilizando en ese momento por la industria. Lo patentó a nombre de su madre para no dar pistas, y lo ofreció en primer lugar una de las empresas líderes en el mundo de la automoción, General Motors. Este antiguo fabricante englobaba a más de una decena de marcas de turismos como Cadillac, Opel, Buick... Era un sistema de almacenaje de energía tan revolucionario que le compraron inmediatamente la exclusividad de la patente por cerca de un millón de dólares. Le dieron un cheque con esa cantidad, y se quedaron con su patente. Héctor, no ya por el dinero, sino por el hecho de saber que algo creado por él había gustado, tuvo una satisfacción diez veces mayor que la que obtuvo con la mejor operación bursátil que hubiera hecho con Steal. Pero Héctor... -dijo apesadumbrado el profesor-, seguía siendo aún muy inocente. Él esperaba que la patente fuera desarrollada, pero no fue así. Fueron pasando los meses, y no volvió a tener noticias de los compradores de su invento. General Motors compró la licencia precisamente para que evitar que se desarrollara. Ellos ya tenían su propio programa gradual de implementación en el mercado de vehículos eléctricos. Y ese programa dictaba que había que retrasarlo en el tiempo lo máximo posible. Había que exprimir aún más los beneficios de los motores de combustión y explosión, en parte para rentabilizar el stock existente y sus fábricas, y sobre todo para contentar a la industria del petróleo y sus derivados. El coche y los vehículos eléctricos eran una amenaza para ellos, para el poder económico y empresarial establecido. Debía ser retrasado, e ir apareciendo... pero tímidamente, de modo que ellos nunca dejaran de tener el control y de ganar dinero. Baterías pesadas y carísimas, y con una independencia muy cortita, eso querían. No

iban a dejar que aparecieran unas baterías capaces de otorgar al coche eléctrico suficiente autonomía como para que el consumidor medio se planteara cambiar su coche propulsado por combustibles fósiles por uno eléctrico. Preferían pagar el dinero de la patente y congelar ese tipo de iniciativas, para tener en todo momento el control de la situación. A Héctor conocer todo esto le chocó, y le afectó. Empezaba a quitarse el velo de los ojos. Se dio cuenta de que cada vez que tenía una iniciativa, se encontraba con problemas por parte del sistema. Sin embargo, fue algo mucho más humano y directo la gota que colmó el vaso. Ocurrió a finales del verano de 2009, caminando hacia su despacho en Manhattan. Faltaban unos minutos para las ocho de la mañana. Se confundía entre decenas de brokers y ejecutivos como él, era un clon de aquellos triunfadores que se comían el mundo con sus trajes de tres mil dólares. Un hombre maduro, vestido con vaqueros y una camisa de leñador de manga corta. Se colocó frente a él y le preguntó, con mucha educación:

-Disculpe, ¿es usted Héctor Gómez?

Héctor, sorprendido, asintió. Se fijó en su barba de varios días y sus facciones angulosas como una roca.

-Muchas gracias por haber arruinado la vida de mi familia, y de dos mil más. Esto va por ellos.

Aquel desconocido golpeó con su puño cerrado la nariz de Héctor, que cayó redondo al suelo, con todo su impecable traje de Armani llenándose de sangre. Le rompió la nariz, y se marchó del lugar paseando, sin que ninguno de los testigos que caminaban a escasos metros hiciera absolutamente nada por ayudarle. Se levantó como pudo, la sangre manaba a borbotones. Se tapó la hemorragia con la camisa, y acudió a un centro médico privado que se encontraba a apenas doscientos metros de allí. Estaba completamente desorientado. No tenía ni idea de quien era ese hombre, y porqué le había agredido. ¿Dos mil familias? Él no sabía nada de eso.

Esa mañana, además, casualmente tenía una reunión con Kevin Steal en su despacho. Iban a tratar temas profesionales sobre futuras estrategias de la empresa, que se había convertido en una máquina infalible de generar dinero. Sin embargo, la conversación, desde el principio, fue por otros derroteros:

-¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho eso?

Héctor llevaba una máscara blanca que tapaba su nariz y ayudaba a sanar sus heridas.

-No lo sé, la verdad, no tengo ni idea. No lo conocía. Me dijo que le había arruinado la vida, a él y a dos mil familias más.

Kevin Steal usó su sonrisa.

-Héctor... -puso la mano en su hombro, como si fuera un amigo-. Tienes que aprender que cuando uno tiene éxito y poder, y maneja tantos capitales y tanta responsabilidad, siempre hay gente afectada por nuestros movimientos. Pero no te preocupes. A partir de mañana tendrás un servicio de escolta.

-¿A qué te refieres? ¿Cómo que un escolta? Si yo no he hecho nada a nadie, sólo soy un agente de bolsa.

-La bolsa es un espejo de la vida real. Cuando compras y vendes acciones de una empresa, en última instancia estás afectando a las personas que componen esa empresa. Seguramente sería alguien que ha perdido su puesto de trabajo y cree que eres tú el culpable.

-¿Yo?

-Vamos, Héctor, no intentes hacerte el inocente -elevó su tono de voz. Si estás en el escalafón superior del mundo es porque hay gente que está en el de debajo. Cuando vendes las acciones de una empresa y después dejas que se pudra, ¿qué crees que ocurre? Cuando obligas a que se fusionen varias empresas, ¿qué crees que pasa con los trabajadores que sobran? Pero no tienes que preocuparte, es ley de vida. Mira, la vida es como una selva, y tú eres un león. El modelo capitalista está basado en la pura ley del más fuerte y el más listo. Homo hominis lupus. ¿Has leído a Hobbes, verdad? El hombre es un lobo para el hombre. Que les jodan. Ellos, si hubieran estado en tu puesto, hubieran hecho lo mismo y te hubieran jodido a ti. Es así de simple, es la naturaleza humana.

Héctor, al oír estas palabras, notaba como el desasosiego le inundaba el cuerpo. Él se tomaba la bolsa como un juego. Matemáticas, proyecciones, funciones. Jamás se imaginó que detrás de aquellas operaciones se podían desencadenar dramas familiares en gente que ni siquiera conocía.

Kevin Steal continuó:

-A partir de mañana tendrás más seguridad, te acompañará siempre un guardaespaldas, y dejarás de moverte en metro y de ir a pasear solo por Central Park. Tienes una gran responsabilidad, y en este mundo hay que tener cuidado y estar protegido. Y si te proteges con hombres armados, pues mejor. Y también tienes que proteger a tu madre, para que no le pueda pasar nada. Imagínate, un secuestro xpress, por ejemplo. Te estás convirtiendo en uno de los hombres más poderosos de Manhattan Héctor, y debes comportarte como tal, porque vamos a crecer mucho. De eso precisamente quería hablarte, de una nueva inyección de capital que...

Héctor escuchaba esas palabras como el reo que escucha su condena, y perdió el hilo de Stone. ¿Ir siempre acompañado? ¿Hombres armados? Por Dios, ¿Qué estaba pasando? Le costó asimilar y advertir que Stone lo que quería era tenerlo controlado. En todo momento. Esa misma noche, en su despacho de Manhattan, en soledad, comenzó a hacerse preguntas.

Realmente, ¿qué consecuencias tenían las decisiones que tomaba al operar en bolsa? Normalmente él compraba y vendía títulos de empresas cuyo nombre era siglas sin sentido como A&A, BTC Co. o Li Jo Ltd. Con la ayuda de internet, hizo una pequeña lista de empresas que habían ido a la quiebra y desaparecido como consecuencia de sus movimientos en el parqué durante los dos años anteriores. Descubrió entre todas ellas una empresa textil de una ciudad llamada Lansing, en Michigan, Tomble Inc, la cual había cerrado sus puertas hacía seis meses dejando en la calle a más de dos mil trabajadores. Buscó en medios de prensa local noticias y fotografías sobre el tema, y descubrió en una de las fotos de las movilizaciones sindicales a su agresor, gritando con rabia al frente de las protestas. Con una pancarta en la mano que decía “*Sólo queremos trabajar*”, con la misma camisa a cuadros negros y rojos que llevaba en el momento de su agresión. Héctor miró la foto durante horas, en la soledad de su despacho, con las luces de Nueva York a sus espaldas. La imprimió y la recortó. Salió de su oficina y cerró la puerta sin mirar atrás. Nunca jamás volvió a ese lugar y, en el fondo, sabía que debía ser así. Se fue a su casa en un taxi, despertó a su madre, que se había quedado dormida en el sofá del salón con la televisión encendida. María se asustó al ver su nariz vendada y rota. Era la primera vez que veía a su hijo herido. Preparó chocolate caliente y bizcocho esponjoso típico de Puerto Rico. Hablaron durante horas, hasta casi el amanecer. Con el corazón. Le contó a su madre sus inquietudes, la profunda amargura que le inundaba. Le habló de cómo le utilizaron en Florida, de las patentes que le compraban para que no vieran la luz, de cómo Steal quería blindarle. Se sentía agobiado, infeliz, desgraciado. Odiaba el ambiente artificial del mundo de los brokers. Aquellas mujeres que se acercaban a él en las fiestas con la única intención de conseguir dinero. No tenía ni un sólo amigo de verdad, nunca había vuelto a besar a una chica desde aquella lejana mañana, junto a aquel piano de cola. Su madre le escuchó pacientemente, fueron varias las veces que tuvo que secarle las lágrimas. Héctor necesitaba tomar aire. Ver mundo. Y eso fue lo que decidió. A la mañana siguiente le contó a su madre los planes que tenía para su futuro inmediato. Y ella le dio su bendición. Aunque sufriría horrores al separarse de su hijo.

-¿Dónde se fue? -preguntó el periodista japonés.

-Ese mismo día, Héctor me buscó en Nueva York. Yo llevaba dos o tres meses sin verle. Con su nuevo trabajo con Steal espaciábamos cada vez más el vernos. Yo estaba atendiendo en mi consulta a un niño con problemas de aprendizaje. Irrumpió allí, y nos fundimos en un sentido abrazo. Le noté visiblemente emocionado. Lo primero que me pidió fue que cuidara siempre de su madre. Que me preocupara por ella, la llamara todas las semanas y procurara que no tuviera ningún problema ya que iba a estar

sola durante una larga temporada. Yo claro, no me pude negar. Le pregunté que dónde se marchaba, y simplemente me dijo que tenía que ver ciertas cosas con sus propios ojos. Que lo necesitaba. Ese día Héctor abandonó Nueva York en solitario. Portaba una pequeña maleta, y dinero suficiente para no pasar apuros. Nadie, ni siquiera él mismo, sabía lo que le esperaba durante los siguientes años en aquel maravilloso viaje.

Héctor se detuvo unos momentos delante del escaparate de una panadería francesa de los alrededores de la Universidad de Longwood, en el Estado de Virginia, en la costa este de Estados Unidos. Escogió un hermoso cruasán de chocolate recién hecho. Pero también aprovechó para observar su reflejo en el cristal. Después de varios años condenado a llevar tensos trajes de precios prohibitivos mientras trabajaba con Steal, le congratulaba y aliviaba volver a reconocer su imagen en un espejo. Se sentía cómodo con sus zapatillas Vans, sus pantalones vaqueros y una camiseta serigrafiada con la imagen de Albert Einstein sacando la lengua. Al fin y al cabo, sólo tenía veintidós años recién cumplidos. Si, se reconocía, era él. Admiró su pelo oscuro ondulado, su piel morena, su cuerpo esbelto y delgado. Boricua en estado puro, pensó, a pesar de parecer más bien mestizo. Recorrió caminando los terrenos de la Universidad disfrutando como si fuera un estudiante nuevo que acabase de llegar al campus en su primer año, dispuesto a pasar los mejores años de su vida entre aquellas instalaciones. Disfrutaba viendo el ambiente universitario: chicas guapas y cuidadas vestidas de GAP con carpetas de colores entre sus brazos; gafapastas con jerseys a rayas o a rombos de colores y la cara llena de granos; y todo tipo de tribus urbanas alternativas: emos, siniestros, heavys, raperos... todo ello en un ambiente de multiculturalidad y convivencia pacífica entre aquel abanico de vestimentas, peinados y maquillajes. Se sentía cómodo en aquel ambiente, aunque parecía más como un turista que disfruta viendo cosas que, aunque sabe de su existencia por la televisión, nunca ha llegado a ver en persona. Después de varios años enclaustrado allí en la base de Cabo Cañaveral, se sentía completamente vivo y lleno de energía al caminar entre todos aquellos jóvenes universitarios de su edad. Se topó con el edificio de ladrillo rojo de la facultad de ciencias, decidió visitarla y dar una vuelta por sus pasillos. Estaban prácticamente vacíos, era hora lectiva. Fijó su mirada en un listado con asignaturas que estaba colgado en un tablón de la pared. Genética. Biología Molecular. Nanotecnología aplicada. Le parecieron materias ciertamente interesantes. Pensó en quién las impartiría, seguro que los profesores eran personas muy interesantes y formadas. A pesar de que nunca le hizo falta, sintió que le hubiera hecho ilusión haber tenido un profesorado competente repleto de científicos y buenos instructores. Él había sido autodidacta en todo prácticamente. El profesor que recordaba que más le había enseñado algo en la vida era su amigo y tutor Charles

Bay. Había tratado y coincidido con grandes instructores científicos, pero en poco tiempo Héctor les había superado e incluso les rebatía sus explicaciones y sus teorías, con lo que sus relaciones se veían gravemente deterioradas. Al pasar por una de las aulas que tenía la puerta entreabierta, escuchó a un profesor departiendo acerca de la energía solar. En silencio y disimuladamente se sentó en una de las sillas del fondo de la clase, dónde casi cincuenta alumnos escuchaban desganados al profesor decir:

-Como todos sabemos, la energía que emana de la estrella llamada Sol es producida por una serie de reacciones nucleares que convierten el hidrógeno en Helio. Comenzando con protones de los núcleos de hidrógeno, encadena varias rutas que terminan con la creación de núcleos de helio y la producción de la luz solar...

El profesor se dio la vuelta y miró a los alumnos. Al fondo, arriba a la derecha, vio a un joven latino con la mano levantada. Extrañado, le preguntó:

-Adelante... ¿Quiere usted aportar algo, señor...?

-¿Qué hay del berilio?

-¿Cómo dice?

-Sin la presencia del berilio en esa cadena no se podría producir ese tipo de liberación de energía.

Toda la clase giró la cabeza para mirar a Héctor, mientras el profesor intentaba no quedarse mudo.

-La presencia del berilio no está probada, es simplemente una teoría.

-Pero el doctor Frank Calaprice confirmó esa teoría gracias al proyecto Borexino.

-Esa teoría no es del todo fiable...

-¿Por qué? Realizaron por primera vez una observación controlada de neutrinos solares. Es una teoría tan demostrada como la presencia del helio en la superficie del sol.

El rostro del profesor, visiblemente avergonzado, fue tornándose en un color rojizo, ante la mirada jocosa del resto de los alumnos. Intentando dar un golpe de autoridad, exclamó:

-Aquí el profesor soy yo. Si ustedes quieren aprobar ya saben lo que tienen que estudiar. Todo lo demás es puro debate y conspiración.

Y continuó con sus explicaciones. Héctor salió de nuevo al pasillo y se fijó en unos listados que colgaban en un corcho en la pared. Eran las notas de la asignatura de Bioética. Buscó apoyando el dedo en la lista de apellidos: Morris, Ping, Sommerson... hasta llegar hasta Stravinsky. Ahí estaba. El motivo de su visita a la Universidad de Longwood en Virginia. Charles Bay preguntó en el Centro de Altas Capacidades de Manhattan y le dijeron que María Stravinsky había elegido para estudiar esta Universidad. Héctor por una vez decidió dejarse llevar por sus sentimientos, presentarse allí sin

avisar y darle una sorpresa. La imaginaba alta, bellísima, con su larga melena rubia recogida, y sus ojos azules tan turbadores como siempre. Seguramente la encontraría, tomarían un café, y hablarían de todo el tiempo que habían pasado sin saber nada el uno del otro. Casi diez años. La vida ciertamente les habría llevado por caminos muy distintos, pero hoy, si la encontraba, iba a ser el día en que por fin se volverían a unir sus destinos.

-Nota: un ocho y medio –dijo al leer la calificación.

No está mal, pensó. Una de las mejores calificaciones de toda la clase. Le sorprendió de repente el escandaloso sonido del reloj de la vieja torre de la Universidad que marcaba la hora en punto, el final de la clase. La primera puerta que se abrió fue la del aula que acababa de abandonar, siendo el profesor avergonzado el primero en salir, cambiando de dirección al ver a Héctor. Poco a poco los pasillos fueron llenándose de un torrente de chicos y chicas de todos los aspectos imaginables, moviéndose en todas direcciones. Comenzó a buscar a María con la vista a su alrededor. Como se figuraba que sería alta, esbelta y rubia, descartaba automáticamente a las que no se ajustaban a ese patrón.

Pasaron los minutos y fueron despejándose las galerías. Héctor salió al exterior de la facultad. Apenas quedaba nadie en aquella zona, la mayoría de los estudiantes se habían trasladado a la zona del comedor o a sus residencias y fraternidades. Héctor decidió que era el momento de buscar allí, y paseó durante casi una hora por el comedor, la biblioteca, el gimnasio y las zonas de esparcimiento de la Universidad de Longwood.

Le estaba costando más de lo que se hubiera imaginado encontrarla. Contaba con que el factor destino le haría toparse de frente con ella pero, una vez más, la lógica se impuso, pensó. Aunque por orgullo se resistía a preguntar por ella directamente a alguna estudiante, finalmente se decidió a hacerlo. Esperó en la puerta del robusto edificio de ladrillo rojo de la facultad de ciencias a que pasara alguna joven a quien poder preguntar si conocía a una estudiante llamada María Stravinsky. Al cabo de unos minutos, divisó al fondo del paseo de asfalto grisáceo que llevaba a la facultad a una muchacha. Vestía unos vaqueros ajustados muy claros y un jersey de punto de color rojo. Abrazaba sobre su pecho una carpeta negra. Su tono de piel blanquecino y su cabellera rubia hicieron que a Héctor le ardieran las tripas. Desde el estómago fue subiendo aquel incómodo cosquilleo hasta la garganta y el paladar. Era la primera vez en toda su vida que sentía algo parecido. Reacción nerviosa: palpitaciones, sudoración...

-Son los síntomas normales -pensó él.

Según se acercaba aquella chica mirando al frente, Héctor se reafirmaba en que coincidía plenamente con el perfil. Sí, efectivamente. Podía ser ella. Debía ser ella. Cuando apenas les separaban unos veinte metros Héctor buscó inocentemente su mirada, aquellos ojos azules que nunca pudo



olvidar.

Le sobresaltó de golpe el grito bravucón de un varón:

-¡María!

Si. Era ella –se confirmó a sí mismo-. Ya no quedaba ninguna duda.

La muchacha se giro lateralmente hacia su izquierda, y dedicó una amplia sonrisa a un chico que se aproximaba por su lado. Aquel individuo, un varón con evidentes muestras de pasar muchas más horas de gimnasio que de biblioteca, la rodeó con sus grandes brazos y la atrajo hacia él, fundiéndose ambos en un indecoroso beso francés durante varios segundos que a Héctor le parecieron eternos. Sintió que le faltaba el aliento, y notó como un indescriptible vacío se apoderaba de sus entrañas. Su garganta se reseco ipso facto y comenzó a sentir náuseas.

Aquel hombre puso su mayúscula mano en el grácil hombro de María, y se marcharon caminando por el paseo entre arrumacos, hasta perderse de la vista de Héctor.

Se quedo tan téticamente paralizado y decepcionado que ni siquiera se planteó el llamarla para saludar. Decirle que había venido a saber de ella después de tanto tiempo, decirle que no había pasado un sólo día sin desear volver a verse reflejado en esos ojos turquesa. O simplemente decirle: Hola ¿Cómo estás? ¿Qué tal te ha tratado la vida?

Lo único que pensó fue que nunca más volvería a sufrir esa horrible sensación de decepción, de fracaso, de frustración. Se prometió a sí mismo no volver a dejarse llevar por estúpidas ilusiones y fantasías. Ese día el joven Héctor, aunque no lo supo en aquel momento, conoció que las cosas más transcendentales de la vida son precisamente aquellas que no se pueden medir ni cuantificar. Que no se pueden analizar en una probeta o utilizar para despejar una ecuación matemática. Reacciones químicas en el cerebro, recordó las palabras que dijo aquel día el Doctor Hommen en clase. Reacciones químicas en el cerebro. Menuda estupidez.

Al día siguiente viajó de nuevo. Esta vez hasta Michigan. Con la información que pudo conseguir y a base de preguntar durante todo el día pudo localizar a la persona que aquella mañana en Nueva York se puso frente a él y le pegó un puñetazo. Era un padre de familia que vivía en los suburbios de Detroit. Casado, mujer, tres niñas. El cierre de una de las últimas fábricas de la ciudad le obligaría posiblemente a emigrar de allí perdiendo su casa y gran parte de sus pertenencias. Una operación bursátil de Héctor desde su despacho en Manhattan había sumido a todo su barrio de la noche a la mañana en la pobreza y la miseria. Una vez localizó su domicilio, sigilosamente le dejó un paquete envuelto en la puerta principal. Tocó el timbre dulcemente y salió corriendo intentando que nadie le viera. El paquete llevaba una sencilla nota manuscrita que decía brevemente: “Gracias amigo por despertarme”. Aquel desempleado americano,

extrañadísimo, abrió el paquete. Contenía diez mil billetes de cien dólares. Un millón de dólares en total. Además, tenía las instrucciones para poder poner en funcionamiento una planta de fabricación de un material textil nuevo en aquella época: El G2-Text.

-¿También inventó el G2T? -preguntó pasmado el periodista chino mientras se tocaba con la mano su propia camisa.

-Así es. El G2-Text era un material que él mismo desarrolló para el programa espacial, pero que nunca llegó a culminarse. En aquella época no estaba tan avanzado como ahora, pero aún así era algo completamente revolucionario. Un tejido con capacidad para albergar carga energética de forma limpia y segura, capaz de dar calor en invierno y frío en verano. Un textil funcional y customizable con miles de aplicaciones posibles. Porque además, Héctor le dejó instrucciones concretas y muy precisas de los pasos que debía seguir para patentarla. A él ya le habían robado o plagiado varias patentes suyas de varios diseños propios, por lo que tenía experiencia con los sucios entresijos de las oficinas de patentes y marcas.

-¿Siguió las instrucciones aquel sindicalista?

-Al pie de la letra. Sin saltarse ni un solo paso. La fabricación del G2-Text dio trabajo durante años en aquella zona y reimpulsó la economía de aquel gris suburbio que estaba condenado a convertirse en una ciudad fantasma. Héctor necesitaba recobrar la fe en el ser humano, y ver como esta persona no sólo no se quedaba con el dinero sino que formaba una cooperativa junto con los demás trabajadores despedidos, demostrando que eran capaces de funcionar solos, crecer y sobrevivir financieramente hablando fue un gran alivio para él. Pero esto no lo supo hasta mucho más tarde.

-¿Qué hizo Héctor después de ir a Michigan? -preguntó Mahatma, del periódico Times of India.

-Después de dejar el paquete en Detroit se fue directamente al Aeropuerto Internacional O'Hare de Chicago. Cogió un vuelo de Delta Airlines y dejó los Estados Unidos rumbo al extranjero.

-¿Y a dónde fue?

-Lo que hizo durante aquellos dos años nunca lo ha sabido con exactitud nadie. No tuvo ningún contacto con su madre ni conmigo durante todo ese tiempo, excepto unas postales que enviaba a María desde cada país que visitaba. Esas postales, en donde no escribía nada, eran su forma de decirle que se encontraba bien, que estaba vivo. Que la tenía en su corazón.

-¿Cuántas postales envió?

-¡Uf!- resopló el profesor Bay-. Mandó cerca de cincuenta postales, cada una de un país diferente. Tokio, Shangai, Bangkok, Sidney, Mumbai, Moscú, París, Londres, Barcelona... Recorrió los cinco continentes desde que salió de casa. Así durante dos largos años. Y de cada sitio, mandaba

una postal en blanco. Tenía capacidad económica suficiente, pero nunca me contó detenidamente en qué tipo de sitios durmió o que tipo de gente se cruzó en su camino.

-¿Cómo le fue a su madre?

-¿La verdad? Fue bastante duro para ella por varios motivos. El principal, está claro, era la ausencia de su único hijo. El centro de su vida, y la única persona con quien convivía. Pero no era únicamente eso. Kevin Stone se puso hecho una furia cuando empezó a ver que pasaban los días y Héctor no aparecía por el despacho ni daba señales de vida. Estaba cabreadísimo, imagínense. Consideraba que Héctor era una inversión suya, un producto, y que le había traicionado. Sin embargo, él lo había dejado todo bien atado, y le había hecho firmar, sin que Héctor lo supiera, un oscuro contrato donde, en caso de que se fuera a otra empresa o quisiera trabajar por su cuenta, debía devolver gran parte de las ganancias obtenidas, entre otras cláusulas contractuales abusivas y de celosa exclusividad. Por suerte, María y su hijo no habían gastado apenas una veinte por ciento de todo dinero obtenido con Steal, y cuando se le echó encima, pudo hacer frente al dinero que como acreedor le exigía. Además, se apoderó de la casa donde vivían en el Upper East Side. Steal intentó quitarle absolutamente todo y dejarla en la miseria más absoluta pero Héctor, cuando abrió los ojos aquel día, sospechó que Steal tendría previsto algún recurso de ese tipo contra él y su madre. Así que escondió una parte del dinero en líquido, para que ella no pasara dificultades durante su ausencia. Escondió un millón de dólares en un lugar seguro y le dijo el lugar en el oído a su madre. Pero ella no tocó este dinero. Se puso en contacto conmigo, alquilamos un modesto apartamento en la zona de Brooklyn y decidí ponerme a trabajar en una empresa de limpieza de edificios de oficinas, para estar ocupada hasta que su hijo regresase de su viaje. Habló con el cartero para pasar ella a buscar a la oficina de correos las postales que le enviaba su hijo, y comenzó una nueva vida. Yo la llamaba por teléfono cada dos semanas, y cuatro o cinco veces al año quedábamos a comer en algún restaurante. Seguimos cuidando nuestra vieja amistad durante la ausencia de su hijo.

-Volvamos al viaje de Héctor -tomó la palabra un periodista Malayo-. Señor Bay... ¿De qué forma influyó su viaje en sus decisiones posteriores?

-Ojala pudiera responder a esas preguntas. Recuerdo que en la conversación que tuvimos antes de partir, le pregunté que a dónde iba a ir. Me respondió sonriendo que leyera otra vez la Iliada, de Homero. Le dí muchas vueltas a esto que me dijo y, leyendo estas obras, no lo comprendí. No supe qué me quiso decir Héctor con ésto. Pero muchos años más tarde, por casualidad, pude entenderlo. Llegó a mí y tuve el placer de leer un poema del autor griego Constantino Cavafis, escrito tres mil años después de esas obras de la Grecia clásica.

Charles Bay sacó de una bolsa de tela situada encima de la mesa del aula un antiguo ejemplar de un poemario de Cavafis, lo abrió por una página que estaba marcada por un separador, y comenzó a leer ante la sorpresa de los periodistas.

*Emprende el viaje a Ítaca pero demórate lo más que puedas, haz muchas escalas, teniendo siempre presente tu isla, la que estás buscando. Al final llegas a Ítaca, y ¿qué vas a descubrir? Que la verdadera Ítaca era el viaje.*

-Lo importante no es el destino de nuestros pasos, sino lo que sucede por el camino. No sé que vivencias tendría, con quien estaría o dónde dormiría pero, cuando regresó a Nueva York, en una fría mañana del otoño de 2011, era una persona completamente diferente. Era él, el mismo, pero su mirada, su tono de voz incluso su forma de caminar había cambiado. Se marchó siendo un joven tímido enfadado con el mundo, y volvió siendo un hombre equilibrado y viril, con una gran seguridad y una insultante confianza en sí mismo y en sus capacidades. Me dio la impresión de que se había ido dejando atrás sus complejos y sus temores en cada país que visitó, como librándose de ellos. En primer lugar fue a la casa donde vivió con su madre, y la encontró abandonada, en venta, vacía. Pero se cruzó con el cartero que le saludó diciéndole:

-¡Ya tenía yo ganas de conocer al de las postales!

Él fue quien le facilitó la nueva dirección de su madre.

Cuando llegó a la casa de María, un apartamento de Brooklyn, ésta se estaba preparando para ir a trabajar como limpiadora de casas. Escuchó el timbre, abrió la puerta, y en cuanto vio a su hijo no pudo contener la emoción y rompió a llorar. Se fusionaron en un cálido y emotivo abrazo que duró varios minutos. Ella apretaba con fuerza la cara y le besaba en la frente, en las mejillas y en las manos. Entraron en la casa, y no tardó su madre en percatarse del nuevo semblante que tenía el rostro de Héctor.

-Estás cambiado, diferente. Pero sigues siendo tú, mi niño. Déjame que te prepare algo rico. ¡Llevo tanto tiempo deseando cocinar para ti de nuevo!

Héctor sonreía con confianza. Aunque jamás había estado en aquel apartamento, volvía a estar en casa. A sentirse en su hogar. Pasaron la mañana juntos, sentados en el sofá, charlando. Ella le habló de la jugada de Steal, de cómo vació sus cuentas bancarias y les quitó la casa sin ninguna clemencia. De que había recurrido a mi, y que yo le había podido encontrar un trabajo, modesto, pero trabajo al fin y al cabo. De que con la recesión económica y su edad lo único que había podido encontrar era un humilde puesto de asistente de limpieza. De que cada noche se acostaba pensando en él, en dónde y con quien estaría. En si estaría bien, en si comería bien. Héctor hablaba más bien poco, dejando que su madre se desahogara. Hasta que en un momento de la conversación su madre le preguntó:

-¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? ¿Por qué has vuelto, mi vida?

-He vuelto para venir a buscarte, mamá -dijo sonriendo.

-¿Para venir a buscarme? ¿A dónde nos vamos? -preguntó sorprendida e ilusionada- ¿Voy haciendo la maleta? -bromeó.

-Bueno, de momento vámonos a comer a un buen restaurante latino. Llamemos a Charly Bay, ¿vale?

Ella me llamó por teléfono y nos vimos en Manhattan. Sentí una emoción tremenda al volver a verle. Este Héctor ya no vestía zapatillas deportivas y sudaderas de skater, ni traje de Armani. Vestía de forma elegante, sencilla y casi diría que con mucho estilo para la ocasión. Zapatos marrones, pantalones de pinzas y una sencilla camisa blanca y marrón. Su cuerpo, sus hombros, se habían ensanchado, y parecía haber incluso domado su oscuro pelo. Sus ojos, aunque inconfundibles, tenían un brillo nuevo y especial. Irradiaba paz y felicidad. Y energía al mismo tiempo. Fuimos a comer a Casa Julio, un restaurante portorriqueño en el West End.

-¿Cómo ha sido tu viaje? ¿Cuéntanos! -le pregunté lleno de curiosidad- ¿Encontraste Ítaca?

-Ha sido fantástico. Debería ser obligatorio para todas las personas. El mundo es un sitio muy, muy grande -bromeó- ¡Y está lleno de gente!

-¡Habrás hecho de todo!

-Sí, básicamente sí. Y sobre todo he aprendido un montón de cosas. Buenas y malas. He estado en la cara buena del mundo, en la regular, y en la mala. He visto cosas que jamás imaginé que existieran, que pudieran existir en pleno año 2010. Y he conocido a gente increíble. Tal vez eso haya sido lo mejor. Las personas con las que me he cruzado.

-¿Alguna chica, canalla? -le dije mientras le guiñaba el ojo.

-Claro, ¿porqué no? De ellas son de quien más se aprende -contestó mientras acariciaba a su madre suavemente en la espalda.

-¿Y dónde dormías?

-He estado desde en cochambrosas residencias de estudiantes, hasta en los mejores hoteles de cinco estrellas, pasando por pensiones que eran auténticos agujeros, casas de amigos...

-¿Qué ha sido lo mejor y lo peor del viaje? -preguntó ella.

-Lo mejor... como ya digo la gente. La gente humilde, sobre todo. He encontrado personas que no tenía nada y era capaz de darte su propio pan y quedarse él sin comer. Gente que si yo no llevaba pantalones y ellos si, se quitaban los suyos y me los ponían.

-¿Y lo peor?

-Lo peor... Echaros de menos, claro.

De forma inmediata, su madre comenzó a llorar.

-También me he llevado decepciones muy grandes. He visto el lado oscuro del mundo. Tanto a nivel personal como a nivel global. He visto de cerca el odio, como nos matamos entre nosotros. Y he visto cómo medio mundo es

esclavo del otro medio. En fábricas, en cárceles, en deudas. He abierto los ojos.

-¿Y ahora qué, Héctor? ¿Ahora qué vamos a hacer? -le insistió su madre.

-Mirad, os cuento. Estaba en Budapest, hace tres días, en uno de los baños termales más concurridos de toda Hungría. Me estaba bañando en una piscina descomunal al aire libre, el exterior a cinco grados Celsius, el agua a setenta. Jugaba al ajedrez con varios jubilados en las mesas que están instaladas dentro de la piscina. Son bastante buenos, Charly, la verdad. Pacientes y letales. Y tienen una gran afición, nos rodeaban decenas de personas mientras jugábamos en los baños. Entonces cayó en mis manos un periódico arrugado. El viento lo empujaba, y lo cogí antes de que cayera al agua.

Héctor metió su mano en el bolsillo del pantalón, y sacó el recorte arrugado de una hoja de periódico en blanco y negro. Nos lo dio a su madre y a mi para que lo viéramos.

-¡Está en Húngaro! No entiendo nada. ¿Qué pone? ¿Y quien es el negro de la foto? -dijo ella.

-Os traduciré: *“El Rey de Petronia muere a consecuencia de un infarto. El monarca de este pequeño país de menos de dos millones de habitantes será sustituido en el trono por su hijo”*. Fijaos en el hombre de la foto. ¿Os suena?

-No, la verdad es que no.

-Es Peter –aclaró Héctor.

-¡Dios mío, es cierto! ¡Es Peter! ¡Cuanto tiempo! ¿Qué tal está? ¿Has hablado con él? ¿Y tú desde cuando sabes húngaro?

-No. No le he visto desde hace años, igual que vosotros. Desde el colegio. Kevin Steal me dijo una vez que no existía sólo un lugar en el mundo que no pudiera ser invadido, ningún político que no pudiera ser comprado y ningún producto que no pudiera ser vendido. He estado buscando durante años un lugar así, y creo que, cierta y tristemente, tenía razón. Pero en cuanto leí la noticia, surgió en mi una esperanza nueva, y decidí venir a buscarte, mamá. Nos vamos a ir a vivir a África. Nos vamos a vivir a Petronia.

Lo primero que pensé es que se había vuelto loco, o había consumido drogas en su viaje, o había sido captado por alguna secta o religión extraña. ¿A Petronia? Era uno de los países más pobres del mundo, sin apenas recursos, sin democracia y sin unas instituciones públicas consolidadas. Una industria raquítica y un tejido empresarial casi nulo. Por supuesto, su nivel científico y educativo era tan pobre como sus habitantes. Según decía la noticia, Peter, el compañero de la infancia de Héctor, iba a ser proclamado Rey de aquel país, pero... ¿quién querría reinar en un sitio así?

Su madre debió pensar algo parecido, pero la fe ciega que tenía en su hijo y el miedo a volver a separarse de él no le dejaron poner pegas. Dejaría su trabajo y acompañaría a su hijo, allá donde fuera. Incluso a África.

-¿Entonces afirma usted que Héctor Gómez se instaló en Petronia por iniciativa propia? -la pregunta la formuló el periodista francés.

-Sí, así es. Todos los acontecimientos que surgieron después no fueron en absoluto premeditados, sino que una cosa llevó a la otra, y así sucesivamente... Hasta el final que todos ustedes conocen.

-¿Cómo fue el reencuentro entre Héctor y Peter después de tantos años?

-Dentro del mal llamado *Palacio* Real de Pretonia, situado en su capital Petronia Town, se celebró una discreta y sencilla ceremonia de entronización. Apenas dos centenares de invitados, entre ellos varios Jefes de Estado de países vecinos. Ningún representante de Europa, Estados Unidos o el mundo industrializado. Tan sólo un enviado de las Naciones Unidas, de procedencia francesa, como representante del mundo occidental. Pretonia era un país soberano e independiente, pero tan pequeño e insignificante en el concierto internacional que esta protocolaria ceremonia monárquica no acaparó ni una sola página de medios internacionales. Tan sólo una decena de corresponsales de periódicos africanos, por proximidad, se acreditaron para el evento. El acto, además, se celebró sin presencia de cámaras de televisión. Petronia no tenía ni siquiera una televisión nacional propia. De los dos millones de ciudadanos pretonianos, apenas un millar acudieron a los alrededores del palacio para intentar asistir a un evento que rompiera con la rutina imperante en la pobre y aburrida capital. Al menos, se consolaban, verían pasar por una vez en la vida coches lujosos y unidades de policía y escoltas de los representantes africanos extranjeros. La mayoría de estos representantes asistieron al evento, no por importarles la relaciones bilaterales con la diminuta Petronia, sino por respeto al difunto Rey Peter II. Fue un hombre valiente, de honor, de principios. Que devolvió en su juventud a la pequeña Ciudad su soberanía sin perder las buenas relaciones con el Reino Unido. No fue un déspota, sino un monarca cercano, cuyo mayor sueño era que su hijo varón instaurara un democracia sólida en el país. Pero antes debía conseguir sacarlo de la miseria en la que se encontraba sumido. Peter III, su hijo que estaba siendo investido, había podido gozar de una educación reglada mucho mayor que la de su padre y había estudiado, además de en Nueva York en el Centro de Altas Capacidades de Manhattan, las licenciaturas de Historia y Ciencias Políticas en la Universidad de Harvard. Amén de un carísimo Master de posgrado sobre Relaciones Internacionales en la Universidad de la Sorbona de París. Dominaba varios idiomas con mucha soltura, y tenía un gran carisma, una personalidad equilibrada y un sobresaliente don de gentes. Si,



el difunto Rey estaba orgulloso de su hijo, igual que éste lo estaba de su progenitor. El fallecimiento del monarca le había pillado por sorpresa, e intentaba disimular su dolor tal como hacían sus antepasados, pertenecientes a una respetada tribu de guerreros del oeste de África. Aunque sabía que su destino era inevitablemente ser Rey, y se había formado para ello más que ninguna otra personalidad pública en toda África, se sentía algo nervioso por la responsabilidad de dejar el nombre y el legado de su padre en buen lugar. Una vez terminó la pequeña ceremonia en la humilde sala de actos del Palacio Real, fabricada a base de oscura madera de acacia, cumplió con el protocolo y compartió unos minutos con todos los invitados. Comunicó a todos su deseo de comenzar en ese mismo momento a trabajar por el bien de su pueblo. Les aseguró que la estabilidad que había logrado su padre en el país tendría continuidad bajo su recién estrenado mandato. Se despidió educadamente, y se preparó para comenzar una ronda de reuniones en el antiguo despacho de trabajo de su padre. Primero fue el turno los representantes extranjeros y embajadores, en reuniones individuales de veinte minutos. Eran reuniones formales en las que no se tomaba decisión alguna. La última de esas reuniones fue con el representante de la vecina nación de Nogolia.

-Adelante, por favor, siéntese. Gracias por venir -le dijo al enviado, mientras le ofrecía asiento en una amplia butaca de cuero al otro lado de la mesa de trabajo dónde se sentaba él.

-Le doy el pésame más sentido.

-Gracias.

-Su padre mantuvo la paz con Nogolia. Una tensa paz, pero estable al fin y al cabo. Por respeto a su persona no quisimos retomar las negociaciones sobre nuestras diferencias, pero sepa que más tarde o más temprano tendremos que sentarnos a negociar.

-Se mantendrán los acuerdos y la situación como hasta ahora.

-Nogolia es un país veinte veces más grande y con más población que Petronia. Compartimos casi cien kilómetros de frontera. No le conviene que nos llevemos mal.

-A ustedes tampoco. Mantendremos el status quo –insistió Peter con aplomo.

-Ustedes descienden históricamente de la tribu de los petrones, nosotros de los nogoles. Durante cientos de años nos hemos matado los unos a los otros. No me hable de status quo. Hay que pensar en nuevos pactos y nuevos negocios.

-Cuando llegue el momento -le contestó Peter zanjando el tema.

Fue el representante con el que menos duró la reunión, y posiblemente el que tenía mayor importancia estratégica para Petronia. Nogolia era un país con una fortísima dictadura, y cuyos veinte millones de habitantes vivían

bajo la eterna sombra de los Kalashnikov. Con recursos naturales ingentes, envidiaba la gran salida natural al océano atlántico que tenía la costa de Petronia. Era su enemigo natural, pero su situación económica era tan mala que a ninguno de los dos países se les podía ocurrir embarcarse en un conflicto militar.

-¿Quién es el siguiente?

-El presidente de Alania -le contestó el ayudante personal de Peter, un joven militar físicamente imponente y que era su sombra, llamado Gon Gon.

-Hola, amigo -dijo saludando a un anciano vestido con el colorido traje tradicional del rey del país vecino Alania.

Los dos mandatarios se abrazaron cortésmente.

-Ha sido un gran mazazo lo de tu padre. Era un hombre querido y respetado. Pero a la vez temido.

-Conozco tu aprecio por él. Y era mutuo, siempre me habló con cariño de ti.

-Nuestros pueblos deben caminar juntos. Progresar.

-Lo sé, espero que siga siendo así.

-¿Cómo te ha ido con los nogoles?

-Ya sabes, calma tensa.

-Otra guerra no nos conviene a nadie. Ni a ellos, ni a nosotros, ni a ti, Peter.

-Lo sé, viejo amigo, lo sé. Poder contar con tu experiencia es todo un honor para mi. Nuestros pueblos seguirán hermanados.

Varias horas después, se reunió en el mismo despacho con representantes del equipo de gobierno que había colaborado con su padre. Ministros, cargos y personal de confianza. Una de las reuniones más importantes del día para Peter era la que debía mantener con su compatriota Usunda Papo. Usunda era un orondo y malhumorado político, enemigo acérrimo en la juventud del padre de Peter. Usunda representaba a la otra étnia que habitaba Petronia, los Papos. Cuando el Rey se enfrentó y consiguió la independencia de Gran Bretaña para los petronianos, pactó con Usunda la estabilidad del país, aunque éste, por no pertenecer a su etnia, jamás pudo aceptar estar bajo las órdenes de un rey que no fuera de los suyos. Aún así, reinó la estabilidad en Petronia durante más de treinta años, Usunda nunca se atrevió a cuestionar jamás en público a un hombre como el difunto Rey. Ahora, con su hijo entronado, estaba por ver si iba a tomar alguna determinación.

-Hola, Usunda, gracias por venir.

-Hola, Peter.

-Mi padre siempre te trató con respeto, a pesar de vuestras diferencias.

-Es cierto, yo también le tenía una gran consideración. Incluso cuando ambos deseábamos acabar el uno con el otro, nos teníamos respeto. Esa fue

la clave de que la tribu de los Papo contribuyeran a la estabilidad de nuestro país.

-Petronianos y Papos debemos seguir viviendo en paz bajo un mismo Estado.

-Estoy de acuerdo. Pero recuerda que el equilibrio es frágil –dijo con tono amenazador.

-Esa fragilidad de la que hablas es así para todos. A ninguno nos conviene que se rompa –rebatí Peter para no dejar que subiera el tono de la conversación.

-Espero que hagas honor a la memoria de tu padre.

Finalmente, ya anocheciendo, recibió a miembros importantes de la comunidad petroniana. Religiosos, representantes de pequeñas y alejadas aldeas, pequeños empresarios, funcionarios y personal de las Fuerzas Armadas y de la Policía. A todos les mostró su intención de acometer un proceso gradual para mejorar el pobre tejido empresarial y turístico del país, y que finalmente si la situación mejorara se desembocaría en una democracia en un futuro a medio plazo. A las doce de la noche, después de más de doce horas de entrevistas, saludos, besos y reverencias, despidió a su último interlocutor. Le preguntó a su ayudante si había alguna novedad más, para ver si podía cenar y descansar, después de un día agotador. Esperaba un “*no, majestad*”, pero sin embargo se encontró con un:

-Majestad, hay un extranjero que quiere entrevistarse con usted. Le he dicho que era imposible y que solicitara una audiencia por los conductos reglamentarios pero... dice que era su mejor amigo en la escuela.

-¿Cómo? –dijo extrañado- ¿Mi mejor amigo? ¿Cómo es?

-Es alto, con el pelo negro, moreno de piel...

-¿Tiene un poco el aspecto de un indígena del amazonas?

-Pues, la verdad es que ciertamente sí, majestad.

-No puede ser...

Peter, animado, salió al encuentro de Héctor que esperaba en solitario dentro de los jardines de la finca. Estaba acompañado por un militar encargado de la seguridad del recinto que no le quitaba el ojo de encima. Cuando se vieron, ambos se regalaron un abrazo fortísimo, bajo la noche africana, alejado de cualquier protocolo.

-¿Cómo estás indígena? ¡Qué alegría verte!

-Muy bien, negrata. ¿O debería decir, Majestad negrata?

-Bienvenido a África, amigo. Bienvenido a Petronia.

-Siento mucho lo de tu padre.

-Es increíble que estés aquí.

Ambos bromearon y rieron durante cerca de un minuto, ante la sorpresa de los militares presentes, que nunca habían visto a su nuevo monarca tomarse esas confianzas con nadie.

-¿Cómo has venido?

-He llegado esta mañana, con mi madre. ¡Me ha costado tres días llegar hasta aquí!

-¿Tu madre? ¿Dónde está?

-Está en un hotel, en la ciudad.

-¿En un hotel? ¡Nada de eso! Os alojareis aquí, en Palacio, conmigo. Dime en que hotel está y mandaré a alguien a buscarla. Pero... vamos dentro, cuéntame ¿Y ésta sorpresa? ¿Has cenado? ¿Por cuánto tiempo te quedas?

Le cogió del hombro y entraron en el interior del Palacio. Peter ordenó que les llevaran la cena al despacho, y le pidió unos minutos a Héctor para cambiarse y ponerse más cómodo. Héctor espero sentado en un inmenso sofá negro de cuero bajo un señorial retrato del padre de Peter. Después se entretuvo admirando los diplomas y felicitaciones que cubrían la estancia, fabricada en madera y roca desde el suelo hasta el techo. Fueron veinte minutos largos, hasta que se abrió la puerta del despacho de nuevo.

-Como sabes que a mi también me gusta quedar siempre bien, yo también tengo una sorpresa para ti. ¿Estás preparado?

-Claro, por supuesto.

-Mira a quien he despertado para que venga a verte.

Entraron en la habitación Peter junto a otro joven. De raza blanca, abundante pelo rizado y gafas de pasta. Héctor le reconoció de inmediato.

-¿Eres César? ¿César Brown? ¡No me lo puedo creer!

-¡Yo sí que no me lo puedo creer!

Ambos se abrazaron, con un sincero aprecio mutuo.

-¿Qué estas haciendo aquí? -le preguntó Héctor

-¿Yo? ¿Qué estas haciendo aquí tú? ¡Yo trabajo para Peter desde hace varios años!

-¡No me digas!

-Si, es uno de mis asesores más prestigiosos, y ahora que no está mi padre, cuento con él para que me de buenos consejos -apuntó Peter.

Los tres se sentaron en el sofá, y un camarero entró en la habitación empujando un carrito con diversas bebidas, agua, vino y platos típicos del país.

-Gracias, Lon, déjanos solos -le dijo con deferencia Peter, tras lo que el camarero realizó una reverencia y se marchó cerrando la puerta.

-Yo no voy a cenar por segunda vez para celebrarlo, tíos. Abriré el vino directamente mejor -dijo jocosamente César.

Empezaron a cenar de forma informal, y hablaron acerca de por dónde les había llevado la vida a cada uno durante todos aquellos años. Tras un rato de contar anécdotas y recordar pasajes de su niñez en común, Peter, con una copa de vino en la mano, preguntó a Héctor:

-Y dime, amigo, ahora en serio... ¿porqué has venido a África?

-Quiero invertir en tu país. Tengo una pequeña fortuna acumulada, y muchos proyectos. Y quiero hacerlo aquí, en Petronia.

A Peter se iluminó la cara, y se sintió alagado. Dinero era lo que hacía falta en Petronia, un país hundido en la miseria y con la mayor parte de su población viviendo bajo el umbral de la pobreza, con la amenaza del hambre batiendo sus alas sobre el país.

-¿Porqué aquí? ¿Y no en Filipinas, o China, o Indonesia? Seguro que allí podrías rentabilizar mucho más tu inversión.

-No sólo busco rentabilizar mi inversión, no es sólo cuestión de dinero. Necesito unas condiciones especiales. Quiero crear un sistema de trabajo completamente nuevo, que no esté basado en el capitalismo agresivo que se ha impuesto en el mundo. Quiero que los trabajadores sean parte del proceso, que se sientan parte del progreso.

-¿Pero qué tipo de producto quieres fabricar? Aquí en Petronia lo tendrías todo en contra, sinceramente. Malas comunicaciones, aislado del mundo, mano de obra sin cualificación, materias primas inexistentes... -preguntó César.

-Bueno, digamos que eso que dices no es del todo exacto. La energía es algo universal, que está presente en todo el planeta. Simplemente hay que saber extraerla y utilizarla bien. Quiero desarrollar las energías alternativas, pero de un modo que nunca se ha hecho hasta ahora en el mundo. ¿Sigues pensando que los trescientos días de sol anuales de Petronia no son una buena fuente de materias primas? La energía es el poder. Y creo que he encontrado la forma de domarla. Pero necesito unas condiciones especiales, y creo que las puedo encontrar aquí. Con vosotros.

-César -dijo Peter. Cuéntale tus ideas sobre la población.

César dejó de beber durante unos momentos.

-De acuerdo. Héctor, durante estos años me he especializado en el comportamiento humano como colectivo. En sus formas de unirse. Igual que las ovejas en rebaños, y los lobos en manada, los hombres nos unimos en pueblos o ciudades. Las ciudades son la expresión máxima de la comunidad humana. Una ciudad es como un cuerpo humano. Es una proyección del ser humano, tíos –era muy notable su pasión al hablar de sus ideas-. Tiene sus mismo órganos. Sus arterias y venas, que son sus vías de circulación. Sus pulmones, que son sus zonas verdes. Su cerebro, que es su Ayuntamiento y sus órganos de gobierno. Su corazón, que es su centro histórico. También tiene su culo, no te creas, que es su basurero.

-¿O sus barrios degradados? -preguntó Peter.

-No, esas zonas serían más bien como las heridas de un cuerpo. Son recuperables, aunque duelen y lastran al conjunto de la ciudad.

Héctor le atendía con admiración, seguía siendo tan interesante escucharle como cuando asistían a la escuela en Manhattan y experimentaba con la señorita Wills.

-Desde el principio de los tiempos, el hombre ha ido evolucionando, y con él la forma de las ciudades. Según el periodo, o el régimen político, la ciudad ha ido sufriendo metamorfosis y se ha ido transformando.

-Exacto -apuntó Héctor.

-Y creo que ya ha llegado el momento de que las ciudades actuales vuelvan a sufrir otra metamorfosis. El urbanismo no sólo es la ciencia que ordena la forma de una ciudad, sino que influye de manera fundamental en el comportamiento de los humanos que viven en ella. No es lo mismo vivir en una ciudad peatonal, que en una mastodóntica ciudad norteamericana dónde necesitas el vehículo hasta para comprar el pan. El problema, como todo, es que hacen falta fondos, dinero para construir, y aquí en Petronia... no hay dinero en absoluto.

-He estado en negociaciones con varios inversores extranjeros que han manifestado su intención de invertir en nosotros -anunció Peter.

-Olvídate, con todo el respeto -le interrumpió Héctor-. Las multinacionales sólo querrán explotar a tu pueblo, y después irán apretándote las clavijas amenazando con marcharse a otro sitio más barato. Dejan siempre más miseria de la que encuentran. Las conozco bien, confía en mí. Lo he visto con mis propios ojos. Tened confianza, yo tengo la forma y el sistema para que tu pueblo nunca más vuelva a pasar hambre.

-¿Y en qué se basa esa forma?

-Se basa en lo que nos hace humanos, corrígeme si me equivoco César. Se basa en la tecnología. Desde hace millones de años, desde que el primer hombre utilizó un palo de madera, una noche en una cueva, para defenderse del ataque de un animal salvaje, ha sido la tecnología lo que realmente ha hecho progresar y crecer al ser humano. No ha sido ni la religión, ni Dios, ni la política, ni el dinero. No. Ha sido la tecnología. La ciencia. Y hoy, como en aquella noche en aquella cueva, la única forma de vencer al hambre, a las enfermedades y a la pobreza que acecha a tu pueblo, y al mundo entero, es gracias a la tecnología. Lo que ocurre, es que las personas ya no dominan la ciencia, sino que son las empresas. Y las empresas, hoy en día, no tienen ningún tipo de ética o de intención de ayudar a los demás. Las empresas del siglo XXI tienen más poder y más medios y dinero que los propios países dónde se fundaron. Y lo único que les mueve es ganar más y más dinero, sin tener ningún tipo de responsabilidad moral. Ninguna.

-Tienes mucha razón, Héctor, lo ideal sería que los propios ciudadanos y trabajadores disfrutaran de los beneficios de la producción de esa tecnología que están fabricando -apuntó César.

-Un momento, un momento. ¿Me estás hablando de socialismo?- preguntó asustado Peter.

-No, te estoy hablando de algo completamente nuevo. Te estoy hablando de una forma de organización en que se premie al trabajador y se sancione al caradura. Te estoy hablando de justicia social. El capitalismo salvaje lleva irremediablemente a la pobreza de la mayoría, y a la riqueza casi infinita de unos pocos.

-Exactamente igual que el socialismo o el comunismo- puntualizó Héctor.

-Correcto. Lo ideal sería una sociedad, un sistema, completamente nuevo. Con lo mejor de ambas cosas. Pero para eso habría que partir de cero. Construir desde los cimientos una sociedad nueva, basada en...

-Basada en la tecnología, la sostenibilidad y las energías renovadas- Héctor concluyó con seguridad.

-Es una buena base, pero vamos a necesitar dinero –objetó el Rey.

-Eso déjame a mí. El sistema económico parece muy hermético a primera vista, pero tiene muchas rendijas y es fácilmente manipulable. Conseguiremos fondos para las primeras inversiones y el resto vendrá solo.

-Pero creo que nos estamos olvidando de lo más importante. La gente de Petronia.

-Ellos van a ser los principales beneficiados de este nuevo sistema. Si todo sale bien, van a tener el mayor nivel de vida no sólo ya de África, sino del primer mundo. Sanidad, educación, seguridad. Eso va a ser lo principal. Pero también es cierto que van a tener que trabajar duro. Ellos y nosotros. Desde el primer pretoniano hasta el último. Todos tendrán su oportunidad.

Los periodistas escuchaban con gran atención y en silencio el relato del profesor:

-Lo que pasó tras esa puerta aquella noche, tras esa puerta quedó. Pero las decisiones que se tomaron en aquel despacho, en aquel momento, cambiarían la Historia del mundo para siempre. La Historia con mayúsculas. Estuvieron reunidos hablando y trazando planes hasta bien entrada la mañana. Descorcharon una botella de champán y disfrutaron de un par de botellas de vino más, mientras cada uno revelaba sus propósitos, sus ideas, sus aspiraciones. Y se dieron cuenta de que el ideario de los tres encajaba perfectamente. Peter tenía unos proyectos muy interesantes para su país, para su pueblo. Pero sabía que necesitaba rodearse de gente competente y capacitada. Con ideas novedosas capaz de sacar a su pueblo de la pobreza en que se encontraba. Por eso había buscado a varias eminencias como asesores suyos, pero el único que había aceptado en mudarse a un sitio tan apartado como Petronia era su antiguo compañero de colegio César Brown. César, después del Centro de Alta Capacidades de

Nueva York, terminó sus estudios de psicología y sociología en la Universidad de Los Ángeles, y aportaría sus amplios conocimientos sobre el comportamiento humano y el urbanismo. Y la pieza que faltaba en el puzzle era Héctor. Héctor era la llave que podía hacer realidad todos los sueños de Peter y de César. Uno quería que su padre estuviera orgulloso de él, ahora que había fallecido, y el otro tenía ideas revolucionarias sobre el urbanismo y la construcción de ciudades que deseaba poner en marcha. Fue una combinación de factores. Era el momento, el lugar, y las personas adecuadas. No hubiera podido suceder lo que pasó en ningún otro sitio, ni en ningún otro momento. Fue allí y entonces porque sólo podía ser allí y entonces. Supongo que todos nosotros alguna vez hemos charlado sobre como arreglar el mundo con alguna copa de más. La diferencia es que ellos, tal vez no lo arreglaron, pero lo cambiaron para siempre. Tres jóvenes, extremadamente inteligentes, y con la suficiente ambición y talento, creyeron en el proyecto de crear una sociedad distinta. Mejor que la que habían heredado de sus padres. A la mañana siguiente, tras pasar toda la noche en vela, entre los tres habían diseñado una hoja de ruta, un protocolo de pasos a seguir durante los próximos meses. Ese protocolo tenía como objetivo la fundación de una nueva ciudad partiendo desde los cimientos. Esa ciudad se llamaría Ciudad María.



-¿Cómo era Petronia antes de Ciudad María? -preguntó el periodista sudafricano al profesor Bay.

-Petronia era un país pequeño, del tamaño de Luxemburgo, de unos tres mil kilómetros cuadrados. Entre sus dos puntos más alejados mediaba una distancia de apenas ochenta kilómetros. Al oeste tenía casi cuarenta kilómetros de costa natural, que bañaba el mar atlántico. Al norte y al este, tenía frontera con el estado de Analia y al oeste y sudeste, con la dictadura militar de Nogolia. Vivían allí dos millones de petronianos, de los cuales la mitad vivía en pequeños poblados y la otra mitad en la capital.

Petronia Town era una caótica y laberíntica ciudad llena de polvo y apatía. Estaba a veinte kilómetros del mar, rodeada de selva despoblada por su zona sur, y de sabana intermitente por el norte. La mayoría de las casas eran de menos de dos alturas, y estaban ocupadas por familias enteras. Padre, madre, abuelos y varios hijos. Las vías de acceso a la capital eran algo parecido a carreteras, de un solo carril para cada sentido, muy peligrosas y llenas de baches. La señalización era casi inexistente, además de poco respetada. Había tramos en que si un camión pretendía circular los coches debían apartarse y parar a la derecha para dejarle pasar. Una de estas carreteras principales conectaba Pretonia con Alania y con Nogolia, y la otra carretera con los pequeños poblados de la costa. Había un pequeño puerto pesquero en el poblado de Banul, y desde allí se abastecía de pescado fresco, principalmente tintorerías, lubinas y atunes a la capital. No existía el ferrocarril. Y el aeropuerto era lo más parecido a un aeródromo. De hecho, no había ningún vuelo regular. Tan sólo un par de aviones de mercancías y algunas misiones diplomáticas como la del propio Rey lo utilizaban. Para viajar a Petronia, como había tenido que hacer Héctor, era necesario viajar hasta París o Londres, y de ahí tomar un vuelo hasta la capital de Nogolia. Una vez allí, atravesar la selva en un destartado autobús en un interminable viaje de más de veinticuatro horas hasta la estación de Petronia Town, atravesando una informal paso fronterizo custodiado por cuatro militares poco armados y peor uniformados.

Quitando la zona centro de la ciudad, dónde se agolpaba el Mercado de Abastos y tiendas tradicionales de productos primarios como ropa y alimentación, en el resto de la ciudad apenas había actividad comercial. La moneda del país, el rupeto, apenas tenía valor tanto fuera como dentro de

las fronteras de Petronia. El trueque y la economía tradicional aún tenían un peso esencial en la vida de la ciudad. La situación de desempleo alcanzaba el setenta por ciento de la población activa, y los servicios sociales reinaban por su ausencia. La sanidad pública estaba completamente desfasada y mucha gente prefería confiar en la medicina tradicional africana, representada en los chamanes. El sida, el cólera y la difteria estaban llamando a las puertas del país. La educación básica era obligatoria, pero la mayoría de los niños no la cumplían, no había suficiente dinero para pagar profesores y, los pocos que había, no tenían apenas formación. Tan sólo existía una pequeña Universidad, que ofrecía unas carreras, ninguna ciencia, que se podían contar los dedos de las manos. La seguridad estaba basada en un pequeño ejército formado por dos mil hombres, y cerca de quinientos policías. Efectivos a todas luces insuficientes, pero ¿quién querría invadir un país sin recursos naturales, sin una posición estratégica y sin ningún tipo de riqueza? El único peligro que podía temer el Rey Peter era que la vecina Nogolia envidiaba los kilómetros costa que tenía Petronia, pero las infraestructuras y las comunicaciones eran tan malas, que no hubiera merecido la pena una invasión. La delincuencia, lacra común en África, al menos no había hecho mella en su territorio tanto como en otros países de la zona. Existía, por supuesto, eso es inherente a la condición humana, pero al menos no había grupos organizados, ni grupos de narcotraficantes armados con AK-47. La justicia funcionaba aún de un modo casi tribal, con jueces nombrados a dedo por el Rey en las diferentes regiones. En general, era como un país medieval que se había equivocado de época.

-¿Cuál fue la primera medida que tomó Peter III? –preguntó el periodista alemán.

-Preparó una declaración y se reunió con el Consejo de Estado de Petronia. Durante el reinado de su padre, se fundó este consejo como intermediario entre el Rey y el pueblo. Era una versión reducida de un Parlamento. Formaban parte de él ochenta personas escogidas por el propio Rey, seleccionadas entre jefes tribales, autoridades militares, policiales, tradicionales, sociales, sanitarias, educativas, empresarios, potentados, asociaciones y algún pseudointelectual. En esta asamblea se debatieron durante años las cuestiones más importantes para el país, aunque en última instancia la decisión siempre correspondía única y exclusivamente al Rey. Era un órgano de consulta y de información. Peter convocó al Consejo de Estado, y les intentó explicar de forma general sus planes. Era un fantástico orador y utilizaba su magnetismo personal para insuflar una gran credibilidad a sus palabras. Les informó de la fundación de una empresa mixta entre el Estado de Petronia y una serie de inversores extranjeros,

llamada Petronia Future. Esta empresa se encargaría de fomentar el desarrollo económico y de reinvertir los beneficios en el propio país. Pero para eso era necesario dar algunas facilidades para este crecimiento. Les habló de la creación de una Zona Especial dentro de Petronia. Esta Zona Especial, que aún no tenía nombre, tendría sus propias leyes y su propio funcionamiento, y cualquier ciudadano de Petronia podría elegir trabajar y vivir dentro o fuera de dicho área. En esa Zona, se crearía una nueva ciudad partiendo de cero. Allí se instalaría un área de producción con factorías inmensas, capaces de absorber toda la mano de obra del país. Asimismo, se construirían áreas urbanizadas, para que los trabajadores y ciudadanos vivieran. Claro, inmediatamente empezaron a lloverle al Rey preguntas sobre de dónde iba a sacar el dinero para semejante proyecto. ¿Quién iba a querer invertir en un sitio como Petronia? Peter les mintió, y les dijo que tenía contactos con un importante inversor extranjero que costearía la fabricación de todas las infraestructuras necesarias. Sin embargo, las preguntas más importantes vinieron después.

-¿Qué tipo de leyes tendrá esta Zona Especial? -preguntó el Rector Principal de la Universidad de Petronia, que estaba asistiendo al Consejo.

-Tendrá unas leyes justas y garantistas, se lo aseguro. Pero serán diferentes no sólo al resto de Petronia, sino al resto del mundo. Las personas que trabajen para esta empresa estarán protegidas por una legislación especial.

-¿Cómo de diferentes, explíquenos Majestad, por favor?

-Dígame una materia, y yo le explicaré con mucho gusto.

-Pues, en principio, en materia laboral. ¿Qué tipo de derechos tendrán los trabajadores que accedan a vivir allí?

-Bien. Para poder entrar en la Zona Especial, cada persona deberá seguir una pequeña selección para decidir, según sus conocimientos, su formación y sus habilidades, el mejor lugar dónde encajará dentro de las diferentes ofertas de trabajo que habrá allí dentro. Según el lugar que ocupe, tendrá un nivel salarial. Estos niveles variarán del uno al veinte, por tramos, de forma que el nivel más alto será tres veces mayor que el más bajo. El trabajo se repartirá siempre en tres turnos diarios, los turnos A, B, y C, mañana, tarde y noche. Evitaremos así colas, embotellamientos de tráfico y todo fluirá mejor. Cada persona trabajará siete días, durante ocho horas. Y tendrá otros siete días de descanso. La semana de libranza trabajaran los otros turnos D, E y F. De esta forma, las personas estarán más descansadas, podrán organizar mejor su vida, y rendirán más en el trabajo. En suma, vivirán mejor, y así trabajarán mejor.

Dentro del Consejo comenzaron a escucharse rumores y comentarios.

-¿Y dónde vivirán los petronianos?

-A cada familia que entre en de la Zona, se le asignará un hogar, una casa. Esta vivienda será completamente gratuita. Pero pertenecerá al Estado, es decir resto de los petronianos. Se crearán diferentes zonas residenciales, según el nivel que tenga el trabajador. Me explicaré, a los trabajadores del nivel 1, se les asignará una casa en el barrio A, a los de nivel 2, se les hospedarán en el nivel B, y así sucesivamente. Todos los barrios estarán completamente equipados, acondicionados y atendidos. Pero conforme aumenta el nivel salarial, aumentará el tamaño y la calidad de las casas. Y los servicios del barrio en el que residan. Parques más grandes, más pistas deportivas, mejores centros de salud. Sin embargo, todas las personas tendrán posibilidades de aumentar su nivel y acceder a un trabajo mejor remunerado y una casa mejor. Es lo que se llama promoción vertical. Quien quiera, podrá conseguir mejores cosas. De igual forma, aquel trabajador que no cumpla con sus obligaciones cívicas, perderá su estatus y deberá trasladarse al nivel inferior.

-Majestad –preguntó uno de los pocos empresarios del país-. Dice usted que se va a construir una zona central industrial y doce barrios a su alrededor, pero... ¿Cómo van a comunicarse entre ellos?

-Ese será uno de nuestros primeros cometidos. Crearemos una red de vías y carreteras para unir cada zona residencial, y todas éstas con la zona central. Y ahora viene lo mejor. Vamos a construir el mayor aeropuerto de toda África, y un sistema de transporte pionero en todo el mundo que...

De repente, alguien interrumpió con risotadas el discurso de Peter.

-Ya, ya... pero, con todo el respeto... ¿Nos toma por tontos? –la persona que hablaba era Usunda Papo. A pesar de su consabida oposición al régimen de Peter II, el difunto Rey le había mantenido siempre en el Consejo de Estado debido a su influencia en una parte de la sociedad petroniana. Con el tiempo, se había convertido en el mayor opositor al régimen, pero no tenía el suficiente valor ni poder para ser realmente una alternativa seria o peligrosa para la hegemonía de los Rufán en el país. Peter le miró, y le contestó como si ya tuviera preparada la respuesta, como previendo ese tipo de reacción.

-No Usunda. Ni mucho menos. Os considero lo suficientemente inteligentes para que comprendáis que es una oportunidad única para el progreso del país. Es una oportunidad de oro para que Petronia deje de ser uno de los países más pobres del mundo. Tengo conversaciones avanzadas con inversores extranjeros que garantizarán el futuro de nuestro pueblo. De nuestros hijos y de nuestros nietos. Y una vez seamos un país económicamente estable, realizaremos una transición a la democracia para que seamos un país modélico y el espejo en el que se mire todo África. Y entonces, tú, Usunda Papo, te prometo que podrás presentarte a las elecciones y ser elegido el primer presidente democrático de Petronia.

Con esas palabras silenció a su opositor. A pesar de que en realidad, en teoría no le hacía falta el consentimiento del Consejo, sabía que todo le resultaría mucho más fácil si les tenía de su lado. Como siempre, haciendo uso de sus enormes habilidades sociales, supo metérselos en el bolsillo prometiéndoles un porvenir lleno de beneficios y riqueza para todos.

Cuando hubo despedido a todos los miembros del Consejo, en esa misma sala se reunió con César y Héctor, a puerta cerrada.

-Cuando queráis podemos empezar. Héctor, tu turno -dijo mientras arrastraba una inmensa pizarra blanca con ruedas hasta el centro de la sala. Héctor se levantó y cogió al vuelo un rotulador de color azul que le lanzó César.

-Bien. La Zona Especial se basará en tres preceptos fundamentales. La energía es poder. La tecnología es poder. El poder es libertad. Vamos a crear un lugar donde la tecnología lleve a los ciudadanos a la libertad y a la justicia. Y para llegar a eso, debemos dominar primero la energía. Vivimos en un mundo en el que quien domina la energía lo domina todo. Y la energía es o debería ser algo universal, como el agua o la vida. Mirad por la ventana, mirad arriba. La mayor fuente de energía de nuestra galaxia está ahí, esperando que la utilicemos. Nuestro progreso se basará en una energía ilimitada, la energía de las estrellas. La energía solar, que dará pie a todo lo demás. Tengo dispuesto el dinero suficiente para empezar a trabajar y crear la primera factoría para paliar nuestro déficit de energía, y sobre todo, de dinero. Una vez que esté en funcionamiento la fábrica, dentro de un par de meses, tendremos solucionado el problema económico en cuanto a ingresos.

-César, ¿qué opinas?

-Opino que si realmente Héctor hace lo que dice que puede hacer y tenemos los suficientes fondos, funcionará. Pero todo depende del éxito de lo que dice que puede construir -dijo mientras se atusaba los rizos.

Héctor tomó la palabra.

-En menos de dos meses, si cuento con los materiales y la cadena de montaje que necesito, tendré preparadas las primeras placas fotomultiplicadoras. Podremos acoplarlas en cualquier maquinaria, te lo garantizo. Seremos el primer país del mundo que no dependerá de los combustibles fósiles para absolutamente nada. Todo funcionará con energía solar. Absolutamente todo.

-Bien, confiamos en ti, Héctor -apuntó Peter-. César, tu turno.

Se intercambiaron de nuevo el rotulador lanzándose, con agilidad.

-De acuerdo. Como ya hemos hablado chicos, dentro de la Zona Especial que vamos a construir, crearemos un área central, con forma de círculo. En esa zona se concentrarán las fábricas y la industria, así como los laboratorios y las oficinas importantes. Allí vivirás tú, Héctor, y podrás dar

rienda suelta a toda tu capacidad. A su alrededor, siguiendo la trayectoria de las horas de un reloj, se alzarán los diferentes barrios. Además de los diez barrios residenciales, construiremos el nivel 0 y el nivel -1. El nivel -1 será una zona de confinamiento. Una prisión de máxima seguridad. El nivel 0 será un paso intermedio entre el -1 y el nivel A. Es decir, una libertad vigilada. Realizarán trabajos para el resto de la comunidad. Podrán vivir allí para intentar reinsertarse en la sociedad en el siguiente nivel, el A. También he pensado que no me gusta numerar a los barrios, da sensación de orden, de jerarquía, no es natural. Así que el nivel uno, donde los ingresos son más bajos tendrá un nombre que empiece por A. Un nombre de mujer, internacional, que de sensación de calidez.

-Tu punto débil siempre sale a flote... -bromeó Peter.

-Las mujeres, siempre las mujeres –le siguió César.

Se levantó y dibujó en la pizarra doce círculos rodeando a uno central.

-Se llamará Ciudad Alexia -comenzó a escribir en la pizarra los nombres de cada barrio-. El segundo nivel, Ciudad Brigitte. El tercero, Ciudad Carolina. El cuarto, Desirée. El quinto, Esperanza. El sexto, Felicidad. El séptimo, Gabriela. El octavo, Helena. El noveno, Irene, y el décimo, en el que vivirá la gente de mayor nivel, Ciudad Julieta. La ciudad central, que será la tuya, Héctor... Esa deberías elegirla tú, ¿no crees?.

Héctor, no lo dudó ni un instante. Le vino a la mente la imagen de aquellos ojos azules y esos cabellos dorados que nunca pudo olvidar.

-Ciudad María. Se llamará Ciudad María.

Peter y César se miraron con complicidad.

-¿Es por tu madre, no?

Héctor simplemente sonrió y cambió de tema.

-Vale, quiero añadir una Ciudad más, con tu permiso César -explicó Héctor-. Vamos a tener zonas residenciales alrededor de Ciudad María, que es donde se van a concentrar las factorías, los laboratorios, y en definitiva, toda la vida laboral. Pero me gustaría que hubiera otra Ciudad residencial que estuviera reservada a los investigadores. Allí sólo vivirán inventores, científicos y técnicos, que cuando todo esté en marcha vendrán desde todas las partes del mundo. ¿Os imagináis? Será el paraíso para cualquier científico, vivir rodeado siempre de gente con sus mismas inquietudes.

-Si, será el gran paraíso de los frikis -apuntó con socarronería César antes de añadir-. Bien, lo llamaremos Ciudad de la Ciencia, y estará también alrededor de Ciudad María. Los niveles de castigo, el nivel 0 y el nivel -1, como si que considero que merecen ser niveles donde quede claro que se encuentran en la parte más baja del escalafón, seguirán con ese nombre.

Peter asintió con la cabeza, y continuó.

-Siguiente punto importante. Nuestra segunda industria. El turismo. Héctor, por favor.

-Bien –tomó la palabra-. Vamos a convertir la costa de Petronia en el mayor centro turístico de todo África. Tenemos más de cuarenta kilómetros de costa que vamos a aprovechar. Construiremos cien hoteles temáticos, que tendrán alrededor de doscientas mil plazas turísticas, y que serán completamente autosuficientes en el plano energético. Generarán su propia energía, potabilizarán su propia agua del mar y gestionarán el reciclado de sus propios residuos. Además, sus tejados y paredes serán utilizados para cultivar vegetales, árboles y plantas, de forma controlada. Tendremos hoteles que irán desde edificios gigantescos para gente joven, con sus propias discotecas, playas y zonas deportivas; hoteles familiares llenos de atracciones y zonas temáticas; hasta hoteles de siete estrellas, que serán los más exclusivos y lujosos del mundo. Construiremos un aeropuerto que será exclusivo para esta zona turística, y fundaremos una línea aérea nacional, que se llamará PetronAir. Subvencionaremos parte de los billetes de avión porque lo que nos interesa es que Petronia se consolide rápidamente como el mejor destino del mundo. Que la gente pierda el miedo a venir a África a hacer turismo. PetronAir tendrá líneas regulares con los principales aeropuertos internacionales y será una de las aerolíneas con mejores condiciones. ¿De dónde sacaremos el dinero?

-Buena pregunta –objetó con sorna César.

-En cuanto los dispositivos solares fotomultiplicadores estén preparados, comenzaremos a construir nuestro propio modelo de automóvil impulsado por energía solar. Será una copia exacta al Volkswagen Golf, mi vehículo preferido, pero sólo por fuera. En el interior de su capó, tendrá nuestro nuevo y exclusivo motor solar. Cuando nuestras factorías estén en marcha, serán capaces de fabricar más de mil vehículos al día, todos impulsados por energía solar. Según mis cálculos, tendrán una autonomía superior a los mil kilómetros con una sola carga completa de diez horas recibiendo energía solar. Gracias a las células solares con capacidad de autoalmacenamiento, podremos instalar las placas...

-Espera, hay que cambiarle el nombre -comentó César-. Algo más comercial ¿Qué te parece algo como... SunPower? Directo, sencillo y pegadizo.

-Ok -continuó Héctor-. Podremos instalar las placas SunPower en cualquier vehículo. Primero abasteceremos nuestros propios coches, para que todo Petronia funcione con energía solar.

-Querrás decir toda la Zona Especial.

-Sí, empezando por la parte central, Ciudad María. SunPower tendrá aplicaciones y versiones para ser utilizada tanto en edificios como en medios de transporte. Lo mejor de todo es que, si mis cálculos no me fallan, el precio de coste de cada vehículo será inferior a mil dólares. Los empaquetaremos, y los venderemos exclusivamente a través de un portal de

internet a todo el mundo, a un precio de seis mil dólares el modelo básico de turismo SunPower. Después de los coches, fabricaremos motos, autobuses, camiones y barcos, y además crearemos un módulo especial para poder sustituir cualquier motor de explosión o de combustión en un motor solar. Todos los beneficios económicos irán a parar a Petronia Future, la empresa mixta que acabamos de crear y que a su vez lo reinvertirá en el desarrollo de Ciudad María y las ciudades que orbitarán a su alrededor. Es decir, en el pueblo petroniano. ¿Esas son las condiciones, verdad, Peter?

-Ese es el trato, Héctor.

César tomó la palabra como el experto sociólogo que era.

-Tenemos que prever una serie de problemas que seguro que nos van a surgir. Vamos a involucrar a miles de personas, y muchas de ellas, te lo digo con todos los respetos, Peter, no han convivido nunca en comunidad con un mínimo de civismo. Para que Ciudad María funcione, necesitaremos seguridad, para que todo esto no se nos vaya de las manos. Un cuerpo de policía efectivo, bien remunerado y formado. Y otro cuerpo independiente para controlar las fronteras, ante los posibles intentos de entrar por parte de gente de la parte exterior. Para que los militares que fueron leales a tu padre, y han jurado fidelidad hacia ti, no se sientan dejados de lado, ellos formarán la espina dorsal de este cuerpo de control de fronteras. Según vayamos creciendo, de forma paralela debemos contar con más efectivos y medios, porque es muy posible que tengamos algunos problemas sociales. Gente que querrá entrar a vivir en Ciudad María, personas que serán trasladada de barrios de nivel más alto a los de nivel inferior y no les gustará el cambio, además de los presos y los condenados de los niveles 0 y -1. Además, hay que proteger los intereses turísticos que vamos a tener en la zona de la costa, que serán muy importantes. La seguridad será básica y uno de los signos de identidad de Ciudad María. Y por eso debemos construir también el Palacio de Justicia en la zona central que acatará y hará cumplir los preceptos del nuevo Código de Conducta. Te he redactado un borrador de ley.

César sacó de un maletín de cuero un centenar de hojas anilladas en papel reciclado y se las entregó a Peter que tuvo que cogerlas con las dos manos.

-Tienes que leerlo y dar tu visto bueno. Es un compendio, una recolección de lo mejorcito y más válido de los Códigos Penales de medio mundo, y además les he añadido una serie de comportamientos que aunque no se consideren delitos, serán sancionados en Ciudad María. Cada uno de estos comportamientos lleva aparejada una serie de puntos, que pueden ser positivos o negativos. Como cada persona, o mejor dicho, cada familia independiente tendrá un saldo inicial de puntos, en principio veinte puntos, cuando sume o reste se anotará en nuestro sistema informático que desarrollaremos a tal efecto. Será una base de datos que utilizaremos para



fiscalizar a cada individuo que viva en la Zona Especial. Por ejemplo, imaginemos que una unidad familiar, una familia, del nivel de Ciudad Carolina tiene un saldo de trece puntos –César se afanaba en ser lo más claro posible-. Pongamos que el padre de esta unidad familiar decide no acudir a trabajar a la fábrica durante un día, por una causa injustificada. Ese comportamiento tiene una sanción de un punto. Si el padre falta durante tres días al trabajo sin causa justificada, se quedaría con diez puntos. Pues bien, esa familia dejaría de vivir en Ciudad Carolina y se le trasladaría a una nueva vivienda en Ciudad Brigitte, un barrio con casas más pequeñas y peores servicios. Igualmente, perdería su puesto de trabajo, y se le asignaría otro con un nivel de ingresos inferior. Pasaría, por ejemplo, de ser policía a ser conserje. Del mismo modo, hay otros comportamientos que suman puntos. Por ejemplo, no faltar al trabajo durante un año seguido, otorga tres puntos. No tener multas de tráfico, otro punto. Realizar en su tiempo libre servicios para la comunidad de forma desinteresada, otros tres puntos. Si esta misma familia alcanzase los cuarenta puntos, sería trasladada a un nivel superior al que vive, en este caso a Ciudad Desirée, y podría elegir un nuevo puesto de trabajo con un nuevo sueldo, o conservar el mismo trabajo pero con un salario superior. Es un sistema justo, que premia al cívico y a la persona trabajadora y castiga al vago y al maleante.

-¿Y quién se encargará de dar o quitar puntos? -preguntó Peter, que prestaba una gran atención a las explicaciones.

-Habrá una Unidad de Conducta. Estará formada por tribunales administrativos. Haremos una oposición justa para seleccionar a los mejores candidatos, y ellos mismos también estarán sujetos a perder o ganar puntos y a los tribunales penales si cometen algún delito. Esta Unidad de Conducta trabajará y físicamente estará en el Palacio de Justicia, en Ciudad María. Pero se podrá consultar y aportar todo tipo de pruebas de forma telemática. El saldo de puntos será público, y se podrá consultar en cualquier momento, por cualquiera. Es decir, una familia puede ver el saldo de puntos y los antecedentes de sus vecinos. Peter, debes leer el documento del Código de Conducta y si está todo correcto, firmarlo y aprobarlo. Cada persona que entre a vivir en Ciudad María, deberá aprobar una prueba, un examen sobre este Código, y firmar un contrato de ciudadanía que le obligue a cumplir con él. Las personas incapaces o los niños, obviamente no lo deben firmar. Pero responderá de ellos su unidad familiar. Héctor, cuéntale la pirámide de gobierno de Ciudad María.

Se sucedían ambos tomando la palabra, como dando una magistral clase maestra, realizando esquemas y apuntes sobre la gran pizarra blanca.

-Sí, claro. Peter, te explicaré. Este será el organigrama. Arriba del todo estarás tú, como Rey y Soberano de Petronia, y por lo tanto, también de la Zona Especial.

-No me gusta el nombre de Zona Especial -objeto César-. Empecemos a acostumbrarnos a llamarlo...

-Ciudad María -apuntó Héctor.

-De acuerdo, continúa- dijo Peter.

-Bien. Tú serás la cabeza visible de Petronia. Tú te encargarás de ser el símbolo de la independencia y la unión de Petronia y de todas las relaciones internacionales. Serás quien dé la cara. La imagen del cambio de tu país. Las últimas decisiones las tomarás siempre tú. La Policía de Ciudad María, el Cuerpo de Fronteras y el Palacio de Justicia estarán bajo tu mando directo. Además, presidirás la empresa mixta Petronia Future, que será el motor económico. Y, por supuesto, reinarás también en las zonas de fuera de Ciudad María, incluida la capital, Petronia Town y la zona de la costa. Nosotros ahí, ni entramos ni salimos.

-Ten en cuenta -puntualizó César- que vas a vivir las dos caras. El éxito de sacar a tu pueblo de la miseria y convertirlo en un país puntero y desarrollado, pero también tienes que ser consciente de que van a ir a por tu cabeza. Posiblemente vas a hacer daño a muchas multinacionales y a algunos gobiernos no les va a hacer ninguna gracia que les hagas sombra, que crezcas, paralelamente a Petronia. Querrán su parte del pastel, por las buenas o por las malas. Y vendrán a por él. Y tú tendrás que lidiar con la más fea, porque Héctor y yo intentaremos pasar lo más desapercibidos posible.

-De acuerdo, continúa.

Dibujó dos líneas hacia los lados en la pizarra partiendo de la parte más alta del organigrama.

-Estos somos César y yo. César se encargará del área social. Supervisará el crecimiento de las ciudades, los recursos humanos, las leyes, y todo lo que tenga que ver con la sociedad como conjunto. Todas las obras, los edificios, las vías de comunicación y los espacios públicos serán supervisadas por él para que encajen con el nuevo concepto de trabajador-ciudadano de Ciudad María. Yo me encargaré del área de desarrollo tecnológico, y supervisaré las demás áreas técnicas. Vamos a trabajar con los mejores arquitectos, ingenieros e informáticos del mundo, cada uno en lo suyo, en su especialidad. Yo lo coordinaré todo, y además tendré tiempo suficiente para dedicarme a lo mío. Tendré un taller privado en el centro de Ciudad María, donde podré diseñar a mi gusto. Allí viviremos mi madre y yo. De todo lo que hagamos te daremos cuenta para que tú lo autorices, como Rey de Petronia. Por debajo de nosotros, estarán las diferentes áreas de desarrollo. Comenzó a trazar líneas rectas que partían de su nombre y el de César llenando la pizarra.

-El área de informática se encargará de instalar una red de comunicaciones rápida y efectiva entre todas las Ciudades, y que llegará a todos los hogares.

César intervino.

-Queremos una red de Wi-Fi mejorada que abarque todo el territorio, y que sea completamente gratuita. El primer país completamente conectado. Será como la radio, que llegará a todas partes. Además, en cada casa habrá un terminal informático obligatorio, que será el nexo de unión entre cada familia y el gobierno. A través de este terminal, los ciudadanos estarán siempre informados de los acontecimientos institucionales de Ciudad María. Y como contará con identificación biométrica, todas las decisiones que se tomen de forma democrática, como por ejemplo el tipo de árboles a plantar en una calle o la zona para instalar un edificio religioso, serán votadas. Un voto por casa, un voto por familia. Todo a través del terminal que tendrán en sus casas. Será una especie de democracia directa en los asuntos cercanos. La familia que no vote o se desentienda de los asuntos de la comunidad, perderá puntos de convivencia.

-La tecnología al servicio de la política y la democracia -indicó Peter, visiblemente complacido por lo que estaba escuchando.

-Si, además, todos los vehículos que salgan de la factoría y vayan a quedarse en Ciudad María, estarán conectados en la red central. Sólo se podrán utilizar nuestros vehículos de energía solar, los de motor de explosión y combustión estarán completamente prohibidos dentro de unos años. Los aviones y los barcos de transporte, esos, por el momento, deberán continuar funcionando hasta que la tecnología evolucione, será cuestión de tiempo. Además, más adelante, iremos incrementando la inversión económica en ciencia e investigación y, en un futuro, dedicaremos a estudios científicos casi el cincuenta por ciento de nuestro producto interior bruto. Pero no regalaremos el dinero, sino que las inversiones se repartirán según se cumplan objetivos. Si no hay objetivos, no hay dinero. Aquí no habrá cultura de la subvención a amiguetes. Aquí dólar que se invierta, dólar que se tiene que justificar.

-Querrás decir rupetos.

-Discúlpame, tienes razón, rupetos, la moneda de Petronia.

Peter atendía con admiración e interés las explicaciones que le daban sus viejos compañeros de escuela, sobre los cuales había depositado toda su confianza.

Héctor continuó con sus argumentos:

-Cada Ciudad tendrá su propio colegio, su instituto, sus propias zonas deportivas, su centro médico... No hará falta un Ayuntamiento en cada barrio, porque todo se gestionará de forma centralizada desde Ciudad María.

-Nada de políticos chupópteros -puntualizó César-. Todas las quejas, gestiones locales o propuestas, se realizarán a través de los terminales informáticos que habrá en cada hogar. En la ciudad central, Ciudad María,

junto con las fábricas y el taller de Héctor, estarán los órganos centralizados. La central de policía, el Palacio de Justicia, el Hospital General, la Universidad y las instalaciones más importantes. Las oficinas de Petronia Future, y de todas las áreas: Informática, Transporte, Construcción, Economía... Todas estas áreas, bajo supervisión nuestra, y en última instancia, tuya, Peter.

-Bien, hablemos ahora de los problemas. Posibles problemas o escenarios negativos. César -le cedió el turno.

-Las empresas multinacionales que dominan el mercado de los hidrocarburos tienen mucho poder. Es fácil que obliguen a sus propios gobiernos para que nos pongan aranceles, embargos, o que no nos homologuen los vehículos y los demás productos que fabriquemos. O incluso que los prohíban, todo puede ser. Eso en el plano económico. En el plano social, los problemas pueden ser mayores aún. Nos acusarán de socialistas, de comunistas... Intentarán vendernos a la opinión pública como si fuéramos una dictadura sanguinaria como China, Cuba o Corea del Norte. Hablarán de explotación laboral, de coerción de libertades y derechos públicos, y muchas ONGs...

-*Oenegetas*... -bromeó Héctor.

-ONGs que son bocas alimentadas y esclavas del poder se nos echarán en contra. Intentarán hacernos daño por ahí. Eso seguro. A nivel político y diplomático recibiremos presiones también. Tendremos que estar atentos y tener preparada nuestra réplica. Por otro lado, si todo va bien, necesitaremos muchísima mano de obra, miles de personas y sus correspondientes familias. Es posible que vengan emigrantes desde toda África a vivir a Ciudad María. Que se cambie el flujo de la inmigración. Eso creará problemas en nuestros países vecinos, y querrán alguna compensación.

-¿Económica?

-Posiblemente. Es importante tener buenas relaciones con ellos, Alania me preocupa menos, pero el dictador de Nogolia es más inestable y ambicioso, y tiene un ejército de delincuentes armados hasta los dientes. Hay que tener claro que no podemos ser ricos y ser débiles, porque vendrían a saquearnos. Por cada paso que demos hacia delante, debemos dar otro paso para tener más seguridad.

-¿Prevés disturbios entre los ciudadanos de Ciudad María?

-No. Para tener a la gente estable y tranquila, lo fundamental es tenerla ocupada. Con algo que hacer, y algo con lo que soñar. Vamos a trabajar con un índice de paro casi nulo, tendiendo a cero. Y a las personas que no puedan trabajar se le darán ocupaciones sociales obligatorias para la comunidad, como cuidar ancianos o enfermos, so pena de perder puntos él y su familia según el Código de Conducta.

-¿Y si la gente quiere salir, y volver a Petronia Town, a la vida normal?

-Tendrá las puertas abiertas, pero eso sí, no podrá volver a instalarse nunca en Ciudad María. Hay que evitar que la gente ahorre dinero, y salga para pasar una temporada fuera, en el exterior.

-¿Qué crees que pasará fuera?

-Lo más probable es que se quede fuera de los límites de Ciudad María lo peor de la sociedad, aquellos que voluntariamente no quieren una vida mejor. Delincuentes, drogadictos, extorsionadores y sus prostitutas... Hay que tener cuidado, porque además habrá un gran flujo de inmigración ilegal que querrá entrar en Ciudad María y seguramente hará escala en Petronia Town. Puede convertirse en un nido de cucarachas, incluido el Palacio Presidencial dónde vas a vivir tú, Peter.

-¿Soluciones? –preguntó Peter con gran curiosidad.

-Si Ciudad María crece, y estamos hablando de un plazo de más de diez años, tanto para absorber y cubrir todo el país. Llegado el momento, que la policía haga su trabajo. Juicios rápidos y confinamiento, porque no podremos echarlos del país, son ciudadanos petronianos. Pero serán unos tiempos duros. No es lo mismo empezar un cuadro con el lienzo en blanco que tener que borrar la tinta para poder pintar. Nunca quedará completamente limpio antes de empezar a trabajar en él.

-Pero eso será en el futuro. Ahora, lo que prima es comenzar a trabajar. Fletaremos un barco desde China con el material necesario para construir la primera cadena de montaje del SunPower, el dispositivo fotomultiplicador que permitirá aprovechar la energía del Sol. Tenemos el tiempo justo hasta que el barco llegue para preparar cincuenta camiones de transporte y trasladar todos los materiales hasta el lugar donde pondremos la primera piedra de Ciudad María. Allí necesitaré unos doscientos hombres. Jóvenes y fuertes. No hace falta que tengan formación previa, yo les instruiré. Les enseñaré qué es exactamente lo que deben hacer. Y después, cuando empecemos a recibir fondos y empecemos a tener liquidez, es cuando necesitaremos muchísimos trabajadores más.

-Comenzaremos a funcionar ya. Podemos ir realizando las mediciones y marcando los lugares donde van a estar situadas todas las instalaciones.

-Sí, yo tengo ya preparado un plano -apuntó César-. La meseta central de Petronia es el sitio ideal para emplazar Ciudad María. Lo suficientemente cerca del puerto y de la costa para aprovechar los recursos logísticos, y lo suficientemente lejos para poder estar aislados de la zona turística y de la posible inmigración ilegal que venga por mar. Ciudad María debe ser una ciudad segura tanto por dentro como por fuera, y sus fronteras deben de ser respetadas.

-De eso me encargo yo -Peter se puso en pie-. Es mi parte. Es una de mis competencias. Reclutaré a lo que será el germen de la Policía y del Cuerpo de Fronteras, para que cuando crezca pueda seguir confiando en ellos.

-Pues comenzaremos a seleccionar a los trabajadores en Petronia Town, y en el resto del país. Lo primero que debemos construir será el taller de Héctor, y ya podemos empezar a preparar la zona dónde se construirá la primera fábrica de Ciudad María...

Los tres amigos continuaron planificando y proyectando en voz alta durante horas, empezando a tomar conciencia de que lo que estaban concibiendo estaba llamado a marcar un antes y un después no sólo para Petronia, sino para toda África y el resto del mundo.

La zona este de Petronia Town se consideraba una de las más deprimidas de la capital. La mayoría de las personas que vivían allí no habían trabajado legalmente en toda su vida. Los hombres se ganaban la vida sobreviviendo a base de la picaresca, el engaño y ciertos delitos menores. En cuanto a las mujeres no trabajaba ninguna, exceptuando aquellas que ejercían la prostitución en sus propias casas. Muchas de las veces ni siquiera llegaban a cobrar el servicio, ya que o no les pagaban o eran directamente agredidas y violadas. A pesar de que milagrosamente el sida no había llegado a la ciudad, si en algún sitio debiera aparecer, sería allí, en algún lúgubre rincón de la zona este de Petronia Town. La miseria general era tan absoluta que no merecía la pena organizarse y formar parte de alguna banda criminal, pues no había nada de valor que pudiera robarse en Petronia Town. En general, la gente era conformista con lo poco que tenía, en parte porque ninguno de sus semejantes estaba en mejor posición que el resto. Tan sólo algunos comerciantes del centro y los manufactureros tradicionales ejercían algo que pudiera asemejarse a una actividad económica. La gran mayoría de los niños ni siquiera iban a la escuela, a pesar de los esfuerzos del gobierno de los Rufán para promover la asistencia obligatoria al colegio. Muchos de ellos, sobre todo los que vivían en la zona este, pasaban las mañanas jugando a algo parecido al fútbol en las grandes explanadas de tierra y polvo que se diseminaban por la ciudad. Con balones de plástico, se organizaban casi espontáneamente partidos de fútbol con decenas de niños descalzos corriendo desesperadamente detrás de la pelota, sin ningún orden ni concierto. Todos soñaban con poder emular a los grandes ídolos del balompié africano, que triunfaban en las grandes ligas europeas. Ningún gran deportista era petroniano, pero eso era lo de menos. En uno de esos multitudinarios partidos, de al menos treinta niños en gigantescas explanadas en que dos piedras hacían el papel de portería, jugaba esa mañana un niño de catorce años llamado Musampa. Llevaba poco tiempo en Petronia Town, tan sólo una semana. No le había costado en absoluto franquear la débil frontera desde su país natal, Nogolia. Huyendo del hambre que azotaba su aldea natal y se llevaba a sus familiares por delante, llevaba desde los diez años viviendo en la calle. Durante ese tiempo había

sufrido agresiones por parte de otros jóvenes, le habían intentado violar, tuvo que probar a esnifar pegamento e incluso a consumir brown-brown, una mezcla de cocaína y pólvora de cartucho de bala. Había perdido muy pronto la inocencia, y a la fuerza se había convertido en todo un buscavidas. Aprendió a timar, a no pagar, a coger cosas sin permiso y a salir corriendo y esconderse en la oscuridad de la selva durante horas. Convivió durante años con la depravación, la vileza, la crueldad y la traición. Astuto y avisado, intentaron enrolarle a la fuerza en un ejército paramilitar de niños soldado, así que escapó y huyendo cruzó a pie la frontera, en solitario, con la intención de seguir subiendo hacia el norte para llegar a cualquier precio a la anhelada Europa, en busca de una oportunidad de sobrevivir.

La pelota, de plástico azul, cayó del cielo justo a sus pies. Detrás de ella, vendrían hordas de niños, de todas las edades, de tres en tres, para quitársela. Al primero que se le acercó, lo empujó con el brazo y lo tiró al suelo. Comenzó a correr con el balón hacia delante unos metros, hasta que se vio rodeado de decenas de piernas de color como la suya, pataleando intentando dar un puntapié al balón. Musampa se agachó, agarró el balón entre sus brazos como un jugador de rugby y, a empujones, salió de aquella acumulación de extremidades, rumbo a la portería contraria. Los demás niños se quejaban y le insultaban, pero él siguió recto, hasta llegar a la portería rival. Una vez allí, colocó el balón en el suelo, y le propinó una gran patada que sacó el balón de la vista de todos. Él empezó a festejar el gol, entre el enfado general de los demás.

-¿Qué pasa? -dijo riéndose-. El balón ha entrado, ¿no? ¡Pues a callar, idiotas!

Con los brazos en el aire como los futbolistas se marchó de allí, sin rumbo fijo. No tenía amigos ni sitio donde caerse muerto. Todas sus pertenencias las llevaba encima. Un pantalón corto vaquero, unas viejas deportivas robadas que le quedaban un par de tallas grandes, y una sucia camiseta de color negro. No portaba ningún tipo de documentación, ni reloj, ni anillos, ni ropa interior. Mientras caminaba por entre las olvidadas calles de la zona este de Petronia Town, observando a las desagradables y decrepitas prostitutas que esperaban sentadas en los portales de los destartalados edificios, oyó una conversación que salía desde una de las ventanas, a pie de calle.

-¿Pero tú estás seguro? -le decía una incrédula mujer de mediana edad a su marido.

-Están contratando a gente de la ciudad, una empresa extranjera al parecer -contestaba la voz de hombre-. El único requisito es tener el carné de conducir camiones.



Musampa escuchaba atento, guiado por su instinto de supervivencia, junto al marco de la ventana.

-¿Y tú lo tienes?

-Joder claro que lo tengo, mujer. Deja de hacer preguntas estúpidas y ayúdame a encontrarlo de una vez.

-Lo que tú digas pero después de tanto tiempo sin trabajar...

-Escúchame, vieja zorra. Dicen que van a pagar muy bien -los ojos de Musampa se abrieron tanto como sus oídos-. ¡Tengo que estar dentro de dos horas en la Explanada de la Victoria con el carné, así que ponte a buscarlo ahora mismo!

Se escuchaba el ruido de abrir y cerrar cajones y armarios a portazos.

-Creo que lo tenías en tu cartera marrón, esa fue la última vez que lo vi.

-¿Y dónde está esa jodida cartera?

-Tal vez esté en el bolsillo de algún pantalón, con la ropa tendida.

-Pues corre ¡busca!

Musampa miró a escasos dos metros de su nariz. Junto a la puerta de la casa, colgando de varias cuerdas de algodón, pudo ver un par de camisas blancas y un pantalón azul oscuro. Tocó con sus delgados dedos el bolsillo trasero del pantalón. Sacó de él una cartera de cuero de color pardo. No llegó si quiera a mirar hacia atrás, cogió con rapidez la cartera de mano, y salió corriendo, como tantas veces había hecho, en dirección al laberíntico corazón de la ciudad.

-Coordinados por César -explicaba el profesor Bay ante su selecta audiencia de periodistas-, se escogieron a diez entrevistadores y seleccionadores de la recién constituida Petronia Future Inc., empresa fundada al cincuenta por ciento entre los fondos acumulados de Héctor y las reservas personales la herencia del difunto padre de Peter. Además, hubo una pequeña aportación de capital del escuálido Banco Nacional Petroniano. Estos entrevistadores recorrieron las difíciles carreteras del país durante una semana, para seleccionar a los primeros quinientos trabajadores, que se encargarían de construir los primeros edificios de Ciudad María. Los requisitos: Ser petroniano, en buen estado de salud, y firmar un contrato para entrar a formar parte de la ciudadanía de Ciudad María. Se valoró tener experiencia o conocimientos referidos al mundo de la construcción, pero no fue algo determinante a la hora de seleccionar a los trabajadores. Para muchos de ellos sería la primera vez que verían algo parecido a un contrato, a un jefe, o a un salario. El sueldo sería de dos mil rupetos, algo equivalente en aquel momento a unos diez dólares diarios, bastante más de lo que solía ganar un trabajador en Petronia. El primero de mayo de 2011, día internacional del trabajo, se reunió a estas quinientas

personas en una gran explanada a las afueras del Palacio Real, llamada la Explanada de la Victoria. Tras seleccionar a algunos chóferes para que condujeran los camiones, el resto de los seleccionados fueron embarcados en varias decenas de trailers antiguos, sucios y ruidosos. Y muy contaminantes, por cierto. Con más de diez jóvenes en el interior de cada caja, partieron hacia el centro del país, a la meseta. Muchos de esos jóvenes de raza negra no habían trabajado en su vida, ni se habían sometido a ningún tipo de disciplina salvo la que marca la propia supervivencia. Pero hay que reconocer que se comportaron de forma diligente y casi diría que profesional. Tenían el sueño de una vida mejor, y era una oportunidad que podía acercarlos a cumplirlo. En un primer momento, en la zona escogida, se construyó un primer campamento de tiendas de campaña modulares para comer, descansar, y servir como base de operaciones. Esos días se asemejaba más a un campamento de refugiados que a los preparativos de una inmensa obra de ingeniería. Los trabajadores, junto con Héctor y César, dormían en pequeñas tiendas individuales de lona azul, y eran abastecidos de víveres y artículos de primera necesidad por un par de camiones que todas las mañanas hacían ruta regular hacia la capital. Se establecieron turnos de trabajo, y con los materiales rudimentarios con los que se contaba en ese momento, se construyó el primer edificio, a base de hormigón, ladrillos y cemento. Una inmensa nave diáfana del tamaño de medio campo de fútbol, que serviría como taller, despacho y vivienda de Héctor Gómez y de su madre.

-Mira mamá, aquí viviremos, ¿Te gusta?

Héctor le enseñó a su madre el interior de aquella inmensa instalación, de casi setenta metros de largo, por cuarenta de ancho. Ella, sorprendida por el gran tamaño y el vacío de la misma, apenas acertó a decir:

-¿Es muy grande para los dos, no hijo?

-Tendremos una zona para vivir, que haremos a tu gusto, y el resto será mi taller. Podré dedicarme a lo que más me gusta, a investigar, a diseñar y a fabricar cosas. Vamos a construir una ciudad maravillosa partiendo de aquí. En unos años tendrás los mejores parques para pasear del mundo. Podrás cuidar de un jardín botánico entero. El lugar ideal para vivir, diferente a todo lo que hayamos conocido antes. Peter, César y yo tenemos unos grandes proyectos. Dónde ahora ves todo selva, en unos cuantos años será la ciudad más próspera de África, ya lo verás. Y lo vas a ver todo en primera fila.

-Confío en ti, pequeño... Confío en ti -le dijo mientras se sentía insignificante por el gran tamaño de aquella nave.

¿Cómo se gestionaron aquellos primeros envíos de materia? -preguntó Mirsovlav, de la edición rusa de la revista digital World Today.

-Héctor gastó gran parte de los fondos iniciales de Petronia Future Inc. en llenar en el puerto chino de Tianjin un carguero entero repleto de materias primas. Sobre todo aluminio, acero y diferentes plásticos, que serían la base para crear el modelo de automóvil solar M-1 con la tecnología SunPower. Además, se había puesto en contacto con la fábrica de coches china Geely, y tras negociar con acierto le compró a precio de saldo diferentes máquinas que ya no utilizaban por estar bastante desfasadas. Hizo el pago a través de un hombre de negocios de Shangai, llamado Weng Xiao, que hizo de intermediario. A Weng lo conoció durante su estancia en China, y se profesaban un mutuo respeto.

-Así que utilizaron la primera inversión para abastecerse de material y materias primas.

-Sí, y fue una apuesta muy fuerte, ya que utilizaron una gran parte de los fondos de Petronia Future Inc.

-¿De qué cantidad estamos hablando?

-De cerca de cinco millones de dólares. No parece mucho dinero ahora, veinticuatro años después... ¿verdad? Y realmente en su momento tampoco era una inversión excesivamente grande, cualquier empresa mediana de construcción realizaba obras de un montante mucho mayor. Peter, aunque tenía confianza en Héctor, estuvo sufriendo hasta que vio llegar el barco a puerto con sus propios ojos, ya que no se fiaba de mandar el dinero a los chinos, y el capital que había depositado eran casi los últimos recursos de la maltrecha economía de su país.

-¿Cumplieron mis compatriotas? ¿Llegó el barco a tiempo? -la pregunta fue de Lao Chan, el menudo periodista oriental.

-En la fecha prevista, un enorme carguero repleto de contenedores de mercancías llegó al pequeño puerto pesquero de Banul, en la costa de Petronia. Cincuenta camiones, conducidos por cincuenta sorprendidos y nerviosos conductores, hacían cola en fila india para ser cargados de forma casi manual. El puerto no contaba con una grúa pluma para trasladar los contenedores directamente del barco a los camiones, por lo que se tuvieron que utilizar pequeños montacargas y carretillas elevadoras para introducir toda la maquinaria en aquella gran caravana de vehículos pesados. Se tardó casi un día entero en llenar los camiones hasta los topes. Todas las operaciones eran dirigidas por Héctor, que se desgañitaba dando indicaciones y directrices a los operarios, siempre de forma educada pero firme. Una vez la caravana estuvo completamente preparada, Héctor dio la orden y partieron a través de la frondosa selva. Vehículos policiales abrían paso a través de las estrechas carreteras que casi se rajaban al paso de los

camiones debido al peso. Cortaron grandes tramos de la vía para que sólo pudiera ser utilizada por la caravana de camiones, ante la sorpresa y admiración de los habitantes de las aldeas que atravesaron en su camino. César decidió viajar sentado sobre el motor de uno de estos grandes vehículos, encendió su reproductor mp3 con la música de Creedence Clearwater Revival y, protegido por sus gafas de sol, encabezó aquel primitivo convoy. Se sentía como un vaquero, en el lejano oeste americano, encabezando una vieja caravana de caballos en busca de una vida mejor. De vez en cuando lanzaba gritos como los cowboys, provocando la risa de Héctor que le oía a través de un rudimentario intercomunicador inalámbrico. Los camiones avanzaban rumbo al lugar donde comenzaría la construcción de la primera fábrica. En ella se pondría en marcha la producción en serie del modelo de vehículo equipado con el dispositivo SunPower.

-¿Qué ocurre? ¿Por qué nos paramos? -le preguntó Héctor al conductor del camión en el que viajaba en la cabina.

-El camión de delante se ha parado. Parece que le sale humo por la parte delantera. No me extraña, lleva todo el viaje pegando acelerones al motor y haciendo esos.

-Voy a echar un vistazo- Héctor pulsó el botón del intercomunicador- ¡Atención, detenemos la caravana unos minutos!

Bajó del camión de un salto, amortiguando la caída con sus botas de suela de caucho. Se acercó caminando, bajo la sombra de los inmensos y frondosos árboles tropicales que envolvían la carretera, a la cabina del camión que tenía delante. Allí, un joven conductor tocaba sin tino los mandos interiores del arcaico vehículo, visiblemente nervioso. De la parte frontal del camión, salía un espeso humo blanco.

-¿Qué ocurre, conductor? -le preguntó con respeto.

-No lo sé, señor. Este trasto se ha parado.

-Abre el maletero y baja, haz el favor.

El chófer le obedeció. Una vez estuvo el capó abierto, Héctor observó durante unos segundos su interior, manipuló un par de dispositivos, y el humo poco a poco se fue esfumando.

-Ha sido la bomba inyectora. Ya está solucionado -dijo limpiándose las manos de grasa con un mugriento pañuelo.

Héctor miró detenidamente al conductor, desde detrás de sus gafas de sol.

-¿Cómo te llamas, chico?

-Me llamo Musampa, señor.

-Yo soy Héctor Gómez, encantado de conocerte.

Estrechó la mano del chófer. La notó delgada, frágil, húmeda.

-¿Cuántos años tienes, Musampa?

-Veinte años, señor.

-Veinte años... -dudó Héctor-. Tus huesos aún no se ha terminado de osificar. No diría que tienes más de catorce. Aunque es cierto que aparentas más.

Musampa le miró, intentando provocar su compasión. Lo consiguió.

-Entre tú y yo -le dijo en voz baja- ...no habías conducido nunca antes un camión, ¿verdad?

Musampa negó con la cabeza puerilmente, como ahora queriendo parecer el niño que realmente era.

-Al menos conmigo eres sincero. No sé cómo habrás conseguido pasar las pruebas de selección. Pero ahora no es momento de perder a un conductor. Lleva el camión con tranquilidad, y en línea recta ¿de acuerdo, Musampa? Y ya hablaremos de cómo has conseguido un carné de conducir.

Acarició su cabeza con cariño, y regresó a su camión unos metros más atrás. Musampa ocupó su sitio al volante, accionó la llave de contacto y el camión le respondió con un rugido. Aunque aquel hombre extranjero le había descubierto, aún podía mantener su confianza y seguir formando parte del equipo de conductores. Y por primera vez en su vida, alguien le había tocado la cabeza y no para golpearle o tirarle de las orejas, sino de forma afectuosa. Se sintió feliz de esta nueva oportunidad, y se propuso llegar a su destino llevando el camión con la mayor destreza y poniendo todo el empeño posible.

-Una vez en el lugar -continuó el profesor tras beber agua-, y descargada la mercancía, se pusieron manos a la obra a trabajar. Las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, en turnos rotativos, los quinientos primeros trabajadores elegidos se afanaban en cumplir las indicaciones que Héctor les hacía a pie de obra. Durante la noche, Héctor se refugiaba en su taller, diseñando el modelo básico de coche propulsado por energía solar, así como la propia cadena de montaje. Durmió poquísimo durante aquellas primeras semanas, un par de horas escasas al día. Según iban llegando nuevos barcos con material, equipó su estudio con varios ordenadores de última generación, multitud de pizarras blancas donde exponer sus ideas, diferentes equipos de impresión y un dispar número de artilugios e instrumental de laboratorio. Por primera vez en su vida, se sintió completamente libre para diseñar, para crear, para convertir en realidad sus ideas. Y su mente respondió al reto, y comenzó a fluir de una forma en que nunca antes lo había hecho. Su madre, mientras tanto, se ocupó de crear lo más parecido a un hogar en la parte trasera de la nave dedicada a su vivienda. Compró muebles de madera tropical en los alrededores del Mercado de Abastos de Petronia Town, acompañada siempre por varios escoltas, y se preocupó de que Héctor y ella compartieran al menos una comida al día, normalmente el desayuno o la cena. Como madre, no estaba

dispuesta a dejar de disfrutar de su hijo después de su ausencia de dos años, e incluso le regañaba por descansar tan poco. Pero Héctor, para tranquilizarla, le decía que se marchaba a dormir, aunque sigilosamente se levantara de la cama y con discreción volviera a trabajar al taller. Fueron unos meses de trabajo bárbaro para todos, y de incertidumbre para el Rey Peter, que aguardaba con más impaciencia que nadie poder ver el fruto de haber depositado sus esperanzas en sus dos mejores amigos.

El grupo de periodistas atendía a las explicaciones con toda la atención posible. Observaron como pasaban los segundos sin que el profesor cambiara el semblante de tu rostro. Parecía como si se hubiera congelado la imagen en un reproductor de video. Primero se miraron unos a otros, sorprendidos. Después fueron los pasos acelerados de Akiko cruzando el aula para auxiliar a su marido lo que rompió el silencio.

-¡Charly! -le dijo mientras se acercaba apresuradamente.

Él la miró, pero sus ojos parecían estar recubiertos de un manto de cristal opaco. Ella le cogió de los brazos.

-¿Estás bien, mi amor? Tranquilo.

Transcurrieron unos instantes hasta que el profesor reaccionó tímidamente.

-¿Qué ocurre? -preguntó desorientado.

-No ocurre nada, no ocurre nada, tranquilo Charly -intentó serenarle abrazándole con devoción.

-¿Qué hace aquí esa gente?- le dijo él al oído, refiriéndose a los periodistas que miraban la escena conmovidos.

-Son amigos. Han venido a verte, a estar contigo. A escucharte.

-¿A escucharme? ¿Por qué?

-Quieren oír la historia de Ciudad María, cariño. Y a ti te gustaría contársela, ¿verdad?

Akiko sintió la apacible respiración de su marido, su corazón calmado, sus músculos distendidos.

-Ya recuerdo. Estaba hablando sobre la construcción de la primera fábrica.

-Eso es.

-¿Son periodistas?

-Sí.

-¿Y por qué me estás abrazando? -preguntó con extrañeza.

Ella no pudo evitar sonreír mientras le examinaba el rostro.

-¿Qué pasa? ¿No puedo darle un abrazo al hombre del que estoy enamorada? Y ahora además le voy a dar un beso.

-Claro, cariño. Pero primero déjame que terminemos la rueda de prensa. Estos hombres podrían pensar que somos unos viejos verdes si nos ven interrumpir el acto para besarnos delante de público, ¿no crees?

-Por supuesto. Adelante cariño.

Akiko volvió a su silla en el fondo de la clase, ante la complicidad de los corresponsales, que comprendieron que una de las terribles consecuencias de la enfermedad de Charles Bay eran estas repentinas desorientaciones y estados de aturdimiento.

-Disculpen a mi mujer caballeros. No sé que haría yo si no fuera por el cariño que me profesa. Con su permiso, continuaremos.

-De acuerdo, profesor- contestaron todos casi al unísono.

-Tres meses después, un poco antes del comienzo del otoño del año 2011, la cadena de montaje del modelo M1 SunPower, el que debía ser el primer turismo impulsado únicamente con energía solar y completamente autónomo, estaba completamente terminada, y lista para ponerse en funcionamiento. Había sido diseñada dentro de un inmenso edificio cuya planta tenía forma de U. Medía veinte metros de alto, y tenía una longitud de casi trescientos metros, desde un extremo a otro. Estaba construida a base de rudimentarios bloques, ladrillos y hormigón en su exterior, pero por dentro albergaba una exclusiva y revolucionaria maquinaria a base de acero, aluminio y hierro. En uno de los extremos del edificio comenzaba la cadena de montaje, y del otro extremo partía una carretera de asfalto por donde debía salir circulando cada coche completamente equipado, rumbo a un inmenso y descomunal parking. Entonces estaba vacío pero estaba diseñado para albergar una capacidad de más de cinco mil vehículos estacionados, de forma ordenada y fiscalizada. La idea era crear una línea directa de ferrocarril que uniera aquel parking de la fábrica con el puerto marítimo de Banul, para así embarcar directamente los vehículos allí en buques portacontenedores y acto seguido enviarlos a los puertos internacionales más importantes, como Amsterdam, Nueva York, Yokohama, Melbourne, Hong Kong, Singapur o Los Ángeles. Pero para todo eso todavía hacía falta una gran infraestructura. No existía el ferrocarril, ni estaciones, ni siquiera las vías de tren; el puerto era pequeño y no tenía grúas ni plumas, ni el suficiente calado para grandes barcos de transporte. Así que los primeros vehículos que salieron de la fábrica, para ser exactos los dos mil primeros, fueron destinados a las propias obras de Ciudad María. Clonaron aquella primera fábrica en dos ocasiones, a escasos metros de distancia. Junto a la nave que albergaba la cadena de montaje de los turismos M1, se construyeron las naves para los vehículos industriales más pesados M2 y para las motocicletas M3. Los M1 eran por su parte exterior una reproducción exacta del modelo alemán Volkswagen Golf IV de 1997, el vehículo preferido de Héctor. Sin embargo tenía una serie de mejoras que le convertían en algo completamente distinto. Mayor ligereza, materiales más livianos y mayor seguridad. Además, su motor constaba de un solo cilindro de aluminio, el cual obtenía la energía suficiente para su movimiento de un discreto panel solar situado tanto en el techo como en el



capó del vehículo. Este panel, en forma de malla, era casi completamente transparente, y a más de tres metros el ojo humano era incapaz de distinguirlo de la propia carrocería del coche. Gracias al convertidor SunPower diseñado por Héctor, situado en una caja negra del tamaño de una caja de zapatos adosada al motor, y de las células fotomultiplicadoras, era capaz de alcanzar una autonomía con una sola carga a cielo abierto superior a mil kilómetros de distancia, y podía alcanzar velocidades superiores a los cien kilómetros por hora. Dentro de la gama de los M1, se configuraron diferentes versiones, todas parecidas pero con ligeros cambios en el equipamiento. Los M2 eran vehículos destinados al transporte de mercancías, con motores mucho más grandes, pero con una autonomía similar al M1. Además, se utilizaron muchos elementos del M2 para diseñar vehículos industriales, como tractores, hormigoneras o maquinaria agrícola. Por su parte, el M3 era un compendio de elementos de varios modelos de Scooters, aunque el resultado era lo más parecido a una vespa italiana, pero con unas ruedas de la anchura de las ruedas de un quad. Estaba diseñada para ser lo suficientemente estable en las aún poco civilizadas carreteras y caminos de Petronia. Era utilizado durante la construcción de Ciudad María para el transporte de documentación o pequeños envíos, y el traslado de los trabajadores.

Dentro de cada una de las tres cadenas de montajes que se organizaron hacían falta, en cada uno de los tres turnos diarios, más de seiscientos trabajadores, cada uno con su ocupación concreta. Casi dos mil personas al mismo tiempo trabajando y cada ocho horas exactamente, se producía un relevo de los trabajadores.

-¿De dónde se sacó la mano de obra? –preguntó el periodista de la India.

-El equipo de seleccionadores de Petronia Future no dejaba de hacer entrevistas, y creó una base de datos informática, a la que añadían más de mil candidatos al día, con sus características, sus habilidades, su formación y sus datos biométricos, incluyendo huellas digitales dactilares y escáneres de iris. Al principio todo se almacenaba en pequeños ordenadores personales portátiles, pero poco a poco se fue mejorando y modernizando el sistema. Se iba alimentando una gran base de datos. Según se iba necesitando personal, se realizaba el traslado a Ciudad María, sin prisa, pero sin pausa.

-Pero... -insistió el periodista al profesor-. ¿Y dónde se alojaban estos nuevos obreros que iban llegando? ¿En tiendas de campaña?

-Los primeros días se alojaban en un primer campamento de grandes tiendas modulares, con literas, zonas de aseo, comedores... Era como un camping gigante. Puede parecer duro, pero muchas de aquellas personas provenían de sitios con una condiciones mucho peores. En esos días se les explicaba como era el funcionamiento de la zona especial, sus normas de

convivencia, su organización y su Código de Conducta. Se les hacía firmar a todos un contrato de ciudadanía redactado por César. Aquel que se negara a firmarlo, no entraba en la ciudad. Pero la gran mayoría de ellos aceptaban, y esperaban pacientemente su turno a que les fuera asignado un destino laboral y una casa donde vivir.

-¿Y las familias de aquellos trabajadores?

-Después de un periodo de prueba de tres meses, se empezaron a extender los primeros permisos para familiares, mujeres, hijos... Toda persona mayor de edad debía trabajar en el lugar que se le asignase, y todas las faltas de conducta serían anotadas e irían a restar el saldo de la cuenta de cada unidad familiar.

-¿Y la construcción de cada casa?

-Como antes os he comentado, se crearon seis turnos rotativos de ocho horas en las fábricas. Trabajan ocho horas diarias, durante siete días seguidos, y después disfrutaban de siete días libres. Pero César decidió darles a aquellos que quisieran la oportunidad de utilizar sus días libres para trabajar, en lugar de en la fábrica de vehículos solares, en la construcción de los edificios, no sólo de Ciudad María, sino de los barrios periféricos residenciales de Ciudad Alexia, Ciudad Brigitte, Ciudad Carolina... Además de un mejor salario, conseguían puntos positivos en el saldo de conducta, lo que era todo un incentivo para aquellos que querían algo mejor.

-¿Pero de dónde sacaron los fondos para seguir construyendo, para pagar a los trabajadores, y para los materiales? -se sucedían las interpelaciones de los periodistas.

-Bueno, para eso tengo que volver un poco hacia atrás en el tiempo, justo al día después de que Héctor, César y Peter se reunieron en el Palacio Real para decidir el futuro de Petronia y la fundación de Ciudad María. Peter invitó a Héctor aquella soleada mañana a recorrer durante unas horas Petronia Town a bordo de un antiguo 4x4 Suzuki Santana. Ellos viajaban solos, pero detrás suyo circulaban otros dos 4x4 tripulados por militares armados de su escolta personal. Se adentraron en el interior de Petronia Town, por sus barrios populares primero, y en las zonas más oscuras después.

-Mira a tu alrededor, por favor Héctor -le dijo mientras conducía-. Estás viendo gente sencilla, humilde, honrada, pero que adolece de lo más importante: no tienen ninguna esperanza. Más tarde o más temprano, el hambre, una epidemia, una guerra o una desgracia natural se los llevarán por delante, igual que pasó con sus antepasados. Mi padre luchó durante años para que los colonos británicos abandonaran estas tierras, después de siglos de régimen esclavista. Los ingleses se marcharon, no tanto por la lucha de mi padre y sus hombres, sino porque se dieron cuenta de que en

Petronia no hay nada de valor. Ni petróleo, ni diamantes, ni oro. Nada. Así que se marcharon, y dejaron un país ingobernable, con tribus y etnias enfrentadas entre ellas. La misma historia que en toda África. Mi padre tal vez no tenía estudios, y no entendía de más leyes que las del propio honor y la lealtad, pero fue capaz de mantener la paz durante muchos años. Supo vencer a sus opositores primero en el campo de batalla, pero a la vez, les rindió el debido respeto y les permitió formar parte del Consejo de Estado para debatir los asuntos de interés nacional.

-¿Usunda Papo? –preguntó Héctor imaginándose las intenciones de Peter.

-Sí, el viejo Usunda fue el mayor enemigo de mi padre después de la retirada de los ingleses. Aún hoy, tengo miedo de que busque apoyos en el extranjero y pretenda hacerse con el poder. Nos encontramos en un país pobre, pero pacífico. Sin embargo, si fracasamos, aún hay gente como Usunda interesada en prender de nuevo la llama de la venganza. Y entrar en una nueva guerra civil sería deshonorar la memoria y la gran obra de mi padre, la paz.

-Tranquilo. Lo que dices no es del todo cierto. Mira a tu alrededor ahora tu –el tono de voz preocupado y sensato del Rey contrastaba con la gran pasión y optimismo que emanaba de Héctor-. Este país tiene un gran potencial. Abre los ojos. Una población joven, y más sana que la mayoría de los países africanos, donde el sida, la difteria y el cólera lo devastan todo. Y no, no es cierto que no tengas materias primas. Mira hacia arriba. Peter alzó la mirada mientras conducía.

-Más, más arriba. Ahí tienes la mayor fuente de energía de todo el universo, una estrella. Gracias a la energía solar convertiremos tu país en la envidia del mundo y a tus ciudadanos, en la esperanza de un mundo mejor.

-Confío en ti, indígena -le contestó mientras observaba a unos niños jugando descalzos al fútbol con una pelota de trapo.

Siguieron circulando por embarrados caminos secundados por prominentes árboles durante varias horas, y llegaron a los lugares más inhóspitos del pequeño país. En su zona central, contaba con una gran meseta completamente llana, dejando al este la capital y al oeste la playa y los pequeños pueblos de la costa. Era un área riquísima en vegetación y fauna salvaje, parecía que el ser humano aún no hubiera descubierto aquel lugar. Un gran bosque de acaquias, baobabs y ficus formaban una espectacular bóveda que rodeaba la única y estrecha carretera que cruzaba la meseta en dirección al mar. Antílopes de pelaje blanco y negro y pequeños simios se cruzaban con los 4x4 con frecuencia durante el viaje.

-Cuando Ciudad María esté construida -le explicaba Héctor a su amigo mientras éste se afanaba en conducir con seguridad-, estará completamente integrada con la naturaleza. Olvídate de cables y postes antiestéticos, porque cada edificio generará su propia energía, y la transformará para las

personas que habiten su interior. Será un lugar único en el mundo. Este sitio es maravilloso -comentó Héctor mientras admiraban la belleza de la selva.

-El destino de todo un país depende de nosotros. De tu ingenio y de mis decisiones. Y de la capacidad de César como gestor de recursos humanos. No tenemos la opción de fracasar. Por si fuera poco, hay algo que me preocupa...

-Dime, amigo.

-Cuando empiece el baile, será como una bola de nieve cayendo por la ladera de una montaña. Necesitaremos miles de trabajadores, que a su vez necesitarán un lugar para dormir, un hogar. El efecto llamada puede ser brutal, y debemos gestionar bien sus condiciones de vida, para que no nos convirtamos en un gigante con pies de barro.

-Tranquilo. Cada fase que vayamos completando, cada paso que demos, lo haremos con cabeza.

-Pero... ¿Y si se nos acaban los fondos antes y no podemos completar la construcción de los edificios? ¿Y si no podemos pagar a los trabajadores, y los materiales necesarios para ir construyendo las casas, las carreteras, la maquinaria? ¿No sería mejor pedir un préstamo para evitar esos problemas?

-Eso nunca. El mayor enemigo del progreso es el sistema bancario internacional. Este sistema se basa en la deuda. La deuda es la versión moderna de la esclavitud. Cuanto más lejos estén los grandes bancos, mejor para Petronia. Acuérdate de esto. Cuando empecemos a hacer ruido, vendrán a por nosotros. Querrán su parte. Si o si. Al principio vendrán disfrazados de amigos. Ofrecerán fondos sin intereses, patrocinios a fondo perdido, inversiones importantes. Cuando no aceptemos, atacarán de forma más violenta. Créeme, saben como hacerlo. Llevan cien años haciéndolo. Presionarán a los gobiernos para que nos impongan embargos, aranceles e impuestos absurdos y brutales. Y confía en mí si te digo que muchos gobiernos son meras marionetas en manos de los grandes imperios bancarios. Debemos estar preparados para combatir contra ellos. O al menos intentar que nos dejen en paz. Y nuestras armas serán nuestra propia autosuficiencia energética, y nuestros aliados.

-¿Qué aliados?

-Bueno, esa será tu parte. Si todo sale bien, cabe la posibilidad de que tengamos que liderar una revolución energética que va a hacer mucho daño al poder establecido o a grandes empresas. Hay países que viven única y exclusivamente del petróleo, de mantener alto su precio. No creas que se van a quedar parados cuando le mostremos al mundo que su única riqueza, de un día para otro, ya no vale absolutamente nada. Así que tal vez necesitemos aliarnos con países a los que beneficie que la energía y la tecnología sea libre. Tal vez países en vías de desarrollo que no dependan de los hidrocarburos, tal vez países del tercer mundo, tal vez países ricos

sin una buena industria del petróleo. No lo sé, eso tendrás que saber manejarlo tú. Seguro que sabes hacerlo bien, las habilidades sociales siempre han sido tu especialidad, desde el colegio. Y las relaciones internacionales no dejan de ser eso. Habilidades sociales. Vas a pasarlo bien. Tienes trabajo, Peter.

El monarca asintió mientras miraba al frente, intentando no chocar contra un grupo de elefantes que obstaculizaban la carretera.

-Está gordo el orejudo, ¿eh? -dijo Peter jocosamente refiriéndose al mayor animal del grupo.

-No es un orejudo. Es un *Loxodonta cyclotis*, el mayor mamífero terrestre que existe en la actualidad -replicó con sorna.

-Aquí en mi país se les llama orejudos -zanjó el Rey.

La caravana de Suzuki Santana comenzó a ascender a través de la ladera de una pequeña montaña, siguiendo un sinuoso camino de tierra y barro.

-¿A dónde me llevas? -preguntó Héctor

-Quiero que veas Petronia desde otro punto de vista.

Al cabo de veinte minutos, los tres vehículos habían alcanzado con alguna dificultad por lo escarpado del terreno a la cima de aquel monte, y se detuvieron en paralelo casi en el borde de un abrupto precipicio. Bajaron de los todoterreno los seis hombres, y se deleitaron con las maravillosas vistas sentándose en el borde del abismo, sobre las rocas.

-Este es el monte Manone. Mi padre subió aquí arriba nada más proclamarse Rey de Petronia, tal y como hacían mis antepasados tras cada batalla victoriosa. Desde aquí se puede ver casi la totalidad del territorio del país. A tu derecha, la vieja y caótica Petronia Town, y a tu izquierda, al fondo, el océano atlántico, la costa, y sus poblados. En el medio, la selva virgen, como separando ambos mundos.

-Es un lugar perfecto para empezar algo nuevo, majestad -Héctor le llamaba por su título nobiliario siempre que se encontraban en presencia de terceros, como en este caso por los escoltas-. Este es el sitio. Ciudad María será fundada ahí abajo, bajo nuestros pies -Héctor hablaba mientras señalaba con sus manos-. Estará abierta al mar, vivirá en comunión con la selva y cuando crezca protegerá también nuestras fronteras.

-Le daremos a los petronianos la oportunidad de una vida mejor.

-Se la daremos primero a ellos... y después al resto del mundo

Ambos se sonrieron mientras sentían el hormigueo en el estómago propio de quienes saben que se dirigen irremediabilmente hacia un destino memorable.

-¿Así que con esos primeros fondos de Héctor y Peter construyeron las primeras instalaciones de Ciudad María?

-Sí, así es.

-Ha comentado usted, señor profesor, que antes de comenzar a rentabilizar la inversión de la fabricación de los vehículos solares, ya empezaron a construirse los primeros barrios residenciales. Sin embargo, creo que por aquel entonces, Héctor, Peter y César no eran los únicos extranjeros en Ciudad María, ¿no es así?

El que hablaba era Mario Arias, un periodista que había venido desde Ciudad de México. Con unos rasgos totalmente latinos, había permanecido escuchando atentamente las explicaciones del profesor Bay sentado en una mesa de la tercera fila de la sala, la última ocupada por los periodistas.

El profesor esperó unos segundos, antes de responder con algo de vergüenza.

-Tiene usted razón. Me he saltado algunas partes de la historia, pero le aseguro que no era mi intención.

La mujer del profesor, Akiko, decidió intervenir con su dulce voz desde un lateral de la sala donde se encontraba.

-Como ya saben, mi marido sufre el mal de Alzheimer, por lo que les ruego sean pacientes y comprensivos ya que, cuanto más cercana es la fecha, con más dificultad la recuerda.

-Le pido disculpas, no era mi intención meter así la pata -pidió perdón Mario Arias.

El profesor se tocó la barbilla, la frente, y miró su reloj de pulsera.

-Si les parece bien, ha llegado casi la hora de comer. En unos minutos, se les servirá un delicioso menú a base de comida griega. Pero antes, con tu permiso Akiko, déjeme que les relate como llegaron los primeros extranjeros a aquellos primeros cimientos de Ciudad María. Antes de que llegara el primer barco carguero desde China con el material, César, Peter y Héctor se reunieron para cenar en el comedor principal del Palacio Real. El taller de Héctor estaba a punto de ser terminado, y él y su madre aún se hospedaban en una de las habitaciones de invitados del mismo. Héctor se despidió de ella en su dormitorio con un beso de buenas noches, y bajó al imponente salón de madera que hacía las veces de comedor. Esa noche estuvieron poniéndose al día de los diferentes progresos que estaban teniendo, cada uno en su área de trabajo. Héctor estaba ocupándose en primera línea de las obras de su taller y del edificio que albergaría la planta de montaje del vehículo solar M1; César por su parte estaba reuniendo y formando a los entrevistadores que seleccionarían a los trabajadores, y estaba además ultimando los detalles del Código de Conducta que regiría en Ciudad María. Peter llevaba más de tres días sin parar, gestionando la logística para comprar y trasladar los materiales de construcción que hacían falta para las obras. Camiones, tiendas de campaña, víveres para la expedición. También se afanaba en negociar y comprar en los países africanos vecinos maderas, plásticos y otras materias primas.

-Vamos a necesitar ayuda -comentó César mientras disfrutaba de una copa de vino-. Tenemos buena mano de obra, pero necesitamos urgentemente personal cualificado. Ingenieros, arquitectos, médicos... Petronia los tendrá propios en el futuro, pero ahora mismo tendremos que recurrir a expertos internacionales.

-Ya, pero... ¿qué profesional cualificado vendría a un país como este? No tenemos nada que ofrecer. Ni dinero para pagarle, ni recursos para completar sus obras, nada. No creo que nadie medianamente especializado o competente vaya a dejar París, Munich o Tokio, para llenarse de barro en África por amor al arte. Nadie con dos dedos de frente -dijo Peter, más apesadumbrado que de costumbre.

-Eso no es del todo correcto -le debatió Héctor-. Hay miles de grandes talentos en el mundo, que nunca tendrán una oportunidad. La organización del primer mundo se basa más en los contactos, las referencias y la experiencia que en el propio talento emergente. Durante mi viaje de dos años por el mundo, compartí vivencias con gente súper preparada, no sólo de nuestra generación, sino incluso mucho más jóvenes que nosotros. Fuera de serie, de todos los campos, no sólo de la construcción, sino de la informática, de la ciencia o de las artes.

-¿Pero qué te hace pensar que dejarían todo por venirse a este agujero de África?

-Todos tenemos esperanzas, sueños, metas. Todo el mundo. Hay quien su esperanza se basa tan sólo en cubrir sus necesidades primarias, como comer todos los días, tener un techo o salud para sus hijos. Pero hay todo un ejército de pequeños genios cuya motivación principal es el éxito profesional. Gente con ideas brillantes que serían capaces de renunciar al dinero sólo por ver materializadas sus obras. Pero hay que buscarlos, y sacarlos de la espiral y de las garras de una sociedad que solo sabe premiar con dinero -miró a las manos y al pecho de Peter- ¿tienes un teléfono móvil?

-Claro, estás hablando con un Rey.

Peter sacó del bolsillo de su pantalón negro de lino un teléfono móvil de última generación y se lo entregó a Peter.

-¿Qué le pasa al tuyo?

-Bueno, las llamadas internacionales prefiero que se la tarifen a un Rey -le dijo mientras le guiñaba el ojo, ante la risa de César.

-Es un operador telefónico extranjero, no tendrán piedad conmigo.

Héctor miró el teclado del teléfono móvil, y pulsó once teclas para realizar una llamada internacional.

-Pensaba que sacarías una agenda llena de números de cerebritos frikis o algo así -comentó César.

Héctor le miró de forma cómplice, pues debido a su prodigiosa memoria no le hacía falta ninguna agenda para recordar simples series numéricas de once números.

-¿John? ¿Cómo estas? -Héctor hablaba con su interlocutor, con el altavoz del teléfono conectado para que sus amigos escucharan la conversación.

-¡Ey! ¿Eres tú, Héctor? ¡Que bueno saber de ti! ¿Por dónde andas?

-Bien, no te lo imaginarias nunca... ¡Estoy en África!

-Ah, en África... ¡Qué bien! Estás en Dubai, en Sudáfrica, en Qatar...

-No... estoy en Petronia.

-¿En dónde? ¿Petronia? ¿Eso dónde está? ¿En el culo del mundo?

Peter se sintió ofendido por esa afirmación, pero guardó silencio mientras miraba a su terminal telefónico.

-Es un lugar maravilloso, y tiene proyectos de futuro fantásticos. Oye, dime... ¿Qué tal te va? ¿Sigues hinchándote a ganar dinero para otros?

-Sí, Héctor, sí. Los fondos de inversión son un mundo apasionante pero empiezo a estar harto de tanto nuevo rico. Son lo que yo llamo comedores de gambas y eructadores de langosta. El día que me canse los arruino a todos y me largo a montar un chiringuito a la playa con alguna negra zumbona que me prepare un mojito tras otro. ¿Y tú qué? ¿A qué se debe esta llamada?

-Te llamaba precisamente por eso, para ofrecerte trabajo.

-¿Tú a mí ofreciéndome trabajo? Miedo me das... ¿De qué se trata?

-Voy a montar una empresa, empezando de cero, aquí en Petronia. Ya sabes que no me gusta fanfarronear pero... creo que se va convertir en un pelotazo. Muchos ingresos, muchos trabajadores, una organización completamente nueva, ya me entiendes...

-Viniendo de ti, tengo que decirte que estoy ansioso de saber qué tienes entre manos. ¿Y cual sería mi papel?

-Te quiero para que te dediques a hacer que todo funcione, ya sabes... que los números cuadren. Quiero que seas el director del aparato financiero, con total libertad para hacer y deshacer dentro de la empresa.

-¿Tendré mi propio despacho?

-John, créeme si te digo que tendrás tu propio edificio.

-Si me hubiera llamado otro seguramente no me movería de la silla pero siendo tú, no me perdonaría perdérmelo. No se hable más, verás el pánico que les entra a estos pobres hombres ricos encorbatados cuando les diga que me largo de este estercolero.

-Bien, todos los detalles te los contaré en persona.

-Dame un par de semanas y nos veremos allí. ¿Dónde has dicho que estás? ¿Varsovia?

Peter volvió a fruncir el ceño, César sonreía.

-Petronia John, cómprate un mapa del mundo, anda.



Peter volvió a fruncir el ceño, César sonreía.

-Bien, Petronia. Creo que he oído hablar de ello. ¿Tengo que llevarme la lanza y el taparrabos?

-Será... -Peter se sintió insultado. César le calmó gesticulando.

-De acuerdo, John, no te arrepentirás.

-A tu lado, seguro que no. Hasta pronto amigo.

-¡Por cierto, John! -dijo antes de colgar-. Aún no hemos hablado de tu salario.

-Héctor, me paso el día rodeado de gente que intenta comprarse la una a la otra. Sin moral ninguna. Además, como ya me has dicho, el director financiero seré yo, así que ya veré que sueldo me asigno.

-De acuerdo, tienes razón. Hasta pronto.

Peter y César miraron sorprendidos a Héctor.

-¿Quién es este tío?

-Jhon Wool, un gran economista que conocí en una residencia de estudiantes en Singapur. Es un tío muy competente y tiene las ideas muy claras. Con sólo treinta años, es uno de los mejores brokers e inversores de toda Asia, pero una noche de borrachera en la playa de Sentosa me contó que su sueño sería gestionar una gran compañía. La verdad es que durante el tiempo que compartimos le enseñé algunos de los trucos que aprendí durante el tiempo que pasé con Kevin Steal, y gracias a eso ya no tiene que preocuparse nunca más por el dinero.

-Perfecto. Pero le daré una clase de geografía e historia personalmente en cuanto llegue -dijo Peter.

-Pues ya tenemos Director del Área Económica -anunció César.

-Además voy a llamar a Jack Shack, de Londres. Es un fuera de serie con la informática y las redes de comunicación. Quiero que sea el responsable de la implantación de la red informática independiente propia de Petronia. Será como un internet pero nuestro. Además, se encargará de proteger todo nuestro sistema ante ataques externos de piratas informáticos, hackers... Que los habrá.

Héctor volvió a marcar un nuevo número en el teléfono móvil de Peter.

-Dímelo, pero dímelo con queso -contestó la voz al otro lado del terminal.

Peter y César se miraron sorprendidos por la forma de descolgar el teléfono.

-¿Jack? Soy Héctor Gómez

-Hombre... Si es el genio de los logaritmos... dichosos lo oídos que te oyen... ¿Cómo va todo?

-Bien, ¿y a ti cómo te va? Parece que te estuviera viendo a través de un agujero. Sentado en tu garaje, trabajando con dos teclados a la vez y dejándote la vista atendiendo tres monitores gigantes. ¡Ponte las gafas anda!

Jack Shack, orondo pelirrojo por cuya barba goteaban las últimas burbujas de un Red Bull helado, se quedó patidifuso mientras buscaba sus gafas de pasta y miraba a su alrededor por si realmente estaba siendo observado.

-¿Cómo lo haces? ¿Estás manipulando alguna de mis Webcams? -dijo con preocupación, ante las sonrisas de sus interlocutores al otro lado del mundo.

-Tranquilo Jack, no sé si estaría preparado para verte como un gran hermano. Aún recuerdo tu colección de películas pornográficas manga.

-¿Desde dónde me llamas? Vaya colección de números -dijo mirando el informático a la pantalla de su teléfono.

-¿Qué te diría si te dijese que estoy organizando la mayor red informática del mundo después de internet? Algo paralelo, independiente. Y nuevo.

-¿Qué tienes en mente? -se incorporó en su silla, ya con las gafas puestas, visiblemente intrigado,

-Un país entero, completamente conectado a una red informática. Ya sabes, viviendas, coches, trenes, farolas, semáforos, todo lo que te imagines. Personas plenamente identificadas biométricamente, un sistema monetario independiente basado en dinero electrónico y una administración cien por cien digital. El único papel que verás será el de limpiarte el culo.

-¿Y qué tipo de seguridad tendrá ese sistema?

-Por eso recurro a ti, Jack. Sé que eres el mejor, y me gustaría que te encargaras de crearla y gestionarla. Con fondos casi ilimitados.

-¿Crearla desde los cimientos? ¿Cómo hablamos aquella tarde en Hyde Park?

-Exactamente. Una red nueva, totalmente gratuita, mucho más segura y mucho más rápido. ¡Ah, y nada de cables, claro! Como si fuera la radio.

-¿Para cuando me necesitas?

-Para ya... para ayer. Ayer ya tenías que haber estado aquí.

-Bien, me tienes en tus manos. Aún no sé dónde es, pero ya me estoy viendo en el aeropuerto de Gatwick sin saber si llevarme el bañador o un abrigo de visón.

-Será mejor que vayas cogiendo el bañador, Jack, yo creo que será mejor el bañador -dijo mientras observaba a César quitándose el sudor de su frente con un pañuelo de tela.

Los gritos de júbilo de Jack Shack gritando *-¡chicas en bikini!*- fue lo último que se escuchó antes de que Héctor cortara voluntariamente la conexión, mientras miraba complaciente a César y Peter.

-¿Es competente?

-Es un diamante en bruto. Muy bueno. Diseñará nuestra red y le dará seguridad y operatividad. Sólo espero que el bañador que se traiga no sea un tanga. Comprometería seriamente nuestra imagen.

-Bien. Continúa.

-Lo primero que necesitamos solucionar es el tema de la logística. Estamos casi completamente aislados geográficamente, y vamos a necesitar muchísimas mercancías. Necesitamos un aeropuerto nuevo, un puerto nuevo y unas carreteras nuevas. Llamaré a Patrik Sasoon, de Marsella. Tiene sólo veinticuatro años, pero sus ideas sobre la arquitectura y el transporte son geniales. Coincidió con él en Mumbai, en la India y tiene una mente escandalosamente brillante para los materiales, los espacios, las formas... La falta de experiencia que tiene la cubre de sobra con su talento. Quiero que diseñemos juntos el aeropuerto, el puerto y todo el sistema de transporte, ¿vale César?

-Genial.

Y así, durante toda la mañana, Héctor se puso en contacto telefónico con algunos de los jóvenes con más talento de todo el planeta, todos menores de treinta años, con poca experiencia laboral pero con una ilusión y una formación apabullante. Contactó con ingenieros japoneses y coreanos, con arquitectos norteamericanos de Seattle y alemanes de Berlín y Frankfurt. Ingenieros de tráfico de Amsterdam y Canadá. Jóvenes urbanistas de Barcelona, Shangai y Sidney. Químicos, diseñadores y especialistas en medio ambiente. Más tarde, unos años después, llegarían también especialistas con ideas revolucionarias para aprovechar energías alternativas como la eólica, la geotérmica, la solar o la mareomotriz, atraídos por la posibilidad de encontrar un lugar en el mundo donde poder dar forma real a sus ideas y teorías.

-¿Quiere decir que durante los primeros meses, Héctor Gómez estuvo reclutando a profesionales de todo el mundo, sin pagarles?- preguntó Svensson, del norte de Europa, desde la segunda fila del aula.

-Sí, efectivamente -contestó Charles Bay desde el entarimado-. Pero créame, en cuanto Héctor les hablaba de los planes que tenía para Ciudad María, fuera por interés o por simple curiosidad, todos ellos se quedaban allí. Al principio eran alojados en una zona de tiendas de campaña, como el resto de los trabajadores, o incluso Héctor los alojaba en su taller, mientras se construían las primeras residencias tanto en Ciudad María como en la denominada Ciudad de la Ciencia que comenzaba a proyectarse.

-Volvamos al momento de los primeros coches. ¿Cuándo estuvo listo el primer modelo M1? -la pregunta vino del corresponsal griego.

-En apenas tres meses, el primer vehículo completamente impulsado por energía solar y apto para su uso salió de la cadena de montaje.

-¿Y cuánto se tardó en poner a la venta?

-César diseñó una impactante campaña publicitaria a través de internet, y Peter realizó una presentación oficial para la prensa internacional en el Palacio Real de Petronia. Se les dejó probar libremente durante todo el día

los M1 a los medios que acudieron, sobre todo revistas de motor y periódicos generalistas. Se subían en el vehículo y recorrían la Explanada de la Victoria una y otra vez. Se lo pasaron todos en grande, como si fueran críos, y eso influyó en el positivo mensaje que se mandó a los medios internacionales. Las imágenes grabadas por aquellas cámaras de televisión abrieron los telediaros de medio mundo. En aquellas antiguas páginas de internet como Youtube o Facebook los videos de las pruebas corrían como la espuma. Fue lo suficientemente espectacular y llamativo para conseguir despertar la curiosidad de millones de personas. Esa fue la primera imagen de la nueva Petronia que se lanzaba al mundo. Cientos de obreros trabajando a toda prisa y moviéndose ágilmente con turismos del futuro entre carreteras que atravesaban la selva. Se utilizaron también imágenes de cientos de vehículos M1 circulando por aquellas primeras calles recién asfaltadas de Ciudad María, poniendo énfasis en su fiabilidad, sus prestaciones, su ecología -ya que generaba cero emisiones- y, sobre todo su gran rendimiento económico. Ya que no necesitaba invertir ni un solo centavo en gasolina. Su combustible, como decía el propio lema de la campaña publicitaria, era *“Utiliza la inagotable energía del universo”*. Aquello fue un bombazo total, a nivel comercial. Jack Shack, el informático inglés, diseñó un portal de internet exclusivamente para vender aquellos primeros M1. El día seis de diciembre de 2011, día del lanzamiento internacional, Peter entró en la sala de informática del primitivo complejo provisional de Ciudad María. En una gran sala repleta de servidores y aparatos de transmisión, Jack se sentaba frente a tres inmensos monitores de tecnología LCD de aquella época. En uno de ellos estaba la página principal de la web que crearon, *sunpower.petronia.com*, diseñada para ser el único punto de venta oficial de los M1. En la otra pantalla, una serie de estadísticas y gráficas de colores azul y rojo que no dejaban de actualizarse y crecer, y en el tercero, series de letras y números de color verde sobre fondo negro que representaban el código de programación. En la sala se encontraban además Héctor, César y Jhon Wool, el joven economista de Singapur, mirando expectantes las pantallas. Peter se unió a la contemplación y preguntó:

-Perdonar por el retraso, contarme, ¿cómo va la página? ¿Ya llevamos ciento cuarenta mil visitas el primer día? -dijo señalando a una de las pantallas que reflejaba un contador-. ¿Eso está muy bien no?

-No son ciento cuarenta mil visitas -aclaró Jack mientras se colocaba bien sus gafas de pasta negra-. Son ciento cuarenta mil pedidos. Y subiendo. Todos miraban escudriñando con los ojos entornados hacia los monitores para intentar descifrar aquellos datos y estadísticas, intentando comprender algo más.

-¿Ciento cuarenta mil pedidos? -dijo impresionado-. ¿Pagados por adelantado?

-Afirmativo. A seis mil dólares la unidad. Eso significa... ochocientos cuarenta millones de dólares el primer día, ingresados ya en la cuenta corriente de Petronia Future -dijo el informático mientras se giraba para mirar a Héctor, que a su vez miró a Peter.

-Bien, Majestad... -proclamó Héctor con satisfacción-. Ahí tiene su financiación.

César se tapó la boca con su mano para evitar que se le viera abierta, mientras el director financiero se frotaba las manos, exultante.

Bueno... creo que es hora de comer -dijo Charles mirando su reloj de muñeca-. Espero que les guste la moussaka griega. Akiko, por favor, dile al equipo de catering que cuando quieran pueden servir la comida.

Peter observaba con seriedad el majestuoso retrato de su padre que ocupaba la pared del despacho del monarca, en su residencia del Palacio Real de Petronia. El cuadro, rodeado por un robusto marco dorado, representaba al difunto rey ataviado con la típica túnica petroniana tradicional de color negra, amarilla y púrpura, y con su cabeza descubierta dejando ver algunas canas de su pelo rizado y corto. La mirada del retratado estaba fijada en el frente, de modo que cabía preguntarse quién era el que miraba a quien. Sus ojos brillaban como si fueran reales. En el segundo plano del lienzo había un león brincando hacia arriba desde una gran roca gris, simbolizando la fuerza y la nobleza.

*-¿Estaré haciendo bien, padre? -se repetía Peter, como esperando una respuesta que enviara su padre desde allá donde estuviera - ¿Serán buenos para nuestro pequeño pueblo todos estos cambios? Ojalá estuvieras aquí para guiarme.*

La puerta de madera del despacho sonó dos veces. La abrió un apuesto joven, recio como un árbol. Vestía el uniforme militar de campaña con varias estrellas en la galonera.

-¿Da su permiso, Majestad?

-Adelante, pasa viejo amigo -le recibió.

El militar se quedó en posición de firmes justo frente a la mesa.

-Descansa, por favor.

Peter se acercó a él y le puso la mano por encima del hombro.

-Quiero darte las gracias por el gran trabajo que tú y tu familia habéis hecho siempre. Primero defendiendo la vida de mi padre durante la guerra. Después durante toda su vida como Rey. Tú, al crecer, también juraste proteger al rey, y por lo tanto ahora me proteges a mí. Y lo haces con honor y devoción. Pero tengo que pedirte algo más. Una nueva misión.

-Yo jure protegeros incluso con mi vida, majestad. No imagino otra misión mas elevada.

-Verás, Gon -le llamó por su nombre de pila, demostrando su confianza-. Tu padre y el mío tenían un sueño. Y por eso lucharon juntos en la guerra. Sonaban con una Petronia fuerte e independiente, un reino estable en el corazón de África, donde los petronianos pudieran tener una vida mejor.

Hoy, tenemos una oportunidad empezar a caminar para lograr ese sueño. Va a haber muchos cambios en Petronia. Se van a producir muchas más inversiones, vamos a construir nuevas ciudades y cambiar la imagen del país. Voy a necesitar rodearme de gente competente, noble y leal, y tú reúnes esas tres cualidades, además de que eres mi amigo. Petronia va a necesitar un cuerpo de policía acorde con la nueva situación. Un cuerpo moderno, con medios y bien dotado, para garantizar la seguridad de los ciudadanos y de las fronteras de nuestro país.

-Pero señor, juré por el honor de mi familia que protegería al rey de Petronia. Si me dedico a otras tareas y mientras tanto a usted le ocurre alguna desgracia habría traicionado mi juramento y deshonraría el nombre de mi familia.

-Lo sé, Gon. Tus palabras y tus hechos te definen. Pero considera que protegiendo a Petronia me estarás protegiendo a mí, a la corona, y a los tuyos.

Se miraron a los ojos mientras el Rey seguía convenciéndole de la importancia de su nueva misión.

-Serás mi mano derecha y dirigirás a la policía y al cuerpo de fronteras. el ejército será reestructurado y los militares serán repartidos entre uno y otro cuerpo. Los nuevos cuerpos de seguridad deberán crecer al mismo ritmo que la nueva Petronia. A tus policías se les dará casa, derechos laborales y un salario justo. Una formación a su medida y grandes expectativas. Y una legislación adecuada a las nuevas necesidades de los petronianos. Confío en ti, en tus capacidades y en tu honor.

-Y yo confío en que ese sueño de nuestros padres no se convierta en una pesadilla, majestad.

Ambos se recrearon observando el león que, con las fauces abiertas, saltaba desde aquella roca del lienzo.

-En poco tiempo me podré mudar a mi nueva casa. Pero no creo que permanezca allí durante mucho tiempo. Tengo buenos contactos, seguro que en poco tiempo ya me he mudado a un barrio mejor. Además estoy trabajando en mi tiempo libre en la construcción, y me darán más puntos para el Código de Conducta.

Musampa hablaba tumbado boca arriba sobre una roca, observando el hermoso cielo nocturno de África. Una estupenda cúpula cubierta por un manto de estrellas. A su lado estaba Teby Tib, una bella maestra infantil algo más mayor que él, disfrutando de las increíbles vistas.

-¿En dónde te han asignado a ti la casa?

-En Ciudad Brigitte, a todos los obreros de la fábrica nos van a dar casas allí.

-A mí y a los demás profesores nos instalarán en Ciudad Desirée. Será un barrio precioso.

-Ya -dijo sin poder disimular su envidia Musampa-. ¿Y vas a vivir tú sola?

-Claro, hasta que pueda entrar mi hermana. Ya le han tomado los datos. Está en Petronia Town, esperando que le llamen. Van a cogerla de costurera para trabajar bordando uniformes, banderas, ropa...

-Podríamos juntarnos, ¿sabes? -le propuso él-. Irnos a vivir juntos. Así en vez de tener como dos solteros dos motos M2, nos darían una moto y un coche M1. Yo no tardaré en ascender.

-Eres muy ambicioso, ¿verdad Musampa?

-Hay que serlo -le dijo mirándole a los ojos.

-Bueno, eso daría para una conversación muy larga.

-¿Y vas a vivir tu sola allí en esa casa? -insistió.

-¿Qué problema hay? Ciudad María es un sitio muy seguro para una señorita como yo.

-Tal vez, pero no me negaras que vivirías más tranquila teniendo a un hombre a tu lado.

-¿Un hombre como tu?

-Sí ¿Por qué no? Un hombre como yo.

-¿No crees que somos muy jóvenes? Yo tengo 22 años y tú... tú 18.

-¿Es una edad perfecta, no crees? Una edad perfecta para hacernos novios.

-¡Qué descarado eres también!

-¿Qué pasa? ¿Acaso vas a encontrar a alguien mejor que yo? -dijo bromeando.

-Seremos la primera pareja de enamorados de Ciudad María. Tú y yo. La primera boda...

-¡Si tú lo único que quieres es vivir en una casa más grande y tener un coche!

-Hazme caso, Teby. Tú y yo acabaremos juntos. Me gustas mucho.

-Tendré que pensármelo. Descarado -dijo halagada, volviendo su vista hacia las estrellas, aún consciente de que Musampa le había tocado su lado sensible.

-Señor Phoenix, usted no ha podido probar la Mussaka -le dijo el profesor al periodista, inmóvil en su silla de ruedas pero que charlaba animadamente con sus colegas de profesión, como uno más-. Si puedo facilitarle algún tipo de alimento que pueda usted...

-No se preocupe profesor. No tengo hambre -le dijo a través de su sofisticado sistema de megafonía-. Pero disfruto viendo disfrutar a los demás. Su rueda de prensa está siendo todo un éxito. La gente está tan interesada que están devorando la comida para volver enseguida a sus puestos.



-Me alegro. Pero ojalá las circunstancias fueran otras, y no tuviéramos que estar confinados aquí dentro y pudiera hablar con total libertad, sin tener que estar escondido aquí.

-Es usted muy valiente por hacer lo que hace.

-Gracias.

Los dos se dedicaron una sincera mirada que denotaba el respeto mutuo que se profesaban.

Akiko se encargó de servir café y té a los periodistas tras la comida. No quisieron demorar el tiempo de descanso, y en seguida ocuparon sus asientos. Quienes lo desearon se fumaron un cigarrillo junto a la ventana del aula y otros revisaron sus sistemas de captación de sonido e imágenes para ajustarlos, deseosos de que el profesor continuara con sus declaraciones. Charles Bay había sido lo suficientemente cauteloso para elegir un aula que contaba también con acceso a un cuarto de aseo privado, para así evitar la tentación de que algún periodista se marchara y le pudiera delatar a las fuerzas de seguridad. Mientras saboreaba una taza de exquisito café cremoso, ocupó su silla y prosiguió:

-Buenísimo el café, como siempre, cariño.

Ella le contestó con una inclinación de cabeza y una leve sonrisa, como buena mujer japonesa tradicional que era.

-Un año después, hacia el invierno de 2012, la bola de nieve había crecido de forma exponencial. Algunos historiadores piensan que fue la mayor migración no forzada de la historia. El recién creado Cuerpo de Fronteras, bajo el mando del Rey Peter III, encargado de gestionar las acreditaciones de ciudadanía y de permitir el paso de los nuevos habitantes, tuvo que ser reforzado en varias ocasiones para poder dar abasto a semejante aluvión de personas. Durante ese primer año, cada día, más de quinientas personas, hombres y mujeres, cruzaban la frontera y firmaban el Código de Conducta que les permitía vivir dentro de la zona especial. Se les realizaba un completo examen biométrico identificativo que se almacenaba en la sofisticada base de datos informática creada por Jack Sack. Después eran alojados, normalmente en el campamento provisional de tiendas de campaña como primer destino. Al día siguiente, ya comenzaban a trabajar, y a cobrar un sueldo, para muchos de ellos, el primer sueldo de su vida. Y se les asignaba una casa para vivir, la mayoría de las veces en Ciudad Alexia, el barrio más humilde de todos. La gran mayoría de los obreros sin cualificación eran petronianos, mientras que los extranjeros occidentales eran personal especializado. Las principales obras de ese primer año fueron el Puerto de la costa de Banul, el Aeropuerto Internacional de Petronia, y las carreteras que conectarían los diferentes barrios atravesando los frondosos bosques selváticos. Bueno, y la inexpugnable valla fronteriza que

marcaba los límites de la zona especial. Si bien eran Héctor y César los que daban las ideas maestras y las líneas generales de la construcción, enseguida se apoyaban en los jóvenes arquitectos e ingenieros de todo el mundo que llegaron persuadidos por la gran personalidad de Héctor. El puerto marítimo era fundamental para dar salida a la imparable producción de vehículos solares, y para recibir las miles de toneladas de mercancías que requería la construcción de una ciudad completamente nueva desde sus cimientos. Después de su primer año, vivían tras las fronteras de Ciudad María casi cien mil personas, de las cuales el ochenta por ciento ejercían algún tipo de actividad económica. El resto eran niños o ancianos. La mayoría de los hombres se dedicaban a las cadenas de montaje de los vehículos solares o a la construcción, tanto de los edificios centrales de Ciudad María, como de las avanzadas Ciudad Alexia, Ciudad Brigitte o Ciudad Carolina, donde vivían en cada una de ellas más de treinta mil personas. La Ciudad de la Ciencia, lugar donde residirían únicamente los científicos o investigadores, también se encontraba en plena expansión y contaba ya con casi tres mil habitantes, casi todos foráneos: europeos, asiáticos o americanos. Las mujeres se dedicaban en su mayoría a regentar comercios tutelados por Petronia Future Inc, dónde se expendían alimentos, textiles o productos de primera necesidad, a precios marcados desde la dirección del área económica. Los ingresos de Petronia Future seguían aumentando gracias a la venta de coches solares, y no tenía problema para pagar los sueldos de los trabajadores pero, para evitar la inflación, John Wool decidió fijar los precios de los productos básicos, como la alimentación o los textiles. Todo el beneficio de los comercios era para la empresa, que después lo revertiría en la comunidad. Los empleados cobraban siempre un fijo si cumplían unos mínimos, y en caso de no cumplirlo, les restaban puntos en el Código de Conducta de la unidad familiar, con lo que podían llegar a ser trasladados a un barrio con peores condiciones o incluso a la expulsión de Ciudad María. También se crearon puestos para encargarse de la limpieza o el cuidado de la jardinería y de los amplios recursos naturales que rodeaban la ciudad, así como empleos de costurera y para cuidar niños y ancianos, entre otros muchos.

-¿Quién otorgaba los puestos de trabajo? -preguntó Chan, el corresponsal chino.

-El área de Recursos Humanos. Mientras siguiera manando el flujo de dinero de los vehículos solares, a un ritmo de casi mil millones de dólares al día, podían permitirse repartir los beneficios y revertirlos en la comunidad.

-¿A pesar de los problemas iniciales de la aceptación del SunPower en los mercados internacionales?

-Realmente no hubo grandes problemas. La industria automovilística y de los hidrocarburos presionó a los gobiernos del mundo para que no homologaran los vehículos y no pudieran ser utilizados legalmente. Sin embargo, estaban tan bien diseñados, y sus beneficios eran tan obvios, que no pudieron negarse a darle los permisos.

-¿Llegaban a tiempo a su destino los vehículos?

-Al principio la lista de espera era de dos meses, después se estiró hasta los cinco meses debido a que las fábricas no eran capaces de atender a la brutal demanda. Pero el vehículo llegaba hasta el puerto de destino en las mejores condiciones. Allí era descargado cada M1 por los operarios, y los nuevos propietarios directamente se hacían cargo de ellos, en el propio puerto. Era un sistema nuevo, sin intermediarios. Llevaban meses esperando su nuevo coche, con el que no tendrían que volver jamás a gastar dinero en combustible. Iban con toda la familia a recibir al coche, grababan con sus cámaras el feliz momento y lo colgaban en las redes sociales de internet. Su éxito se encendió como la pólvora.

-¿Y el mantenimiento de los vehículos?

-César y Héctor lo tenían previsto todo. Crearon una academia internacional de mecánicos, en Ciudad María, fue el primer edificio de la Universidad. Allí viajaron millones de técnicos y mecánicos de todo el mundo, y pagaron seis mil dólares cada uno por recibir la formación necesaria para tener el título oficial de técnico en mantenimiento en vehículos SunPower. Gracias a él, podían encargarse de las reparaciones de los coches, las motos y las furgonetas accionadas por energía solar. Lo tomaban como una necesaria inversión de futuro.

-Pero..., con su permiso, no entiendo porqué los americanos, los chinos o los japoneses no copiaron el sistema y crearon el suyo propio para poder competir -dijo Mario Arias, de México.

-Se solía decir en mi época que los americanos tienen las ideas, los japoneses las copian y las mejoran, y que los chinos las copian y las hacen más baratas. Créame si le digo que lo intentaron, y se gastaron millones de dólares en intentar imitar las células fotomultiplicadoras de energía solar, el secreto del SunPower. Sin embargo, era un tecnología tan avanzada para ellos, que quedaba tan fuera de su alcance, que no hicieron más que dar palos de ciego. Los modelos que sacaron, tarde, mal y sin acierto, no hicieron sino revalorizar a los auténticos coches petronianos de SunPower. La gente de todo el mundo quería los modelos diseñados por Peter. Poco a poco, fueron apareciendo en las carreteras de Estados Unidos, la India, Europa... Al principio la gente se paraba y rodeaba los vehículos para hacerles fotos como si fueran objetos de museo, causaban más expectación que un Ferrari, y eso que el modelo básico costaba un poco más de seis mil dólares.

El interior de las fábricas de los vehículos era uno de los únicos lugares estresantes de Ciudad María. Era el lugar desde donde se fraguaba todo el proyecto y, aunque se trabajaban no demasiadas horas en comparación con otros países, se procuraba ser lo más eficiente posible.

-¿Cuántos turnos suplementarios hay para repartir? -Musampa hablaba con uno de sus superiores, vestido con el mono de trabajo de color púrpura y amarillo que estaba siendo implantado poco a poco en Ciudad María para todos los trabajadores.

-Hace falta un obrero durante una semana para la construcción de una vivienda familiar en Ciudad Esperanza -le contestaba un afanado y orondo hombre que hacía las veces de encargado en una de las cadenas de montaje de la motocicleta SunPower M2, entre el ruido de las máquinas-. Pero tu ya fuiste la semana pasada a trabajar allí, ¿No crees que es hora de que otro tenga la oportunidad de ganar ese dinero y esos puntos de conducta? No seas pesado, hijo.

-Venga, señor Ugo. Yo quiero esos puntos.

-Pero ya sabes las reglas, Musampa. Además, ya sabes que todo está informatizado, no puedo hacer trampa.

-Pero ¿y si los demás renuncian? Entonces sí que podría ir yo.

-Ya, pero para que ellos renuncien yo debo preguntárselo antes. Ya sabes como funciona esto.

-Bueno, tal vez podamos llegar a un trato. Usted marca en el informe como que ellos han renunciado a hacer ese trabajo extra, y me lo da a mí. Y a cambio yo le consigo lo que usted necesite.

-Ten cuidado, corren algunos rumores de que te estás dedicando al contrabando. Si te coge la Policía o el Cuerpo de Fronteras te mandarán al nivel 0 o directamente te expulsarán de Ciudad María para siempre.

-Mire, señor Ugo. Me faltan dos puntos para poder mudarme a Ciudad Esperanza, y dentro de poco se hará el recuento anual. Si no los consigo antes de final de mes, no podré ascender y mudarme a una casa mejor. Así que haremos lo siguiente. Usted marca en su terminal informático que yo he ido a trabajar esos días. Y milagrosamente, como caídas del cielo, aparecerán en el sótano de su casa de Ciudad Felicidad un regalo de mi parte, ya sabe a lo que me refiero.

-¡Dios! ¿Puedes conseguirlas? Sabes que están prohibidas esas cosas totalmente en toda la zona especial.

-Se las dejaré discretamente dentro de su sótano. Pero tengo algo más.

-¿El qué?

-Cocaína. Le llevaré un par de gramitos para que los disfrute a mi salud.

-Procura que no te pillen.

-Tranquilo. Es fácil. Sé cómo hacerlo. Usted cumpla su parte y déjeme a mí la mía.

Ambos se dieron un sonoro apretón de manos, entre el habitual jaleo de la cadena de montaje de los SunPower.

Dos semanas después, el señor Ugo se encontraba en el salón de su amplia casa unifamiliar con Jardín en la barriada de Ciudad Felicidad, disfrutando de un porro de hachís, cuando le sobresaltó el golpe en la puerta de un escuadrón de la Policía de Ciudad María. Entraron en el domicilio, y le colocaron las esposas. Le informaron de que el motivo de su detención, introducir drogas dentro de los límites de la Zona Especial de Ciudad María.

Mientras, a un par de barrios de distancia de allí, el Sargento Golom, de la Policía, se entrevistaba personalmente con Musampa.

-Muchas gracias por haber hecho este servicio a la comunidad. ¿Cómo supo que su jefe se dedicaba al contrabando de drogas?

-Bueno, nunca me gustó. Siempre le vi con recelo, a veces traía los ojos demasiado rojos... Así que creí que cumplía con mi deber al avisarles – Musampa ponía una forzadísima cara de inocente.

-Si, además usted recibirá seis puntos para su saldo de conducta por haber delatado a este contrabandista. También hemos encontrado pruebas que le relacionan con más alijos de droga que ha habido dentro de la zona especial. Le va a caer una buena. Va directo al nivel 0.

-¿De verdad? No sabía que daban puntos por eso -dijo mintiendo al oficial de policía-. Simplemente creo que he hecho lo correcto como ciudadano de Ciudad María que soy.

-Ahora mismo comunicaré a la Unidad de Conducta su ampliación de puntos.

-Muy agradecido.

El policía se dio la vuelta para marcharse del jardín dónde vivía Musampa junto con su novia Teby y la hermana de ésta. Tras unos pasos, volvió hacia atrás.

-Tal vez haya un puesto vacante como Inspector de Conducta. Si quiere, puede tener una oportunidad, señor Musampa...

-¿De verdad? Me encantaría intentarlo.

-Recibirá una notificación a través del terminal informático de su hogar. Buenas noches, señor Musampa. Y gracias por su colaboración.

Entonces, primera vez en su vida, alguien llamó señor a aquel insaciable chaval de dieciocho años recién cumplidos. Animado, condujo aquella noche su asignado coche M1 a través de la selva, hasta llegar casi a los límites de la zona especial. Se tumbó en el capó, y encendió un canuto de marihuana sin que nadie le viera, regocijándose de la trampa que le había tendido a su antiguo jefe.

-¿*Ciudad María*? Pues toma porro de *María* –se dijo a sí mismo mientras sonreía mirando las estrellas que pintaban el cielo de África.

Recordó cómo había conocido por casualidad a un podrido camionero el cual solía atravesar todos los días la frontera con algo de material prohibido: marihuana y cocaína, sobre todo. Comenzó a planificar cómo le tendería a él también otra trampa cuando fuera contratado como inspector de conducta. Era una buena forma de ir ganando puntos. Tenía que empezar a pensar ya como seguir escalando puestos en el organigrama de Ciudad María. Aunque para ello tuviera que seguir traicionando a quien fuera necesario. Disfrutó de una profunda calada de su porro, y decidió que se fumaría un par más antes de volver a la casa que compartía con su mujer Teby. A la salud del próximo pobre ingenuo que se cruzara en su camino.

-Durante aquellos primeros años –narraba el profesor-, todos trabajaron de una forma frenética. El Rey Peter se levantaba todas las mañanas antes del amanecer, costumbre que heredó de su padre. Le gustaba hacer ejercicio, musculación por los alrededores de palacio. Incluso a veces, acompañado por algún escolta de su confianza, gustaba de adentrarse a hacer footing por caminos salvajes que atravesaban la selva, a pesar del grave peligro de hacer eso antes de la salida del sol, cuando las bestias como el león o las arañas gigantes aún son las criaturas dominantes, antes de que el ser humano se ponga en pie. Durante sus largas carreras, en las que se exigía a sí mismo un ritmo y una intensidad extenuante, que pondría el límite cualquier corazón, aprovechaba para ordenar sus ideas y prepararse para los asuntos que debía atender en el día. Normalmente pasaba las mañanas en el despacho de su padre, atendiendo las novedades que Héctor, César y los demás le entregaban a través del correo electrónico. Mantenía un par de reuniones con su personal de confianza, del ejército y de la policía, y procuraba estar muy encima para atender su problemática y sus necesidades. Después de comer, dedicaba las tardes a realizar videoconferencias y llamadas telefónicas hasta bien entrada la noche. Mantenía contactos con mandatarios de instituciones extranjeras, como ministros y representantes de otros países africanos; con la hermana de su padre, que ejercía como representante de Petronia en la central de la organización de las Naciones Unidas en Nueva York; o con grandes proveedores de empresas de Asia y países emergentes como Brasil o la India. Como a él le gustaba decir, se había puesto el mono de trabajo igual que cualquier otro trabajador de Petronia. Y ciertamente, así lo hizo. Fue un trabajo de mucha constancia gracias al cual el nombre de su pequeño país comenzó a ser oído en los pasillos de todos los parlamentos e instituciones de toma de decisiones. Fue invitado a participar en grandes foros mundiales, como el Foro Social Mundial, pero en su lugar mandó a

un representante a todos estos actos. Tenía la teoría de que debía permanecer en su país, y que el día que saliera de él para asistir a un acto internacional, debía tener cierto peso. No ser un convidado de piedra más, un relleno en la foto oficial. Así que reservó su presencia en el extranjero para alguna ceremonia especial que llegaría en el futuro.

Charles Bay paseaba por el aula ante la atenta mirada de los periodistas.

-Por su parte, César, se dejó crecer los rizos y se convirtió prácticamente en el rostro más reconocido de Ciudad María. No porque su imagen ocupara pancartas o portadas de periódicos, sino porque, realmente, estaba de forma casi omnipresente en todas partes. En cada obra, en cada proyecto, en cada decisión que se tomaba, allí estaba él. No de forma imperativa, sino contributiva. Le gustaba participar en todo, dar su opinión como sociólogo. Tanto para decidir por ejemplo el mejor lugar para plantar un árbol y así aprovechar mejor su sombra, el color de las señalizaciones para que fuera más visible por el ojo humano o la distribución interior de alguno de los modelos de casa cada barrio, él siempre daba su punto de vista, de forma razonada y explicada, sobre el porqué prefería hacerlo de ese modo y no de otro. Era escuchado, respetado y casi nadie ponía objeciones a sus acertadas propuestas. Otra de las cosas que más le gustaban eran desplazarse con los seleccionadores y entrevistadores hasta Petronia Town, para asistir de primera mano a la selección de los futuros trabajadores de la zona especial. Viajaban en expedición con varios coches solares M1, y cuando salían de las fronteras de la ciudad era como pasar de un parque temático a la cruda realidad. La parte exterior seguía tan pobre como siempre ya que, según los planes macroeconómicos, no estaba permitido sacar divisas de Ciudad María, ni siquiera mandar dinero a los familiares. Así que, a medida que las personas cualificadas, trabajadoras y honradas se iban mudando progresivamente a la zona especial, la capital Petronia Town se iba degradando socialmente, ocupada por aquellos que, o bien no querían progresar, o bien se encontraban mejor en ese lado de la frontera. Además, todas las noches decenas de personas de todas partes de África saltaban las aún pírricas fronteras exteriores de Petronia, y se instalaban ilegalmente en Petronia Town, muchos de ellos en los pisos abandonados por los afortunados que se habían mudado a Ciudad María. Otros corrían peor suerte, y eran explotados por las primeras mafias de delincuentes que surgieron en la ciudad. Aprovechándose del estado de necesidad de la gente, les propinaban palizas a los incautos y les robaban lo poco que tenían. Si, a medida que Ciudad María iba creciendo, la capital Petronia Town se iba embruteciendo. En aquella época comenzó a despuntar la delincuencia allí, y se empezaron a ver las primeras armas en malas manos. Como iba diciendo, César se encargó de diseñar concienzudos test

aptitudinales, tanto escritos como orales, a través de los cuales se filtraba a la gran masa de aspirantes que querían entrar en la zona especial. Él siempre contaba que uno de sus mejores trabajos fue cuando tuvo que seleccionar a veinte modelos entre veinteañeras para promover turísticamente el país, pero eso fue un poco más adelante.

-¿Cómo le fue a Héctor Gómez esos primeros años? –preguntó el corresponsal mexicano, que tomaba nota de cada intervención del profesor.

-Se animó muchísimo al ver como se involucraba y esforzaba todo el mundo, por lo que él no quiso dejar de dar ejemplo. Trabajó durísimo en su taller, en dónde invirtió mucho dinero. Poco a poco fue llenándolo de material y equipamiento de primera, tecnología punta, para dar forma a sus experimentos y sus inventos. Fueron tiempos felices para él. Su día a día lo pasaba casi siempre encerrado en su taller, cerca de su madre y con total libertad para experimentar y crear. Exprimió su inagotable intelecto casi al máximo, y además tuvo la inteligencia suficiente para dejarse rodear de grandes especialistas y técnicos que, aunque palidecían ante las inigualables capacidades de Héctor, le servían de un gran apoyo. Él les enseñaba el camino, les decía cómo y porqué, y los técnicos de su equipo se ponían manos a la obra, con unos resultados magníficos. Héctor llegó a desarrollar más de quinientos tipos de aplicaciones distintas para el dispositivo fotomultiplicador SunPower, de tal modo que consiguió que absolutamente cualquier dispositivo funcionase gracias a la energía del sol. Desde ordenadores hasta máquinas de afeitar, pasando por grúas, cocinas, equipos de transmisión, teléfonos móviles. Simplemente con instalar y envolver cualquier equipo electrónico con los paneles fotovoltaicos de SunPower, se ponían en funcionamiento y sus prestaciones eran incluso mejores que cuando funcionaban con energía eléctrica o con baterías de litio. Además, se crearon placas solares de grandes medidas, especiales para edificios, para casas, para fábricas... De modo que cualquier inmueble en cualquier lugar del mundo podía decir adiós a la energía que le suministraban las compañías eléctricas si se instalaba una de las placas fotovoltaicas de SunPower. Fue toda una revolución, comparable a la industrial que llegó tras la máquina de vapor. Un cambio rápido y casi diría que violento por inesperado. Y el mundo entero fijó sus ojos en el mapa para encontrar ese pedazo de tierra desconocida llamada Petronia, que tenía no sólo la patente y la exclusiva mundial para SunPower, sino también una industria diseñada por y para inundar el mundo con esta nueva tecnología. Los ingenieros y especialistas en energía que ejercían como consultores de los gobiernos de todo el mundo se encogían de hombros, incapaces de haber predicho algo así.



Su madre, María, mientras tanto, se ocupó de diseñar y cuidar de los parques botánicos municipales que se iban construyendo en todos los barrios de la ciudad. Descubrió su verdadera vocación y talento, y se entregó en cuerpo y alma a la tarea. Como les digo, todo el mundo trabajó muchísimo, pero no por dinero, sino por ese sentimiento que afloraba en su interior. De estar haciendo algo especial, algo único, algo suyo. A María, por las noches, le gustaba dormir al aire libre, sobre un ligero columpio de caña en la entrada de la parte del taller dónde vivía con Héctor. Leía algunos pasajes de alguna novela para relajarse y cerraba los ojos hasta quedarse dormida, encantada de que la brisa nocturna de África le acariciase el pelo hasta caer rendida.

Era evidente el cambio de registro que utilizaba el profesor Bay cuando hablaba sobre ella. Su voz se enternecía y sus palabras se tornaban dulces y casi poéticas.

-Muchas veces, a pesar de la diferencia de horario con Nueva York, dónde yo vivía, teníamos largas conversaciones telefónicas y videoconferencias entre nosotros. Me invitaron varias veces a acudir allí, sin embargo por causa de mi trabajo en mi gabinete psicológico no pude reunir las tres ó cuatro semanas que necesitaría para poder ir de vacaciones a Petronia, así que lo fui dejando hasta varios años más tarde. Sinceramente, hoy me arrepiento muchísimo de no haber vivido en primera persona aquellos intensos años en que se fragó Ciudad María.

El profesor acarició su arrugada frente, esforzándose por recordar. Se levantó y utilizó la pizarra blanca del aula para dibujar y esquematizar de forma más clara los datos que iba aportando.

-Cuatro años después, ya en octubre de 2016, Héctor celebró su vigésimo noveno cumpleaños. Ciudad María contaba con más de un millón de habitantes censados. De ellos, cincuenta mil vivían en la popular Ciudad Alexia, habitada principalmente por personal con escasa cualificación, recién llegados a la zona especial o familias que había sufrido pérdidas en su saldo de puntos cívicos y habían sido trasladadas forzosamente desde otros barrios con nivel superior. Era uno de los lugares más animados socialmente. En Ciudad Brigitte vivían cerca de ciento cincuenta mil personas, era una de las más pobladas y animadas. La habitaban familias del personal de la construcción, albañiles, obreros, gente que trabajaba descargando camiones o barcos. Y también los que se dedicaban a recolectar vegetales y alimentos en las plantaciones que se sucedían por toda Ciudad María, sobre los techos de cada edificio y también alrededor de ellos. Era uno de los barrios con más vida, y más divertidos. En Ciudad Carolina, la gente con nivel tres. Allí vivían cien mil personas, sobre todo trabajadores de comercios y de locales de hostelería, vigilantes, celadores, administrativos de bajo nivel... Sus casas tenían un amplio jardín y unas elegantes fachadas. Estaban dotadas de grandes comodidades, objetivamente hablando. Ciudad Desirée estaba compuesta sobre todo por marinos, y personal del puerto y del aeropuerto. Azafatas, conductores y encargados de logística. Era un distrito con unas grandes instalaciones deportivas y algunos de los mejores parques públicos. También tenía algunos de los mejores locales de ocio. En Ciudad Esperanza vivía casi todo el personal de oficios, como carpinteros, fontaneros y mecánicos, más de ochenta mil personas. Sus amplias avenidas rodeadas de casas unifamiliares de dos pisos y de miles de grandes árboles y palmeras le conferían uno de los mejores aspectos de todos los barrios, aunque sus casas eran más pequeñas que las de los niveles superiores. Ciudad Felicidad era también conocida como la ciudad de los técnicos y de los informáticos, ya que en esta preciosa zona de casas bajas con piscina, de aspecto europeo, vivían fundamentalmente las personas con una capacitación técnica. Aquí

la a mayor parte de los residentes eran extranjeros especializados. En Ciudad Gabriela vivían casi cincuenta mil personas, y la habitaban los policías, los integrantes del Cuerpo de Fronteras, el personal sanitario, los bomberos... Casi todo el personal relacionado con las emergencias y sus familias residía allí. Ciudad Helena, el octavo nivel, estaba poblado por profesores de universidad, personal con mayor responsabilidad, pilotos de aviación, etc... Todas las casas gozaban de inmejorables medidas de seguridad y grandes sótanos y terrazas. Los materiales de las puertas, suelos, todo iba en consonancia con el nivel. En Ciudad Irene vivían veinte mil personas, las familias de los ingenieros, los médicos y cirujanos más importantes, los jefes de obras y altos cargos de las instituciones. Era un barrio compuesto de amplias casas de ladrillo, que contaba con amplias avenidas y parques y realmente los mejores colegios, con los profesores con las mejores calificaciones. Y por último, Ciudad Julieta, dónde vivían las personas que ocupaban los puestos más importantes dentro del escalafón. Allí vivían los directores de área, como el director del área de informática Jack Shack, los jefes de la Policía de Ciudad María y del Cuerpo de Fronteras, los arquitectos e ingenieros más importantes y que además habían estado desde el primer momento. También tenía allí su elegante residencia César Brown, que disfrutaba de cada detalle de su gran creación, ya que él había ideado desde un primer momento la distribución urbanística de toda la zona especial. Además de todos estos barrios, en la zona central se levantaba la Ciudad de la Ciencia, barriada reservada los investigadores que fueron llegando de todas partes del mundo para desarrollar sus carreras, atraídos precisamente por la presencia de grandes científicos y unas pujantes facilidades para desarrollar todas sus inquietudes profesionales. En esta zona central, Ciudad María, además de las fábricas, se instalaron los grandes edificios de las instituciones así como el gran Estadio Deportivo, las tiendas más grandes, el gran auditorio para obras musicales, las mayores zonas de ocio y esparcimiento y en general todas las grandes construcciones que debían compartir los ciudadanos de todos los distritos para que fueran rentables.

-¿Tuvieron algún tipo de problema migratorio en esa primera época de Ciudad María? -preguntó Chan, el periodista chino, uno de los más activos.

-Peter y César se encargaron de legislar de forma que el Cuerpo de Fronteras de Ciudad María tuviera un poder casi ilimitado y que no pudiera ponerse en duda. Tenían buenos medios y créanme que buenos profesionales. Su número aumentaba día a día y eran muy eficientes. Si bien es cierto que ninguna persona no autorizada entraba en Ciudad María, la realidad es que como ya hemos comentado empezó a desarrollarse un flujo de inmigración ilegal que atravesaba las fronteras de Petronia, y llegaban hasta la todavía capital, Petronia Town, donde no regían las leyes

de Ciudad María. Poco a poco se fueron acumulando miles de personas en situación irregular a la espera de una oportunidad de entrar en la zona especial. Este asunto, con el tiempo, dio lugar a algunos pequeños disturbios pero, si me lo permiten, y por seguir un orden cronológico, este asunto lo veremos más tarde. Aún quedaban varios años antes de que se prendiera la llama del odio en Petronia.

-¿Quiere usted decir que los casos de abusos policiales y de supresión de los derechos humanos no sucedieron ya en aquella época? Si no recuerdo mal ya hubo casos en el verano de 2016...- el que preguntaba con recelo era el representante del Washington Post, consultando su agenda electrónica.

El profesor se tomó unos segundos para calcular y medir bien sus palabras.

-Los problemas con la frontera marítima fue algo que comenzó a suceder incluso antes, yo diría que en 2014 o 2015. Como le decía, el Cuerpo de Fronteras tenía autoridad legislativa para ejercer sus funciones en el perímetro de Ciudad María, en su interior, así como en la Costa de Petronia y en su mar territorial, es decir, hasta doce millas al interior del mar. Cayucos y pateras cargadas de inmigrantes ilegales pretendieron llegar a Petronia a través del mar. Así que fueron interceptadas, rescatadas y se les envió directamente de nuevo a aguas internacionales.

-¿Pero se les enviaba directamente de nuevo a alta mar?

-Técnicamente no. Técnicamente se les dejaba en el mismo sitio dónde se les encontraba. En aguas internacionales.

-Se hablaba de varios centenares de personas muertas o ahogadas tratando de llegar a las costas de Petronia.

-Si, y puede que seguramente fueran más. Pero también se habló de gobiernos extranjeros que apoyaban o financiaban estas expediciones de inmigrantes ilegales para poner en dificultades y empañar la imagen del gobierno de Petronia.

-¿Apoya usted esta política de tolerancia cero con la inmigración que aplicaron en Ciudad María?

-En aquel momento era necesario que se mantuviera aislada, hasta que creciera, era básico para su éxito. Con el tiempo se instalaron millones de inmigrantes en la ciudad, pero durante los primeros años era necesario mantener la población controlada. Se compró una decena de barcos para patrullar la frontera del mar territorial. Como ya les he comentado, el Cuerpo de Fronteras contó pronto con grandes medios técnicos: vehículos, radares, sensores de movimiento... Era una pieza fundamental para garantizar el progreso de Petronia.

Algunos de los periodistas tomaron notas sobre estas últimas polémicas declaraciones.

-Hablando la zona marítima... ¿Qué ocurrió con el proyecto turístico de los hoteles de la costa? –preguntó tras levantar la mano el periodista alemán.

-Si, discúlpneme. No debemos dejar pasar el que fue uno de los pilares del crecimiento de Petronia. Este proyecto fue una apuesta personal de César, que contó con el apoyo del Rey. Si Héctor no hubiera aparecido en sus vidas el día de la coronación del nuevo monarca, seguramente hubieran sentado sus esfuerzos en impulsar el potencial turístico del País, como vía principal para su recuperación económica. Pero con los fondos necesarios por el éxito de los dispositivos impulsados por energía solar, pudieron emprender su proyecto con mejores medios y sobre todo mucho, mucho dinero. Construyendo con el ritmo salvaje con el que se hacían las cosas en Petronia en aquella época, tardaron menos de dos años en construir más de cien hoteles de todo tipo a lo largo de la costa natural del país. Pero cada edificio estaba completamente integrado con el medio natural, de forma que todos los recursos que consumía debía generarlos él mismo. Toda la electricidad la generaban con placas solares. Para el agua que consumían utilizaban unas eficientes potabilizadoras de agua de mar diseñadas por Héctor y que fueron todo un éxito. Gestionaban y reciclaban la mayor parte de los residuos que generaban en los propios edificios. Todos los sistemas de comunicación eran a través de antenas inalámbricas, por lo que no había ningún tipo de cableado que afeara el paisaje. Cada hotel estaba completamente tematizado, para un tipo de público en particular. Algunos de los que alcanzaron mayor fama fueron el Octopuss Resort, un hotel que contaba con un gran parque de agua en su interior; el Africa Wild Hotel, por el que desfilaban por su interior en cúpulas de cristal animales salvajes de la sabana africana, en medio de las habitaciones, o el Dance Hotel, con una inmensa discoteca de diseño en sus bajos, por la que desfilaban los pinchadiscos más importantes del mundo que actuaban en imaginativas fiestas retransmitidas en directo a través de internet y de canales temáticos de televisión. Así se construyeron al mismo tiempo hasta cien grandes hoteles, para competir con los más poderosos destinos turísticos del mundo. Además, se realizó un estupendo trabajo de marketing y de imagen de marca. Héctor contrató a Jason Van Callahan, un joven holandés considerado uno de los mejores publicistas y gestores de imagen del mundo. Le dieron manga ancha para desarrollar sus campañas, y vendieron una imagen moderna y atractiva de la costa de Petronia. Se utilizó de forma muy inteligente la imagen que proyectaba el Rey Peter III, joven, alto, guapo, con don de gentes, como modelo de lo que significaba la nueva Petronia. Como hizo Rainiero con Mónaco durante el siglo pasado para promocionar su pequeño estado. Así que surgió un país prácticamente nuevo, surgido casi de la nada, en mitad de África, y que desafiaba al mundo entero con sus proyectos científicos y su nueva forma de ver el mundo. De repente, lo más moderno y de moda del planeta dejó de ser Ibiza, Mykonos o las Islas Seychelles. Petronia se convirtió en la novedad,

y todo el mundo quería ir a pasar sus vacaciones allí, en África. Era el país más seguro del continente, abierto a todas las religiones o condiciones sexuales. Era un país libre y perfecto para todo tipo de turismo. Para niños, jóvenes, homosexuales, matrimonios o personas mayores, todos tenían cabida en la Costa de Petronia, para todos había un hotel temático ajustado a sus necesidades

Los asistentes a la conferencia del profesor no podían disimular un interés cada vez mayor en la fascinante historia que estaban oyendo.

El relativamente denso tráfico de la vía circular que unía todos los barrios periféricos de Ciudad María era muy diferente a los densos atascos que se podían encontrar en cualquier metrópoli del mundo occidental. Había tráfico, ciertamente, pero al no haber contaminación producida por los vehículos solares todo el ambiente y el entorno era mucho más natural y saludable. Las carreteras eran siempre de un sólo sentido, mucho más seguras, y estaban rodeadas por todo tipo de flora, plantas e inmensos árboles que quitaban el hipo. Gigantes secuoyas a ambos lados recordaban los tiempos en que allí solamente había profunda selva virgen. Desde el principio, todos los vehículos llevaban incorporado un limitador electrónico de velocidad que se ponía en funcionamiento por una señal de baliza que recorría toda Ciudad María. Ningún coche o moto, excepto la policía y los servicios de emergencia, podía técnicamente sobrepasar la velocidad de la vía por la que circulara, así que debían adaptar su conducción a esta circunstancia. Cuando algún vehículo superaba la velocidad máxima de la vía, no es que se parara su motor, sino que un intenso zumbido apagaba el equipo musical, e iba aumentando paralelamente a los kilómetros por hora en que se superara la velocidad máxima. De ese modo, si por una causa justificada se sobrepasaba la velocidad, como en un adelantamiento, quedaba totalmente registrado. No existían gasolineras como tal, pero se crearon cada cinco kilómetros las llamadas paradas, donde los conductores encontraban comida, un lugar para descansar y un taller mecánico para poner a punto su vehículo, o limpiarlo y evitar futuras reparaciones y accidentes. César creía en el axioma de que en el tráfico, más lento significaba más rápido, y había conseguido diseñar junto con Héctor un sistema de transporte más eficiente y seguro que ninguno en el mundo. Además, el reparto de las jornadas laborales en seis turnos y semanas alternas provocaba que no existieran las horas punta, por lo que no había apenas retenciones. En cuanto a la siniestralidad, no se había producido un solo accidente con víctimas mortales en los últimos tres años. No había casi consumo de bebidas alcohólicas en la zona especial, y un positivo en un test de alcoholemia estaba penado con la pérdida de nivel según el código de

conducta. Además de esta vía de circunvalación, desde cada barrio partía una carretera hacia la zona central de Ciudad María. Desde allí partía, además, otra gran vía hacia la zona de la costa, otra hacia Petronia Town y una tercera directa al nuevo aeropuerto.

Peter conducía un M1 de color negro, acompañado de César y Héctor. Juntos trataban durante el camino temas como el reparto del saldo de puntos del código de conducta, las diferencias entre los hogares de uno y otro barrio, o el desarrollo de algunos de los futuros prototipos de Héctor. Mientras, observaban y comentaban lo que veían a su alrededor desde el anonimato que les proporcionaba la intimidad del vehículo. Pudieron contemplar a trabajadores de la construcción haciéndose el relevo después de ocho horas exactas de jornada, madres llevando a sus hijos pequeños al colegio que había en el centro de cada barrio, ciclistas desplazándose ocupando los carriles exclusivos para bicicletas que secundaban en paralelo a las vías para los vehículos de mayor tamaño o velocidad. Se diría que todo funcionaba en una perfecta armonía.

-Vamos a echar un vistazo a las obras del nivel 0 -dijo Peter-. Es importante que sepamos gestionar con acierto el asunto de los penados.

-Si –continuó César, mientras peinaba sus rizos-. No hay que olvidar que el miedo al nivel 0 es lo que motiva a la gente a no caer en faltas al código de conducta, a dejar de trabajar o a intentar aprovecharse de las rendijas del sistema.

-¿No tienes miedo que se convierta en un guetto? Ya sabes, un caldo de cultivo de revueltas. La gente de allí tendrá un cabreo bastante grande –preguntó Héctor, fiándose de los conocimientos de César.

-En principio no debería ser así, a pesar de ser un nivel de estatus en el que hay restringidos y limitados muchos derechos, como la libertad de movimiento, de comunicación, de elección del trabajo... Se dan muchas oportunidades para cumplir las penas. Ayudando a la comunidad pueden pasar a subir al nivel superior de Ciudad Alexia o Ciudad Brigitte. Mirad –dijo señalando con el dedo-. Allí esta Glenn Jackson, el técnico jefe del nivel 0.

Peter estacionó el vehículo en la puerta de un enorme complejo residencial, rodeado por una imponente valla electrificada de más de cinco metros. Esta barrera metálica tenía otra cerca gemela situada cinco metros más atrás. Una zona de control con tres agentes uniformados y bien armados del cuerpo de fronteras se encargaba de gestionar los accesos y salidas de los presos que vivían dentro con sus familias. Todas las personas que vivían

dentro del nivel 0 estaban obligadas a llevar en su muñeca derecha una pulsera que delataba en todo momento su posición, y que podía ser utilizada para recibir comunicaciones de los agentes del cuerpo de fronteras.

El técnico saludó militarmente en primer lugar a su Rey.

-Es un honor, majestad, y una grata sorpresa.

Peter estrechó su mano con firmeza.

-El honor es mío.

-Hola César, hola señor Gómez –saludó al resto de la expedición.

Se dieron la mano y comenzaron a caminar hacia el interior del barrio confinado del nivel 0. Les acompañaron dos agentes del cuerpo de fronteras, unos metros detrás de ellos para darles seguridad.

-¿Cómo van las cosas por aquí? –preguntó cordialmente el Rey.

-Bien, los reclusos, o mejor dicho, los vecinos, tienen en su mayoría la intención de recuperar el estatus que perdieron antes de venir aquí. Aunque las condiciones de vida no son muy diferentes a otros niveles, todo es diferente. Las casas son solamente diez metros cuadrados más pequeñas que en el nivel inmediatamente más alto, las zonas comunes y los parques también son más pequeños y, por ejemplo, tienen menos canales de televisión y la conexión a internet está bastante limitada, tanto en capacidad como en contenidos. Pero lo que es realmente importante es el tema del trabajo. Aquí en el nivel 0 no pueden elegir un trabajo, sino que se le asigna obligatoriamente uno a cada miembro de la unidad familiar, y se trabaja muchas más horas que en los demás niveles superiores. Miren, por ejemplo ahí tenemos a Phil Staples –señaló a un hombre de mediana edad de raza negra-. Ha venido a parar aquí desde Ciudad Carolina directamente. Fingió una lesión en el cuello para no ir a trabajar, y cuando llevaba un mes de baja médica le sorprendieron jugando al tenis. Los inspectores de conducta le hicieron un seguimiento y fue sancionado. Perdió su trabajo en la fábrica de coches solares y ahora tiene que trabajar seis días a la semana descargando material en uno de los muelles del puerto de la costa, con la supervisión a tiempo completo de los inspectores de conducta. Es lo que se llama trabajo reinsertivo. Si esta un año sin fallar, cumpliendo sus obligaciones, podrá mudarse a Ciudad Alexia y empezar de nuevo, como un ciudadano libre. Y esta casa roja, por ejemplo -dijo señalando con el dedo a una casa unifamiliar de hormigón, mientras paseaban por el interior de aquel barrio-. Pertenece a los Tanumba. Sus dos hijos adolescentes fueron sorprendidos haciendo graffitis en uno de los edificios centrales de



Ciudad María. Un par de meses después, dejaron de ir a clase, y fueron sorprendidos bebiendo alcohol siendo aún menores de edad. Su última travesía fue robar un MI y prenderle fuego cerca de la frontera. Estaban desbocados, la verdad, y poco a poco fueron perdiendo su saldo de puntos. Al ser menores arrastraron con ellos a sus padres hasta este nivel. Ahora los cuatro miembros de la familia trabajan limpiando las calles de los demás barrios, hasta que consigan una nueva oportunidad.

-Trabajo reinsertivo -comentó Peter.

-Eso es, majestad. Además, no pueden pasar una noche sin dormir dentro de sus habitaciones.

-¿Y qué pasa con la gente que no quiere trabajar?¿Con la gente insumisa? Con aquellos que no quieren saber nada del resto.

-Coincidiendo con la filosofía de Ciudad María, y corríjame señor César si me equivoco, en nuestro país ser vago es lo mismo que ser un ladrón. Una persona vaga esta perjudicando y aprovechándose del trabajo del resto de la sociedad. Por lo tanto, merece ser castigado y corregido. En nuestra sociedad no hay garrapatas. Si una persona o un núcleo familiar no quiere trabajar se convierte en un insumiso, y si reinciden se destinan al nivel -1. Créame, nadie en su sano juicio querría estar en el nivel -1. Es una zona de máxima seguridad, reservada para delincuentes patológicos y enfermos mentales.

-¿Qué población tenemos ahora mismo en el nivel 0?

-Ahora mismo, trescientos sesenta y nueve vecinos reclusos, viviendo en ciento veintinueve viviendas unifamiliares. Entre ellos, setenta y tres menores que asisten a clase en las aulas del nivel 0. Le sorprendería saber las buenas calificaciones que obtienen. Señor César, este sistema es todo un éxito, se lo digo desde el punto de vista de alguien que está en primera fila. Espolea a los jóvenes a esforzarse al máximo porque saben que es la única manera que tienen de progresar en Ciudad María, en nuestra sociedad. Estamos consiguiendo una altísima tasa de reinserción social, mayor que en cualquier otro sistema de cualquier país occidental.

Una pregunta más -formuló Peter-. ¿Se ha llegado a dar el caso de gente que haya querido renunciar a su permiso de residencia en Ciudad María una vez cumplida su condena? Es decir, -intentó explicarse mejor-. Que haya preferido abandonar la Zona Especial y marcharse a vivir a Petronia Town o a otra ciudad de fuera de la zona especial.

-Con todos los respetos, majestad, y sin ánimo de ofender -dijo el oficial-. Aún con las restricciones de derechos fundamentales que sufren en el nivel

0, el nivel de vida, de seguridad y servicios básicos es infinitamente mejor que en el resto de Petronia. Ni una sola de las personas que han obtenido permiso de ciudadanía en la zona especial ha renunciado a él.

-Entiendo.

-Eso hay que considerarlo todo un éxito, majestad -apuntó César, haciendo constatar que la mayor parte del sistema sancionador y penitenciario había sido ideado por él.

-No hay que dejar de lado que éste es un barrio de castigo, pero recuerde que son ciudadanos petronianos. Trátelos con deferencia -pidió el monarca.

-Así lo haremos, majestad.

-Hemos recibido quejas de muchas organizaciones de derechos humanos. Que claman diciendo que estamos obligando a ciudadanos que no han cometido ningún delito a realizar trabajos forzados. Dicen que los convertimos en esclavos -manifestó Peter, sacando al aire su preocupación.

-Yo no lo creo señor, no veo en que se parecen estos hombres a unos esclavos -se justificó el funcionario.

-De todos modos, esté alerta para que se cumplan escrupulosamente las normas y no se produzcan abusos.

-A la orden, majestad.

Tras aquellas palabras, recorrieron caminando las principales calles del nivel 0, matizando detalles sobre el funcionamiento del mismo, sus problemas y las soluciones que aportaban. Cuando se acercaba la hora de comer, volvieron a subirse en los vehículos, y condujeron hasta una de las dependencias que tenía el cuerpo de fronteras, cercana a la gran verja electrificada que separaba la zona especial del resto de Petronia. Dejaron el coche aparcado en la zona exterior, y un sorprendido agente les identificó enseguida y les dio la bienvenida con marcialidad. Entraron en aquel pequeño edificio blanco modular de dos plantas. Por orden, se entrevistaron con los diez agentes que se encontraban en ese momento allí. Les saludaron uno a uno personalmente, y se interesaron por sus turnos de trabajo, las actividades que desarrollaban y sus expectativas dentro del cuerpo. En general todas las respuestas tenían un tono bastante positivo. Los agentes se encontraban en situación de descanso, y dentro de unas horas se marcharían hacia el cuartel de la frontera para relevar a sus compañeros de su puesto de guardia. Peter se fijó sin decir nada en que todos los soldados iban correctamente uniformados, afeitados y con las botas limpias y brillantes. Colores púrpuras y amarillos detallaban sus uniformes negros, y parches bordados indicaban su unidad. Sin duda su viejo amigo Gon Gon estaba

haciendo un buen trabajo al frente de la seguridad de Petronia. César, por su parte, observó el gran respeto que le proferían los agentes a su Rey, de una forma sincera y no forzada. Serían leales hasta el final, pensó. Héctor centró su atención en la equipación que cargaban en su cinturón: esposas, defensas, pistolas fiables del fabricante Glock, cargador y linterna.

-¿Cómo está la situación en el borde de la zona especial? -preguntó Peter al agente de mayor graduación

-Normalmente no tenemos incidentes destacables, majestad. Las personas a las que se les conceden permisos de ciudadanía nueva vienen bien identificados, se les comprueba la documentación y se les realizan las pruebas biométricas que pasan inmediatamente a nuestra base de datos informática. Todo se realiza con bastante orden, la verdad. El tráfico de salida hacia fuera es sin embargo prácticamente nulo. En cuanto al tránsito de mercancías, se realizan las revisiones con eficacia y prontitud. Es cierto que de vez en cuando localizamos a algún intruso intentando colarse en los bajos de algún camión o entre las mercancías, pero con las cámaras térmicas de última generación con que nos han dotado es bastante difícil que se nos escapen.

-¿Dónde están teniendo más problemas? -preguntaba Peter con la altivez propia de su cargo.

-Supongo que los grupos más conflictivos se están centralizando en Petronia Town. La gente que tiene la esperanza de ser seleccionado para trabajar en Ciudad María o ya ha pasado las entrevistas pero está esperando su turno para entrar se acumula en los barrios humildes de Petronia Town. Pero son las unidades policiales de operaciones especiales quienes tienen allí su jurisdicción. Me consta que hacen un buen trabajo.

-Si, así es -contestó Peter-. Esas unidades fueron una petición concreta del jefe de la Policía, Gon Gon. Ha creado un grupo especial operativo para atajar los problemas de seguridad ciudadana en la capital.

-Hacen bien su trabajo, majestad. Son los mejores.

-Agente, les importa que comamos aquí con ustedes, veo que tienen el rancho preparado -dijo señalando a una humilde comida a base de pollo, sopa y verduras en unos pequeños contenedores de plástico.

-Claro, por supuesto, majestad.

La pequeña expedición decidió aprovechar para comer allí, junto a los agentes. Disfrutaron de una sencilla sopa de carne, y de un filete de pollo, de las primeras granjas que fueron creando en los tejados de los edificios de Ciudad María. Tras terminar de comer, y una vez confraternizado con

aquellos hombres, se pusieron de nuevo en marcha, y se dirigieron con los vehículos rumbo a la frontera exterior de la Zona Especial, que estaba a apenas unos minutos de camino. El único acceso abierto por vía terrestre era el llamado paso de los suspiros. Se llamaba así porque, de forma similar al puente de los suspiros de Venecia, la gente que tenía la suerte de atravesarlo suspiraba por la emoción que le producía cruzar dos mundos tan diferentes. No se diferenciaba demasiado de cualquier paso fronterizo entre dos países civilizados. Claro que, aunque no lo pareciera, ambos lados de la frontera pertenecían a la misma nación. La bandera tricolor púrpura, amarilla y negra de Petronia ondeaba a ambos lados, y los agentes de cada parte llevaban el mismo uniforme azul y amarillo. Regulaban el paso de vehículos de entrada, la mayoría camiones pesados cargados de materias primas y artículos de alimentación. De salida, eran los mismos camiones pesados, pero con la caja del remolque completamente vacía. El paso de los peatones se limitaba a aquellos afortunados seleccionados para trabajar y vivir en la zona especial, fundamentalmente en las cadenas de montaje de las fábricas o en la construcción de los barrios que rodeaban Ciudad María. Cuando se disponían a atravesarla el Rey Peter y los demás, en dirección a la zona no especial, pudieron asistir a un suceso no esperado. Un inmenso camión de cinco ejes estaba siendo analizado por dos agentes del cuerpo de fronteras. Uno de ellos mantenía una cortés conversación con el conductor del camión, que se encontraba debidamente identificado, ya que pasaba todos los días de un lado a otro. El otro funcionario utilizaba una pequeña cámara térmica manual para comprobar el contenido del camión cuando, de improviso, una mujer entrada en carnes se descolgó de los bajos del vehículo, revolcándose por el suelo asfaltado de la zona de registro, girando sobre sí misma hacia el lado contrario donde se encontraba el funcionario que comprobaba el vehículo. Cuando se pudo poner en pie, comenzó a correr, con dificultad debido a su constitución.

-¡Mirad allí!- dijo Héctor, que vio la escena desde el principio desde el interior del coche.

La mujer corría despavorida de forma torpe. Llevaba a un bebé lactante en sus brazos. No era gorda, sino que estaba a punto de dar a luz. Varios agentes que se encontraban en la zona corrieron para interceptarla rápidamente.

-Esperad –ordenó Peter a Héctor y a César dentro del vehículo, cuyos cristales estaban llenos de polvo-. Esperad. No intervengamos aún -les dijo atento a la escena.

Uno de los agentes, a bordo de una motocicleta con las ruedas tan anchas como las de un quad, se colocó frente a ella, pero la desesperada mujer de

raza negra no paró de correr. Hicieron falta tres hombres para poder cogerla, y detenerla. Le quitaron por la fuerza al bebé, y le pusieron unas esposas metálicas, mientras la mujer lloriqueaba y se revolvió, inútilmente.

-¡Quedaos a mis hijos! ¡Por mis hijos! -gritaba desconsolada, mientras las subían con rapidez a pulso en un furgón rotulado del cuerpo de fronteras. Inmediatamente la trasladaron mas allá de la frontera.

El rey Peter bajo de su coche. Los agentes le reconocieron en seguida, y le saludaron militarmente con respeto.

-¿A dónde van a llevar a la mujer, sargento? –preguntó el Rey.

-Según el protocolo, se le va a tomar una filiación biométrica, para que nunca pueda entrar en Ciudad María. Se le enviará de vuelta a Petronia Town, y si reincide, ira con los presos comunes, a la antigua prisión.

-¿Y los niños?

-Con ella, majestad.

Peter se quedó reflexionando, y volvieron al coche todos, en silencio. Intentó disimular. Arrancó el vehículo. Atravesaron la frontera hacia el exterior de la Zona Especial. Al otro lado esperaban dos coches con escoltas del Rey Peter. Un vehículo se situó delante, el otro detrás, y enfilaron la carretera hacia la capital del país, en caravana. Tras unos minutos de incómodo silencio, César, al advertir el semblante de consternación de su amigo, se decidió a hablar.

-Es duro Peter, está claro. Pero son las consecuencias del desarrollo. Si dejas que se te cuele una, se abrirá el melón y vendrán en oleadas. De mil en mil. Y los cimientos de Ciudad María temblarán. Tranquilo, con el tiempo, todos los petronianos tendrán su oportunidad y su hueco. Pero ahora es momento de ser firme. Aunque se te parta el corazón al ver a una mujer embarazada desesperada por entrar.

Peter miró a Héctor a través del espejo retrovisor interior, buscando la opinión de su amigo.

-Al hambre no se le pueden poner puertas –opinó él-. Debemos darnos prisa si no queremos tener un problema migratorio y social de primer orden.

-Trabajaremos sin descanso. Sin descanso -zanjó el Rey.

La pequeña caravana de vehículos comenzó a atravesar las estrechas callejuelas de polvo y piedra de Petronia Town. Parecía como si estuvieran en otro país, en otro continente, en la otra punta del mundo. Les recordó de sopetón que se encontraban en mitad de África. Edificios de adobe, arcilla y ladrillo; mujeres cargando sobre sus cabezas jarras de agua desde pozos

cercanos a sus casas; jóvenes reunidos en las plazas y en los cafés sin absolutamente nada que hacer, nada que pensar, ninguna ocupación. Cuando se acercaron al centro de la ciudad, callejeando entre aquellos sinuosos pasajes, observaron a algunos pequeños comerciantes que cargaban frutas y verduras en pequeños carros que empujaban hacia el Mercado de Abastos, el verdadero corazón de la ciudad. Según se adentraban en la capital, la muchedumbre se hacía mayor.

-Fijaros –llamó su atención César-. Esas personas de ahí no son petronianos. Son árabes. Y mirad allí –iba señalando con el dedo hacia ambos lados de las populosas y sucias calles-, esa mujer tiene rasgos claramente nigerianos. Y esos hombres de allí llevan el traje típico de Botswana.

-La frontera verdaderamente difícil de controlar es la del exterior del país -dijo Peter-. Me temo que media África se está instalando en Petronia Town a la espera de pegar el salto a Ciudad María.

-No tenemos ninguna estimación realista de la población actual de la ciudad, ¿verdad? -preguntó Héctor.

-Esto es África, no lo olvidéis. No hay padrones, o registros civiles para extranjeros. Pero yo no he visto tanta gente en esta ciudad en toda mi vida. Dios mío, ¿Dónde dormirá toda esta gente? -preguntó Peter, asombrado, mientras conducía.

-Es gente dura. Están acostumbrados a malas condiciones. Se habrán instalado en edificios vacíos, o en tiendas de campaña.

-Están ocupando las casas de las familias que ya se fueron a Ciudad María -sentenció Héctor, aclarando la disyuntiva.

-Ciudad María se está convirtiendo en un polo de atracción para la inmigración, al mismo nivel que Estados Unidos o Europa. Esto va demasiado rápido. Esperemos que no se convierta en una bomba de relojería –comentó.

-Y que no nos explote en la cara -concluyó Peter, mientras movía el volante con empeño, para no colisionar con la gente que abarrotaba las calles.

El primer M1 de la caravana, pilotado por escoltas, tocaba el claxon intermitentemente entre la gente para abrirse paso, ante la indiferencia del heterogéneo gentío que caminaba a lo suyo. Cuando llegaron a la comisaría central del recién creado grupo de operaciones especiales, les recibió el jefe del cuerpo, un hombre de color, robusto, excesivamente musculoso y con una característica calva brillante. Llevaba su apellido, Wells, bordado en la pechera de su uniforme negro, púrpura y amarillo.

-¡A la orden, majestad! –saludó con una excesiva marcialidad.

-Descanse. Gracias capitán –contestó el Rey-. Hemos venido a recibir información de primera mano sobre la situación en Petronia Town. Todas las semanas tengo en la mesa de mi despacho un informe estadístico del

trabajo que desempeñan, y créanme que estoy muy orgulloso. Pero creo necesario saber lo que ocurre de boca de ustedes. Información directa. Por favor.

-De acuerdo, ¿Les apetece visitar nuestras instalaciones mientras hablamos? –invitó.

Asintieron y aquel mando les guió a través de las dependencias del grupo de operaciones especiales. Se encontraban en un antiguo edificio gubernamental que era utilizado como base para los más de quinientos agentes encargados de la seguridad de la capital. A pesar de su degradado aspecto exterior, contaba en su interior con modernos aparatos electrónicos de vigilancia y de transmisiones. Gimnasio, zona de descanso y cocina para los agentes... e incluso una pequeña residencia para dormir. El sótano acogía un inmenso calabozo para detenidos, siempre rebosante de indeseables.

-Petronia Town está evolucionando tan rápido como Ciudad María, majestad. Su población está aumentando vertiginosamente, cada vez son más las lenguas que se oyen por la calle. Si antes había una economía paralela, pues ahora más aún, señor. Es casi un mundo paralelo. Estamos viendo cosas que antes apenas veíamos.

-¿Por ejemplo?

-Prostitución, contrabando, drogas. Se está convirtiendo en un inmenso bazar, el reino de los buscavidas. En los puestos del Mercado de Abastos ya no se vende sólo comida o ropa. Cada vez requisamos con mayor frecuencia armas o drogas. Además se están creando algunos guettos. Todo el mundo sueña con poder llegar a Ciudad María, pero cuando la gente lleva tres o cinco años esperando para entrar... empieza a perder la esperanza. Y se deja llevar. Mis hombres hacen todo lo que pueden ahí fuera, pero la frontera con Nogolia y Analia es incontrolable, y mucho me temo que en unos años la zona no especial de Petronia sea imposible de controlar. La ley y el sistema en este lado de la verja es muy diferente, y casi se podría decir que no funciona. Con sinceridad, majestad, esto es una batalla diaria.

-Déjeme que le confíe un secreto, capitán. Pronto toda Petronia gozará de las mismas condiciones que Ciudad María. Pero debemos ir poco a poco, si abrimos demasiado las manos ahora, sería un desastre. Continúe así, está haciendo un trabajo encomiable. Transmítaselo a sus hombres. Estoy orgulloso de ustedes.

-Gracias, majestad, así lo haré –contestó aquel recio militar.

Volvieron a subir a sus vehículos, y a ponerse en movimiento, rumbo su siguiente destino.

-Bueno, última parada de nuestro tour. Vamos allá, chicos –anunció Peter a sus compañeros de viaje.

Mientras el sol se ponía rápidamente a sus espaldas, recorrieron la recién adecentada carretera que unía la capital con la frontera con Nogolia. Distaba mucho de ser una de las agradables y modernas vías de Ciudad María, pero había sido acondicionada hacía poco tiempo para facilitar el paso de camiones de mercancías cargados con material necesario para la construcción de la zona especial. Tras una hora de duro y polvoriento camino entre la frondosa selva, llegaron a la frontera. Allí les recibió el jefe de la guardia, un hombre mayor y orondo llamado Vans, que tras saludarles, les enseñó un vetusto edificio anexo a las garitas de control de acceso. Una vieja sala llena de modernas pantallas de televisión y ordenadores, operadas por tres agentes que permanecieron atentos a ellas durante toda la visita, como unos profesionales.

-Como ya sabe, contamos con nuevas cámaras térmicas y sensores de movimiento por toda la línea imaginaria que nos separa de Nogolia. Detectamos más de cien intentos de atravesarla cada día pero, sin embargo, creemos que al menos otros cien lo consiguen. Tenemos medios, pero tenemos demasiada sobrecarga de trabajo para los agentes de que disponemos. No podemos controlarlo todo, majestad. Lo siento. Y esto ocurre con Analia, pero con Nogolia es aún peor. Desde el otro lado no ponen impedimento ninguno en que salgan de su territorio. Al revés, parece que les animen a intentar cruzar la frontera. Hay una tensa calma, porque sabemos que se está acumulando mucha gente en los dos países con intención de entrar en Petronia. Media África va a intentar venir aquí si seguimos creciendo. Debemos estar preparados –dijo sin ocultar su preocupación.

Los análisis del jefe de la frontera exterior de Petronia eran bastante más alarmistas que los de la policía de Petronia Town. Y a su vez éstos más pesimistas que los de la frontera interior. Era como si, según se alejaban del centro de Ciudad María, el ambiente estuviera más cargado y fuera más difícil de contener. Peter sabía que todos ellos hablaban con sinceridad, con conocimiento de causa. Se dio cuenta de que se estaba generando un gravísimo problema, y se comprometió a tomar medidas para solucionarlo antes de que fuera demasiado tarde.

Ordenó a los dos vehículos de su escolta que dieran media vuelta, y antes de la hora de cenar regresaron por fin todos los vehículos de vuelta al Palacio Real de Petronia, a la hora de cenar. Había sido una jornada muy dura para todos, se habían recorrido en coche casi todo el país para tomarle el pulso, y ahora tendrían que digerir las diferentes impresiones de todo tipo que se habían llevado. En la memoria de Peter, sobre todo, se clavó aquella mujer embarazada que viajaba oculta en el engranaje del camión. Al llegar a Palacio tuvieron el tiempo justo para ducharse y cambiarse de ropa, después de un día de sudor y polvo. Se citaron a las diez de la noche en el



comedor de la residencia. Por el hambre que tenían, cinco minutos antes de esa hora ya estaban César y Héctor allí, admirando las antiguas obras de arte africanas que decoraban las esquinas de la sala, y las paredes de madera. Mientras contemplaban una estilizada figura en madera oscura que representaba a un primitivo aborigen africano, Héctor preguntó a su amigo con perspicacia.

-A ver si adivinas que hay de raro en esta habitación.

-No lo sé, cualquier figura de estas ganaría un concurso de rarezas.

-Hay cuatro platos preparados encima de la mesa. Se supone que cenábamos tres...

Peter llegó segundos más tarde, vestido elegantemente con una camisa italiana de color rosado, que resaltaba el oscuro tono ébano de su piel.

-Chicos, tengo algo que anunciaros. He querido que pasarais la noche aquí en el Palacio, porque quiero presentaros a alguien.

Sorprendidos, César y Héctor se acercaron a él, pensando que se trataría de algún dirigente o funcionario petroniano o tal vez algún mando de la policía. Sin embargo, quien atravesó el umbral de madera de la puerta del comedor no tenía nada que ver con eso. Era una mujer, joven como ellos, con una bellísima piel morena y el pelo negro y rizado. Vestía un elegante vestido rojo y púrpura, sin adornos ni joyas. Su añorado rostro y su elegancia al caminar sobre sus tacones también rojos provocaron que tanto Héctor como César se dieran cuenta inmediatamente de a quién estaban teniendo el placer de ver por primera vez.

-Os presento a Jasmina. Es mi prometida.

Jasmina era la hija de un antiguo miembro de la escolta del padre de Peter y se habían conocido hacía un tiempo durante una visita a su casa para interesarse por la salud del viejo guardaespaldas. Se citaron unas cuantas veces en secreto antes de romper el hielo, y ya llevaban varios meses llevando una sigilosa relación de amor y sexo. Héctor y César la saludaron amigablemente con abrazos y besos en sus mejillas, y se dispusieron a ocupar los asientos de la mesa. Uno de los camareros del servicio del Palacio trajo un carro metálico con los diferentes platos y bebidas, pero Peter le dijo educadamente que se marchara a descansar, que ellos mismo se servirían la cena.

-Menuda sorpresa... ¡Qué callado te lo tenías Peter! -comentó Héctor.

-Bueno, la verdad es que hemos intentando llevarlo de la forma más discreta posible. Creo que es la mujer ideal para mí, con sinceridad. Queremos casarnos dentro de dos meses.

-¡Enhorabuena! -exclamó César- ¿Dejaréis que os organice la boda? ¡Por favor!

-Te lo agradezco mucho -contestó Peter-, pero habíamos pensado en algo mucho más íntimo que las fiestas locas que organizas en los hoteles de

Petronia Costa. Pocos invitados, nuestros familiares y amigos más directos, y los compromisos que como Rey de Petronia tengo. Nada más. Nos casaremos según el antiguo rito africano petroniano.

-Perfecto... ¿Podré llevar a alguna amiga? -preguntó con guasa y emoción César.

-Por supuesto, espero que vengas acompañado, pero sólo de una. ¡Sólo de una, Casanova!

Rieron todos. Mientras disfrutaban de los licores de la cena.

-Tranquilo, creo que voy a sentar la cabeza con una modelo ucraniana de veinte años. Que, por cierto, está ahora durmiendo en mi cama, si lo hubiera sabido antes la hubiera invitado a esta velada...-presumió César.

-No voy a preguntar cómo ha conseguido el permiso de ciudadanía. Supongo que será como poco licenciada o doctora en física nuclear.

-Está doctorada en amor -confirmó con sorna-. Por cierto, me encanta venir a cenar a tu casa, Peter, nos han traído una botella de vino francés para cada uno -dijo mientras inspeccionaba meticulosamente el contenido del carrito metálico que había traído el servicio.

-¿Y tú, Héctor? ¿Quién será tu acompañante en nuestra boda?- le preguntó dulcemente la preciosa Jasmina, provocando el silencio cómplice de Peter y César.

Él se ruborizó.

-Supongo que iré con mi madre -aclaró.

-Vamos, indígena, que ya tenemos casi treinta años. ¿Porqué no te quitas esa espinita que tienes clavada? -dijo Peter.

-¿De qué espina me estás hablando?

-Vamos, somos tus amigos. Nos conocemos desde el colegio.

-No sé de qué me estáis hablando de verdad -intentó excusarse Héctor.

-El otro día te pillé buscando su nombre en las redes sociales, indígena -reveló César.

-Contarme, no me estoy enterando de nada, decirme qué esta pasando... -animó Jasmina.

-Yo te explicaré, mi vida -tomó el Rey la palabra-. La espinita de la que hablamos se llama María Stravinski, era una preciosa compañera nuestra en nuestro colegio en Nueva York.

-¿Era guapa? -le preguntó Jasmina a Héctor, con la extrema dulzura de su voz.

-No seáis crueles, chicos, de verdad -se intentó escabullir Héctor.

-¿Y qué pasó? ¡Contarme! Estoy intrigada -insistió ella.

-Bueno, la verdad es que fue el primer amor de Héctor -dijo César.

-Chicos, teníamos doce años, por favor...

-Ah, ¿sí? ¿Y no has vuelto a saber nada de ella?

Héctor se tomó unos segundos, respirando hondamente, antes de mentir.

-No, la verdad es que nunca he vuelto a tener noticias tuyas.

-Héctor, llevas más de cinco años trabajando día y noche. Sin pausa, sin descanso. Has hecho un trabajo increíble, inigualable. ¿Por qué no te tomas unas vacaciones? ¿Por qué no vas a buscarla y te quitas esa espina? Tal vez estés casada y tenga hijos –dijo César.

-...O tal vez esté soltera esperando volver a verte- le rebatió Jasmina-. Tan seguro estás... ¿No te gustaría venir a nuestra boda con ella como acompañante?

-Si os soy sincero, chicos –se intentó justificar-. He estado tan ajetreado todos estos años que apenas he tenido tiempo para pensar en otra cosa que no sean tornillos, fórmulas o placas solares.

-La cosa va bien, tómate unas vacaciones, en serio -le intentó convencer Peter-. Te servirán para oxigenarte un poco, y para no perder la inspiración. Volverás con más fuerza, seguro. Preparado para los muchos retos que nos planteará el futuro.

-Recuerdo que hace varios años, coincidí en el aeropuerto de Newark con Elisabeth, Elisabeth Bucht... ¿Os acordáis de ella? -tomó la palabra César.

-Claro, era la chica más espabilada de la clase. Menuda labia tenía la tía... - señaló con seguridad Héctor.

-Si, me dijo ese día que trabajaba como corresponsal del Times. Estaba bastante guapa. Estuvimos charlando durante casi una hora. De nuestras vidas, nuestras carreras. Y luego repasamos mentalmente a la gente con la que coincidimos en clase, vosotros, los hermanos McDonell... María... La verdad es que no nos habíamos cruzado nunca con la mayoría de ellos, pero sin embargo me dijo que coincidió con María en la Universidad de Longwood, en Virginia –confirmó-. Ella terminaba periodismo, y María... bueno, lo que estudiaba María la verdad es que no se acordaba. La verdad es que no me dijo mucho más... Pero bueno, ya tenemos un punto de partida. Sabemos al menos que estaba viva y estudiaba en la universidad...

-Si, y que no estudiaba periodismo, por eliminación -ironizó Héctor, queriéndose quitar un peso de encima-. Vamos, de verdad, chicos, sería como buscar una aguja en un pajar, además, seguramente ya tenga su vida hecha, ¿Cómo voy a presentarme de repente así, de repente? ¡Pensaré que soy un enfermo!

-¡Qué historia de amor tan bonita! -se emocionó Jasmina-. Algo así tiene que acabar bien, seguro.

-Mira, vamos a hacer una cosa. Te propongo algo -dijo César mientras disfrutaba mirando el color rosado de una rebosante copa de vino-. Yo tengo un perfil muy activo en varias redes sociales y profesionales de internet. Si en una semana soy capaz de encontrar a María, irás a Estados Unidos a por ella.

-¿Y si no la encuentra? -preguntó Jasmina, visiblemente involucrada.

-Si no la encuentro, pues iré con mi madre a vuestra boda, y ya está bien -  
sentenció finalmente el asunto Héctor.

Continuaron la velada hasta bien entrada la madrugada, acabándose las  
cuatro botellas de vino francés, recordando grandes anécdotas de los  
últimos años, y riéndose a mandíbula batiente de las aventuras amorosas de  
César durante su alocada vida sentimental.

La reunión se celebró dentro de la residencia del octogenario senador republicano norteamericano Gordon Blaze, en Washington. El helipuerto privado mantuvo un ajetreo constante durante todo el día para atender a las necesidades de aquella informal asamblea. Asistieron representantes de varias importantes multinacionales de diferentes sectores económicos, así como políticos, banqueros y gestores de fondos de inversión de todo el país. En total, una treintena de poderosos interlocutores que participaron en una animada cena en el lujoso comedor de una residencia de estilo victoriano del siglo XIX. La mesa estaba presidida por el anfitrión, un senador fajado en la política interior con amplios contactos entre las altas esferas empresariales y políticas de Estados Unidos. En ocasiones había ejercido como nexo de unión y negociador entre partes enfrentadas, como durante la burbuja de las punto com o en la gran recesión de 2008, y en otras había organizado reuniones a tres bandas entre políticos, economistas y empresarios. Pero esta vez se trataba de algo muy distinto. El objetivo de la reunión era regular una postura común para afrontar los problemas que podían llegar a representar las actividades económicas de ese país llamado Petronia para las empresas estadounidenses. Mientras el resto de los invitados disfrutaba de un exquisito y generoso solomillo a la pimienta, Gordon Blaze, el anfitrión, parlamentaba de pie durante la velada.

-Queridos amigos y compatriotas. Hoy nos reunimos aquí para cuidar y proteger los intereses de nuestras empresas, de los ciudadanos y del modo de vida americano. Desde la segunda guerra mundial, los emprendedores americanos han sostenido un equilibrio económico que ha asegurado el orden y la paz en el mundo. El capitalismo ha demostrado ser el más justo de los sistemas, y se ha impuesto al socialismo y al fascismo a lo largo y ancho del mundo. Pero hemos tenido que defenderlo de muchas agresiones, con la fuerza de nuestro ejército y la ayuda de Dios. Hemos negociado y pactado con aliados en Europa, en Asia, en Oriente Medio y gracias a ello hemos tejido un escudo que protegía los intereses de las gentes de bien y, sin embargo, hoy nos enfrentamos a una nueva amenaza. Una dictadura socialista, otra vez. Pero esta vez en África, que está causando grandes pérdidas en nuestros balances y miles de empleos americanos perdidos. Una dictadura que está quebrantando las reglas del juego del comercio

mundial, está desequilibrando la estructura económica establecida y haciendo mucho daño a nuestras empresas. Se aprovecha del paraguas de libertad y seguridad que nosotros hemos proporcionado al mundo. Las economías emergentes como China, India o Brasil, respetan estas normas, nos respetan.

Gesticulaba notablemente mientras hablaba.

-No se les ocurre jugar solos. Y sería un mal precedente si permitimos que ese país siga funcionando de ese modo, de una forma totalmente independiente. Podría ser como un virus. Como un terrible virus que se extendiera por toda África, y después, quien sabe, tal vez por el mundo. Por eso hay que atajar pronto este problema. La razón de nuestra presencia hoy aquí es el definir una posición común para enfrentarnos a esta china que nos ha salido en el zapato. Frank, por favor, continúa.

Tomó la palabra Frank Queen, presidente de Felt, una de las principales conglomerados de hidrocarburos del mundo, con refinerías, factorías y gasolineras en más de cien países.

-Durante los últimos treinta años, las empresas de primera línea y los principales gobiernos del mundo hemos ido trazando una línea a seguir. Esa línea significaba que el paso de la época del petróleo a la época de las energías alternativas debía hacerse de forma escalonada, gradual y controlada. Para evitar el caos mundial y la ruina de millones de personas. Era un pacto no escrito, en el que estábamos todos involucrados: refinerías, fabricantes, gobiernos... A nadie se le hubiera ocurrido dar un paso sin comunicárselo al resto. Por respeto, y porque en una economía globalizada, no puede caer un grande sin que arrastre a varios detrás. Sin embargo, alguien ha entrado en el baile de fin de curso, ha roto todas las reglas y nos ha robado a la novia delante de nuestras narices. Nosotros ya teníamos un plan para crear vehículos solares, pero debía ser progresivo, y todos de la mano, para que la economía americana no se viera debilitada. El sector de los hidrocarburos ha sido el más castigado por el auge de la dichosa propulsión solar. Aunque parezca un país insignificante, esta dictadura bananera de Petronia, con una población inferior a la de la isla de Manhattan, han irrumpido de una forma tan violenta en los mercados, que hemos sufrido cinco años seguidos de pérdidas. De forma casi exponencial. En cinco años llevamos acumuladas unas pérdidas de más de un millón de millones de dólares. Nuestros beneficios del último trimestre son tan sólo un diez por ciento de los beneficios del año 2010. Hemos recordado más de cuarenta mil puestos de trabajo, la mitad de ellos en Estados Unidos. Y nuestras acciones han bajado hasta un cinco por ciento de su valor, no valen nada. No aguantaremos un año más. Y si caemos nosotros, provocará una reacción en cadena que se llevará por delante a muchos más, entre ellos a varios de los que hoy os sentáis en esta mesa.

Le relevó Anthony Tong, presidente de Doit, una de las principales multinacionales de ropa deportiva, con delegaciones, tiendas y fábricas en más de ciento cincuenta países.

-Están creando una economía paralela, una especie de zona reservada, muy rica, y no nos dejan vender allí sus productos. Tienen una especie de apartheid económico. Hemos intentado reunirnos con miembros del gobierno de Petronia en varias ocasiones, simplemente queremos invertir allí, generar riqueza y empleo, pero su respuesta siempre ha sido no. No quieren dejarnos mojar pan, y sin embargo nosotros si que les compramos como tontos sus vehículos solares. El balance comercial es apabullante, todos los días los ciudadanos americanos se gastan allí una media de diez mil millones de dólares, sobre todo en vehículos: coches, motos y camiones. ¡Por Dios, ya nadie quiere comprarse un coche con combustible! Han caído ya General Motors y Crysler, y la Ford está en serios problemas. ¿Hasta dónde vamos a llegar? ¿Dónde está el fin de este agujero?

-Lo mismo está pasando con nuestros socios en Asia y Europa -otro asistente presente en esa cena le relevó-. Están intentando adaptarse para poder imitar a los dispositivos SunPower y recuperar algo de terreno perdido, pero el golpe ha sido casi letal. Tienen stocks acumulados de varios millones de coches, y realmente no saben qué van a hacer con ellos, están igual de perdidos que nosotros. Tienen campos de fútbol americano repletos de coches que sólo valen su peso en chatarra.

-En el sector de la energía eléctrica la cosa está aún peor -era el turno del presidente de una de las más importantes empresas energéticas mundiales-. Esto nos ha pillado a todos por sorpresa, y no hemos tenido casi ningún margen de maniobra. De un día para otro, hemos visto como eramos relegados por una nueva forma de producir energía, y a día de hoy dudo realmente que podamos siquiera mantener nuestras líneas y nuestras estaciones transformadoras durante mucho tiempo. Es caótico, casi no podemos pagar el mantenimiento de las instalaciones. No sólo están llenando nuestras ciudades con sus placas solares, que venden a un precio baratísimo, sino que ahora están hinchándose a ganar dinero gracias a las bicicletas solares.

-¿Qué son las bicicletas solares? -preguntó intrigado uno de los asistentes mientras rebañaba con pan la sabrosa salsa de su plato.

-Son como bicicletas estáticas que al utilizarlas producen electricidad y la almacenan en una batería. Después, esa batería se utiliza para proveer de energía a los hogares. Cada hora de pedaleo equivale a más de veinticuatro horas de funcionamiento de un aire acondicionado, por ejemplo. No nos van a dejar ni siquiera aquellas zonas del norte que no tienen apenas luz solar. Están destrozando no sólo nuestros balances, sino todas nuestras

proyecciones de crecimiento. No nos quedarán nichos de mercado –se quejó.

-La comunidad científica y farmacéutica estamos... -continuó otro cultivado hombre de pelo blanco y poblado bigote-. Digamos que desorientados. Están desarrollando tecnologías que tendrían que venir en los próximos cien años. Así de sencillo. Están trayendo al presente tecnología del futuro, y no sabemos cómo lo hacen. Ahora están desarrollando los transportes, bien, pero... ¿Y si les da por la ingeniería genética? ¿O por los medicamentos?

-¿Y si les da por el armamento? -interrumpió un hombre robusto, calvo y con la mirada fría como el hielo-. ¿Y si les da, no ya por la energía nuclear, sino por algo con mucho más poder de destrucción? ¿Cómo lo afrontaremos? ¿Se han llegado a preguntar eso?

Aquel hombre se puso en pie para que todos pudieran verle con claridad.

-Como ya saben, nuestro gobierno ha basado su política exterior y ha gastado millones de dólares en asegurar el suministro de petróleo y de otras materias primas en Oriente Medio, Asia o Sudamérica. Y de repente parece como que ese gasto ha sido en balde, por no hablar de la sangre de soldados americanos que se ha derramado. La estabilidad geopolítica mundial se basa en eso, y así ha sido desde la segunda guerra mundial. No se trata tan sólo de un problema económico, sino de un problema político de primer orden. Y no sabemos dónde va a parar, porque mientras estamos aquí se están creando asociaciones de costa a costa de los Estados Unidos para apoyar a su extraño sistema político. Un sistema que se basa en que no hay apenas representantes, todo se hace a través de su internet privada. Es un cambio demasiado brusco, que creo que nos corresponde analizar y frenar. No hay que dejar que la opinión pública americana se deje llevar, sería muy peligroso, señor Morensen.

Aaron Morensen era un magnate de las comunicaciones que dirigía un vasto imperio que incluía más de sesenta periódicos, trece canales de televisión generalistas, varios portales de internet y decenas de revistas digitales y tradicionales de todas las temáticas imaginables.

-Entiendo sus razones, y me hago cargo –dijo tomando la palabra el magnate-. La línea editorial de mis medios siempre ha seguido una línea patriótica y pro americana, y esta vez no será una excepción. Creo que a nadie nos conviene una desestabilización tan brusca de la armonía establecida. No creo que sea difícil, Petronia es un país no democrático, no cristiano y que predica una suerte de socialismo que es la antítesis del modo de vida americano.

Todos hicieron comentarios despectivos sobre Petronia durante unos segundos, hasta que pidió que le escucharan un trajeado Philip Blueford.



-Voy a solicitar que el Gobierno de los Estados Unidos, a través de la Agencia Central de Inteligencia, comience a recabar información acerca del funcionamiento y los puntos fuertes y débiles del régimen de Peter III en Petronia. Creo que ya es hora de dejar de fijar nuestra atención en Irak, Afganistán, o Libia y centrar nuestros esfuerzos en conocer mejor a este nuevo antagonista. Además, creo conveniente reunirme con personal del Departamento Fiscal al objeto de estudiar medidas en forma de nuevos aranceles e impuestos para dificultar la invasión de productos de SunPower que estamos teniendo y la fuga de capitales.

Kevin Steal decidió romper su silencio. Su voz grave y templada contrastaba con los tonos plañideros de los demás ejecutivos. Era un hombre respetado y sus palabras se escuchaban con atención en todos los círculos, en aquel también. Se puso en pie.

-Creo que llegados a este punto tenemos que hacer un poco de autocrítica, amigos. Reconozcámoslo. Han creado un producto mejor que el nuestro, en el momento justo, lo han vendido bien y han aprovechado nuestro inmovilismo. Está en la esencia del capitalismo, y... ¿Porqué no? Hay que reconocerles su valía, su éxito. Lo han hecho muy bien. Yo, personalmente, como empresario me quito el sombrero por su forma de gestionar su propio producto. Nos provocan pérdidas... De acuerdo. Le hacen perder su trabajo a miles de americanos, de acuerdo. Pero yo me pregunto si la culpa no es en parte también nuestra. Pudimos haber introducido el vehículo solar hace tiempo, de una forma gradual para que no dejáramos nunca de perder el control, pero preferimos estirar la cuerda para seguir exprimiendo a la gallina de los huevos de oro. Nuestra ambición no nos dejó ver por el retrovisor que iban a adelantarnos, y eso justamente ha sido lo que ha pasado. Íbamos felices por la autopista con nuestro Hammer, creyéndonos los amos de la carretera y nos ha adelantado un Ferrari rojo con una rubia al lado. Hemos pecado de exceso de confianza, amigos. Pero creo que aún tenemos la oportunidad de sobreponernos si trabajamos juntos. Por América y con la bendición de Dios, podremos superar todas las adversidades, poner a Petronia en su sitio, a nosotros en el nuestro y restablecer el orden.

-¿Qué tienes pensado? –preguntó el anfitrión de la cena.

-En mi oficina Wall Street seguimos muy de cerca las actividades de Petronia Future como empresa. A pesar de su hermetismo, y de que no hace públicos la mayoría de sus datos, hemos detectado algunas anomalías en sus movimientos en los mercados internacionales. Tal vez ustedes hasta hoy pensaban que su principal fuente de financiación era la venta de sus productos derivados de la energía solar. Esto es cierto, pero sólo en parte. Petronia Future, además, maneja una serie de empresas y fondos de inversión con base en Frankfurt, Londres y Tokio. ¿Sorprendidos? Estas

empresas, entre diez y veinte en total, tienen como misión gestionar miles de millones de dólares que obtienen como beneficio por sus actividades con productos derivados de las energías alternativas. Y lo logran, lo hacen bien. Estas empresas, aparentemente sin conexión entre ellas, han logrado unos beneficios en los últimos ejercicios superiores al ciento sesenta por ciento. Una brutalidad. Silenciosamente, sin hacer ruido, han tejido una red a escala mundial que analiza el estado de los valores bursátiles y los utiliza en su beneficio. ¿Quieren un ejemplo? El cinco de noviembre de 2014, la entidad SuXo Founds, con base en Frankfurt, compró por seiscientos millones de dólares el treinta por ciento de la empresa tecnológica WirelessWorld, dedicada a la implementación de redes Wi-Fi en todo el mundo. Las acciones de la empresa suben como la espuma, hasta que seis meses más tarde, SuXo Founds vende su parte a Macrosoft, una empresa americana, por más de tres mil millones de dólares. Una semana más tarde, se presenta en Petronia la red MAR, que ofrece gratuitamente velocidades de más un terabyte por segundo en todo el territorio de Petronia, con simplemente una pequeña red de antenas colocadas estratégicamente. Ni que decir tiene que las acciones de WirelessWorld se hundieron en la miseria, y a día de hoy ya ni siquiera existe esa empresa.

-¿Quiere usted decir que SuXo Founds tenía información privilegiada y la utilizó para comprar y vender acciones? ¿Pero eso será un delito, verdad? – preguntó uno de los asistentes.

-Quiero decir que SuXo Founds y Petronia Future son lo mismo. SuXo Founds y al menos una veintena de firmas más que se dedican fundamentalmente a lo mismo. A comprar empresas. Inflarlas. Venderlas. Y arruinarlas. Y efectivamente, como usted señala, es un delito internacional.

-¿Tiene usted pruebas fehacientes de eso?

-Digamos que tengo serios indicios razonables. De momento. Ellos hacen bien su trabajo, son discretos y sobre el papel no hay nada que relacione unas empresas con otras. Sin duda están siendo dirigidos o aconsejados por gente que conoce muy bien el funcionamiento del sistema monetario internacional y de los mercados, porque actúan sin dejar rastro. Quiero crear una sección especializada nueva en mi oficina, en colaboración con el Tesoro y el FBI, para seguir las actividades de estas empresas, y detectar nuevas. Si son reales mis sospechas, es posible que estén manipulando el sistema bursátil internacional en su propio beneficio, delante de nuestras narices, y no nos estemos dando ni cuenta. No sólo se están llevando a la rubia del baile, señor Queen, también se están llevando la recaudación de la fiesta -zanjó Kevin Steal ante su boquiabierta audiencia de hombres poderosos.

Charles Bay continuó su alegato desde la silla, intentando concentrarse para no perder el delgado hilo de sus memorias.

-El avión de Delta Airlines que cubría la línea regular París Charles de Gaulle-Nueva York tomó tierra en el aeropuerto John Fitzgerald Kennedy a las diez de la mañana del 14 de Febrero de 2017. Héctor salió del avión con su mochila cargada de varios sandwiches, un reproductor de música, la cámara fotográfica y un lector de libros electrónicos. Durante el vuelo devoró más de treinta libros, en parte por el nerviosismo que sentía. Recorrió el finger que le llevaba hasta la terminal desperezándose por el jet lag habitual. El largo viaje le había llevado desde Ciudad María en el M1 de color rojo particular de César hasta el aeropuerto. Desde allí en un Airbus 320 de la nueva línea nacional Petronair hasta París y, tras un transbordo de varias horas, otro avión le llevó a su ciudad natal, Nueva York. Hacía más de diez años que no pisaba tierra estadounidense y, a decir verdad, no sintió nada especial. Más bien todo lo contrario, recordó la apatía y el hastío de la sociedad occidental que le llevó a marcharse dejando allí a su madre con el corazón roto y a Kevin Steal completamente plantado. Miró por un momento los aviones repostando queroseno en la pista del aeropuerto, y sintió que había viajado hacia una sociedad enferma - *combustibles fósiles aún*- pensó. La única razón que le hubiera llevado a regresar a los Estados Unidos sería el poder verme a mi, a su antiguo profesor, y sobre todo poder encontrar de nuevo a María Stravinsky. ¿Qué tal le iría todo? ¿Cómo sería su vida? ¿Estaría felizmente casada con aquel arrogante tipo musculoso de la universidad? ¿Tendría ya hijos? ¿Trabajaría en algún prestigioso laboratorio importante o se estaría dedicando a la música, otra de sus pasiones? Decenas de preguntas asaltaban su cabeza, y su curiosidad hacía cábalas. Recogió su maleta negra en la cinta transportadora, y encaminó sus pasos entre el tumulto del aeropuerto JFK rumbo a la parada de taxis. Todas sus dudas quedarían resueltas cuando la encontrara y pudiera charlar con ella. La última vez que la vio, hacía ya más de seis años, la experiencia no había sido nada buena. Pero tenía la esperanza de quitarse ese mal trago. Ahora era una persona mucho más madura, y desde luego que no volvería a hacer lo que hizo, es decir, no volvería a acobardarse sólo porque la viera con otro hombre. Si ese era el

caso de nuevo, se acercaría a ella, les saludaría a ella y a su pareja y charlaría con ellos animadamente. Con cordialidad y educación. Le preguntaría acerca de la forma en que la vida la había tratado, y le contaría decenas de sus historias de las que había vivido con sus amigos comunes Peter y César, que eran bastantes. Sería un reencuentro emotivo para ambos, no haría falta nada más. Es más, invitaría a la boda de Peter a María y a la persona que fuera su pareja, con deportividad. Héctor intentaba convencerse pensando eso, pero en el fondo de su corazón deseaba que ella estuviera soltera, que hubiese abandonado a ese chulo engreído con el que seguramente estuvo saliendo en el instituto. Deseaba profundamente que se alegrara de verle, y que aceptara, al menos, acompañarle a Petronia para las celebraciones de la próxima boda de Peter. La única pista con la que contaba eran los datos que le había entregado César, con los que había ganado la apuesta que mantuvieron ambos. Una simple foto, una entre las millones de imágenes que pueblan las redes sociales, era la única prueba real que tenía. Una posible dirección y un posible teléfono que César había obtenido de alguien con su nombre y apellidos que vivía en Boston. Nada más. Pero su analítica mente le había permitido obtener, a priori, más datos. La foto era de una cena de varias amigas, posiblemente de trabajo, ya que tenían edades muy diferentes, de entre veinte y cincuenta años. Cenaban en un restaurante mexicano, cuyo nombre según las servilletas era Conquer 1492. Por suerte no se trataba de una franquicia, y solamente existía un restaurante con ese nombre, y era en la ciudad de Boston. Además, varias de las personas que aparecían en esa foto aparecían con su nombre etiquetado en la pantalla, y más abajo, en la descripción de la foto, aparecía el nombre de las demás, entre ellas, María Stravinsky. En la foto aparecía tal y como Héctor se hubiera imaginado que sería, a lo sumo un poco más delgada y con aspecto cansado, pero si, no había dudas, era ella. El plan era el siguiente, pensaba. Dirigiría sus pasos hasta Boston, y allí su primera parada sería ese restaurante, no fuera a ser que conocieran personalmente a alguna de las amigas de María y eso le facilitara mucho las cosas. Ojalá. El dinero no era problema para él, así que recorrió las doscientas treinta millas que separaban el aeropuerto JFK de la ciudad de Boston en taxi. Cuatro horas después, se encontraba haciendo el check-in en el Boston Harbor Hotel. Se pegó una buena ducha en la habitación, se calzó sus botas Timberland, sus vaqueros y se probó por primera vez una camisa azul celeste que le había regalado su madre en uno de sus últimos cumpleaños y que había permanecido durante largo tiempo en el armario. Salió del hotel, armado de valor. En el restaurante mexicano Conquer 1492, al preguntar a los camareros, no supieron darle ninguna pista, salvo que esa foto se habría tomado hacía varios meses ya que parte de la decoración de las paredes del restaurante había sido remodelada. Ya había rastreado junto con César a

través de internet el listín telefónico y varios listados más de la ciudad de Boston sin poder obtener ningún dato más, por lo que se dejó llevar por la intuición. Aunque en la capital del Estado de Massachusetts vivía cerca de un millón de personas, confiaba en que el destino le llevaría hasta ella, igual que aquella vez en la Universidad de Longwood. Se dirigió a la zona universitaria, paseó durante horas por las Universidades de Boston, Northeastern, Suffolk, el Emmanuel College, el Colegio de Farmacia y Ciencias de la Salud de Massachusetts y el Wentworth Institute of Technology. Buscó entre los jóvenes y los adultos sin éxito. Una de las jóvenes con las que aparecía en la foto informaba en su perfil que trabajaba como profesora universitaria. Recordaba su nombre, así que preguntó por ella. Pero nadie supo tampoco darle ninguna pista. Al caer la noche, decidió caminar hasta su hotel, algo decepcionado por no haber tenido éxito a la primera.

Al día siguiente, volvió a intentarlo, llamando por teléfono a más de cincuenta laboratorios médicos y de investigación de la ciudad, pero no consiguió avanzar nada, nadie le daba ni una sola pista sobre María.

Los tres siguientes días los pasó en la habitación del hotel, consultando desde un humilde ordenador portátil sitios de internet para intentar localizar alguna pequeña pista que le llevara hasta ella. Pero no avanzaba en absoluto.

Cuando hubieron transcurrido casi seis días de infructuosa y desesperante búsqueda, mantuvo una videoconferencia con su amigo César.

-No la encuentro, César –le dijo.

-¿Y la dirección que te di? ¿No era la buena? –preguntó César.

-Ahora vive un matrimonio de peruanos. No hay ni rastro de María.

-¿Y el número de teléfono?

-Ya no existe.

-Es muy raro, la verdad.

-He sacado el billete de avión para volver mañana a casa. Abandono.

-¿Estás seguro?

-Sí, ha sido un error venir. Pero bueno, supongo que teníamos que intentarlo –suspiró con tristeza.

A la mañana siguiente, Héctor Gómez recogió su equipaje, pagó la cuenta del lujoso hotel y solicitó un taxi en la puerta. Observó, resguardándose con la bufanda del intenso frío, el denso tráfico de la ciudad. Un autobús gris repleto de gente de color. Varios vehículos todoterreno expulsando gases nocivos por su tubo de escape. Incluso pudo ver circulando algún M1 de los que él mismo había diseñado y que poco a poco empezaban a poblar las calles de Estados Unidos. Y un camión de reparto de patatas fritas embolsadas. Se fijó en una ardilla que, bajando de un árbol sobre la acera, a

su izquierda, parecía observarle. La ardilla descendió rápidamente por el tronco del árbol, y como una exhalación cruzó la calle entre los coches. Héctor oyó el fuerte frenazo del camión, seguido del golpe del vehículo que circulaba tras él, impactándole por detrás. Casi al instante, decenas de pitidos se sucedían en la calle, protestando por el tráfico parado. Se fueron acumulando coches y más coches en esa vía. Recordó haber visto una parada de taxis unas cuantas manzanas más hacia el sur, y ante la imposibilidad de que llegase el taxi que había pedido hasta la puerta del hotel por la grave retención que se había formado, decidió caminar hasta allí, no fuera a perder su vuelo de regreso a París. Caminando a ritmo vivo, tras unos minutos llegó hasta un concurrido semáforo. Esperando que la luz verde diera el paso a los peatones que se acumulaban en el borde, pensó en lo absurdo de su viaje. No le había servido en absoluto para nada. Ni para relajarse, ni para coger fuerzas, ni para encontrarla. De hecho había multiplicado su estrés, se juraba a sí mismo que jamás volvería a una gran ciudad si no fuera por algo estrictamente necesario. Entonces, notó como una suave melodía le acariciaba el oído. Sintió las ondas sonoras atravesar su oído, su garganta y su pecho hasta tocar su corazón. Provenía del hilo musical de un local, a menos de cinco metros del semáforo en el que esperaba su turno para cruzar la calle, coger un taxi y volar hasta casa. Era la profunda voz de Van Morrison, cantando *Brown Eyed Girl*, *Chica de Ojos Marrones*. Hacía años que no la escuchaba. Recordó a María, de niña, tocando el piano y cantando para él, en aquella sala de música del colegio para niños con altas capacidades. Sus grandes ojos azules, sus mejillas sonrojadas, sus labios carnosos, su pelo rubio. Sería capaz de pintarla con precisión milimétrica. El local del que emanaba la música era una franquicia. Una hamburguesería con locales en cientos de países. Un local clónico, con empleados clónicos y productos clónicos. Algo en su interior le empujó a acercarse hasta el escaparate. Miró tras el cristal de la hamburguesería. Se fijó en los clientes, apenas un par de ejecutivos desayunando. Miró hacia el mostrador. Y sintió su corazón sacudirse. Allí estaba ella. No le cabía la menor duda. Apoyó su mano y su nariz en el vidrio sin darse cuenta, durante unos segundos. Sin apartar la vista de María, entró en el restaurante, y se dispuso a aguardar la cola como si fuera un cliente hambriento más. Mientras un par de parejas de trabajadores de la construcción, con sus uniformes, hacían sus pedidos, a Héctor le dio tiempo a deleitarse observando los detalles de su mano sin anillos y de la blanca piel de su rostro. Parecía cansada, su tez se teñía azulada bajo sus párpados. Observó sus labios, tan carnosos como cuando era una niña, pero sesgados por alguna pequeña grieta fruto de la edad. En la chapa negra de plástico que llevaban todos los empleados prendida en el pecho se leía “Le atiende MARÍA”. Pero, aunque no llevara esa identificación, él no hubiera tenido

duda alguna de que era ella. Si, ella. Se movía con gracia detrás de la barra, con agilidad y energía, como si llevase años haciendo lo mismo. En movimiento armónico, era como si lo hubiera heredado de su pasión por la música y la danza. La pareja de hombres que le antecedió se entretuvo decidiendo que menú pedir entre los muchos situados en la cartelería de la parte superior de la contrabarra. Ese minuto que tardaron de más le pareció a Héctor un regalo divino. Pudo recrearse en la contemplación de aquella mujer con la que no había vuelto a intercambiar una sola palabra desde hacía más de dieciséis años. Pero las mariposas que sentía en su estómago le anunciaban que tal vez se pudiera recuperar el tiempo perdido. Tantos años de vivencias, tantas historias. Una inmensa curiosidad por conocer lo que le había deparado la vida a María recorría su tembloroso cuerpo. Ella tomó nota de la elección de aquellos obreros, y le cobró el dinero de las hamburguesas que finalmente pidieron. Preparó el pedido encima de una bandeja de plástico marrón, y cuando estuvo todo preparado, la cogieron y se marcharon, dejando a Héctor frente a María, otra vez, por fin. Ella levantó su mirada de la caja registradora, se fijó en su próximo cliente y dijo:

-Buenas, ¿sabe ya lo que va a tomar?

Él guardó silencio. No esperaba que ella le reconociera, pero le hubiera alegrado que le hubiera recordado, que no le hubiera tratado como a otro obrero más a la que su mujer ni siquiera le hacía el almuerzo.

-Disculpe, caballero... -insistió ella, profesionalmente-. ¿Sabe ya lo que quiere?

Héctor volvió en sí, para contestar con timidez:

-Eh, si... Quiero... Un menú doble, con queso, por favor...

Ella tecleó en su terminal sin prestarle mayor atención.

-¿Y para beber? -volvió a mirarle, esta vez durante un par de segundos a los ojos. Héctor sintió que le atravesaban dos cuchillos.

-Eh... Agua, una botella de agua.

-¿Quiere patatas fritas, o una ensalada?

-No, no... Gracias.

-¿Desea algún postre?

-No.

-Bien, serán siete dólares con cincuenta centavos.

Él, visiblemente nervioso, buscó su cartera en la chaqueta. Le entregó un billete a María, y ella, mecánicamente, como una autómatas, le devolvió el cambio y se marchó a preparar su pedido. Héctor, mientras tanto, pensaba rápidamente la mejor forma de presentarse en su vida después de tanto tiempo. Decidió que esperaría a que terminase su jornada laboral, a la salida. Sería todo mucho menos violento, sin duda. Aguardaría en la puerta de salida de personal hasta que saliera, y entonces se plantaría delante de

ella y le diría quién era, y porqué había recorrido medio mundo para poder verla.

Colocó sobre su bandeja una hamburguesa doble con queso, un botellín de agua sin gas, servilletas y un par de sobres de tomate ketchup y mostaza. Cuando Héctor cogió su bandeja para marcharse a una mesa, le dijo.

-Sígues mordíendote el labio cuando te pones nervioso.

Héctor se quedó absorto e inmóvil por el comentario de María. Efectivamente, no sólo le había reconocido sino que además había sido capaz de disimular su sorpresa. Eso sólo puede hacerlo así una mujer, son mucho más astutas que los hombres, pensó Héctor. Pero inmediatamente después inundaron su cabeza otras muchas opciones... ¿Y si no había nada que disimular, ya que no le provocaba ninguna reacción su presencia allí? ¿Y si lo que pasaba es que le daba exactamente igual o peor aún, prefería no saber nada de él? El cerebro de Héctor acostumbraba a manejar decenas de pensamientos paralelos a la vez.

-Termino dentro de diez minutos -le dijo ella mirándole a los ojos-. Si quieres te invito a almorzar en un sitio de verdad o... ¿Realmente te apetecía esa bazofia de hamburguesa?

Héctor simplemente gesticuló y se encogió de hombros.

Veinte minutos más tarde, por la puerta trasera de acceso de personal del restaurante salió a la calle María. Vestida con unas deportivas blancas, vaqueros ajustados y un jersey de color azul. No llevaba ni pendientes ni anillos, tal y como ordenaba la política comercial de la empresa de restauración, pero sí un pequeño bolso deportivo negro. María se puso de puntillas para darle un abrazo y un beso en sus mejillas. Héctor sintió cada célula de sus labios.

-¿Qué tal estás? ¿Qué haces aquí, en la aburrida Boston? Te perdí la pista cuando estuviste en la NASA y nunca he vuelto a saber nada de ti. Cuéntame.

-Bueno, he dado muchas vueltas, la verdad es que no me he aburrido, no me ha dado tiempo -dijo sonriendo-. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

-¿No me ves, trabajando de camarera en una franquicia? -ella se encendió un cigarro mientras caminaban-. Hablemos de ti, seguro que tu vida es mucho más interesante.

Paseaban por el centro de Boston, mezclándose entre la gente como si fueran una pareja más. Héctor no lograba perder la timidez y seguía mordiendo inconscientemente y de forma leve su labio.

-Bueno, la verdad es que sigo viviendo con mi madre, las cosas no han cambiado tanto.

-¿Qué tal está? La recuerdo perfectamente, morena, siempre sonriente, con su pelo tan negro... Seguro que sigue igual de guapa.



-Si, la verdad es que ella está muy bien. Soltera, como siempre. ¿Y tu familia?

-¿Sigues en Nueva York? -María no respondió, sino que desvió astutamente la conversación. Héctor se dio cuenta.

-Bueno, la verdad es que no. A decir verdad, ni siquiera vivo en los Estados Unidos.

-¿Ah, no? ¿Y dónde vives?

-No, la verdad es que hace años que vivimos fuera, en el extranjero.

-¿Qué misterio, y dime... ¿A qué te dedicas? ¿Sigues en el mundo de la aeronáutica? Seguro que has triunfado...

Héctor quiso reconducir una y otra vez la conversación para hablar de la vida de ella, pero parecía como si cada vez que le hiciera una pregunta María la esquivara. Después de quince minutos de agradable paseo, entraron en un acogedor restaurante asiático en los alrededores de North Station. Ocuparon una de las últimas mesas libres del animado local, especializado en comida tailandesa y vietnamita. Ella le recomendó pedir el arroz Kao Niaw, el plato estrella del local.

-¿Sabes? -le comentó ella una vez hubieron tomado asiento-. Recuerdo a menudo aquellos años en el Centro. Creo que fueron los mejores años de mi vida. Nuestra única preocupación era ir a clase, y divertirnos allí. El mundo era simple. Simple y bonito. La verdad es que echo mucho de menos esa época. Peter, John, César, los gemelos... y a ti, Héctor. ¿Recuerdas aquel día que Peter y tú pusisteis un circuito eléctrico conectado a la silla de metal dónde se sentaba el señor Stoudamire, el de matemáticas? Cada vez que se sentaba le dabais al interruptor y al pobre hombre se le ponían los pelos de punta. ¿Te acuerdas? -María se reía sinceramente y a carcajadas-. Pobre profesor, realmente erais unos demonios.

-Si, pero si te acuerdas lo hicimos porque el día anterior el profesor te dijo que tenías que ponerte las pilas a ti, así que decidimos ponérselas nosotros a él, así que lo hicimos, literalmente- le aclaró mientras Héctor reía también, ya más relajado.

-¿Y aquel día en que vino un sacerdote para preguntarnos si queríamos recibir clases de religión y salió llorando de clase? Dios mío, le acribillaste a preguntas existenciales y al final se vio tan acorralado que tuvo que salir corriendo.

-Si, aún tengo remordimientos, seguramente ese hombre colgaría los hábitos ese mismo día y se volvería más ateo que Marx. La verdad es que nos pasábamos mucho. Pobrecillo, menuda crisis de fe que cogería.

-Y... ¿Sabes de qué me acuerdo perfectamente también? Recuerdo el último día que nos vimos. Recuerdo que toqué el piano para ti, en aquella sala... Chico de ojos marrones...

Héctor intentó no sonrojarse, pero sufrió un nuevo torrente de emociones en su interior. El recuerdo de aquel día, de aquel momento, de aquel beso. Tener a María otra vez delante suya, sin necesidad de mirar el reloj o de contar los minutos antes de que acabara la clase. Deseaba que nunca se acabara esa sensación, tan nueva para él.

-¿Porqué has venido a Boston, Héctor?

María cambió su tono de voz, pero sin dejar de ser dulce y suave, exigiendo sinceridad.

-Realmente, son muchas las razones. Tenía mucha curiosidad por saber de ti.

-No me lo creo, pero me halaga mucho, de verdad... ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Boston?

-No lo sé, supongo que unos días.

-¿Dónde te hospedas?

-En el Boston Harbor Hotel.

-¡Qué buen hotel, el mejor de la ciudad!. Se ve que las cosas te van mejor que a mi.

-Sí, cuéntame... ¿a qué te dedicas?

-Ya lo sabes, trabajo en una hamburguesería... ¡Me has pedido una hamburguesa con queso!

-Tienes razón, discúlpame.

-La vida no trata a todo el mundo por igual –afirmó ella con pesadumbre.

Héctor se dio cuenta de su metida de pata y cambió de tema lo más rápido que pudo.

-Bueno, y... dime ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

María guardó un silencio incómodo, y no contestó. Hincó el tenedor en su plato de arroz frito tailandés y volvió a preguntar a Héctor sobre el transcurrir de su vida.

-¿Sigues trabajando entonces para alguna Agencia Espacial?

Héctor se dio cuenta de que se había equivocado dos veces seguidas, algo inusual para un cerebro dominado por la lógica como el suyo.

Intentó utilizar las habilidades sociales que había aprendido de Peter.

-¿Qué te parece si jugamos a un juego? Una pregunta por una pregunta. Cada uno responde a lo que quiera el otro, pero por turnos.

-No, en serio, no tengo demasiado que contar...

-Pero seguro que estás deseando que yo te cuente las mías, así que si tu quieres recibir...

-Está bien, de acuerdo. Pero si no quiero contestar a alguna pregunta, te lo digo y ya está ¿vale?

-Perfecto, trato hecho. Empieza tú –aceptó él.

-Como iba diciendo... ¿Sigues trabajando entonces para alguna Agencia Espacial?

-Bueno, la verdad es que no, ahora mismo trabajo para una empresa privada, pero que me da bastante libertad a la hora de hacer las cosas.

-Ah. Eres diseñador entonces...

-Mi turno –la interrumpió-. ¿Qué estudiaste en la Universidad?

-Bueno, eso es fácil. Medicina y me especialicé en cirugía de transplantes. ¿Dónde vives?

-En África, en Petronia –aclaró.

-Dios mío, eres uno de todos aquellos científicos que se han ido a vivir allí, sabía que llegarías lejos. ¿Has llegado a ver a Peter?

-No te cueles -dijo él bromeando-. Eso es una nueva pregunta. ¿Con quién vives?

-Si que empiezas pronto con las preguntas personales... -dijo ella-. Vivo sola, en un apartamento aquí en el centro de Boston. ¿Has tenido la oportunidad de ver a Peter en Petronia?

Héctor se congratuló de que no le dijera que vivía con aquel musculoso tarugo de la universidad.

-Si que le he visto, le veo a menudo -no dejó pasar la oportunidad-. ¿Por qué trabajas en una hamburguesería con tus estudios?

-Bueno, es una larga historia. Sobretitulación lo llaman. Es difícil encontrar un puesto que encaje con mi historial académico. Tengo que quitar cosas de mi currículum para que me llamen a las entrevistas de trabajo. Es desesperante, en serio. Hace unos años trabajé en algunos laboratorios de investigación, pero he tenido algunos problemas. No me gusta hablar de eso, la verdad.

-De acuerdo, lo entiendo.

El tono de María denotaba que no le agradaba demasiado este juego, pero continuó.

-¿Y a qué te dedicas exactamente?

-Bueno, la verdad es que trabajo tocando un poco de todo: energía, ingeniería, electrónica... Es muy interesante –contestó Héctor, mientras disfrutaba de observar los finos rasos de María.

-Sigues tan reservado como siempre... Venga anda, dime la verdad. ¿A qué has venido a Boston? ¿Alguna reunión de negocios? ¿Algún nuevo proyecto? Venga, dime.

-¿Quieres que sea sincero?

-Claro, por favor, dime.

María le cogió su mano amistosamente encima de la mesa. Héctor inspiró con fuerza antes de hablar, pausadamente como si cada palabra estuviera medida. Ignoró por completo el ruido del restaurante que le rodeaba.

-He venido hasta Estados Unidos desde la otra punta del mundo, desde África. Y la única razón es que la única persona la cual me ha hecho sentir amor verdadero fuiste tú, María -se dejó llevar por la tremenda honradez

que envolvía su alma-. Aunque éramos sólo unos niños, nunca he podido olvidar aquel día, contigo, en aquel piano. Necesitaba encontrarte para saber qué había sido de ti. Volver a verme reflejado en tus ojos azules. Y ha merecido la pena porque, aunque hayan pasado los años, te tengo aquí delante y sí, María, sí. Sigues siendo tú. Sigues siendo tú...

Ella, boquiabierta y desconcertada, apartó inconscientemente y con lentitud su mano de la de Héctor, con miedo.

-Quiero invitarte a que vengas conmigo a Petronia, a Ciudad María. Que seas mi pareja en la boda de Peter, que será dentro de dos meses. Y luego, si quieres, que te quedes a vivir allí conmigo. Que puedas trabajar allí, cerca de mí —él volcaba todo su sentimiento en cada palabra que pronunciaba.

María se mantuvo con el rostro petrificado, congelado, su única reacción fue una lágrima que comenzó a asomarse por el rabillo de su ojo. Al cabo de unos segundos se levantó de la silla del restaurante como empujada por un resorte.

-Adiós. No deberías haber venido...

Cogió su pequeño bolso con fuerza, y abandonó el restaurante rápidamente, ante el estupor de Héctor, quien dejó unos billetes sobre la mesa recién servida, y salió a la calle tras ella.

-¿Pero qué ocurre? ¿Qué pasa? —preguntó él, totalmente desconcertado.

Ella seguía caminando, llorando, entre los transeúntes. Héctor corrió unos metros hasta ponerse a su lado.

-María, por favor, perdóname, no quería... yo... no...

Visiblemente afectada, con la voz rota, le dijo:

-No, Héctor, las cosas no son así. No. No funcionan así. Sigue tu vida, y déjame a mí continuar por mi camino.

-Haré lo que tú me pidas, María, pero por favor, dime qué ocurre. ¿He metido la pata?

Ella, con el rostro desenchajado y sus ojos azules ennegrecidos por la pintura le dijo:

-Sí. Hasta el fondo. Por favor, vete.

Héctor sintió como si tuviera que soportar un peso de una tonelada sobre su escuálido pecho.

-De acuerdo.

Ella continuó su camino, mientras Héctor permaneció durante varios minutos de pie, sobre el frío asfalto de Boston, bajo la atenta mirada de las arpillas que observaban sobre las copas de los olmos.

Tres días más tarde, Héctor se encontraba de regreso en Ciudad María, tras un largo viaje en avión. En su taller, aún afectado por el pésimo resultado de su encuentro con el amor de su niñez, abrió su correo electrónico en uno

de los ordenadores. Había recibido un mensaje cuyo remitente era María Stravinsky, que decía textualmente lo siguiente:

*Hola Héctor.*

*He conseguido tu dirección de correo electrónico ya que convencí al recepcionista del hotel donde te alojaste para que me lo facilitara. Quiero explicarte mi comportamiento de ayer. ¿Recuerdas a mi padre, durante la época en que íbamos al colegio? No, ¿verdad? Yo tampoco. Porque nunca estuvo dónde tenía que estar. Cuando cumplí catorce años sí que empezó a estar en mi vida. Pegó a mi madre y abusó de mí hasta que me fui a la universidad. Me centré en los estudios para no pensar en él. Sin embargo, me sentía tan desprotegida que busqué refugio en los brazos de otro hombre de mi edad. Mantuve una relación durante cinco años, de los cuales la mitad de ellos sufrí de escandalosas infidelidades. Él intentó que abandonara los estudios y me casara con él. Como no quise acceder, me obligaba a tener relaciones sin tomar anticonceptivos. Me dijo que o le daba un hijo o me dejaba. Después cambió su amenaza. Me dijo que o le daba un hijo o me mataba. Tuve que huir, prácticamente. Terminé mis estudios como pude, y encontré trabajo en un buen laboratorio privado de investigación médica. A los seis meses, mi jefe intentó besarme. Al año, me dijo que o me acostaba con él o no llegaría a nada en la empresa. Pronto comprendí que no me habían seleccionado por mi historial académico, sino por mi físico. Tuve que dejar aquel trabajo, aunque me encantaba. Desde entonces, todos los empleos que he conseguido han sido lo que se suele llamar un McJob. Trabajo basura. Estudio cada noche para poder conseguir un puesto de trabajo con mi propio esfuerzo, pero con la crisis y la recesión económica cada vez hay menos plazas a las que poder optar. Y en esto que apareces tú en mi vida, y a los diez minutos de conversación me dices que quieres que me vaya contigo, a vivir a África. Que podrás conseguirme un trabajo. No. No. No. No. No. Estoy harta de que todos los hombres quieran acostarse conmigo para ofrecerme algo. Estoy harta. Harta de que se me trate como a un pedazo de carne con dos ojos azules. Tengo que demostrarme a mí misma que no tengo por qué depender de un hombre para salir adelante. Lo haré por mis propios méritos, no hace falta que venga nadie a rescatarme o a protegerme. Los hombres siempre creéis que sin vosotros no podemos hacer nada. Os equivocáis. Y con el tiempo os lo demostraré. A mi padre, a ellos y a ti. No intentes contestar a este correo, no es el mío personal.*

*Adiós*

*Boston, a 5 de febrero de 2017*

*María Stravinsky*

-A la boda del Peter III con su prometida Jasmina, celebrada el 15 de mayo de 2017, apenas acudieron cien selectos invitados –se esforzaba el profesor Bay en recordar-. Se celebró una ceremonia íntima, a escasos metros de una gran cascada en el interior de Petronia, llamada Fungenga Muni, *La gran cascada sagrada* en el antiguo dialecto de las tribus tradicionales que habitaban Petronia. De casi doscientos metros de caída, sus cristalinas aguas caían sobre un pequeño estanque en el que se podía ver el fondo de lo limpio y virgen que estaba la zona. La vegetación y la flora en esa época del año lo hacía aún más espectacular si cabe. Decenas de especies de pájaros, como el pequeño pinzón negro de pecho blanco o el pico de coral poblaban aquella zona. Un antiguo sacerdote de la etnia de los Rufán ejerció como singular maestro de ceremonias. Ella se desposó con un sencillo pero coqueto traje de color blanco perla, con una colorida diadema de flores. Su sencillez incrementaba todavía más su gran belleza. El Rey acudió a la cita también vestido de blanco, pero en la túnica, sobre su pecho, llevaba unos trabajados bordados con los colores de Petronia. El púrpura y el negro se entremezclaban con el amarillo formando una serie de elegantes figuras abstractas. Como mandaba la tradición, acudió con la cabeza descubierta, a la espera de que su esposa le colocara en su cabeza una corona de flores, como símbolo de su eterna unión. Todos los invitados asistieron vestidos a su vez también de blanco, desde la cabeza hasta las sandalias. El tiempo acompañó en todo momento, parecía como si el sol se hubiera autoinvitado a la celebración de aquel magnífico enlace. Después de la ceremonia, se celebró una cena en Palacio, que fue amenizada por varios grupos de folklore tradicional petroniano hasta bien entrada la madrugada. Así, César Brown, John Wool, Jack Shack, Gon Gon... todas las personas del círculo de confianza de Peter, igual que sus pocos familiares directos y la familia de Jasmina rodearon a la pareja mientras se juraban amor eterno. Héctor Gómez por supuesto, también asistió. Aunque él intentaba no pensar que si no hubiera sido tan torpe y tan lanzado, tal vez María Stravinsky le hubiera acompañado en aquella especial cita.

-¿Y la madre de Héctor? ¿Asistió a la boda? –preguntó incisivamente el periodista argentino del diario Clarín.

-Sí. Asistió conmigo –respondió a su sorprendida audiencia-. Aquella fue la primera vez que yo visité personalmente Petronia. Ante la insistencia de Héctor y Peter, dejé de lado por unos días a mis queridos jóvenes pacientes

de Nueva York y me trasladé hasta Petronia en avión para pasar allí dos semanas. Tengo que decir que durante mi estancia en África conocí a un Héctor más reservado y taciturno de lo habitual. Si bien compartimos muchas comidas y cenas, prácticamente todas, no tardaba en regresar a su taller para seguir trabajando. Estaba muy concentrado en sus diseños, como si esa fuera la mejor forma de no acordarse de María. Yo tuve la oportunidad de pasear junto con su madre por las principales calles y parques de Ciudad María, y tengo que decir que era una experiencia realmente emocionante y original. No se parecía a ninguna otra gran ciudad de este mundo. Esencialmente peatonal, sin obsoletas farolas sino puntos de luz independientes, sin cables, sin apenas señales de tráfico: la naturaleza estaba tan presente que parecía que la selva se estaba comiendo a la ciudad. Había enormes plantas repletas de flores, y árboles sembrados cada pocos metros, de una forma muy inteligente. Vegetales trepando vigorosamente por las fachadas de los edificios. Naranjos, limoneros, tomateras... Y cientos de especies tropicales. Un ecosistema completo absolutamente integrado con el hombre. Los edificios, diseñados conforme a los planteamientos urbanísticos de César, reflejaban la luz del sol a la vez que se nutrían de ella para cubrir sus necesidades de energía. A pie de calle, en las tiendas y locales, se apostó por el comercio tradicional y las pequeñas tiendas, de modo que se repartía la vida económica del día a día entre los barrios. La gente se saludaba al cruzarse, parecían pequeños pueblos, sin abrumantes franquicias ni multinacionales que reventaran el comercio local con precios bajos fuera de mercado y sueldos basura para sus empleados. La idea de la civilización tal y como César Brown la había imaginado estaba funcionando a la perfección.

Teby Tib cargaba sobre la cesta de su bicicleta con varios tomates naturales y un par de tabletas de chocolate. Eran productos producidos en uno de los muchos huertos instalados en las azoteas de las casas de Ciudad Brigitte. Algunas mujeres de aquel barrio tenían como empleo instalar huertos sobre el techo de sus casas, cuidarlos y recolectar sus productos. Éstos frutos eran posteriormente vendidos a Petronia Future Inc., que los repartía a las diferentes tiendas de comestibles, y marcaba el precio por el que pagarían por ellos los ciudadanos. A Tedy Tib le gustaba personalmente acercarse a la tienda de alimentos más cercana a su preciosa casa de Ciudad Gabriela, y pasarse un rato disfrutando de los olores y el aspecto de la gran variedad de frutas que tenían. Ella había vivido casi en la más absoluta pobreza en Petronia Town hasta que se le dio la oportunidad de instalarse en la Zona Especial, y jamás había tenido ocasión de ver frutas como la pera, el kiwi, o un rebosante racimo de uvas. Aquella mañana regresaba un par de horas antes que de costumbre de su habitual trabajo en el colegio. La mayoría de

los niños se habían marchado a una excursión para visitar uno de los nuevos edificios de la zona central de Ciudad María, así que su supervisora le dio permiso para irse antes a casa. Ella estaba contenta, así podría darle una sorpresa a Musampa. Le prepararía su comida preferida, macarrones con salsa de tomate natural. Él solía llegar bastante cansado de su importante empleo como Inspector de Conducta, y muchas veces ella no tenía el tiempo que hubiera deseado para cocinar con la suficiente calma y dedicación, como una tradicional esposa africana.

Dejó su bici al llegar al jardín de su casa, apoyada sobre un hermoso helecho verde tan grande como ella. Cuando llegó a la puerta, apoyó su mano sobre el terminal táctil de reconocimiento, y la cerradura se abrió automáticamente. No pudo evitar ver, al dar sus primeros pasos en el recibidor, a su hermana pequeña y a Musampa copulando animosamente sobre el sofá blanco situado en el centro de la sala de estar. Al verse sorpresivamente descubiertos, maldijeron varias veces primero, y después se incorporaron, completamente desnudos, para dirigirse a una inmóvil Teby Tib, apenas en el marco de la puerta principal de su vivienda.

-Tenemos que hablar, Teby -acertó a decir torpemente Musampa al verse sorprendido.

-¿Con mi propia hermana? No, creo que no tenemos nada que hablar.

Ella, llorando, subió corriendo las escaleras de la vivienda, pero su marido, en cueros y con el pene aún erecto, la alcanzó cogiéndola fuértemente del brazo.

-¡Escúchame! No se te ocurra decir ni hacer nada, ¿Está claro? Aquí vivimos tres. Tu hermana, tú y yo. Una gran familia. Lo compartimos todo. ¿Lo entiendes?

-¿Cómo has podido?¿Cuanto tiempo lleváis engañándome? -sollozó ella amargamente.

Musampa golpeó con su mano abierta el rostro de Teby, mientras la sujetaba utilizando su enorme corpulencia para inmovilizarla sobre los escalones.

-Escúchame, Teby. Tienes dos opciones. O lo aceptas y sois mis dos mujeres, o te juro que haré que te echen de Ciudad María. Volverás a Petronia Town y no serás más que otra puta callejera. Recuerda que soy Inspector de Conducta, y te puedo dejar sin saldo de puntos cuando me de la gana. Así que abre los ojos. Mira que casa tenemos. Vas a tener un bebé. El año que viene subiremos de nivel. No se te ocurra cagarla ahora.

Teby sintió como le presionaba con la rodilla en la zona de su estómago, justo donde estaba su futuro hijo.

-¿Está claro, cariño?

Volvió a golpearla con la palma de su mano en el rostro. Ella comenzó a inclinar la cabeza hacia delante y hacia atrás, presa de un ataque de nervios.



-Así me gusta. Eres una mujer inteligente. Ahora levántate y ponte a cocinar, me apetecen macarrones con tomate. Y pídele perdón a tu hermana, la pobre se habrá llevado un susto de muerte.

Musampa se levantó. Su vigoroso cuerpo negro, desnudo, se quedó clavado en la mente de Teby Tib, que volvió, tras varios años, a experimentar el miedo que le acompañó durante toda su niñez en las duras y miserables calles de Petronia Town. Pero se levantó diligentemente para cocinar por su hermana y su marido.

En la grande y espaciosa Sala de Control Central de Seguridad de Ciudad María se encontraban celebrando una inauguración. Situada en los bajos de la Sede Central de la Policía y del Cuerpo de Fronteras, allí se centralizaban y organizaban todos los operativos policiales de importancia, y se tomaban las decisiones más significativas. En aquella sala, repleta de ordenadores y sistemas de comunicaciones trabajaban a turnos entre diez y veinte personas. Sin embargo, aquella mañana había allí más de cuarenta, incluyendo al jefe del área informática el pelirrojo Jack Shack, al jefe del área de seguridad Gon Gon y a César Brown. Tras unos meses de intensas pruebas, se iba a poner en funcionamiento de forma operativa el nuevo sistema integral de vigilancia, que había recibido el nombre de Zeus, en honor al dios supremo del Olimpo de la mitología griega. Se instalaron dispositivos en todo el territorio de la zona especial, así como en los puntos más conflictivos y sensibles de la frontera. En total se conectaron a la red Zeus más de un millar de microcámaras. Éstas microcámaras enviaban las imágenes a la Sala de Control Central, donde podían ser visionadas por el operario que estuviese en el ordenador. Pero no se trataba simplemente de un circuito cerrado de televisión. Las cámaras llevaban incorporadas en su óptica una serie de filtros, que se podían utilizar según las necesidades del operador.

-Queridos amigos -comencé a hablar César Brown, mientras el resto le prestaba atención, rodeándole en pie-. En primer lugar, ruego disculpen a su majestad el cual no ha podido asistir hoy a esta puesta en marcha del programa. Así mismo, Héctor Gómez me ha pedido que os transmita su enhorabuena. Pide que le comprendáis, ya que está totalmente volcado en sus nuevos diseños. Tras la última votación, realizada a través de los terminales que cada familia tiene en su casa, el noventa y cuatro por ciento de los ciudadanos de Ciudad María han votado a favor de este revolucionario sistema de vigilancia. Garantizará nuestra seguridad y el respeto a nuestras fronteras. Con este dato sabemos que el respaldo de nuestros conciudadanos no sólo es que esté garantizado, sino que nos lo han requerido. Ciudad María es la ciudad más segura y habitable del

mundo, y este nuevo sistema nos ayudará a que siga siéndolo. Pero no es menos cierto que, tal y como votó el ochenta y cinco por ciento de las unidades familiares, a través del terminal informático que tienen instalado en sus hogares han solicitado, debe ser controlado y restringido el acceso a las grabaciones de las cámaras. Sólo se usarán de forma motivada, y si algún operario hace un mal uso de éstas, será duramente sancionado. Ahora me gustaría que fueras tú, Jack, el que pulsara el botón para que empezara el sistema a funcionar. Has hecho un gran trabajo, *crack* -le dijo con confianza.

Todos los presentes comenzaron a aplaudir al obeso, barbudo y pelirrojo informático británico.

-Gracias, César.

Jack pulsó con sus rollizos dedos una combinación de teclas sobre el teclado. Cientos de cámaras y sensores, repartidos por todos los rincones públicos de Ciudad María, comenzaron a mandar señales digitales de vídeo hasta la Sala Central de Control. En una gran pantalla central formada a su vez por seis pantallas más pequeñas, Jack Shack iba comprobando una por una su funcionamiento.

-Aquí podemos ver, por ejemplo, la cámara ciento doce. La puerta principal de la fábrica de las placas fotomultiplicadoras solares SunPower.

Él iba mostrando a los operarios las diferentes imágenes que iba recibiendo de las cámaras.

-Ésta es la ciento cincuenta. En esta cámara se ve la carretera entre Ciudad Alexia y Ciudad Brigitte. Ahora le voy a aplicar el filtro de oscuridad. Utilizando este filtro, como podéis ver, se puede aumentar la visibilidad durante periodos oscuros como la noche. Mirad, ahora la trescientos cuatro, en el parque de Ciudad Julieta. ¿Veis a los niños jugando en el tobogán? Ahora le aplicamos el filtro de calor, y... ¡Voilà!

En la pantalla pudo verse de color rojo, naranja y amarillo, las figuras de los niños resaltando sobre el resto del fondo negro.

-Detecta el calor humano. ¿Veis? ¡Es maravilloso! Además, las cámaras son móviles, con lo que desde vuestros ordenadores podéis manipularlas, girarlas y evitar así los ángulos muertos. Ahora la cuatrocientos setenta. Está, según el mapa, está cerca de la frontera, en la selva. ¿Veis a esta señora, que parece que esté buscando flores en la selva? Ahora le aplico el filtro y...

En la imagen de la pantalla se tornó el fondo en negro, y la figura de la señora, caminando lentamente entre la vegetación quedó claramente resaltada. Sin embargo, en la imagen se podía ver otra gran mancha de color rojo con los bordes naranjas.

-¿Qué es esa otra mancha grande? -preguntó uno de los operadores, intrigado, señalando con el dedo.

-No lo sé, volvamos a modo imagen normal.

César forzó la vista y se fijó mejor.

-Parece la madre de Héctor, acerca la cámara ¿Puedes?

-Claro -contestó Jack-. Parece que esté buscando algo entre los árboles.

-Si, ella es muy aficionada a la botánica. Pero...

Jack volvió a utilizar el filtro térmico. Volvieron a aparecer dos manchas rojas en la pantalla, muy cerca una de la otra.

-Es como si tuviera a una persona al lado.

-Eso no es una persona -dijo Gon Gon, alarmado-. A menos que las personas tengan cuatro patas. ¡Eso es un león! ¡Rápido, avisa a una patrulla, yo voy yendo para allá! -dijo saliendo a la carrera de la sala.

María Gómez intentó mantener la calma. Tras unos hehechos, pudo observar, brillantes como dos antorchas, los enormes ojos de aquella fiera. Se observaron mutuamente. Ella, quieta, estática, tratando de respirar con ritmo. El enorme mamífero carnívoro, utilizando sus sentidos para reconocer al débil ser que tenía delante. Adelantó sus pasos, mostrando en primer lugar su pobladísima melena color canela. Con la boca cerrada, respirando profundamente, dejó de estar oculto tras la maleza, y la madre de Héctor tragó saliva al observar la enorme longitud de su cuerpo. Despacio, señorialmente, como curioseando, fue rodeada por la bestia. Casi rozaba con el pelo negro de sus bigotes las piernas y la cintura de María Gómez, que no podía dejar de mirar sus afiladas garras. El león se colocó frente a ella, y se contemplaron durante unos segundos, como los dos animales que realmente ambos eran. El león giró su extensa cabeza y dirigió de nuevo sus pasos hacia la espesura de la jungla, perdiéndose finalmente entre la frondosa vegetación. María Gómez, caminó hacia atrás, aguantando la respiración, sin volverse, hasta que se aseguró que ya no estaba siendo vigilada por aquel monumental león africano. Enseguida comenzó a oír el escandaloso ruido de las sirenas lejanas de los equipos de emergencia, aproximándose. En la sala de control, César y Jack apenas podían contener los latidos descontrolados de su pecho por el espectáculo al que acababan de asistir en directo a través de las nuevas cámaras de vigilancia que acababan de instalar en Ciudad María.

-¿Qué te parece la nueva terminal del Aeropuerto?

Le preguntó César a Peter mientras paseaban por las recién estrenadas instalaciones. Tras varios meses de trabajo durante las veinticuatro horas del día, se afanaban aún decenas de obreros en instalar señalizaciones,

colocar banderas nacionales y dar los últimos retoques técnicos al lustroso edificio.

-La verdad es que parece cualquier cosa menos un aeropuerto, si te soy sincero –le dijo el Rey.

-Perfecto, es eso lo que se pretende. Mira, a través de estas galerías acristaladas los viajeros podrán pasar directamente desde los aviones a los autobuses solares, sin perder tiempo. Y desde el autobús llegarán hasta la zona turística de la costa. Los que no quieran ir en autobús, las galerías les llevan directamente hacia la zona de las bicicletas gratuitas. Desde allí podrán seguir el carril bici hasta la costa. A la gente le encanta. No sabes la cantidad de turistas que están viniendo de vacaciones sólo para poder montar en bici. Les encanta respirar el aire puro de África y hacer safaris fotográficos por las zonas que hemos habilitado en la selva.

-Espero que no se crucen con ningún depredador. La única explicación lógica de que se salvara la madre de Héctor el otro día es... que ocurrió un milagro. Eso y que los leones de Petronia suelen ser cazadores nocturnos, no diurnos...

-Los turistas que llegan suelen respetar mucho las normas, la verdad, y no salen de las zonas marcadas para ellos.

-Eso los turistas –le dijo el Rey a su gran amigo-. Pero dudo mucho que lo hagan los depredadores, ¿No crees?

Camaronaron entre las modernas salas, admirando la arquitectura interior y los detalles de la innovadora decoración y de la constante vegetación que inundaba cada rincón.

-Pero normalmente los aeropuertos están llenos de tiendas, bares...  
¿Verdad?

-Consumismo puro. Pero esto es Ciudad María, Peter. En nuestro aeropuerto tendremos el mejor museo del país, espectáculos en vivo y degustaciones gratuitas de nuestros productos. Nuestros invitados son eso, invitados. No clientes.

-¿Y la tercera pista de aterrizaje?

-Estará concluida en una semana. Aumentará exponencialmente nuestra capacidad operativa. Seguramente tendremos que comprar más aviones nuevos para nuestra aerolínea. A Airbus o a Boeing. Tendrás que negociar el contrato, fríamente.

-Son duros, pero creo que al final llegaremos a un acuerdo que nos beneficie a ambos. ¿Qué hora tienes?

-Son las siete de la tarde.

-¿A qué hora llegan los nuevos?

-En apenas diez minutos, he programado la recepción en la terminal principal. Hay una gran sala en la planta superior, el techo está formado por unas láminas semitransparentes. Dejan pasar la luz pero a la vez absorbe la

energía solar. Es una maravilla, pero está aún en pruebas. Héctor está últimamente más inspirado que nunca.

Treinta minutos después, César y Peter se reunieron con veinte jóvenes extranjeros, ninguno de ellos mayor de veinticinco años, recién llegados a Petronia. El grupo era completamente heterogéneo. Su único punto en común era su juventud. Había jóvenes biólogos japoneses, bacteriólogos alemanes, genetistas australianos, químicos kuwaitíes, astrónomos argentinos, geólogos españoles, grandes matemáticos rusos... Incluso una fantástica estudiante china de ingeniería electrónica. La mayoría habían acabado sus estudios reglados con mucha facilidad y habían cursado algún tipo de master muy cualificado. Además, se habían presentado a los exámenes de preadmisión en Petronia Future Inc diseñados por César. Los requisitos eran ser menor de treinta años y firmar el contrato de ciudadanía para vivir en Ciudad María, aceptando por tanto el Código de Conducta. Para el escaso uno por ciento que superaban el examen, la penúltima de las pruebas de acceso era la presentación de un proyecto científico innovador que fuera autosuficiente económicamente hablando y realizable. Los seleccionados se enfrentaban después a una serie de entrevistas de trabajo por videoconferencia, algunas de las cuales llegaba a supervisarla el mismísimo Héctor. Se presentaban más de cien mil solicitudes de brillantes jóvenes cada mes. Y si, en aquella sala del aeropuerto estaba reunida la última hornada de jóvenes, deseosos de comenzar su nueva vida dentro de la zona especial de Petronia. Normalmente era Héctor quien acudía gustosamente al aeropuerto a recibir a los jóvenes, pero en aquellos meses estaba más centrado que nunca en su trabajo en el taller. Así que delegaba en alguno de sus ayudantes o, como en aquella ocasión al coincidir con el final de las obras del aeropuerto, en César. La sorpresa de los jóvenes fue mayúscula al ver que era el mismísimo Rey Peter III de Petronia el que acudía a darles la bienvenida, en aquella sala de reuniones. Una vez tomaron todos asiento, dejando sus grandes maletas en la entrada de la sala, el Rey comenzó su alegato de bienvenida, en un tono mucho más coloquial que de costumbre.

-¿Qué tal están? Sean bienvenidos a Ciudad María.

Todos agradecieron sus palabras con amabilidad, mientras terminaban de situarse en sus asientos.

-Tal vez para ustedes sea un reto y una satisfacción el haber logrado tener éxito en el proceso selectivo y llegar hasta aquí. Pero créanme. La satisfacción es nuestra por tenerles en Petronia.

No pudieron evitar los jóvenes científicos comenzar aplaudir con fuerza, llegando a interrumpir al monarca. Sus nervios eran evidentes. La escolta personal del Rey vigilaba atenta desde la puerta.

-Ustedes representan una nueva generación de científicos y técnicos, con unos nuevos valores y unas nuevas motivaciones. Una generación que no ve la vida y la ciencia como una competición donde hay que ganar el máximo dinero posible. No. Ustedes representan el futuro. Una generación que hará de este mundo un lugar mejor. Más ecológico, más justo, más estable. Muchos de los proyectos que han salido a la luz desde aquí, desde este pequeño país llamado Petronia, están ya de hecho revolucionando al resto de los seres humanos. Sin embargo ustedes traen bajo el brazo muchos nuevos proyectos. Algunos, sobre pequeñas cosas que nos harán la vida más fácil. Otros, grandes obras que pasarán a la historia de la arquitectura. Pero todos ustedes traen algo consigo que está grabado en la esencia de Ciudad María: la esperanza y la ilusión de que otro mundo es posible. Hace unos años, Ciudad María era una utopía. Hoy en día, gracias a gente como la que está aquí hoy sentada en esta sala, es una realidad. Ustedes sueñan con hacer realidad sus proyectos. Yo que sus proyectos contribuyan a hacer de Petronia, de África, y por ende de todo el planeta un lugar mejor. Ojala su sueño y el mío se hagan realidad.

A los aplausos de los jóvenes se unió esta vez algún grito de júbilo.

-Ustedes vivirán en la Ciudad de la Ciencia, y trabajarán codo con codo con algunos de los mejores investigadores del mundo. Les pido humildad, trabajo y respeto. Respeto por los petronianos y por Petronia. Vivirán en un régimen diferente a aquel en que hayan vivido nunca. Da igual si vienen de una democracia, de una dictadura o de un régimen religioso. Esto es diferente. Las leyes son diferentes. Dentro de la zona especial están obligados a participar en los asuntos políticos locales, a respetar el código de conducta, y a cumplir con las demás obligaciones como ciudadano. A cambio, disfrutarán de la gran ciudad con menor índice de delincuencia del mundo, y con los mejores servicios sociales. Como también saben, nuestro sistema económico es totalmente independiente. El dinero que ganen aquí no les servirá fuera. No podrán cambiarlo por dólares o euros, ya que no está integrado en el Sistema Monetario Internacional. El dinero que se produce en las fábricas y las industrias de Ciudad María es utilizado por Petronia Future Inc para revertirlo en la comunidad, hasta el último centavo. Recibirán un salario tasado y justo, con el que podrán acceder a casi todos los bienes necesarios.

-Majestad, ¿me permite? -solicitó César, respetuosamente, ante aquella joven audiencia.

-Por supuesto, adelante.

-Bienvenidos a todos, mi nombre es César Brown. Soy uno de los ayudantes de su majestad el Rey Peter III, y he estado desde el principio a su lado en la creación de este proyecto.

-Todos le conocemos –dijo una atractiva chica rubia sentada en la primera fila, congratulando a César-. Es usted uno de los principales artífices de Ciudad María y uno de sus ideólogos más importantes. Además es usted el responsable del Área de Recursos Humanos.

-Bien, señorita, usted ha hecho sus deberes –contestó-. Si me permiten, les explicaré algo que les puede aclarar dudas sobre el funcionamiento y las motivaciones de Ciudad María. En el principio de los tiempos, el ser humano se dio cuenta de que era un animal social: necesitaba vivir en sociedad. La necesitaba para protegerse contra los peligros que le rodeaban en la naturaleza, para reproducirse, para cazar. La sociedad es paralela e inseparable a la evolución humana. En aquellos primeros días, el lema que definiría la sociedad sería *No dinero, no ciencia*. El hombre de las cavernas no disfrutaba del dinero, ni de la ciencia en absoluto. Tras unos primeros siglos, se desencadenó la creación y el desarrollo del dinero, llámese trueque, cuentas de colores, o monedas de bronce. Esto generó el llamado estado de *Si dinero, no ciencia*. La ciencia aún estaba dando sus primeros pasos, y la vida de una persona en el año 1400 apenas se diferenciaba de la de sus antepasados de mil años antes. Más tarde, se evolucionó a una sociedad basada en el *Si dinero, si ciencia*. La ciencia evolucionó enormemente, a la vez que el sistema monetario. La bolsa, los intereses bancarios, las tarjetas de crédito... Se desarrollaron paralelamente la máquina de vapor, la televisión o los viajes al espacio. Y en ese punto estamos ahora. Ciudad María es la vanguardia de lo que será el próximo paso de la evolución de la sociedad humana. *No dinero, si ciencia*. Este es el futuro de la llamada civilización avanzada. La tecnología será la clave en los próximos siglos, en que la especie humana dejará de estar sometida a la esclavitud que tiene sobre el dinero, y se basará en aquello que nos diferencia del resto de los animales. La ciencia. La cultura. El conocimiento. Lo que representan ustedes aquí. Lo que ustedes traen bajo el brazo, lo que tienen su cabecita, sobre sus hombros. Ese es el futuro de la humanidad. Esa es la mejor inversión posible para Ciudad María, y lo será para el resto del mundo.

En la cara de los jóvenes se iluminaba un halo de emoción, ilusión y esperanza al escuchar aquellas palabras.

-Disfruten de su estancia aquí. Ojala sea por muchos años -concluyó-. ¿Alguna pregunta, caballeros?

Tras unos segundos, uno de los jóvenes, de aspecto oriental, vestido con un chándal blanco, se atrevió a levantar la mano.

-¿Hay equipo de fútbol en Ciudad María?

Todos se echaron a reír.

El Rey volvió a tomar la palabra, de forma desenfadada.

-¿Cómo se llama usted, caballero?

-Takashima Yagui, majestad.

-Déjeme preguntarle... ¿Qué le atrae a usted de Ciudad María? Es decir... ¿Por qué un joven brillante como usted renuncia a todo, a la familia o al dinero para venirse a África?

-Verá, majestad. Yo soy de Tokio. Es una ciudad fascinante pero, con el tiempo, te vas dando cuenta de que te vas sincronizando con el resto de la gente. Mismo horario, mismos objetivos... la misma mierda, con perdón. Los jóvenes se sorprendieron del mal lenguaje del japonés.

-Tranquilo. Continúe por favor –solicitó el Rey.

-Yo soy ingeniero informático. Pero por mucho éxito que tuviera trabajando en algún laboratorio de Yamaha, de Honda o Nintendo, al final todo se reduciría a elegir el color de mi todoterreno, el colegio al que asistirían los niños o las pulgadas de la televisión del salón. Es la única capacidad de elección que me quedaría dentro de la masa millonaria de borregos con traje y corbata. Vengo a Ciudad María buscando algo diferente, una sociedad diferente. No sé exactamente de qué forma. Sólo sé decir que diferente. Tengo un proyecto propio en el que creo, y si lo hiciera en Japón finalmente su destino sería seguro ser acoplado a cualquier cosa y vendérselo a la gente. Ya sabe, estaría en el escaparate, se intentaría ganar el máximo de dinero con él, hasta que se pasara de moda y se impusiera algo mejor.

-¿De qué trata su proyecto señor Yagui?

-Sobre identificación biométrica, majestad.

-Por favor, explícanos un poco más.

-Bien, se trata de una serie de sensores faciales de reconocimiento colocados en los establecimientos. Una persona entra a una tienda, y coge lo que quiera. No tiene que ir a pagar, ya que al salir por la puerta de la tienda el sensor le reconoce el rostro, lo coteja con una base de datos y le hace el cobro. Cuando esta persona llega a su casa, en su terminal informático se le indica que confirme el pago de lo que se ha llevado. Lo mismo en una tienda, como en un bar, un supermercado, una autopista. Es un método seguro y cómodo.

Peter miró a César, situado tras de sí, y asintió con la cabeza apretando los labios, como mostrando su conformidad con el proyecto del joven informático.

-Me parece genial, seguramente en breve podamos disfrutarlo en Ciudad María. ¿A alguien más le apetece contar algo sobre su proyecto?

Varias manos se alzaron rápidamente entre el grupo de jóvenes. El Rey fue eligiendo de una en una, por orden.

-Me llamo Jose Di Massano, tengo veintiséis años y soy de Buenos Aires. Mi proyecto trata sobre una serie de pequeños robots autómatas que son capaces de sincronizarse para construir edificios o carreteras.



-Hola, me llamo Phillipe Reichelt, tengo veintiocho años y soy austríaco. Mi proyecto versa sobre un sistema para reciclar el agua del mar y enriquecerla con minerales y vitaminas durante el proceso.

-Hola a todos, mi nombre es Susan van Harlien, soy holandesa, tengo dieciocho años y mi proyecto trata en general sobre el desarrollo de exoesqueletos de titanio y carne artificial para transplantar en humanos.

-Buenas tardes, soy Emmet Brown, y creo que puedo viajar en el tiempo. Se oyó una gran exclamación de sorpresa ante este proyecto.

-Es broma. Soy Warren Hague, de Bristol, Inglaterra. Mi proyecto trata sobre la energía maremotriz de los océanos. Por cierto, hoy cumplo veintitrés años.

-¿Es otra broma, señor Hague?

-No, eso cierto, majestad.

-Entonces, felicidades, y bienvenido a Ciudad María.

Era tanto el talento, el ingenio y las ganas de trabajar que estaban condensadas en aquellos grupos de jóvenes que iban poblando poco a poco la Ciudad de la Ciencia, que no había universidad, laboratorio ni institución en el mundo que pudiera competir con el ambiente que se respiraba allí. Si existía un sitio donde realmente se pudieran cambiar las cosas, sin duda era aquel. Era el lugar perfecto, donde cualquier científico podía hacer realidad sus sueños y proyectos. Donde vivir en paz, con dedicación exclusiva a la ciencia, con fondos casi ilimitados, y sin tener que dar explicaciones a exigentes juntas de accionistas o a ignorantes cargos políticos profanos en la materia, deseosos de resultados y sobre todo de inmediata rentabilidad.

-Posiblemente, el momento álgido de Ciudad María, antes de que empezaran los problemas, fue la gran fiesta de fin de año del año 2018. Desde seis meses antes se empezó a preparar lo que sería la fiesta más importante jamás celebrada en Petronia. Sería su forma de celebrar su mayoría de edad, una fiesta que por primera vez en la historia la convertiría el centro del mundo, casi a la altura de unas olimpiadas o un mundial de fútbol. Fue idea de Jason Van Callahan, el publicista de Ámsterdam, que entusiasmó a César, que gustó a Peter y que aceptó un Héctor más atareado y concentrado que nunca en desarrollar sus diseños y en disfrutar de la ciencia más que de las relaciones sociales. Prefería dejar esos temas en manos de César, y continuar con el relativo anonimato que le brindaba su taller, rodeado de los científicos de primera clase seleccionados por él en todo el mundo. La fiesta consistiría en celebrar la nochevieja de forma multitudinaria, con varias fiestas temáticas a lo largo de la playa de Petronia. Se creó y realizó una impactante campaña mediática a través de internet, con videoflyers que anunciaban la que sería la mayor fiesta jamás celebrada por el hombre. Se llamó la Fiesta del Nuevo Mundo. Se celebrarían eventos durante tres días, para demostrarle al mundo que debía volver a mirar a África. A su origen. Que tenía ahora un símbolo, llamado Petronia, que quería ser la luz que guiara al continente a salir de la pobreza a través de la tecnología. Se vendieron con antelación más quinientos mil paquetes turísticos por todo el mundo, desde dos hasta siete noches, en los diferentes hoteles de la Costa de Petronia. Los paquetes no podían ser revendidos ya que eran nominales, pero aún así hubo cientos de multimillonarios que ofrecieron a la organización millones de dólares para poder asistir a semejante evento. Las entradas se repartieron entre los continentes de forma equitativa, de forma que a cada continente le correspondieron cien mil, y esas fueron las que se vendieron, ni más ni menos, y todas al mismo precio. El único requisito para poder obtener una era firmar un documento con las condiciones para entrar en Petronia, entre las cuales se incluían cláusulas para que los visitantes sólo pudieran permanecer allí el tiempo que durara la fiesta. Además, debían dar su permiso para poder ser identificados en todo momento por el Cuerpo de Fronteras y seguir unas estrictas medidas de seguridad. Los paquetes

incluían el viaje en aviones concertados por Petronair, alojamiento, comida... Las entradas se agotaron apenas una semana después de comenzar la campaña publicitaria. Quería ser la primera gran fiesta global, sin que importaran aspectos como la raza, la religión, el sexo, la edad o el dinero. Aquel que conseguía entradas a través de la web, se convertía en la admiración y en la envidia de los que le rodeaban allá dónde viviera, fuera Rusia o Argentina, hasta el día de la celebración. Sin embargo, Callahan tenía otro golpe de efecto publicitario en la manga. Seleccionó a un grupo de cinco ciudadanos voluntarios de Petronia, que recorrieron durante seis meses más de cien países para regalar paquetes a familias de pueblos remotos, o sin medios. Regalaron cerca de cinco mil entradas, con todo el transporte incluido, a familias de la cordillera del Nepal, a aborígenes de la cuenca del Amazonas, a mujeres gitanas del centro de Rumanía. Todas las etnias merecían estar representadas en la Fiesta del Nuevo Mundo. El noventa por ciento de estas cinco mil personas desfavorecidas a lo largo del mundo asistieron finalmente a esta celebración... y puedo asegurar que se lo pasaron realmente bien.

Los preparativos de la fiesta duraron meses, hasta que por fin el día veintisiete de diciembre de 2018 comenzaron a llegar los primeros aviones chárter al gran aeropuerto de Ciudad María. Hicieron falta más de cinco mil operaciones de vuelo para trasladar a semejante masa de gente. Cada cuatro minutos, día y noche, tomaba tierra o despegaba un avión desde las modernas pistas de aterrizaje. Pero todo el aparato logístico funcionó a la perfección. César se reveló como un fantástico organizador de eventos a gran escala, y los traslados se desarrollaron sin tener que lamentar ningún incidente de importancia. La gran terminal de cristal y aluminio vio bajar a oleadas de gente que eran recogidas en modernísimos autobuses impulsados por energía solar, y que trasladaban hasta los hoteles de cincuenta en cincuenta pasajeros, durante las veinticuatro horas, sin descanso. Todos los conductores, el personal de los hoteles, de las discotecas, de seguridad, de limpieza... todos se comportaron con una extrema profesionalidad durante los días que duró aproximadamente el operativo. Sabían que el dinero que se ganase repercutiría indirectamente en ellos. El evento fue inaugurado con un pequeño discurso televisado a medio mundo del Rey Peter que, vestido con una gran túnica amarilla, púrpura y negra dio paso a las actuaciones de una veintena de grandes pinchadiscos africanos en la cristalina playa de Bembo Beach, provocando la algarabía de las miles de personas que iban llenando el gigantesco complejo turístico. Se sucedían las fiestas a lo largo de la costa de Petronia, en calas, playas y locales; y César puso en práctica uno de esos experimentos que tanto le gustaban. Dividió las fiestas en dos zonas. En una de ellas se permitía la venta y el consumo de bebidas alcohólicas,

mientras que en la otra estarían prohibidas. Inspectores contratados de Petronia Future, equipados con detectores láser de etanol, controlaban uno a uno a los asistentes tanto en los accesos como dentro de las fiestas, para asegurarse que no había personas que hubieran consumido alcohol. Proyectaban un haz de luz rojo en la boca de la gente, que detectaba cuándo alguien exhalaba etanol con su respiración. Además, las fiestas sin alcohol tenían el gran aliciente de tener abundantes camareras, bailarinas y animadoras del sexo femenino, mientras que en la zona abierta al consumo de alcohol todos los trabajadores eran hombres. Tal y como sospechaba César, las fiestas sin alcohol fueron mucho más multitudinarias y exitosas que las otras. César, Héctor y Peter consideraban objetivamente el alcohol como una de las drogas más peligrosas y perjudiciales, y una fuente de problemas para la sociedad así que decidieron hacer esta división para evitar peleas e incidentes desagradables que pudieran aguar la fiesta. En la zona en la que se permitía beber alcohol, su precio era además muy caro ya que todos los precios los marcaba César y su equipo de sociólogos colaboradores. Al no haber alcohol en la celebración, apenas se registraron sucesos como intoxicaciones etílicas, caídas, peleas... No se denunció ni una sola agresión en la recién estrenada comisaría de Policía de Costa Petronia, tan sólo varios extravíos de documentación y varios detenidos por intentar introducir botes de cerveza o cantimploras llenas de ron en la zona libre de alcohol. Algo insignificante, pero que era reflejo del gran trabajo de prevención que realizaron las fuerzas de seguridad de Petronia. La cadena de televisión oficial, Petronia African TV, que acababa de nacer, retransmitió al mundo durante las veinticuatro horas todo lo que acontecía, sin descanso, en rigurosos directo y las imágenes que transmitía ocuparon minutos en todos los informativos y telediarios a lo ancho y largo del globo. Fue algo mágico, algo nuevo, algo fresco. Una mezcla heterogénea de todos los pueblos del mundo, reunidos en las playas de África, compartiendo un momento histórico de unión.

-¿Económicamente fue viable la Fiesta del Nuevo Mundo? –preguntó uno de los periodistas americanos.

-A corto plazo, lo que sería ingresos menos gastos, la verdad es que no. El despliegue logístico y de personal para semejante dispositivo fue impresionante, más cincuenta mil trabajadores, cientos de autobuses, miles de habitaciones de hotel... No, no se trataba de eso. Petronia Future era una apuesta a largo plazo, y gracias a este evento Petronia entró en la primera división de los países y dejó de ser considerada parte del tercer mundo. El mundo se dio cuenta de que había un nuevo jugador de primer nivel. Innovador, diferente, con reglas nuevas. Aunque, como ya saben, eso no gustó a todos. Y no tardarían en darse cuenta Héctor, César y Peter ya que, a mediados de enero, las cosas empezaron a cambiar. La fiesta fue un punto

de inflexión. El pico superior antes de la gran caída. Llamaron la atención de tal forma, estuvieron bajo los focos en el centro del escenario tanto tiempo, que hubo quien pensó que era el momento de que Petronia y su impertinente y joven Rey recibieran una cura de humildad, para que no se olvidara, ni por parte de Petronia ni por parte del resto del mundo, cual era el orden natural de las cosas.

-¿Estás preparado, Paul?

-Espera, Héctor -Paul Boss terminó de abrochase sus botas negras de cuero-. Ahora. Adelante -dijo incorporándose.

Héctor accionó un interruptor manual para encender las luces de uno de los grandes hangares anexos a su taller, en el mismo centro de Ciudad María. La luz blanca inundó la sala, dejando descubrir en su mitad a un flamante helicóptero de color púrpura metalizado. Las hélices del rotor medían diez metros de extremo a extremo y su envergadura era de al menos ocho metros de largo. Tenía la bandera de Petronia serigrafiada en su cola, junto con el nombre "María One" en letras blancas. La luz se reflejaba en el aparato de tal forma que parecía que emitiera su propia luz.

-Dios mío... es la cosa más bonita que he visto en mi vida- dijo con admiración Paul Boss.

-¿Te gusta? Esta basado en el Apache del ejército americano, pero con muchísimas modificaciones.

Rodearon el helicóptero con su mano acariciando el brillante fuselaje.

-¿De qué material está hecho?

-Ireno. Es una mezcla de aluminio, acero, kevlar y materiales semiconductores. Ligero y ágil. Lo hemos patentado hace poco.

-¿Lo has diseñado tú?

-Bueno, digamos que hemos intentado mejorar lo que habían diseñado otros. Dar un paso hacia delante.

-Es precioso, Héctor ¿Y... también vuela?

-No lo sé, pensaba que tú me lo dirías -dijo sonriendo.

-Por algo soy tu piloto oficial de pruebas, ¿no?

Los dos se subieron en el interior de la cabina del María One, admirando su interior.

-¿Dónde están los auriculares?

-Bueno, hemos pensando que el casco puede llegar a ser molesto, sobre todo si has tardado mucho en peinarte -bromeó Héctor-. En serio, mira esto. Accionó un par de botones en el techo de la cabina de mando, y la parte interior del cristal delantero del helicóptero se lleno de letras, números e indicadores de color púrpura que se reflejaban en el propio cristal.

-El cuadro de mandos es muy parecido al J723- comentó Paul, analizando el interior-. En principio todo está funcionando a la perfección. Voy a

comprobar el combustible... combustible... ¿Dónde está el indicador del nivel de combustible? ¿Dónde lo has puesto?¿Lo has escondido?

-No llevas combustible, Paul. La fuente de energía es el sol. Por suerte hoy hace un día despejado, así que no tendremos que preocuparnos de eso.

-Eres increíble. De acuerdo, pues allá vamos.

-Ok. Comienza la secuencia entonces.

- Cinco, cuatro, tres, dos... ¡Adelante!

El rotor del María One comenzó a girar de forma violenta, como si fuera un pájaro intentando aletear para separarse de la tierra. Las hélices giraban elípticamente, y la parte inferior del aparato comenzó a separarse del vuelo.

-¡Será mejor que abras el techo!

-Ahí tienes el mando a distancia.

Paul Boss pulsó en el cristal en un icono que representaba una puerta abriéndose, y la parte superior del hangar se fue plegando lámina por lámina, mecánicamente, hasta habilitar un espacio de varias decenas de metros por donde poder salir el helicóptero. El María One alcanzó rápidamente y de forma vertical una altura de un centenar de metros, y Héctor vio por primera vez Ciudad María, sus fábricas y sus oficinas desde el aire; los barrios periféricos como la popular Ciudad Brigitte o la exclusiva Ciudad Juliette; las vías que comunicaban formando un círculo perfecto todos los barrios; las máquinas y los obreros trabajando sin descanso construyendo nuevas infraestructuras, y al fondo la aún capital del País, la vieja Petronia Town.

-Es bonito ¿Verdad? –se entretuvieron disfrutando del paisaje-. Pero aún queda mucho por hacer.

-A mí lo que me gusta es el cielo -respondió Boss-. Y gracias a ti, estoy más cerca que nunca.

-Vamos hacia la playa. Que el mundo vea tu nuevo juguete. ¡Y cuidado con la zona del el aeropuerto!

El helicóptero, estable y seguro, tomó dirección oeste, hacía la zona turística dónde se estaba celebrando esos días la Fiesta del Nuevo Mundo. En unos minutos se encontraba casi llegando a la Costa de Petronia. Paul se entretuvo realizando varios giros y practicando piruetas para comprobar la capacidad de maniobra del helicóptero. Héctor estaba totalmente tranquilo. Había sido él quien le había escogido entre muchos otros expedientes para ser el piloto oficial de pruebas de los nuevos modelos de vehículos que salían de la factoría de Ciudad María. Tenía formación y habilitación para pilotar varios modelos de aviones comerciales y helicópteros y además era un experto conductor y un brillante ingeniero. Pasó los primeros filtros de entrevistas y después el propio Héctor le seleccionó para su equipo entre diez candidatos más. Le seleccionó por ser el más joven, y porque su vehículo habitual en Alemania era un humilde Volkswagen Golf de la

segunda serie. Un hombre así no es un niño de papá al que sus padres le han pagado los estudios y las horas de vuelo -pensó-. Y no se equivocaba, Estuvo trabajando durante casi ocho años cargando maletas en el aeropuerto de Frankfurt Main sólo por estar cerca de los grandes aviones mientras terminaba sus estudios, que pagó con un préstamo personal que estuvo pagando religiosamente durante años. Ahora se encargaba de poner a prueba los prototipos de Héctor, y habían desarrollado una buena relación profesional y personal.

-Dios mío, mira como está la playa. ¡No cabe un alma! –anunció el alemán. Ambos se quedaron maravillados cuando vieron a decenas de miles de personas bailando en la playa, la mayoría de ellas ataviadas con ropas blancas, púrpuras y amarillas. Todas parecían llevar el mismo ritmo, la misma onda, y durante unos minutos ambos permanecieron callados observando el gran espectáculo desde su privilegiada posición a trescientos metros de altitud.

-Voy a acercarme.

-¡Perfecto!

El sonido de los cientos de altavoces que recorrían la costa con músicas de todo el mundo se mezclaba con el de los rotores del María One, que era recibido con saludos y fotografías por todas las personas que estaban allí abajo, en la playa. Recorrieron toda la costa, en una y otra dirección, en varias ocasiones, disfrutando de las maravillosas vistas de la puesta de sol en el océano, en un lado; y de las miles de personas que celebraban no sólo la llegada de un nuevo año, sino de una nueva esperanza en forma de país, Petronia y de un continente, África, que quería tener su oportunidad de salir adelante por sí misma. El primer helicóptero alimentado exclusivamente por energía solar fue fotografiado miles de veces por los asistentes a la Fiesta del Nuevo Milenio, quienes desconocían la importancia real de ese primer vuelo. Pues alimentó la gran ilusión de Héctor de poder fabricar transportes no terrestres totalmente distintos a lo que el hombre había conocido hasta ahora. Si, la energía solar podía conquistar también el cielo. El sonido agudo de un timbre inundó la cabina del helicóptero.

-¿Qué es esto? -preguntó Paul.

-Debe ser el manos libres, habrá enganchado mi terminal, aceptaré la llamada.

El rostro de César, con una festiva corona de flores rodeando su cuello, apareció proyectado como una videollamada en la esquina superior izquierda del gran cristal frontal.

-¿Héctor? –gritaba César intentando que se le oyera entre el ruido de la música-. Oye, ¿Dónde estás? ¡Tienes que ver esto! ¡Hay un helicóptero gigante sobrevolando la fiesta!

-Lo sé, lo sé César. Estoy subido en él.

-¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Sabía que tendrías alguna sorpresita reservada!

-¿Quieres que pasemos a buscarte?

-¡Claro! Estoy en el American Hotel.

-Pues sal a la calle, en diez minutos nos vemos allí

Y, de tal modo, el helicóptero tomó tierra en la puerta del American Hotel, ante la admiración de todos los clientes y trabajadores que asistieron al aterrizaje. César se encaramó como pudo al aparato, y volvieron a ascender, cogiendo rumbo de nuevo a recorrer las rebosantes playas. César, entusiasmado, le pidió a Paul que le dejara colgarse con los arneses de seguridad. Se los instalaron y fijaron correctamente, y le ayudaron a ir bajando por el cable de rescate. Se quedó suspendido diez metros bajo el armazón del aparato.

-¡Estoy volando, Héctor, estoy volando! –gritaba lleno de emoción.

El helicóptero, lentamente recorría la orilla de la costa, ante el vocerío y el tumulto de la música y la gente bailando sobre la arena.

-¡Soy el puto amo! –gritaba César, agitando los brazos y las piernas- ¡El puto amo!

Ese fue un punto de inflexión –cambió el profesor su tono de voz-. Posiblemente el punto más alto y feliz de todos los que vivimos la historia de Ciudad María. A partir de la mañana siguiente las cosas empezaron a cambiar para Peter, Héctor, César y los demás. Muy a pesar suyo, iban a despertarse violentamente de su magnífico sueño.



El lujoso jet privado de Kevin Steal aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Petronia un par de minutos antes de las diez de la mañana del día cuatro de enero de 2019. Tras un largo viaje de más de dieciocho horas, lo normal hubiera sido descansar en un hotel para reponer fuerzas y sobreponerse a los duros efectos del jet lag. Sin embargo, Kevin era de una pasta diferente. En cuanto el tren de aterrizaje tocó tierra africana, se levantó de su asiento, impaciente por empezar a trabajar. Un taxi solar petroniano previamente contratado le recogió en la terminal del aeropuerto, y le trasladó directamente hasta el Palacio Real. Steal miraba por la ventana con la vista perdida en la abundante vegetación salvaje que rodeaba la carretera, y en los destartalados y antiguos coches de combustión que aún circulaban por la vieja capital de Petronia con los que se cruzaba en el camino.

Cuando hubo llegado al Palacio, se identificó ante la policía en los controles de seguridad de la entrada. Una vez le entregaron la acreditación, un miembro del servicio de escolta del Rey Peter le acompañó hasta la antesala del despacho del monarca. Allí, sólo pidió una toalla para secarse el sudor de su rasurada cabeza, y una botella de agua.

-Cerrada –recalcó con seriedad.

Tras unos veinte minutos de espera en uno de los sillones forrados con piel de animal, se abrió la puerta del despacho. Kevin Steal se ajustó su inseparable corbata roja y entró en el despacho. Además de a dos escoltas, se encontró por primera vez de frente con Peter.

-Debe usted tener muy buenos contactos –dijo tendenciosamente el anfitrión-. Normalmente los inversores extranjeros suelen tener varias reuniones con nuestros asesores económicos de Petronia Future Inc antes de llegar a cualquier tipo de acuerdo con nuestro gobierno. Sin embargo, usted insistía en reunirse directamente conmigo.

Peter se acercó a unos metros de él, mientras se examinaban mutuamente. Le ofreció su mano, y se la estrecharon durante unos segundos. Apretaron ambos con tanta fuerza que parecía que fueran a saltar chispas.

-Siéntese si es tan amable, por favor. He accedido a tener esta deferencia con usted -continuó el Rey-, y no con los demás grupos de inversión ya que he recibido la llamada de importantes personalidades de más de diez países distintos. Senadores estadounidenses, diplomáticos, embajadores franceses,

eurodiputados, jeques de Arabia... Incluso varios premios Nobel han insistido en que debía reunirme con usted. Hasta algún título nobiliario de la vieja Europa también se ha puesto en contacto con la Casa Real petroniana, por primera vez. Una impresionante carta de recomendación, la verdad. Y, con sinceridad, no tengo muy claro a quién representa usted. No sé si vela por los intereses de alguna organización, de algún país, de alguna empresa privada o de algún fondo de inversión. Simplemente sé que hay mucha gente que se ha implicado para que esté hoy aquí, sentado en mi despacho. Usted sabe seguro muchas cosas sobre mí, sobre mi país, sobre nosotros. Y yo no sé ni siquiera el propósito de su visita. Por favor, estoy deseando oír lo que viene a proponerme.

-Muchas gracias majestad, por recibirme -Kevin Steal se encontraba cómodo en este tipo de conversaciones tensas, lo que se notaba en su postura corporal y en la seguridad de transmitía al hablar-. Reconozco el valor que tiene su tiempo, y conozco muy bien el mío. Así que procuraré ser conciso, breve y sobre todo directo. Durante mucho tiempo, el orden natural de las cosas ha dependido de un ligero equilibrio. Gracias a ese equilibrio, el ser humano ha podido progresar y evolucionar. Es así desde el principio de los tiempos. Este equilibrio se basa en garantizar la seguridad de las personas. Y a su vez, esa seguridad se basa en unas líneas que no pueden ser traspasadas. Desde la segunda guerra mundial, se ha intentado garantizar y sujetar la estabilidad del planeta de forma que no volviera a ocurrir otra tragedia igual. ¿De qué forma se ha mantenido? Con negociaciones, con pactos, fomentando la estabilidad entre los pueblos. Hoy en día como usted sabe, gracias a la globalización, todo lo que acontece en una parte del mundo tiene su repercusión en la otra. Petronia comparte planeta con otros muchos pueblos. Y hay que demostrar el suficiente respeto por el resto como para contar con ellos.

Peter lo miraba con una mezcla de asombro y desprecio. No le gustaban las palabras ni el tono de voz que estaba utilizando aquel arrogante americano desconocido en su despacho, el mismo en el que su padre había trabajado dirigiendo el destino de Petronia durante tantos años. Dejó que Kevin prosiguiera, sin perder detalle de su tono de voz y sus gestos.

-Hay muchas empresas honradas, creadas por hombres honestos, que llevan más de cien años trabajando de sol a sol, día tras día, año tras año, luchando para crecer y ayudar a la humanidad a evolucionar. No es justo que en menos de diez años hayan sido completamente arruinadas, y con ellas millones de trabajadores no sólo en los países desarrollados, sino en todo el mundo. Hay muchas empresas que quieren participar en su economía. Vengo a pedirle que nos deje ir de la mano con su crecimiento.

-¿Y de qué forma se supone que quieren ustedes participar en nuestra economía? -preguntó con suspicacia Peter.

-Déjenos participar en sus contratos, es decir... Lleguemos a acuerdos comerciales. Compre nuestros productos, déjenos invertir en su país y abrir establecimientos, regulemos sus exportaciones...

-Siento decepcionarle, caballero -le interrumpió-. Pero desde su nacimiento, la Zona Especial tiene unas leyes y unos estatutos muy concretos. Si traicionamos ahora su espíritu, traicionaríamos la esencia de Ciudad María. Pero si lo desea, utilice los cauces tradicionales, haga ofertas a nuestros especialistas económicos, y quien sabe... tal vez podamos llegar a colaboraciones puntuales.

Kevin soltó una pequeña risotada arrogante antes de decir:

-Creo que no lo entiende.

-¿El qué? Yo lo veo muy claro.

-Petronia tiene que ser consciente de que es necesario que acepte nuestra colaboración, si no quiere ganarse... enemigos.

Peter se sintió desafiado.

-¿Esto es una amenaza?

-No. Es un aviso, majestad. Ya le dije que no he venido aquí a hacerle perder el tiempo.

-¿Así que se recorre medio mundo para venir al despacho del Rey de Petronia para amenazarlo? No se si es usted muy valiente, o un cretino, la verdad.

Kevin Steal se puso en pie, haciendo uso de su gran corpulencia para reforzar el mensaje que venía a dar. Se miraron fijamente.

-El mundo es un tablero global. No se puede intentar ser la reina sin pedir permiso al alfil o a la torre.

No hizo falta que ninguno de los dos dijera nada más. Kevin salió del despacho, cerrando la puerta desde fuera. Peter apretaba los dientes, enojado por aquella desagradable visita.

Esa misma noche se reunió con César y Héctor, en ese mismo despacho. Pidieron para cenar unos sencillos sandwiches de pollo con tomate y lechuga, acompañados por una botella de vino.

-Quieren su parte del pastel -comentaba Peter con tono enojado tras explicarles la visita de aquel americano a su despacho-. Así de claro. Quieren que les dejemos instalar aquí sus franquicias, sus productos y sus multinacionales.

-Era un paso previsible -dijo Héctor-. Ellos empezarán a mover sus fichas. Y nosotros las nuestras. Toca táctica, diplomacia y negociar.

-Estaba claro que en el momento en que empezáramos a crecer y a hacer ruido, el hermano mayor iba a querer jugar también- apuntó César, con la boca llena.

-¿Qué ofrecen? O... ¿Qué piden, mejor dicho?

-Que les dejemos operar en Ciudad María, instalar aquí locales, sedes y bases logísticas... en fin, como en el resto del mundo: colonización económica. Aunque ellos lo llamen invertir. Y que respetemos los contratos que tienen con países de todo el mundo para la venta de material aeronáutico y bélico. Tu nuevo helicóptero solar les ha metido el miedo en el cuerpo Héctor. Temen perder billones de dólares en contratos. Aviones, helicópteros de combate, barcos, cazas... Nos hemos fundido a su industria del automóvil, la hemos desecho literalmente. Pero esos son un rebaño de monjas al lado de éstos. Enfrentarnos con el lobby armamentístico mundial son palabras mayores. Su mensaje es claro: si empezamos a fabricar aviones o helicópteros de combate... debemos atenernos a las consecuencias.

-Bien. Vamos a ir por partes. ¿César, qué consecuencias podemos preveer?

-Uf... Puedo imaginarme alguna, pero esta gente juega tan sucio que cualquier cosa es posible. Tienen poder suficiente para difamarnos en prensa y televisión de forma sistemática, poner a la opinión pública contra nosotros, intentar bloquearnos económicamente, presionar a los gobiernos, congelar activos de las empresas que tengan relación con nosotros... En fin, problemas.

-Quieren que respetemos el sistema que ellos mismos han creado para convertirse en los amos del mundo. Quieren domesticarnos y que entremos en su juego –aseveró Héctor.

-¿Y si aceptamos? –preguntó Peter.

-Tendríamos que renunciar a muchos de nuestros proyectos solares para no perjudicar a estas empresas, además de que sería en cierto modo traicionar el espíritu de Ciudad María. En el momento en que entre una franquicia dentro... entrarán todas.

Héctor dio primeramente su opinión.

-Debemos continuar. ¿Realmente creéis que ellos abandonarían? Es la eterna lucha entre los poderes establecidos y las nuevas ideas. No debemos olvidar quién es quién en esta historia. Aunque vengan bajo la bandera norteamericana, francesa, alemana o británica, no están representando a los americanos o a los franceses. Están hablando en nombre de un uno por ciento de la población, de banqueros y de empresarios que acaparan toda la riqueza. Es como el juego de las marionetas: marionetas que mueven unos hombres de negro detrás de una cortina. Esto no tiene nada que ver con los ciudadanos americanos o franceses.

-Pero coincidirás conmigo en que esta gente tiene poder, mucho poder - afirmó César.

-Esta claro que la determinación que tomemos marcará un punto de inflexión para Ciudad María y toda Petronia. La decisión no puede ser de nadie, sólo tuya Peter –concluyó Héctor.

Peter miró con detenimiento el cuadro de su padre que ocupaba la pared de madera del despacho. Se fijó en su postura, en su cuello erguido, su frente alta, su piel negra. Y en el león representado a su espalda, sobre la roca. Noble, fiero, leal.

-Somos el orgullo de África. Y su esperanza. No lo olvidemos nunca.

-Entonces...

-Está decidido –completó Peter-. En cuanto al mundo de la aviación, Héctor... Tú eres el padre de todo esto. Tú decides.

-Seguiremos adelante. Pero seremos cautos, y no venderemos nuestra tecnología a nadie. En malas manos podría producirse un efecto boomerang y se volvería contra nosotros. No venderemos ningún modelo de las nuevas series de helicópteros solares, serán todos para nuestro uso interno, de momento.

-Pero eso sabes que no es rentable. Necesitaríamos una producción brutal para rentabilizar la inversión de nuevas fábricas en serie, y con la demanda interna nuestra no se cubriría.

-Mucho me temo, César, que tal vez necesitemos más aviones y helicópteros de combate de los que te crees...

Héctor dijo estas palabras mientras observaba, a través de la ventana del despacho del Rey a dos niños peleándose e insultándose, unos metros más allá de la verja exterior del Palacio Real.

John Wool llamó a la puerta plateada del taller de Héctor, utilizando un pequeño comunicador instalado en los lados. La cerradura se abrió automáticamente y el joven economista de Singapur entró por primera vez en aquella nave. Las luces estaban completamente encendidas, y emitían con tal fuerza que casi se diría que llegaban a molestar.

-Héctor está duchándose, vendrá en unos minutos.

La suave voz de su madre provenía del fondo del taller.

-¿Quiere usted algo? ¿Un refresco o algo de comer? Tengo unos pasteles de chocolate recién hechos que están muy buenos.

Agrietando aún más sus rasgados ojos, John pudo ver a la madre de Héctor.

-De acuerdo, sería genial, señora. Esperaré por aquí entonces.

John aprovechó mientras para pasear entre decenas de ordenadores encendidos que parecían procesar sin descanso millones de datos. Las mesas sobre las que se apoyaban se veían llenas de apuntes, esquemas y dibujos ininteligibles para él. Sin embargo, en su fuero interno como economista, pensó en lo mucho que podrían llegar a valer esas notas manuscritas dentro de dos o tres siglos. Le vinieron a la cabeza aquellas prohibitivas subastas en Sotheby's, donde se pagaban millones de dólares por grabados originales de Pablo Picasso o Leonardo da Vinci. Curioseó

cuatro grandes pizarras blancas con ruedas, pintadas con rotulador rojo, donde se adivinaban los que pudieran ser circuitos internos de los dispositivos que Héctor diseñaba. También tenía varios grandes tabloncillos, de corcho blanco a juego con el resto de la estancia. En ellos colgaban más apuntes, más fórmulas, más patrones. Y en la esquina de uno de estos grandes rectángulos de cartón blanco, una antigua foto. Era de su último día en el Centro de Altas Capacidades de Manhattan. En ella aparecían Peter César y él, con doce años de edad. Se abrazaban sonriendo posando para la foto. No pudo evitar reírse al ver el pelo rizado abultado y las gafas de pasta de César Brown, y la cara de travieso de Peter. Héctor aparecía con un semblante más tranquilo, como si fuera el que menos hubiera cambiado en las últimas dos décadas. Después de la zona de los ordenadores, John se entretuvo en una gran hilera de estanterías blancas, perfectamente ordenadas, que contenían centenares de miles de pequeñas piezas, mecánicas y electrónicas, que Héctor utilizaba para sus inventos. Las estanterías se extendían a lo largo de quince metros de largo y más de tres de alto, a ambos lados de la nave, perfectamente señalizadas indicando que tipo de piezas había en su interior. En el centro, una decena de mesas de trabajo, cada una con herramientas diferentes. John era incapaz de reconocer para qué servía cada una, pero pudo ver sierras, sopletes, yunques, taladros...

-Demasiado rústico –pensó-. ¿Dónde tendrá las de verdad?

Al fondo de la zona de las herramientas, vio una puerta metálica, que le recordó al Ireno, el material desarrollado por Héctor para construir los helicópteros. Se acercó a ella, e intentó encontrar la forma de abrir la puerta, sin éxito. La puerta no tenía manivela, pero se oían ruidos al otro lado.

-La curiosidad mató al gato -dijo Héctor, bromeando, apareciendo tras John. Tenía aún su pelo negro mojado del agua de la ducha.

-Por Dios, hombre, ¡que susto me has dado!

-¿Cómo estás amigo?

Ambos se dieron un abrazo.

-¿Me gasto millones de dólares en material y sólo tienes martillos y taladradoras? –le dijo John señalando a las rudimentarias mesas de trabajo-. Aquí hay algo que no me cuadra.

-Tranquilo, aquí es donde le doy la primera forma a las cosas, luego me vengo aquí dentro, pasa.

Héctor se acercó a la puerta, que le reconoció el rostro y se abrió automáticamente, ante el asombro de John. Ambos la atravesaron y llegaron a la segunda zona del taller. En ella, una decena de jóvenes, ataviados con batas blancas, guantes blancos y zapatos blancos, se afanaban

tanto en sus ordenadores y equipos que ni siquiera se dieron cuenta de su llegada.

-Toma, ponte una bata y unos guantes.

Ambos las cogieron de unas pequeñas taquillas cuadradas junto a la puerta.

-Estos chicos son los mejores –afirmó Héctor-. Los mejores entre los mejores. Me obligan a esforzarme al máximo para estar a la altura.

-¿En qué estáis trabajando ahora?

-Ven, te lo enseñaré.

Se desplazaron entre los ordenadores y llegaron a una gran cúpula de cristal, ovalada y transparente.

-Mira hacia abajo.

La cúpula tenía una profundidad de varias decenas de metros, y bajo ella, trabajaban al menos una veintena de técnicos, todos ataviados con monos de color púrpura y amarillo. Estaban ensamblando piezas mecánicas sobre un gran fuselaje de Ireno.

-¿Qué es? –preguntó intrigado John.

-Es una sorpresa. Ya te he dicho que la curiosidad mató al gato –rió Héctor-

-Bueno, cuéntame. ¿Cómo van las cuentas?

-Si te digo la verdad Héctor, estamos ingresando más dinero del que podemos gastar. Si seguimos controlando el gasto y la inflación, iremos bien.

-Esa es tu parte, John. El área económica es tuya. Tú también tienes tu propio taller, con tus propios fueras de serie.

-Si, y créeme. Estamos ganando casi tanto dinero con los movimientos en bolsa de los fondos de inversión como con los coches.

-Bien, de todos modos, hay que ser precavidos. Cualquiera día nos pueden cerrar el grifo. El día que se den cuenta de la estafa se acabará esa fuente de ingresos.

-Si, por eso estamos ya diversificando todo lo que podemos, pero...¿Qué pasará si nos trincan?

-Es imposible que nos cojan, John. Hemos montado un tinglado fantasma tan absolutamente grande, que ningún órgano de control sospecharía nada, en serio. Mira lo de Madoff. La clave está en que los timos, igual que las mentiras, cuanto más grandes son, más creíbles parecen. Tranquilo, nadie sabe como lo hacemos.

-Me dejas más tranquilo. Por cierto, otra cosa: cada vez me pides más dinero para tus investigaciones... ¿Qué estás tramando?

-Digamos que ha llegado un momento en que necesito herramientas nuevas para hacer cosas nuevas.

-Ya Héctor, pero últimamente me has pedido... -sacó un folio manuscrito por él mismo- una computadora de más de tres millones de dólares, un microscopio láser de casi dos y el último presupuesto que me has

pasado...un máquina simuladora de dinámica molecular, una calculadora cuántica... por Dios, Héctor ¿Qué demonios es una secuenciadora láser genómica? ¿Has visto lo que vale?

Héctor puso su mano sobre el hombre.

-Tranquilo John, te garantizo que te cuadrarán las cuentas. En serio. Deja de preocuparte.

-Sabes que confío en ti. Pero me da mucho miedo que se nos vaya de las manos. Nunca he manejado tanto dinero, ni siquiera cuando estaba de broker en la bolsa de Singapur.

-Estás haciendo un trabajo muy importante, John. En serio, sigue así.

-Gracias Héctor. Agradezco tu confianza.

-Vamos fuera, anda. Mi madre te está buscando con una bandeja de pastelitos de chocolate.

El profesor Charles Bay se levantó para poder dibujar en la pizarra y así hacer más gráfica y entendible su explicación.

-Durante los años siguientes, desde 2019 a 2022 la población de Ciudad María se multiplicó. Hizo falta construir ciudades gemelas para absorber a semejante mano de obra que vino desde todos los rincones del mundo. Seis millones de almas, cuatro de ellas no nacidas en Petronia, vivían en las treinta zonas que rodeaban Ciudad María. En cada barrio se alojaban casi doscientas mil personas. Ciudad Alexia fue secundada por Ciudad Alexandra y Ciudad Almudena, con las mismas condiciones que su original, alojando a las personas recién llegadas a Ciudad María y personal con escasa cualificación. Junto a Ciudad Brigitte se construyeron los barrios de Ciudad Bárbara y Ciudad Beatriz, para alojar al personal destinado a la construcción y a la carga y descarga de material. Se clonó Ciudad Carolina con Ciudad Cristina y Ciudad Cecilia para dar cobijo a trabajadores de comercios y de locales de hostelería, vigilantes, celadores, administrativos de bajo nivel... Para Ciudad Desirée, sus hermanas Daniela y Davinia con personal del aeropuerto y del puerto. Para Ciudad Esperanza, sus gemelas Esther y Estefanía servían de cobijo para el personal de oficios, como carpinteros, fontaneros y mecánicos. A Ciudad Felicidad, el barrio de los técnicos y los informáticos, sus equivalentes Fátima y Fabiola. Ciudad Gabriela se complementó con Gemma y Genoveva. Sus amplias y verdes avenidas de casas unifamiliares estaba poblada por los policías, los integrantes del Cuerpo de Fronteras, el personal sanitario, los bomberos... Ciudad Helena, la zona de los profesores de universidad y personal con mayor responsabilidad como los pilotos de aviación, se duplicó con la construcción de Ciudad Heidi y Ciudad Hilaria. El barrio de los ingenieros, los médicos y cirujanos más, Ciudad Irene, fue secundado con la construcción de los distritos de Isabel e Iris. Por último se completaron las



lujosas viviendas de Ciudad Julieta, con los barrios de Ciudad Janire y Ciudad Juliana. Un perfecto diseño urbano surgido de la cabeza de Héctor y César. Y en el medio de todas ellas, una imponente y vibrante Ciudad María. Se levantaron más de treinta rascacielos al mismo tiempo, sin descanso, sin pausa. Sus diseños eran completamente novedosos, no se tenían parangón con ninguna otra zona urbana del resto del mundo. Pero no se construían de forma independiente, sino que formaban parte de un todo. Estos rascacielos se comunicaban entre ellos a través de galerías transparentes, con forma de tubo, a decenas de metros de altura. Si no sufrías de vértigo podías recorrer todos los grandes edificios caminando a través de estas galerías, disfrutando de unas maravillosas vistas de la ciudad. Al no haber contaminación, se podían divisar kilómetros de tejados llenos de jardines y de plantaciones de hortalizas y vegetales. Los fondos parecían ilimitados. No hizo falta recurrir a préstamos o a deudas. Todo lo que se compraba a empresas extranjeras se pagaba al contado. El salario de los trabajadores era suficiente para que tuvieran una vida plena, llena de servicios y opciones de ocio. Si no hubiera habido fondos, no se construía. Pero es que resultaba que sí que los había. Petronia Future Inc se convirtió en la empresa con mayor beneficio neto del mundo en 2020. Más que cualquier multinacional o cualquier grupo bancario o de inversión. Un informe interno encargado por el equipo de John Wool de ese mismo año diversificaba los ingresos en más de cien conceptos. Venta de vehículos y dispositivos accionados por energía solar, venta de medicamentos patentados y formulas magistrales, ingresos derivados del turismo, venta de sofisticado material científico y médico diseñado en Ciudad María, equipos de transmisión de la nueva red independiente de Internet que empezaba a extenderse como una alternativa, equipos de comunicaciones, equipos de alta tecnología, acumuladores y multiplicadores de energías alternativas de gestión de transporte, placas eólicas de energía, maremotrices... Cualquier edificio de cualquier ciudad del mundo deseaba instalar un dispositivo Sunpower en su fachada para poder disponer de un fuente de energía ilimitada, gratuita y eficiente. Cualquier persona en el mundo desarrollado soñaba con conseguir un M1 y un acumulador de energía para no tener que volver a pagar nunca una factura de gasolina o de luz. Y lo mejor de todo es que estaba a su alcance, puesto que era algo económicamente viable.

En su momento álgido, se creaban más de doscientas nuevas patentes cada día. Ciudad María estaba consagrada al progreso. Una sociedad pacífica, basada en la tecnología, cuya religión era la ciencia. Y en los más de quinientos colegios que se fundaron se inculcaba desde pequeños a los niños el amor por ella. Se trabajaba con una escala de valores diferente, que premiaba al trabajador y al curioso. Se fomentaba el culto a la

sabiduría, a la cultura. No había concursos como miss o mister Petronia y en la televisión solo se entrevistaban a personas que realmente lo merecieran por los méritos de sus actos o sus proyectos. No había programas del corazón ni telebasura. La gente disfrutaba de unas jornadas laborales cortas y bien organizadas. Mucho tiempo libre para realizarse como personas y un salario justo. Pero no existía apenas la holgazanería ni la corrupción. Crearon una sociedad más honesta y equilibrada, donde no existían ni los millonarios ni los pobres, pero donde el esfuerzo se veía recompensado y las personas podían prosperar en el marco de una comunidad decente e íntegra y que motivaba a los ciudadanos. Una sociedad libre del yugo de las entidades bancarias. Donde cada familia tiene obligatoriamente un hogar. Donde cada niño tenía un futuro. Donde cada anciano encontraba la paz. Son muchos los logros que consiguieron, en el tiempo récord de sólo diez años. Pero sobre todo, llenaron de esperanza al mundo entero. Durante aquellos años fueron el espejo en el que se miraban los ciudadanos de a pie de los países subdesarrollados. Si se podía hacer en África ¿Por qué no en América Latina o en Asia?

-Señor Bay –preguntó el periodista alemán- ¿Cree que pecaron de arrogancia al crear todo aquello sin tener en cuenta al resto de los organismos internacionales?

-No –negó, tomándose unos segundos antes de contestar con aplomo-. No pecaron de arrogancia. Lo que ocurrió fue que pecaron de inocentes, que es algo muy distinto.

Un sol radiante inundaba de luz el moderno Puerto de Banul en aquella mañana de agosto de 2022. Parecía que él tampoco se quería perder lo que podría ser un nuevo día histórico en Petronia. Durante toda la semana habían estado trabajando sin descanso cientos de disciplinados obreros petronianos para tenerlo todo a punto. Se habían dispuesto varios graderíos alrededor del muelle número dieciocho, el más grande de todos. Este muelle albergaba un edificio rectangular prefabricado de metal y plástico. De colores mate púrpura y amarillo, se confundía con los miles de contenedores de mercancías que inundaban el puerto. Las gradas metálicas medían casi diez metros de altura, y habían sido orientadas de tal forma que bordeaban un gran canal de agua central de cien metros de longitud que unía el océano con el edificio provisional allí instalado. Los asientos de las gradas iban siendo ocupadas en relativo orden por los cientos de periodistas acreditados provenientes de todo el mundo. Habían sido citados para asistir a la presentación de un nuevo producto de la factoría de Petronia Future Inc. La expectación era inusitada, y televisiones de más de cuarenta países retransmitirían en directo el evento. La prensa especializada estaba convencida de que había llegado el momento de un nuevo golpe de efecto por parte del Rey Peter III. Además de todo el gremio periodístico, se encontraban allí presentes miembros destacados de la comunidad de Ciudad María, y representantes anónimos de todos los barrios. César, como siempre, supervisó todo el protocolo, ayudado por el gran publicista Jason Van Callahan. Peter ocupaba un lugar destacado en la tribuna principal, junto a su esposa la bella Jasmina. Charlaban animadamente con varios representantes extranjeros de países africanos a los cuales había invitado personalmente a la presentación. Decenas de bellas azafatas petronianas de raza negra ayudaban a encontrar sus asientos en las gradas a los asistentes mientras, en el interior del edificio de plástico y metal, se ultimaban los detalles para la presentación. En su interior Héctor, vestido también con el característico mono de cuerpo entero color púrpura de los trabajadores

pretonianos, revisaba sentado en el suelo junto a un ordenador portátil cientos de datos y parámetros.

Se puso en pie y comenzó a moverse entre los trabajadores, que se esmeraban en que todo estuviera a punto.

-Berry -le dijo a uno de sus ayudantes-. Revisa el protocolo de seguridad una vez más, por favor.

-¡Ahora mismo!

-Jane, ¿tienes a tu gente preparada?

-Están todos en sus puestos –contestó una joven mujer tras unas grandes gafas de pasta rosa.

-Perfecto, gracias.

-Tim –habló a través de un sistema de transmisión que llevaba incorporado en su muñeca izquierda –empezad a quitar el cascarón. ¡La serpiente va a salir del huevo!

-Recibido. ¡Vamos chicos! ¡Hay que desmontar el edificio ya! -se oyó a través del altavoz del sistema de comunicación.

Héctor cerró su ordenador portátil, y accedió a unas escaleras metálicas verticales. Las utilizó para bajar a la planta inferior, una especie de oscuro tubo de cemento de seis metros de diámetro. En su interior, una cabina alargada, blanca y con ventanas tintadas de color negro. La escalera descendía casi hasta el borde de la única puerta de acceso a la cabina. En su interior, Paul Boss, el habitual piloto de pruebas de los prototipos que diseñaba Héctor. La cabina se asemejaba mucho a las de un moderno avión de pasajeros, con decenas de interruptores e indicadores rodeando al piloto. La luna delantera vista desde dentro parecía un calco de la de los helicópteros solares, con decenas de indicaciones digitales de color púrpura sobrepresionados en el cristal. Sentado en un funcional asiento negro de cuero, Paul ajustaba datos y balances en absoluta concentración hasta que vio a su lado a Héctor.

-¿Cómo va todo? –preguntó al piloto.

-Todo según lo previsto. La pena será que no me puedas acompañar esta vez.

-No te preocupes, te estaré monitorizando en todo momento desde la sala de control, y además... Tendrás mi imagen en la esquina superior derecha, para que no me eches de menos. Será como si estuviera aquí mismo.

-¿Hay mucha gente ahí fuera?

-No, no te preocupes. Creo que van a verte alrededor de unos cuatrocientos millones de personas en directo. En diferido unos cuantos más.

-Bien, menos mal que me he duchado esta mañana... Oye... Héctor...

-Dime.

-Será todo como en el simulador, ¿verdad?

-No. Será todo mucho más fácil. Llevas tres meses pilotando este cacharro

día y noche, en las peores condiciones. Con lluvia, con nieve, con obstáculos... Hasta con un maremoto. Hoy hace un día estupendo, soleado y el mar parece una balsa de aceite. Todo saldrá bien. No te preocupes. Simplemente haz lo que sabes hacer.

-Yo no tengo ninguna duda de que va a funcionar. Sólo quería comprobar si tú tenías alguna.

Se dieron un potente y sonoro apretón de manos, y Héctor le dijo para animarle:

-A por la inmortalidad.

-Eso como mínimo -le contestó el piloto alemán.

Héctor abandonó la cabina de aquel vehículo y cerró la puerta herméticamente desde fuera.

Cuando regresó al nivel superior, a la superficie del puerto, el edificio desmontable se encontraba casi completamente desmantelado, pues ese era el fin para el que había sido diseñado. Decenas de trabajadores, perfectamente uniformados, se encargaban de retirar las últimas planchas rectangulares que formaban las paredes. Los espectadores, desde las abarrotadas gradas, contorsionaban sus cuellos para intentar divisar lo que albergaba la nave desmontable. Los periodistas ajustaban sus cámaras digitales y sus equipos de sonido. La expectación era máxima. En unos minutos no quedaba ni una sola de las planchas, la zona estaba casi completamente despejada. Héctor daba órdenes concretas a los operarios sobre el muelle, aunque ellos se movían con sincronía, como si supieran perfectamente cual era su cometido.

Cuando no hubo quedado ningún operario, se reveló al fin lo que se ocultaba tras las placas púrpuras, ante el gran asombro y los comentarios generalizados de los asistentes. Lo único que se veía era el hueco que formaba un agujero de cinco metros de diámetro a ras de suelo del muelle.

Héctor, mientras tanto, se había dirigido a una sala de control instalada a escasos metros del muelle. Sentado junto a otros cinco científicos, observaban una inmensa pared forrada por monitores de computadoras y pantallas de televisión. Héctor se colocó sobre su cabeza los mismos cascos que llevaban los demás, mientras observaba los cientos de datos que iban apareciendo en las pantallas.

-Muy bien -anunció-. Estamos preparados. Que empiece el baile.

Los cinco controladores asistieron con la cabeza, y el primero de ellos utilizó su teclado blanco sin apartar su vista de los monitores.

Paralelamente, el rey Peter recibió una señal en el comunicador blanco que llevaba en su muñeca, idéntico al de Héctor. Lo miró, y ajustó en su cuello un collar de color negro y plata que en realidad era un micrófono inalámbrico de gran potencia que estaba conectado a un gigantesco equipo

de megafonía con altavoces repartidos por todo el muelle. Peter le dijo a su mujer en el oído.

-Desearme suerte.

-Suerte, te quiero –susurró ella.

Acarició la barriga de su mujer, embarazada de seis meses del futuro heredero, que solucionaría el problema de la descendencia de la coronona de Petronia. Ella le besó cariñosamente en la mejilla.

Peter se puso en pie, y comenzó a hablar, siendo su voz emitida por los grandes altavoces.

-¡Buenos días! ¡Buenos días a todos y muchas gracias por asistir hoy a este importante acto!

El público que abarrotaba las gradas, al darse cuenta de que era el propio monarca quien se dirigía a ellos, expresó su emoción con unos sonoros aplausos.

-¡Gracias a todos y bienvenidos a la Costa de Petronia! En nombre del pueblo petroniano, gracias por estar hoy aquí. Por primera vez en la historia, desde que el ser humano salió de África rumbo a conquistar y colonizar el resto del mundo hace miles de años, el continente africano puede presumir de estar a la vanguardia de la ciencia y la tecnología. Gracias a los miles de científicos que residen y trabajan en Ciudad María, se ha logrado alcanzar un desarrollo y un progreso en nuestro Reino tal, que se ha ganado el apelativo de *el orgullo de Africa*. Pero Petronia quiere no ser sólo el orgullo de África, sino liderar un proceso de colaboración con todos los países del tercer mundo y en vías de desarrollo, para mejorar las condiciones de vida de todos sus ciudadanos y dejar a las generaciones venideras un mundo más justo, equilibrado y seguro. Por eso hoy, aquí, en este maravilloso puerto y con el sol y los vientos del océano Atlántico como esplendorosos testigos, queremos reclamar la atención del mundo para mostrarles la última obra de nuestro gran equipo. Algo que, créanme, marcará un antes y un después en las relaciones con nuestros países amigos. Hoy es un día que nuestros nietos verán como una fecha histórica. Por favor, les pido toda su atención para mostrarles algo nuevo, algo grande, algo histórico.

-Zulú1, luz verde -Héctor dio la instrucción a través del micrófono adosado a sus auriculares.

Del interior del agujero oscuro emergió flotando lentamente y en vertical un pequeño vehículo de color blanco, pilotado por un hombre a horcajadas y vestido con casco blanco y el ya clásico mono color púrpura. Este vehículo estaba impulsado por dos pequeñas hélices que giraban sobre su propio eje, generando un impulso capaz de mantenerlo despegado y estable sobre el suelo. Miles de flashes fotográficos inundaron el muelle, mientras el piloto mantenía aquel ingenio mecánico a más de diez metros de altura,

estable, quieto, domado.

La varonil voz del Rey Peter III volvió a inundar la megafonía.

-¡Damas y caballeros, la era del automóvil ha finalizado! Tengo el gran honor de presentarles el nuevo concepto de transporte individual. Su nombre: Zulú1. Su función: convertirse en el medio de transporte individual más rápido, seguro, económico y ecológico del mundo. Gracias a la energía solar y al nuevo concepto de levitación inducida.

El piloto avanzó con el nuevo modelo flotando hacia el frente, despacio, con seguridad, ante la mirada asombrada de todos los allí presentes.

-Cuando los hermanos Lumiere proyectaron su primera película en París en el siglo XIX -comentó Héctor mientras tanto a sus ayudantes en la sala de control -, los asistentes se levantaban asustados de las sillas y salían corriendo. Era la filmación de la salida de un tren, y pensaban que atravesaría la pantalla para atropellarles. Lo de hoy va a ser algo parecido. Adelante, Zulú1 -dijo mientras pulsaba el botón del intercomunicador-. Pasamos a la fase dos.

-Recibido- contestaron.

El Zulú1, con una forma parecida al chasis de una motocicleta pero sin ruedas sino con hélices y en posición casi vertical, fue aumentando progresivamente su velocidad, atravesando por el canal central las gradas instaladas a los lados en el muelle, mientras desde el público le tomaban miles de fotografías y videos. El vehículo llegó rápidamente a mar abierto, y continuó en línea recta levitando a cinco metros de altura sobre la superficie del agua azul del océano Atlántico y dejando un característico surco blanco de espuma sobre él. Se perdió en el horizonte en pocos minutos, mientras paralelamente Peter continuaba ofreciendo información técnica sobre el nuevo ingenio salido de la factoría de Ciudad María.

-Nuestro nuevo modelo Zulú1 alcanza una altitud de veinte metros sobre una superficie estable, y una velocidad máxima de doscientos kilómetros por hora. Sin embargo, el modelo que se comercializará tendrá una velocidad limitada de cien kilómetros a la hora, que nuestros técnicos ha considerado como una velocidad estable tanto para la máquina como para el sistema de tráfico aéreo individual pionero en el mundo que desarrollaremos en Ciudad María. Un sistema de transporte basado en la tecnología que están presenciando, la levitación inducida, y que creará vías aéreas que unirán nuestras ciudades de una forma segura y eficiente. Pero en estas aerovías, damas y caballeros, no sólo circularán los Zulú1 como el que les acabamos de presentar, sino que se crearán a su vez vías paralelas para... Déjeme que les presente... a los modelos avanzados Zulú10.

Las miradas de los maravillados asistentes volvieron a girarse hacia el agujero situado en la superficie del muelle. Un leve zumbido anunció la llegada de algo de mayor tamaño. Se alzó pausadamente sobre el muelle un

aparato de más de diez metros de largo y tres de alto y de ancho. Estaba recubierto de una cubierta de Ireno de color plata y blanco brillante, que reflejaban el intenso sol del medio día petroniano. Llevaba la bandera de Petronia sobre impresionada en el fuselaje. Cuatro pequeñas hélices en sus esquinas lo impulsaban con una gran fuerza vertical y mantenían sus cinco toneladas de peso flotando en el aire, sin apenas vaivenes o turbulencias.

-Zulú10 es su nombre, y se convertirá en el transporte público de media distancia más utilizado en todo el mundo. Con capacidad de hasta treinta pasajeros viajando cómodamente sentados, se desplaza a una velocidad de hasta doscientos kilómetros por hora en modo de conducción automática asistida por ordenador, a una altura estimada de treinta metros sobre las aerovías.

La cada vez más maravillada audiencia no dejaba de aplaudir, dificultando incluso poder escuchar las palabras del Rey. No sólo allí en el muelle dieciocho del puerto de la Costa de Petronia, sino en todas las plazas públicas del mundo equipadas con pantallas gigantes desde dónde se seguía la presentación de los nuevos productos. En Picadilly Circus, Times Square, Shibuya en Tokio... Miles de personas se agolpaban para prestar toda su atención a las gigantescas pantallas de televisión, entre gritos de admiración. El mundo parecía vivir un momento histórico, contemplando como este vehículo flotante se adentraba también en el océano, siguiendo la estela de su predecesor.

Peter se apagó por un instante el discreto micrófono que llevaba instalado, y se acercó a su mujer.

-Ahora viene lo mejor. Ahora mismo vuelvo –le dijo cariñosamente al oído. El Rey caminó por las gradas mientras hablaba por la megafonía, descendiendo por la amplia escalera hasta llegar a la superficie del muelle, bajo la atenta mirada de la audiencia.

-Y ahora, por favor, les pido que guarden un momento de silencio. Ha llegado el momento de que sean testigos del que será el modelo insignia de esta nueva serie de vehículos de transporte. Gracias a él, podremos unir a los pueblos de una forma mucho más rápida y efectiva. La revolución del transporte de mercancías ante sus ojos.

-Vamos Paul, tu turno. ¡Luz verde para la serpiente! –anunció Héctor en la sala de control.

-Recibido, allá vamos –contestó Paul a través del intercomunicador.

Se oyeron los primeros gritos de admiración desde el público, la gente se puso en pie. Se ponían las manos en la cabeza. No podían dar crédito a lo que veían sus ojos. Los operadores de cámara dieron unos pasos hacia atrás, desconcertados con lo que estaban empezando a tener delante. La cabina de un tren de mercancías, semejante a la de los trenes de alta velocidad, se había elevado varios metros sobre el gran agujero de la superficie del



muelle. Se había inclinado armónicamente y se había situado en paralelo al suelo, flotando a un par de metros de altura. La cabina del tren, con sus enormes cristales negros, estaba avanzando metro a metro, sin prisa. Según se separaba de la abertura en movimiento, iba arrastrando más y más metros de modernos vagones que se mantenían igualmente levitando primero sobre el pavimento, y después sobre el agua del canal central. El tren fue saliendo a la superficie y, cuando estuvo completamente fuera, quedó justamente a la medida de la longitud de las gradas, en el canal central. Más de cien metros de tren blanco y púrpura, que flotaba sobre la superficie del océano, con aplomo, como si la máquina estuviera gustosa de ser el centro de atención.

Peter se colocó cerca del aparato, a la orilla del canal central, casi pudiendo tocarlo con la mano.

-¡Un tren de mercancías con capacidad para arrastrar más de cien contenedores estándar, a una velocidad de setecientos kilómetros por hora, viajando sobre la superficie del mar, que permitirá acortar enormemente los plazos de transporte de productos entre todo el mundo! –el Rey contagiaba con sus palabras el júbilo que sentía-. Esta máquina es la cima de la tecnología de Petronia. Levitación inducida sobre el mar. Debo anunciarles también, damas, caballeros y amigos de la prensa internacional, que las dos primeras puertoestaciones diseñadas para el aerotrán ya han sido creadas. Están ustedes ahora mismo sobre la primera de ellas, el Puerto de Costa Petronia. La otra está situada en Buenos Aires, Argentina. Exactamente, a ocho mil trescientos quince kilómetros de distancia. Este aerotrán tardará en recorrer esa distancia, trabajando con una carga de tres mil toneladas, menos de doce horas.

Los espectadores pudieron apreciar que esta vez el zumbido que emitía la máquina era mucho mayor, intenso y se diría que semejante al sonido de los motores de un avión de pasajeros en tierra.

-Vale, Paul. Ahora hacia delante –indicó Héctor.

-Recibido, fuerza motriz hacia las seis –contestó el piloto alemán.

El aerotrán comenzó a desplazarse hacia el frente, la cabina superó la última de las gradas y se adentró en el mar, con el horizonte al frente.

Los oídos de Héctor comenzaron a pitar, violentamente. Miró a su alrededor, vio a sus ayudantes con las palmas de las manos sobre sus caras, intentando quitarse rápidamente los auriculares.

Fue un ruido seco, fuerte, atronador, horrible. Seguido de una cegadora llamarada blanca y roja y una tremenda onda expansiva que hizo saltar por los aires la mayor parte de la grada oeste. Sillas de plástico, amasijos de hierro y miembros humanos fueron proyectados violentamente como metralla a consecuencia de una salvaje explosión. Los primeros instantes fueron de una gran consternación, con cientos de personas completamente

inmóviles, incapaces de dar respuesta a lo sucedido. Un humo negro y caliente y un olor a carne quemada inundaron el puerto como un manto de muerte. Sólo los primeros gritos de dolor y pánico de los supervivientes en la zona de las gradas despertaron de su profundo estado de shock a los cientos de personas allí presentes.

-¿Que coño ha sido eso? –acertó a preguntar Héctor, con la voz temblorosa, mientras intentaba recomponerse -. ¿Qué ha pasado? ¿Ha sido el tren?

-¡No, negativo! –contestó Paul Boss a través de la radio- ¡Yo me encuentro bien, la cabina del tren no tiene ningún daño, pero tengo varios errores monitorizados en los vagones traseros! Voy a tener que desengancharlos para que no me arrastren y me hunda. ¡Ha debido ser en las gradas!

-¡No se ve nada en las cámaras! Es increíble ¡Solo humo negro!

Héctor se quitó los auriculares de nuevo, se levantó rápidamente de la silla de la sala de control y salió apresuradamente hacia el exterior, seguido en su carrera por sus ayudantes.

Lo que se encontró cuando salió a la superficie del muelle dieciocho fue el más absoluto caos. Entre el intenso calor que sofocaba el ambiente, pudo ver a miembros del personal de la organización corriendo despavoridos hacia ningún lugar en concreto. Hombres trajeados con el rostro lleno de sangre intentando huir de la zona de donde provenía el humo, tosiendo compulsivamente. Gritos desconsolados de mujeres al fondo, sin poder adivinar de dónde. Los miembros de la policía de Petronia que se encontraban allí no daban crédito a lo que sucedía, el estrés les mantenía paralizados y los pocos que habían podido reaccionar gritaban por su emisora sin ningún orden, solapándose unos con otros. Héctor, caminando como quien está en un sueño, lentamente serpenteaba entre todos ellos, intentando comprender lo que estaba pasando. Sentía el calor que provenía de la zona de las gradas, cómo el humo se colaba en sus pulmones y cómo se escocían sus ojos, de dónde brotaban lágrimas por lo irrespirable del aire. No pudo acercarse más que los demás al foco de donde provenía el humo y el calor, hasta que tras unos angustiosos minutos el viento fue capaz de aclarar la zona, y dejar ver algo más.

-¡Rápido! ¡Ambulancia! ¡Socorro! ¡Policía! ¡Auxilio! ¡Aquí, aquí!

De repente, fue como si todos recuperasen la consciencia de forma sincronizada, reaccionando por fin ante el dantesco espectáculo de lo que estaban viviendo.

Héctor miró la grada oeste. Un gran cráter negro de varios metros de diámetro en su parte central aún desprendía una gran columna de humo negro, con varias de sus sillas azules de plástico todavía ardiendo. Se acercó a un periodista asiático, sorprendentemente entero, tal vez con experiencia en otros sucesos traumáticos de ese tipo. Él narra apasionadamente micrófono en mano lo que estaba aconteciendo,

intentando que su operador de cámara guardara la compostura, venciera al miedo y siguiera grabando y emitiendo en directo.

-¡Estamos viviendo en directo lo que parecen los momentos posteriores de un terrible atentado! -gritaba a su micro de mano, visiblemente exhaltado-. Todo es aún muy confuso aquí en la costa de Petronia, pero parece que ha estallado un potente artefacto explosivo en una de las gradas provisionales instaladas en este muelle. Parece ser que es la grada donde estaban situadas las autoridades, pero aquí ahora mismo el caos y el desconcierto es total y absoluto. Por las sirenas que ahora escuchamos deducimos que empiezan a llegar las primeras ambulancias y los servicios de emergencia pero ahora mismo esto está completamente descontrolado. ¡A mi alrededor, tal y como pueden ver, se mezcla la gente que quiere entrar a ayudar a la zona de la explosión con los heridos que lo que pretenden es salir de ella! El humo y la sangre se mezclan con el intensísimo calor y convierten el ambiente en absolutamente irrespirable más allá del punto en el que me encuentro. ¡No se puede acercar nadie!

La cabeza de Héctor, poco a poco, comenzó a despertar. Pensó inmediatamente en sus amigos. Peter, César, John... ¿Dónde estarían? ¿Estarían bien? ¿Estarían vivos? Comprendió que los teléfonos móviles no funcionarían. Era absurdo intentar llamarles. La red estaría saturadísima. Recordó que unos momentos antes de la explosión Peter había bajado las escaleras de la grada, hasta ponerse cerca de los vagones del aerotrán Zulú100. Tal vez no se encontraba en la grada, tal vez se habría podido salvar de la explosión. A cada paso que daba hacia adelante en dirección a ala grada, más espeluznantes eran las imágenes que se encontraba entre el denso humo. En el suelo se arrastraban decenas de personas heridas de gravedad: algunos desmembrados, otros aparentemente enteros pero reventados por dentro y con sus rostros hinchados, intentando gatear o reptar en un patético intento de supervivencia en la dirección contraria al calor. Héctor se agachaba para mirar a todos ellos y así descartar que fueran Peter o César. Miraba las horribles caras de los heridos, muchos de los cuales le pedían caridad, socorro y ayuda para salir de allí. Y agua, mucha agua para las quemaduras. Pero él, con un trozo de tela que recogió en el suelo tapándole la boca continuó firme hasta llegar a menos de treinta metros del foco principal de la deflagración. Miró el agua revuelta del mar que impactaba sus olas en el muelle y vio cuerpos flotando boca abajo medio desnudos. Flexionó sus rodillas, había menos humo cuanto menos altura, y miró a su alrededor en todas direcciones. En parte le congratuló ver cada vez más luces de colores azules y amarillas y uniformes de los servicios de urgencia. Eso era señal de que empezaba a haber cierta respuesta al caos. En el suelo vio un micrófono negro de garganta, de los que rodean el cuello. Como el que usaba Peter durante la presentación de

los vehículos. Comenzó a caminar trazando círculos en espiral. Despacio. Paso a paso. Vio un par de cadáveres. Tres. Cuatro. Jóvenes. De raza negra. Petronianos. Siguió buscando. Y vio a su amigo Peter. Estaba encima de un enorme charco de sangre, boca arriba, con los ojos y la boca abierta. Estaba hinchado, y su intensa piel negra parecía haberse vuelto morada, púrpura, como el color de la bandera de Petronia. Pero aún parecía conservar la vida. Héctor se arrodilló a su lado.

-¡Peter, Peter! ¿Cómo estás? -le preguntó sin tocarle - ¿Estás bien?

-Padre... Padre... -hablaba lentamente con extrema dificultad, con la mirada perdida en el vacío, hacia el cielo -. Padre... Te veo.

-Voy a sacarte de aquí, amigo.

Héctor, a pesar de los profundos gritos de dolor del Rey, cogió su robusto cuerpo y lo cargó sobre sus delgados hombros. Haciendo un brutal esfuerzo sobrehumano, consiguió paso a paso caminar soportando el peso de su amigo, hasta poder salir de la zona inundada por el humo negro, donde parecía que no se desvanecía ni se limpiaba el aire aunque transcurrieran los minutos. Dejó a su amigo en el suelo, boca arriba otra vez.

-Tranquilo, ya casi está... ¡Sanitario! -gritó.

Un médico uniformado pasaba corriendo a unos metros, escuchó a Héctor, y acudió rápidamente a auxiliar al herido.

-Dios santo es....

-Si, es el Rey. Hay que evacuarle de inmediato. Usted no se separe de él, acompañe en todo momento.

-De acuerdo.

Se movilizó urgentemente a una ambulancia y en un par de minutos se encontraba rumbo al Hospital Central de Ciudad María.

-¿Viene usted?

-No, yo me quedo, ¡Dense prisa!

Héctor bebió un trago de agua que le ofreció un camillero y regresó de nuevo a duras penas hasta la zona de las gradas, con la esperanza de poder localizar a más víctimas. Quizá César, John, o Jasmina. Entre los ensordecedores sonidos de las sirenas y alarmas, y los incesantes gritos de dolor y desesperación, volvió a encaminarse hacia el sofocante foco de la deflagración, entre la anarquía reinante, a través de policías, heridos, muertos y muchos periodistas. Al fondo, el océano Atlántico. Sobre ellos, el Sol casi eclipsado por el humo, como mudo testigo de la infamia. En las pantallas de televisión de todo el mundo, el caos.

Se habilitó una planta entera dentro del ajetreado Hospital Central de Ciudad María como Puesto de Mando para gestionar la crisis. Los principales mandos policiales, militares y del Cuerpo de Fronteras, así como los jefes médicos y de bomberos, se reunieron con Héctor y Gon Gon en un comedor de los trabajadores del centro sanitario que se había transformado en el cuartel general provisional de la cúpula de Petronia. Rápidamente se trasladaron los equipos de transmisiones necesarios para poder dirigir todas las operaciones de salvamento y respuesta desde aquella anteriormente aséptica última planta del centro, que ahora se asemejaba más a un hospital de guerra tras una cruenta batalla. Hombres uniformados corrían de un lado a otro, con novedades y recuentos cada pocos minutos. Peter se encontraba en la unidad de cuidados intensivos en esa misma planta, inconsciente, herido por la metralla pero milagrosamente estable. Los equipos médicos constantemente le realizaban pruebas constantemente y trabajaban en él. Sobreviviría, pero nadie se atrevía a aventurarse a predecir las secuelas que podía llegar padecer.

Ante su indisposición, quedó en evidencia el gran vacío de poder que había en Petronia. La línea de sucesión estaba incompleta. No tenía hermanos. No tenía hijos. Su esposa se encontraba en el lugar de la explosión y había serias dudas de que pudiera ser encontrada con vida, aunque nadie quería confirmar los malos presagios. César había sido nombrado gerente de Petronia Future Inc, y había desempeñado desde su llegada funciones públicas notorias, por lo que todas las miradas se hubieran dirigido con naturalidad hacia él, a pesar de ser extranjero. Sin embargo, también se encontraba en la grada en el momento de la explosión, y tampoco se había encontrado su cuerpo aún. Héctor temió que resurgieran viejas rencillas entre opositores al régimen de Peter Rufán, como el viejo Usunda Papo, que quisieran aprovechar su debilidad para ocupar su sitio al frente del país. Así que convocó a los principales cargos públicos en aquel comedor, que le escuchaban atentos.

-Haremos una declaración pública, por televisión. Nos dirigiremos a los ciudadanos de Petronia y a la comunidad internacional. ¿Qué es lo último que tenemos? –Héctor hablaba con cierto liderazgo.

El jefe de la policía Gon Gon contestó consultando unos documentos.

-Un grupo terrorista religioso ha reivindicado la autoría de los atentados hace una hora. Han publicado incluso en internet la fotografía del supuesto terrorista suicida.

-¿Concuerta eso con los primeros datos de nuestra policía científica?

Ethan Ryan, un joven y brillante escocés jefe del área científica, replicó.

-Es posible, pero por la magnitud de la explosión será muy difícil localizar siquiera restos de ADN. Está claro que fue un explosivo muy potente, algo nuevo, no tenemos claro aún de qué material se trata.

-¿Balance de víctimas?

-De momento tenemos una lista de cuarenta personas que se encontraban en el momento de la explosión en la grada este que no han sido localizadas – quien hablaba era el jefe del área de salud, un médico petroniano muy formado y profesional-. Setenta y nueve cadáveres identificados. Ciento cincuenta y nueve heridos graves y varios centenares de heridos leves.

-¿La Reina? –preguntó temiéndose lo inevitable Héctor.

Giró la cabeza el médico lentamente hacia los lados mientras apretaba sus labios.

-¿César?

Repitió el gesto.

Héctor intento disimular y sobreponerse al nudo que apretaba su estómago hasta casi quedarse sin aliento.

-¿Qué hay de las reacciones internacionales?

-Nos han ofrecido ayuda y condolencias la mayoría de los países del mundo civilizado –volvió a tomar la palabra Gon Gon-. Más concretamente, Estados Unidos y la Unión Europea han puesto a nuestra disposición equipos de inteligencia y expertos en terrorismo.

-Bien, de momento intentaremos gestionarlo nosotros. Pero ponte en contacto con ellos y diles que lo que agradeceríamos sería sobre todo información. ¿Cómo esta la gente de Petronia?

-Asustados, consternados... La mayoría lo ha visto por directo en televisión desde sus casas. Pero responderán bien, ya se están formando las primeras manifestaciones y vigiliias espontáneas por las víctimas.

-Bien, es importante ahora controlar falsos rumores e informaciones fraudulentas. Toda la información deberá ser centralizada aquí por nosotros. Iremos haciendo declaraciones cada dos horas. Vamos a hacer un llamamiento a la calma, centrándonos en que su majestad el Rey Peter III está vivo y que seguimos con las investigaciones. Gon Gon, tu eres un hombre de la tierra respetado y un viejo amigo de la familia real. Petronia confía en ti. ¿Te importa ser el portavoz hasta que el Rey se recupere?

-Será para mi un honor –contestó con orgullo y en posición de firmes.

-¡Con su permiso señor! – un policía irrumpió en la sala.

-Adelante, por favor –le invitó Héctor- ¿Traes novedades?

-Así es, señor. César Brown ha aparecido. Está vivo, lo están trasladando hasta aquí.

-¡Gracias a Dios! –exclamó Héctor apretando con fuerza sus puños.

Diez días después de aquel cruento ataque, algunos heridos comenzaban a recuperarse lentamente.

-No sabes cuánto me alegro de que estés de nuevo con nosotros, negrata –le dijo Héctor a Peter a escasos centímetros de la cama del hospital dónde yacía, aún recomponiéndose de las graves heridas que había sufrido en el atentado-. Tu pueblo te necesita más que nunca. Han pasado casi dos semanas desde que perdiste el conocimiento.

Peter, con los ojos enrojecidos por el sufrimiento y el dolor, hizo un fortísimo esfuerzo por poder hablar.

-Lo que más lamento ¿Sabes lo que es? No haber podido asistir al entierro de mi esposa –su tono de voz era tan trágico como su aspecto.

Los dos amigos se miraron fijamente, como soportando mutuamente la losa del tremendo dolor que padecían en su corazón. A Héctor le sobrecogía además no poder decirle a su amigo que el cuerpo de su esposa ni siquiera había sido encontrado, por lo que no se había podido celebrar un entierro. Pero no era el momento aún de seguir dándole noticias negras. Por primera vez, el apuesto y fornido Peter parecía vulnerable. Allí, postrado en aquella cama, sondado, con la ropa del hospital y tras recibir sucesivamente las malas noticias de que su mujer embarazada había muerto, y que su amigo César estaba en una silla de ruedas tras haber sufrido la amputación de su pierna derecha.

-Las cosas están volviendo a la normalidad con relativa calma –Héctor se esforzó por ponerle al día y evitar que pensara en la pérdida de su mujer-. La gente está trabajando, las fábricas en funcionamiento... Los proyectos siguen en marcha. Hemos reforzado los sistemas de seguridad en general y en los transportes en particular. No volverá a suceder. No dejaremos que ningún grupo terrorista nos vuelva a hacer daño...

-Héctor -le interrumpió-. Olvidate de las medidas de seguridad. Esto no ha sido obra de ningún grupo terrorista.

-¿Cómo dices? Procura no hablar, debes descansar.

-Esto no ha sido un ataque terrorista. Esto ha sido un acto de guerra. Todo ha cambiado. Me temo que nuestros proyectos tendrán que esperar.

La voz de Peter se desvanecía, cerró los ojos y giró la cabeza. Estaba tan débil que se quedó dormido casi inmediatamente. Héctor comprobó que sus constantes vitales estaban correctas en las máquinas de alta tecnología a las que estaba conectado su cuerpo.

-Descansa, viejo amigo. Cada día estás un paso más cerca de dejar este hospital. Tu trono te espera.

Colocó la sábana hasta casi cubrirle la barbilla, y salió de la habitación, pensando en las palabras de Peter. Le rondaban la cabeza una y otra vez, pero prefirió pensar que no eran más que los delirios de un hombre destrozado física y anímicamente que había estado tan cerca de la muerte que se había dejado casi el alma en el camino. Habían transcurrido cerca de dos semanas desde el atentado del puerto de Petronia Costa, y él había ejercido un papel fundamental para gestionar todo lo sucedido a raíz del mismo. Aunque se había erigido como pieza clave por su capacidad de liderazgo, él deseaba poder regresar cuanto antes a su taller, con su equipo de científicos, a ultimar decenas de investigaciones que tenían en marcha y que estaban de momento en situación de stand by hasta que el monarca se recuperase y pudiera hacerse cargo del gobierno.

En una de las habitaciones de la planta del Hospital Central de Ciudad María seguían funcionando el centro de comunicaciones y la sede del gabinete de crisis. Aunque ya no se reunían todos los días los altos cargos de Petronia para afrontar la evolución de la situación del país tras el atentado, Héctor seguía permaneciendo allí la mayor parte del día. Desde esa sala, junto con algunos ayudantes, pasaban horas pegados al teléfono y al ordenador. Realizaban una media de al menos cien videoconferencias al día con personal de todos los estamentos tanto de Ciudad María, como de Petronia y con contactos diplomáticos en el extranjero. Quería tenerlo todo controlado. Hablaba con los policías, con los militares, con el personal de las fábricas, con medios de comunicación, agradecía los comunicados de condolencia y apoyo de más de doscientos países de todos el mundo. Estaba volcado en intentar que cuando Peter se recuperase, el sueño que habían tratado de construir juntos con tanto esfuerzo siguiera en pie y no se hubiera desmoronado. Pero Héctor también encontraba hueco para hablar con su madre, tan preocupada por los acontecimientos como quien más.

-¿Cómo estás, hijo? Recuerda que tú también debes de descansar. ¿Cómo está Peter? -le preguntaba ella con dulzura.

-Mejorando día a día. Todo debe recuperar su normalidad. Y tu también, mamá.

-De acuerdo, cariño. Aunque me cueste volveré a mis rutinas. A cuidar de los jardines, a mis paseos, a mis clases de baile. No debemos vivir con miedo. Eso nunca -le contestaba.



Una noche, cerca de las dos de la mañana, se acostó en la cama de la fría habitación del hospital donde venía pernoctando desde el atentado. Se tapó con las delgadas sábanas, y encendió una pequeña luz de lectura. Iba a terminar el día tal y como lo había empezado, repasando informes y comunicados de decenas de estamentos petronianos que le daban novedades como adjunto al soberano. Él los leía rápidamente pero con atención, quedándose con las ideas fundamentales. Informes estadísticos sobre personal, incidencias en los sistemas de comunicaciones o las ventas del día de los productos de las fábricas de Petronia Future solían ser los temas más repetidos. Empezaban ya a caérsele los párpados cuando oyó un ligero repiqueteo en su puerta.

-¿Si? –preguntó.

-Héctor, soy Gon Gon. Discúlpame. Ya sé que es muy tarde, pero he visto la luz encendida y...

-Tranquilo, amigo, pasa, pasa...

Héctor se incorporó y se sentó en la cama, mientras el jefe de policía cerraba la puerta tras de sí. En su brazo llevaba un pequeño ordenador portátil.

El impecable uniforme púrpura y amarillo de Gon contrastaba con el sencillo pijama negro de Héctor.

-Quería enseñarte algo. Tal vez sea una tontería. Pero...

-¿De qué se trata?

-Con tu permiso -el jefe de la policía se apoyó en la cama y buscó unos archivos en su ordenador-. Quiero que veas esto. Como ya sabes, en el momento de la explosión había varias decenas de cámaras de televisión grabando el evento. Algunas quedaron destruidas por el atentado, pero hemos podido recuperar las grabaciones de diecisiete cámaras que captaron el momento justo en que la supuesta bomba estalló. ¿Me sigues?

-Te sigo.

-Esas diecisiete grabaciones han sido examinadas una y otra vez, en busca de alguna pista, pero lo único que está captado es el instante anterior a la explosión, aquí. ¿Ves?

Ocupando la pantalla del ordenador estaban congelados nueve videos, cada uno desde un ángulo distinto, del momento del atentado. En uno aparecía el público, en otro una visión general, en otros el Rey Peter micrófono en mano alabando las virtudes del nuevo modelo de aerotrén. En ese momento, nada hacía presagiar el caos que se desataría tan sólo un segundo después.

-De estas diecisiete grabaciones, solamente nueve estaban enfocando a la zona de la grada este y han podido ser recuperadas y analizadas. Vamos a quedarnos especialmente con una de ellas, con la grabación número tres.

Pulsó sobre ella y llenó la pantalla de su ordenador con ese video.

-Vamos a avanzar fotograma por fotograma. Uno tras otro, hasta la explosión. Es una cámara de alta velocidad instalada por uno de los técnicos de tu laboratorio. Las cámaras normales graban a treinta fotogramas por segundo, mientras que esta lo podría hacer a casi mil. Estas imágenes están grabadas a casi novecientos fotogramas por segundo, por lo que nos estamos moviendo en el espacio temporal de un solo segundo. Avanzamos un poco más, un poco más...

Iban avanzando en la acción, a pesar de la poca diferencia que había entre una imagen y la que le seguía.

-Y justo aquí, llega el momento de la explosión. Una luz blanca lo inunda todo en sólo dos fotogramas. Después, diez fotogramas más en negro, y a partir de aquí, el humo se va aclarando y se empieza a vislumbrar algo de luz. El cámara ha caído hacia atrás y está enfocando hacia el cielo.

-Si pero... ¿Qué es lo que te parece extraño?

-Ahora verás –volvió a pulsar las teclas para retroceder fotograma por fotograma hasta el momento de la explosión. El atentado ha sido reivindicado por un grupo terrorista religioso, hablan de tal vez dos terroristas suicidas escondidos entre las gradas. Esa es la línea de investigación principal que estamos siguiendo. Las agencias de inteligencia internacionales dan credibilidad a esa teoría y a la participación de los terroristas pero... Si nos vamos al instante anterior a la explosión, y nos fijamos en el video. Aquí. Observa. Detrás de Peter.

Señaló con el dedo una estrecha línea de forma ovalada y color negro que aparecía en vertical tras el Rey, y que tapaba justo la zona de las gradas.

-¿Qué es eso? –preguntó un extrañado Héctor forzando la vista para fijarse mejor.

-No lo sé. Al principio pensé que podía ser algo de ruido en la grabación, ya sabes, un error en la captación de imágenes. Pero es únicamente en este fotograma. Y en el siguiente fotograma tenemos la luz blanca que lo inunda todo de la explosión.

-¿Qué crees que puede ser?

-No lo sé. Pero no me gusta, Héctor.

-A mí tampoco, mira el fotograma anterior.

-¿Cuál? ¿El anterior a la línea negra?

-Sí.

-Aquí está. ¿Ves? Ya no está esa línea.

-Te equivocas. Sí que está. Mira aquí arriba.

Le señaló con el dedo en la parte superior central de la imagen. Una pequeña mota negra de apenas varios píxeles aparecía justo en el borde superior.

-Sí, puede ser, tiene la misma textura.

-Ahora pon otra grabación que enfoque la grada entera. Y congélala en el mismo instante. A ver si tenemos suerte.

-Dependerá de la velocidad de la grabación de imágenes, pero vamos a intentarlo, tal vez alguna otra cámara haya captado algo. Vamos a ver... Aquí. En este plano se ve casi la grada entera desde un lateral, mira, esta persona del fondo es Peter dando el discurso. Vamos poco a poco... Aquí, luz blanca de la explosión. Ahora de uno en uno hacia atrás. Así... Mira.

-¡Ahí lo tienes!

-¡Otra vez la barra negra cruzando, esta vez desde otro ángulo! Esta es la cámara número siete, por lo que no puede ser un fallo en la grabación, ha salido ya en dos cámaras.

-Me temo que eso no es una barra negra, amigo. Si te fijas, en un fotograma está arriba y en el otro abajo. Está siguiendo una trayectoria descendente.

El jefe de policía miró a Héctor, con preocupación.

-¿Una trayectoria?

Héctor se reclinó sobre la cama. Juntó sus manos tras su nuca, estirando su cuerpo. Y frotó sus manos contra sus ojos.

-¿Y si el explosivo no estaba debajo de las gradas? ¿Y si fuera un proyectil que ha venido desde arriba? A una velocidad tan extrema que no fuera visible para el ojo humano.

-¿Pero eso es posible?

Se miraron, nerviosos. Héctor tragó saliva antes de continuar.

-Sí, si es posible. Desgraciadamente es posible. Desde hace exactamente doce años es técnicamente posible. Peter tenía razón. Esto no ha sido un atentado. Esto ha sido una acción de guerra.

-Enciende, enciende la pantalla. Va a salir el Rey Peter hablando –la misma frase se oyó en millones de hogares no sólo de Petronia sino también del resto del mundo.

La primera comparecencia pública del soberano de Petronia tras el atentado del día tres de Agosto de 2022 fue seguida en todo el mundo con una gran expectación. La realizó por petición propia en el mismo lugar donde habían interrumpido su discurso con un brutal ataque. En el muelle dieciocho del puerto de Costa Petronia. A su izquierda, sentado en una silla de ruedas, un serio César Brown. A su espalda, un sobrio monumento de Ireño, hierro y aluminio en forma de estrella erigido en homenaje a las personas fallecidas en aquel miserable día. En primer plano, el Rey, en pie, comenzando su discurso, con una dureza especial en su voz y en su rostro. El maquillaje no logró disimular algunos cortes en su cara que aún sufría.

-La vida de los hombres honrados y trabajadores ha estado desde el principio de los tiempos amenazadas por innumerables peligros. Las inclemencias de la naturaleza, las bestias salvajes o las enfermedades fueron enemigas de las personas de bien. Pero el mayor enemigo de todos aquellos hombres y mujeres que luchaban por su derecho a tener una vida libre y digna, fueron hombres como ellos, dominados por la codicia, el odio y la envidia. La eterna lucha entre el bien y el mal, que ha tenido el penúltimo episodio en este triste escenario, hace hoy exactamente cuarenta y cinco días. Pero no renunciaremos a seguir luchando por nuestra libertad, del mismo modo que no renunciaron los antepasados que nos precedieron y sin cuya sangre y su sudor, no podríamos estar hoy aquí. Quiero dirigirme directamente a aquellos que planearon y ejecutaron este ataque directamente al Reino de Petronia. Aunque intentéis acabar con el gobierno, el destino de Petronia es innegociable. Aunque acabéis con la Reina, el destino de África está en marcha. Aunque acabéis conmigo, el futuro del mundo está en Petronia. Esto es imparable. Nuestro orgullo sigue intacto, y como pueblo fuerte y luchador que somos, seguiremos hacia delante, como siempre lo hemos hecho. No vamos a vivir con miedo. Porque nunca lo hemos tenido. Quiero adelantar a toda la comunidad internacional y a los

ciudadanos de Petronia que no sólo vamos a seguir con nuestro programa de vehículos de levitación inducida y aerotrenes solares, sino que vamos a realizar un esfuerzo aún mucho mayor. Vamos a multiplicar por diez nuestra capacidad productiva. Abriremos diez nuevas factorías dedicadas exclusivamente a los nuevos modelos de trenes Zulú100. Tengo el orgullo de adelantar que ocho de estas factorías serán instaladas en una nueva Zona Especial, que recibirá el nombre de Ciudad Jasmina, en honor a mi difunta esposa, la Reina de Petronia. Esta nueva zona ampliará las fronteras de Ciudad María y dará empleo y hogar a más de trescientas mil personas. Mañana mismo empezarán las construcciones. Además, por primera vez, nuestra empresa Petronia Future abrirá una factoría fuera de nuestras fronteras. Será en nuestro país hermano y vecino Alania. Allí se fabricarán todos los modelos de la serie Zulú10. Es una forma de mostrar nuestro especial interés por el desarrollo futuro de toda África. Por último, quiero agradecer a todos los habitantes de Petronia la forma que han tenido de encarar y afrontar esta nueva circunstancia. Al igual que nuestros antepasados, somos un pueblo de guerreros. Que nadie en el mundo lo olvide.

Miles de personas vencieron al miedo y al temor y presenciaron en directo el discurso del Rey en el muelle, y culminaron con un gran aplauso la emotiva intervención del monarca. El discurso, que fue anunciado apenas una hora antes por motivos de seguridad, fue breve, y en apenas veinte minutos ya estaba empezando a desalojarse la zona. Héctor y Peter no se fiaban de que intentaran repetir infame la acción del día del ataque, y no querían exponer a la gente que asistiera a mostrarle su cariño y respeto al Rey.

Unos días más tarde, Héctor entró en uno de los despachos de su laboratorio. Allí le esperaba un risueño y divertido joven, latino como él. Tuvieron una informal reunión.

-Hola, ¿cómo estas? Soy Héctor, encantado de conocerte.

-Soy Luis Cuernavaca, es un gran honor para mí conocerle, señor.

-¿De dónde eres?

-Soy de Ciudad de México, señor.

-¿Cuanto llevas en Ciudad María? Y no me llames señor.

-Un año señor, trabajo en el Área de Informática, diseñando las redes de comunicaciones.

-Muy bien. Pero no te he llamado para eso. Hace unos meses presentaste un proyecto científico. Explicame brevemente de qué se trata.

-Eh... Si.. Bien... Se trataría de un sistema de radares para detectar objetos en la atmósfera.

-Si, lo sé –comentó Héctor-. Pero ese sistema incluía un método para poder transmitirle ondas de todo tipo a los objetos que se detectaran, a muy alta frecuencia.

-Si, existía esa posibilidad, es factible.

-Bien, Luis Cuernavaca, ya no trabajas en el área de informática. Ahora trabajarás aquí conmigo. Vas a tener que dar rápidamente forma a tu proyecto.

-Si, señor.

-Y deja de llamarme señor, anda.

-¡Si, señor! –repitió el joven, notablemente nervioso.

En Manhattan la vida seguía su curso, con miles de brokers y traders luchando contra las consecuencias de la crisis económica que habían provocado algunos de los adelantos técnicos desarrollados en Petronia.

-Señor Steal. Con su permiso, aquí tiene los informes que me solicitó.

-Gracias, Thom.

Kevin Steal intentaba reponerse de un duro día de reuniones recostándose en el amplio respaldo de su sofá de cuero. Su ayudante le sorprendió con los ojos cerrados. Pero no estaba dormido, al contrario, su mente estaba completamente activa, intentando encontrar fórmulas para evitar que sus empresas y su dinero no siguieran desangrándose. Después de varios años de pérdidas continuas, había empezado a tener miedo de que su estatus vital se viera fuertemente resentido. Recogió varias carpetas azules que le entregó su ayudante, un hombre rubio trajeado, de mediana edad y aspecto nórdico. Encendió un puro y se preparó un café, con parsimonia. Abrió la primera de las carpetas. En ella, un detallado informe de inteligencia realizado por la CIA sobre el Rey Peter III de Petronia. Varias fotografías, sus datos de filiación, su descripción física, algo parecido a un currículum vitae. También constaba su historial médico completo en Estados Unidos, sus calificaciones académicas y los movimientos bancarios y de sus tarjetas de crédito personales durante los últimos diez años. Kevin escudriñaba los datos, intentando buscar flaquezas, puntos débiles para hacer daño. Tras más de una decena de hojas rebosantes de datos e información, Kevin cerró esa carpeta y abrió una segunda sobre su mesa. Esta vez eran informaciones sobre César Brown, uno de los personajes públicos más notorios de Petronia. Sus calificaciones en la Universidad, los datos de sus padres y sus hermanos, incluso varios informes psicológicos de su época como investigador en el área de la sociología. Leyó detenidamente con paciencia el dossier. Hasta que encontró lo que andaba buscando. Un punto coincidente, una relación entre ambos anterior a su estancia en Petronia. Sus ojos se abrieron y su tremendo cansancio se difuminó completamente. Con un marcador amarillo fluorescente señaló el dato que le llamó la atención.

*De 1990 hasta el año 2001 cursó estudios en el Centro de Altas Capacidades de Manhattan.*

Cogió la carpeta azul que contenía los datos de Peter y buscó el folio donde venían referidos los datos sobre su educación.

Le llenó de júbilo comprobar leer que coincidían en el mismo colegio y durante los mismos años. Ya tenía algo, un hilo por el que empezar a tirar. Además, el nombre de ese colegio le resultaba familiar. No era la primera vez que lo había oído. Pero no lograba recordar quién o cuándo le había hablado alguna vez de él. Buscó su teléfono móvil en la americana de su chaqueta que colgaba de una percha sobre la pared de su despacho y realizó una llamada.

-¿Thom? Necesito urgentemente la relación de personal educativo y de estudiantes del Centro de Altas Capacidades de Manhattan desde 1990 a 2001. Si es un colegio para niños superdotados. Bien, gracias. Si, estaré en mi despacho –colgó el teléfono.

Apenas una hora más tarde volvió a entrar su mismo ayudante en el despacho, con nuevas carpetas bajo el brazo.

-He conseguido la lista del profesorado, de los estudiantes, incluso del personal de limpieza. Son más de mil nombres. Además, he cruzado todos los datos con los ficheros de personal de las empresas del grupo. Y tenemos bastantes coincidencias, señor.

-Gracias, Thom, no esperaba menos. Dispara –dijo ansioso de escucharle.

-Peter Rufán y César Brown efectivamente coincidieron en clase durante más de diez años. Ellos y un grupo de dieciséis alumnos más. Me he centrado un poco más en ellos y tenemos referencias propias en nuestra empresa de dos de ellos. El primero, Sean Walker, es actualmente trabajador de una de nuestras financieras Hombres Inc. Es el director de director de logística y tiene su despacho a menos de veinte minutos de Central Park.

-Perfecto, continúa.

-El otro es un antiguo empleado, pero es extraño, ya que aparece en nuestros ficheros pero no consta que haya trabajado para ninguna de las empresas del grupo.

Kevin se incorporó en el asiento, sus pupilas se dilataron como las de un depredador y preguntó:

-¿Cómo se llama?

-Un tal Héctor Gómez.

-¿Cómo?

-Latino, treinta y cuatro años, estuvo en la empresa durante...

Le interrumpieron unas macabras carcajadas de Kevin.

-¿Qué ocurre, señor Steal? -preguntó extrañado.



-Ahora lo entiendo todo, ahora lo entiendo todo. Hijo de la gran puta. La vida te vuelve a poner en mi punto de mira, pajarito –se puso en pie.

-¿Lo conoce personalmente, señor?

-Sí, claro que lo conozco. Claro que lo conozco. Y tengo unas cuentas pendientes con él. Puedes marcharte, Thom. Gracias por todo. Buen trabajo, deja aquí la documentación.

Su rubio ayudante se marchó del despacho de su jefe cerrando la puerta tras de sí.

Kevin, complacido y nervioso a la vez, miró en pie a través del enorme ventanal como la noche cubría los interminables rascacielos de Manhattan. Pensaba en el enorme descubrimiento que había hecho. Peter Rufán, César Brown... y la rata de Héctor Gómez, pensó. Era la pieza que le faltaba en el puzzle. Ahora comprendía de dónde provenían esos enormes descubrimientos científicos y esas hábiles estrategias financieras de empresas pantalla de Petronia Future que habían logrado desestabilizar toda la economía mundial y en especial la de él y sus socios comerciales. Ahora conocía mejor a su enemigo. No era el Rey Peter, ni el ideólogo César Brown el verdadero cerebro tras la increíble revolución tecnológica y social que estaba protagonizando aquel agujero en África llamado Petronia. Miró el dossier de Héctor otra vez. Se acordó de la preciosa madre que tenía. Ahora ya sería algo más mayor, pero sin duda seguiría siendo un punto débil por dónde atacarle. Pero vio en el informe que su madre ya no tenía ninguna residencia fija en los Estados Unidos, por lo que concluyó que estaría viviendo con él en Ciudad María.

-María... -pensó.

Advirtió en su ficha que su madre se llamaba María Gómez. A continuación continuó leyendo la lista de personas reseñadas en la relación que le había traído su ayudante. La tercera se llamaba María Stravinsky. Había coincidido en clase con todos los demás, durante los mismos años. Había estudiado posteriormente la carrera de biología y medicina en la Universidad de Longwood. Tenía un master en cirugía de transplantes. Y se había presentado tres veces a las pruebas de selección para la empresa AphoGen, dedicada a la investigación farmacéutica, de la cual era socio mayoritario casualmente uno de los fondos de inversión controlados por Kevin. Había sido descartada en la prueba del perfil psicológico. Aunque tenía unas calificaciones brillantes y había obtenido uno de los mejores resultados en las pruebas de selección para el puesto de trabajo, el equipo de psicólogos había desaconsejado su contratación debido a una personalidad depresiva y melancólica, y por carecer de la suficiente experiencia en el ramo. Además, y esto fue lo que más le alegró, en esos momentos se encontraba inmerso en un nuevo proceso de selección para otra de sus empresas, llamada GenCo, dedicada a la ingeniería genética. El

proceso se encontraba aún a falta de varias pruebas selectivas, entre ellas un test de conocimientos sobre la labor a desempeñar en el ramo de la genética, y unos exámenes psicológicos. Kevin, se reclinó en su asiento de cuero granate, juntó sus manos tras su calva con satisfacción, y rápidamente trazó un plan mental que le llevaría, no tenía la más mínima duda, a lograr su objetivo de acabar con su gran enemigo, la empresa Petronia Future Inc. En el amor, y en los negocios, todo vale, se repetía una y otra vez, mientras se regocijaba imaginando el éxito en el desarrollo del plan que acababa de trazar.

-Antes eras un pobre tonto ingenuo –se dijo a sí mismo refiriéndose a Héctor-. Ahora te has convertido en arrogante y ambicioso, un fiel reflejo mío. Al fin y al cabo, puede que tal vez no lo hiciera tan mal.

Sacó de un carísimo mueble de madera de secuoya una botella de whiskey Glenfiddich, se sirvió una copa en un vaso ancho, y volvió a coger su teléfono. No había tiempo que perder si quería salvar su empresa y su patrimonio, sus verdaderas motivaciones en la vida.

-Venga chicos, buen trabajo. ¡Hasta mañana!

Uno a uno todos los técnicos fueron despidiéndose de Héctor y abandonando el laboratorio. Eran casi las diez de la noche, y muchos llevaban más de doce horas de trabajo sin descanso. A diferencia de las fábricas de Ciudad María, en el taller de Héctor las jornadas de trabajo podían llegar a ser maratónicas y extenuantes. Sin embargo, las prolongaciones horarias eran siempre voluntarias. Todos los científicos estaban tan sumamente comprometidos con los experimentos que muchas veces era el propio Héctor el que miraba su reloj y decidía que era el momento de cortar y mandar a la gente a descansar. Aquella noche, como de costumbre, apagó las luces de su taller y cerró la puerta principal. Rodeó la gran nave para llegar a la entrada situada en el otro extremo, por dónde se accedía a la parte dónde vivía con su madre. Comería algo que habría preparado María Gómez, y si estuviera despierta pasaría los últimos momentos del día con ella. Charlando, leyendo o viendo juntos alguna serie de televisión por satélite. Abrió la puerta de madera que daba acceso a la vivienda, y notó algo extraño. Las luces estaban encendidas en el interior, pero no oía ningún ruido, ni siquiera la televisión. Tal vez su madre ya estuviera dormida. Avanzó por el recibidor de la casa, y se dirigió a través del pasillo hacia el cuarto donde dormía su madre. La luz del cuarto de baño estaba encendida. Al entrar le sobresaltó verla tirada en el suelo, en pijama, con los ojos cerrados. En el inodoro se acumulaban vómitos con grandes manchas de sangre, tanto en el fondo como en la taza. Asustado, intentó despertarla, quien parecía respirar, pero no respondía a ningún estímulo.

-¡Mamá! ¡Mamá! ¿Qué te pasa? –preguntó angustiado.

Acertó a pedir una ambulancia con su teléfono móvil.

-Tranquila mamá, te vas a poner bien, seguro... -repetía sin demasiada fe, intentando averiguar qué le había pasado.

Un par de horas más tarde, el médico de guardia del Hospital Central de Ciudad María se reunía con Héctor en una de las habitaciones del centro. Su madre yacía boca arriba en la única cama de la estancia, entubada, recibiendo oxígeno.

-Le seré sincero, señor Gómez.

-Si, por favor –le dijo con los ojos enrojecidos de haber llorado.

-A su madre le hemos diagnosticado un cáncer de estómago muy avanzado. No queremos aventurarnos a dar una fecha, pero no creemos que sobreviva más allá de unos meses.

Los ojos de Héctor enrojecieron aún más, no pudo evitar que sus lágrimas se derramaran.

-¿Y porqué no ha tenido ningún síntoma antes? –preguntó.

-Hay enfermedades cuyo primer síntoma es la muerte. Al menos a su madre le ha dejado un margen de unos meses. Tenemos buenos médicos, buenos equipos... No debemos perder la esperanza. Pero debemos prepararnos también para lo peor.

-¿Podrá salir del hospital?

-De momento es recomendable que permanezca aquí, en observación.

Héctor miró a su madre. Sondada, postrada en la cama del hospital, parecía plácidamente dormida.

-Ahora está en manos de Dios –comentó el médico.

Héctor le miró con una mezcla de incredulidad y recelo.

-Eso ya lo veremos.

Aquella noche, Héctor se encerró en su taller. Habló con sus colaboradores más cercanos y les dejó instrucciones para que continuaran con los experimentos y pruebas programadas, ya que él se iba a dedicar a otros asuntos durante un tiempo por imperiosa necesidad. A pesar de su gran velocidad de lectura, tardó varios días en leer y memorizar centenares de estudios y avances contra la enfermedad del cáncer. Apenas durmió o comió durante semanas. Ni siquiera se duchó. A veces, sin darse cuenta, se quedaba dormido con la frente encima del teclado del ordenador. Pero en cuanto venía a su mente la imagen de su madre postrada en aquella gélida cama de hospital, reaccionaba inmediatamente y continuaba con su recopilación de información, y su estudio. Realizó innumerables llamadas telefónicas a grandes especialistas de todo el mundo. Alemanes, norteamericanos, japoneses... Algunos eran más reacios que otros a participarle los resultados de sus investigaciones, pero finalmente Héctor

conseguía nuevos datos y referencias. Borró todo el contenido de las pizarras que inundaban su taller y las llenó de nuevas fórmulas, de composiciones farmacéuticas y de tratamientos radiológicos. Su barba y sus ojeras crecieron sobremanera. Nunca antes trabajó con tanto esfuerzo, con tanta energía. Ni siquiera respondía a las llamadas de Peter o César. Puso todo su potencial al servicio de su nueva tarea, sin distracciones, sin abatimiento, sin pausa. Ante tal sacrificio, y el grave y visible deterioro físico que estaba sufriendo, los miembros de su laboratorio se ofrecieron para ayudarlo. Él se negó a paralizar el resto de proyectos importantes que estaban en marcha. Y ellos entonces le propusieron ayudarlo en sus horas libres. Esta muestra de solidaridad hizo conmoverse a Héctor, que gracias a este apoyo comenzó a comer y a recuperar algo de peso y de horas de sueño. Pero ni un momento se olvidaba de la importante carrera contra el reloj que estaba librando. Mientras, ajena a todo este duro esfuerzo, su madre seguía postrada en el Hospital, y el cáncer continuaba creciendo lentamente en su interior, extendiéndose a cada célula de su cuerpo.

María Stravinsky intentaba hacer ver que sabía andar con tacones mientras atravesaba los jardines que rodeaban la sede de la empresa GenCo en la zona de Lakewood en Nueva Jersey. El traje negro, compuesto de chaqueta y falda, aún tenía las formas de la percha en la que había estado en la tienda hasta esa misma mañana. Por primera vez en varios meses se había maquillado y había pasado por la peluquería dónde realmente le hicieron un muy buen trabajo y le quitaron al menos cinco años de encima. Sin embargo, las gafas de pasta que adornaban su rostro la situaban exactamente en su edad, treinta y cuatro años. Una edad algo inadecuada para el puesto que buscaban cubrir, pensaba. Demasiado mayor para ser una becaria o aprender el oficio, demasiado joven para poder sobrellevar la responsabilidad de unos programas tan costosos. Sus inseguridades la asaltaban mientras se acercaba a la puerta principal de la compañía, pero consiguió sobreponerse y mantener la compostura. Cruzó el gran recibidor principal y llegó hasta el mostrador de información, dónde una bella joven de rasgos orientales, posiblemente aún estudiante, le dio la bienvenida con una amplísima y estudiada sonrisa.

-Hola, buenos días –dijo con timidez María-. Estoy buscando al director de proyectos. Tengo una cita con él a las once.

-Claro, un segundo.

La joven sonrió mientras tecleaba unas secuencias en el moderno ordenador del mostrador.

-¿Es usted María Stravinsky? Bienvenida a GenCo, es un placer conocerla. El señor Tawashita le está esperando en su despacho. En el ascensor, la última planta, la puerta del fondo.

-Gracias, muchas gracias –contestó María sorprendida por el caluroso recibimiento de aquella preciosa recepcionista.

Un par de minutos después, se encontraba ya en la planta doceava del edificio, y el nerviosismo comenzó a hacer mella en ella. Notó el temblor de sus piernas y como se le empequeñecía el estómago. Al atravesar el pasillo, apenas una docena de pasos hasta la puerta del despacho del director de proyectos, María recordó todos aquellos años de sufrir una decepción tras otra, de *ya le llamaremos*, y de *su perfil no es lo que buscamos*. Una pesadilla que podía estar a punto de acabar si salía bien parada de aquella importante cita. Tocó con sus dedos la puerta del

despacho, y enseguida salió a recibirle un apuesto hombre, veinte años mayor que ella pero muy atractivo, dándole la mano con firmeza y educación.

-Soy Sam, tu debes ser María, encantado.

-Hola, encantada.

-Por favor, pasa, pasa a mi despacho, ¿Te apetece tomar algo?

-No, muchas gracias, señor Tawashita -dijo mientras se quedaba de pie junto a una silla del despacho a la espera de que le diera permiso para sentarse.

-Tranquila, por favor, relájate, toma asiento. Si te digo la verdad, estoy harto de tanto formalismo en los pretendientes de empleo, ya me entiendes... Yo voy a prepararme un café con leche, y tú... ¿Qué decías que querías?

-A mi me gustaría tomar un café solo, pero muy cortito, por favor.

-Eso está mejor -dijo sonriendo mientras preparaba el café en una moderna cafetera de cápsulas-. ¿Sabías que el café perfecto debe de ser, como la propia palabra dice: caliente, amargo, fuerte y espeso? En tu caso te lo haré cortito, amargo, fuerte y espeso, perfecto también.

Preparó las dos bebidas y se la sirvió a María, mientras se apoyaba en el canto de su mesa.

-Tienes un currículum académico envidiable, María, y además has hecho un proceso selectivo muy, muy bueno. Sin embargo, tu experiencia profesional en el ramo de la investigación como profesional es prácticamente nulo. Pero no te lo digo como algo malo, sino como todo lo contrario. Es lo que estamos buscando. Savia nueva, savia virgen. Gente que no venga de otras laboratorios y que empatice con los problemas del personal. Esto está lleno de trepas, de pequeñas rencillas que con el tiempo se convierten en odios viscerales. Te lo diré más claramente. Necesito una persona que ocupe mi puesto, para yo poder ascender a otro de mayor rango. Y debe ser alguien nuevo, que venga de la calle, que aún no esté contaminado. Quiero alguien que sea capaz de tomar decisiones duras y frías pensando en el bien de la empresa. Hablando en plata, que meta caña. Alguien que haga que esta empresa siga siendo un referente en la investigación y el tratamiento de análisis genéticos, pero además que la convierta en una máquina de producir dólares. Creo que es una buena oportunidad... ¿Estás dispuesta a aceptarla?

María, algo dubitativa, caviló en voz alta:

-Yo pensaba que el puesto era para trabajar o dirigir alguna sección de investigación del laboratorio, realmente es para eso para lo que llevo preparándome toda mi vida...

-Pero María, ahora estarás trabajando por encima de los directores de investigación, por encima de ellos. Tú les supervisarás, decidirás si son

viables o no, y serás quien decida cómo se reparten los fondos. Estarás a mi lado en todo esto, yo te enseñaré el jodido oficio del directivo. Un oficio duro y de mucha responsabilidad, pero que también conlleva unas inmensas satisfacciones.

-De acuerdo, señor Tawashita, acepto el puesto –anunció ella sonriendo tímidamente.

-Bienvenida a GenCo, señora adjunta al director de proyectos -le dijo mientras le estrechaba de nuevo la mano con energía.

-¿Cómo está tu madre?

Héctor se había desplazado hasta la preciosa casa de César en Ciudad Julieta.

-Parece que la medicación que hemos preparado para ella está haciendo efecto. De momento hemos conseguido que el cáncer se estabilice. Lo cual es un buen primer paso, la verdad –contestó.

-Enhorabuena. Sabía que lo conseguirías –le dijo desde su silla de ruedas. El aspecto de César estaba muy desmejorado, incluso sus rizos parecían haber perdido su habitual forma. Cogió una botella de vino de una pequeña mesa.

-¿Vas a tomar otra copa? –le preguntó Héctor.

-Siéntate aquí a mi lado, viejo amigo. Y acompáñame, por favor –le pidió con un extraño tono.

-De acuerdo.

El amplio salón de la residencia de César Brown estaba elegantemente decorado, haciendo un inteligente uso de la iluminación y los colores. Según la hora del día, se tornaban de un color u otros centenares de diminutas bombillas que provocaban que el estado de ánimo se viera necesariamente afectado. Desde su silla de ruedas, César llenó dos copas de vino, y se la ofreció a su amigo de la infancia.

-¿Cómo estás? –le preguntó mientras aceptaba el vaso de vino-. Veo que sigues tomando calmantes para los dolores.

-Sí, pero creo que el calmante que mejor me va es éste –dijo señalando a la copa de vino.

-Sé que es muy duro. Pero no debes dejar que te venza –intentó insuflarle ánimos.

Ambos centraron su atención en las piernas de César. Su pierna derecha había tenido que ser amputada a consecuencia de la explosión, y su pierna izquierda había sufrido serias heridas que le provocaban fortísimos dolores.

-Parece mentira que sea yo quien te tenga que decir esto -continuó-. Pero César, debes sobreponerte psicológicamente. Ciudad María te necesita y yo, sinceramente, te necesito también a mi lado, como antes.

Parecía que las palabras de Héctor no tenían el efecto que él pretendía, sino el opuesto. Los ojos de César se enrojecían, y comenzó a balbucear. Héctor le abrazó, mientras notaba como le mojaban su hombro las lágrimas de su amigo.

-Tienes que ayudarme... Héctor... -sollozó dramáticamente-. Tengo miedo.

-Claro que te ayudaré, siempre estaré a tu lado.

-No... tú no lo entiendes...

-Claro que lo entiendo, amigo. Esto ha sido muy duro para todos.

-No... no...no lo entiendes... Sólo tú puedes ayudarme.

César le cogió de la nuca, y se miraron frente a frente. Héctor notó el fuerte aliento a alcohol que desprendía.

-No me funciona desde el día de la explosión -le dijo empapado en lágrimas.

-¿No te funciona?¿El qué?

Le hizo un gesto con los ojos apuntando hacia abajo.

-¡Ah! Entiendo, entiendo -no pudo evitar sonreír, aunque embriagado por la emoción notó como sus ojos se mojaban también-. Tranquilo, te prometo que encontraremos la forma de que te vuelva a funcionar el aparato.

-¿Me lo prometes? ¿Me ayudarás igual que estás ayudando a tu madre?

-Claro, amigo. Ahora tómate esta copa de vino, y descansa. Descansa, viejo amigo -le consolaba mientras le pasaba la mano sobre su ancha espalda.



-Ya viene, ya viene. Ya está aquí, preparaos.

Los principales altos cargos de la empresa GenCo de ingeniería genética, entre ellos Tawashita y su adjunta María Stravinsky se pusieron de pie alrededor de una funcional mesa de reuniones con doce sillas. Era la hora de presentar al equipo de accionistas los resultados anuales de la empresa, y el director de proyectos el señor Tawashita había decidido que fuera su adjunta María Stravinsky quien hiciera los honores de explicar al principal accionista, un tiburón de Wall Street llamado Kevin Steal, los balances. Al fin y al cabo, ella había estado en todas las decisiones importantes tomadas en los últimos seis meses y ya era el momento de que se presentara en sociedad delante de los verdaderos dueños de la empresa. Cuando Kevin Steal entró enérgicamente en la sala de juntas, fue dando la mano y presentándose a todos los asistentes cordialmente, aunque ya conocía a la mayoría de ellos, excepto a María. Se sentó en una de las sillas, como si fuera uno más, e indicó a los demás que se sentaran también. Se ajustó su corbata roja antes de comenzar a hablar.

-Bueno, quiero daros las gracias a todos por estar aquí, otro año más, y espero que los resultados sean tan buenos como vuestro aspecto. Estáis todos estupendos, la verdad.

Todos rieron de forma adulate.

-Debéis disculparme, pero tengo una agenda apretadísima para hoy, así que solamente podré atenderos durante media hora, después tendré que irme. Por favor, por favor, comencemos.

El señor Tawashita miró a María, ella se levantó y comenzó su exposición apoyándose en un proyector de imágenes con un vistoso y elegante proyecto de Power Point realizado por ella misma, cargado de animaciones y gráficos en tres dimensiones.

-Señor Steal, déjeme comunicarle que esta empresa es un valor seguro. No sólo ha crecido en su facturación global, sino que ha sido capaz de reducir sus gastos en más de un ocho por ciento gracias a nuestro plan semestral de ajustes...

Kevin la interrumpió.

-Perdona que te interrumpa, discúlpame, tu nombre era...

-María Stravinsky, señor Steal –dijo tímidamente, sorprendida de que le tuteara.

-Creo que no te conozco, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo llevas en la empresa?

-Seis meses.

-¿Y en cuál estabas antes?

-Bueno, realmente me he estado preparando durante años para este trabajo -dijo intentando mostrar la mejor de sus sonrisas para esconder sus miedos, como un escudo.

-Tienes gancho. Has ido al grano directamente. Me gusta. Continúa por favor.

Así, venciendo su gran timidez, estuvo durante media hora mostrándole a Kevin sus contabilidades, estudios económicos y el resultado de los proyectos realizados durante el último año, ante la atención de todos los directivos que la escuchaban atentamente, admirando su elegante y armoniosa forma de exponer números, porcentajes y balances. Una vez transcurrida media hora, Kevin miró su reloj.

-María, por favor, un momento. Como les he anunciado hace un rato, tengo que marcharme, muy a mi pesar. Pero está siendo tan interesante esta exposición que, con su permiso señor Tawashita, voy a pedirle a la señorita María que, si es tan amable, me acompañe y continúe hasta terminar de exponerme el gran trabajo que han hecho todos ustedes. Enhorabuena, tienen mi confianza para seguir realizando su trabajo. Cuenten con la financiación.

De tal forma que, tras el aplauso de todos los asistentes, Kevin y María se marcharon de allí juntos. Recorrieron el edificio hasta llegar al parking dónde un chófer a bordo de un flamante mercedes CLS color plata de gasolina les estaba esperando. María continuó con su exposición de forma brillante, apabullándole con datos y números, mientras Kevin fingía interés por aquellas palabras, prestando más atención a sus largas piernas. El coche recorrió la ciudad hasta llegar al centro de convenciones de Hudson Teather, en Nueva York, justo cuando terminaba María de presentar su estudio. Kevin la interrumpió cuando sólo le quedaban por decir un par de frases.

-Realmente tienes gancho. ¿Qué tal te trata el señor Tawashita?

-Bien, la verdad es que estoy muy contenta con el puesto de trabajo, señor Steal.

-Eres un soplo de aire fresco en este mundo de viejos tiburones. La mayoría estamos podridos por dentro. Dime una cosa, María. ¿Qué tal me queda esta corbata roja que? –dijo mientras se la ajustaba.

-Bien, la verdad es que le da un toque de distinción. Pero yo intentaría que combinarla mejor con el traje. Y cambiaría su color cada día, unos días un pañuelo azul, otros días blanco. Por variar.

Kevin se sintió ofendido de que pusiera objeciones a su inseparable corbata roja, pero fue capaz de disimular, tan frío y calculador como siempre.

-¿Lo ves? Eres capaz de hacerle una objeción a tu propio jefe. Eres capaz de detectar un problema y focalizar sobre él de forma directa pero no ofensiva. Eso es oro puro hoy en día. Y créeme que yo sé valorar a la gente. Por eso hoy día soy quien soy y por eso hoy estoy dónde estoy. Sé ver más allá, calo a la gente. ¿Me entiendes? Y tú tienes un ángel especial para llevar a la gente a tu terreno.

-Le agradezco los cumplidos, señor Steal.

-Me gustaría que hoy pasaras el día trabajando conmigo. Asistiré a varias reuniones y luego tengo trabajo pendiente en el despacho. Quién sabe, tal vez haya llegado el momento de que dejes de trabajar con Tawashita y vengas directamente a jugar en las grandes ligas del mundo de las finanzas. Es un mundo difícil, despiadado, pero que ofrece oportunidades únicas e inmejorables a gente especial, tal vez gente como tú ¿Te parece bien?

-Sí, por supuesto...

-Bien, si haces bien tu trabajo, puede que haya un puesto en mi gabinete personal para una persona como tú.

Así, Kevin Steal comenzaba sus maniobras personales para embaucar a María, adulándola para tenerla cerca. Pero la consideraba simplemente un anzuelo, un precioso anzuelo de ojos azules que le serviría para pescar a su verdadero gran objetivo: el hombre que una vez le traicionó, y que ahora, desde la otra punta del mundo, se atrevía a cambiar las reglas del sistema que él mismo había ayudado a crear y que le había aupado hasta la cima del éxito.

Héctor reunió en una pequeña aula acondicionada en el interior de su taller a todos los científicos que trabajaban en él. De uno en uno, hasta treinta, tomaron asiento en unas humildes sillas de aluminio negro con respaldo. En pie frente a ellos, comenzó a hablar.

-Quiero agradecer a todos el gran esfuerzo que habéis dedicado estos últimos meses. Como todos sabéis, mi madre estaba completamente desahuciada por los médicos, y gracias al esfuerzo de todos vosotros hemos conseguido no sólo que no muera, sino que sea capaz de realizar una vida medianamente normal. Hoy ya está fuera del hospital, y a pesar de la medicación puede seguir cuidando de sus plantas y de los jardines de Ciudad María. Gracias. Gracias a todos. De verdad.

Todo el grupo se puso en pie y comenzaron a aplaudir enérgicamente. Aunque no se le escuchaba por el estruendo, Héctor repetía una y otra vez su agradecimiento. Una vez se terminó el aplauso general, continuó hablando.

-Ha llegado el momento de que vuelva a dedicarme por entero a nuestros proyectos científicos. Sé que durante este tiempo habéis progresado

muchísimo, y me gustaría que me pusieseis un poco al día. Por favor, Luis Cuernavaca, empieza tú. ¿Qué tal vas con el sistema de reconocimiento de objetos en la atmósfera?

-Gracias, señor –dijo con su habitual verborrea y su acento mexicano-. Lo tenemos muy avanzado. Tal vez en un par de semanas esté completamente operativo.

-No esperaba menos. Estoy deseando verlo en funcionamiento. El siguiente... ¿Cómo va el estudio sobre las ondas electromagnéticas?

Un joven norteamericano de raza negra se puso en pie.

-Estamos ya entrando en la fase de pruebas. Lo tenemos todo preparado en el módulo del taller.

-¿De verdad? Pues no se hable más, vamos a verlo.

Todos los científicos abandonaron el aula siguiendo a Héctor, que recorrió caminando apresuradamente el taller hasta llegar a una gran cúpula transparente. Abrió la puerta de la cúpula y el joven afroamericano comenzó a explicarle los entresijos del experimento que estaban preparando.

-Se trata de un nuevo tipo de onda que podría ayudarnos a transmitir información de una forma mucho más rápida y precisa. Hemos instalado encima de esta mesa de trabajo un emisor y un receptor.

El joven le enseñó dos aparatos negros los cuales tenían una pequeña antena negra paralela al suelo.

-Si son tan amables, caballeros, sálganse fuera, por seguridad. Héctor y yo nos quedaremos dentro para accionar el protocolo de ignición de la onda.

El resto de los científicos obedecieron y abandonaron la cúpula, rodeándola por fuera y observando desde allí todo lo que acontecía en su interior. Héctor y su colaborador se pusieron unas gafas y unos cascos de protección para los oídos, y se colocaron uno en cada aparato.

-Bien, Héctor. Yo me colocaré en el receptor, para monitorizar la respuesta con este ordenador. Cuando tú quieras, comienza la cuenta atrás y acciona el mecanismo de lanzamiento.

Cada uno se colocó junto a un aparato, uno enfrente del otro, separados apenas varios metros.

-Voy a comenzar a grabar en vídeo el experimento. Atención... grabando... Prueba número 536.

-De acuerdo, comenzamos. Cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Héctor apretó un pequeño resorte en el aparato emisor. Un estruendoso sonido grave, profundo y fortísimo, incapaz de ser comparado con nada de lo que antes hubiera oído en su vida, sobrecogió el corazón de Héctor. Aquel terrible sonido duró apenas dos segundos, pero lo suficiente para darse cuenta de que si no hubiera llevado la protección de los cascos en sus oídos se hubiera quedado automáticamente sordo. Miró al frente, y vio a su

colaborador en el suelo, como desmayado. Fuera, en el exterior de la cúpula, se amontonaban en el suelo unos encima de otros los cuerpos inertes de los treinta investigadores. Su mente no acertaba a comprender lo que acababa de ocurrir. Corriendo, puso su mano en el corazón del científico que yacía junto al aparato receptor de ondas. Sí, latía pausadamente, con buen ritmo. Y respiraba con normalidad. Le golpeó la cara un par de veces con la palma de su mano, hasta que reaccionó.

-¿Qué ha pasado? ¿Héctor? –dijo el sorprendido científico.

-No lo sé, de repente os habéis desmayado todos.

-¿Todos?

-Sí, tú y todos ellos que estaban detrás tuyo, míralos. ¿Estás bien? ¿Te duele algo?

-No, creo que no. Solamente el brazo, supongo que será de la caída. Vamos a despertar a los demás, corre.

Aquella misma noche, todos los científicos que sufrieron aquel desmayo pasaron una profunda revisión médica en el Hospital Central de Ciudad María. Ninguno de ellos presentaba ningún tipo de daño físico ni psíquico exceptuando los producidos por la caída hasta el suelo. Todos recordaban perfectamente el instante anterior a quedarse sin conocimiento. Y todos se levantaron tras recibir estímulos como pequeñas bofetadas o un poco de agua fría. Por la noche, visionando una y otra vez el vídeo de la grabación de la prueba una y otra vez, Héctor llegó a una conclusión, y llamó a Peter por teléfono.

-¿Peter? ¿Cómo estás? Soy Héctor. Bien, mi madre está mejor, muchas gracias... Oye tenemos que hablar. Esta mañana hemos tenido un problema con uno de los experimentos. Resumiendo, las cosas no han salido como esperábamos. Pero sin embargo hemos descubierto otra cosa por error. Suele pasar, si. Creo que podemos sacarle partido. Si, lo hemos llamado modelo 536. Con unos ligeros cambios, puede que nos sirva para crear un arma para la policía y el ejército. Pero será mejor que lo mantengamos en el más absoluto secreto ¿Vale? Bien, de acuerdo, mañana nos vemos. Buenas noches, Peter.

Héctor colgó el teléfono. Si era tal y como pensaba, la onda que había emitido aquel aparato dentro de la cúpula había sido capaz de aturdir y conmocionar a todos los que se encontraban en su radio de acción, menos a él que estaba situado tras él. Con unos ligeros retoques, se podría adaptar para convertirse en un arma capaz de hacer perder el conocimiento a cualquier enemigo, sin tener que matarle. Si se producía en serie, podría marcar la diferencia entre la policía y el ejército de Petronia y los enemigos que estaba seguro iban a surgirle en aquellos tiempos de incertidumbre para Ciudad María.

-¿Qué tal estás María? ¿Cómo llevas la decoración de tu nueva casa? Ah, al final elegiste a Schubert como diseñador, como te recomendé... Creo que es todo un acierto por tu parte. Si, nos vemos en mi despacho, dentro de treinta minutos. Un saludo.

Desde el asiento trasero de su vehículo, atravesando las amplias avenidas de Manhattan, Kevin ultimaba los detalles que debían llevarle a rematar con éxito su plan. No debía dejar ningún cabo suelto, María no debía sospechar nada, como había sido hasta ahora. Ajustó con fuerza el nudo de su corbata y, cuando llegó a su destino, salió del vehículo sin ni siquiera despedirse de su chófer, concentrado, abstraído. Aunque llegaba diez minutos antes de su cita, ya sabía que María, como siempre, estaría antes de hora, esperándole de pie junto a una de sus secretarias. Una chica trabajadora, sin duda, pensaba, pero sin talento alguno. Ingenua y necesitada. Perfecta para sus propósitos. Según pasaban las semanas y los meses, se fijó en que ella cada vez se vestía con trajes más caros, se maquillaba de forma más acertada y utilizaba complementos de marcas cada vez más exclusivas. Estaba entrando en su círculo, estaba dejándose llevar a pasos agigantados por el sugerente mundo del trabajo duro y el lujo que le estaba ofreciendo Kevin. Ahora ganaba en un mes más de lo que ganaba en un año en cualquiera de los trabajos que había tenido en su vida, y es posible que estuviera perdiendo cierto contacto con la realidad. Se había comprado una estupenda casa en la zona de Chatham, un barrio ciertamente bueno de Nueva Jersey, y se había volcado en el trabajo, de forma que estaba disponible para Kevin las veinticuatro horas del día. Una vez se encontraron en la puerta de su despacho, entraron dentro mientras su secretaria les preparaba un café descafeinado para ella, y un café con baileys para él.

-¿Has preparado los informes de los balances que te pedí? –le preguntó Kevin.

-Sí, los tengo aquí mismo.

-Bien, tu siempre tan eficiente, lástima que no todo el mundo con el que hago negocios no sea tan formal como tú.

María le esbozó su tímida sonrisa habitual.

-¿Puedo hacerte una pregunta personal, María? Con todo el respeto.

-Claro, adelante.

-¿Qué esperas del futuro? Es decir... ¿Tienes miedo del futuro, de lo que está por venir?

-No, a decir verdad, le tengo más miedo al pasado. A que vuelva el pasado. No, el futuro no me da miedo.

-Ojala pudiera pensar como tú, tener tu filosofía optimista.

-Usted es un hombre optimista y energético, siempre ha irradiado esa sensación, señor Steal.

-Eso he intentado toda mi vida. Pero los tiempos cambian. A veces a mejor, a veces a peor. Como en las finanzas, la bolsa sube, fluctúa, baja. Pero el mayor problema es la incertidumbre. Y la falta de esperanza.

-¿Puedo hacerle una pregunta personal, señor?

-Claro, adelante.

-¿Qué le ocurre? Nunca me ha hablado en esos términos, siempre le he oído hablar del futuro con ambición y con las ganas de un adolescente, y se me hace raro oírle decir eso.

-Tenemos problemas, María, problemas serios con la empresa. Imprevistos.

-¿Qué ocurre?

-Tú misma lo estás viendo en nuestros balances. Estamos pudiendo ganar dinero gracias a que estamos vendiendo activos pero... ¿Qué pasará cuando no tengamos nada más que vender? Las industrias con las que trabajamos, que hemos financiado y que nos han hecho ricos, están quedándose tan anticuadas que ya no es que pierdan valor... Es que no valen nada. Hoy he hablado con un contacto en el Tesoro. Me ha dejado tan preocupado que he llamado también a un viejo amigo de la bolsa de Frankfurt, un hombre cabal y honesto de cuya opinión puedo fiarme. Ambos se temen lo peor. El desastre, el caos.

-¿Me está usted hablando de economía?

-Te estoy hablando de la vida entera, María. Estuvimos creando durante años un sistema, basado en unas reglas tácitas y tasadas. Contábamos con el auge de economías emergentes como la China, como Brasil, como Rusia o la India. E invertimos billones de dólares en situarnos de forma estratégica para que cuando explotaran como potencias económicas, todos saliéramos beneficiados. Ellos y nosotros. Mantuvimos el orden económico durante años, y millones de trabajadores norteamericanos y de todo el mundo nos lo agradecieron. Pero nunca imaginamos que de repente, de la nada, surgiera un polo de atracción económico tan poderoso y cambiara completamente las reglas del juego.

-¿Se refiere a... Petronia? –preguntó con cautela, mientras agitaba su café.

-Han cerrado más de doscientas industrias norteamericanas en las que teníamos inversiones. Miles de familias condenadas al paro y a los subsidios de un Estado que no sabe o no puede reaccionar con dinamismo para minimizar los daños. Te hablaré con franqueza. Si esta espiral de crisis

económica y cierres de empresas no se acaba en menos de un año, nuestra empresa tendrá que declararse en bancarrota. Y si nosotros caemos... te aseguro que ya habrán caído el setenta por ciento de las grandes empresas norteamericanas. La única solución es intentar negociar con los responsables de Petronia Future Inc. Intentar asociarnos o gestionar productos con ellos para no quedarnos fuera de juego. Nuestros recursos naturales, nuestra industria de la automoción, nuestra industria tecnológica... No valdrán para nada en menos de cuatro o cinco años. Es el panorama económico más dramático de toda la historia de los Estados Unidos. El barco se hunde con nosotros dentro, María. No hay más remedio.

Kevin, como buen comercial que en el fondo era, intentaba tocar la fibra patriótica de María una y otra vez.

-Llevo más de tres años intentando poder reunirme con ellos, con los petronianos. He enviado más de cien cartas, faxes pidiendo una cita con ellos. He utilizado la vía diplomática, e incluso he llegado a solicitar la ayuda del gobierno para poder entrevistarme con ellos. Explicarles que podemos hacer esto juntos. Que podemos unirnos. Que nos dejen participar. Que también tenemos cosas que aportar. Pero nunca he podido conseguir una cita con ningún alto representante de Petronia Future. Si, ya sé que aquí en Nueva York tienen un representante en las Naciones Unidas, que sería la forma más accesible de llegar hasta ellos. Pero ya lo he intentado muchas veces, y la respuesta siempre es la misma. Ella sólo hablará desde la Asamblea de las Naciones Unidas, nunca de forma privada. La única forma de hablar de negocios con ellos es a través de su Rey, o de uno de los miembros de la cúpula de la empresa, Petronia Future Inc.

Kevin se levantó y cruzó su despacho hacia un antiguo mapamundi que colgaba de la pared de su despacho.

-Me consta que están preparando una tremenda ampliación de sus actividades económicas. Tanto, que por primera vez van a tener que instalar fábricas y factorías fuera su país. Han llegado a acuerdos con Alania, con Nigeria, Namibia, Angola e incluso con otros países de Asia, pero lo más importante: también con otros países del primer mundo. Principalmente a países sin reservas de petróleo, a los que les conviene que sus productos solares se desarrollen, porque hace menos ricos a sus vecinos que si tienen esas reservas de hidrocarburos.

-¿Qué países? –preguntó ella, intrigada.

-María, espero que entiendas que esta información es completamente confidencial. Cualquier filtración nos conduciría a poder tener consecuencias catastróficas.

-Entiendo.



-Están a punto de crear fábricas de primera magnitud, estamos hablando de industrias, plantas de explotación, logística... ¿En dónde? En zonas de Grecia, Japón, España, Turquía. Países sin grandes reservas estratégicas de petróleo. Serán contratos sustanciosos, a largo plazo. Y las empresas que se suban a ese carro, serán las únicas que prosperen. Preparan nuevos productos, más revolucionarios si cabe que los coches solares y los acumuladores de energía. Más que los aerotrenes. ¿Quién sabe? Tal vez aviones o barcos. Y hay que estar ahí, hay que estar ahí como sea. Tenemos que estar ahí. Crear puestos de trabajo para los ciudadanos norteamericanos basados en las tecnologías de Petronia. Pero es imposible hacerles llegar ni siquiera una oferta, parece que estén aislados por un muro infranqueable, hermético. En cuanto ellos oyen hablar de negocios, cortan la comunicación. Si tuviéramos una sola oportunidad de poder exponerle nuestras ideas, de demostrarles que nuestras dos economías pueden coexistir y cooperar por el bien de todos. Es que si no lo hacemos nosotros, no lo va a hacer ningún otro americano. Y se irán todas las inversiones hacia otros países. Y América se volverá cada día más y más pobre, en esta espiral de mierda descendente en la que estamos metidos.

-¿Piensa que es la única solución?

-Si no puedes con ellos, únete a ellos, dice el refrán. Y creo, sinceramente, que no podemos competir con ellos. Así que la solución es unirnos, con un trato que nos convenga a los dos países. Petronianos y norteamericanos. La otra opción es no hacer nada e irnos a la ruina, a la miseria directamente. Nuestra empresa, tú y yo, en particular, y Estados Unidos y los países occidentales en general. Este país se podría llegar a convertir incluso en el tercer mundo si seguimos con esta dinámica de destrucción económica.

Mientras María le escuchaba atentamente, tragaba saliva y giraba lentamente su cucharilla sobre el café. No pudo resistir la tentación, y cayó en la trampa, ante la disfrazada satisfacción de Steal.

-Tal vez yo tenga una forma de poder llegar a hablar con ellos...

Kevin Steal miró a María de soslayo, arqueando las cejas y estirando sus orejas, como un lobo que agudiza sus sentidos al sentir que su presa está cerca.

Al otro lado del mundo, Héctor, Peter y César hablaban en un tono que estaba rozando la discusión acalorada. En el despacho del padre de Peter el ambiente estaba muy cargado, consecuencia de la gran presión que habían añadido los últimos acontecimientos.

-Muy mala idea, me parece muy mala idea, Héctor –dijo Peter-. En serio, si de verdad ella quiere verte, que venga.

-Yo tampoco entiendo que tengas que ir –declaró César-. Es un riesgo absolutamente innecesario, joder. Sabes que hay un movimiento anti

Petronia orquestado por los medios de comunicación en todo el mundo. Nos han puesto bombas, y no creo que te reciban muy bien allí en los Estados Unidos. Estarás con el culo al aire.

-Me ha llamado, nos hemos disculpado por lo que pasó hace tres años, y me ha dicho que su vida ha cambiado. Que quiere que vaya y esté con ella unos días. No sé qué tiene de malo, la verdad.

-Yo creo que estás pensando con el nabo, sinceramente. No deberías hacerlo -contestó César.

-Mira -tomó la palabra Peter-. Entiendo que el corazón te tire. Es el amor de tu vida, está claro pero...

-Tranquilos chicos -intentó rebajar el tono de la conversación-. No os preocupéis. No estaré fuera más de cuatro o cinco días. Necesito quitarme la espina que tengo clavada. En menos de una semana estaré de vuelta. Creo que me lo merezco, ¿no?

-Tienes razón, Héctor. Pero comprende que estemos preocupados. Ya nos han atacado, y cada día salen a la luz nuevas noticias falsas sobre nosotros. Mira esto.

Le enseñó en una gran tableta digital portátil la edición del día del periódico Washington Post.

-Mira el titular. *Miles de personas malviven hacinadas en las calles de Petronia Town. La cara oscura del régimen del dictador Peter III.* Hay un reportaje de más de diez páginas en su interior.

-Están poniendo en contra nuestra a la opinión pública de medio mundo. Ten mucho cuidado por favor.

-Confíad en mí, en serio. Necesito acabar con esto de una vez, ya sabéis, sacarme este maldito clavo. Serán sólo unos días.

-¿Y porqué no te llevas escolta? Te acompañarán dos hombres de confianza, por seguridad.

-No, tranquilos, en serio. Después del estrés de lo del atentado y lo de mi madre, necesito tomar oxígeno. Perderme unos días. No creo que sea tan difícil de entender. Cogeré un avión, iré a París, luego a Nueva York, pasaré unos días con ella, veré a Charles Bay... Lo necesito, chicos. Sabéis que ella es mi debilidad, siempre lo ha sido.

-Por eso mismo nos da tanto miedo, Héctor, por eso mismo -dijo César sincerándose desde su silla de ruedas-.

La terminal tres del aeropuerto internacional John Fitzgerald Kennedy presentaba el mismo aspecto saturado que de costumbre. En la zona de llegadas internacionales, al menos trescientas personas aguardaban junto a la barra metálica de separación la salida de los pasajeros, tras la zona de cintas de recogida de las maletas. Entre la muchedumbre, novias nerviosas, madres cansadas y chóferes con rótulos con el nombre de su cliente. María,

vestida con un elegante traje negro, falda y chaqueta, de Carolina Herrera, esperaba la salida de Héctor desde unos cuantos metros más atrás. Durante estos últimos meses se había curtido a base de decenas de exposiciones en público y actos de trabajo, pero esa mañana era incapaz de sujetar sus nervios.

Durante las semanas previas sus inquietudes giraron en torno a la reacción que tendría su jefe Kevin Steal cuando le pusiera frente a frente con uno de los mayores artífices de Ciudad María. Sin duda sería un importantísimo tanto a su favor, que podía catapultarla, aún más, a las esferas más altas del mundo empresarial. Nunca más tendría que volver a preocuparse del dinero. Recordaba aquellas interminables jornadas laborales en aquella apetosa hamburguesería de Boston, con la grasa incrustándosele en las uñas de las manos, y eso le hacía autoconvencerse más aún de que estaba haciendo lo correcto. Estaba haciendo una buena obra, buena para ella, buena para su jefe, y buena para su país. Y si, posiblemente también buena para Héctor. Héctor. Se le había olvidado todo lo que sentía cuando oía su nombre, eclipsado por sus modernas ambiciones profesionales. Pero cuando se plantó en la terminal del aeropuerto, viendo salir a los pasajeros a través de las puertas correderas de la zona de salidas, volvió a sentir ese intenso cosquilleo en el estómago que sólo había llegado a sentir a su lado siendo aún una niña. Durante la espera, notaba como sus piernas tiritaban, olvidándose completamente del doble propósito de aquella cita. Desde la última vez que se vieron Héctor y ella habían transcurrido más de tres años. Sus últimas palabras fueron “*Por favor, vete*”. Las recordaba perfectamente. Se avergonzó de que sus complejos le hicieran comportarse así. Pero ahora ella era una persona nueva. Había logrado su sueño, conseguir un buen puesto de trabajo por sus propios méritos, había logrado alcanzar un estatus acorde con sus capacidades, y físicamente se encontraba mucho más cuidada y atractiva. La María Stravinsky que Héctor conoció en su última visita era una chica acomplejada, apocada y sin ningún encanto. Todo lo contrario que ahora, ya convertida en toda una mujer de éxito. Sujetaba en sus manos un exclusivo bolso de la firma Valentino, a juego con sus zapatos. Sin duda cuando Héctor la viera, se quedaría sorprendidísimo y entusiasmado con su nueva imagen. La impresión que se llevaría tras esta visita borraría completamente el mal trato de la anterior. Se sintió incomoda, reconoció, pero las circunstancias no eran nada favorables. Esta era la ocasión de enmendarlo. Le saludaría con un cortés pero efusivo abrazo. Le llevaría en su coche hasta el hotel Waldorf Astoria. Saldrían a cenar, y pasarían, tal vez, si todo iba bien, la noche juntos. Al día siguiente, le pediría por favor que le acompañara a comer con una persona importante, y en esa cita se lo presentaría a su jefe Kevin Steal. Éste se lo agradecería eternamente, y aseguraría su futuro. Era una mezcla perfecta,

sentimientos y negocio, se intentaba auto convencer sin demasiada fe. Miró una vez más los monitores de televisión con los horarios de llegada de los vuelos. Según parecía, el vuelo París- Nueva York en el que llegaba Héctor ya hacía más de veinte minutos que se encontraba en tierra. De hecho, había empezado a ver salir entre la multitud ya a varias personas con bolsas de regalos de la capital francesa. Pero ni rastro de Héctor. Se acordó de cuando eran pequeños. De cómo Héctor, para defenderla, se juntaba con Peter y no dudaban en hacer cualquier travesura contra el profesorado, como cuando desmontaron el coche de aquel estirado profesor. Recordó también aquella tarde, en aquella sala de música, con aquel piano. Vinieron a su memoria sensaciones que hacía años que no tenía, sensaciones puras, limpias, propias de una niña de doce años. Después, con el tiempo, la vida le fue enseñando su lado más áspero y desagradable, cambió su carácter a base de palos, y a base de palos fue perdiendo su inocencia. Pero ahora, al fin, ya estaba en el camino correcto. Estaba sintiendo por primera vez en su vida seguridad en sí misma. Había podido lograr algo por sí misma, y podría contárselo a Héctor, compartir su alegría con alguien, ya que, sinceramente, no tenía otra persona con quien poder hacerlo, ni familiares ni amigos.

Fueron pasando los minutos. Incluso daba la impresión de que apenas quedaba ya gente en toda la terminal. Decidió llamar por teléfono a Héctor. Pero no, aunque él hubiera tenido teléfono móvil, ella no tenía su número, se comunicaba llamando directamente al teléfono de Petronia. Lo único que podía hacer es esperar. Caminaba en círculos, inquieta. Finalmente, respiró aliviada al ver aparecer a Héctor, caminando, arrastrando una pequeña maleta negra con ruedas. Al verle, vestido informalmente con una camisa y unos pantalones vaqueros, sintió como su estómago se empequeñecía, y su garganta se secaba. No pudo evitar avanzar hacia él, y abrazarle, fuerte, con pasión. Besó su mejilla. Héctor se sintió sorprendido, pero sin duda agradecido por aquella muestra de cariño.

-¿Cómo estás? ¿Qué tal ha ido el viaje?

-Un poco pesado, la verdad, no me gustan mucho estos aviones.

-Estás fantástico, Héctor. Tenía muchas ganas de verte.

-Yo también a ti. Dios, María, que elegante estás, pareces otra persona.

-¿Te gusto?

-Bueno, he dicho que pareces otra persona, no me pongas en un compromiso. Es broma.

-Vamos hacia el coche.

-¿Tienes coche también? Veo que te va muy bien con tu nuevo trabajo.

-Sí, la verdad es que tengo un millón de cosas que contarte.

Atravesaron la terminal del aeropuerto y se dirigieron al parking cubierto. Cargaron la maleta en el asiento trasero del BMW, y tomaron asiento en su interior.

-¿En serio que no te ha tocado la lotería?- bromeó.

-Vamos, quiero enseñarte dónde vivo ahora, ¿te parece bien? Luego iremos a cenar a un restaurante que creo que te va a encantar.

-Sí, me parece perfecto. Pero cuenta, cuenta, por favor. Cuéntame, ¿Al final conseguiste trabajar en algún laboratorio, como soñabas?

-Bueno, no exactamente. En realidad pasé un proceso selectivo y empecé a encargarme de la gestión y la rentabilidad económica de los proyectos de otros.

-No suena mal, la verdad.

-Y tú, cuéntame ¿Cómo está tu madre?

Durante el trayecto de aproximadamente treinta minutos por la autopista 278 hasta la casa recién comprada de María, estuvieron charlando sobre terceras personas. Peter, César, la madre de Héctor, el profesor Bay. Los dos se sentían juntos realmente cómodos, y la conversación fluyó con absoluta naturalidad, como dos viejos amigos que se encontraban. Que era exactamente lo que eran.

El coche llegó a la calle de la casa de María. Giró a la izquierda en el número 1235. Siguió el camino hasta llegar a la puerta del garaje. Pulsó el botón principal del mando a distancia que guardaba en el salpicadero de su BMW. El coche se metió en el pequeño garaje particular de una sola plaza, completamente diáfano ya que aún no le había dado tiempo a llenarlo de muebles. Las luces del garaje estaban apagadas, tan sólo iluminaban las luces de posición del coche de María, hasta que las apagó.

-Pensaba que vivías sola- comentó Héctor, observando a su alrededor.

-Y así es, vivo sola.

-Pues dentro de tu casa hay gente.

-¿Qué?

Se abrieron bruscamente las puertas del conductor y del acompañante. Héctor notó como unos robustos brazos rodeaban su cuello, y le extraían violentamente del vehículo. No le dio tiempo a ver ni oír absolutamente nada más. Notó un pinchazo agudo en su pescuezo, como una gran aguja y perdió el conocimiento súbitamente. María sí que llegó a ver los ojos de la persona que apretaba su mandíbula mientras con un ingenio de forma parecida a una pistola blanca le clavaba una extensa aguja en su garganta. El poderoso narcótico que le administraron le provocó un sueño instantáneo en menos de un segundo. Aquellas dos personas introdujeron los cuerpos en el asiento de atrás del BMW, uno encima del otro, como si se tratara ya de cadáveres y los cubrieron con una manta negra. Se subieron en el coche, arrancaron el motor y salieron del garaje, abandonando el barrio y

perdiéndose entre la maraña de coches que atestaban la autopista. Uno de ellos, el más alto y fuerte, marcó desde su teléfono móvil.

-Ya está hecho -dijo con voz seria y grave.

-Perfecto, ya sabéis lo que tenéis que hacer con él –la profunda voz de Steal era perfectamente reconocible al otro lado del aparato.

-¿Y con la chica que hacemos?

-Hacedla desaparecer.

-De acuerdo –dijo aquel hombre mientras colgaba el teléfono.

Una intensa luz blanca aturdió los ojos de Héctor. Se estaba despertando, y nada de lo que tenía alrededor le resultaba familiar. Lo primero que se fijó fue en su ropa: la misma que llevaba cuando María le fue a buscar al aeropuerto, zapatos negros, vaqueros y camisa. No le dolían ni los brazos ni las piernas, pero sí la cabeza. Sentía que debía abrir los ojos muy despacio para que aquella luz no le cegara. Notó que le miraba un hombre del que no era capaz de adivinar su edad. Parecía viejo, pero destilaba una extraña vitalidad y energía.

-Es para mí un gran honor poder conocer a un hombre como usted. Dicen que tiene una mente prodigiosa, y un corazón aún mayor. Mi nombre es Alejandro Sesei.

Su forma de pronunciar era una ecléctica mezcla de diferentes acentos de todo el mundo, imposible de ser identificada por Héctor.

-Lamento no poder decir lo mismo –contestó él-. He sido traído aquí a la fuerza.

Héctor se tocaba la cabeza, dolorido. Sentía como si hubiera estado toda la noche anterior bebiendo mal vino francés.

Aquel extraño viejo le miraba llevando sus ojos de la cabeza a los hombros, de ahí a las manos y vuelta hacia arriba, como si fuera el primer joven que viera en su vida.

-Le pido disculpas, pero me reconocerá que era la única forma de que usted viniera. De poder hablar cara a cara los dos.

La inmensa y diáfana estancia estaba repleta de plantas traídas desde todas partes del mundo. Héctor, que intentaba rápidamente hacerse una composición de lugar para intentar averiguar dónde estaba, reconoció algunas especies que sólo crecían en África, otras autóctonas de Oceanía, y otras más comunes que abarrotaban las esquinas de la sala. El techo era de cristal, en forma de pirámide, y dejaba entrar la luz del sol pero no su calor.

-¿Dónde estoy? –preguntó Héctor.

-En un lugar seguro. No se preocupe, no está muerto. Simplemente hemos tenido que traerle dormido.

-¿Y María?

-Se encuentra bien, no tiene porqué preocuparse.

-¿Ella está aquí?

-No. Sólo nos interesaba que fuera usted quien viniera.

-¿Y qué se supone que quiere?

Aquel viejo se puso en pie, a unos cuantos metros de Héctor. Su pelo blanco de punta le cubría toda la cabeza, de un modo aparentemente artificial.

-He oído hablar mucho de usted. Tanto, que le sorprendería saber hasta qué punto le conozco. Pero eso no es lo importante. Lo fundamental ahora es que sea usted quien oiga hablar de mí. No me andaré con rodeos, ni le mentiré. Le doy mi palabra.

Héctor, sentado en una silla metálica, le prestaba atención a aquel hombre que vestía un elegante traje azul cielo y una camisa blanca rematada con corbata roja. Sobre su pechera, a la altura del corazón, una discreta insignia dorada y roja, irreconocible para Héctor.

-¿Va a ser usted sincero como dice?

-Sí.

-Pues dígame la verdad. ¿Dónde está María? No sabe usted mentir, ha mirado hacia arriba y a la derecha al responderme.

Aquel hombre se sintió aludido, y esbozó una media sonrisa.

-¿Siempre buscas la verdad, Héctor?

-¿De eso se trata, no?

-Pero la verdad puede causar mucho dolor. La gente no está preparada para escuchar las grandes verdades de este mundo. Prefieren vivir felices bajo el grueso caparazón de la ignorancia.

-Creo que podré soportarlo. Además, es la única forma de que yo pueda creer todo lo que tiene usted que decirme.

Volvió a esperar unos segundos. Decidiendo si ser sincero o no.

-María está muerta. La hemos utilizado para llegar hasta usted, como un gancho. Un anzuelo para que saliera de Petronia y poder capturarle. ¿Mejor así, señor Gómez?

Héctor no contestó. Sintió una profunda rabia en su interior, pero no se movió de la silla.

-Me ha pedido que fuera sincero –se explicó Alejandro Sesei.

Héctor buscó con la vista una posible salida de aquella gran sala diáfana. Una gran puerta enfrente de él que tenía todo el aspecto de estar cerrada parecía la única forma de escapar de allí

-Homo hominis lupus –dijo Sesei con aires de superioridad.

-El hombre es un lobo para el hombre –confirmó Héctor.

Recordó que aquella frase se la enseñó aquel insaciable broker con el que trabajó en Nueva York, Steal.

-Exacto. Una gran verdad del filósofo Hobbes. ¿Recuerda a Kevin, verdad?



-Esa frase no es de Hobbes. Es de Tito Macio, la dijo diecisiete siglos antes de que Hobbes naciera. No se ande con rodeos. Si van a pegarme un tiro, háganlo ya.

-Si hubiera querido pegarle un tiro como dice, tranquilo. Haría años que estaría muerto. No. Lo que quiero es tener una profunda conversación con usted. Después, podrá decidir que es lo que quiere hacer con su vida. Vivir, o morir.

-¿Y era necesario matar a María para tener una conversación?

-No. Pero era lo justo. Te traicionó Héctor. Te trajo hasta nosotros, guiada por su ambición.

-¿Y qué pinta Kevin Steal en todo esto?

-El es un conocedor de la verdad. De la gran verdad. Hace tiempo que le abrieron los ojos, y él, por fin, ya puede ver con nitidez. Forma parte del NOM, como yo.

-¿Conocedor de la verdad? ¿El NOM? ¿Qué demonios está diciendo?

-Déjame que te explique, por favor. Tú eres un soñador, un utópico. Como nosotros. En realidad no somos tan diferentes. Tenemos muchas cosas en común. Los dos pensamos que la sociedad actual está podrida. Mires desde el ángulo en que lo mires. Es necesario volver a empezar de nuevo ¿No lo entiendes? La democracia no funciona, porque es un reflejo del hombre. Es corrupta. Es traicionera. Es una gran mentira. Esto se sabe desde hace muchísimo tiempo. Desde hace más de doscientos años se está preparando una nueva forma de gobierno global, para garantizar la supervivencia del ser humano. ¿Has oído hablar alguna vez del NOM, Héctor?

-No tengo ni la más remota idea, la verdad.

-Me decepcionas, pero eso significa que hacemos bien nuestro trabajo. El Nuevo Orden Mundial. Te explicaré.

Alejandro Sesei comenzó a pasear por la estancia, como un profesor dando una clase magistral.

-Desde hace más de doscientos años, la mayoría de los grandes acontecimientos mundiales están siendo provocados, no son casuales ni mucho menos. Las primeras revoluciones industriales, el hundimiento del Maine, el atentado de Sarajevo de 1914 que provocó la primera guerra mundial, la revolución roja de 1917, la entrada de Estados Unidos en la segunda guerra mundial por el ataque a Pearl Harbor, la llegada a la luna, el 11 de septiembre... No son casualidades, fatalidades o consecuencias. Son actos preparados con exquisito detalle. Son parte de un largo proceso, que desembocará en un único gobierno mundial central, capaz de sacar al mundo de sus miserias y expiar sus pecados. Este proceso es imparable. El noventa y cinco por ciento de la población mundial está completamente embrutecida, no merecen más de lo que tienen. Son como animales. Bestias.

Héctor le escuchaba sintiendo un enorme desconsuelo en su interior.

-Este proceso debería culminar, gracias al desarrollo de la tecnología, en su última fase. La globalización absoluta. El control total de todos los recursos del planeta. En apenas veinte años aproximadamente, se darían las condiciones para cumplir los objetivos marcados por el NOM hace más de doscientos años.

-¿Y cuales son esos objetivos?

-Son varias cuestiones. El primer problema es que, como especie, somos una auténtica plaga. No hay sitio para tantos en este pequeño planeta. La población mundial deberá reducirse. Dos de cada tres personas sobra, Héctor. Un nuevo y poderoso virus que ya está completamente preparado y listo para usarse, será puesto en circulación. Llevamos más de cien años creando agentes, desde el gas mostaza hasta el Ébola, el sida o la gripe A. La industria farmacéutica mundial está dominada por el NOM. Son empresas privadas que controlamos. Con este virus, la población mundial se reducirá y se mantendrá estable en los dos mil millones de personas. Cuatro mil millones de personas, por lo tanto, deben desaparecer. Por supuesto, habrá una mayoría de ascendencia anglosajona y europea, y el resto será mano de obra africana, asiática... ya sabes, pseudo razas.

-Yo soy latino –objetó Héctor con desprecio.

Aquel viejo ni siquiera le escuchó.

-Gracias a este virus ya desarrollado, mantendremos a raya a la especie humana y le daremos un respiro a este planeta, nuestro hogar, que bastante está sufriendo ya. El segundo problema es la multiculturalidad, o mejor dicho, las desviaciones. Impondremos una sola cultura, la cultura humana, que identifique a todos los hombres. Eso ya llevamos años haciéndolo, con un éxito notable. Si paseas por cualquier gran ciudad del mundo, desde Tokio a Nueva York, de Londres a Buenos Aires, en todas están las mismas multinacionales, las mismas franquicias, los mismos productos. Son como cromos completamente iguales. Se impondrá una única cultura para todas las personas que sobrevivan. Una cultura acorde con nuestros valores.

Héctor escuchaba con atención las aterradoras palabras que pronunciaba aquel hombre. Se fijó en lo extremadamente blanco de sus dientes, y en sus ojos azules, casi transparentes.

-La otra medida también está en marcha desde hace muchos años. Al final del proceso quedará un sólo banco y una sola moneda para todo el mundo. Todos los países utilizarán la misma. Con la economía mundial globalizada, el siguiente paso es fusionar nuestros bancos, las Reservas Federales, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio. Todas están controladas por miembros de nuestra organización, Héctor. Abre los ojos. El noventa por ciento de las reservas mundiales de materias primas son nuestras. Cuando cerremos el puño, crearemos una sola entidad

que dominará la economía mundial. Una superempresa. El mundo se ordenará, se repartirá y se crearán países-fábricas, como China, Vietnam, Indonesia o la India, dónde se fabricará todo lo necesario para que el resto del mundo viva. Esto ya está muy, muy cerca.

Aquel viejo, a pesar de algunas arrugas en su rostro que le delataban, no se comportaba ni se movía como un anciano, sino que su porte y sus movimientos eran vigorosos y enérgicos. Su camisa estaba remangada en mitad de su antebrazo, dejando ver que sus fuertes brazos estaban depilados y cuidados.

-El capitalismo –continuó- y todos los regímenes en general, da igual como se llamen, concluyen con el acaparamiento del poder y los recursos en una sola mano. Empresas que son absorbidas por otras empresas que son más grandes, las cuales son absorbidas por otras empresas aún mayores... ¿Cuál era el fin de todo esto? Una ultra empresa, que lo domina todo. Que domina a gobiernos, que domina ejércitos y maneja los recursos del planeta. Que es capaz de provocar que millones de africanos se mueran de hambre para mantener alto el precio del chocolate o el trigo. Llevamos haciéndolo años, Héctor. Que provoca guerras para colocar un excedente de productos militares, como las de Irak o Afganistán. O que mantiene plagas víricas para vender millones de dosis de medicamentos inútiles. Acuérdate de la gripe A. Pero una organización que es capaz de existir sin que nadie sepa de su existencia. Ni su nombre. Nadie conoce el último eslabón de la cadena. Nadie conoce a los hombres de detrás de la cortina, Héctor. A los hombres que mueven los hilos de las marionetas. Abre los ojos. El mundo en el que vives no funciona como tú creías.

-¿A dónde quiere ir a parar?

-Finalmente, todos los países cederán su soberanía al gobierno del Nuevo Orden Mundial. Los más de cien gobiernos títeres que domina el NOM se unirán en un solo superpaís. Y el resto, estados insignificantes la mayoría, no tendrán más remedio que hacerlo a la fuerza. Por las buenas o por las malas.

-No le será tan fácil. La gente se revelará.

-¿Por qué no? Controlamos el dinero. Controlamos la justicia. Controlamos los parlamentos. Controlamos absolutamente todo. Excepto a ti. ¿Puedo decirte algo en confianza?

-Pruebe a ver –dijo Héctor con socarronería.

-Eres un puto grano que me ha salido en el culo.

-Muchas gracias. El sentimiento es mutuo –contestó con sarcasmo.

-Pero no tienes nada que hacer. No vas a poder hacer nada sin nosotros allí en tu país de monos, en Petronia. Todo es una gran fachada. Como un gran teatro. Control social lo llaman. Neoesclavitud le dicen otros. Yo prefiero llamarlo la gran mentira. Hay una ley que dice que las mentiras, cuanto más

grandes, más creíbles. Lo mismo sucede con las religiones, una de las mayores formas de mentir para ejercer el control social. Se crearon para controlar la libertad de los pueblos. Utilizaban el miedo a la muerte de la gente para ofrecerle falsas esperanzas y alienarnos y dominarlos. El modelo funcionó, y durante siglos ha servido para controlar a millones de personas, generación tras generación. Sin embargo, tras la revolución industrial, la mejora del nivel de vida de la gente hizo necesarios unos nuevos instrumentos. La guerra funcionó bien durante un tiempo, pero finalmente nos dimos cuenta de que había una forma mejor de idiotizar a la gente mientras les robábamos la cartera. El deporte, el fútbol, la Superbowl, las olimpiadas... era la mejor manera de tener a la gente atontada sin tener que destruir tantas fábricas como con una guerra. Por cierto, el Barón de Cubertain, fundador de las primeras olimpiadas era miembro del NOM. ¿Sorprendido?

Héctor no contestó, desde su silla, mientras cruzaba los brazos.

-Este proceso es totalmente irreversible. Ya controlamos más del ochenta por ciento de la riqueza del mundo. Tenemos incluso nuestro propio ejército privado. ¿Ha oído hablar de los contratistas, señor Gómez?

-¿Mercenarios?

-Sí, pero suena mejor llamarles contratistas. Más políticamente correcto. Así la gente no se entera. Llevamos décadas utilizándolos, aunque ahora están de moda por encargarse de la seguridad en Irak y Afganistán. Y son sólo la punta de la lanza de nuestro ejército particular. Tenemos tanques, aviones, destructores. ¿Recuerdas tus satélites Net-100? Aquellos que diseñaste en Florida para la NASA.

-Aquellos que me robó el ejército americano.

-Era un proyecto muy caro... El ejército americano no podía mantenerlos. Pero nosotros sí, señor Gómez. Nosotros sí. También forman parte de nuestra empresa. ¿Ha oído hablar de Blackwaters, GH5 o SHC? Empresas de seguridad totalmente legales que controlan ejércitos de mercenarios que actúan en Irak, en Afganistán, en Colombia... Compañías industriales de armamento que tienen campos de entrenamiento tan grandes como ciudades enteras. Cuerpos armados sin banderas, ni parlamentos a los que dar explicaciones. En el brazo llevan un logotipo en vez de una insignia. Y operan exclusivamente bajo nuestras órdenes. Nosotros lo financiamos todo. El sagrado ejército norteamericano, como muchos otros de la OTAN, es simplemente un instrumento más del que nos servimos cuando nos interesa. Lo hemos hecho durante los últimos doscientos años.

Héctor comenzó a sentirse turbado. La incredulidad de sus primeros minutos de conversación había dado paso a una gran preocupación. Si era cierto todo lo que ese hombre le estaba contando, no era nada fácil digerirlo.

-Dicen que usted es bueno. Diseñando, creando... Es posible, pero no te creas que eres el primer diamante en bruto de la ciencia que tengo delante. Los mejores científicos del mundo están con nosotros, aunque nadie lo sepa. El coche eléctrico lo tenemos desarrollado desde 1970. El coche solar, un modelo muy parecido al tuyo, desde 1983. Hace más de cuarenta años. Pero lo tenemos congelado en la nevera, señor Gómez. No era el momento. Aún no. Las cosas tienen que seguir su ritmo, el orden natural de las cosas. Después del número uno va el dos, y después el tres. Gota a gota íbamos soltando cada avance para que no hubiera problemas. Muchos de los progresos técnicos que has sacado a la luz, hace años que nosotros ya los tenemos. Si, aquí mismo, en este edificio. Yo quiero darte la oportunidad de que te unas a nosotros. Abre los ojos, como los abrió Steal hace años. Es tu única esperanza.

-No me puedo creer todo lo que dice. Me niego a ello. No puede tener tanto poder como dice. La gente se revelaría contra usted. El poder de las masas es mayor de lo cree, lo está subestimando.

-Haremos una cosa, si le parece bien. Acompáñeme. Ésta es mi casa, déjeme ejercer como anfitrión. Le enseñaré algo.

-Creo que no tengo otra elección.

-No –le contestó con medio sonrisa Sesei.

Héctor se levantó de la silla, y ambos caminaron hacia la puerta blanca metálica del fondo de la habitación. Salieron, y relajadamente, caminaron sobre una larga pasarela traslúcida sobre un gran jardín botánico, repleto de flores y animales exóticos. Héctor no tardó en darse cuenta que era un ecosistema único, una mezcla de seres vivos de todos los continentes. Miró a través de la pasarela que cruzaban andando, cubierta por gruesos cristales transparentes. No se veía el fondo del jardín, debía ser enorme, pero sí el sol poniéndose en el horizonte.

-Tengo a más de mil millones de personas pagándome la mitad de su sueldo por cuatro ladrillos. ¿Te parece poca esclavitud? Las hipotecas y las deudas son cadenas que han condenado a la gente de a pie a la esclavitud por un mísero montón de ladrillos. Todo está bajo nuestro control. Países enteros sometidos que jamás podrán hacer frente a los intereses de una deuda... Que será eterna. Tú sabes bien como se crea el dinero, como funciona el sistema... ¿Nunca te has preguntado porqué cada vez los niños son más incultos, a pesar de tener a su alcance cada vez más información? Todo está preparado. Los niños cada vez reciben peor educación para ser más fáciles de manipular. Está todo controlado. Pregunta, pregunta a cualquier adolescente de dieciséis años lo que es una hipoteca, una préstamo, una deuda. Antes, hace generaciones, con esa edad ya eran hombres hechos y derechos. Mucho más maduros. Ahora son meros niños atontados con una videoconsola. Al mundo se le idiotiza para esclavizarle gracias a la deuda.

La deuda es la neoesclavitud, señor Gómez.

Le escuchaba mientras se maravillaba del fantástico jardín que estaban atravesando. Observó en apenas cincuenta metros a jirafas, macacos, sequoias, tucanes de colores...

-Dios mío, ¿Eso de ahí es un tigre de Java? –dijo señalando a un fibroso felino repleto de rayas verticales pintadas sobre su cuerpo-. Se supone que se extinguieron hace casi cien años.

-¿Le gustan? Tenemos varios más. Déjeme que siga siendo sincero con usted. No hay futuro posible si la humanidad sigue como hasta ahora. La única solución es un cambio tan salvaje y tan brutal que es difícil de imaginar. Pero es la única forma. Y hay sitio para usted, Héctor. No somos tan malos, en el fondo queremos lo mismo que usted y los suyos: cambiar este puto mundo antes de que reviente. Somos la única posibilidad de salvación para el planeta. Piénselo. Un nuevo gobierno mundial que rija los destinos de la humanidad con acierto y mano dura. De lo contrario nuestro futuro es como el de las langostas, la superpoblación. La plaga. ¿Crées que el planeta tierra podría soportar una clase media formada por los miles de millones de chinos, indios o brasileños? Este planeta reventaría. No lo soportaría. De hecho no lo está soportando. No, no vamos a permitir eso. El mundo que habitamos es muy frágil, no lo resistiría. Hazme caso, no cabemos más. ¿Hasta dónde quieres que crezcamos? Diez mil millones, quince mil, veinte mil millones de personas... Esto está creciendo de forma exponencial... ¿Dónde está el límite? ¿Dónde paramos? Se ha perdido la lógica.

Ambos terminaron de cruzar la pasarela y llegaron a una magnífica sala diáfana, llena de pedestales de mármol a los lados. En cada pedestal había un ingenio mecánico, algunos de ellos parecían de ciencia ficción, otros estaban hechos de materiales antiguos pero tenían un aspecto futurista. Los había cuadrados, con ruedas, de gran tamaño, diminutos... Héctor no tenía ni idea de para que servía ninguno de ellos, pero aquel extraño museo le hizo sentir una extraña comodidad, como si se despertara su natural curiosidad en él.

-¿Le gustan, señor Gómez? Tenemos miles de patentes absorbidas, algunos de los mayores avances de la humanidad. Pero no podemos dejar que salgan a la luz, por el bien del planeta. La tecnología que llega a los consumidores es para nosotros en realidad una tecnología ya caduca, obsoleta, pasada de moda. Mira por ejemplo, ¿Ves esta pantalla táctil? Pones una mano sobre ella y... ¡Tachán! Escanea de forma automática todo tu cuerpo, mostrándote más de cien parámetros de tu salud. Es como un análisis de sangre, pero automático y sin pinchazo. ¿Lo ves? Héctor tocó con su mano una pantalla redonda de un metro de diámetro. La pantalla, varios segundos después, comenzó a mostrar decenas de dígitos verdes y

rojos.

-Tiene un poco alto el colesterol. Pero la tensión la tiene bien –le diagnosticó la máquina.

Héctor no pudo evitar mostrarse impactado.

-Es increíble. ¿Desde cuando tenéis esto aquí?

-Más de diez años. Nosotros lo utilizamos, pero sólo para los miembros del NOM, como muchas otras cosas. Por eso tenemos tan buena salud. Mira esto otro. Toca aquí.

Héctor tocó con su mano en otra pantalla redonda de marco blanco, situada como la anterior a la altura de la vista sobre un pedestal.

-Te muestra tu ADN en menos de diez segundos. Maravilloso, ¿Verdad? Por cierto, si quiere preguntarme cualquier cosa...

Héctor no sabía por dónde empezar.

-¿Sois americanos? ¿Qué nacionalidad tienes?

-A decir verdad, ni yo ni mi familia hemos tenido nunca nacionalidad. Hemos estado siempre por encima de todo eso. Los nacionalismos se inventaron para tener a los tontos ocupados en pelearse con el vecino. A decir verdad, no tengo ningún tipo de pasaporte, o permiso de conducir, si te refieres a eso. No me hace falta. No nos hace falta.

-¿Cuántos formáis parte del NOM? –preguntaba sin dejar de observar los ingenios técnicos que había en aquella sala.

-Ah... Podrías pensar que somos un grupo selecto, pero no lo somos tanto... Nuestros benditos tentáculos llegan a gobiernos, parlamentos, tribunales, el mundo empresarial, artístico, industrial. Un poco de todo. Estamos presentes en los círculos más importantes, incluyendo el suyo, señor Gómez.

-¿A qué te refieres?

El viejo sonrió ante la sorpresa de Héctor, sacó pecho y se inclinó hacia delante, como queriendo imponer respeto, pasando a tutearle.

-No estás tan a salvo como crees. Hace años que seguimos tus movimientos, los de Peter, los de César... Desde mucho más cerca de lo que crees.

Héctor comenzó a enfurecerse al oír nombrar a sus amigos.

-Y cómo no, también hemos estado cerca de tus dos marías. María Stravinsky y... Tu madre. ¿Cómo se encuentra de su enfermedad?

Hecho una furia, el corazón de Héctor comenzó a acelerarse e intentó coger violentamente del cuello de la camisa a aquel viejo para tirarle al suelo. Éste a su vez agarró con fuerza los antebrazos de Héctor, y ambos cayeron al suelo, forcejeando con rabia. Pero su enemigo se impuso rápidamente ya que, a pesar de su edad, físicamente era mucho más fuerte y ágil que él. Se puso sentado sobre su pecho, clavándole sus rodillas puntiagudas, con sus manos sujetando las muñecas de su rival, al que consiguió inmovilizar con

esfuerzo. Héctor notó el frío del suelo de mármol sobre su mejilla.

-¡Al final va a resultar que no eres tan inteligente como parecía! –le dijo Alejandro Sesei mientras le controlaba.

Cuando estuvo a punto de dejar al organismo de Héctor sin respiración, debido a la fuerte presión de sus rodillas sobre el pecho, se levantó lentamente, dejando a su adversario tomando aire compulsivamente en el suelo del inmenso salón blanco.

-Te lo explicaré con claridad, idiota. Tu madre está a punto de morir. Han robado su medicación y nadie excepto tú y yo sabemos la fórmula médica del remedio con el que la has podido mantener con vida durante todo este tiempo. Le queda medicación para apenas un par de semanas. Y después ella morirá. Eso será mientras tu no aceptes colaborar con nosotros. Piénsalo bien, tu vida ahora mismo no vale nada. Podría ahogarte con mis propias manos y colgar tu cabeza disecada en la pared como un trofeo de caza sin que a nadie le pareciera fuera de lo normal. Ahora mismo, estando aquí, considera que es como si estuvieras en el limbo. No estás muerto, pero tampoco estás vivo.

-¿Qué es lo que quieres que haga? –preguntó respirando con dificultad Héctor.

-Te voy a dar el honor y la oportunidad de concederte un trato. Considéralo un pacto entre caballeros. Dame el diseño del modelo 532. Enseña a mis ingenieros cómo fabricarlo. Y te permitiré volver con tu madre para que puedas sanarla. Podrás tener una existencia feliz y tranquila junto a ella. Tendrás que apartarte, retirarte, desaparecer bajo una nueva identidad, pero te doy mi palabra de que nunca, nunca volverás a saber de nosotros ni a ser perseguido.

-¿Modelo 532? –preguntó Héctor, tal vez intentando ganar tiempo, mientras se preguntaba cómo demonios sabía aquel hombre la existencia de un modelo con ese nombre. Apenas hacía un mes que había descubierto, por casualidad, las posibilidades de esa nueva tecnología de ondas. Había dado órdenes expresas al personal de su laboratorio que estuvo presente en el experimento de que, por lo sensible del asunto del armamento, mantuviesen la máxima discreción y no se lo comentasen a nadie. ¿La filtración provendría de alguien de su laboratorio? ¿O sería del círculo de militares y policías que rodeaban a Peter? O bien tenía directamente un topo a su alrededor, pensó, o no se podía guardar un solo secreto en Petronia. Se intentó reconfortar pensando en la segunda opción.

-Si, el arma de impulsos, el lanzador de ondas de impacto, el modelo 532. Llámalo como quieras, tú y yo sabemos de lo que estamos hablando, y es el único camino, tu única posibilidad, de volver a ver con vida a tu madre. Si no lo haces, moriréis los dos. Ella retorciéndose de dolor en la más absoluta soledad en una cama de Petronia y tú... Tú servirás de desayuno para mis



tigres de Java.

Héctor imaginó horrorizado las macabras posibilidades de un arma con semejante poder destructivo en un ejército de mercenarios dirigido por aquel hombre. Aún desde el suelo de aquella habitación, con la mandíbula temblando de la tensión, acertó a decir:

-¿Y qué pasará con Peter, con César, con los demás...?

Alejandro Sesei se tomó unos segundos antes de contestar, mientras lentamente colocaba el cuello de su camisa para volver a colocarlo en su sitio tras la pequeña refriega.

-Si son listos, y huyen... Vivirán.

Héctor le miro a sus ojos azules, transparentes, gélidos, adivinando sus perversas intenciones.

-Ciudad María será invadida... -auguró.

-Será destruida –le confirmó Sesei-. Se reducirá a ceniza. Es su inevitable destino. Nunca debió haber existido y lo sabes. Simplemente devolveremos el orden natural a las cosas. Pero tú, tu madre y tus amigos podréis mantener la vida si colaboráis. Ese es el trato que te ofrezco hoy aquí. Créeme que es un buen pacto. El único posible.

Héctor trago saliva, mientras sentía que su pecho le pesaba al menos una tonelada. Deseaba que todo fuera una pesadilla, que seguía estando con su amada María en Nueva York, pero no era así.

En la provincia de Bamiyan, en el centro geográfico de Afganistán, hacía años que cualquier parecido con cualquier institución pública o democrática era pura coincidencia. A pesar de la retirada oficial de las tropas internacionales casi diez años antes, día a día se libraba una encarnizada batalla entre occidentales y talibanes que nunca aparecía en los periódicos. Importantes recursos naturales estaban en juego en la región, y se había encargado a empresas privadas extranjeras el mantenimiento de la seguridad en la zona. En este contexto, la única ley que regía era la ley del más fuerte. Y el más fuerte en aquel momento era, claramente, el Teniente Lumen. Comandaba un ejército de contratistas mercenarios de más de mil quinientos hombres de diversas nacionalidades, desplegados en todo Bamiyan. Él era norteamericano, de Arkansas. Había servido con valor con los marines, combatiendo en Kosovo, Irak, Afganistán, Líbano...Alcanzando el grado de teniente por méritos de guerra. Sin embargo, con la Administración del Presidente Obama, dejó de sentirse cómodo en la gran familia de la marina norteamericana. Sus ideas eran demasiado radicales para tener cabida en un cuerpo así. Recibió una gran oferta económica de una empresa privada para seguir trabajando en primera línea dando seguridad a las empresas americanas encargadas de la reconstrucción de Irak. Sin reglas que seguir o mandos a los que obedecer, el teniente Lumen pudo dar rienda suelta a sus más sanguinarios instintos. Encontró su lugar en el mundo de tal forma que nunca más volvió a los Estados Unidos. Llevaba más de veinte años en el teatro de operaciones de Irak, Oriente Medio, Afganistán o Pakistán. Liderando primero pelotones, después una escuadra, una compañía o todo un batallón de soldados mercenarios, dotados con mejor material que el propio ejército y cuyo único afán era la supervivencia y el dinero. Primero se rodeó de soldados norteamericanos, y después se dio cuenta de que era más barato para la empresa contratar exmilitares de otros países en vías de desarrollo, como Colombia, Uruguay o Filipinas. Cobraban una quinta parte que un mercenario norteamericano, y si morían no era sangre americana y a nadie le importaba. Además, su experiencia le había demostrado que eran fieros,

profesionales y valientes. Él mismo recomendó su contratación a cambio de llevarse una parte del ahorro de la empresa. Un gran acierto. Sin embargo, toda la fortuna que había amasado después de tantos años en primera línea lo tenía acumulado en una única cuenta bancaria, a la espera de una buena jubilación. Pero su presente estaba entre el polvo del desierto, las atronadoras ametralladoras y sus gafas de sol Rayban.

-¡Teniente!

El grito de un mercenario latino, de al menos cuarenta años, se hizo hueco entre el sonido de los AK-47 que disparaban a la base de los contratistas.

-¿Qué ocurre? El teniente está ocupado, está en medio de un tiroteo con esos putos talibanes -le dijo un paramilitar, con su traje de campaña completamente negro, escondido tras unas anchas gafas de sol.

-Es una llamada de la dirección de la empresa. Dicen que es muy importante. Que debe ponerse el teniente ahora mismo.

-De acuerdo, corre, ve a decírselo, está en el siguiente refugio de tirador, a casi cincuenta metros de aquí, hacia el norte. Ten cuidado con el fuego cruzado.

El mercenario, con un teléfono móvil vía satélite en la mano, corrió a través del espacio abierto del desierto hasta llegar a un montón de sacos de arena que rodeaban a una gran ametralladora que apuntaba hacia el frente. Mientras corría, pudo sentir como varios cartuchos de bala impactaban a escasos metros de sus botas militares de color crema. Se lanzó en plancha al llegar detrás de la ametralladora para evitar ser alcanzado. El teniente Lumen, centrado en hacer frente a la agresión, apenas le dedicó una mirada.

-Teniente Lumen.

-Silencio, ven. Mira.

El mercenario le hizo caso, asombrado.

-Hazte cargo de la ametralladora, quiero que me cubras, de acuerdo.

¿Puedes ver aquel coche abandonado de allí enfrente?

Señaló a un viejo vehículo de fabricación rusa que daba la impresión de llevar ahí décadas, cubierto de arena y polvo.

-Sí, teniente.

-Están disparando desde allí. Pero voy a acercarme por uno de los flancos mientras tu abres fuego, ¿De acuerdo? Los voy a pillar en bragas, ya verás.

Una ráfaga de disparo impactó en el borde de los sacos de arena y el cemento que les daba protección, teniendo que agachar instintivamente la cabeza ambos.

-Teniente, le traigo el teléfono. Es de la central de la empresa.

Se lo ofreció y, algo reticente, Lumen accedió a cogerlo.

-Teniente Lumen al habla, ¿Con quien hablo?... Si... A sus órdenes... A sus órdenes... Si... Si... A sus órdenes... Si, señor. A sus órdenes señor.

Colgó el teléfono vía satélite y se lo devolvió en la mano al mercenario.

-¿Qué ocurre señor?

El teniente le sonrió de forma granuja. Unos nuevos disparos les obligaron a poner cuerpo a tierra.

-Nos vamos. Hoy mismo nos retiramos. Hacemos falta en otro sitio.

-¿En dónde señor?

-En África. Van a reunir el mayor ejército privado que el mundo ha conocido para preparar una invasión, y cuentan con nosotros. ¡Por fin! Se ha acabado el tragar polvo... Nos vamos a la selva, como mi abuelo en Vietnam.

-Es una buena noticia, señor.

-Pero antes vamos a machacar a ese tirador, ¡Cúbreme!

-¡A la orden!

El mercenario comenzó a disparar de forma indiscriminada sobre la zona de donde provenía el ataque. Mientras, el teniente, sin quitarse las gafas de sol, corrió velozmente en zig-zag hacia la posición del francotirador que les hostigaba. Su figura, embutida su traje de campaña completamente negro, su pelo gris de punta, sus musculosos brazos cargando con el fusil de asalto M-18, le habían convertido en todo un símbolo a seguir por todos los contratistas. Era un hombre tremendamente valiente, casi temerario, y se había ganado el respeto de todos los mercenarios por estar siempre un paso por delante, siendo el primero en dar la cara. A pesar de no tener a nadie por encima suyo en el escalafón, excepto directamente el consejo de administración de la empresa privada para la que trabajaba, todo el mundo le seguía llamando teniente, pues era la graduación que tenía cuando dejó de servir en el ejército americano. Cuando tuvo a tiro al francotirador, no le tembló en absoluto el pulso, y le acribilló sin compasión. Llevaba años haciéndolo, era su trabajo. Y él era el mejor en su trabajo. Alejandro Sesei lo sabía, y por eso había confiado en él para el reclutamiento de los miles de contratistas que iban a necesitar para invadir Ciudad María.

Por los pasillos del Palacio Real de Petronia Town había mucho más ajeteo que de costumbre. Peter estaba en pie, observando el soberbio retrato de su padre. Llevaba horas frente a él, intentando pensar con claridad, sin conseguirlo. Los informes que habían llegado esa mañana a su mesa como de costumbre ni siquiera habían sido ojeados.

-¿Dónde estás, Héctor? ¿Dónde estás? Ahora somos vulnerables...

Se repetía a sí mismo una y otra vez. Ya habían pasado más de cinco días desde que Héctor salió rumbo a Nueva York y no habían vuelto a tener noticias suyas. Habían intentado ponerse en contacto con María Stravinsky o con Charles Bay, pero sin ningún éxito. Era como si se los hubiera tragado la tierra a los tres. Se preguntaba cómo habían podido ser tan ingenuos de dejar salir a Héctor completamente sólo del país. La

incertidumbre sobre el paradero de su amigo no le dejaba apenas descansar. El sonido de unos nudillos en las grandes puertas de madera del despacho le devolvió a la realidad. Gon Gon abrió la puerta, y le anunció con su habitual educación marcial:

-Majestad. Acaban de decirlo en la televisión internacional. Han embargado todos nuestros bienes y nuestras cuentas corrientes en el extranjero.

-¿Cómo? No nos han comunicado nada.

-Los telediarios de medio mundo han abierto con la noticia.

-Voy a encender la televisión.

Pulsó un botón en el mando a distancia, y sintonizaron el canal de CNN internacional, después de ver que en la BBC y en el canal Euronews estaban emitiendo la misma noticia. El periodista daba las últimas informaciones desde el plató de televisión.

-...Según el comunicado hecho público hace algunos minutos por un representante del Fondo Monetario Internacional, podríamos estar ante uno de los mayores casos de fraude económico de la historia. Decenas de empresas vinculadas a Petronia Future Inc, y por lo tanto al régimen del dictador Peter III, habrían estado realizando operaciones fraudulentas en bolsa de forma sintomática durante años. Estas operaciones han sido destapadas por el recién creado Tribunal Internacional Económico, un ente que vela por la legalidad y la transparencia de las actividades económicas de los países.

-El régimen del dictador Peter III –comentó el propio Peter, enfadado por que se refieran a él de esa forma-. Pero no pueden hacer eso. ¡No pueden!

El periodista de la televisión occidental continuó con su alegato.

-Decenas de cuentas corrientes en países europeos y americanos han sido congeladas en tanto la comisión investigadora prosigue con sus investigaciones. Todo el dinero de estas cuentas corrientes, al parecer, habría sido obtenido de forma ilícita y habría servido para financiar los megalómanos sueños del dictador africano. Ahora, todo queda en manos de la justicia, sin embargo, nos queda la pregunta de saber cómo van a pagar a todos los proveedores si no tienen dinero. Se podría producir un tremendo efecto dominó que...

El teléfono de Peter sonó encima de su mesa. Lo cogió.

-Dime César. Si, será mejor que convoquemos una reunión del Consejo de Estado. Si, aquí en mi despacho, dentro de tres horas.

Colgó su celular. Y golpeó con su puño en la casi centenaria mesa de madera.

-¡Mierda!

Su padre, desde el retrato, parecía mirarle fijamente, como expectante de las próximas decisiones que debiera tomar.

Varias horas después, los principales cargos de Petronia, incluido Usunda Papo y otros representantes de minorías abiertamente contrarios a las políticas del Rey, se reunieron de urgencia en el despacho del Palacio.

-Han sido varios de los proveedores de materias primas que han declarado que no volverán a vendernos nada hasta que se aclare la situación –comentó John Wool-. Ha sido un bloqueo económico en toda regla. No podremos vender nada al mundo occidental, sólo podremos darle salida hacia algunos países africanos y algunos socios independientes. Pero nada más.

Usunda Papo tomó la palabra.

-Majestad, ¿Ve lo que nos ha traído el jugar a ser no lo que no somos? Esto será la ruina, el descalabro para todos los petronianos.

-Hemos dado la espalda a muchas instituciones internacionales durante estos años, y ahora se están vengando. Muchos países han roto sus relaciones diplomáticas con nosotros –continuó César.

-Nos hemos ganado enemigos muy poderosos... ¿Qué tiene pensado hacer ahora Majestad? ¿Agachar la cabeza o dar la cara? Ahora no tiene a su amigo latino para que decirle lo que tiene que hacer.

El Rey se sintió muy ofendido por estos ataques directos de Papo. Pero prefirió no entrar en su juego.

-Tenemos que continuar con la producción de las fábricas. Nos centraremos en eso. Ciudad María no nació con vocación militar. Es cierto que Petronia es un pueblo de guerreros. Pero sería un suicidio querer enfrentarse frente a frente contra medio mundo. No sería nada inteligente. Utilizaremos la diplomacia y permaneceremos fieles a los principios que fundaron Ciudad María.

-¿Y si Héctor no regresa nunca? –preguntó César, exteriorizando el temor que todos tenían.

El Rey guardó silencio.

-Continuaremos con la producción, y la ajustaremos a la demanda que tengamos de los países que sí decidan hacer negocios con nosotros. Es lo que él habría querido. Muchas gracias a todos por venir, incluido a ti, Usunda. Ya sabéis lo que vamos a hacer. César, espérate aquí un momento, por favor.

Cuando todos hubieron abandonado la sala, los dos amigos hablaron con más franqueza.

-Estoy de acuerdo en seguir hacia delante –le contestó César-. Llegados hasta este punto, no quiero que la historia nos recuerde como aquellos cobardes a los que les entró el miedo y se echaron atrás.

-Va a ser duro, ya has oído a Usunda. Ante nuestra debilidad, nuestros enemigos se van a crecer y van a ir a la yugular.

-Debemos ser fuertes.

Estaban sufriendo un duro contratiempo. Duro por grave, y duro por inesperado. Le advirtieron a Héctor de los riesgos que comportaba su viaje. Le repitieron una y mil veces que no era el mejor momento, que debía de andar con mil ojos. Y ya habían transcurrido más de cinco largos días sin saber nada de él. Y casualmente, o precisamente por eso, estaban siendo acorralados económicamente por sus enemigos. Se habían barajado opciones como enviar un equipo de agentes a seguir sus pasos pero... ¿Por dónde empezar? Tampoco sabían nada sobre el paradero de María Stravinsky, parecía como si ella también hubiera desaparecido. Tras muchas reflexiones, decidieron que Ciudad María siguiera hacia adelante, hacia su destino, como si Héctor nunca se hubiera ido, como si simplemente estuviera encerrado trabajando en su taller, como muchas otras veces. Pero desgraciadamente, Peter no podía dejar de pensar en que eso no era cierto. Héctor no estaba en su taller. Ni siquiera estaba en Petronia. Tal vez estuviera cautivo, secuestrado, preso en algún lugar del mundo. En alguna cárcel secreta, como Guantánamo. O tal vez ya estaba muerto.

Héctor fue confinado en una habitación sin ventanas pero que contaba con grandes comodidades. De casi cien metros cuadrados, tenía una inmensa cama tamaño King Size con sábanas de seda blancas. Un escritorio con una gran mesa inclinada de arquitectura y material de oficina. En las obscenamente blancas paredes, una gran pantalla de plasma con el marco también blanco, con acceso libre a miles de canales de televisión de todo el mundo, incluida la televisión de Petronia. La nevera de color perla estaba llena de los productos preferidos de Héctor: zumos de todas las frutas imaginables, frutos secos, galletas oreo, tabletas de chocolate... En el baño, además de una gigantesca bañera con jacuzzi, tenía decenas de libros de ingeniería y revistas científicas para entretenerse. Permaneció en esa habitación durante casi dos semanas, casi con la misma rutina diaria.

A primera hora de la mañana, era despertado por una amigable mujer de rasgos asiáticos, como si fuera el servicio de un hotel, quien le ofrecía un suculento desayuno a base de fruta, cereales y zumo recién exprimido. Se duchaba, se vestía con un chándal que encontró de su talla en el gran armario empotrado de la habitación y a las nueve de la mañana entraban en ella un ingeniero y un diseñador industrial pertenecientes al NOM, con los que se pasaba hasta la hora de comer diseñando, departiendo y explicándoles como debían construir el modelo 536. Él, de forma afable y respetuosa les indicaba pieza por pieza, chip a chip, cómo debían ensamblar los materiales para que el arma pudiera funcionar y ser controlable por una persona.

Por las tardes, Héctor tenía un rato de descanso después de comer, y otras cuatro horas de indicaciones más junto con el diseñador y el ingeniero. Al no poder estar él presente en las fases de la construcción del dispositivo propiamente dicha, se ralentizaba mucho el proceso de creación. Ellos por la tarde le contaban los problemas que habían tenido durante la mañana en su laboratorio, y él se los intentaba solventar.

-Esta tecnología es tan avanzada, que hay conceptos que nos cuesta mucho manejar -se disculpaba humildemente el diseñador, una vez cogieron un poco de confianza.

-Es como si hubieras viajado doscientos años en el futuro y nos estuvieras trayendo ciencia de allí -le espetaba el ingeniero.

Pero Héctor no hacía demasiado caso de estas adulaciones intentaba concentrarse en trabajar para poder ganarse su libertad y regresar a Ciudad María con su madre lo antes posible, tal y como le había prometido Alejandro Sesei.



Después de casi dos semanas de duro trabajo, tanto en la lujosa habitación dónde estaba recluido como en el propio laboratorio, el primer ejemplar del modelo 536 estaba listo para empezar la fase de pruebas. Habían seguido al pie de la letra las instrucciones y los planos de Héctor, y estaba ya preparado para ser utilizado por primera vez. En una cámara de seguridad rodeada de cristales blindados de máxima seguridad se posicionó el prototipo, sobre las pinzas metálicas de una inmensa máquina de acero que servía para mantenerla en posición y además apretar un gatillo disparador para accionar su mecanismo. Una decena de científicos afines al NOM se colocaron fuera de la cámara de seguridad, a espaldas del arma. El ingeniero jefe cantó la cuenta atrás, y al llegar a cero la máquina accionó de forma automatizada y controlada el disparador. De la potencia de la onda que surgió de aquel arma, en un primer momento se reventaron los cristales de seguridad, y apenas un instante después, todos los científicos cayeron desplomados al suelo, vivos pero inconscientes, mientras la imitación del modelo 536, hecho añicos, se volatilizaba y sus trozos se expandían violentamente por todo el laboratorio, quedando esparcido e irrecuperable. Unas horas más tarde, el ingeniero jefe, con una venda en la cabeza debido a una herida provocada por la caída tras el desvanecimiento sufrido, se reunía de urgencia con Alejandro Sesei en una de las inmensas salas diáfanas de aquella extraña mansión, dando explicaciones.

-No sabemos que ha podido ocurrir. Respetamos los planos al pie de la letra, pero el arma no fue capaz de soportar la presión de la propia onda que produjo. Todos nosotros fuimos afectados, y hemos pasado más de dos horas tumbados en el suelo del laboratorio, sin reaccionar. Los efectos en el ser humano son los buscados, tenemos la onda, pero mucho me temo que no podemos controlarla.

-¿Crees que está jugando con nosotros? –preguntó con cautela Sesei.

-No, no lo creo. Cuando hablo con él se nota que está como loco por ver a su madre y volver a su casa. Esta colaborando al cien por cien con nosotros desde el primer momento. Es el primero al que le conviene que todo salga rápido y bien.

Sesei reflexionó durante unos instantes mientras observaba a su interlocutor.

-¿Qué opinas tú? –preguntó.

-Es muy difícil dirigir un proyecto sin ver los progresos, sin estar allí

físicamente.

-¿No valdría una cámara de video, y que lo hiciera viendo todo el proceso desde la habitación?

-No lo creo. Entiendo que lo más rápido y eficaz es que venga al laboratorio, que subsane los errores y que deje el producto acabado y listo para nosotros.

-Es muy importante que consigamos ese arma.... De acuerdo. Pero tendrás a miembros de seguridad de la empresa vigilándole a todas horas en el laboratorio. No me fío de él.

-Perfecto –aceptó el científico.

Cuando fueron a buscar a Héctor a su habitación y le dijeron que debía bajar al laboratorio, supuso que la copia del modelo 536 no había funcionado correctamente. Tal y como él esperaba, ni más ni menos, se confirmó a sí mismo. Cabía la posibilidad de que aún le quedara alguna oportunidad para poder escapar de allí. Asumió que jamás le dejarían marchar desde el primer momento que habló con Sesei. Y trazó un plan en consecuencia. Debía escapar de aquella extraña fortaleza de la cual no sabía ni siquiera cuales eran sus límites. Por la vegetación heterogénea que vio en el gran jardín podría encontrarse en cualquier lugar del mundo, pero todo eran suposiciones, puesto que no había podido obtener más pistas.

-Tiene que bajar al laboratorio –le dijeron con seriedad, mientras él descansaba y veía la televisión tumbado en la cama de su habitación.

Junto con dos esbeltos miembros de seguridad vestidos con el negro uniforme paramilitar corporativo de los contratistas, le pidió que se vistiera y que le acompañara. Héctor, que llevaba puesto un sencillo pijama, se puso sin rechistar sus pantalones, una camiseta y sus zapatos. Pero uno de los mercenarios le ofreció también una tela negra.

-Debe ponerse también esto –le dijo con marcialidad.

Héctor comprendió inmediatamente, cogió la tela negra, se cubrió la cabeza y se vendó los ojos. No querían que pudiese ver el camino por el que le iban a llevar escoltado. Extremaban las precauciones para evitar que fuera capaz de orientarse o de memorizar los pasos por dónde le iban a conducir.

Le dejaron las manos libres, pero le mostraron unos grilletes metálicos de forma amenazante. No debía olvidar en ningún momento que era un prisionero.

Héctor notó cómo le llevaban a lo largo de un interminable pasillo en línea recta, cómo después bajaban unas escaleras, volvían a caminar pero esta vez en diagonal, bajaban otras escaleras, y de nuevo se ponían a caminar, esta vez a través de un pasillo que debía ser estrecho por la forma en que sonaban las voces del ingeniero y del equipo de seguridad mientras lo acompañaban. En menos de diez minutos le sentaron en una silla. Notaba la

presencia de gente a su alrededor, cuchicheando.

Le quitaron la tela negra del rostro. Se vio de repente sentado en una incómoda silla de cuero negro, rodeado de ocho hombres de mediana edad, todos vestidos con bata blanca, que le miraban con los ojos abiertos, observándole como si fuera un animal en un zoológico.

-Señor Gómez. Se le ha dado la oportunidad de que se persone aquí hoy, pero créame, hay mucha gente interesada en que directamente no le demos esa segunda oportunidad y que... Todo se acabe aquí para usted. Su única misión y el único motivo de que esté vivo aún es supervisar la construcción del modelo 536 basado en los planos y las indicaciones que usted mismo nos ha dado, para hacer que esta vez funcione correctamente el prototipo.

-Los planos están bien, son exactos –se explicó Héctor-. Tal vez haya sido un error en el procedimiento de ensamblaje. Déjeme revisar el protocolo.

Héctor se levantó de la silla, y ante la atenta mirada del resto de científicos, comenzó a revisar rápidamente uno por uno los cientos de folios que componían la guía que habían redactado siguiendo sus precisas indicaciones. Apenas una hora más tarde, se encontraba supervisando minuciosamente todas las fases del proceso de fabricación. Desde el ensamblaje de los chips informáticos, los circuitos eléctricos internos, la cubierta de polímero negro. El equipo científico se puso a sus órdenes modestamente, y bajo su batuta se puso a trabajar. Héctor reconoció de las revistas científicas que había leído a lo largo de su vida a varios de ellos, en concreto a uno, posiblemente el de mayor edad, pelo canoso y gafas de cristal redondo.

-Pensaba que había muerto usted en un accidente de circulación hace doce años, profesor Narita.

-¡Cuánto tiempo sin oír ese nombre! –le explicó-. Después de ganar el premio Nobel, mi vida se volvió ciertamente insoportable. Además de que no aguantaba a mi mujer. Alejandro Sesei me abrió los ojos a la gran verdad y me dio la posibilidad de tener una nueva y mejor vida. Tal vez tú deberías pensar en hacer lo mismo y unirte a nosotros. Somos la vanguardia de aquellos que van a salvarse y van a salvar este planeta.

Héctor le miraba asombrado, pero no le quiso contestar. Se dio cuenta de hasta qué punto estaban fanatizadas y convencidas todas aquellas personas de que era necesario un nuevo orden mundial que gobernase el mundo. Lo comparó con una secta. Una peligrosa y gran secta con muchísimo poder.

Estuvieron trabajando todos sin descanso durante más de veinte horas, rehaciendo paso por paso todo el proceso. Tras varios litros de café espeso, centenares de indicaciones y recomendaciones de Héctor y miles de preguntas de los asombrados científicos del equipo, pidió a todos que se pusieran al otro lado del cristal protector del laboratorio: ya estaba a punto de ensamblar el dispositivo.

-¿Está terminado ya, profesor Gómez?

-Un momento, pónganse a cubierto. Aún me queda ajustar el sensible potenciómetro de onda y el recorrido del disparador. Es peligroso.

Los hombres de la bata blanca se pusieron tras el cristal, incluso varios decidieron salirse de la habitación, por miedo a que volviese a sucederles lo mismo que la vez anterior y la onda les dejara sin conocimiento, sobre el suelo, en estado de shock.

Cuando salieron al pasillo, encontraron sobre dos sillas de plástico blancas a los dos hombres encargados de la seguridad, sentados, dormidos, uno apoyado sobre el otro. Despertaron al ver salir a algunos científicos. Aún desmereándose, preguntaron:

-¿Qué ocurre?

-Nada -dijo con tranquilidad uno de ellos -. Va a probar el prototipo, por fin.

-¿Pero cómo que va a probarla él? –dijeron alarmados-. No puede ser...

Un inmenso, grave y oscuro ruido interrumpió de golpe la conversación en el pasillo. Era un ruido tan intenso que no se parecía a nada de lo que antes hubieran oído en su vida. Anulaba cualquier otro sonido, le pasaba por encima, se lo comía. Aunque sólo retumbó durante tres escasos segundos, su eco en los oídos perduraba al menos otros diez segundos más.

Los hombres de seguridad abrieron apresuradamente la puerta del laboratorio, y entraron, buscando a Héctor. Apenas se podía ver nada. Un humo blanco flotaba místicamente por el laboratorio, y no dejaba ver ni el suelo ni las paredes.

-Parece que otra vez no ha vuelto a funcionar –dijo uno de los científicos al entrar.

Se oyó una voz que provenía del fondo de la sala. Era Héctor, armado con el modelo 536.

-Si, si que funciona.

Otra vez el apabullante sonido. Los científicos y los hombres de seguridad cayeron desplomados instantáneamente al suelo, como si les hubieran arrebatado la vida de cuajo.

Héctor caminó con el arma atravesando el laboratorio. Más de veinte cuerpos yacían en el suelo. Con cuidado, intentando no pisarles, salió del laboratorio y cruzó el pasillo. Él medía sus pasos, no corría, pero su corazón cabalgaba. Debía salir de allí, de aquel extraño sitio pero... ¿Por dónde? ¿Hacia dónde? Comenzó a recorrer a la inversa el mismo recorrido que había hecho andando desde su habitación. Pero esta vez con los ojos al descubierto, sin estar rodeado y con el arma ligera más vanguardista, efectiva y peligrosa jamás diseñada por el hombre entre sus brazos. Llegó en unos minutos hasta la puerta de la que había sido su habitación. La reconoció enseguida, además de por su situación por el olor a las frutas que

había dejado cerca de la puerta a propósito. El pasillo era larguísimo, blanco, sin adornos. Entre cada puerta había al menos diez metros y, al fondo del pasillo, una puerta metálica diferente al resto. Decidió seguir hasta allí, despacio, intentando no hacer ruido, temeroso de no saber lo que podía esperarle al otro lado. Se acercó hasta ella, y giró el pomo, esperando encontrar una salida. Sin embargo, lo que vio fue una habitación entera llena de mercenarios, sentados, tumbados, viendo la televisión, como si fueran un cuerpo de guardia esperando su turno para hacer el relevo. Héctor, de espaldas a ellos, pudo fijarse en que la mayoría respondían al mismo patrón: cabezas rasuradas, cuerpos de gimnasio, y muchos tatuajes. Se fijó en un armero repleto de fusiles de asalto a la izquierda de la sala. No le habían visto aún. Uno de ellos se dio la vuelta, y se quedó paralizado al ver a Héctor en el marco de la puerta. No le dio tiempo a ver nada más. Pulsó el disparador, y todos los guardias cayeron a plomo contra el suelo, como si hubieran sido narcotizados ipso facto. Héctor había conseguido diseñar el arma de forma que podía ser completamente controlado. Atravesó la sala, y una de las puertas daba al exterior. Por primera vez en semanas, recibió la luz del sol. Hacía calor, buen clima, pero sin humedad. Disfrutó durante unos segundos del sol en su frente, en sus párpados. Se sintió libre esos instantes, a pesar de no saber dónde se encontraban los límites de aquella extraña prisión. Frente a él, el inmenso jardín que atravesó por aquella galería transparente junto con Alejandro Sesei el día que llegó. No tenía tiempo que perder, en cualquier momento podían echarse encima de él. Corrió por el jardín, haciendo pequeñas escalas en cada gran árbol que se cruzaba, dándose cobertura y observando a su alrededor. No estaba acostumbrado a correr y enseguida se encontró fatigado, pero tenía motivos de sobra para seguir corriendo.

-Tengo que seguir, vamos, no te pares –se repetía.

Continuó corriendo con todas sus fuerzas, extrañado de que aún no hubiera oído ninguna alarma o algo parecido. Esquivó jirafas, rinocerontes y caballos, hasta que, tras una pequeña loma, pudo ver una gran verja perimétrica. Era de color negro y debía medir al menos cuatro metros. Demasiado para saltar por encima, además pensó que seguramente estaría electrificada. La única forma de salir sería a través de un camino asfaltado que divisó a lo lejos, en el horizonte. Corrió sin descanso hasta llegar al camino. Intentó seguirlo, pero un gran vehículo cuatro por cuatro le sorprendió cruzándolo. Asustado, Héctor se giró y apretó el disparador de su arma, provocando que los cuatro contratistas que viajaban en él perdieran el conocimiento. El vehículo siguió en línea recta, hasta que impactó con un gran árbol en un lateral del camino. A pesar de la violencia del topetazo, el coche no había sufrido apenas desperfectos. Héctor se acercó al coche, y empujó los cuerpos inconscientes de los contratistas

hasta tirarlos abajo. Se puso al volante del coche, y apretó el acelerador para seguir el camino. Tras unos minutos de conducir a toda prisa, pudo ver el final del camino, una especie de puesto fronterizo custodiado por varios guardias. Escuchó por la emisora del coche como estaban recibiendo las primeras informaciones sobre su fuga. Preparó el arma y, pisando el acelerado a fondo, la utilizó para provocar el desmayo de los contratistas de la puerta, que miraban extrañados la gran velocidad a la que venía el 4x4. El brutal sonido les dejó sin conocimiento, mientras el vehículo seguía su trayectoria sin detenerse. Destrozó con la robusta defensa delantera la barrera de metal que hacía las veces de frontera, pero el golpe fue tan fuerte que perdió el control del vehículo, que se salió del camino impactando contra una gran roca de las proximidades. A pesar de la fuerza del impacto, no sufrió heridas, pero el arma de impulsos había quedado partida en dos trozos. Decidió que se la llevaría para que no cayera en las manos de Alejandro Sesei, con la intención de destruirla. Salió como pudo a través del cristal de la ventana después de romperlo de un golpe y, dolorido pero no lesionado, continuó su fuga a pie.

Tenía la boca tan seca como la suela de un zapato y notaba un tremendo dolor en la boca del estómago. Era el hambre llamando a la puerta, seguro. Llevaba al menos tres días sin comer, sin dormir, sin descansar. Calculó que, al ritmo que llevaba, podía haber caminado entre cincuenta y cien kilómetros, entre la maleza y el bosque. Sin linterna, en la oscuridad de la noche, sufría continuos golpes y caídas que le habían provocado heridas en sus piernas y en las palmas de sus manos. Notaba que sus fuerzas empezaban a flaquear, si no encontraba pronto algo para comer debería jugársela y comenzar a comer las raíces de los árboles. Estaba a un paso de llegar a ese extremo, cuando sus mecanizados pasos arrastrando sus pies notaron que no estaban pisando ya trozos de ramas ni césped. Estaba pisando el duro asfalto de una carretera. La luna llena parecía que le iluminaba el camino. Una estrecha carretera, con señalización pintada de color amarilla casi completamente desgastada, se habría ante él. Sin saber qué rumbo tomar, caminó hacia su derecha, siguiendo la carretera, durante kilómetros. Se insufló de la esperanza de lograr llegar a algún sitio civilizado a través de aquel interminable asfalto pero su cuerpo comenzaba a manifestarse en forma de calambres y mareos. Tras unos minutos, creyó en un primer momento tener una alucinación o un espejismo. Unos metros delante de su posición, vio la forma de una vieja camioneta, y la silueta de un hombre y una mujer alrededor del vehículo. Ni siquiera pensó que pudieran ser hombres de Alejandro Sesei. Héctor se acercó a ellos. La furgoneta, con forma de una gran pick-up de las que se utilizaban en la América profunda, tenía el capó abierto. El hombre y la mujer se asustaron a ver a aquel hombre delgado, que caminaba arrastrando los pies lleno de suciedad y que se les apareció en aquella madrugada.

-Hola –dijo con una voz que reflejaba su extenuación.

La pareja no contestó. Héctor se fijó en su rostro, parecían nativos norteamericanos, incluso hubiera dicho que tenían rasgos de indios esquimales.

Héctor les hizo un gesto con la cabeza para que le dejaran mirar dentro del capó. Observó durante unos segundos, y le pidió al varón esquimal que le dejara una pequeña linterna que llevaba en su mano. El hombre, sorprendido, accedió, y Héctor la utilizó para alumbrar el motor de la furgoneta. Introdujo su mano y medio brazo en el engranaje de cables y mecanismos, y el motor comenzó de pronto a rugir. La mujer dio saltos de

alegría e incluso pequeñas palmas con sus manos. Debían llevar allí mucho rato, el motor estaba muy frío, pensó. El hombre le dio la mano, agradecido, y le ofreció subir en la furgoneta. Dentro tenía además agua y fruta que Héctor devoró con ansia. La furgoneta se puso lentamente en movimiento, rumbo hacia la oscuridad de aquella tenebrosa, fría e interminable carretera.

El agudo sonido de las emisoras de radio de una pareja de policías despertó a Héctor. Estaba desnudo, solamente llevaba puesta una ropa interior que no era suya. Se notaba limpio, sano, incluso descansado, después de varios días de abrirse camino a pie entre los bosques. Miró a su alrededor. Estaba tumbado en la cama, en una cabaña de madera. La estancia era cálida, y agradable, como si le llegara el calor de una hoguera que estuviera en otra parte de la casa. No llevaba reloj, no sabía el tiempo que podía llevar durmiendo, tal vez horas, tal vez días. Agudizó su oído, era de día, se acercó a la ventana con cuidado, pero sin correr el manto bordado de colores que ejercía de tradicional cortina. Dos policías hablaban en tono ofensivo con el hombre que le había invitado a subir en su furgoneta.

-Escúchame, si ves a alguien que no sea del pueblo por aquí, llámame inmediatamente. ¿De acuerdo? No tiene que andar muy lejos. Es muy importante, ¿Te queda claro?

-Nadie de mi familia ha visto nada extraño –se justificaba el nativo-. Puedes echar un vistazo en el taller si quieres.

-Ya, ya sé que puedo mirar donde me de la gana. Estate bien atento. Es importante –insistió el oficial de policía.

-¿Pero quién es, para que se monte semejante revuelo?

-Es un terrorista. Muy peligroso. Así que abre bien los ojos.

-De acuerdo. Adiós.

La pareja de policías se marchó de allí. Héctor se dio cuenta de que aún distaba mucho de estar fuera de peligro. ¿Un peligroso terrorista buscado por la policía? Era mucho peor que una pesadilla. Observó en una silla al lado de la cama su ropa, completamente limpia y planchada. Sus zapatos, sus vaqueros. Y una camiseta nueva, blanca, no era suya. Se vistió, y notó como su estómago vacío le exigía alimento. Salió de la habitación, despacio, con cuidado. Al abrir la puerta, se encontró en la cocina de la humilde vivienda de una familia aborígen del norte de Canadá. Lo supo por las marcas de la leche que bebían y por la cadena de televisión francófona que estaba viendo la misma mujer que le recogió en la furgoneta hacía ya... ¿Uno? ¿Dos? No sabía cuantos días. Una gran bandera roja, amarilla y con un símbolo tribal verde, azul y negro presidía la sencilla cocina

-Buenos días –le dijo la mujer al verle, mientras removía con una cuchara



una olla en el fuego.

-Buenos días –dijo Héctor, tímidamente, mirando de soslayo la bandera, desconocida para él.

-Es la bandera de la tribu Natuaqanek, nuestra tribu –le informó la mujer, sonriendo-. ¿Te gusta?

-Sí, es muy bonita señora.

-Lástima que apenas quedemos un millar. Por si fuera poco el exterminio que sufrieron nuestros antepasados, ahora luchamos entre nosotros. Siéntate, la comida estará lista en unos minutos.

-Muchas gracias –contestó sentándose en una pequeña mesa de madera en el centro de la cocina.

El hombre entró en ese momento en la estancia. Miró a su mujer y sonrió.

-No tienes pinta de terrorista –le dijo a Héctor, en tono sarcástico.

-No soy ningún terrorista.

-Lo sé. Nunca me he fiado de ese policía estúpido. Pero desde luego estás metido en un buen lío... Hay policías por toda la zona. Soy Nanuk, ella es mi mujer, Nalae.

-Soy Héctor, encantado.

La mujer sirvió la mesa, con una gran bandeja central de pescado, y agua para beber. Cuando se hubieron sentado los tres, siguieron departiendo.

-Llevo veinte años ganándome la vida como mecánico de furgonetas y tractores, y no me explico aún como pudiste arreglar el motor hace dos noches. ¿Qué hiciste? Con sólo verlo detectaste el fallo del motor. Debes saber mucho de mecánica...

-Bueno, en realidad tampoco es para tanto. Fue un poco de suerte, supongo.

-Creo que suerte fue el que nos encontraras. Nadie anda de noche por estos bosques. Lo normal sería que el frío, el hambre o los lobos hubieran acabado contigo.

-Me habéis salvado la vida vosotros.

-¿De dónde huías, Héctor? –preguntó la mujer.

-Realmente no se de dónde era, pero me tenían recluido.

-NSC –le dijo el hombre a su esposa, con complicidad.

-¿Qué significa NSC? –preguntó intrigado.

-Network Security Contracts. Red de Contratos de Seguridad. Es una empresa privada de armamento y soldados privados. Tienen una base a unas sesenta millas al norte de aquí. Es un campo de maniobras secreto, pero tan grande como un parque nacional. Es habitual ver helicópteros y aviones pasar por aquí en dirección a su base de operaciones. A veces se oyen incluso las explosiones de las pruebas de armamento que hacen. No me gustan. Hace años expulsaron a los Natuaqanek del territorio de nuestros antepasados para instalarse ellos. No sé que habrás hecho, pero si eres enemigo de NSC, eres amigo mío. Apuesto a que venías andando

desde allí.

-Es posible. Aunque realmente no se dónde estamos.

-Estás en un pueblo perdido tan al norte de Québec como te puedas imaginar. Más arriba de aquí sólo tienes la tundra, el bosque, la base de NSC y el hielo de Groenlandia. Tienes pocas salidas, hijo. Sólo puedes ir hacia el sur, si lo que quieres es seguir huyendo –le dijo mientras saboreaba el delicioso pescado empanado.

-Me temo que hay demasiada policía como para salir andando. Además, lo que menos quiero es ponerlos a vosotros en un compromiso. Pero creo que sé como poder salir de aquí sin ponerlos en riesgo.

-¿Qué tienes pensado hacer?

-Si no puedo salir, tendrán que venir a buscarme.

El hombre se echó a reír.

-¿Y cómo van a venir, hijo? ¿Volando?

Héctor dibujó una gran sonrisa, e inclinó la cabeza hacia delante varias veces, asintiendo. Era justo lo que estaba pensando.

-¿Tenéis teléfono?

-Sí, tenemos teléfono en casa.

-¿A qué distancia está el pueblo?

-A un par de millas hacia el oeste.

-Necesito un teléfono móvil. Y un GPS para saber las coordenadas exactas de dónde estamos. Dices que tienes un taller, ¿Dónde tienes los coches?

-Ahí dentro. Se accede desde esa puerta.

-Te arreglaré todos los coches y te pondré a punto toda la maquinaria, será como si tuvieras un taller nuevo. Pero necesito que me consigas un teléfono móvil y un GPS para poder desaparecer de aquí sin dejar rastro. Confíad en mí.

El hombre y su mujer se miraron sorprendidos.

Al día siguiente por la mañana, la pareja de policías que patrullaban aquel septentrional pueblo de Quebec disfrutaban de un gran donut de chocolate apoyados en su vehículo en la zona comercial de la población. Observaban a la gente, haciendo despectivos y racistas comentarios con su habitual chulería. Uno de ellos le comentó al más antiguo.

-Oye. Mira eso. ¿No es la mujer del mecánico?

-¿Quién? ¿La india gorda?

-Sí, la que está entrando en la tienda de electrodomésticos.

-No se la suele ver mucho por aquí la verdad –opinó su compañero.

Quince minutos más tarde vieron salir a la mujer de la tienda, con una bolsa del establecimiento.

-Mira, ya sale. Lleva una bolsa.

-Esto no me huele bien. No deben de tener un puto dólar y... ¿Se va la tía

de compras? Vamos a ver qué ha comprado.

Paseando, tranquilamente, salieron al paso de la mujer, que se asustó al encontrarlos de frente.

-Buenos días, señora.

-Buenos días, agentes

-¿Qué tal va todo? ¿Va bien el taller?

-Ya saben, intentamos ganarnos la vida honradamente –intentó justificarse ella.

-Ya lo veo, debe de irles bien el negocio. ¿Qué ha comprado en esa tienda?

-Sinceramente, no creo que sea relevante ni de su incumbencia agentes.

Los dos policías se miraron mutuamente, escondidos tras sus grandes gafas con forma de pera.

-En serio, será mejor que colabore.

-¿Quieren verlo? –se mostró enojada-. Dios mío, es increíble.

Sacó un paquete envuelto de la bolsa de plástico. Es el cumpleaños de mi marido, le he comprado un teléfono móvil. ¿De acuerdo? ¿Se han quedado a gusto ya?

La mujer siguió caminando ante la satisfacción de los policías por haber conseguido que les obedeciera y les hubiera enseñado el interior de la bolsa.

Unos minutos más tarde, ya en casa, le entregó el GPS a Héctor, que llevaba toda la mañana trabajando en el taller, dónde ya había reparado una decena de coches estropeados. Le seguía atentamente con la mirada el padre de la familia, completamente asombrado de la impresionante forma de trabajar de su prófugo invitado.

Cuando le entregó el GPS, Héctor lo encendió allí mismo para localizar el lugar exacto dónde se encontraban, llenándolo de grasa involuntariamente. Memorizó instantáneamente las coordenadas, y acto seguido buscó en el aparato la autopista más cercana, pero lo único que encontró relativamente cerca era un tramo recto de un par de kilómetros de longitud situado en las proximidades de aquel gélido pueblo.

El Rey Peter Rufán se acercó con varios de los miembros de su escolta a una de las comisarías principales de Petronia Town. Su intención era conocer de primera mano las preocupantes informaciones que habían llegado en forma de informes confidenciales hasta su mesa. Se entrevistó allí con el comisario policial. Gon Gon, tan marcial como de costumbre, les acompañó durante la reunión en uno de los humildes despachos de las dependencias.

-¿Es cierto lo que viene reflejado en los informes? –le preguntó al mando policial.

-Me temo que sí, majestad. Petronia Town se está convirtiendo en la cuna perfecta para un gran número de células terroristas de todos los pelajes – contestó con apesadumbrada sinceridad.

-Pero... ¿Cómo es posible? ¿A qué se debe?

-Nuestras fronteras exteriores son débiles, y nos es muy difícil controlar todo lo que entra. Nogolia tampoco pone mucho de su parte, es como si nos empujara aquí toda su mierda.

-¿Sabes lo que he oído hoy en la CNN americana? ¡Que Petronia es el centro de operaciones más importante de terroristas! –el Rey dejó salir su cólera-. ¡Que estamos sirviendo de refugio a terroristas! Han salido imágenes de campos de entrenamiento y de mercadillos donde se venden y se compran todo tipo de armas, desde lanzagranadas a explosivos... ¡Qué cojones está pasando!

-Estamos desbordados, majestad. Petronia Town ha multiplicado su población prácticamente por cinco en diez años, y la gran mayoría de estas personas están en un limbo legal. Ciudad María y Petronia Town son como la noche y el día. El Ying y el Yang. Entran armas, drogas, mafias pero... sinceramente... Tenemos indicios para pensar que no es casual...

-¿A qué se refiere, comisario?

-Es demasiado. Es como si les estuvieran empujando. Muchos de ellos ni siquiera trabajan, y se ve mucho dólar por la calle. Es como si les estuvieran pagando por estar aquí, por venir aquí a delinquir. Como si les patrocinaran para vivir aquí.

-¿Sabes que ha habido atentados terroristas este último mes en Israel, en Pakistán, en Rusia, en Francia... y en todos ellos las pistas llegan hasta Petronia? ¡Esto nos va a salpicar, nos va a hacer mucho daño! ¿Qué está pasando?

-Necesitamos más hombres. Más medios. Esto se va a desbordar tarde o temprano, majestad.

-¡Joder! ¡Tenemos que entrar y barrerlos! ¡Dar una puta respuesta, firme, y que no deje lugar a dudas! Quiero que esta misma noche coordinen una operación. Que participen absolutamente todos sus hombres, usted el primero. ¡Mañana por la mañana quiero cabezas de terroristas encima de la mesa de mi despacho para enseñárselas a la prensa! ¿Ha quedado claro?

El Rey llevaba un par de semanas en un estado de total ansiedad y tensión. Sin apenas descansar, angustiado, veía como todo su reino se venía abajo. Había perdido a su mujer embarazada de un hijo varón. Su principal apoyo, César, estaba atravesando una profundísima depresión a causa de las lesiones que había sufrido en el atentado del puerto de Costa Petronia, y se pasaba el día borracho y taciturno. Y lo que le había rematado era no tener noticias de Héctor. Frustrado e histérico, se sentía incapaz de hacer frente a los problemáticos acontecimientos que se cernían sobre él. Había sido

educado para reaccionar de forma sensata y cabal antes las adversidades, pero estaba dejándose llevar por el innato sentido aguerrido que había caracterizado a los de su etnia desde hacía cientos de años. Los medios de comunicación internacionales parecían estar orquestando una campaña para culpar a Petronia de todos los males de occidentes, entre ellos el terrorismo. Descarnadas imágenes abrían los telediarios y periódicos de mayor tirada, haciéndose eco de supuestos campos de entrenamiento para grupos terroristas y criminales instalados en las selvas de Petronia. En todos estos artículos trataban a Peter de dictador sanguinario, o de megalómano y tirano socialista. Hablaban del total abandono y los graves problemas de la capital en comparación con los modernos *gulags* que se habían montado en Ciudad María a mayor gloria del dictador.

A la mañana siguiente, Peter esperaba ansioso en su despacho noticias sobre la operación policial y militar que había ordenado se realizara aquella noche en Petronia Town. Gon Gon fue el encargado como jefe de la policía de darle las oportunas novedades.

-Majestad. Las cosas se han complicado un poco –anunció con rectitud.

-Adelante, dime, sé claro, Gon –le pidió ansioso Peter, visiblemente afectado por la tensión acumulada.

-Las tropas y los escuadrones policiales han efectuado varias redadas. Ha habido cuarenta detenidos. Pero estaban más y mejor armados de lo que esperábamos... Y la cosa se ha puesto difícil.

-¿Ha habido muertos?

-Aún siguen los combates, majestad. Ha habido más de treinta policías y soldados muertos.

-Dios mío... -se lamentó Peter-. La sangre de Petronia derramándose y yo aquí encerrado en este despacho. Si mi padre me viera...

-Hay algo más, señor. Están usando escudos humanos en los guettos, explosivos, tácticas de guerrillas... Está habiendo bajas civiles.

Peter intentó respirar hondo, apoyó los pulgares en sus pestañas para reflexionar.

-Tenemos que seguir hasta el final para limpiar la basura. Que continúen las operaciones, al menos un día más. Gracias Gon, puedes retirarte.

El recio militar se marchó del despacho, dejando a Peter en soledad, con la única compañía del imponente retrato de su padre. Pensó en muchas cosas durante esos minutos. El honor. La venganza. La rendición. La paz. La vida. La muerte. Jasmína. Héctor. Héctor... Sin él no era posible seguir adelante, concluyó. Tal vez sería el momento de presentar sus disculpas al resto de los países de la comunidad internacional, volver a reunirse con aquel americano arrogante de Kevin Steal, y dejar que las grandes

multinacionales y las corporaciones bancarias pudieran entrar en el país, para así intentar garantizar finalmente de algún modo la seguridad de sus súbditos. Nunca se había sentido así, tan perdido, desorientado, superado por los acontecimientos. Sintió el peso de la responsabilidad en su cuello, en su nuca, en su cabeza, en la boca del estómago. Y por primera vez en su vida se sintió solo, profundamente solo.

El sonido de su teléfono móvil sobresaltó a Peter. Estaba recibiendo un mensaje de correo electrónico. Miró la pantalla de su moderno terminal y no reconoció el remitente. Nunca había visto antes esa dirección. Sin embargo, sus grandes ojos se abrieron como dos platos cuando vio el contenido del mensaje que acababa de recibir. Una extraña serie de números y letras. En un primer momento pensó que se trataría de algún tipo de correo basura, spam o algún error. Hasta que se fijó mejor, y las letras intercaladas entre las series de números formaban una sola palabra. *Negrata*. Nervioso, agitado, alegre, salió corriendo en busca de un vehículo solar para salir del palacio y regresar a Ciudad María. Le siguieron un par de vehículos más con escolta, y encararon la carretera sin apenas poder seguir el ritmo que imponía el Rey a la cabeza de la caravana. Tras aproximadamente media hora de agresiva conducción, y atravesar las fronteras de Ciudad María, llegaron al laboratorio de Héctor. Allí se intentó citar con César Brown pero éste no le cogió el teléfono, seguramente estaría ahogando en alcohol su tremenda depresión. Con Jack Shack si que pudo contactar, y éste si que le estaba esperando en el interior del taller, junto con el equipo de científicos que habitualmente trabajaba allí. Nada más llegar, les enseñó el mensaje cifrado que había recibido. Cifras, letras, dígitos. Fue Luis Cuernavaca el primero que cayó en la cuenta:

-Un momento. Las primeras cifras son las coordenadas geodésicas de Ciudad María –desveló el mexicano-. Rápido, cotejarlo en algún ordenador. Efectivamente, pudieron comprobar que el primer grupo de números correspondía exactamente al lugar exacto donde se ubicaba el taller de Héctor, es decir, el lugar concreto en que se encontraban en ese momento. Analizando los demás datos del mensaje, pudieron llegar a la conclusión de que la siguiente pista eran unas distancias hacia el este y el norte. Concluyeron que no se trataba de kilómetros, ni de metros, sino de pies, en el interior del taller, desde el lugar exacto donde marcaban las coordenadas. Siguiendo estas indicaciones, fueron recorriendo la enorme nave, hasta llegar a un pequeño ordenador portátil de color negro que reposaba sobre una de las numerosas mesas de trabajo. Peter y Luis, junto con el resto de personal tras ellos, abrieron el ordenador, nerviosos y expectantes.

-¿Ahora qué? –preguntó el Rey.

-¿Cuáles son los próximos datos que tenemos?

Peter miró su teléfono móvil.

-Una serie de números y letras, 3954F8S0A5738496... -dijo mientras leía.

Luis comenzó a teclear sobre el portátil.

-¿Qué haces?

-Puede que sea la contraseña para poder acceder al equipo –dijo mientras pulsaba con ganas la tecla Intro-. ¿Le ve, majestad? ¡Por la mismísima Virgen de Guadalupe, funciona! –gritó entusiasmado.

-¿Qué hay en este ordenador?

-Pues parece que solamente hay un archivo en el escritorio.

-¡Ábrelo!

-Mire esto –dijo mientras comenzaban a abrirse docenas de archivos que contenían planos, croquis y representaciones de un extraño ingenio, diferente a todo lo que hubieran visto antes cualquiera de los allí presentes.

Peter, extrañado, preguntó:

-¿Qué es eso?

-No lo sé –contestó Luis Cuernavaca, extasiado por la contemplación de aquellos diseños-. Pero es maravilloso...

-Las últimas cifras del mensaje parecen otras coordenadas. Mételas en algún ordenador, por favor. –le pidió educadamente el Rey a uno de los diligentes científicos.

-¡Estas coordenadas llevan directamente a una carretera secundaria en el norte de Quebec, en Canadá, majestad! –le aclaró.

-¿Canadá? –se preguntó en voz alta el Rey-.

Todos reflexionaron durante unos segundos, y todos llegaron a la vez a la misma conclusión.

-Creo que Héctor quiere que construyamos esa máquina y la utilicemos para llegar hasta él.

El ordenador portátil, mientras tanto, no dejaba de abrir más y más planos y esquemas en blanco y negro, con información detallada de los materiales, condiciones y protocolos para construir aquel increíble instrumento que ninguno de los allí presentes había jamás sabido de su existencia

-Habrá que llamar a Paul Boss... –comentó al Rey sin perder la vista de la pantalla Jack Sack, refiriéndose al piloto de pruebas alemán.

Peter sintió un intenso temblor en la boca de su estómago, tomo aire, e intentó respirar. Estaba tan emocionado que no hizo falta que diera el orden de que comenzaran inmediatamente los trabajos de fabricación de aquel extraño prototipo. Designó al más veterano de los científicos como jefe del proyecto. Paralizó todas las demás investigaciones, y todos los investigadores y técnicos participaron sin descanso, intentando seguir los pasos de los futuristas diseños de Héctor. Se empleó a los mejores hombres de toda Ciudad María para asegurarse la logística de los materiales que



requería este diseño, trabajando contrarreloj, sin descanso. Se dividieron en equipos. Algunos se encargaban de las piezas del fuselaje. Otros del sistema electrónico. Los más especializados se esmeraban en intentar dar forma al complicadísimo sistema de fotomultiplicación de células fotosensibles que había que instalar. Tenía similitudes con los paneles que se instalaban en los coches y en los edificios, pero estos nuevos modelos parecían mil veces más enrevesados. Nunca se había intentado hacer algo semejante, nadie sabía si realmente aquello funcionaría. Los ingenieros se miraban unos a otros, sorprendidos. Tenían la profunda esperanza de que aquel ingenio que estaban montando funcionara, pero realmente esto lo pensaban más con el corazón que con la cabeza. En algo más de una semana, se fundieron todas las piezas de aluminio, acero e Inconel necesarias para su construcción. Se ensamblaron todos los módulos, todos los sistemas, todos los paneles fotovoltaicos. Jamás hubo tanta gente trabajando en aquel taller, durante tantas horas y con tanta pasión. El ambiente era febril. El propio Rey pasaba allí varias horas al día, sin inmiscuirse en el trabajo de los ingenieros, pero interesándose por las necesidades y los progresos del urgente proyecto.

Al séptimo día, Paul Boss entró en el hangar que habían habilitado dentro de la nave. Vestido con el mono púrpura que llevaba habitualmente durante las pruebas de los prototipos, se le encogió el corazón al ver el modelo ya casi terminado.

-Dios mío... -acertó únicamente a suspirar.

Era una aeronave extrañamente atractiva. Dos enormes motores plateados, semejantes a los de los aviones comerciales, secundaban a una pequeña cabina alargada interior. En esta cabina se encontraba el puesto del piloto, que a Paul le recordó al habitáculo de un caza de combate. Caminó varias veces alrededor de la nave, observándola, disfrutando como un niño de sus formas. Pasaba su mano acariciando su brillante fuselaje. Los motores eran enormes, descomunales para el pequeño peso que representaba la cabina. Dentro cabía un operario. Pensó en el tremendo ruido que debían generar, y lo cerca que estaba la cabina del piloto.

Jack Shack se acercó a él por la espalda.

-¿Serás capaz de hacer funcionar este trasto? -le preguntó sin demasiada fe.

-Si Héctor dice que esto vuela, es que esto vuela -respondió sin ningún género de dudas, sin apartar su vista del aparato.

-Tienes una confianza absoluta en él, ¿verdad?

Paul le miró.

-¿Tú no?

Intentó acceder a la cabina del piloto. Se encontraba a una altura de dos metros del suelo, sobre los trenes de aterrizaje. Para acceder a ella era necesario encaramarse a través de una pequeña escala sobre la parte de

atrás. Cuando subió, descubrió que solamente había espacio para dos personas en el habitáculo. Dos asientos, uno delante del otro, como en un caza de combate, pero sin armamento. Ágilmente, utilizó la fuerza de sus brazos para ocupar el sitio del piloto. Estaba más ilusionado incluso que cuando pilotó por primera vez el helicóptero María One, o el aerotrén el día del atentado. Esto era algo más, un gran paso más. Tal vez pudiera cumplir su sueño de volar hasta las estrellas, como una vez le prometió Peter. Se familiarizó con los mandos durante unos segundos, mientras decenas de aplicados técnicos ultimaban los detalles de la futurista aeronave. Desde su elevada posición, vio entrar en el hangar al Rey Peter, rodeado de su inseparable escolta. Con semblante serio, pidió un comunicador para poder hablar con Paul en la cabina.

-Hola, Paul.

-A la orden, majestad –le contestó a través del transmisor.

-¿Qué tal se ve todo desde ahí?

-Se verá mejor cuando esté a diez mil pies de altura, majestad.

Peter sonrió, contagiado por el entusiasmo del piloto.

-Esto va a ser un poco más complicado que otras veces, ya lo sabes.

-¿Por qué dice eso?

-Ya sabes, con el aerotrén llevabas semanas practicando en el simulador, el helicóptero era muy parecido a los demás modelos comerciales... Pero esta vez es diferente. La primera vez que esos motores se enciendan será contigo sobre el aparato...

-No, majestad, no estoy de acuerdo. Héctor diseñó esta aeronave. Volará, no tengo la mejor duda.

-De acuerdo, Paul, de acuerdo.

Los ingenieros ordenaron a todo el mundo que se apartara del prototipo. La pluma de una enorme grúa iba a entrar por el techo del edificio para coger la aeronave, levantarla, y posarla en el exterior, en una de las amplias avenidas que rodeaban Ciudad María. Extremando el cuidado, la grúa trasladó el artefacto, con Paul en su interior, hasta el lugar elegido, una larguísima calle que por sus características podía servir como pista de despegue. Allí mismo se remataron los últimos detalles técnicos, mientras se cerraba la cabina del piloto y Paul se colocaba el casco de protección y el aparatoso sistema de respiración artificial. Tras despejar la zona y crear un área de seguridad de varias decenas de metros, comenzó con la secuencia de despegue, ante la atenta mirada de todo el equipo de técnicos, ingenieros y científicos. El Rey Peter cerraba los puños con fuerza intentando aplacar sus nervios. Primero encendió el sistema eléctrico. La luna delantera sobre impresionaba centenares de datos en el color púrpura habitual que Paul era incapaz de leer. Sin embargo, tras una primera auto revisión, el sofisticado ordenador de a bordo confirmó que cada fusible, cada pequeño circuito,

estaba en su sitio, funcionando correctamente. Después llegó el turno de los motores. Tras la cuenta atrás y la ignición, primero el izquierdo y después el derecho comenzaron a rugir, provocando un tremendo estruendo de fondo. Un sonido fuerte, pero limpio, como el de los motores de un Airbus 380 de pasajeros, sólo que en vez de para transportar a quinientos pasajeros simplemente debían empujar a uno. A Paul.

-Ahora todo está en tus manos –le dijo el soberano desde una improvisada sala de control en plena calle-. Tú decides.

Paul sabía que no se habían realizado apenas pruebas con el aparato, que nadie de los allí presentes sabía si sería capaz de resistir las enormes presiones a las que serían sometidos los materiales o si directamente fuera a volatilizarse en mil pedazos cuando intentara ponerlo en el aire por la descomunal fuerza de aquellos motores. Paul pensó en Héctor. Sintió miedo, pero no dudas. Agarró con fuerza la palanca de mando y la trajo hacia sí. La aeronave comenzó a circular por la avenida, acelerando poco a poco exponencialmente, ante la enorme expectación. Más rápido, más rápido. Paul comenzó a notar como la velocidad le empujaba hacia atrás, y cuando hubo alcanzado más de trescientos kilómetros por hora, con un sensible movimiento de la palanca los motores se inclinaron y el tren de aterrizaje se separó del suelo. Paul encogió todos los músculos, apretó los dientes, casi cerró los ojos. La aeronave estaba volando, muy inclinada, cogiendo altura rápidamente. Abajo en la ya lejana superficie, todo el equipo técnico incluido el Rey de Petronia lanzaban vítores y aplausos, y se abrazaban unos a otros, presa de la emoción de saber que al menos, despegar había despegado. El tremendo esfuerzo físico e intelectual de la última semana de tantos y tantos hombres había merecido la pena.

-Aquí alfa uno –informaba Paul-. Todos los sistemas funcionan correctamente. Sigo cogiendo altura. ¡Esta maravilla es rápida, muy rápida!

-Así es –le contestaron-. Familiarízate con ella, pero no la fuerces demasiado, no sabemos cómo puede responder.

-De acuerdo, voy a acelerar un poco.

El piloto comenzó a aumentar la velocidad del vuelo progresivamente, desde setecientos hasta mil kilómetros a la hora, después mil doscientos, y antes de llegar a mil trescientos rompió la barrera de la velocidad del sonido.

Paul decidió también ascender hasta coger más altura de la habitual en los vuelos comerciales. Elevó la aeronave hasta llegar a un punto en el cual el cielo pasó de ser azulado, a blanco, y posteriormente se oscureció hasta poder ver todas las estrellas como sólo pueden verlas los privilegiados astronautas. A pesar de los intentos desde la sala de control para que no hiciera eso y no se expusiera a que la nave pudiera llegar a incendiarse o explotar, Paul siguió ganando altura. Durante unos minutos disfruto de la

sobrecogedora imagen azul del planeta tierra, de la luna, de millones de estrellas. Una paz infinita llenó su cuerpo mientras se decía *Gracias, Héctor*, recordando la promesa que un día este le hizo de que llegaría a ser el primer astronauta de Ciudad María. Paul estaba cumpliendo el sueño de su vida que perseguía desde que tenía uso de razón. Durante unos minutos desconectó el transmisor para que no le molestaran. Se dejó llevar, pilotando su nave a través de la atmósfera, intentando grabar en su memoria aquellas imágenes que estaba viendo para que no se le olvidaran jamás. Tal vez sería la única vez que estuviera allá arriba. Miró a la tierra, podía distinguir el mar Mediterráneo, la Europa del Sur. Pensó en lo frágil que parecía el mundo desde allí arriba. En dónde estaría Héctor esperándole. En que iría a rescatar a la persona gracias a la cual había cumplido el gran anhelo de su vida. Se despidió de las estrellas con un beso en el guante que plasmó después en el cristal, volvió a conectar su equipo de transmisión, e inclinó el morro de la aeronave hacia abajo, hacia la tierra, rumbo a Quebec a través del Polo Norte.

Héctor miraba a través de una pequeña rendija el exterior de la vivienda de Nanuk, el nativo americano. Justo enfrente de la casa pasaba una pequeña carretera, por la que apenas transitaban una veintena de coches al día. Entre ellos la policía que patrullaba sin descanso, algún cliente del taller de Nanuk, y algún vecino que vivía aún más apartado que ellos. Ya había transcurrido más de una semana desde que envió la señal a Peter, y no había recibido ninguna respuesta. No sabía si lo había llegado a recibir, si habrían empezado a construir la aeronave para rescatarle, ni siquiera si lo habrían podido descifrar. Aunque se sentía relativamente seguro en aquella casa que le había acogido, ya que no le delatarían, sabía que más tarde o más temprano sería descubierto. A veces veía pasar coches conducidos por musculosos hombres que sin duda serían de Network Security Contracts, la súper empresa de seguridad de Alejandro Sesei. Se les veía nerviosos, con ansia por encontrarle. Seguramente ofrecían una muy buena recompensa por su cabeza. La mujer de Nanuk, la oronda y cariñosa Nalae, le había comentado además que se había presentado en el pueblo agentes del FBI y la CIA, en busca del terrorista fugitivo. Héctor sabía que el más mínimo error de alguno de ellos podría tener consecuencias catastróficas, por lo que les rogaba que, aunque debían hacer una vida relativamente normal, se mantuvieran el mayor tiempo posible dentro del hogar. Aquella noche, mientras cenaban los tres humildemente una buena ración de salmón y vegetales en la mesa de la cocina, mantuvieron una animada conversación.

-Eres un buen mecánico, Nanuk –le comentó Héctor-. Lástima que no te quieras venir conmigo a África.

-Yo nací aquí y moriré aquí, igual que mis antepasados. Aunque nos hayan desplazado los hombres de NSC, pero es lo más cerca que puedo estar.

-Le tenéis mucho apego a la tierra, ¿verdad?

-La tierra, los árboles, los lobos... Ese es nuestro medio natural. Somos parte de la naturaleza, no creo que sea tan difícil de entender. Sin embargo el hombre blanco, ya sabes –dijo gesticulando con las manos-. Sólo piensa en lo que se va a comprar mañana. En comprar, en vender, en ganar... No, nosotros no somos así.

Pronunciaba estas palabras con una gran tristeza.

-Quién sabe... -vaticinó Héctor-. Tal vez algún día las cosas vayan mejor para tu pueblo que para el hombre blanco.

-El hombre blanco tiene que caer algún día, es natural. Yo no lo veré, ni mis hijos seguramente tampoco, pero algún día la zona que ocupa NSC volverá a ser ocupada por la naturaleza, y por nosotros. Así que aguantaremos, pacientemente. Nosotros no tenemos el mismo concepto que ellos del tiempo. Ellos piensan siempre en el ahora, y como mucho en mañana. Nosotros, como manda la naturaleza, no vemos una línea temporal, con un principio y un final. Eso es un invento del hombre blanco. Nosotros sabemos que todo es un ciclo. Y los Natuaqanek y el resto de los pueblos indígenas seguiremos estando aquí, honrando a nuestros antepasados, a las estrellas, y a la naturaleza.

Héctor escuchaba maravillado sus pausadas y profundas palabras, saboreando el excelente sabor del salmón cocinado por Nalae.

De improviso, sonó el teléfono de Nanuk. Héctor se puso en alerta.

Se levantó de la mesa y lo cogió el anfitrión. Con papel y bolígrafo tomo unas notas en una servilleta de papel. Se despidió de su interlocutor y volvió a sentarse en su silla. Miró a Héctor.

-Es mi primo, Koen, desde Groenlandia. Ha recibido un mensaje del número que le dijimos.

Arrastró con los dedos sobre la mesa el papel con la anotación que acababa de hacer. Héctor sintió una indescriptible conmoción al ver que había escrito *INDÍGENA* en aquella servilleta. Con la mirada les confirmó que era ese el mensaje que esperaba recibir y, al terminar la cena, comenzó a prepararse para marcharse a la larga carretera de la cual había enviado sus coordenadas GPS a Peter. Era noche cerrada, tal vez el mejor momento para desplazarse sin ser visto. Decidió que iría andando, solo eran un par de kilómetros. Pero Nanuk se ofreció a llevarle oculto en el maletero de su camioneta, soltarle allí y regresar con su mujer. Estaba muy agradecido porque prácticamente desde su llegada Héctor no había parado de trabajar en su taller y lo había dejado prácticamente como si fuera algo totalmente nuevo. En una pequeña mochila se cargó con agua, una linterna, un teléfono y algunos sándwiches que le preparó Nalae y se subió en el maletero de la furgoneta. Entre la oscuridad de la noche, salieron rumbo al punto elegido por Héctor, tras despedirse con un emotivo abrazo de la mujer.

Cuando marcharon, a ella se le escaparon algunas lágrimas. Ciertamente le había dado tiempo en aquellos días a cogerle un sincero cariño a Héctor. Se dispuso a recoger el pequeño cuarto en el que se había hospedado durante esos días, cuando unos violentos golpes en su puerta la asustaron.

-¡Policía del condado! –gritaba la pareja de policías-. ¡Abra la puerta!

Ella no se lo pensó, y les abrió la puerta a los agentes, que sin pedir permiso atravesaron el umbral de la casa, de forma agresiva. A Nalae le espantó el

olor a alcohol que desprendían.

-¿Dónde está tu marido, sucia vieja mentirosa? –preguntó uno de ellos.

-¿Pero qué hacen? –exclamó asustada.

-¡Nos dijiste que era el cumpleaños de tu marido, y hemos comprobado que fue hace ocho meses! –le dijo refiriéndose al día en que la sorprendieron comprando un GPS en el centro comercial-. ¿Dónde está? ¿Dónde lo tienes?

Los policías entraron en la casa, a pesar de la oposición de la mujer, y se dieron cuenta de que había una cama individual a medio hacer, además de la gran cama de la habitación de matrimonio.

-¿Quién ha dormido aquí? –le preguntaron, mientras ella lo negaba todo.

Los policías fueron recorriendo la casa, hasta que llegaron a la puerta que separaba la vivienda del taller mecánico. La abrieron de golpe y se quedaron paralizados al ver la gran reforma que se había acometido en su interior. De ser un cochambroso taller mecánico con varias antiguas furgonetas y rudimentarias herramientas había pasado a ser un reluciente taller completamente ordenado y pulcro, con una magnífica distribución e iluminación y con mecanismos e instrumentos que nunca se habían visto allí.

-¿De dónde habéis sacado todo esto? –le preguntó el policía-. ¿Os ha estado pagando un buen dinero por tenerle oculto, verdad, vieja zorra?

El otro policía golpeó a Nalae con la palma abierta de su mano en la cara, violentamente.

-Si nos quedamos sin la recompensa te mato. ¡Te mato!

-¡Rápido! Llama a NSC. Diles que hay tres platos sobre la mesa de la cocina, y que el mecánico no está. ¡Y que vayan preparando nuestro dinero!

Paralelamente, Héctor y Nanuk se estaban acercando en su furgoneta al lugar elegido, ignorantes de lo que estaba sucediendo en su casa.

Héctor viajaba en el maletero, encogido, pensando en cómo habrían sido capaces de hacer realidad en Petronia su diseño de la aeronave solar. Durante esos minutos pensó en su madre, en César, en Peter, en Alejandro Sesei, en Kevin Steal, en Charles Bay... Pero sobretodo pensó en María Stravinsky. En cómo por su culpa había sido asesinada. En esos momentos comenzó a oír el sonido cada vez más cercano de las aspas de algo parecido a un helicóptero. Se preocupó. Nanuk también. Le pidió de un grito que se apartase del camino, que escondiera el coche y que sobretodo apagase las luces. Efectivamente, unos pocos minutos después un helicóptero de NSC sobrevolaba sus cabezas a muy baja altura, utilizando potentes focos de luz en todas direcciones.

-Hay que estar muy desesperado para pilotar un helicóptero de noche por

estos bosques, Nanuk. ¡Esto no me gusta!

Héctor decidió continuar su camino a pie, por seguridad, ya que le resultaría más fácil pasar desapercibido que yendo en la furgoneta. Se despidió con un sentido abrazo de Nanuk, agradeciéndole toda la ayuda que le había prestado. Después, él siguió caminando entre los árboles en dirección al oeste, y Nanuk regresó por la carretera hacia su casa, con tristeza, ya sin Héctor.

Sin embargo, tras unos minutos de circular en el camino de vuelta, se topó de frente con un par de potentes todoterreno negros de NSC. Intentó disimular, pero fue inútil. Con los vehículos le bloquearon el paso, y dos enormes contratistas le sacaron de la cabina de la furgoneta haciéndole rodar por el suelo, con una violencia extrema. Mientras uno de ellos registraba compulsivamente el furgón, el otro apoyaba su bota sobre la cara de Nanuk, y emitía a través de la emisora que llevaba en su pecho.

-Tenemos al mecánico. Necesitaremos a los perros para encontrar al objetivo –anunció con un metálico y rudo tono de voz, mientras apenas le costaba esfuerzo mantener inmovilizado a Nanuk con el implacable talón de su bota sobre su rostro.

Mientras, Héctor continuó su camino ocultándose entre los árboles, observado por los búhos y demás criaturas de la noche. Volvía a sentirse como una pobre presa perseguida por una jauría de lobos hambrientos. Intentaba inútilmente no tropezarse con las ramas de los árboles, moviéndose con torpeza por los aledaños de la carretera, por miedo a que fuera un blanco demasiado fácil sin andaba por ella. Mientras corría, comenzó a escuchar un profundo zumbido proveniente de motores. Héctor no supo identificarlo, pensó que sería probablemente un nuevo helicóptero de Network Security Contracts en su búsqueda. El nivel sonoro de aquellos motores se volvió tan intenso que Héctor perdió la concentración, se resbaló con una roca húmeda y cayó al suelo, lastimándose. Giró la cabeza hacia su izquierda desde el mismo suelo, y pudo ver en paralelo a él, a apenas una veintena de metros sobre el pavimento de la carretera, pasar a una aeronave tal y como la que él había imaginado un día en su taller en Ciudad María. Pasó muy cerca de su posición, a apenas un centenar de metros, a una velocidad tal que era imposible fijar la vista en ella. Las hojas de los árboles temblaban y los pequeños fragmentos de roca desprendidos parecían haber cobrado vida. Era su aeronave, pilotada por Paul. Héctor lo supuso inmediatamente, reconoció la disposición de los dos grandes motores y la pequeña cabina en el medio, y tuvo una extraña sensación de alegría por ver que, visto lo visto, no sólo funcionaba a la perfección sino que además parecía mucho más rápida y potente de lo que él había llegado a imaginar durante sus cálculos teóricos en el laboratorio. Sin embargo no fue la única aeronave que pasó siguiendo la estela de la aeronave



petroniana. Dos cazas de combate del ejército canadiense le perseguían de cerca, casi tan al ras de suelo como Paul, quien intentaba con arriesgadísimas maniobras librarse del hostigamiento al que le estaban sometiendo desde que había invadido el espacio aéreo de Canadá desde el norte tras atravesar el polo. Era demasiado rápido para las defensas antiaéreas, y eran varios los cazas que se habían sumado a la persecución a través de las gigantescas tierras de la zona más al norte del continente americano. La aeronave de Paul no llevaba ningún tipo de armamento, pero era bastante más rápida y ágil que los cazas. A base de piruetas y tirabuzones casi suicidas, había conseguido mantenerles a la suficiente distancia para no ser blanco de sus disparos ni de sus misiles de combate.

Héctor se levantó y continuó su carrera hacia el larguísimo tramo de carretera completamente recta que había elegido para que pudiera tomar tierra la nave. Paul sin duda intentaría desorientar y perder a los cazas, pero si él no llegaba a la carretera todo el esfuerzo sería en vano. A pesar de que se había calmado por unos instantes el tremendo estruendo provocado por el sonido de los aviones, Héctor se percató de que unas lejanas luces se acercaban por detrás. Eran vehículos de los contratistas de NSC y las linternas de los guías caninos que empezaban a lanzar a sus efectivos y temibles sabuesos para localizarle y capturarlo en aquel denso bosque.

Paul gobernaba la nave con extrema destreza, como si llevara toda la vida preparándose para pilotar aquel ingenio, en una casi perfecta simbiosis. Era consciente de que el más mínimo error le condenaría no sólo a él, sino también a Héctor y posiblemente al resto de Ciudad María. Divisó unas escarpadas colinas y comenzó a trazar unas temerarias trayectorias en zigzag entre las cumbres, imposibles de seguir por los asombrados pilotos canadienses que no sabían qué era exactamente aquello que estaban persiguiendo, si una nave pilotada por un humano o directamente un Objeto Volador No Identificado. Disparaban ráfagas con las ametralladoras del avión, pero sin éxito, y ya había gastado todos sus misiles aire-aire. Su misión principal ahora era al menos no perderle de vista, no fuera a ser que también saliera del alcance de los radares. Pero les estaba resultando ciertamente difícil. Nunca se habían enfrentado a una aeronave así, capaz de realizar giros y cambios de dirección mucho más ágilmente que ellos. La visibilidad además era casi nula por la noche cerrada, y volaban tan cerca del suelo que parecía que pudieran tocarlo con la mano. Paul pasó por encima del punto de encuentro en la extensa carretera, pero había continuado su vuelo durante unos kilómetros más en dirección al sur, con la astuta intención de realizar un brusco cambio de sentido que fuera incapaz de ser seguido por los cazas y que le permitiera el margen suficiente para desorientarles y poder tomar tierra durante unos minutos en aquella

carretera, esperando que Héctor estuviera allí. De modo que cuando se hubo alejado lo suficiente, con todas sus fuerzas tiró de los mandos de la nave hacia la izquierda, provocando que virara su rumbo de forma violentísima, provocándole una tremenda presión en el cuello y en el resto de los músculos de su cuerpo, mientras la nave se colaba entre una estrecha garganta de granito a más de quinientos kilómetros por hora. Los cazabombarderos, imposibilitados para ver la trayectoria que había tomado Paul, tuvieron que realizar una desesperada maniobra de emergencia para evitar colisionar con la parte superior de la granítica montaña.

Cuando Héctor llegó hasta la despejada carretera, abandonó la zona arbolada y ocupó el centro de ella, corriendo con la linterna en la mano, intentando ganar distancia con sus perseguidores, a la desesperada. Tras él, a un par de cientos de metros de distancia, varios pastores alemanes seguían su rastro cada vez con mayor ansia. Oía sus agresivos ladridos. Le confortó oír de nuevo y cada vez con mayor potencia el sonido de los motores de avión. Corrió como nunca lo había hecho, como si estuviera recibiendo la fuerza física y el empujón de Peter, Jack, César y los demás desde el otro lado del mundo. Sobre su cabeza, a escasos metros, pasó la aeronave perdiendo altura, con el tren de aterrizaje desplegado, tocando tierra finalmente cuatrocientos metros por delante de él. Demasiada distancia, pensó. Los perros no debían estar ya a menos de doscientos. Giró la cabeza, miró hacia atrás, y pudo verlos. Y detrás, los todoterreno negros de los contratistas, iluminando la noche con sus potentes faros superiores.

*-¡Corre Héctor, corre!* –se repetía a sí mismo para no desfallecer, mientras su corazón enloquecía y su boca se secaba.

Mientras, Paul abrió la puerta superior acristalada de la cabina y, sin parar los gigantescos motores, se puso en pie para ayudar a Héctor a subir por la alta escala vertical.

*-¡Rápido! ¡Corre! ¡Sube!* –le gritaba-. *¡Por aquí, por aquí!*

Cuando Héctor consiguió llegar hasta la aeronave y comenzó subir por la escalera, noto un tremendo dolor en su gemelo. Eran los dientes afilados de un furioso pastor alemán, mordiéndole tras dar un enorme salto.

Paul rápidamente desenfundó de la pernera de su pantalón una pistola de impulsos eléctricos, y disparó sin dudarle ni un instante contra el perro, que recibió la impactante descarga y abrió la dentadura, cayendo al suelo desde casi dos metros de altura. Héctor casi rodando se lanzó dentro de la cabina de la aeronave, y Paul comenzó vertiginosamente la secuencia de despegue acelerando los motores al máximo mientras se cerraba la compuerta transparente. El chorro de aire desprendido por los propulsores provocó que los contratistas, ya preparados para usar sus armas de fuego, perdieran el equilibrio y no fueran capaces de disparar con la suficiente puntería como

para impactar en la aeronave. Todos los cartuchos pasaron muy, muy cerca, pero ninguno causó daños en la estructura del avión, que recorría la larguísima carretera como si fuera una pista de despegue, hasta que hubo alcanzado la velocidad suficiente como para levantar el morro y perder el contacto con el suelo. Paul tenía tantas ganas de salir de allí que en apenas unos segundos entraron en velocidad supersónica y ganaron la suficiente altura para que los aviones de combate canadienses no pudieran abatirlos. Mientras se colocaban las mascarillas de respiración apresuradamente, Héctor, sentado tras Paul casi a horcajadas, apretaba con su mano el hombro del piloto alemán. Era su forma de darle las gracias mientras intentaba que su corazón y respiración volvieran a una relativa normalidad. Además, por el intenso ruido de los motores no era posible escucharse el uno el otro.

Según iban pasando los minutos, la nave iba acercándose más a la zona de la tierra cubierta por el sol, lo que aseguraría el suministro de energía para regresar a África.

Volaron durante horas, raudos pero apaciblemente, a través del océano, disfrutando ambos de las magníficas vistas hacia el frente y hacia el cielo, ya que a los lados era la cubierta plateada de los motores lo único que podían ver. Héctor pensaba en llegar a Ciudad María, a su casa, con los suyos, pero asaltaban su cabeza las definidas imágenes de María con aquel elegante traje esperándole en el aeropuerto, de Alejandro Sesei clavando las rodillas contra su pecho, de Nanuk y Nalae riéndose con complicidad, compartiendo su sabroso pescado con él.

-¿Dónde está mi madre? –preguntó nada más poner un pie en tierra africana, en la pista principal del aeropuerto de Ciudad María.

-Héctor... por favor.... –intentó calmarle Peter en la misma pista dónde había acudido a recibirle.

-¿Qué ocurre? –insistió

-Los médicos han hecho todo lo que han podido...

-¿Qué? ¿Dónde está? ¡Dímelo!

-Está en el Hospital Central.

Sin mediar palabra, soportando el dolor, Héctor y Peter se subieron en el coche oficial del Rey y recorrieron el camino desde el aeropuerto hasta el Hospital Central de Ciudad María a toda velocidad, conduciendo el chófer de forma casi temeraria, serpenteando entre los demás vehículos sin que ninguno pronunciara una sola palabra.

Antes que el vehículo se detuviera completamente, Héctor abrió la puerta del coche y se apeó. Recorrió a la carrera los pasillos del centro hospitalario, subió por las escaleras hasta la última planta del edificio, y allí, en una de las habitaciones, sus peores pesadillas se hicieron realidad. La estancia era tan fría como el interior de un congelador, y en el centro, sobre la cama, entre las sábanas, vio el rostro de su madre sin vida. Pálido, pero sereno. Frío, pero aún expresivo. Su cuerpo no estaba conectado a ningún gotero, ni a un respirador, ni a ninguna otra máquina. Héctor se acercó, su corazón estaba acelerándose y le dolía cada latido. Mordía su puño izquierdo con fuerza para contener su rabia. Abrazó el cuerpo sin vida de su madre. Así estuvo durante varios minutos, y finalmente se quebró, rompiendo a llorar de forma silenciosa, en la estricta intimidad del hueco que dejó entre sus brazos y el rostro sin vida de su madre. Sus lágrimas cayeron sobre ella, recorrieron el perfil de su piel de porcelana hasta extinguirse.

-Ha sido esta mañana. Lo siento, amigo mío.

Era la voz de Peter, acompañado del médico.

-Hemos hecho todo lo posible –se disculpó el facultativo-. Pero llevaba dos semanas debatiéndose entre la vida y la muerte, sin tomar su medicación. Finalmente, la ley de la vida se ha impuesto.

Héctor se puso en pie. Intentó controlar su agitada respiración. Se giró. Peter se fijó en su amigo. Vio que su expresión había cambiado completamente. Sus ojos ensangrentados tenían un nuevo brillo. Nunca le había visto así. Sintió incluso miedo de la posible reacción que pudiera tener. Él mismo estuvo a punto de ponerse a llorar, ganas no le faltaron. Le ofreció a su amigo un abrazo, y éste se lo aceptó. Fue un abrazo largo, sentido, auténtico. Para terminar, sin separarse, Héctor le comentó en el oído, susurrando:

-Majestad, tenemos que reunirnos inmediatamente. No hay tiempo que perder.

-De acuerdo, nos reuniremos en el despacho de mi padre. Pero hay una cosa más que debes saber.

-Dime.

Peter le mantuvo la mirada unos segundos, antes de darle la noticia.

-Ella está aquí.

Héctor comprendió inmediatamente a quien se refería por *ella*.

-Y no ha venido sola. Charly Bay le acompaña.

Asintió con la cabeza repetidas veces, con un característico gesto.

-Vamos a tu despacho. Lo primero es lo primero - zanjó con seriedad.

Apenas una hora más tarde, se personaron alrededor de la gran mesa de madera del despacho del Rey el jefe de la seguridad Gon Gon, un desfavorecido César Brown, Héctor y Peter.

-Está todo preparado –comenzó a hablar Héctor, con una seriedad impropia de él-. Van a atacarnos con una guerra directa. Mucho antes de lo que esperamos. Buscarán alguna excusa, algún pretexto, y entrarán por la fuerza en Ciudad María. Si tenemos suerte moriremos, y si no, nos capturarán y seremos torturados hasta que algún tribunal internacional interprete una obra de teatro con nosotros de protagonistas y nos condenen a muerte.

-¿Dónde has estado, Héctor? Te noto muy cambiado -le dijo César.

-Todos hemos cambiado mucho –dijo haciendo referencia al deplorable aspecto de un resacoso y despeinado César-. Quiero que sepáis que he conocido a nuestro principal enemigo. Nos hemos mirado fijamente a los ojos. Me ha enseñado los dientes. Y ahora es el momento de que se los enseñemos nosotros. Como agachemos las orejas nos van a comer. Nos van a comer, así de claro.

-¿Qué propones? –preguntó Peter.

-La única alternativa posible. Intentar sobrevivir a lo que se nos viene encima. Liarnos la manta a la cabeza.

-¿Te refieres a una huida hacia delante?

-No nos queda otra amigos. Por suerte, no son intocables, y sé la forma de hacerles daño. Se han acercado tanto que me han dejado ver su punto débil.

-¿Comportará riesgos para los petronianos? –preguntó Peter.

-Peter, hazte la idea de que Petronia está en guerra. En una guerra desigual y que no hemos elegido nosotros. El riesgo es algo que ya forma parte de la historia de este país, y ese destino le acompañará siempre. Quieras o no, la guerra hace ya tiempo que ha empezado.

Todos intercambiaron intensas miradas de preocupación. Peter además se fijaba inconscientemente en el retrato de su padre que colgaba de la pared del despacho.

-¿Cuándo hay que empezar? –se interesó el Rey.

-¡Ya! ¡Ayer! Ya llegamos tarde. Ellos ya están empezando a mover sus tropas. Si no me equivoco, todo va a empezar a acelerarse hasta el infinito. Es como una bola de nieve que va creciendo y cogiendo velocidad, y nosotros estamos debajo de ella.

El teléfono móvil de Peter comenzó a sonar. Lo sacó del bolsillo de su pantalón negro.

-Adelante.

Su cara empezó a endurecerse.

-Bien, gracias -colgó el teléfono tras unos segundos.

-El Gobierno de Nogolia exige la devolución inmediata de los territorios fronterizos de Walfania –anunció.

-¿Qué demonios es eso? –preguntó Héctor, asombrado.

Peter caminó con la cabeza alta por la habitación, pensativo, y se puso justo frente al retrato de su padre.

-Walfania es el nombre que recibe nuestra zona fronteriza con Nogolia. Nuestro pueblo ha tenido disputas por ella desde hace cientos de años. Sin embargo, mi padre y su ejército la recuperaron hace más de setenta años, tras una cruenta batalla contra los nogoles. Es un territorio que no tiene apenas valor, no tiene recursos naturales, no tiene apenas vegetación. No tiene nada. No entiendo porqué ahora el gobierno de Nogolia la reclama otra vez.

-Ahí tienes tu excusa para una invasión -aclaró Héctor.

-No, Nogolia no se atrevería. Es un país hundido en la más absoluta miseria, una dictadura comida por las mafias. Bastante tiene con lo que tiene. No le interesa un conflicto. Su presidente, el general Wamba, es un hombre mayor, casi anciano. No le interesa guerrear.

-Nadie ha hablado de que haya sido el general Wamba quien lo haya decidido –señaló César, en un momento de lucidez.

-El general Wamba es sólo una marioneta. Abrid los ojos. Tenemos que empezar a ver a quienes mueven los hilos. Nuestro enemigo no está aquí en

África, está en los despachos de Wall Street, de Londres, de Frankfurt... No lleva una ametralladora, lleva un teléfono y un ordenador –dijo Héctor.

-¿Qué propones entonces?

-No hay tiempo que perder. No podemos enfrentarnos militarmente cara a cara contra ellos. Y menos aquí en Petronia, sería un suicidio. Llevaremos la guerra hasta la puerta de sus casas. Dónde no se lo esperan. Que sientan el miedo. Que lo sientan bien cerca, en su piel.

-¿Y cómo piensas hacerlo?

-Tocando los resortes adecuados. Tenéis que confiar en mí. Más que nunca.

-Yo estoy contigo -dijo César desde su silla de ruedas

Peter miró a los ojos al retrato de su padre. Se fijó en la expresión de su rostro, en sus arrugas, en los detalles de sus manos. Sintió el peso de la responsabilidad nuevamente sobre sus hombros. Respiró hondo. Pensó en si todos los esfuerzos que habían realizado tenían sentido. Finalmente se giró y miró a Héctor.

-El pueblo de Petronia también.

Héctor se conmovió, halagado por el voto de confianza. Y también él notó la carga de la inmensa tarea que tenía delante. Pero a la vez estaba saboreando, por primera vez en su vida, el profundo ardor del deseo de la venganza dentro de su pecho.

-Hay una cosa más, Héctor –le dijo el Rey-. No dejan de emitir por televisión la noticia. Repiten sin parar que hemos lanzado un misil intercontinental que ha llegado hasta Norteamérica.

-¿La aeronave, verdad?

-Sí –le confirmó. Por ese motivo ahora mismo se están acercando buques de guerra a nuestro mar territorial.

-Todo esto confirma mi teoría.

Después de unos segundos de silencio, en los que Héctor mantuvo la mirada perdida, se armó de valor y preguntó:

-¿Dónde está ella?

Héctor, enojado y rabioso por el fallecimiento de su madre y ofuscado por el tremendo cansancio físico y psicológico acumulado por los acontecimientos, se reunió con el profesor Bay y con María Stravinsky en el exterior del hospital, en un bello y cuidadísimo jardín tropical. Al verle, se adelantó el profesor, vestido con pantalón y camiseta blanca acostumbándose al caluroso clima africano. Recibió con cariño el sentido abrazo de su antiguo alumno.

-Hola Héctor. Siento muchísimo lo de tu madre.

-Hola Charly... Sé que también es una gran pérdida para ti.

-Si, lo es para todos.

Al fondo del parque, de espaldas, Héctor vio el característico perfil de la

coleta rubia de María. Pero esta vez no sintió la misma emoción embriagadora que en otras ocasiones, sino una extraña desconfianza.

-¿Cómo habéis acabado aquí? -le pregunto con tono de confianza.

-Ha sido toda una odisea, Héctor.

-Explicámelo, es importante.

-Ella vino a buscarme a Nueva York, estaba aterrada, con muy mal aspecto. Me encontró paseando al perro. Me dijo que había estado contigo y que no recordaba cómo pero que os había pasado algo, y entonces...

-¿Entonces qué? -le insistió.

-Empezamos a oler a quemado, y comenzó a salir humo de mi edificio. Prendieron fuego a mi casa y a mi consulta, Héctor. Unos tipos de NSC. Me libré por los pelos. Debieron matar también a una de mis ayudantes que ese día estaba durmiendo allí. Tuve que huir con María para no ser capturado. Esos tipos nos persiguieron...

-¿A dónde?

-Primero hacia el sur, a México, a la carrera. Parecía que todo el mundo nos acechaba, fue horrible, de verdad. Tuvimos que pasar la frontera como los emigrantes ilegales, pero en el sentido contrario. Dentro de la caja de una vieja furgoneta de contrabandistas. Después de unos días en Monterrey intentamos ponernos en contacto con Peter o con César. Nos fue muy difícil, pero al final conseguimos comunicarnos. Ellos fueron quienes nos gestionaron el poder venir desde allí hasta Ciudad María.

-¿Y cómo lo hicisteis? -seguía desconfiando-. Los aeropuertos estarían vigilados.

-Tuvimos que venir ocultos entre los contenedores de un aerotrén de mercancías de Petronia, cruzando el océano.

Héctor era incapaz de mirar de reojo a María, mientras escuchaba a su viejo amigo.

Palmeó la espalda del profesor y caminó hacia ella, despacio, observando su aspecto sin perder detalle. La notó muy diferente a la versión altiva suya que se encontró en la terminal del aeropuerto JFK. Sin maquillaje, con el cansancio grabado en las bolsas de sus ojos, vestida con unos simples vaqueros, camiseta y zapatillas... Él, aún así, no pudo evitar sentirse terriblemente atraído por ella.

-Dios mío. Lo siento mucho -le dijo con la voz quebrada, mientras una lágrima se escapó por su mejilla-. Siento mucho lo de tu madre, lo que pasó por mi culpa... Todo...

A un metro de distancia, que a ella le parecía un kilómetro, él le preguntó, clavándole su mirada:

-¿Cómo escapaste de aquellos hombres?

-No recuerdo nada, Héctor, te lo juro. Únicamente me acuerdo de estar contigo en el garaje de mi casa, entrando, felices y... de repente... estar en la



cuneta de una carretera, helada de frío.

-¿En la cuneta de una carretera? –preguntó extrañado.

-Sí. Era de noche, recuerdo que un policía estaba intentando despertarme, en el suelo de esa carretera. Cuando lo hice, me sentaron en un bordillo y me pusieron una manta por encima, tenía mucho frío. Uno de los policías me preguntó que qué era lo que había pasado. No supe contestarle, no tenía ni idea de qué hacía allí. Era todo muy confuso. Había dos coches volcados en la carretera, con las ruedas hacia arriba y los sanitarios estaban atendiendo a dos hombres heridos, que parecían graves... Me entró miedo, pánico, y cuando el agente se dio la vuelta para seguir ayudando a los heridos salí corriendo hacia el bosque sin que me vieran.

-¿Y qué hiciste? –le preguntó Héctor con cierta brusquedad.

-Cuando pude encontrar un taxi, le pedí que me llevara hasta mi casa. Pero cuando llegamos, había varios coches aparcados en la puerta que no había visto nunca. No, no eran del barrio. Sentí mucho miedo, y le dije al taxista que continuara, que no se parara. Había gente dentro de esos coches, Héctor, era todo tan raro que no sabía qué hacer. No sabía dónde estabas. Así que sólo se me ocurrió ir a casa de Charly. Lo encontré en los alrededores, y me explicó que él tampoco sabía nada de ti, y fue cuando vimos a aquellos hombres. Eran los mismos coches que estaban en la puerta de mi casa. Nos escondimos, pero pudimos ver como a los pocos minutos se prendía fuego la casa de Charly. Las llamas se lo llevaron todo. Fue horrible, tuvimos que huir y...

Héctor le interrumpió poniendo el dedo índice sobre sus labios cuidadosamente.

-Fuiste un cebo para cazarme. Es un milagro que sigas viva.

Ella estaba visiblemente nerviosa, dolida y triste. Él se imaginó con facilidad las oscuras tretas de Kevin Steal. Seguramente la seduciría, la engañaría y la manipularía. Era eso lo que hacía siempre con todo el mundo. Pensó en el radical cambio de imagen que descubrió al verla en el aeropuerto aquel fatídico día. Aquellas ropas caras, la joyería que portaba... las piezas del puzzle ahora le cuadraban. Había sido una presa muy fácil para el gran tiburón blanco de Wall Street. Por un momento sintió lástima por ella, por su gran inocencia. Recordó las palabras que le escribió ella en aquella carta, hablando del trauma que padecía por culpa de los hombres que habían estado presentes en su vida, incluyendo su padre y sus parejas. Se acercó aún más y le dio un fuerte y sentido abrazo, que ella agradeció con más lágrimas y sollozos.

-Tranquila... –intentó calmarle mientras le acariciaba suavemente su pelo rubio-. Ahora ya estás a salvo, ya estás conmigo...

Intentaba consolar a María mientras el profesor Bay observaba la escena compungido y emocionado, bajo la sombra del cuidadísimo jardín tropical del Hospital.

La actividad durante los siguientes días fue realmente frenética, en todos los sentidos. Héctor reconvirtió de la noche a la mañana una de las principales factorías de vehículos solares para que se dedicaran todos sus trabajadores a la producción en masa del modelo 536, el potente arma de ondas de impulsos. Una producción al por mayor para dotar rápidamente a una sociedad pacífica de recursos para poder defenderse ante una virtual invasión.

Mientras tanto, Peter intentó por todos los medios posibles ponerse en contacto con su homólogo el general Wamba de Nogolia. Aunque contaba con que no le escucharía, éste ni siquiera se dignó a contestarle por teléfono, ni a recibir a ningún emisario. Así que Peter, siguiendo instrucciones concretas de Héctor, pasaba más de veinte horas al día pegado a su ordenador entablando comunicaciones con presidentes y delegados diplomáticos de países de medio mundo, intentando conseguir su apoyo con el recién aireado asunto de la inerte e inservible región fronteriza de Walfania. Los escasos diplomáticos de Petronia en todo el mundo, así como la tía de Peter, que seguía ejerciendo como única representante en las Naciones Unidas, se afanaron en una maratón de reuniones, contactos y asambleas. Intentaban convencer al mundo de la negativa de Petronia de entrar en un conflicto armado, ni con Nogolia ni con ningún otro país. César Brown, por su parte, encaró una relativa recuperación mientras trabajaba en colaboración con el informático Jack Shack. Héctor les había encargado una misión de vital importancia para Ciudad María. Una pieza clave para las maniobras que tenía planeadas. Rastrearon internet día y noche sin descanso, codo con codo, trabajando en la misma mesa con varios ordenadores y equipos de transmisión, utilizando sofisticadas herramientas de programación hasta que por fin encontraron lo que buscaban.

-¡Es increíble! La persona a quién buscamos es toda una celebridad, pero nadie sabe realmente quién cojones es -le comentaba Jack a César entre litros y litros de bebidas energéticas.

-Ya, pero tenemos que encontrarlo como sea. Es vital, ya oíste a Héctor.

-En serio ¿De dónde sacará a esta gente? -preguntó Jack.

-Pues del mismo sitio de dónde te sacó a ti -le contestó bromeando César.

Tras centenares de registros en foros de discusión de internet, miles de mensajes leídos, miles de enlaces clicados y decenas de entrevistas telefónicas y videoconferencias, César llegó a la resignada conclusión de

que era prácticamente imposible dar con esa persona concreta que les había pedido Héctor que encontraran sí o sí .

-Es como un fantasma, todo el mundo habla de él, pero nadie le conoce – comentaba César sin perder de vista las pantallas-. Nadie le ha visto, nadie ha hablado con él directamente.

-Pero sin embargo todo el mundo está convencido de que realmente existe – se reafirmaba Jack-. Es como una leyenda al que nadie es capaz de poner rostro.

Una tarde, en esta sala principal del edificio sede del área de informática, César se rindió ante el cansancio y su cuello se dobló frágilmente en su silla de ruedas ergonómica. Jack Shack no pudo evitar caer en la misma tentación, y también se quedó dormido, pero él inclinado hacia delante, con el cuello doblado y los brazos en cruz, sobre su silla.

Un leve y agudo pitido intermitente los despertó. Jack se desperezó, y con pocas ganas, movió sin habilidad uno de los varios ratones que había encima del escritorio.

Sus entornados ojos se fueron abriendo a la vez que aumentaba su sorpresa.

-César, despierta –dijo golpeándole con el codo en las costillas.

-¿Sí? ¿Chicas? ¿Chicas? –dijo aún soñando con los ojos cerrados.

-César, despierta.

-¿Qué ocurre?

-Mira, he recibido un mail en una de las nuevas cuentas que creamos.

-¿Y qué pone?

-Parece una especie de acertijo, mira, te leo.

*Un alacrán pretendía cruzar un largo y profundo río. Así que pidió ayuda a una rana que se encontraba en la orilla. Le dijo:*

*-Ranita, Ranita... ¿Qué tal si me ayudas a cruzar el río? Tú irás nadando, y yo iré subido encima de tu caparazón.*

*A lo que la ranita le contestó:*

*-No, porque tú me picarás con tu aguijón y nos hundiremos...*

*Pero el alacrán insistió:*

*-Te prometo que no lo haré, ranita, sería una tontería porque nos hundiríamos los dos.*

*Finalmente, la rana accedió a llevarle sobre su cuerpo hasta el otro lado del río. Sin embargo, cuando sólo llevaban la mitad del recorrido, la rana notó como el alacrán le atacó con su temible aguijón, hundiéndose los dos irremediamente hasta el fondo de aquel río. La rana sólo le pudo decir:*

*-Pero ¿Por qué lo has hecho? ¡Ahora moriremos tú y yo! ¡Los dos!*

*¿Qué fue lo que le contestó el alacrán?*

-Odio estos rollos frikis de los informáticos -se quejó César.

-¿Qué le contestaría el puto alacrán? Estoy seguro de que es él. Es quien buscamos.

-¿Por qué lo dices?

-Ha utilizado diferentes nombres desde hace varios años. Se le ha conocido en la red como Skorpio, Scorpione, Skorpia, Arácnido....

-Bien, pues pensemos en la fábula.

-Yo soy de números tío, tú eres el experto.

-Déjame pensar, anda... El escorpión... La tortuga... -César intentaba pensar para resolverlo, sin éxito-. Espera...

Utilizó otro de los ordenadores para llamar por videoconferencia a Héctor.

-Eso también lo sé hacer yo y no soy superdotado -bromeó Jack.

Héctor le atendió inmediatamente, y una vez hubo escuchado atentamente la historia de la tortuga y la rana mientras se la leían, vio clara la solución, contestando inmediatamente.

-Está claro, el alacrán le ha picado a la rana porque no puede evitar hacerlo. Es su naturaleza.

-Sí, justo lo que yo imaginaba, adiós... -contestó César antes de colgar, ante la mirada burlona de Jack.

Teclearon la solución al acertijo y respondieron al email.

-¿Y ahora qué?

-Pues... No lo sé, supongo que ahora toca esperar.

-Espero que no nos toque ahora el cuento de los tres cerditos -ironizó Jack-. Voy a preparar más café.

Justo cuando el inglés hizo ademán de levantarse de la silla, volvió a oírse el sonido que indicaba que se había recibido un nuevo mensaje en el ordenador. Abrieron apresuradamente este nuevo comunicado.-

*Los humanos y los alacranes no somos tan diferentes, ¿Verdad? ¿Qué tal van las cosas por Ciudad María?* -leyó Jack en voz alta el mensaje.

-¿Cómo pelotas sabe desde dónde le mandamos los mensajes?

-Estás hablando de una leyenda viva, por favor. Es un gurú tanto para los hackers como para todo el movimiento de antiglobalización a nivel mundial. Es una de las personas más importantes e influyentes dentro de este mundillo. Y por supuesto que sabe desde dónde le mandamos los mensajes, faltaría más.

-¿Es mejor que tú? -le preguntó con sorna.

-Digamos que es... diferente -se pavoneó.

-Contéstale, anda.

-Tenemos algo muy importante para ti. Es necesario que nos reunamos -hablaba en voz alta Jack mientras escribía.

*-Debe de serlo. Habéis rastreado buena parte de la red. Tenéis un buen informático. Decidle al alacrán de qué se trata* -contestó.

César sacó de sus bolsillos un papel arrugado con una anotación que le había entregado Héctor.

-N...O...M... -tecleó.

*-Tendréis que darle algo más al alacrán.*

-Network Security Contracts.

Tras unos segundos de tensión en que Jack y César se miraron, hubo contestación.

*-El alacrán acepta.*

-Perfecto, pero tendrá que ser aquí, en Petronia. No es aconsejable que salga del país.

*-Negativo. El alacrán es quien dice cuándo y dónde. Dentro de dos días en el café Gianni's, en Hamburgo. A las 21:00. Pregunta al camarero por una cerveza Sapporo. Fin de la comunicación.*

-No creo que sea una buena idea que Héctor vuelva a salir del país.

-No. Debería ir otra persona.

-¿Sabes? Llevo mucho tiempo en África –dijo César-. Tal vez me vendrá bien airearme un poco.

Apenas doce horas después, César había recibido ya instrucciones precisas de Héctor sobre lo que debía comunicarle al alacrán durante su futura entrevista en Hamburgo. Él le había contado su conversación con Alejandro Sesei, su radical ideología, sus oscuras intenciones, y la forma cómo tenía pensado combatirlo. Se decidió que hiciera simplemente una primera toma de contacto y, si todo salía bien se estableciera un puente de comunicación entre ambos, para comenzar a trabajar juntos. Así que, acompañado por dos miembros de la Policía de Ciudad María encargados de su custodia y de su protección viajaron desde Petronia hasta Alemania, vía París en un avión comercial de vuelo regular.

Una vez allí, se instalaron en uno de los asépticos hoteles de la ciudad capital del Estado de Hamburgo. El clima era húmedo y frío, muy diferente al bochornoso calor que acababan de abandonar en África. Al día siguiente de su llegada, a la hora convenida, César entró en el café Gianni's. Era una inmundicia y diminuta tasca, apenas iluminada, con oscuras paredes forradas de madera. En su interior apenas tres solitarios clientes bebían cerveza rubia de barril, cada uno en una mesa, sin hacer otra cosa más que beber y dejar consumir las horas. Los tres, casualmente, fumaban un humeante y maloliente puro, los tres parecían estar ya en la edad de jubilación, y ninguno de los tres siquiera miró cuando se abrió la pesada y chirriante puerta del establecimiento.

-No creo que sea ninguno de ellos -pensó César al entrar, conduciendo su silla de ruedas motorizada por energía solar.

En la barra, un camarero de piel morena y bigote, posiblemente de origen turco, se afanaba en secar con una servilleta blanca un vaso de cristal casi opaco por culpa de la cal.

-Guten tag -dijo César en alemán, acercándose a uno de los únicos tres taburetes de la sala.

-Guten tag -respondió sobriamente el camarero.

-¿Sapporo Bier? –preguntó, tal y como había concertado con el alacrán.

-Nein –respondió el camarero moviendo la cabeza hacia los lados-. ¿Nur Krombacher? -le ofreció otra marca de cerveza de barril.

-Gut –aceptó.

César pensó durante unos minutos, mientras el camarero le servía la cerveza y él saboreaba los primeros tragos, que le habían tomado el pelo como a un crío. Miró su reloj. Eran exactamente las 21:00 hora local. Miró a su alrededor. Los mismos tres jubilados cada uno ensimismado en su vaso, y el camarero ahora entretenido limpiando con parsimonia un viejo y gastado cenicero. Siguió bebiendo, intentando disfrutar de una de las cervezas con peor sabor que había probado en toda su vida. Cuando apenas le quedaban dos tragos, se dio cuenta de que el camarero se había metido en el almacén. Esperaba algún movimiento extraño, que alguien se le acercara, algún tipo de reacción. Pero no fue así. Dudó entre esperar allí más rato o marcharse directamente al hotel y dar novedades a Peter y a Héctor sobre el fracaso de su viaje. Decidió pagar la consumición, así que esperó a que el camarero saliera del almacén, pero no lo hizo. Enfadado por la espera y con una sensación de ridículo en su interior, dejó un billete de cinco euros encima de la barra, debajo de la jarra ya vacía de cerveza, y se marchó del lugar. Guió su silla hasta una parada de taxis cercana, y se montó en uno para que le llevara hasta el hotel. En la habitación le esperaban los dos miembros de la policía petroniana encargados de seguridad, a los que había obligado a quedarse allí para no levantar sospechas.

Mientras tanto, en ese mismo momento, en el centro de Ciudad María, Jack Shack recibía la llamada en su ordenador de un hombre al que desconocía.

-¿Alacrán? –contestó directamente al micrófono del ordenador.

-Abre la puerta.

-Muy bien, has conseguido localizar el punto exacto desde dónde transmitimos. Buena jugada.

Jack abrió la puerta de la sala principal de informática, y allí mismo estaba aquel enigmático hombre. En cuanto entró no supo si darle la mano, un abrazo, o una reverencia, tal era la admiración que sentía por él. Esta persona llamaba la atención por su pelo canoso, su poblada barba, su nariz ancha. Vestía unos sencillos pantalones y una cazadora vaquera con un pequeño parche del grupo musical The Cure, otro del personaje de la

película Vendetta, una deportiva mochila negra al hombro. De porte viril, esperaba en pie al otro lado de la puerta.

-Bienvenido a Ciudad María. Tengo que llamar a Héctor, por favor, toma, toma asiento –dijo nervioso Jack por tener delante suyo a uno de los más influyentes ciberactivistas del mundo, por el cual profesaba una gran admiración como informático.

-Gracias -le contestó amigablemente.

-¿Cómo has conseguido atravesar la frontera y entrar en Ciudad María? – cayó en la cuenta el inglés.

Aquel hombre apodado el alacrán no le contestó, como dejando entrever que ni era de su incumbencia

Unos minutos más tarde, Héctor llegó apresurado hasta la sala de informática desde la calle.

-Hola, soy Héctor Gómez. Es un placer conocerte –le dijo mientras le ofrecía su mano cordialmente.

-El gusto es mío -contestó el alacrán mientras se bebía tranquilamente una bebida energética que le había ofrecido Jack durante la espera.

-Te imaginaba más joven –se sinceró Héctor.

-Yo a ti menos morenito –le contestó.

-Tengo a uno de mis mejores amigos helándose de frío en Hamburgo ahora mismo...

-Las medidas de seguridad hay que respetarlas –le contestó-. Espero que lo comprendas.

-Estoy de acuerdo. Jack... -se excusó-. Con tu permiso, vamos a ir a hablar mientras damos un paseo.

-Bien, bien, por mí no hay ningún problema –contestó él-. Encantado de conocerte, alacrán.

-El placer es mío.

Salieron ambos a pasear a paso lento por las impresionantes avenidas plagadas de vegetación de Ciudad María. Se encontraba tan agradable como siempre. La gran zona peatonal central era el espacio perfecto para caminar, rodeado de estéticos edificios blancos de aluminio e Ireno, rodeados de exuberantes zonas verdes y colosales árboles centenarios. Hombres y mujeres vestidos informalmente y otros muchos con batas blancas caminaban en todas direcciones, pero sin aglomeraciones, al no haber semáforos ni zonas que compartieran con vehículos pesados. Trabajadores con algunos de los uniformes de Petronia Future Inc. utilizaban sus bicicletas o sus vehículos solares ligeros para volver a sus casas tras la jornada laboral. Todo parecía fluir en un armonioso equilibrio en la ciudad, diferente a cualquier sitio al que el alacrán hubiera estado antes. Tras unos minutos de conversación en los que se interesaba sobre la

vida en aquel lugar, finalmente Héctor le preguntó directamente sin tapujos mientras caminaban.

-¿Qué sabes del Nuevo Orden Mundial?

-Sé positivamente que existe, que es una realidad. Que actúa, que tiene intereses, que está entre nosotros desde hace mucho tiempo. Y que está preparando su golpe maestro. ¿Y tú?

-Yo sé eso. Pero además sé ponerles un rostro concreto. Sé quienes están al mando y créeme, son tan humanos como tú y yo.

-Se rumorea en los círculos de internet que van a venir a por vosotros en breve –dejó caer el siempre misterioso alacrán.

-Si, todo eso ya está en marcha. No tiene vuelta atrás. Se está preparando una acción militar contra nosotros. Van a utilizar a tropas de países occidentales, porque tienen cogidos por las pelotas a los políticos que los dirigen. Pondrán una buena excusa, entrarán por a fuerza y barrerán con todo, sin contemplaciones. No tendremos nada que hacer. Puede ser cuestión de horas, de días, de semanas... Pero ya están moviendo sus peones. Por eso es imprescindible actuar rápido.

-¿Y porqué me has buscado a mi?

-Porque eres un soñador, y un luchador. Y un punto de referencia para la poca gente despierta y con inquietudes que queda. Tú tienes el don de ser capaz de hacer despertar las conciencias de la gente.

-¿Sólo por eso? –preguntó con ironía.

-Y porque sé que estás deseando darles una buena patada en el culo a esa panda de hijos de puta. La venganza es un sentimiento muy poderoso cuando no es cegada por la ira. Sé lo que te ocurrió. Sé que tu mujer y tus dos hijos murieron cuando una multinacional maderera pagó para que el gobierno de Nigeria ordenara a su ejército que desalojara la zona en la que estabais viviendo.

Aquel hombre canoso sintió el profundo dolor de recordar aquellos oscuros momentos, pero continuó desahogándose.

-Yo era médico, voluntario. Trabajaba ayudando a las tribus indígenas de la zona de Ekiti en una organización de misioneros cristianos –sus palabras se volvían taciturnas progresivamente-. Recuerdo que ese día me había marchado temprano hacia el interior de la jungla para llevar medicinas a un poblado aún más perdido que el nuestro. Estaba a tres días de distancia atravesando la selva, así que nos lo tomamos con calma mi guía nativo y yo. En aquellos días, la multinacional del petróleo AHF, de la que dependía la empresa maderera WoodsWorld Co. controlaba prácticamente el gobierno del país. Lo tenía comprado casi absolutamente todo. Políticos, militares. Así que un día en que yo no estaba llegaron al poblado un grupo de soldados. Ya sabes, con ametralladoras y machetes. Mi mujer les hizo frente y les dijo que no se marchaba de allí hasta que no llegara yo. Que no



tenían derecho a echar de allí a una tribu que llevaba cientos de años en aquel bosque para talar los árboles y cortar la madera. La situación se puso tensa...

Héctor se percató de que aquel hombre cerró los puños y apretó los párpados con fuerza para poder continuar.

-Los mataron a los tres. A mi mujer y a mis dos hijos. Al día siguiente, sin ningún miramiento, entraron las máquinas y los buldózer para derribar mi casa y todas las demás viviendas y así seguir con la producción de madera. Todo para el beneficio de la jodida empresa. Desde entonces he dedicado cada puto segundo de mi vida a luchar contra el poder de las multinacionales. Son el cáncer de la humanidad, Héctor. Como un cáncer, piénsalo. Crecen, crecen y crecen hasta que al final matan al organismo. Y acabarán con la humanidad si no las detenemos.

Caminando, hablando, conociéndose, llegaron a un pulcro banco de madera que estaba situado en un pequeño parque del centro de la ciudad, junto a una pequeña estatua realizada en resplandeciente Ireno que representaba a un gigantesco león africano lamiéndose las heridas en una de sus garras.

-¿Qué tienes pensado? –preguntó intrigado el alacrán.

Héctor pronunciaba cada palabra con energía y convencimiento.

-Una acción combinada, sincronizada. A nivel mundial. Algo nunca visto, que no esperan. Algo que dará completamente la vuelta al tablero.

-Para cumplir lo que propones tendría que ser algo muy grande. La gente vive aborregada dentro de su propia burbuja, son como muertos de veinte años que mueren a los noventa, auténticos zombies, ya me entiendes. Es muy difícil despertar sus conciencias. La gente sigue aferrándose a las cosas materiales, y esa es la matriz del problema. Aquí en Ciudad María, realmente, habéis hecho un trabajo increíble. Habéis demostrado que otro mundo es posible.

-Cometimos un error tremendo –le esclareció Héctor-. Creímos que podíamos crear un lugar diferente, nuevo, independiente al resto del mundo. Eso es imposible. Para que hubiera sitio para cambiar Petronia era necesario cambiar antes el mundo. Y para cambiar el mundo hace falta algo más que tecnología y buenas intenciones.

-¿Violencia? –le preguntó sugestivamente el Alacrán.

-La violencia ha sido el recurso de aquellos quienes han querido cambiar el mundo durante todo el curso de la historia, y aunque a veces ha funcionado, no siempre lo han conseguido. Lo que siempre ha motivado las mayores revoluciones de la historia de la humanidad ha sido una idea, una ideal, una esperanza... y sobre todo un enemigo.

-El odio –aseveró-. Canalizar el odio hacia un enemigo. Eso es lo que une.

-Uniremos a la gente contra un enemigo común.

-Las masas están aborregadas, no se les puede movilizar de la noche a la mañana. No se puede despertar a un zombie, abrir los ojos a la gente de golpe. Haría falta un golpe de efecto demasiado grande.

-Lo tenemos que intentar. Es eso, o acabaremos todos muertos, Petronia invadida por un ejército de mercenarios y esta ciudad en la que estamos consumiéndose en las llamas. Y en el futuro seguramente colonizada por franquicias y multinacionales explotando a los petronianos, al igual que están haciendo con el resto de los pueblos. Y si cae Petronia, ten por seguro que caerá también la esperanza de todo aquello por lo que luchas. Aquello por lo que murieron tu mujer y tus hijos: un mundo justo.

El alacrán escudriñaba con sus ojos el rostro serio y decidido de Héctor.

-¿Qué tienes pensado? Te escucho.

-¿Sabes jugar al póker? –le preguntó.

-Claro.

-Nos tiraremos un farol. Un farol enorme, algo nunca visto antes. De proporciones desorbitadas. Se dice que las mentiras cuanto más grandes más creíbles. Esa será nuestra maniobra de distracción. Seremos como magos entreteniéndolos a los niños, llamando su atención, como hacen ellos. Porque por detrás, sin que lo vean, les estaremos preparando la mayor revuelta ciudadana desde la Revolución Francesa. Encenderemos la mecha de la revolución. De eso te encargarás tú.

-Sí... -sonrió ampliamente de forma canalla-. ¡Me gusta!

-¿A cuánta gente crees que puedes movilizar?

-Si me das un par de semanas, un buen motivo y una conexión a internet de banda ancha... Tal vez un par de millones de miembros activos en todo el mundo.

Héctor se congratuló de esta predisposición, pero objetó.

-Harán ruido, pero no es suficiente. Vamos, alacrán, tu fama te precede, seguro que tienes por ahí recursos para movilizar a mucha más gente. Te aseguro que va a ser algo histórico.

-Tu fama también te precede. Seguro que tienes algo más que un simple farol –le contestó perspicazmente.

Héctor asintió con su típico gesto característico moviendo la cabeza lentamente hacia delante y hacia atrás. Los dos sonreían, disfrutando ya de aquello que se proponían.

-Sé dónde están, dónde tienen su cuartel general –le confesó, acordándose de Alejandro Sesei-. He estado allí mismo, y he logrado escapar.

-Mataría por esa información... -comentó casi relamiéndose.

-Cuando todo estalle, cuando todo reviente, cuando llegue el momento, podrías reunir a un ejército de activistas deseosos de llegar allí, seguro...

-Si la información es buena, es posible...

-Tengo las coordenadas exactas, amigo. He estado allí cautivo.

-¡Oh! Si... -exclamó-. Pero ellos no estarán allí...

-Pero les meteremos el terror en el cuerpo –le corrigió Héctor-. Y créeme si te digo que no están acostumbrados a sentir el miedo tan de cerca. Entre nuestro farol, la movilización, y tu ataque, sentirán que han perdido el control.

-Tendremos que estar muy coordinados.

-Lo estaremos.

Y así, durante más de dos horas, estuvieron conversando en aquel coqueto parque, sentados en aquel banco, bajo la imponente presencia del león fabricado a base de Ireno. Organizaron, debatieron, idearon animadamente bajo el penetrante sol de Petronia. Era la primera vez que ellos dos se veían, y también sabían que había muchas posibilidades de que no volvieran a encontrarse nunca jamás. Al alacrán le encantó oír las estimulantes ideas de Héctor, y a éste la gran predisposición del Alacrán le alentaba y le hacía concebir nuevos métodos para lograr sus fines.

Cuando tras pasar la tarde oscureció en África, ambos se dieron cuenta de que era el momento de que cada uno siguiera su camino. Aunque Héctor le ofreció quedarse a vivir y trabajar juntos en Ciudad María, el alacrán estaba deseando volver a su centro de operaciones para ponerse manos a la obra. Pero no le dijo a Héctor dónde era, ni desde dónde transmitía u operaba. No hacía falta. Estarían en permanente comunicación. Por último, antes de abandonar Petronia, solicitó que le llevaran al aeropuerto y, una vez allí, Héctor le preguntó desde el coche.

-Otra cosa más, alacrán, antes de irte.

-Dime.

-Morirá gente. Posiblemente tú, posiblemente yo.

-Si eres capaz de hacer lo que dices que vas a hacer, estaré encantado de dar mi vida por esto.

-Gracias –le dijo Héctor con franqueza.

-¿Y Ciudad María? –preguntó el alacrán mientras miraba las espectaculares luces de los edificios de la gran ciudad a un par de kilómetros del aeropuerto.

Héctor giró la cabeza hacia los lados.

-Ciudad María mucho que temo que ya está sentenciada.

-Entiendo –concluyó antes de marcharse en un avión rumbo a Europa.

El estruendo de dos helicópteros solares que tomaron tierra en el helipuerto del Palacio Real de Petronia Town sorprendió al Rey. Paul Boss y otro piloto detuvieron las potentes hélices y bajaron casi a la carrera. Peter les esperaba en su despacho, mientras el rostro de Héctor estaba presente allí a través de una pantalla de videoconferencia.

-¡Hay miles, majestad! –informaba Paul, con desasosiego-. No sabría acertar a decir cuántos son. Pero desde luego que podrían llenar un estadio de fútbol. Están instalados en tiendas de campaña modulares, gigantes. Van todos vestidos completamente de negro y...

-¿Pero qué maquinaria tienen? –le cortó Peter.

-Eso es lo raro, no se les ve haciendo nada en especial. No están trabajando en nada. Simplemente... están.

-¿Cómo sabes que son extranjeros?

-Joder, porque son blancos, o casi blancos. No, no son nogoles, eso seguro.

-Se están preparando para una invasión –aclaró Héctor desde la pantalla del ordenador de Peter, mientras atendía a la conversación-.

-¿Y por dónde han entrado? –le preguntó el Rey.

-Lo habrán hecho poco a poco. Disimuladamente, en vuelos regulares. Sin que pudiéramos darnos cuenta han reunido todo un ejército de mercenarios.

-¿Y el armamento? –insistió Peter.

-Lo mismo, ten por seguro que irán armados hasta los dientes, aunque no tengan ahora mismo las armas encima.

-¿Pero bajo qué bandera? ¡Esto es increíble!

-Allí no hay banderas de ningún país, majestad –informó Paul-. Sólo hemos podido ver el logotipo de una empresa, NSC. En negro con las letras blancas.

Héctor les aclaró.

-Son contratistas. Mercenarios profesionales. Esta es su evolución natural. Primero se utilizaron para dar seguridad a empresas en zonas hostiles. Después para dar seguridad a embajadas y órganos oficiales. Después para zonas y países enteros. Estaba cantado que el siguiente paso iba a ser utilizarles para una invasión.

-¿Americanos? –se interesó Peter.

-No lo creo. Puede que la empresa si, pero no los soldados. Desde que descubrieron que un mercenario colombiano, chileno o de la ex Yugoslavia cuesta la cuarta parte de un estadounidense trabajan con gente de fuera. Además políticamente es mucho mejor, no se derrama sangre estadounidense pero los beneficios son para la empresa igualmente.

-¿Y a qué esperan para atacar?

-Simplemente a recibir la orden. Lo tienen todo medido, no te preocupes. Intentarán entrar, pero esperarán al momento adecuado, cuando lo tengan todo a su favor. Ganan las batallas antes de disputarlas.

-¿Y cual será nuestra defensa?

El Rey Peter se puso en pie para no generar duda acerca de su autoridad, miró a los dos pilotos y se respondió a sí mismo.

-Seguiremos como hemos hecho hasta ahora. Extremando los contactos diplomáticos. Esa es nuestra mejor defensa. Y en caso de tener que defendernos con la fuerza, tengo plenamente confianza en nuestro ejército. Tras estas palabras, Paul y el otro piloto abandonaron el despacho del Palacio Real en Petronia Town, quedando Peter en solitario, junto a su ordenador.

-Nuestro ejército no está preparado para afrontar una invasión, Héctor –se sinceró.

-Ningún ejército del mundo lo está para luchar contra lo que nos viene encima, no te equivoques, viejo amigo –le contestó a través del ordenador.

-¿Te gusta? –preguntó Héctor, provocando el eco en la gran sala, vacía de gente-. No está mal, eh...

-¡Menuda pasada! –contestó entusiasmado Jack.

Haciendo un perfecto semicírculo, había instalados veinticuatro puestos de operador divididos en dos filas, una de ellas algo más elevada que la anterior, como si fuera un anfiteatro. Cada puesto contaba con tres pantallas de ordenador cada uno, y varios sistemas de interfaz: tabletas, ratones, trackballs... Todos hacían frente a una enorme pared principal forrada por al menos doce pantallas de cincuenta pulgadas cada una. Se encontraban en el interior de una nueva central de control y transmisiones, a más de doce metros bajo la superficie, diseñada para ser el centro de mando ante la guerra que se avecinaba.

-¿Has centralizado todo aquí? –preguntó el informático mientras curioseaba como un niño por la estancia.

-Sí, así es, pero tranquilo, podrás darle tu toque personal, aún quedan cosas por instalar. Pero quería que me dieras tu aprobación.

-Está genial, ¡Qué cantidad de pantallas! ¿Cual de todos será mi sitio?

-En el medio, por supuesto. Me he tomado la libertad de instalarte una neverita llena de bebida energética.

-¡No esperaba menos! ¡Me gusta!

Jack ocupó su sitio en una silla central.

-¿Desde este ordenador lo controlaré todo?

-Controlaremos las tropas, el sistema de cámaras de seguridad de todo Petronia, el espacio aéreo, las transmisiones...

-Sí, básicamente todo.

-Básicamente, sí. Ah, Jack... -le comentó-. Otra cosa. Quiero que tengas en cuenta que seguramente este lugar sea uno de los objetivos principales cuando nos ataquen.

El informático, circunspecto, admitió.

-De acuerdo, Héctor.

-Tengo que marcharme. Cuando quieras puedes empezar a trabajar desde aquí.

-Ahora mismo. ¿A dónde vas?

-Tengo una cita –le contestó guiándole el ojo.

Esa misma soleada tarde, Héctor y María volvieron a encontrarse, como dos viejos amigos. Tras unos primeros momentos de timidez, poco a poco según transcurrían los minutos y la conversación fueron recuperando la habitual magia que surgía cuando ambos estaban juntos. Recorrieron paseando algunas de las principales y más hermosas avenidas de la zona especial, y posteriormente llegaron al que había sido el hogar de María Gómez y su hijo.

-Aquí es donde vivía mi madre –le mostraba al señalarle-. Ésta era su cama, y desde ésta ventana le encantaba admirar la selva y descubrir cada día nuevos tipos de flores y de aves. Creo honestamente que ella fue muy feliz aquí. Encontró la paz.

María puso su estilizada mano suavemente sobre su hombro, mientras observaba los abundantes detalles de la pequeña habitación. Humilde y coqueta, tal y como fue ella en vida, pensó. Recorrió con su mirada azul las fotografías que colgaban en la pared. Decenas de fotos antiguas en las que aparecía abrazando a un pequeño Héctor, junto a su hijo en el zoo del Bronx o durante la boda de Peter y Jasmina... Toda una vida entera dedicada a su hijo.

-Héctor... –preguntó dulcemente-. ¿Podría quedarme a vivir aquí?

-¿En el taller?

-No, aquí mismo. En esta habitación. Siento que éste es mi lugar.

Héctor asintió con la cabeza.

-De acuerdo. Supongo que estarás cómoda, aunque podrías tener una casa entera para ti si quisieras.

-No. Prefiero quedarme aquí, cerca de ti. Siempre que a ti y a la memoria de tu madre no os importe, claro.

-No. No creo que le importe -le dijo mientras jugueteaba con el cojín blanco que había sobre la estrecha cama-. Ven, sígueme, te seguiré enseñando cosas.

Salieron de aquella cálida habitación y rodearon la gran nave hasta llegar al otro extremo, dónde se encontraba la puerta de su laboratorio.

-Y éste es mi taller, mi laboratorio. Aquí he pasado la mayor parte del tiempo los últimos diez años. Entre ordenadores, probetas químicas, maquinaria... Ya sabes... en mi ambiente –hablaba en un tono que parecía se estaba disculpando.

-¡Dios mío Héctor, es realmente impresionante! –Opinó ella mientras se acariciaba sus rubios cabellos-. El sueño de cualquier científico, poder dedicarse en cuerpo y alma a la investigación, sin tener que rendir cuentas ante nadie.

-¿También fue tu sueño algún día, lo recuerdas?

Ella asintió y se sonrojó, lo que enterneció a Héctor sobremanera. Si, efectivamente. Ella en otros tiempos también había deseado con todas sus fuerzas poder trabajar y dedicarse por completo al mundo de la investigación. Pero la vida le había llevado por unos caminos muy diferentes. Él continuó con sus explicaciones:

-Con tranquilidad es como salen las mejores cosas. De aquí han surgido nuestro material exclusivo, el Ireño, todas las células fotomultiplicadoras solares, los coches, los trenes, los aviones... Un montón de cosas, la verdad. Hemos trabajado muchísimo, sin descanso.

-Me encanta tu humildad porque siempre hablas en plural, le aduló ella, mientras miraba con asombro las interminables fórmulas matemáticas y las decenas de planos técnicos de diferentes inventos que plagaban las paredes del laboratorio.

-Tienes muchísima maquinaria también...

-Sí, por suerte he podido traer aquí un montón de cacharros súper caros que me han facilitado enormemente las cosas. Pero la máquina más importante no es de silicio, ni de Ireño ni de acero.

-¿De qué esta hecha?

-De materia orgánica.

-¿Te refieres al componente humano?

-En efecto. Sin él, nada de esto sería posible. Lo más importante es el cerebro –le explicó gesticulando.

-Tienes razón. Es la máquina más perfecta del universo. Y una gran desconocida. De hecho, la corteza cerebral de nuestro cerebro contiene aproximadamente de quince mil a treinta y tres mil millones de neuronas... Cada una de las cuales se encuentra interconectadas hasta con diez mil conexiones sinápticas. ¿Te das cuenta de la gran cantidad de potencial que tiene?

Héctor la escuchaba con una gran atención, complacido del grado de conocimiento que demostraba María sobre este asunto.

-Pareces una experta en el tema.

-Hice mi tesis doctoral en la universidad sobre el cerebro humano. Es un tema que me apasiona. Pero lamentablemente nunca logre trabajar de forma profesional en un laboratorio o en una empresa y poder especializarme aún más. Ya sabes, la vida no es fácil siempre.

-Bueno, María, aquí tienes todo un laboratorio entero a tu disposición –le animó él-. Aunque no sé de cuanto tiempo dispondrás, porque realmente no sé ni cuanto tiempo seguirá esta ciudad en pie.

-¿Tanto poder crees que tienen esas personas? –preguntó María con preocupación.

-Tú ya sabes de lo que son capaces de hacer, ya los conoces.



-Tienen mucho dinero, nada más.

-No, María, es mucho más que eso. Ellos son el dinero. Pueden controlar todo aquello que se pueda comprar.

-Pero hay cosas en este mundo que no se pueden comprar.

-¿Como qué?

-La razón.

-La razón es solamente un punto de vista.

-Mmmm... –pensó durante unos segundos antes de intentarlo de nuevo-. La voluntad.

-No hay nada más fácil de comprar que la voluntad de un hombre necesitado...

-El amor.

Héctor se paralizó sin saber qué contestar.

-El amor... –dudó al no encontrar respuesta-. El amor...

Fueron unos segundos eternos en el que ambos compartieron el deseo mutuo de amarse para siempre.

-Vamos, aún tengo más cosas que enseñarte –se escabulló él.

Sobre un potente vehículo quad impulsado por energía solar con unas enormes ruedas dentadas Héctor y María atravesaron las fronteras de la ciudad en dirección a la zona de la costa. Ella, a horcajadas sobre el asiento, apoyaba su rostro relajado en la espalda de Héctor. Él pilotaba a una velocidad moderada, vista al frente, disfrutando del viento que golpeaba en su cara. Por el camino se cruzaron con decenas de motos y coches solares que circulaban ordenadamente por la vía, como todos los días. La aparente normalidad de las calles no denotaba los grandes problemas que se cernían sobre el futuro inmediato de Petronia.

-Me encanta conducir por aquí –le dijo él mientras serpenteaba con el quad.

-¡Son tan diferentes a las carreteras de Norteamérica! –opinó ella-. ¡No se oye ni un solo pitido! Parece como si la gente no tuviera prisas.

-Bueno, es que realmente da igual que tengan prisa o no. Todo el tráfico va monitorizado y controlado vía satélite por una estación central. Si se pasa del límite de velocidad, se apaga automáticamente la radio del coche y suena un desagradable zumbido que aumenta según la velocidad, hasta que se vuelve a coger la velocidad adecuada para la carretera. Es muy efectivo, psicología pura, fue idea de César. ¡Ah! Y además queda toda la conducción grabada y registrada, porque luego hay que justificar el motivo de haber sobrepasado la velocidad.

-¿Desde dónde?

-Desde el terminal informático que hay en cada casa, como todos los trámites. Hemos conseguido que no muera ni una sola persona en Ciudad María por culpa del tráfico.

-¿Y no se queja la gente de que se les controla demasiado? Ya sabes, el derecho a la libertad deambulatoria y todo eso.

-¡Prefieren el derecho a la vida, qué tontería! Además no hay afán recaudatorio, no se ponen multas, se quitan puntos de conducta.

-Es increíble lo diferentes que son las cosas aquí.

Cuando llegaron, tras mas de media hora de camino, a los primeros hoteles de Costa Petronia, Héctor vislumbró con tristeza como la eliminación casi preceptiva del turismo por la situación de preguerra que se estaba viviendo había convertido los hermosos complejos hoteleros casi en ciudades fantasma. En otro tiempo la joya del turismo de África, en ese momento parecía más una ciudad vacacional durante los meses de invierno, con edificios enteros sin una sola luz encendida en las ventanas.

-Tendrías que haber visto todo esto hace unos meses... Era genial, no cabía ni un solo alma. Los hoteles repletos, todos los negocios, bares, cafeterías, funcionando... Por no hablar de aquella brutal fiesta de fin de año que organizó César. Congregó a casi un millón de personas en las playas.

Ahora, en el horizonte, lo único que se veía eran las lejanas siluetas de los barcos de guerra acorazados, los destructores y los portaaviones de las potencias internacionales preparados para atacar si fuera necesario. En formación, como diciendo: Aquí estamos. Interponiéndose entre el sol, el océano y Ciudad María. ¡Las cosas habían cambiado tanto desde que Héctor llegó por primera vez a Petronia! Estas costas y estas playas eran casi salvajes, no le interesaban a nadie, salvo a los modestos pescadores de la zona. Y ahora el mundo entero tenía sus ojos y sus cañones puestos en esas rocas, esas playas, esos acantilados. Pudo ver e identificar revoloteando alrededor de los buques a varios helicópteros de la prensa extranjera, que tomaban espectaculares imágenes con la precaución de permanecer en aguas internacionales y no violar el espacio aéreo petroniano.

-Menuda sarta de mentiras deben estar soltando esos malditos periodistas comprados -pensó Héctor, mientras detenía el quad al llegar a unas maravillosas rocas que bordeaban la carretera y donde, en las sombras que proyectaban, crecían unas bellas y misteriosas plantas con algunas flores de color verde y púrpura.

Cogió de la mano a María, y treparon por las escarpadas rocas hasta llegar a la parte superior de aquella pequeña formación geológica.

Héctor se agachó ante la sorpresa de María, y acarició con su mano una de las plantas, que acababa en una hermosa y redondeada flor de color púrpura, húmeda y llamativa.

-Mira, quiero que veas esto.

-¡Qué flor más bonita, y qué extraña! Nunca he visto nada igual. ¿A qué especie pertenece?

-¿Ves su color tan vivo? Es el color que inspiró la bandera de Petronia en su independencia hace ya casi cien años.

-Es precioso, parece sacado de un cuento.

-Es una flor tan especial que solo crece en esta zona del mundo. Sin embargo, por culpa del cambio climático se considera prácticamente extinguida. El único lugar donde crece es en esta roca. La descubrió mi madre, mientras paseaba por aquí. Me lo dijo y lo guardamos en secreto.

-¿Y porqué no se lo has dicho a Peter, y habéis cogido sus semillas y las habéis transplantado a otro lugar?

-Porque ya nunca tendría sus mismas propiedades. No sería la misma, no sería auténtica, entiéndelo. Ella debe crecer por sus propios medios. Hacerse fuerte. Es ley de vida. La ley de la selva. Cuando la vi, pensé que era posiblemente lo único puro que aún quedaba en este mundo.

-Así que lo guardaste como un secreto.

-Así es.

-¿Y por qué razón me lo cuentas a mí ahora?

-Bueno, muchas veces he venido aquí a observar las flores, y al ver tanta pureza me preguntaba cómo y con quién estarías.

-¿Me recordabas así? ¿Pura?

-Sí, durante mucho tiempo sí, te recorde de ese modo. Estas flores son como Ciudad María. Si son fuertes y su destino es recuperarse, podrán crecer, multiplicarse y expandirse. Pero por el contrario, si su destino es ser débil y desaparecer para siempre... Sólo quedara ésta gran roca, como testigo mudo de algo maravilloso que una vez existió.

María cogió la mano de Héctor, y ambos permanecieron durante unos minutos sentados en la fría piedra mientras perdían su mirada en el punto en el que se juntaban el cielo con el océano atlántico. El sol estaba a punto de ponerse, y sus dos siluetas se fundieron en una sola, abrazados bajo el intenso cielo rojo africano, mientras la brisa salada del mar acariciaba con intensidad sus rostros.

-Perdóname, por favor –le pidió ella.

-¿Por qué lo dices?

-Por no haberte hecho caso y no haberme venido contigo a Ciudad María cuando viniste a buscarme la primera vez.

-No hay nada que perdonar. Simplemente no era el momento.

-Nunca te he dicho realmente por qué no quise venir entonces. Aparte de mis malditos complejos con los hombres, quiero que sepas que me presenté dos veces al examen de acceso para poder entrar a formar parte de la comunidad científica de Petronia Future Inc. Aprobé el examen, pero no con la suficiente nota para ser seleccionada.

Héctor no podía disimular su sorpresa.

-Y por eso...

-Compréndeme, necesitaba conseguir algo por mí misma. Tener ese sentimiento de lograr mis objetivos limpiamente, sin ayuda de nadie. Si hubiera venido, hubiera sido siempre gracias a ti, nunca sería por mis méritos. Nunca sería María Stravinsky, siempre sería María la de Héctor.

-Te comprendo –dijo de forma tranquilizadora-. Y te respeto.

-Y... ¿Me perdonas?

-Si... Te perdono –dijo sonriendo-. ¿Sabes? Creo que ahora entiendo al canalla de César. Consultaría las bases de datos de la empresa y por eso averiguó una dirección antigua tuya en Boston y ganó la apuesta que hicimos...

-¿Qué apuesta?

-¡Qué grande es!... Él sabía que yo iría a buscarte...

-En fin, no intentaré entender vuestras cosas de hombres...

Un rato más tarde, la noche cayó como un denso telón sobre toda África. El sonido de los exóticos pájaros se entremezclaba con los aullidos de los macacos en la jungla.

-¿A dónde me llevas ahora? Está todo muy oscuro ya.

-Por eso vamos a donde vamos. Es mucho más bonito por la noche.

-¿Pero conoces bien el terreno? ¡Esto está muy escarpado!

-Tranquila...

Una inmensa luna llena casi no cabía en el negro cielo mientras Héctor guiaba a María a través de unas oscuras y abruptas sendas, rodeadas de espigadísimos árboles y con cientos de ojos de criaturas salvajes como testigos.

-Ahora ten cuidado, estamos a punto de llegar.

-Dios mío, esto precioso –acertó a decir.

Llegaron hasta el borde de un encumbrado acantilado. En él, dos figuras con forma y tamaño humano yacían a ras de suelo, sobre una placa cuadrada de color blanco perla. El reflejo de la luna les otorgaba un brillo casi místico, que sobrepasaba casi el propio material físico y creaba un mágico aura de colores blanco y plata. Las dos figuras, tumbadas en el suelo, juntaban la mano izquierda de una con la derecha de la otra, tocando sus dedos, mirando hacia el cielo negro, la luna blanca y los millones de estrellas que parecían estar decorando el cielo para la ocasión.

Estas dos figuras gozaban de una gran expresividad y de un gran detalle y realismo. Tal vez sus formas eran algo redondeadas, pero se reconocían perfectamente los rasgos de ambos cuerpos, que se tocaban la punta de los dedos en lo alto de un altísimo acantilado, quizás el más alto de toda la costa. Las olas rompían con violencia treinta metros bajo ellas.

-¿De qué están hechas estas figuras?

-Son de telenio. Otra aleación nueva, propia, nuestra. Es un material capaz de tomar cualquier forma, resistente al paso del tiempo, y que refleja la luz de una forma diferente al resto de materiales, entre otras propiedades.

-¿Son dos tumbas, verdad Héctor?

-Sí, lo son.

-¿Quiénes son?

-Ella es Jasmina. La esposa de Peter.

-¡Dios, era guapísima!

-Ojala la hubieras visto el día de su boda. Estaba preciosa, radiante. Hay que vivir varias vidas para encontrar a alguien como ella.

-¿Por qué murió?

-Por culpa de esta estúpida guerra.

María admiró durante unos segundos la primera de las figuras antes de decir:

-Y la otra mujer es...

-Sí, es mi madre.

-Ella fue desde siempre un ángel.

-Sí... Hemos querido que estuvieran aquí juntas, esperándonos a los demás. Peter, César y yo queremos ser enterrados aquí, rodeados con un baño de telurio, junto a ellas. Juntando nuestras manos como símbolo de la unión y de la fuerza que dieron forma a este sueño. Es como una especie de panteón familiar secreto... Pero bajo las estrellas. Al aire libre, ya sabes...

-Es precioso Héctor. Como siempre, lo haces todo tan especial...

Él se sonrojó visiblemente, y ella continuó.

-En realidad, no sé si enfadarme con la vida por habernos separado durante tanto tiempo, o si por el contrario alegrarme por habernos reunido ahora, aquí, en este momento, bajo estas circunstancias.

-Yo, si te soy sincero, hubiera preferido que fueran otras.

-¿Tan mal crees que están las cosas? -dijo mientras inconscientemente miraban hacia el horizonte, dónde se adivinaba las remotas siluetas de los barcos de guerra extranjeros.

-Lo que vi en Canadá me ha abierto la mente, me ha hecho ver la pura realidad. Las diferencias entre los hombres son más fuertes que lo que nos une. Cuando hablaba con aquel hombre pude ver en sus ojos lo peor que tenemos dentro, la ambición y el odio.

-Pero ahora estás mirando a los ojos del amor y de la honestidad, Héctor. Tienes que ver los dos lados. Ya sé que la muerte de tu madre te ha dejado marcado, pero debes creer en que en la eterna lucha entre lo bueno y lo malo de los hombres, al final, la parte noble siempre se impone.

-Tú ya conoces a Kevin Steal. Te embaucó igual que a mí en su momento. Un magnífico encantador de serpientes, sin escrúpulo ninguno, que utiliza a la gente para sus propios intereses como si fueran... no sé... cartas de póker

de las que te puedes deshacer cuando ya no quieres jugar con ellas. Pues imagínate eso pero a escala global. Una mesa de póker donde siempre se sientan los mismos, con sus puros y su whisky, y en la que siempre pierden los mismos: los que ni siquiera han tenido la oportunidad de sentarse a la mesa.

-¿Y crees que van a descartarnos a nosotros ahora?

-Sí, por desgracia sí. A Petronia entera. Ciudad María, Peter, tú, yo. Van a venir a por nosotros.

-Pero tú tienes un plan...

-Lo sé.

-Y funcionará.

-Eso espero, María, eso espero. Es nuestra única esperanza.

-Tú siempre cumples y logras lo que pretendes. Siempre lo has hecho. Y no tengo ninguna duda de que ahora lo volverás a hacer.

-No siempre he tenido éxito –objetó él.

-¿Ah, no? ¿Cuándo? Dime algo que no hayas conseguido.

-Estar contigo –le espetó.

Ella se sintió profundamente aludida, pero supo qué contestar.

-Bueno, yo creo que, si no estoy soñando, ahora mismo estás conmigo.

Héctor rió como un niño, nervioso, y ella se atusó el cabello con la mano.

-Bueno, técnicamente sí. Aunque no es exactamente de la forma en que a mí me gustaría.

Ella examinó sus labios, casi temblorosos a pesar del calor. Miró sus pobladas cejas, su nariz ancha. Se detuvo en sus ojos. En sus anchas pupilas. En su iris. Y comenzó a murmurarle entonando la canción en voz muy bajita...

-Brown eyed boy...

*Bajo la luz del sol, riendo  
Escondidos detrás del arco iris  
Resbalando y cayéndonos  
Por toda la cascada  
Contigo, mi chico de ojos marrones  
Tú, mi chico de ojos marrones*

Cuando terminó de susurrarle la canción, a escasos centímetros de su oído, le besó en los labios por primera vez en su vida. Fue un beso tierno, casi infantil. Un beso de amor verdadero, el primero que Héctor saboreaba a sus treinta y tres años de edad.

Sintió la acompasada respiración de María, su pecho palpitando contra el suyo, sus senos recibiendo la presión de su delicado abrazo. Tras unos segundos que a él le parecieron una vida entera, separaron sus labios, pero no sus cuerpos ni sus manos entrelazadas.

Un resplandor blanco y rosado iluminó por un instante el cielo de una forma espectacular.

-¿Ves? Una estrella fugaz. Todo es posible en Ciudad María –le dijo María sonriendo.

Héctor reaccionó un par de segundos después, frunciendo el ceño.

-Eso no es una estrella fugaz.

De pronto, otro resplandor. Más pequeño esta vez al fondo, en el horizonte, en la zona de los barcos de guerra.

María notó la tensión en las manos de Héctor.

-¿Qué ocurre?

Varios segundos después, las ondas del sonido grave y tosco de una lejana explosión fueron llegando escalonadamente hacia el acantilado donde ellos estaban, sobresaltándolos.

-Vamos, tenemos que irnos -dijo levantándose Héctor sin soltarle de la mano.

-¿Qué ha sido ese ruido?

-Mucho me temo... -dijo queriendo equivocarse- ...que ha sido el inicio de la tercera guerra mundial. Corre, date prisa, tenemos que volver.

El teléfono móvil de Peter le despertó aquella madrugada en la cama de su habitación del Palacio Real.

-Rápido, majestad, encienda la televisión –la voz era la de Jack, notablemente preocupado.

-¿Qué ocurre?

-Han hundido uno de los barcos de guerra americanos.

-¿Quién?

-Dicen... dicen las noticias que nosotros.

Jack Shack utilizó las pantallas de la sala de control para mostrar las emisiones de varias cadenas, todas ellas emitiendo la misma noticia en riguroso directo. Aunque en las cuatro pantallas centrales se podía ver la cadena de noticias CNN, utilizó las demás pantallas para ver simultáneamente la televisión inglesa BBC, la francesa TF1, y la alemana RTL. Sobreimpresos en la pantalla, se repetían el mismo titular una y otra vez, en todos los idiomas.

*El Dictador de Petronia utiliza misiles para atacar a un barco de la flota de seguridad de la OTAN. En el portaaviones atacado, el USS Alabama de la marina estadounidense, dormían más de dos mil marines.*

-¡Dios mío! -exclamó Peter-. ¡Rápido, ponme con Héctor!

Jack gestionó informáticamente una transferencia de la llamada, que la recibió Héctor en el quad en el que se trasladaba hasta Ciudad María a toda velocidad, con María abrazada a él.

-¡Ahí tienes el pretexto perfecto para la guerra! ¡Siempre han funcionado igual, desde hace más de cien años! –gritaba Héctor-. Ellos ya han movido ficha. Ahora nos toca a nosotros. Antes de que sea demasiado tarde.

-¡Tengo que hacer unas declaraciones inmediatamente para desmentirlo!

-No hay tiempo que perder. Sal de Palacio y ve al búnker de seguridad. Hemos preparado una zona para que emitas las ruedas de prensa desde allí. Y así, en aquella hermosísima noche africana, dieron comienzo los dramáticos acontecimientos que desembocarían en el final de Ciudad María y todo lo que ésta representaba.



Comenzaba a anochecer en Grecia. Aunque había dejado por fin de llover tras varias horas, en el exterior del aula de la Universidad de Tesalónica hacía el suficiente frío para no desprenderse del abrigo. El profesor Bay continuaba su exposición, mientras Akiko, su mujer, servía té japonés a todos los periodistas allí presentes. Algunos de ellos estaban ya ciertamente físicamente cansados pues llevaban casi doce horas encerrados en aquella sala. Charles Bay, por su parte, ya había consumido varios litros de agua tras horas y horas de charla. Sin embargo, su forma de narrar su relato era cada vez más estimulante, ya que él mismo otorgaba a sus palabras un profundo sentimiento.

-Apenas una hora después –continuó–, desde el refugio central que se construyó, un Rey Peter vestido protocolariamente con la túnica tradicional de Petronia, emitía en directo un comunicado para desmentir las noticias que se estaban difundiendo por todas las televisiones del mundo. Serio, con empaque, con la gran presencia que siempre le caracterizaba. Con la bandera de Petronia tras él, estratégicamente colocada. Lo recuerdo perfectamente, porque yo fui un testigo de excepción de aquel importante comunicado, a sólo un par de metros. Así que el Rey se dirigió mirando de frente a la cámara para enviar un comunicado:

-Hoy, el mundo entero ha sido testigo de dos infames actos. El primero, la muerte de decenas de soldados estadounidenses en el barco USS Alabama frente a las costas de África. El segundo, la gran mentira volcada por los medios de comunicación internacionales, culpando al gobierno de Petronia de ser culpable del ataque. Desde aquí yo, el Rey Peter III, soberano de Petronia y Jefe de su Gobierno, declaro que condenamos públicamente este ataque, juramos que no hemos tenido nada que ver, y brindamos toda nuestra colaboración al gobierno de Estados Unidos y del resto de los países de la OTAN para ayudarles. Ponemos a su disposición todos nuestros servicios de emergencia, nuestros médicos y nuestros hospitales

para ayudar a la recuperación de los heridos. Así mismo, toda nuestra logística está a su entera disposición. Repito: Petronia no tiene nada que ver con el ataque sufrido por Estados Unidos.

Cuando finalizó Peter, la mayor parte de los altos cargos de Petronia estaban reunidos en el refugio de seguridad, pendiente de las pantallas de televisión. Durante minutos estuvieron esperando, hasta que César se hizo eco de los peores augurios.

-¡Hijos de puta! Está siendo peor de lo que esperábamos. Ningún medio generalista de occidente ha emitido nuestro comunicado.

-¿Ninguno?

-Ninguno, lo han censurado –apuntaba Jack, ajetreado desde su ordenador en el puesto de operador principal-. Ni siquiera puede verse a través de Internet. Ni en Youtube ni en ningún servidor de videos. Nada. Nos han silenciado completamente. Las redes sociales también están bloqueadas. Héctor entró en la sala, cogiendo la mano de María, apresurados.

-La mayoría de los medios generalistas están bajo la tutela del poder - aclaró mientras entraba-. Están completamente controlados. Es muy raro encontrar periodistas independientes, y de encontrarlos, en situaciones como ésta se apela a supuestas leyes patrióticas y a pactos de los estados con los medios para no emitir cosas que supuestamente pongan en peligro la seguridad nacional.

-Estoy buscando el discurso externamente pero es casi imposible encontrarlo en Internet –dijo Jack tecleando a la mayor velocidad que sus rollizos dedos le permitían-. Deben estar usando algún tipo de robots informáticos para que los buscadores no los encuentren. Además parece que han castrado sus líneas, como si no pudieran acceder a páginas web alojadas en nuestros servidores.

-Censura pura a nivel mundial, si no lo veo no lo creo... –se lamentó asombrado César.

-Necesitamos que tengan la máxima difusión posible, ponte en contacto con el alacrán. Él sabe a dónde y a quién enviárselo para que puedan ver la luz –ordenó Héctor.

-El problema es que el ciudadano medio es posible que nunca vea nuestra versión. Y no podremos convencerlos del error que van a cometer. Ahora mismo las encuestas de la CNN dicen que el ochenta por ciento de los ciudadanos americanos apoyan no sólo el embargo económico total sino también una invasión –Jack iba leyendo datos que iba encontrando por la red y en las televisiones.

-Esas encuestas son otra mentira más, para manipular a la gente. No es que las maquillen, es que directamente se las inventan para crear opinión – advirtió César.

-Hay que intentarlo. No nos pueden acallar. Ha llegado el momento de que el alacrán haga su parte. Ponte en contacto con él. Dile que luz verde, él lo entenderá –conminó de nuevo Héctor.

Al profesor Bay le gustaba apoyarse en clarificadores diagramas de flujo sobre la pizarra cuando explicaba cierto tipo de cosas. Y surtía efecto, porque a los periodistas les resultaba mucho más fácil comprender los pormenores de la historia.

-El alacrán utilizó cientos de servidores alojados en todos los rincones del mundo. Empleó miles de perfiles falsos de redes sociales que él mismo manejaba, y a decenas de miles de contactos reales del llamado movimiento antiglobalización. Contactó con personas que contactaron a su vez con periódicos independientes, muchos de ellos ediciones locales o digitales que no estaban controlados por el yugo del poder, y que decidieron que ellos sí emitirían los videos de las declaraciones que realizaba el Rey Peter desde Petronia. Blogs independientes, páginas antisistema, periodistas comprometidos con la verdad, y otros profesionales que esperaban una oportunidad, se hicieron rápidamente eco de la noticia. Por un lado, de las reveladoras declaraciones desde Petronia condenando públicamente la violencia, y por otro, el fuerte y nunca visto anteriormente ejercicio de censura que se estaba practicando desde decenas de medios occidentales, como emisoras de televisión, de radio, rotativos, portales y buscadores de internet. A los instigadores de la censura les salió el tiro por la culata, el efecto bumerán provocó que mucha gente corriente, de la calle, en Estados Unidos y en Europa se empezara a preguntar qué demonios estaba pasando. ¿Internet censurada? Eso es imposible. Es por la seguridad nacional, respondían otros, los más reaccionarios. En menos de una semana, había tantos medios independientes que ofrecían las declaraciones de Petronia que era del todo inútil continuar con aquella brutal censura de los medios generalistas.

-¿Y cómo se vivía a pie de calle este momento de incertidumbre? –preguntó el corresponsal chino.

-El alacrán comenzó a movilizar a las bases, a la gente joven y activista sobretodo. Con mucho tino e inteligencia, fue ofreciendo la información poco a poco, en la dosis justa, de forma que fuera caldeando el ambiente para lo que estaba por venir. Consiguió poner en estado de alerta a miles de jóvenes alrededor del mundo desde el pequeño salón de su apartamento desde el que transmitía con varios ordenadores. Comenzaban a sonar los tambores de guerra.

-¿Desde dónde transmitía físicamente el Alacrán? ¿Desde un apartamento?

-Si le soy sincero, ninguno lo sabíamos realmente. Suponíamos que desde algún lugar de Europa, tal vez Alemania, tal vez Hamburgo, tal vez Grecia... Pero nunca lo supo nadie en Ciudad María, y por supuesto yo menos. Realmente ese dato no era importante. Podía haberlo hecho desde la puerta de la Casa Blanca o desde un mercadillo de Singapur. El resultado hubiera sido francamente el mismo, ya que era lo suficientemente inteligente y hábil como para no dejar pistas.

-¿Continuó la censura durante mucho más tiempo? –preguntó el redactor mexicano.

-Si lo que me pregunta es si aquel intento de censura total de la red continuó... le respondería que no. Se fue relajando la presión y poco a poco comenzaron a ser reflejadas las noticias sobre los comunicados de Petronia en los principales buscadores mundiales de internet. Poco a poco. Pero como en todas las guerras, como ha pasado siempre, se han utilizado los medios de comunicación como un arma más. Un arma muy, muy poderosa.

-Un arma que ustedes también utilizaron...

-Si, efectivamente. Gracias al alacrán, de otra forma no hubiéramos podido, en apenas unos minutos podíamos expandir nuestras informaciones hasta el resto del mundo, porque se las entregábamos a las personas adecuadas. Él disfrutaba con todo esto, parecía que llevaba toda la vida preparándose para aquello.

-¿Cuál fue el momento clave para que se extendieran las protestas? – preguntó el periodista griego, tras levantar la mano educadamente.

-Peter grabó su segundo comunicado. Se comprometía a liberalizar la energía a nivel mundial. Es decir, a regalarla. A coste cero. Como muestra de su voluntad de mantener un mundo en paz, juró por la memoria de su padre que si Petronia no era atacada por ningún país extranjero, liberaría la fórmula de las placas multiplicadoras y cada familia del mundo tendría acceso gratuito e ilimitado a la mayor fuente de energía del mundo, el sol. Podrían utilizar las patentes de las placas fotomultiplicadoras en sus vehículos, en sus casas, sus calefacciones, ordenadores, industrias, empresas... totalmente gratis, incluso modificarlas para adaptarlas ya que harían público el secreto que contenían. Claro –el profesor comenzó a sonreír socarronamente-, imaginense las reacciones contrarias de los gobernantes de países productores de petróleo, gas natural, carbón... Supongo que a más de uno le daría un infarto. ¿Energía gratis? ¿Están locos? Pero a muchos ciudadanos del mundo les sirvió para que empezaran a pensar por sí mismos. ¿Por qué atacar o invadir a un país que sólo pretende ayudar a la gente a ser energéticamente independientes? Esa presión al principio era insignificante para los políticos y empresarios de las

altas esferas, pero el alacrán, poco a poco, como si fuera un mariscal de campo moviendo a sus tropas, fue organizando manifestaciones y protestas en apoyo a Petronia. En apariencia eran reuniones pacíficas, espontáneas, aisladas. Utilizaban unos complicados lenguajes encriptados de computación para que la policía y los políticos no pudieran prevenir dónde ni cuándo se iban a producir. Pero de espontáneas no tenían nada. Estaban estratégicamente organizadas por el alacrán. La primera importante de ellas fue en París, más de dos mil jóvenes protestando ante la sede del Primer Ministro, bajo pancartas con el lema :

*“Otro mundo es posible: Contra la tiranía de las grandes fortunas.  
Libertad para Petronia”*

Aquella protesta parecía que iba a terminar como muchas otras, siendo disuelta por los gases de las unidades antidisturbios. Pero a instancia del Alacrán, en ellas se utilizó el recurso de la resistencia pasiva, creado por Mahatma Gandhi en la India hace más de cien años. Docenas de cámaras de televisión grababan cada detalle de las protestas, por lo que las autoridades no quisieron utilizar recursos como gases lacrimógenos o cañones de agua para no avivar la polémica. Aquellos jóvenes franceses simplemente se sentaban o se tumbaban en el suelo. Pero no cantaban canciones de los boy scout ni tocaban la guitarra. No eran hippies, no era una fumada general. No era aquello de haz el amor y no la guerra. Aquello era una guerra. Y todos lo sabían. Una guerra de la que dependía el destino del mundo, aunque pudiera sonar pretencioso decirlo en voz alta.

Aquellos centenares de jóvenes blancos, negros, árabes... no reían, no bebían alcohol, no estaban pasándolo bien. Sus caras eran serias, de enfado, de hastío. De una generación sin esperanza. Simplemente estaban enseñando los dientes. Estaban allí demostrando que el pueblo no debe temer al gobierno. Sino que es el gobierno el que debería temer al pueblo. Algunos de ellos llevaban carteles con el lema de la Revolución Francesa *“Liberté, égalité, fraternité”*, como si fuera una amenaza por aquello de que la historia suele repetirse. Y esos miles de jóvenes utilizaron sus miles de contactos de sus redes sociales y sus teléfonos móviles para decir al mundo: ¡Ojo! Aquí pasa algo. Aquí está pasando algo nuevo. Esto no es lo mismo de siempre, no es el mismo teatro de marionetas.

Aquel movimiento corrió como la pólvora. En los días siguientes a la gran manifestación de París, se celebraron otras parecidas en Londres y Hamburgo. Les siguieron Bolonia, Barcelona, Oporto, Atenas... Parecía que la juventud europea se había despertado de su letargo después de décadas anestesiada... Fue como una magnífica bola de nieve, porque a cada protesta asistían más y más personas, jóvenes y no tan jóvenes. Tokio,

Singapur, Ciudad de México, Sidney... Parecía como si, de repente, la gente de medio planeta hubiera empezado a tomar conciencia de que estaban haciendo algo histórico, y todo el mundo quería formar parte de aquello, aunque nadie sabía como acabaría. Cuando esta grande y fresca bola de nieve llegó a Estados Unidos, estalló en las Universidades primero, y en las calles después. El día siete de diciembre de 2023, más de doscientos mil jóvenes se reunieron en la siempre estimulante ciudad de Seattle. Llegaron, se sentaron o se tumbaron en el suelo, paralizando prácticamente la ciudad durante horas, tras una inmensa pancarta amarilla y negra con la leyenda "*Aquí y ahora, empieza el cambio*". Tengan en cuenta, caballeros, que en aquellos días habían un gran malestar social, sobre todo en las clases trabajadoras. Desde la gran recesión económica de 2008, se habían producido grandes recortes en los sueldos y en los derechos sociales del ciudadano medio, era una generación que vivía muchísimo peor que sus progenitores. Las fábricas y los centros de producción se habían externalizado a China y el paro alcanzaba casi el cincuenta por ciento de la población joven. Una generación perdida. Pero que además, había recibido el apelativo de la *generación de los cobardes*. Se le llamó así, a aquellos nacidos entre los años 1980 y 1999, que permitieron que gran parte de lo que habían progresado sus abuelos y sus padres, con esfuerzo, sudor y sangre, les fuera arrebatado sin protestar. Una generación acusada de estar aborregada, de estar idiotizada por los videojuegos, por los deportes de masas, por el alcohol y las drogas. Una generación blanda, dócil, mansa, cobarde. A la que le habían robado todo entre unos y otros y que no hizo nada por evitarlo, salvo, eso sí, seguir jugando a la videoconsola. Pues esa generación de personas endeudadas hasta las cejas y cada día más pobres, que fue incapaz de unirse para luchar por los derechos que tanta sangre y tantos años de cárcel costaron a sus abuelos. Esta generación de cobardes estaba tan avergonzada que vio en este movimiento la ocasión de quitarse de encima semejante complejo. El alacrán fue lo bastante inteligente como para evitar que se asociase al movimiento antiglobalización con este nuevo movimiento que era tan nuevo que ni siquiera tenía un nombre. Mucha gente se unió por lo espontáneo que parecía a pesar de haber sido todo planeado por él. La gente se acercaba a las protestas exigiendo un cambio total, un viraje en el rumbo del mundo, pero un cambio pacífico. Por primera vez en su vida, mucha gente encontró un motivo para salir a la calle, para movilizarse. Se quitaron el caparazón y los complejos. Fueron unas semanas en las que la tensión iba in crescendo. Unas semanas emocionantes, maravillosas. Parecía que todo era posible.

En uno de los pasillos anexos al despacho oval de la Casa Blanca, en

Washington DC, el ajetreo era constante. En una y otra dirección, hombres y mujeres se cruzaban, con unas espantosas ojeras imposibles de disimular a pesar del intenso maquillaje y los elegantes trajes de firma. Todos hablaban. Unos por teléfono, otros en grupo. Algunos portaban folios con informes calificados de alto secreto, carpetas con más informes de ultimísima hora o tabletas gráficas con mapas y estadísticas. El ambiente casi hervía. Uno de esos hombres que hablaba con el teléfono móvil, de espaldas a la pared, era el General Newman. En la época en que era Coronel fue el encargado de ejecutar la apropiación del revolucionario proyecto de satélites Net-100 de la NASA que había diseñado Héctor en Florida. Ahora disfrutaba de su puesto como asesor directo del Presidente de Estados Unidos en asuntos de seguridad nacional.

-De acuerdo. Ok -se despidió de su interlocutor.

Guardó su teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta, se colocó la corbata y tragó saliva. Era de los pocos que tenían autorización para entrar en el despacho del Presidente, así que no tuvo que decir nada a los dos esbeltos agentes del servicio secreto que hacían guardia en la puerta para que le abrieran el paso. En el interior del despacho oval, la atmósfera era aún más irrespirable que en los pasillos. El 46º presidente de los Estados Unidos, Benjamin Clapton, sentado en su mesa, apoyaba los pulgares sobre su mentón. Un hombre cabal y reflexivo, intentaba encontrar el equilibrio necesario para poder meditar y pensar con el suficiente acierto. Sentados en dos señoriales sillones marrones de cuero, miraban al Secretario de Defensa, el Vicepresidente, y el Secretario de Estado. De pie, el Secretario de Seguridad Nacional, un hombre de mediana edad, complexión fuerte y raza negra ultimaba su exposición mostrando datos y mapas concretos en una inmensa pantalla plana táctil.

-La situación se va agravando por momentos. Si esto sigue así llegará un momento en que va a ser muy difícil parar.

-Señor Presidente -le interrumpió el General Newman, cerrando la puerta tras de sí-. Es una provocación en toda regla. No podemos permitir que este problema siga creciendo. La estabilidad y la seguridad del país están en juego. Hay que tomar una decisión ya, con la ayuda de Dios, si no queremos que América y el mundo libre se desintegren.

El presidente le pidió al Secretario de Seguridad Nacional que prosiguiera con sus informaciones.

Tocó sobre la pantalla en varias ocasiones, hasta mostrar un mapa político del mundo que mostraba todos los países soberanos divididos en tres colores diferentes.

-Señor Presidente. Este mapa es de hace aproximadamente un mes, justo después del bombardeo del USS Alabama y representa en color rojo a aquellos países que podemos considerar aliados. Como puede ver, mas del sesenta por ciento de las naciones del mundo nos apoyarían en una hipotética intervención militar contra el dictador de Petronia. De este modo, puede observar que en este grupo -dijo señalando con un puntero láser sobre la pantalla -estamos nosotros, casi toda la Unión Europea, Rusia, aliados asiáticos importantes como China, Japón, la Commonwealth... Todos nos comunicaron por vía diplomática a través de sus embajadores su apoyo incondicional. A continuación, le mostraré los países coloreados en blanco que muestran a aquellos que en un principio son neutrales. Se trata de países como Brasil, Indonesia y otros países más pequeños y enemigos acérrimos nuestros como Cuba, Irán, Corea del norte... Y por último en color azul, los que formarían el eje de apoyo al enemigo aparece la propia Petronia, y su vecina la república de Alania. Menos del uno por ciento de la población mundial. Los motivos de un apoyo tan abrumador son claros. Nuestro poderío militar y político, y nuestra herida y maltrecha economía, que aún así da de comer indirectamente a millones de personas. Bien. Ahora les mostraré los últimos datos a día de hoy, un mes después.

Actualizó el mapa en la pantalla y se oyó una intensa exclamación de sorpresa en la sala al ver el resultado.

-Como pueden ver claramente, los países que han pasado del color rojo amigo al blanco neutral han sido numerosos. Incluso dentro de los miembros de la OTAN se están empezando a oír voces contrarias a una intervención. Grecia, España, Holanda, Japón, casi toda Latinoamérica y América Central... Nuestros servicios secretos a lo largo del globo nos informan de que su oposición a la guerra es clara. Pero no olvidemos de que se trata de la opinión de los gobiernos. Permítanme que superpongamos ahora en este mapa aquellas ciudades en las que se han producido manifestaciones o actos de protesta, en orden cronológico de aparición. Desde las primeras protestas en París, las motas rojas se expanden como el sarampión, por prácticamente todos los países del mundo.

El gran mapamundi, punto a punto, fue llenándose de pequeños puntitos rojos hasta abarcar casi todas las ciudades importantes del planeta.

-Y lo más preocupante. Estamos empezando a tener un fuerte movimiento de oposición a una posible intervención armada en nuestra propia casa, aquí en los Estados Unidos. En cualquier momento puede que empiecen a mostrar públicamente su falta de apoyo algunos personajes públicos influyentes... Actores, escritores, Michael Moore...



El General Newman volvió a tomar la palabra, sin pedir permiso, intentando influenciar al Presidente.

-Creo que nos estamos alejando de la matriz del problema, señor Presidente. Si el dictador de Petronia sigue con sus planes de liberalizar la energía para todo el mundo, muchos países declaradamente terroristas podrán acceder a una fuente ilimitada de energía. ¡Hay que ser precavidos y ponerse en lo peor! Imagínense: aviones, misiles, bombas... La energía es poder, y ese poder tiene que estar limitado a aquellos países que comulguen con nuestras ideas cristianas. Desde el primer momento este dictador sin escrúpulos ha actuado sin el mayor respeto por las instituciones internacionales, la ONU, el Fondo Monetario Internacional, el G-20... En el nombre de Dios... Han llevado a la ruina y a la miseria a millones de personas, entre ellos muchísimos trabajadores norteamericanos. Han jugado con el sistema, se han reído de él, de nosotros, de nuestro país... ¿Es que hemos olvidado el terrorismo económico que han estado practicando? Tenemos pruebas de que han manipulado la bolsa, han devaluado miseramente el dólar hasta dejarlo casi como el yen. Nunca han respetado las reglas del juego, ¿Por qué motivo lo iban a hacer ahora? Si nos comportamos como corderos nos van a comer, señor.

El Presidente se puso en pie, y anduvo en silencio por el despacho oval, ante la mirada expectante de todos los presentes.

-¿Qué consecuencias tendría una supuesta intervención militar? Hazme una proyección.

-Sería algo rápido, seguro, posiblemente sin bajas americanas. Instauraríamos un gobierno provisional afín a nosotros. La región de Walfania volvería a pasar a las manos de nuestros aliados de Nogolia, con lo que ganaríamos un potente socio en la zona. Posiblemente estabilizaría la región. Sería una muestra de nuestra autoridad en el mundo, derrocaríamos al dictador el Rey Peter III, que no olvidemos está provocando una grave crisis humanitaria por la gente que no deja entrar en Ciudad María, e instauraríamos una nueva democracia en África. Contaríamos con el respaldo de la Comunidad Internacional, y poco a poco las aguas volverían a su cauce, y la economía se recuperaría. Si no lo hacemos, perderemos toda nuestra influencia en la zona y las consecuencias serían imprevisibles, pero posiblemente catastróficas.

-Maxwell, tú eres el Secretario de Defensa. Eres un hombre íntegro y cabal, me interesa tu opinión.

El Presidente Clapton le solicitó al más reflexivo y prudente de sus asesores que diera su opinión.

-Señor Presidente, estamos hablando de apoyar la invasión de un país soberano. Parece que estamos hablando de una Blitzkrieg, una guerra relámpago como las que usaban los nazis. Y estamos olvidando el origen de

todo esto. ¿Es una guerra provocada por la economía? Bien, en el fondo todas las son, pero... ¿Qué hay de los principios, de la moral, de la ética? De todo lo que representa nuestra bandera y nuestra Constitución. De la Biblia. Señor Presidente yo, sinceramente, no lo veo claro. A mí, como ciudadano me gustaría que mi país utilizara la diplomacia para alcanzar acuerdos con Petronia sin necesidad de usar las armas. Ellos han demostrado que no tienen intención de responder a un enfrentamiento armado...

-¡Claro, ahora que son pequeños y no tienen apoyo! –interrumpió toscamente el General Newman-. Esperemos a que el cachorro crezca aún más y se convierta en una bestia. Te recuerdo que hay cientos de cadáveres de marinos americanos en el océano.

-Eso no está probado que fueran ellos. Ellos lo están negando categóricamente una y otra vez –le respondió.

-¿Vas a decirle tu eso a las madres de los soldados americanos muertos? Adelante. ¡Sal ahí fuera y explícales que han muerto gratis, que nos retiramos, que no sabemos quién ni cómo han hecho volar a sus hijos en pedazos en algún lugar de África! ¿Y si nos quedamos dónde estamos? ¿Y si empiezan a caer más barcos, o a producirse más atentados? ¿Hasta dónde tenemos que aguantar? ¡Por Dios, somos los Estados Unidos de América!

Un tremendo silencio inundó la sala, como una pesada y espesa cortina.

El Presidente Benjamin Clapton jugó con su anillo de casado que portaba en el dedo anular de su mano izquierda. Pensaba en su mujer y en sus tres deliciosas hijas. Miró al Secretario de Defensa.

-Mantendremos por el momento nuestras tropas en las posiciones actuales. Ninguno de los presentes se atrevió a hablar. Maxwell respiró tranquilo, mientras el Coronel Newman apretaba su mandíbula intentando disimular la intensa rabia que sentía en su interior por no haber podido convencer al Presidente. Ahora tendría que dar explicaciones a Alejandro Sesei de porqué no había conseguido convencer al presidente de la imperiosa necesidad de una invasión militar.

-¿Cree que esa reunión en el despacho oval tuvo algo que ver con la muerte del Secretario de Defensa William Maxwell? –interpeló el periodista norteamericano del New York Times.

-Como usted sabe –le respondió el profesor Bay-, esa misma noche el señor Maxwell sufrió un repentino ataque al corazón en su domicilio. Falleció súbitamente antes de llegar al Hospital del Monte Sinaí. Ya sabe, quedó registrado como muerte natural. Fue un duro golpe para todo el gabinete de Gobierno del Presidente Clapton... Excepto para el General Newman, obviamente. Yo no creo en las casualidades, señor Albert ¿Y usted?

-¿Sugiere entonces que William Maxwell fue asesinado por miembros del Gobierno de los Estados Unidos por ser contrario a una intervención armada contra Petronia? Está usted haciendo unas acusaciones muy serias.  
-No se confunda, no lo estoy sugiriendo. Lo estoy afirmando con rotundidad, señor Albert.

Jack Shack pasaba la mayor parte del tiempo dentro del gran refugio que ejercía como centro de operaciones en Ciudad María. Situado en los bajos del edificio que albergaba la sede del Área de Informática, estaba dotado con todas las facilidades para no tener que abandonarlo si uno no quería. Tenía habitaciones completas, con camas y aseos independientes, duchas, comedores, despensas, cocinas, salas de descanso. Durante aquellos días siempre había un mínimo de veinte personas dentro del búnker. Entre ellas, la mayor parte del tiempo, Jack y César, que se habían vuelto casi inseparables.

-¿Sabes lo peor de todo, Jack? –se sinceraba César una de las múltiples noches en vela que pasaban pegados a los ordenadores de la sala principal.  
-Dime.

-Que yo soy ciudadano estadounidense. Igual que Héctor.

-Bueno, yo soy británico. La mayoría de los que permanecemos aquí no somos petronianos, ni siquiera africanos.

-Ya. Pero es chocante. Mi país ha emitido una circular que todos los ciudadanos norteamericanos abandonen Ciudad María, o si no, nos podrán acusar de traición a la patria. Y eso, en tiempos de guerra, conlleva la pena de muerte, ¿lo sabías?

-Es jodido, la verdad.

-Y yo no me siento como ningún traidor, la verdad. Me siento... me siento... La verdad es que no tengo ni puta idea de cómo me siento, Creo que voy a por una lata de cerveza, ¿Quieres una?

-Sí, es buena idea. Tanta bebida energética va a conseguir que no se me ponga dura.

César se acercó a una pequeña nevera en un extremo de la sala, y volvió a situar su silla junto a la de Jack, con dos latas de cerveza en la mano para compartir.

-¿Tú por qué no te vas? –le preguntó al informático inglés-. La mayoría de los científicos extranjeros están volviendo a casa. Es un éxodo. Los aviones se van llenos y vuelven vacíos. Dicen que con pena, pero el sentido común les dice que es momento de irse, de volver a sus países hasta que pase la tormenta, si es que amaina. John Wool se ha marchado también a Singapur esta mañana.

-¿John se ha ido? –preguntó sorprendido.

-Sí, a mí también me ha dejado pasmado.

-La mayoría de los ingenieros, arquitectos, médicos... Todos se están marchando ante el temor de que los juzguen por traición o rebelión. Tan sólo se quedaran los petronianos y algunos condenados testarudos como nosotros.

-¿Y perderme todo esto? No señor -le dijo, derramando en su perilla parte de la espuma de la cerveza que vertía en su garganta-. Además, si nos vamos a ir ahora... ¿Para qué cojones hemos trabajado tanto?

-Pero tú aún estás a tiempo. Puedes empezar de cero en otro sitio. Yo ya me quedé lisiado atado a esta silla de ruedas, pero tú aún puedes huir.

-No, César. No lo entiendes. Aunque todo esto partiera de una idea tuya, de Héctor y de Peter... Mucha gente la hemos hecho nuestra también, y la hemos construido igualmente. Esta es mi casa, al igual que la tuya. Los extranjeros que han decidido irse es porque estaban de paso. Tú y yo somos de aquí, formamos parte de esto.

-¿Y moriremos aquí?

-¿Se te ocurre algún lugar mejor? Prefiero esto que morir con ochenta años, en una residencia, cagándome en un pañal. Este es nuestro lugar, y nuestro momento. Hemos nacido para estar aquí y ahora.

-Tienes razón.

-Trae otra cerveza, anda -dijo Jack, que encestó lanzando la lata vacía a una pequeña papelera metálica situada en el suelo.

Héctor apretaba su mano contra los dedos de María, como un niño con un juguete nuevo. Había soñado con poder acariciar su frágil cuerpo miles de veces desde hacía años, y realmente disfrutaba de él como si el mundo fuera a acabarse al día siguiente. Aquella mañana, ajetreada como todas durante aquellos convulsos días previos a la invasión de Petronia, la llevó a supervisar las nuevas cadenas de montaje de los aviones solares. Debido al devenir de los acontecimientos, se habían modificado las fábricas de coches de forma urgente para poder producir los aviones impulsados por energía solar, a imagen y semejanza de aquel con el que Paul Boss le rescató en Canadá. Cientos de obreros se afanaban en el ensamblaje de las piezas, muchos de ellos trabajaban durante muchas más horas de las que correspondían, sin pedir nada a cambio. Todos eran conscientes de la gran sombra que se cernía sobre Ciudad María, y se esforzaban en poner su granito de arena, bien fuera empleando más tiempo en las fábricas, bien fuera poniéndose a disposición de la policía y el ejército para lo que hiciera falta. La cadena de montaje de los aviones estaba funcionando a buen ritmo, y en unas pocas semanas iba a estar a pleno rendimiento, pudiendo llegar teóricamente a un tope de producción de veinte aeronaves semanales. Recorrieron todas las factorías, entreteniéndose en hablar con los

responsables de las distintas secciones, todos ellos motivados y concienciados para dar lo mejor de sí mismos.

-Es increíble, Héctor –se sinceró María-. Todos se toman su trabajo como algo personal, como si fuera suyo.

-Ojala nos dé tiempo a reunir algunos escuadrones de aviones para defendernos, pero mucho me temo que no llegarán a tiempo.

Él cambió de tema.

-Me gustaría enseñarte otra cosa. Algo más. Algo mejor aún. ¿Te atreves?

-¿De qué se trata?

-Es un secreto. ¿Sabrás guardarlo?

-Creo que sí.

Salieron de la zona de las fábricas y a bordo de su imponente quad solar se dirigieron hasta el taller de Héctor.

-¿Has hecho cambios en tu taller desde ayer? –bromeó María.

-No, pero no seas impaciente, ya lo verás.

El sistema de apertura de la puerta reconoció el rostro de Héctor y automáticamente abrió las hojas del portón. Encendió las luces, y recorrieron el laboratorio, tan plagado de instrumentos, pizarras y ordenadores como de costumbre. Cuando llegaron a la pared del fondo, Héctor le mostró una pared con una gruesa puerta metálica sin pomo ni cerradura.

-¿Qué hay aquí detrás? ¿Un armario? ¿O una puerta?

Héctor se puso frente al marco de esta puerta, recto. Hizo unas muecas con el rostro y la puerta corredera se abrió rápidamente.

-Es un sistema de reconocimiento de secuencias faciales. ¿Te gusta? Es por si me cortan la cabeza que tampoco les sirva para poder entrar.

-Desde luego, eres previsor –comentó María.

Unas escarpadas escaleras partían de la puerta recién abierta, bajando hasta una oscura sala. Ambos bajaron, sin soltarse de la mano, y cuando llegaron abajo, las luces se encendieron solas.

-Dios mío, ¿Qué es esto, Héctor?

-¿Te gusta?

-Es... es... ¿Es lo que me estoy imaginando?

-Posiblemente.

-Pero... ¡Es imposible!

-No, no lo es. Es difícil, pero ya sabes. Como dijo Einstein...

-... Si lo puedes imaginar, lo puedes lograr –le interrumpió ella, asombrada.

Héctor notó cómo la mano de María comenzaba a sudar y a latir con más intensidad.

-¿Fun... funciona? –preguntó ella, nerviosa.

-Funcionará –zanjó él, mientras ambos observaban lo que había allí debajo.

El lujoso interior de la vieja casa de barro de Usunda Papo en Petronia Town contrastaba con las viejas piedras y el barro que formaban la fachada. Durante más de cuarenta años había sido la residencia oficial de la máxima autoridad de la etnia petroniana de los Papo. La casa había permanecido casi inalterable desde el final de la guerra entre ellos y los Rufán, cuando el padre de Peter se hizo con el control del gobierno de la nación. Hoy, su hijo, el monarca Peter III, atravesó los convulsos barrios de Petronia Town hasta llegar hasta la casa del antiguo enemigo de su padre. Su objetivo: asegurarse la lealtad de su compatriota en caso de una hipotética invasión extranjera. Atravesó el umbral de oscuras piedras que daba paso a la finca de Usunda, y fue acompañado por uno de sus hijos hasta el salón principal de su humilde residencia. Allí, en una mesa de madera, el orondo y calvo patriarca de los Papo fingió alegrarse de ver allí al monarca.

-¡Qué gran honor! El Rey de Petronia se ha dignado a visitar la humilde casa de los Papo –dijo con ironía.

-Hola, Usunda. Gracias por dejarme entrar en tu hogar.

Se levantó y estrechó con fuerza su mano con la de Peter, tuteándole.

-Siéntate, por favor. ¿Puedo ofrecerte algo de comer o de beber? ¿Tal vez un té tradicional?

-Si, gracias. Tomemos una infusión juntos.

Le hizo una señal a otro de sus siete hijos, todos con sus mismos inconfundibles rasgos.

-Dime... ¿A qué se debe esta inesperada visita?

-Vengo a pedir tu apoyo incondicional ante los acontecimientos que van a venir en el futuro. Sé que, a pesar de nuestras diferencias, en el fondo nos une el amor por nuestro país.

-¿Estás apelando a mi patriotismo?

-Estoy apelando a tu espíritu de supervivencia. Tal vez en unos meses, quizá semanas, Petronia puede ser invadida. Y si no luchamos juntos, unidos, por nuestra patria, los Rufán y los Papo, se lo pondremos mucho más fácil a nuestros enemigos.

-¿Qué propones?

-Que movilizemos a nuestro pueblo y nos coordinemos. Tu etnia y la mía, por un bien común.

-Continúa –le dijo mientras les servían una típica infusión africana consistente en hojas de roiboos.

-El ejército, la policía y el setenta por ciento de los jóvenes petronianos son leales a mí. Pero tú aún tienes la influencia suficiente para movilizar a miles de personas en Petronia Town descendientes de los antiguos Papo. Yo me encargaré del resto de la frontera y de defender resto del país. Pero tu gente debe defender calle por calle, casa por casa, Petronia Town.

-A ver si lo entiendo. ¿Quieres que mi gente, mi pueblo, defienda la capital mientras tú estás protegiendo Ciudad María?

-No, no es así. Hay muchos frentes abiertos, y somos muy pocos. Con la mayoría de los extranjeros no podemos contar. Podríamos sufrir un desembarco de tropas invasoras por la costa, un ataque aéreo con cazas, una invasión terrestre por cualquier flanco, incluso bombardeos desde miles de kilómetros de distancia... No sabemos por dónde querrán hacernos daño. Yo me estoy dedicando en cuerpo y alma a intentar frenar este ataque por la vía diplomática, pero estaría mucho más tranquilo sabiendo que los Papo cuidarán de que Petronia Town no caiga. Que resista.

-Entiendo. Pero no tenemos medios. Necesitaremos armar a nuestros jóvenes para que puedan defender sus hogares.

-Tranquilo. Se les dotará de armas y de medios para defender la capital. Y tú y yo estaremos en permanente contacto. Sincronizados, unidos. Por el futuro de los Papo y los Rufán. Por Petronia.

Usunda, a través de sus enormes ojos que parecían salirse de sus órbitas, le repitió a modo de confirmación:

-Por Petronia.

Y alzaron la taza que contenía la infusión, llegando casi a brindar.

María se acunó grácilmente en la cama que ocupó la madre de Héctor durante los últimos años de su vida. Héctor la miraba maravillado. En aquel momento, por primera vez en su vida, se planteó si realmente existía un Dios. Sin duda, si Dios existía, estaba allí. En aquella habitación, en aquella cama, en aquella piel. Ya era tarde, la noche hacía horas que había cubierto la selva de Petronia, y Ciudad María estaba tranquila, pacífica, como ajena a lo que estaba sucediendo en el resto del mundo.

-Buenas noches, María –dijo Héctor desde el marco de la puerta de la habitación.

Ella palmeó con su mano encima de la cama, indicándole que se sentara con ella. Él obedeció dócilmente.

-Quédate conmigo esta noche, por favor.

Él, nervioso, peinó sus brillantes cabellos rubios mientras intentaba verse reflejado en sus grandes ojos azules.

-De acuerdo.

Se quitó sus zapatillas, sus pantalones vaqueros y su camiseta blanca, y se metió entre las sábanas. Su cuerpo y el de María jamás habían estado tan cerca. Sintió que no podía controlar los instintos naturales de su cuerpo, su pene se puso en posición erecta y sintió que sus pezones se erizaban, en contacto con la espalda desnuda de María.

Ella se giró, quedando frente a él.

-Te quiero, Héctor –le dijo, casi susurrando.

Él la besó. Besó sus labios, sus mejillas y su cuello. Ella le apretaba, abrazándole, como queriendo dejar que él entrara dentro de su alma. Aquella noche hicieron el amor por primera vez, como dos enamorados, lentamente, con la luz de la inmensa luna africana entrando por la ventana, inundando de pasión la habitación de María Gómez, presente en las fotografías que aún colgaban de la pared.

Varias horas después, rompiendo la tranquila quietud nocturna característica de Ciudad María, un tremendo estruendo hizo que los párpados de Héctor se abrieran de golpe. Se incorporó en la cama, con los cristales de la habitación aún oscilantes.

-¿Qué ha sido eso? –preguntó María, enormemente sobresaltada.

Ambos se fijaron en un vaso de agua sobre la mesilla de madera junto a la cama. El agua parecía vibrar. De repente, otro gran estallido, lejano, pero completamente perceptible, les hizo asustarse.



-Rápido, vístete, tenemos que ir al refugio –le conminó él, mientras se incorporaba.

Ambos se calzaron y se pusieron unos pantalones vaqueros y unas sencillas camisetas, apresuradamente. Salieron a la calle, y se subieron en el quad solar. Arrancaron, y comenzaron a circular por las calles de la ciudad en dirección al refugio.

-Mira eso, ¿lo ves? –preguntó María- ¡Hay humo en los hangares!

Una intensa columna de humo negro se elevaba desde la zona de las fábricas, muy cerca de dónde estaban durmiendo.

-¡Creo que nos están bombardeando! –exclamó Héctor, intentando conducir con agilidad entre varias dotaciones de bomberos y ambulancias que se cruzaron con ellos con las sirenas encendidas-. ¡Tenemos que llegar al búnker!

-¿No prefieres que vayamos a echar una mano? ¡Puede que haya heridos!

-¡No! si todo es como creo que es, puede que tengamos una oportunidad de detectar sus satélites. ¡Hay que avisar a Luis Cuernavaca!

Tras unos minutos, entraron a la carrera en el edificio del área informática, en cuyos bajos estaba instalado el refugio. Allí, decenas de operarios corrían de un lado para otro, entre gritos. Héctor y María fueron al centro de la sala, dónde César y Jack Shack, codo con codo, intentaban recabar toda la información posible desde sus ordenadores.

-¡Hola chicos!

-Hola Héctor –contestó César, aliviado de ver allí a Héctor haciéndose cargo de la situación-. ¡Se han registrado explosiones en la zona de los hangares y en la mayoría de las fábricas!

-Dos cosas. ¿Habéis avisado a Peter?

-Si, está ya en camino hacia aquí, le ha pillado en el Palacio.

-Bien, ahora necesito a Luis Cuernavaca.

Desde un par de filas de ordenadores más atrás, se escuchó el acento mexicano del joven informático.

-¡Aquí estoy señor!

-¡Bien, vamos, es el momento de que probemos si funciona tu proyecto!

Héctor se sentó a su lado en el ordenador que ocupaba. Un colaborador le entregó una taza de café sin mediar palabra.

-Pon en funcionamiento el sistema de reconocimientos de objetos en la atmósfera y utiliza la pantalla gigante del videowall, que lo vean todos.

-Eso está hecho –dijo Cuernavaca sin dejar de aporrear su teclado a una gran velocidad-. Cinco, cuatro, tres, dos... ¡Luz verde!

En la pantalla principal de la sala se reflejó la imagen de un radar clásico con diferentes módulos repletos de información.

-El punto de en medio somos nosotros, Ciudad María. ¡Observe eso, señor! Hay nueve objetos no identificados, a una altura de menos de mil kilómetros.

-¿Te parece poca altura para pensar que son satélites?

-Están demasiado bajos, señor.

-Te equivocas Luis. Son satélites. Yo mismo los diseñé hace mucho tiempo. Lo sabía. Son mis Net-100, un proyecto que me robaron cuando estaba en la NASA. Acerca el zoom por favor, verás como guardan entre todos ellos un espacio equidistante.

El mexicano tecleó, y pudieron observar todos como los nueve objetos formaban una perfecta estrella de nueve puntas.

-¡Dios mio, es increíble!

-Lo que vas a ver ahora sí que será increíble. Estos satélites funcionan todos como una malla, interactúan entre ellos. Seguramente estén cargados de proyectiles explosivos, que dejan caer sobre la tierra gracias a un pequeño impulso y a la ley de la gravedad. Otro de los satélites hace de espía y selecciona el objetivo con una precisión milimétrica. Y un tercero marca con láser la trayectoria del proyectil. Pero tienen un fallo. Un fallo que nosotros aprovecharemos.

-¿Qué fallo?

-Están programados en serie, es decir, si eres capaz de entrar dentro de el sistema de uno de ellos, puedes entrar en todos.

El grito de uno de los operadores inundó la gran sala.

-¡Otra explosión! ¡En el edificio del área económica!

-Cada vez se acercan más a nosotros –apuntó Héctor-. ¿Recuerdas aquello que me comentaste de que podías enviar una onda de muy alta frecuencia a objetos en la atmósfera?

-Sí, claro, señor.

-Ahora es el momento. Vamos a entrar en su sistema. Yo creé la programación que llevan los Net-100 sus equipos informáticos, y no tiene apenas ninguna protección. Mandamos la onda cargada con una actualización del programa que llevan instalado, con sus claves, y desde el primero se irá filtrando automáticamente a los demás. Cuando tengamos todos bajo nuestro control, los manejaremos desde aquí.

-¡Sí, señor! –dijo entusiasmado Cuernavaca.

Situadas en puntos estratégicos sobre los tejados de la zona central de Ciudad María, diferentes antenas parabólicas diseñadas por él con la supervisión de Héctor, comenzaron a emitir intensísimas radiaciones a muy alta frecuencia, dirigidas específicamente hasta uno de los satélites. Estas ondas provocaron que el satélite sufriera conflictos en su programación en un primer momento y estuviera fuera de control durante unos minutos.

En la otra parte del mundo, en ese mismo momento, en otro sótano repleto de puestos de operador, decenas de empleados de la empresa Network Security Contracts, con sede en la región canadiense de Quebec, se echaban las manos a la cabeza. De forma completamente incomprensible para ellos, estaban empezando a perder el control sobre la red N-100 de satélites que llevaban más de diez años utilizando con éxito para sus oscuros propósitos en todo el mundo.

Momentos después, el programa se filtró como un virus al resto de los ocho satélites que amenazaban a Ciudad María, que quedaron bajo el control de Héctor y Luis.

-¡Esto es fantástico! –gritó Luis.

-Ya verás, utiliza estos parámetros para desplazarlos.

-¡Se mueven, señor, se mueven! –exclamó entre carcajadas-. ¡Ya son nuestros! ¡Me gustaría ver la cara que se les ha quedado!

-Venían directos hacia aquí –dijo con seriedad Héctor.

-¿A qué te refieres?

-Han atacado a las fábricas, y creo que venían hacia este sótano. Hay topes en la ciudad, informadores. Tendremos que andar con cuidado. Luis, quiero que no te despegues de este ordenador hasta que acabe esta crisis. Si no me equivoco, puede haber hasta noventa y un satélites más todavía. Estate atento y monitoriza el cielo con frecuencia. Esto no ha acabado aquí.

¿De acuerdo?

-Claro, señor.

Héctor se levantó de la silla y, tras unos pasos, se giró.

-Ah, Luis...

-¿Sí?

-Enhorabuena.

-¡Gracias, señor! –contestó sonrojándose y sonriendo el mexicano.

-¡María!

-Estoy aquí, Héctor –le dijo desde una de las esquinas de la sala, levantando la mano.

-Vamos, ahora ya podemos ir a buscar víctimas.

-¡De acuerdo! –dijo ella, apasionadamente, mientras se cargaba en la espalda una mochila roja con material de primeros auxilios.

Alejandro Sesei meditaba en soledad en un inmenso sofá de cuero blanco dentro de su despacho. La contrariedad de la fuga de Héctor Gómez de su propia residencia y los acontecimientos posteriores le iban a obligar a acelerar toda la planificación que debía desembocar en el gran sueño de su familia de instaurar un nuevo orden mundial. Desde pequeño, su padre y su abuelo le prepararon y concienciaron para liderar la silenciosa revolución

que ellos estaban convencidos que iba a salvar al mundo. Con las rentas de gigantescos negocios en el petróleo y la construcción en Europa y Estados Unidos, a principios del siglo XX, su abuelo fue uno de los principales ideólogos de este movimiento. Incluso fue miembro del selecto Club Bilderberg en sus primeras ediciones, hasta que fue expulsado del mismo por sus ideas radicales. Sin embargo, su vasto imperio económico fue firmemente expandido por el padre de Alejandro desde el final de la segunda guerra mundial, trazando grandes alianzas con conglomerados y lobbys de la industria armamentística y financiera. Ahora, el pequeño de los Sesei estaba destinado a hacer que los viejos anhelos de su familia se cumplieran. Poseedor de una de las mayores fortunas del planeta, bien repartida entre centenares de empresas de los más diferentes campos, había conseguido poder pasar completamente desapercibido para los pocos medios de comunicación que no controlaba de forma directa por estar directamente bajo su paraguas.

Había logrado también la difícil tarea de quintuplicar el tamaño de la inmensa fortuna que había heredado y tenía tanto poder que se apoyaba en varios subalternos que era quienes se reunían directamente con políticos, gobernantes, legisladores, empresarios... Él permanecía siempre voluntariamente en la sombra, oculto, moviendo los hilos detrás de la cortina, porque nunca le hizo falta dar la cara. Tomaba las decisiones desde su insultantemente lujosa residencia. En su despacho, con una copa de buen whisky, de forma totalmente pragmática, sin piedad o concesiones. Como aquel día.

Un terminal telefónico de color blanco, a juego con su traje, su camisa y la decoración de su despacho, vibró segundos antes de que lo atendiera.

-Adelante –contestó serenamente al aparato.

-Los satélites han fallado, señor. No sabemos como, pero hemos perdido completamente el control de nueve de ellos durante el bombardeo.

Se tomó su tiempo antes de contestar. Pulsó uno de los botones del apoyabrazos de su sofá. Las luces del despacho se fueron apagando poco a poco, en un gran ventanal que daba al gran jardín botánico y zoológico que rodeaba la finca, se proyectaron en alta definición imágenes de nueve canales de televisión, en filas de a tres. En todas ellas, se mostraban imágenes de las diferentes concentraciones que se estaban produciendo en todo el mundo. Miles de jóvenes sentados en los Campos Elíseos de París, en Times Square, en Bombay o en Barcelona. Policías tomando posiciones, y grandes debates en televisión entre sociólogos, periodistas y políticos de todo el mundo sobre este aparentemente espontáneo movimiento social incontrolable.

-No hay nada en televisión –dijo con su característica flema al hablar.

-Ninguna cadena va a emitir imágenes sobre el bombardeo. Lo tenemos todo bajo control.

-Bien. ¿Internet?

-Eso nos cuesta más, señor. Trabajamos duro, pero es imposible filtrarlo todo.

Alejandro dio un pequeño sorbo a su vaso de whisky antes de anunciar.

-Utiliza los otros satélites, y ataca a los Estados Unidos. Que salga una y otra vez en televisión. Bucles con imágenes crudas, de sangre y destrucción, que despierten el sentimiento de la gente. Utilizad una y otra vez el nuevo concepto mediático, el terrorismo económico. También quiero que cierres unas cuantas empresas grandes. Multinacionales. Deja sin trabajo a cuatro o cinco millones de personas. Hunde la bolsa. Quiero pérdidas millonarias en Frankfurt, Tokio, Wall Street, Londres... Que sea lo nunca visto. Que la gente pierda la cabeza. Algo dramático. Échale la culpa al Rey Peter. La semana que viene, quiero que el FMI haga un comunicado a nivel mundial informando que la única posibilidad de salvación es la fusión de todas las bolsas mundiales aliadas, y todos los bancos centrales. Que se anuncie la creación de una nueva y única moneda para todo el planeta. El dólar, la libra, el euro... Todos se reunificarán bajo un mismo valor. Un nuevo patrón estable, que salvará la estabilidad y la economía. Que la gente lo vea como algo totalmente necesario.

-De acuerdo, señor.

-Ah, otra cosa. Cita al consejo supremo. Si, aquí, que muevan el culo y vengan. No quiero ni una excusa, diles que el que no venga se quedará fuera. Y si te dicen que están enfermos les contestas que se traigan el gotero. Para una reunión cada treinta años, advierte que no admitiré ni una sola baja.

Cerró su teléfono. Dio cuenta de otro trago de whisky. Encendió las luces del despacho a través del mando de su sofá y se puso en pie, caminando hasta la gran cristalera. A través de ella se recreó viendo a una pareja de grandes alces negros que pastaban a escasos metros de su posición. Volvió a atravesar su despacho hacia un armario situado en la gran pared blanca frente a la cristalera. Cogió un enorme fusil de francotirador con mira telescópica, y volvió a dirigir sus pasos hacia el ventanal. Desde allí, a cuatro metros sobre el suelo del jardín, posó su mano izquierda sobre el marco de la ventana y las hojas del cristal se separaron automáticamente, arrastrándose en silencio sobre dos carriles. Apuntó su arma, a escasos veinte metros sobre los dos alces, que comían la hierba del suelo ajenos a su destino. Disparó con certeza sobre ellos, sin fallar, dos veces, hasta que cayeron al suelo, sin vida. Miró complacido a sus presas abatidas. Pensó en que eso mismo era justamente lo que tenía que haber hecho con Héctor Gómez cuando estuvo recluido en su casa.

El profesor Bay se colocó las gafas sobre su afilada nariz y, cruzado de brazos sobre su silla, continuó con su estremecedor alegato ante unos periodistas entusiasmados por el desarrollo de la historia.

-Nadie se fijaba en las docenas de pantallas gigantes de Times Square durante aquellos días. No había apenas turistas y el tráfico había sido desviado. Al menos tres mil jóvenes llevaban semanas protagonizando largas sentadas como señal de protesta por los graves acontecimientos políticos que se estaban sucediendo. Sin embargo, no pedían nada en concreto, ni portaban pancarta ninguna. Simplemente, estaban allí, en silencio, horas y horas. Era su forma de decir que no les gustaba el mundo en el que vivían. Que al fin y al cabo era su mundo, que les pertenecía, y no, no les gustaba. Compartían ese sentimiento casi con cualquier joven de su generación, no importaba que hubiera nacido en las favelas de Río de Janeiro o en un pueblo de la antigua Alemania del Este. Necesitaban expresar ese resentimiento y, en una sociedad cada vez más repleta de millones de impactos publicitarios, música estruendosa y asfixiantes manipulaciones comerciales, encontraron la forma de estar a gusto. Por increíble que parezca, encontraron en el silencio una forma aterradora de mostrar al mundo que algo iba a tener que pasar, o si no, ellos no se moverían de allí. La prensa intentaba buscar un líder, un icono de todas aquellas concentraciones, de aquel movimiento internacional. Pero aunque buscaban símbolos de ONGs, de organizaciones sindicales o estudiantiles, no encontraban a nadie que simbolizara el nexo de unión entre toda aquella generación de jóvenes y no tan jóvenes. En aquellos días, Kevin Steal apenas salió de su despacho de Wall Street, ni durmió. Pegado a su ordenador y su teléfono, pasaba las horas intentando que la inmensa fortuna que había acumulado tras años de duro trabajo especulativo no se viniera abajo. Pero recibió una llamada que no esperaba.

-¿Kevin? –preguntó una voz áspera y dura.

-Sí, soy yo.

-Tengo un comunicado para usted de parte de Alejandro Sesei. Dentro de una semana no existirá el dólar, ni el euro, ni ninguna otra moneda. Se van a unificar todas en una sola, basada en el oro. Se llamará Aurum.

-¿Está confirmado?

-Completamente. Ya está dado el paso.

-De acuerdo -contestó Kevin, pasando su mano por su brillante y sudada calva-. Gracias.

Colgó su teléfono, y pasó varios minutos con los codos apoyados en su escritorio, con las manos sobre su cabeza, intentando controlar las tremendas dudas que le asaltaban. Se acercó a la ventana de su despacho,

con unas impresionantes vistas de Manhattan. Eran momentos muy duros para él. Volvió a coger su teléfono, y tomó una importante decisión. Llamó al más importante de sus agentes bursátiles.

-Cambio de planes. Quiero que compres todo el oro que puedas. Si, si, todo. Vende todo lo demás. Cada centavo que tengamos, cada acción, quiero todo que esté dedicado a comprar oro. ¿Está claro? Pues no pierdas ni un segundo, su cotización está ya empezando a subir como la espuma.

Volvió a mirar hacia Manhattan. Y se convenció de que seguiría reinando sobre aquellos rascacielos, tal y como había hecho durante toda su vida.

A la semana siguiente... –Charles Bay no pudo evitar expresar una sincera carcajada, ante la sorpresa de los periodistas-. Disculpen, pero no es para menos. ¿Recuerdan aquella conversación entre el Alacrán y Héctor Gómez en la que hablaron sobre echarse un farol, como en el póker? Tras varios días con continuas informaciones en todas las televisiones sobre atentados terroristas y violaciones de los derechos humanos en Petronia, el Rey Peter III decidió volver a hacer un nuevo y trascendental comunicado.

El tercer discurso televisado del Rey Peter, y el último que pudo ver la luz, fue transmitido el día 3 de Febrero de 2024. Seguro que todos recuerdan las imágenes. En ellas el monarca, junto a un mástil con la bandera de Petronia y apoyado en un atril negro con el escudo del país formado por el león y la roca en plata cromada, en el centro. Peter pronunció un discurso de apenas diez minutos de duración. En uno de sus fragmentos, pronunció unas palabras que prenderían la mecha de la guerra.

-Gracias a los grandes avances en las investigaciones de materiales y nanotecnología de nuestros equipos científicos e investigadores –Peter pronunciaba pausadamente y transmitiendo una gran seguridad a sus palabras, desde el refugio de Ciudad María-, hoy tengo el gran honor de anunciar que se ha cumplido un sueño que han perseguido a todos los hombres de ciencia durante muchos siglos. En concreto, hemos logrado condensar una cantidad de energía en vacío tal que, proyectada de forma controlada sobre una serie de materiales, puede provocar un cambio en su estructura atómica. Es una nueva técnica completamente diferente a la nuclear, completamente segura, y completamente ecológica y limpia.

Aquel mensaje estaba siendo emitido por internet y estaba siendo muy seguido por toda la comunidad internacional, desde parlamentos a órganos de gobierno y a los miles de jóvenes que se encontraban en las manifestaciones callejeras. Todos seguían el comunicado con gran atención.

-Nuestros químicos han desterrado la idea de que es imposible convertir metales inferiores en oro. Como pueden observar en estas imágenes, estamos convirtiendo toneladas de otros materiales como plomo o el hierro. Comenzaron a emitirse imágenes rodadas en una de las grandes fábricas de Ciudad María, con cientos de operarios introduciendo plomo en grandes cadenas de montaje de las cuales los trabajadores recogían brillantes lingotes de oro puro.

Héctor, en aquel momento, le comentó a Jack Shack en voz baja:

-Buen trabajo con el vídeo.

-¿Te gustan los efectos especiales? Es una de mis pasiones.

-Eres un crack.

-Lo sé –contestó el pelirrojo, orgulloso, observando la transmisión en las pantallas del refugio.

-A partir de ahora –prosiguió Peter con su discurso-, el mundo entero podrá utilizar el oro para numerosas aplicaciones, para construir circuitos de telecomunicaciones, para aplicaciones médicas o como conductor de la electricidad. A lo largo de la historia siempre se creyó que la cantidad de



oro que había en el planeta era un valor constante e inmutable. Hoy sabemos que ya, a partir de hoy, no lo es. Nos estamos poniendo en contacto con todos los gobiernos del mundo que lo deseen, para poder compartir este gran progreso con toda la humanidad. Primero liberalizamos la energía, al poner a disposición de cada hombre energía solar ilimitada y gratuita. Nuestro siguiente paso será dotarle de las materias primas necesarias para el desarrollo de nuevas tecnologías. Mejoraremos la calidad de vida de gran parte de los pueblos del mundo. Pondremos a disposición de todos los países nuestro método de mutación atómica para que los metales preciosos dejen de ser propiedad de una minoría privilegiada y puedan ser disfrutados por toda la humanidad.

El Rey dio paso a unos falsos vídeos explicativos editados por Jack Shack que mostraban la forma en que varios científicos introducían un bloque de un metal plateado, al parecer plomo, en una cápsula de forma redonda y rodeada de tubos de Ireno. Tras unos segundos, podía verse como ese mismo bloque aparecía con un color dorado brillante, reluciente, puro. Oro. Después, la impactante imagen de un almacén entero repleto de oro siendo transportado y almacenado por docenas de operarios, que transportaban plomo en un sentido y carretillas con el preciado metal en el otro.

-Se tienen que estar cagando de miedo –comentó César.

-Espero que se traguen el farol –deseó Héctor.

-Los efectos especiales están muy conseguidos- apuntó María.

-Gracias chicos –se congratuló Jack.

-Creo que no vamos a tener que esperar mucho para ver las reacciones – anunció César, atento a las pantallas de televisión- ¡Mirad Wall Street!

Jack utilizó las pantallas de televisión centrales para mostrar imágenes en directo a través de internet de la sesión bursátil de Wall Street.

-¡Es pánico en estado puro!

-Lógico, en un instante el oro ha pasado de valer 1432 dólares la onza a no valer absolutamente nada.

-Está ocurriendo lo mismo en Frankfurt, en Londres, en Tokio... ¡En todo el mundo!

-¡Pon las pantallas!

-¡Dios mío! Es una reacción en cadena. Todo el mundo quiere vender.

-La bolsa se está desplomando.

-Sólo la reserva federal ya tiene cinco mil toneladas de oro en Nueva York.

-Ahora se piensan que es como si tuviera cinco mil toneladas de mierda –se jactó César.

Peter, una vez terminado del discurso, y cortada la transmisión, se unió a sus amigos en la contemplación de las consecuencias de sus palabras.

-Contarme... ¿Qué están intentando hacer los inversores? –preguntó

-Se han tragado el farol, están intentando deshacerse del oro.

-¿Pero encuentran comprador?

-Negativo. Todas las empresas que tuvieran algo que ver, depósitos, fondos, acciones relacionadas con el oro... Lo están perdiendo todo.

-Majestad –dijo uno de los informáticos, con semblante preocupado, acercándole un terminal telefónico.

-Dime.

-Es el Presidente de los Estados Unidos.

-Pregúntale cómo va por Fort Knox –bromeó César Brown.

Cuando el Rey fue a coger el teléfono, la comunicación se cortó.

-¿Qué está pasando? –preguntó.

-No lo sé, majestad, parece que han cortado la comunicación –respondió el operario.

-Tienen que estar tirándose de los pelos –exclamó Jack.

-Vamos alacrán. Es tu turno –dijo Héctor con la mirada fija en las pantallas de televisión, dónde un apurado locutor de la cadena inglesa BBC notablemente alterado intentaba no atolondrarse con las palabras sujetando con fuerza su micrófono:

-En directo, les ofrecemos las colas que se están produciendo en las sucursales bancarias de medio mundo. En Londres, Manchester, Nueva York, París, Río de Janeiro... Decenas, centenares de miles de personas de toda condición y clase social se han trasladado hasta las oficinas de sus bancos y se han plantado allí exigiendo que les entreguen su dinero inmediatamente. A esta gente se le han sumado los millones de personas que estaban protagonizando las concentraciones silenciosas durante estas últimas semanas. No sabemos si se trata de una reacción espontánea o de algo coordinado a nivel mundial, pero lo que sí sabemos positivamente es que el anuncio de la máxima autoridad de Petronia del descubrimiento de la tecnología capaz de convertir metales como el plomo en oro, ha provocado este turbulento comportamiento.

-Sí, efectivamente –continuó otro corresponsal británico desde el estudio de la BBC-, parece ser que todo esto ha empezado apenas veinte minutos después del anuncio del Rey Peter. La gente, mujeres, ancianos, hombres han empezado a agolpase en las ventanillas de los bancos haciendo cola. Sin embargo, un rato después la mayoría de las entidades bancarias han comenzado a denegar la entrega de efectivo a estas personas que en algunos casos llevaban esperando grandes colas para sacar sus ahorros. Esto está provocando los primeros incidentes en Berlín, Madrid y Los Ángeles, y se está extendiendo rápidamente por el resto del mundo.

-Si efectivamente, compañero –Héctor, Peter, César y los demás observaban con atención las pantallas e iban saltando entre los diferentes

canales internacionales-. Nos están llegando informaciones de los primeros asaltos a entidades bancarias por parte de turbas enfervorecidas en Jakarta, Johannesburgo, Lisboa y Ámsterdam. Al parecer, miles de personas, al negarse los bancos a entregarles sus ahorros, se han alzado contra las entidades. Se han provocado hogueras, roturas de cristales e incluso agresiones contra trabajadores de los bancos que en algunos de los casos han tenido que refugiarse y atrincherarse en el interior para no ser linchados por las masas.

-No, no... Vamos Alacrán... Que no se te vaya de las manos –farfulló Héctor.

-Conectamos en este momento con nuestro corresponsal en Los Ángeles – dijo el presentador de una de las cadenas.

-Buenos días, John –le contestó un reportero de color, delante de un grupo de jóvenes empujando un contenedor contra una oficina del banco American BN-. Aquí en el Downtown, se están reproduciendo los mismos hechos que en el resto del mundo. Centenares de personas están exigiendo a las entidades bancarias que les devuelvan inmediatamente su dinero, al parecer se acaba de hacer pública la noticia de que más de cien bancos norteamericanos han decidido no abrir sus puertas durante el día de hoy para evitar incidentes de este tipo. Como podéis ver detrás de mí, las entidades bancarias como ésta no han abierto hoy sus puertas. Sin embargo, por el momento no ha habido ningún comunicado oficial de ninguna entidad explicando qué está pasando o cómo van a reaccionar los bancos ante este anuncio del gobierno de Petronia de liberalizar el uso del oro como ya hizo con la energía solar.

-Tenemos en el plató a Warren McDowell , doctor en económicas y experto en macroeconomía. Señor McDowell, ¿qué repercusiones económicas tiene el anuncio del Rey Peter? ¿Están justificadas estas reacciones populares de querer que los bancos le devuelvan su dinero?

Un orondo y trajeado tertuliano daba su opinión en uno de los debates de la cadena alemana RTL.

-Obviamente, tiene muchas repercusiones. Por una parte, durante muchos siglos el dinero prestado y utilizado por los bancos ha tenido su respaldo en el oro físico. Además, tras los últimos vaivenes económicos que han dañado seriamente a otro tipo de inversiones, durante estos últimos años se han invertido billones de euros en el oro, especialmente en depósitos y fondos de inversión de estos bancos. La cotización del oro ha sufrido hoy, como estamos viendo, la mayor caída de la historia de cualquier materia prima, hoy su valor es cercano a cero por lo tanto...

-Pon esa televisión en el centro y sube el volumen –dijo César a Jack, que le hizo caso-. Es Londres. Están comenzando los disturbios de verdad.

-¡Centenares de jóvenes están desatando su ira contra las entidades bancarias! –gritaba el reportero, rodeado de jóvenes que lanzaban objetos contundentes contra los cristales de una sucursal de la City. Uno de estos enfurecidos jóvenes le quitó momentáneamente por la fuerza el micrófono al comentarista.

-¡Yo soy argentino! ¡Esto es un corralito a nivel mundial! ¡Que los bancos suelten la plata! ¡Que la suelten ya! –dijo y le devolvió el micrófono.

-La policía y los antidisturbios ya se están empezando a ver desbordados, puesto que hay centenares de frentes abiertos, uno por cada sucursal que haya en Londres, por lo que el Primer Ministro británico no ha descartado que se movilice inmediatamente al ejército para hacer frente a los alborotadores, que ya se cuentan por centenares de miles en todo el Reino Unido.

-Parece que la cosa se va acelerando... –comentó César.

-¿Crees que el alacrán está detrás de todo esto? –preguntó Peter.

-No tengas la más mínima duda –zanjó Héctor, con el ceño fruncido intentando asimilar todo lo que estaba ocurriendo.

-¡Majestad! –gritó uno de los operarios. Tiene otra llamada desde Analia.

-Pásamela al mío –le contestó, antes de atender el teléfono de forma discreta. Tras unos minutos de conversación en las que se apartó unos metros del grupo, regresó, observado expectante por todos.

-Más de veinte países del tercer mundo están preparando un comunicado conjunto indicando que no van a pagar sus deudas contraídas con los bancos internacionales.

-¡Madre mía! –exaltó César.

Todos mostraron su estupor. Unos, llevándose las manos a la boca, otros a la nuca, y Héctor arrugando la frente y diciendo:

-Esto ya no hay quien lo pare, se nos ha ido de las manos.

El profesor Bay caminaba sobre el entarimado de madera con brío, gesticulando y pronunciando cada sílaba con aplomo. Narraba la historia con una visible pasión.

-Unas horas después, comenzaron a verse las primeras pancartas a la cabeza de manifestaciones y corrían como la pólvora a través de internet lemas como *No pago deudas* o *Ni una deuda al enemigo: no a los bancos*. El alacrán se había encargado de diseñar este tipo de pancartas y pagar su confección física a través de internet en fábricas de medio mundo. Estas pancartas de colores y de todos los tamaños salieron a la luz en el momento preciso en que él decidió, cuando reveló su paradero a su agenda de activistas que seguían sus indicaciones a través de internet. En las televisiones y radios de medio mundo, millones de personas manifestaban a

viva voz su intención de no volver a pagar jamás sus deudas con los bancos, en lo que denominaban un ejercicio de justicia social. Era una revuelta protagonizada especialmente por aquellas personas ahogadas por préstamos y letras, con sueldo y trabajo pero que se sentían virtualmente pobres, obligadas a trabajar para poder sobrevivir y pagar al banco. Inmediatamente a este tipo de reacciones y la gran inestabilidad reinante, los precios de los alimentos básicos, de las materias primas y de los artículos de primera necesidad como medicamentos sufrieron una brutal escalada, tanto en las bolsas que aún permanecían abiertas esos días como en la mayoría de las tiendas de alimentación y grandes superficies. Esto dio lugar a los primeros saqueos vividos en Estados Unidos desde el desastre del huracán Katrina en Nueva Orleans en el año 2005. Se vivieron asaltos de cientos de personas a Wall-Mart o a centros comerciales enteros, llenando los carros de agua, comida o pantallas de plasma. Daba todo igual, el mundo se había vuelto loco en esos días. Todos los policías habían sido obligados a trabajar, pero era imposible dar abasto. Todo el mundo se contagió de aquel estado febril. Era imposible estar al margen. Las armas florecieron y salieron a la luz, y se cometieron muchos asesinatos y actos deplorables durante esas horas. El estado de Derecho, el poder, estaba siendo superado por una población enfervorecida, arrebatada, loca. Este odio por los bancos se había convertido en la excusa perfecta para que también muchos alborotadores y criminales en potencia dieran campo ancho a sus sentimientos más bajos.

-¿Cuál fue el primer país que decretó el toque de queda? –preguntó uno de los periodistas.

-Si no lo recuerdo mal...

El profesor hizo un notable esfuerzo por recordar, que se vio reflejado en una mueca casi cómica, que mantuvo durante varios segundos. Su mujer, Akiko, fue la primera en acercarse corriendo, conocedora de lo que le estaba sucediendo. Le abrazó, y él se quedó inmóvil, paralizado. Ella le miró, y se dio la vuelta.

-Espero que tengan paciencia, por favor –solicitó a los periodistas con un suave y característico tono de voz-. Cuanto más cercana es la fecha, a Charly le cuesta más trabajo recordar.

Los corresponsales pudieron observar apenados la mirada perdida del conferenciante. Durante minutos, estuvo ausente, enfocando algún punto indefinido del suelo, como en una especie de tético trance neuronal. Después, gradualmente, fue volviendo en sí, recuperando su mirada, el color de su piel y su personalidad. Akiko le ofreció un poco de té japonés caliente, y continuó sirviéndoselo a todos los periodistas en sus sillas, mientras el profesor se orientaba poco a poco.

-Discúlpenme –fueron las primeras palabras que dijo-. El alzhéimer es una batalla desigual, puesto que no tengo ninguna posibilidad de vencer.

De forma espontánea, los periodistas se pusieron a aplaudir, batiendo las palmas de sus manos con fuerza, demostrando su admiración por el esfuerzo que estaba realizando el profesor para extraer todos los detalles del más recóndito rincón de su memoria. Él y Akiko lo agradecieron con una sincera y natural sonrisa.

-¿Por dónde íbamos? –preguntó, deseoso de continuar con su historia.

-Le pregunté que cómo empezaron a decretarse los toques de queda.

-Ah, sí, claro. Le explico. Empezaron en los países árabes, y en Latinoamérica, primero en pueblos y ciudades y finalmente se extendieron por todo el país, pero sin éxito. Los ejércitos y las unidades antidisturbios intentaron sin éxito apagar las revueltas, en parte ya que muchos policías y militares se negaron a disparar a las masas, y si lo hacían, disparaban erróneamente a propósito, porque en el fondo estaban de acuerdo con las protestas. Llegó un momento en que nadie sabía realmente qué iba a ser lo próximo que sucedería. Durante esas horas a todo el mundo le entró el miedo. Y la gente, con miedo, es capaz de tener las reacciones más inesperadas. Fue entonces cuando el Rey Peter recibió una nueva llamada del Presidente de los Estados Unidos de América. No lo hizo a través de los canales diplomáticos habituales, que estaban empezando a ser manipulados para que no se pudieran poner en contacto los dos dirigentes, sino a través de una línea particular de teléfono móvil, posiblemente el terminal no pertenecía a ninguna persona del entorno del presidente, ya que no estaba controlada ni monitorizada. El presidente la utilizó para poder hablar con total franqueza con el Rey de Petronia. Peter y él hablaban con gran educación, a pesar de lo complicado de la situación. Ambos eran dos personas razonables, cultas y reflexivas, por lo que en sus conversaciones se palpaba un gran respeto mutuo. En aquella comunicación, el Presidente de mi país le pidió que pusiera punto y final de alguna forma a todo aquello que había provocado. El Rey de Petronia le aseguró que sabía la forma de hacerlo, de hacer que todo volviera a su cauce, pero que para ello EEUU debía oponerse a cualquier intervención armada en Petronia.

-Es necesario detener esta situación –le dijo el Presidente.

-Estoy de acuerdo, pero Petronia va a ser invadida. Mucha gente en su gabinete está deseando una guerra entre ustedes y nosotros. Ustedes tienen sus necesidades y nosotros, lógicamente, las nuestras. Ambos estamos en una situación límite.

-Bien, lleguemos entonces a un acuerdo.

-Le prometo que tengo la fórmula para acabar con todas estas revueltas y que todo vuelva a la calma progresivamente. No habrá más víctimas inocentes. Le doy mi palabra de Rey.

-Sé que usted es un hombre de honor, al igual que yo. No puedo prometerle que lo consiga. Tengo muchas presiones para utilizar la fuerza contra su país, hay muchos intereses en juego.

-Entiendo.

-Sólo puedo garantizarle que no apoyaremos una invasión si entrega a los traidores norteamericanos que le están apoyando.

-¿Qué traidores?

-Han sido declarados por los tribunales de Estados Unidos en rebeldía y traidores por apoyar a una nación enemiga. Además de los cargos de espionaje, uso de información privilegiada y varios gravísimos delitos económicos más. Si usted los entrega, le garantizo que no entraremos en guerra. Usted detiene estas revueltas populares incontroladas, y yo le garantizo que no será invadido por ninguna fuerza extranjera.

Peter se giró, mirando a las espaldas de sus amigos, mientras hablaba por teléfono. Allí estaban César, Héctor, María y el profesor Bay, hipnotizados viendo las pantallas y ajenos a la conversación privada que él mantenía con el Presidente. La posible salvación del pueblo petroniano pasaba por entregar a sus amigos a la justicia estadounidense. Confiaba en la palabra de su interlocutor, y sabía que cumpliría. Tuvo que tomar una durísima decisión. Sacrificar a sus amigos por el bien de su pueblo, aquel pueblo que había jurado proteger. Tal y como hizo su padre en vida, quien se apareció en su pensamiento como de costumbre cada vez que se veía en una encrucijada.

-Señor Presidente.

-Dígame, majestad.

-No puedo entregar a mis amigos. No, no puedo –contestó mientras les observaba-. Pero le garantizo en un par de días todo habrá acabado.

-Entiendo.

-Haré un nuevo comunicado llamando a la calma en un par de horas. Sólo le pido que no apoye una intervención militar. Le prometo que si me da un poco de tiempo llegaremos a un acuerdo que beneficiará a los Estados Unidos. A los ciudadanos de a pie, y a sus empresas. Juntos entraremos en una nueva era, en la nueva civilización avanzada que será para todo el mundo, no sólo para Petronia. Usted es un hombre de bien. Déme tiempo.

-Pare esta locura. Tiene que hacerlo.

-Lo haré, se lo garantizo. Pero era necesaria para luchar contra el poder de los bancos.

-Tiene su tiempo, pero no puedo garantizarle cuánto. Se ha ganado muchos y muy poderosos enemigos.

-Gracias.

Colgó el teléfono, y para Peter fue un alivio pensar que la poderosa maquinaria de guerra estadounidense que aguardaba en el océano frente a las costas de Petronia todavía no iba a atacarles.

-¿Quién era, majestad? –le preguntó Héctor cuando regresó al grupo.

-El Presidente de tu país.

-¿Qué quería?

-Negociar.

-¿Qué pedía a cambio? –le dijo mientras abría un paquete de chicles, con algo de indiferencia.

-Tu cabeza, entre otras.

-Ah, bien.

Héctor no siguió preguntando, pues no dudaba en absoluto de la lealtad de su gran amigo.

-¿Cómo van las revueltas? –preguntó el Rey, observando las pantallas de televisión.

-Llevan un rato sin muchas novedades. Ahora se están centrando más en las consecuencias económicas de todo esto –le comentó César, comiéndose un sencillo sándwich desde su silla de ruedas.

De improviso, todas las pantallas se tornaron en negras.

-¿Qué ocurre, Jack? –preguntó Héctor en voz alta.

-No lo sé, hemos dejado de recibir señal de televisión –contestó el informático.

-No me gusta nada –dijo César.

-¡Mi conexión a internet no funciona! –gritó uno de los técnicos.

-La mía tampoco –comentó otro.

Héctor, preocupado, miró su teléfono móvil. Aún tenía cobertura, así que rápidamente llamó al número de teléfono de contacto para emergencias que le había dado el alacrán.

-¿Oye? ¿Héctor? –le contestó gritando- ¿Me oyes?

-Si, oye no tenemos señal de televisión ni de internet, estamos ciegos.

-Mucho me temo que no eres el único. En medio mundo han dejado de emitir las televisiones. Y parece que están haciendo lo mismo con Internet.

-¿Pero eso es posible? ¿Eso se puede hacer?¿Se puede cortar el acceso a internet a nivel global?¿Tanto poder tienen?

-Lo están haciendo, Héctor, lo están haciendo ya.

-Joder.

-Escúchame, no tardarán en cortar los móviles también. Hace unos pocos minutos he podido enviar por correo electrónico la lista Goliat a mis más de cincuenta mil contactos.

-¿La lista Goliat?¿Eso que es?

-Es una lista elaborada de forma participativa.

-¿Cómo la Wikipedia?



-Efectivamente, pero es una lista que contiene el nombre y la dirección de más de siete mil directores generales, CEOs y directivos de grandes bancos y multinacionales de todo el planeta.

-Dios mío ¿Has publicado esas listas?

-Justamente.

-¡Pero van a ir a por ellos!

-Ellos han sido los mayores beneficiados de la gran estafa de la deuda mundial. Y ahora deben pagar por ello.

-Pero... Alacrán...

-¡La red de móvil ha caído también! –gritó sobresaltado uno de los operarios de la gran sala central del refugio, mientras Héctor se guardaba su teléfono.

-Nos están tapando los ojos –dijo Peter.

-No –le corrigió Héctor-. Se los están tapando al mundo entero. Los ojos, los oídos y la boca. Como si fueran a secuestrarlo. No quieren que la gente tenga información, ni se comunique, para apagar las revueltas y poder hacer y deshacer ellos lo que les convenga. Jack, por favor, hazme un repaso de los sistemas.

-Bien, todo lo que depende exclusivamente de nosotros, funciona. Todo lo demás no.

-Es decir, que nuestra intranet independiente sí que lo hace.

-Si, afirmativo, pero no podemos salir ni emitir al exterior.

-¿Y los satélites, y las cámaras de vigilancia?

-Todo funciona –dijo mientras tecleaba ansiosamente.

-Bien, no sabemos lo que está ocurriendo fuera. Así que centrémonos en lo nuestro, en Petronia. Utiliza las pantallas para que visualicemos las cámaras de vigilancia. Mucho me temo que va a comenzar la invasión. Suerte a todos chicos.

Todos los allí presentes se intercambiaron miradas de preocupación. Especialmente Peter, como responsable de cualquier mal que que le pudiese ocurrir a su pueblo.

Aquel tórrido amanecer de marzo de 2024, un ejército de mercenarios profesionales curtidos en cientos de batallas, dotados de un temible armamento y una casi inexistente moralidad, cruzaron impunemente la frontera que separaba Nogolia de Petronia. No encontraron apenas resistencia en los primeros militares que custodiaban el paso fronterizo, que no pudieron hacer nada contra el enorme poder destructivo de sus lanzagranadas y sus morteros. En apenas unos minutos, una gran columna de más de tres mil setecientos potentes vehículos 4x4 de gasolina, con blindajes especiales y con armas pesadas y ametralladoras encastradas en su carrocería adentraron en el país del Rey Peter. Sin ningún tipo de piedad, sus órdenes eran no hacer ningún tipo de prisionero, por lo que disparaban de forma despiadada e indiscriminadamente a todo aquel que se interponía en su camino. En uno de los vehículos, como mando operativo superior en el terreno, viajaba a bordo el Teniente Lumen. Un auténtico perro de la guerra que disfrutaba disparando su ametralladora contra cualquier ser vivo que tuviera a tiro, da igual que fuera un petroniano a la huída o un elefante africano. Él, por su gran experiencia en combate, había sido elegido para diseñar y dirigir el plan de ataque. Con la amplia información que le brindaron y la ayuda de los satélites espías, pudo configurar la mejor opción para tomar primero Petronia Town, y por último la zona especial y Ciudad María. Él mismo se había encargado de reclutar a los más de cinco mil contratistas de más de cien nacionalidades, profesionales de la guerra que participarían en el ataque. Además, contaba con el apoyo del poco formado pero voluntarioso ejército de Nogolia. No tenían ni por asomo la experiencia o la formación de los contratistas, pero sentían un gran y profundo odio ancestral por sus vecinos del este, los petronianos, que se había reflejado en docenas de pequeñas guerras y escaramuzas a lo largo de los siglos. Serían utilizados como punta de lanza por las tropas invasoras del Teniente Lumen.

Además, se guardaba otro importante as en la manga. Los contactos y sobre todo el ilimitado dinero del que disponían Alejandro Sesei y los suyos les permitían comprar voluntades a golpe de talón. Y si además estas voluntades están ya podridas, como la de Usunda Papo, les resulta mucho más fácil hacerse con ellas. El patriarca de la etnia oriunda de Petronia, los Papo, sentía un visceral odio por su compatriota pero enemigo natural Peter II, el padre del actual monarca. Por eso, cuando un emisario de Alejandro

Sesei se reunió con él en su humilde casa de Petronia Town, en presencia de sus hijos, y le prometió que sería el presidente de la nueva Petronia cuando terminase la invasión y se capturara a Peter y a los demás, no supo decir que no. El trato era el siguiente: Nogolia y su dictador se quedarían con la región fronteriza de Walfania, que reivindicaban desde hacía años. Usunda Papo se convertiría en el nuevo presidente vitalicio de Petronia. Y Ciudad María se convertiría en un protectorado internacional, con multimillonarias inversiones de cientos de grandes multinacionales que además pagarían unas jugosísimas comisiones tanto a los Papo como al dictador de Nogolia. Pero antes hacía falta acabar con el actual régimen del Rey Peter III. Debía de ser algo rápido, a semejanza de las rápidas invasiones características de los nazis que dieron lugar a la II guerra mundial. La mínima resistencia que encontraron las tropas del teniente Lumen en la frontera al menos sirvió para dar la voz de alarma en el búnker en el que se encontraba la plana mayor de Ciudad María, incluido Peter.

-¡Majestad! ¡La invasión ha comenzado! –le dijo uno de los operadores, mostrando en las pantallas centrales las imágenes emitidas por las cámaras de vigilancia situadas en puntos estratégicos de la frontera.

Peter, con mayor intensidad que nadie, sintió un profundo un nudo en la garganta al ver a la caravana de vehículos extranjeros adentrarse en su propio país, abriendo fuego indiscriminadamente contra su pueblo.

-Nuestros hombres están preparados. No podrán tomar Petronia Town tan fácilmente –acertó a decir.

Héctor y César le observaban, y en cierto modo se sentían hasta culpables al ver la cara de preocupación de Peter. Ellos habían sido instigadores de todo aquello, desde el principio, y eran los responsables principales de que haber convertido ese país en el centro de la actualidad mundial. Pero Peter tenía una responsabilidad con la historia y con la memoria de sus antepasados que ellos nunca tuvieron.

A través del sistema de cámaras de vigilancia los técnicos iban mostrando los primeros movimientos de la caravana de los mercenarios del teniente Lumen. Hasta que la paciencia del Rey llegó a su límite y Peter no pudo más.

-¡Gon! –gritó.

-Si, majestad, estoy aquí –le dijo el jefe de la policía desde la otra punta de la sala.

-Prepárate. Nos vamos.

Héctor le preguntó, sorprendido.

-¿A dónde vas? Tú deberías quedarte aquí, es el sitio más seguro. Petronia te necesita aquí, vivo. No le vales siendo un mártir.

-No, Héctor. No lo entiendes. Somos un pueblo de guerreros. Y yo no puedo esconderme en un agujero mientras veo como asesinan a mi gente. Sus palabras le convencieron, a pesar del miedo que le entró al pensar que tal vez no volvería a ver a su amigo de nuevo.

-Esta bien, majestad. Pero llévate el 536. Y deja que te vayamos guiando a través de los satélites. Seremos tus ojos ahí fuera.

-De acuerdo.

Minutos después, el Rey Peter III de Petronia, junto con Gon Gon y cinco miembros de su cápsula de seguridad se marcharon en dos coches del búnker de Ciudad María. Su destino: el Palacio Real de Petronia Town. Debían regresar allí antes de que llegaran las tropas invasoras. Iba armado con uno de las armas de ondas de impulsos diseñadas por Héctor y que le había servido para poder escapar de la residencia de Alejandro Sesei en las montañas de Canadá. Además, llevaba puesto en sus oídos un intercomunicador con el que estaba en permanente contacto con Héctor y Jack Shack, quienes se sentaron detrás de dos ordenadores para darles indicaciones desde allí.

-¿Me recibes Peter? –le preguntó Jack desde su silla.

-Alto y claro –le contestó el Rey mientras se subían en los vehículos solares.

-Bien, desde aquí tengo acceso a todas las cámaras. Además estamos utilizando los satélites Net-100 que hemos recuperado para darte toda la información en tiempo real ¿De acuerdo? Te estaremos vigilando desde arriba.

El Rey miró el azulísimo cielo africano desde su vehículo, que circulaba temerariamente por las vacías carreteras, como esperando poder ver los satélites a kilómetros de altura.

-Gracias.

-De momento... –habló Héctor-. Podemos ver con el zoom del satélite que a las tropas de Nogolia aún les quedará al menos media hora hasta llegar a las afueras de la ciudad, pero debéis daros prisa.

-¿Has podido hablar con nuestros militares?

-Están en sus puestos, lucharán con honor, señor.

-Lo sé.

Algo más de media hora después de camino, el Rey y su pelotón llegaron al Palacio Real de Petronia. Entraron a la carrera. El personal de servicio se alegró de ver allí a Peter.

-Majestad, bienvenido.

-¡Debéis ir a un lugar seguro! Rápido, este lugar es un símbolo y será uno de los primeros objetivos. Recoged vuestras cosas y marchaos. Nosotros lo defenderemos.

-Majestad, nosotros queremos estar a la altura –le contestaron.

-¡Es una orden! –gritó-. Marchaos. Id hacia el este, poneos a salvo en Ciudad María.

Entraron en las dependencias del Palacio, y recogieron armamento de guerra como ametralladoras y granadas que estaban en un pequeño polvorín situado en un pasadizo secreto dentro del Palacio. Las fueron cargando poco a poco en los vehículos. Peter entró en su despacho oficial y se quedó paralizado viendo el retrato de su padre. Parecía que estuviera más vivo que nunca. Como si las venas se apretaran en sus ojos, preso de odio. Como si quisiera salir del cuadro y defender a su pueblo, como tantas veces hizo. Detrás de él, el fiero león saltando desde la roca, imponente, como siempre.

-Padre. Dame la fuerza y la sabiduría necesaria para lo que voy a hacer –dijo en voz alta.

Miró el pecho de su padre, casi descubierto, sólo tapado por la túnica tradicional petroniana púrpura y amarilla. Se quitó la camiseta que llevaba puesta. Abrió un viejo armario de madera noble situado en el despacho. Dentro, una cajonera con una cerradura. Cogió una llave situada en un lateral del fondo del armario, y abrió el cajón. Dentro estaba el viejo machete que acompañó a su padre durante los años de guerra. Lo cogió con respeto, y lo sacó de su cuarteada funda de cuero. Besó su filo, brillante como el primer día, y se lo guardó en una pernera sobre su pantalón negro. Después, encontró en ese mismo cajón las pinturas de guerra originales que utilizaba su padre, guardadas en aquel viejo cajón de madera desde hacía más de treinta años. Pintó lentamente y por primera vez en su vida su cara de color púrpura y amarillo, con aquellos colorantes naturales, tal y como hicieron sus antepasados durante cientos de años cuando debían enfrentarse a un enemigo. Llamó primero a Gon Gon, y él mismo le pintó el rostro con dedicación. Después al resto de sus escoltas, todos de la etnia de los Rufán como él, y les maquilló la frente, las mejillas y el mentón.

-Somos guerreros. Lo llevamos dentro. No lo olvidéis ahí fuera –les dijo.

Los gritos de Héctor que recibía a través del transmisor que llevaba en el oído le sobresaltaron.

-¡Están disparando con lanzagranadas! ¡Están entrando en Petronia Town por la zona oeste!

-Bien, vamos allá –contestó-. ¡Usunda Papo y los suyos tienen que estar defendiendo su zona! ¡Prometieron que defenderían cada calle y cada casa! Salieron hacia los vehículos, cargados con el armamento.

-¡Vamos, saldremos a su encuentro en el frente! –ordenó Peter.

Cuando los coches se hubieron desplazado un centenar de metros, una gran explosión provocó que los dos coches sintieran la tremenda onda expansiva y sus ruedas traseras derraparan violentamente sobre el firme.

-¡Joder, que ha sido eso! –dijo Héctor mirando sus pantallas.

-¡Ha sido una explosión! –gritó Peter desde el terreno, girando su cabeza-.  
¡Han bombardeado el Palacio!  
-¿Desde dónde? –preguntó Jack-. No hemos detectado ningún proyectil.  
Héctor fue como siempre el primero en caer en la cuenta.  
-El Net-100 lo formaban cien satélites. Nosotros les robamos nueve.  
-¡Aún les quedan muchos más! –corroboró Jack.  
-Bien, tu encárgate de proteger a Peter. Yo voy a intentar localizar a los otros cuatro, llama a Luis Cuernavaca.

Uno de los periodistas orientales levantó la mano en el aula de la Universidad de Tesalónica.

-¿El Palacio Real quedó completamente destruido en aquel ataque?  
-Prácticamente sí –contestó el profesor Bay-. De todos los satélites que quedaban en poder de la corporación del Nuevo Orden Mundial, algunos de ellos estaban cargados de explosivos, y fueron utilizados para destruir no sólo un edificio, sino una gran parte de la historia de África. No tuvieron el más mínimo miramiento en destruir el símbolo más visible de un país soberano. Por suerte no murió nadie en aquel ataque, pero todos los objetos personales e históricos de la dinastía de los Rufán quedaron volatilizadas en segundos.

-¿Cómo fueron los primeros enfrentamientos armados en la capital? –se interesó el periodista chino.

-Como ya saben, en esos últimos años Petronia Town se había convertido en un gran polo de atracción para inmigrantes. De ahí que a gran parte de la población le diera exactamente igual que fuera invadida. No era su país, así que se mantuvieron completamente neutrales. Se refugiaron, e intentaron ponerse a salvo en el interior de las casas de barro en que vivían. Los militares leales a Peter se vieron, a pesar de su coraje, fácilmente superados por unas tropas mejor entrenadas y con un armamento de guerra muy superior. Aunque no participaron aviones ni tanques en un primer momento en la invasión, no les hicieron falta para avanzar hacia la capital. Petronia era un país de gente civilizada. Nunca se preparó para hacer frente a una guerra directa. Y el detalle más importante, claro. Usunda Papo traicionó al Rey. Se puso de parte de los invasores en el momento más importante, y lo que Peter imaginaba que sería una dura batalla metro a metro se convirtió en un paseo militar triunfal por parte de las tropas profesionales del teniente Lumen. Sector a sector, la zona este de la ciudad fue tomada en cuestión de horas.

El ruido cada vez más cercano de las explosiones hizo que los pelos de los potentes brazos de Peter se pusieran de punta.

-Tengo una mala noticia –le anunció Jack a través del comunicador.

-Adelante.

-En esa misma avenida, viene frente a vosotros una columna de al menos cuarenta hombres armados.

-¿Llevan uniformes negros o de campaña?

-De campaña. Son tropas de Nogolia.

-Si, los mercenarios llevan el uniforme negro de su empresa. Vamos a tenderles una emboscada.

-De acuerdo –dijo Jack mientras tecleaba compulsivamente su teclado y ampliaba el zoom de los satélites-. Lo mejor es que aparquéis en ese edificio que tenéis a la derecha, el blanco, y os subáis a los tejados, a ambos lados de la calle.

-Bien, recibido, así lo haremos.

Estacionaron los vehículos en las esquinas de la ancha avenida, y los siete hombres se repartieron en los tejados de las casas, a la espera de que la columna de militares llegara hasta su posición.

-Aguantad un poco... –Jack dirigía la operación con las cámaras de vigilancia y el potente zoom de los satélites geoestacionarios situados sobre ellos-. Aguantad... Aguantad.

Los militares caminaban a paso ligero por el centro de la calle. Eran unos cuarenta, una sección completa de infantería. A pesar de su fiero aspecto, denotaban poco entrenamiento y disciplina, y se movían más como un grupo de criminales que como un grupo de asalto militar. Cuando se pusieron a la altura de Peter y los suyos, estaban en una encrucijada, en el punto de mira de siete antiguos pero efectivos AK-47 que habían recogido en el polvorín del Palacio.

-¡Ahora, abrir fuego! –mandó Jack.

Los siete rifles de asalto escupieron un certero fuego sobre los soldados nogoles, que apenas tuvieron oportunidad de intentar huir. Ni siquiera fueron capaces de responder al fuego, fueron cayendo al suelo entre el estruendo de las detonaciones derramando litros de sangre invasora en el suelo de Petronia Town. Fue una matanza. Cuarenta cadáveres de raza negra que se convirtieron en las primeras bajas extranjeras de guerra en Petronia desde que alcanzó la independencia hacía más de cuarenta años. Por primera vez en su vida Peter le quitaba la vida a otro hombre. Pero no sintió nada especial, simplemente que cumplía con su deber como guerrero. Con su deber para y con su pueblo. Ordenó a sus hombres que bajaran de los tejados, y volvieron rápidamente a sus vehículos.

-Bien hecho, chicos –dijo Jack, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño y el exceso de cafeína y taurina-. Pero creo que habéis llamado un poco la atención.

A escasos quinientos metros de allí, un gigantesco 4x4 derrapaba en una de las calles de Petronia. El teniente Lumen puso su pie en el suelo, levantando una polvareda como si hubiera pisado un gigante. El ajustado traje de campaña negro de la empresa Network Security Contracts parecía haber sido diseñado a su medida, resaltando sus músculos y sus venas como ríos. El ruido de las balas y las explosiones le hizo comentar:

-Me encanta este sonido y este ambiente. Si señor...

Entro en uno de los edificios más modernos de Petronia Town, dónde le esperaba para recibirle Usunda Papo, vestido con el traje tradicional negro de su etnia.

-Bienvenido a mi ciudad, teniente –le recibió.

Se apretaron las manos con mucha fuerza.

-¿Es este el edificio más alto de la ciudad, verdad?

-Sí, así es.

-Bien –y a continuación gritó- ¡Rápido, posicionar los lanzamisiles en lo alto del edificio!

Varios contratistas obedecieron inmediatamente y con diligencia sus órdenes cargando el pesado material hacia los pisos superiores.

Se dirigió a Usunda.

-¿Dónde están sus hombres?

-En sus casas, descansando con sus mujeres. No opondremos resistencia, tal y como convenimos, amigo.

-Sí. Mis hombres acabarán pronto con las tropas fieles al dictador y podrá quedarse con su ciudad. Un momento –oyó como le llamaban por la emisora de transmisiones que llevaba en su pecho-. Adelante.

-¡Estamos encontrando una fuerte resistencia en el sector Romeo, señor!  
¡Solicitamos fuego de cobertura!

-Recibido –contestó.

Usunda esperó que diera alguna orden el mando para ayudar a la persona que le solicitaba ayuda por la emisora, pero no fue así. El teniente, al darse cuenta, le explicó.

-Son tropas nogolesas. Deben hacerlo ellos solos, no voy a malgastar la poca munición pesada que tengo, ni a un solo hombre de los míos, en salvarles. Que den la cara ellos y se busquen la vida.

Usunda le sonrió, sorprendido de la terrible mezquindad de aquel imponente hombre que tenía delante.

Mientras tanto, Héctor Gómez y Luis Cuernavaca se afanaban en localizar al resto de los satélites enemigos restantes que se mantenían sobre Petronia. Utilizando el sistema que diseñaron, pudieron detectar a los cuatro artilugios sobrevolando el cielo a decenas de kilómetros de distancia del suelo. Monitorizaron su posición, e intentaron utilizar unos potentísimos



microondas para poder influir en sus sistemas de navegación pero les fue imposible acceder a ellos, por lo que cada cierto rato seguían cayendo potentes proyectiles en edificios claves de Petronia Town y de Ciudad María. Las explosiones estaban provocando grandes daños materiales y muchísimas víctimas, por lo que Héctor tomó la que era la única solución posible. Decidió sacrificar uno de los ocho satélites que sí controlaban, y fue corrigiendo su posición para intentar que impactara contra uno de los que eran controlados por Network Security Contracts. Desde la computadora, fue haciendo que se aproximaran hasta tenerle prácticamente a varios metros de distancia uno del otro.

-Vamos a hacer que se choquen, con un poco de suerte podremos provocarle algún daño e inutilizarlo –le anunció a Luis, antes de que los dos satélites chocaran entre sí. Consiguió su objetivo ante la incredulidad de los hombres de NSC que perdieron el control de su aparato desde sus puestos en tierra.

-¡Bien! –exclamó Héctor-. Esto es lo que tienes que hacer Luis, ¿Has visto? Utiliza los satélites como kamikazes para neutralizar los suyos.

-¡Si, señor! –contestó con su habitual ímpetu.

Paralelamente, abajo, en tierra, Peter comenzaba a darse cuenta de que los Papo no estaban colaborando en la defensa de Petronia Town, ya que veían avanzar con una pasmosa facilidad a las numerosas tropas nogolesas, contra las que los hombres fieles a los Rufán no podían hacer demasiado.

-Jack, sigue informándome –solicitó.

-No os mováis ahora. Permanecer juntos. ¡Oh! ¡Dios mío! Creo que vais a quedar rodeados, están avanzando por las calles paralelas a la vuestra.

-¿Quiénes? ¿Nogoles o contratistas?

-Nogoles, nogoles. De momento parece que los blancos se están quedando en la retaguardia.

Peter pensó en lo bien que lo estaría pasando el dictador de Nogolia, sentando en su despacho, sabiendo que por fin podía entrar en Petronia. El cuerpo se le llenó de odio al pensarlo.

-Bien Jack, tengo el arma de ondas preparado y cargado. Cuando tú me digas.

-Vale, ahora, a tu izquierda, sigue por ese callejón y les cogerás la espalda. ¡Con un solo disparo y un poco de suerte deberías dejar K.O. a esos veinte hijos de puta!

El Rey avanzó el primero a través del callejón, con agilidad, hasta llegar a la calle paralela. El potente sonido del modelo 536 al emitir la onda se oyó prácticamente en toda la ciudad. Los veinte soldados cayeron desplomados e inconscientes al suelo, mientras el teniente Lumen giró su cabeza hacia el lugar desde dónde provenía el sonido.

-¿Qué cojones ha sido eso?

Ninguno de sus soldados que le acompañaban supo decirle de qué se trataba. Era un sonido tan extraño y potente que no sabían relacionarlo con nada. Él pensó que podía tratarse de alguna extraña tecnología desarrollada por los petronianos y no se equivocó.

-¡Vamos, continuad, no os paréis! ¡Esta ciudad tiene que ser nuestra antes de que se haga de noche! –gritó mientras se encendía un gran puro.

Héctor volvió a sentarse junto con Jack, a su lado, codo con codo.

-¿Cómo te ha ido con los satélites? –le preguntó el inglés.

-Ha sido como en el ajedrez, tenemos que ir sacrificando piezas para llevarnos a otras por delante.

-¿No más explosiones?

-No, al menos de ese tipo cada vez debe haber menos. Luis está haciendo un buen trabajo con eso.

-Bien hecho –le felicitó chocándole la mano.

-Bueno, ¿cómo va Peter?

-La cosa se está poniendo negra. Si no se mueven rápido se van a ver rodeados dentro de poco. La mitad de nuestras tropas están aquí en Ciudad María y las que hay allí están haciendo lo que pueden, pero se están viendo superadas. Estamos sufriendo muchísimas bajas.

-¿Y a dónde se dirige Peter?

-No lo sé, está guiando a su grupo a través de las callejuelas. Pero se está metiendo en un avispero. La verdad, no se cómo demonios va a salir de allí. Héctor se colocó los auriculares.

-Peter, soy Héctor, ya estoy otra vez contigo.

-Hola indígena.

-Creo que ya sé a dónde te diriges. Es muy arriesgado, no creo que sea una buena idea.

Jack se quedó sorprendido. Peter le contestó.

-Tu sé mis ojos y confía en mí.

-Está bien, sigue recto. ¿Cuánta energía te queda en el arma de ondas de impulsos?

-Aquí marca que le queda un ochenta por ciento –dijo mirando su arma.

-Bien, supongo que eso te servirá durante al menos cinco o seis disparos más, no los malgastes. Si continuas por ese camino vas a llegar a una plaza cuadrada. Héctor le fue guiando hasta que Peter, Gon Gon y los cinco escoltas llegaron a aquella gran plaza, rodeado por antiguos edificios de la época colonial de la ciudad.

-En ese edificio está el banco de Petronia –dijo Héctor.

-Lo sé –contestó Peter-. ¿Lo están asaltando?

-No la verdad es que no se ve movimiento.

-Cruza la plaza, y si sigues por ese camino llegarás a la casa de los Papo. Ten cuidado, puede que haya francotiradores.

-De acuerdo.

Caminaron durante unos cientos de metros más. Hasta que al fondo divisaron la explanada al final de la cual se encontraba la residencia de la familia Papo.

-Tienes gente apostada en los tejados. A tus diez y a tus doce. Será mejor que te subas al edificio de enfrente para estar a su altura –le indicó.

Y así lo hizo, ocupando posiciones discretamente frente a un par de francotiradores de los Papo. Tuvo el pulso suficiente como para esperar a tenerlos a tiro, aguantó la respiración y apretó el gatillo, matándoles. Sin embargo los disparos alertaron a la gente que estaba en el interior de la casa: la familia directa de los Papo. Decenas de hombres salieron alertados de la casa, armados con fusiles de asalto. Eran ellos quienes se suponía que debían defender la ahora caótica ciudad, sin embargo se había refugiado en la casa de Usunda y la había convertido en un fortín. Así que, asustados por los disparos de Peter y los suyos, comenzaron a disparar en todas direcciones, hacia los edificios, ya que no les pudieron localizar visualmente. El Rey tuvo que buscar rápidamente una buena cobertura tras una columna para no ser alcanzado por alguna de las balas.

-Son muchísimos –le señalaba Héctor, observando la escena perfectamente desde arriba, en un detallado plano cenital en su pantalla de ordenador-. Tendrás que utilizar el arma de impulsos.

-¡Dadme fuego de cobertura! –le gritó Peter a sus hombres, mientras se acercaba a la ventana del edificio para, entre el hueco de los cristales rotos por el bombardeo, apuntar con el arma de impulsos y accionarlo. El intensísimo sonido volvió a repetirse, y cayeron al suelo más de treinta soldados del clan de los Papo, con todas sus armas.

-Bien, ya podéis bajar.

Descendieron por las escaleras de aquel destartado edificio, y salieron de él, caminando hacia la casa, esquivando los cuerpos conmocionados pero aún con vida, esparcidos por el suelo de la plaza. Peter miraba al suelo y al frente, al frente y al suelo, hasta que vio finalmente a Usunda Papo, bajo el marco de la puerta de su casa, de pie.

-¡Usunda!-le gritó Peter-. ¡Usunda! ¡Viejo perro traidor!

Les separaba una distancia de treinta metros, suficiente para haberse disparado, pero ninguno de los dos lo hizo. Unas primeras gotas de lluvia comenzaron a caer lentamente sobre la ciudad, convirtiendo paulatinamente el polvo existente en puro barro.

-¡Has traicionado a tu propio pueblo!

-¡No! ¡Te equivocas! –le gritaba el gordo y anciano hombre-. ¡Mi pueblo son los Papo! ¡Sólo los Papo! ¡Y por fin gobernaremos nuestro propio país!

-¡Eres un iluso! ¡Serás un títere en manos de aquellos a quienes te has vendido!

-¡Como tú lo has sido en manos de tus amigos! ¡Has dejado que tu país se convirtiera en el enemigo del resto del mundo! ¡Y lo están pagando cientos de petronianos que van a morir! ¡Tu padre se avergonzaría de ti!

Estas palabras causaron una profunda ofensa y dolor a Peter, que intentó reprimir.

-¡Voy a hacer algo que debí hacer mi padre hace mucho tiempo, Usunda! ¡Acabar contigo!

-¿Lo harás con ese arma que llevas? ¡Eres un cobarde, no te atreverías a enfrentarte como lo han hecho nuestros antepasados, cuerpo a cuerpo, sangre a sangre!

Peter tiró el arma de ondas al suelo, a su lado, muy cerca de los cuerpos que yacían en el suelo. Se quitó el dispositivo de transmisión que llevaba alrededor de su oreja y se lo lanzó a Gon Gon, que lo cogió al vuelo un par de metros tras el Rey. Desenfundó el cuchillo de su padre que llevaba adosado a su pierna derecha, y lo apretó con fuerza con las dos manos delante de su pecho.

-¿Vas a matar a un viejo con tus propias manos? –le retó-. Eso nunca lo haría tu padre. Antes tendrás que hacerlo con mi hijo. Él es fuerte y joven, como tú.

-Que así sea.. Me encantará derramar sangre de Papo...

Un hombre fuerte aunque de baja estatura, de unos cuarenta años de edad, salió de la casa, tras Usunda. Llevaba el torso desnudo, y el rostro pintado de color rojo y negro, los colores tradicionales de la etnia de los Papo. Avanzó hasta la posición de Peter, pero Gon Gon le apuntó con su fusil.

-Detente, Gon –le ordenó Peter, levantando su brazo-. Esto debe ser entre nosotros.

Así que, a su pesar, bajó el arma. El Rey extendió su mano derecha y le hizo un gesto con los dedos retándole para que el hijo de Usunda se acercara a él. Éste le respondió acercándose a él violentamente con un enorme machete africano trazando grandes aspas. Peter lo pudo esquivar no sin dificultad y se lanzó sobre su espalda, tirándole al suelo. Forcejearon durante unos segundos, pero Peter tuvo el suficiente acierto para clavarle su cuchillo certeramente en su pecho, atravesando su pulmón y su corazón. Usunda asistió a la escena, en silencio, expectante, viendo impasible el trágico destino de su hijo. Cuando le hubo arrebatado la vida, Peter se puso en pie, con sus manos llenas de sangre, y volvió a gritar a Usunda bajo la lluvia:

-¡Vamos! ¡Vamos! ¡Traidor!

Otro joven se dejó ver tras la oronda figura del viejo. Era otro de sus hijos, algo más delgado que el anterior. Parecía claro que Peter debía de acabar

con todos sus hijos antes de poder matarle a él. Pero eso no le daba ningún miedo. Se había despertado en él una insaciable sed de venganza y sangre.

Héctor se comunicó con Gon Gon por el intercomunicador.

-¿Me recibes?

-Si, adelante, dime.

-Oye la cosa se pone fea, se os acercan varios pelotones por el norte.

-¿Nogoles?

-No, no. Estos son blancos, son contratistas.

Gon Gon respiró agobiado, mirando a su alrededor.

-Vais a tener que cubrir a Peter. ¡Rápido, a los tejados! ¡Tú a la terraza de la derecha y los otros que se vayan moviendo hacia la de enfrente!

Tomaron a la carrera posiciones en los tejados, mientras Peter se enfrentaba con el segundo de los hijos de Usunda. Éste era más rápido que el anterior, y al Rey le costaba más alcanzarle con su cuchillo, a pesar de su superioridad física. Finalmente, aprovechó un error de su rival, que se tropezó con uno de los cuerpos que estaban tirados inconscientes en el suelo, y le clavó varias veces con ansia el cuchillo en su cuerpo, malhiriéndole. Ya casi no se veía su propia piel negra de las manos por la gran cantidad de sangre que manchaba sus dedos, sus palmas y sus muñecas.

-¡Gon! ¡Dispara ya, a las siete! –Héctor le indicaba y el le hacía caso, impactando con éxito sobre los cuerpos de aquellos que se acercaban por las callejuelas hasta su posición-. Ahora a las cinco, abajo, detrás de ese coche. Allí hay dos parapetados... ¡Ahora, dispara! ¡Bien hecho!

-¡Otro! ¡Otro! –gritaba Peter, preso de la ira, bajo la lluvia-.

Hasta que salía un nuevo descendiente de Usunda. Uno tras otro, cada vez con más dificultades por el gran esfuerzo físico que suponía y que se iba acumulando irremediabilmente en sus piernas, en sus brazos y en su corazón, fue acabando con los siete hijos de su gran enemigo. A su alrededor, un tremendo tiroteo entre sus escoltas y los contratistas, quienes estaban cada vez más cerca de ellos.

-Rápido, ahora sal de esa terraza, estás vendido –señalaba Héctor a Gon, que le iba obedeciendo-. ¡Sal de ahí! Baja por la escalera, y espera unos segundos detrás de esa columna. Vas a ver pasar a dos contratistas en tres, dos, uno... ¡Ahora! ¡Dispara!

Peter se levantó del suelo. Su corazón estaba desbocado, su respiración era sofocante, su cuerpo apenas le respondía. Acababa de matar al hijo menor de Usunda en su presencia, con el cuchillo de su padre. Se acercó cojeando al viejo, sin percatarse de que llevaba varios cortes en su pierna derecha, provocado por algún machetazo que pasó demasiado cerca. Cuando estuvo

a menos de cinco metros, la lluvia que se había intensificado se encargó de limpiar la afilada hoja del cuchillo de su padre.

-Ahora morirás sabiendo que no tendrás descendencia, viejo perro Usunda Papo.

Un niño pequeño, de unos diez años, se colocó entre los dos adultos, intentando proteger a Usunda.

-¿Es tu nieto? –preguntó desconcertado el Rey.

Con la viva imagen del terror escenificada en su rostro, afirmó con la cabeza.

-Cobarde...

Una ráfaga de ametralladora estuvo a punto de impactar en cualquiera de los tres, haciendo saltar cientos de esquirlas y astillas. Los tres se pusieron a cubierto rápidamente, en el suelo, a pocos metros de distancia. El cuerpo de Peter se hundía en el barro, que le cubría los brazos y las piernas, y su cara se manchó entre el fango y la sangre.

Héctor dio el aviso rápidamente.

-Gon, eso ha sido una ametralladora, está en la esquina, en diagonal. Tienes que acabar con ella para sacar a Peter de ahí. Rápido, tendrás que hacer una maniobra envolvente... Ahora... ¡Corre hacia la derecha! ¡Ahora hacia la izquierda! ¡Vamos!

Gon, plenamente confiado en las indicaciones de Héctor, corrió gracias a su portentoso físico a través de los callejones, hasta situarse en uno de los flancos de dos mercenarios blancos que habían instalado una gran ametralladora en un punto estratégico. Con ella habían conseguido abatir a tres de los escoltas del Rey que no pudieron hacer frente al poder destructivo de un arma automática de ese tipo.

-¡Dios mío, por los flancos, Gon! ¡Métete debajo de ese coche negro!

Sin dudar, se escondió en los bajos de un antiguo utilitario TATA estacionado en aquella destartalada calle. A escasos metros pasaron corriendo otros dos mercenarios más, hablando en inglés entre ellos.

-Abre fuego, primero a las piernas para que caigan y luego a partes vitales. Llevaran buenos chalecos antibalas con placas de cerámica, así que afina la puntería o no podrás acabar con ellos.

Gon disparó desde debajo del coche, provocando que los contratistas cayeran al suelo, retorciéndose de dolor. Después continuó el tiroteo, acertando de pleno en ellos.

-¡Arriba, ahora, a por la ametralladora!

Gon aniquiló también a esos combatientes sorprendiéndoles por uno de sus flancos antes de exclamar:

-¡Me estoy quedando sin munición!

-¡Coje las armas de los contratistas! –le recomendó Héctor-. Son mejores que las nuestras.

Y así hizo Gon, que volvió corriendo hasta la calle de la residencia de los Papo. Al llegar, se dio cuenta de que la imagen era absolutamente dantesca, casi apocalíptica. Decenas de cuerpos esparcidos por el suelo. Algunos, vivos pero inconscientes. Otros, como los siete hijos de Usunda Papo, puros cadáveres. Cerca de la entrada de la casa, Peter, completamente desatado, apretaba con energía el cuello de Usunda con sus propias manos, hasta dejarle sin aliento. Gon miró al frente, arriba, sobre uno de los edificios. Allí había uno de los contratistas, en posición de cuclillas, observando paciente la escena. Era el teniente Lumen, que parecía disfrutar con el terrible panorama. Gon le apuntó con el fusil de asalto que le había cogido a los contratistas muertos. Sin dejar de encarar el arma hacia él, se acercó hasta Peter para darle protección, que seguía apretando el gaznate de su enemigo aunque ya estaba claramente muerto, con los ojos y la boca abiertos.

-Majestad... Tenemos que marcharnos... -le dijo mientras le tocaba el hombro, con la mira fija puesta en el teniente Lumen.

Peter se puso en pie, y ambos le miraron, impasible, encaramado en el tejado.

-Vámonos -dijo Peter, sin dar la espalda al jefe de los contratistas.

De repente, entró en la plaza un pelotón de militares nogoleses, con botellas de alcohol en la mano y fusiles en la otra, que torpemente comenzaron a disparar al ver a los petronianos. Gon y Peter se agacharon y se pusieron a cubierto detrás de un tabique de piedras, y cuando volvieron a girar la cabeza ya no estaba el teniente Lumen en el tejado.

-¡Me duele! ¡Me duele! -gritó Gon.

-¿Qué te ocurre?

-¡La oreja!

Un disparo le había arrancado media oreja de cuajo, así como el equipo de transmisión que llevaba en forma de auricular y por el que se comunicaba con Héctor. Peter la examinó superficialmente.

-No te ha tocado el oído, sólo ha sido el cartílago. Ha estado cerca, ¿verdad?

-¡Demasiado!

-¡Mierda! ¡No me oyen! -se quejó Héctor, quitándose los cascos-. Ahora mismo están ciegos, hay que sacarles de allí como sea.

Peter cogió el fusil de Gon y disparó a los nogoleses, que ni siquiera buscaron unas buenas coberturas y fueron un blanco fácil, hasta abatirles.

-¡Vámonos!

Y ambos se marcharon a la carrera en dirección hacia el este, buscando la forma de salir de la ciudad, cada vez más infestada de tropas extranjeras. Cuando dejaron la plaza, el teniente Lumen anduvo entre los cuerpos que yacían en el suelo, paseando. Entonces encontró en el suelo el arma de

ondas de impulsos que Peter se había dejado antes de luchar a cuchillo contra los hijos de Usunda. La cogió, la miró con curiosidad, y se la echó al hombro, abandonando el lugar.

-Para cuando llegó aquella fatídica noche –prosiguió el profesor Bay ante los periodistas-, Petronia Town cayó por completo. Fue tomada por más de veinte mil soldados nogoleses y casi cinco mil contratistas de la empresa multinacional Network Security Contracts. Murieron más de tres mil petronianos que se enfrentaron a los invasores y otros... que la apoyaron. El acceso a internet estaba prácticamente restringido en todo el mundo, y la televisión por satélite y las conexiones móviles se encontraban aún bloqueadas. Los bancos y las transacciones económicas electrónicas estaban paralizadas. Por supuesto, se lanzaban informaciones falsas culpando a Petronia de la caída de la red con una supuesta arma capaz de bloquear todos los sistemas. Pero lo que realmente estaba ocurriendo, es que estaban dando un golpe de estado a nivel mundial. En la residencia de Alejandro Sesei se reunieron por primera vez en treinta años una treintena de poderosísimas personas, dueñas de algunas de las mayores fortunas sobre la tierra, pero que rara vez aparecían en las listas de millonarios de la revista Forbes. Estos hombres, y digo hombres porque no había ninguna mujer, firmaron un documento que incluía la creación de el Primer Gobierno del Nuevo Orden Mundial, presidido por Sesei. Acordaron en esa misma reunión la creación de una nueva moneda única, la supresión del dinero físico, monedas y billetes, y que todos los pagos debieran de hacerse mediante dinero electrónico, para tenerlo todo bajo control. Además, crearon un único ente de decisión llamado el Banco Central Mundial que tomaría todas las decisiones económicas pasando por encima de la soberanía de las naciones. Se firmó la creación de un nuevo Cuerpo de Seguridad Mundial, que se encargaría de hacer que se cumplieran los dictados y las nuevas leyes que se prepararían gracias al Nuevo Orden Mundial en cualquier lugar del mundo. Este cuerpo de seguridad comenzaría una terrible campaña de limpieza étnica con el objetivo de reducir la población mundial, utilizando un virus diseñado por propia industria farmacéutica del que sólo podían salvarse aquello a los que se les suministrara la única vacuna posible. En el momento en que la televisión, internet y las comunicaciones fueran reestablecidas, decretaría en primer lugar un toque de queda a nivel mundial, y el mundo se despertaría bajo el férreo yugo de una nueva dictadura a nivel global, auspiciada por el poder de los bancos y las grandes corporaciones. Una vez fuera destruida Ciudad María, los gobiernos de los países, incluido el de los Estados Unidos, quedarían únicamente como órganos de pequeñas decisiones locales, pero el destino del mundo quedaría en manos de la organización del NOM.



Alejandro Sesei comunicó también su intención de anunciar la posesión de una potente arma de destrucción masiva dispuesta a ser utilizada contra cualquier país que se negara a aceptar los mandamientos de su grupo.

-No hay nada más aterrador que el miedo a un arma que no existe –anunció en aquella reunión-. ¡Ha llegado el momento de salvar el mundo, el Nuevo Orden Mundial queda establecido!

Todos los asistentes a esa reunión, casi todos blancos caucásicos y de varias nacionalidades, rompieron en aplausos y en apretones de manos.

El teniente Lumen había situado el primer puesto de mando avanzado en uno de los principales edificios de Petronia Town. Desde allí se centralizaba toda la información que iban recabando las diferentes compañías que estaban formando parte en aquella invasión, ya repartidas desde la frontera hasta todas las zonas de la capital. Tal y como había previsto el teniente, la mayoría de las bajas pertenecían al ejército nogolés, lo cual le importaba bien poco. Eran sólo un instrumento para sus oscuros fines. Le iban agradando las novedades que iba recibiendo diligentemente de sus hombres, que él a su vez llegado el momento debería comunicar a la dirección de la empresa de contratistas para la que trabajaba, NSC. Junto a uno de sus más estrechos colaboradores, otro perro de la guerra bregado en mil batallas como él, se jactaban de los combates que habían librado ese día.

-Aún estoy en forma, teniente. Con mi propio fusil he matado al menos a cien negros. Son muy malos, después de estar en el jodido Irak y en el jodido Afganistán esto es un puto paseo en barca.

-Ha sido demasiado fácil –le contestó el teniente-. Y creo que lo peor de todo es que entrar en Ciudad María será más fácil aún. Vamos a tener apoyo de artillería, aunque no creo que nos haga falta.

-Misión fácil –opinó su colega.

-Sí, misión fácil. Son débiles. Hoy he asistido a una prueba de ello.

-¿Qué has visto? –le preguntó mientras se encendía un puro.

-Iba con la División Charlie, en la primera línea, montando una ametralladora. Entonces he visto una plaza, llena de cadáveres en el suelo. Había una barbaridad, tal vez cincuenta putos negros. He subido por los tejados, y he podido ver a tres, discutiendo entre ellos, parecían estar a punto de matarse. Uno de ellos era un sólo un niño pequeño, que protegía a un viejo. El otro hombre, más joven y fuerte, no quería hacer daño al niño, por lo que la situación estaba atascada. Así que cogí mi fusil, y apunté al niño. El primer disparo fallé, por muy poco. Ya sabes, los putos críos se mueven mucho.

-Sí...

-Sin embargo, el hombre joven, en vez de aprovechar para matar a su rival en ese momento, intentó proteger al niño. Le entró la bondad, un

sentimiento muy peligroso durante una guerra. Se puso en medio, e intentó facilitar que huyera.

-¿Y qué hiciste?

-¿Cómo que qué hice? Lo que tenía que hacer. Disparar al niño en la cabeza. Y dejar que se mataran entre ellos. Y eso fue justamente lo que pasó. El joven cogió del cuello al viejo y le apretó el gaznate hasta asfixiarle.

-¿Y por qué no mataste también al negro joven?

-Apareció otro negro con un fusil, luego un grupo de nogoleses borrachos, hubo un tiroteo... No creo que haya podido sobrevivir a la batalla de hoy. Supongo que sería un pobre desgraciado aprovechando el caos de la guerra para hacer justicia a su manera –especuló-. Llevaban la cara pintada de colores, no parecían militares.

-¿Huyeron?

-Sí, hacia el este –contestó sin darle importancia el teniente, mientras él también se encendía otro puro.

Su colega militar se tomó unos segundos de reflexión antes de caer en la cuenta.

-La compañía Delta reportó a última hora de hoy un incidente en las afueras –le dijo mientras buscaba los detalles en una tableta digital dónde recibía todos los informes de las compañías de contratistas-. Perdieron a tres hombres en un tiroteo con un par de negros descamisados con la cara pintada. Tal vez sean los tuyos.

Al teniente Lumen empezó a picarle la curiosidad sobre ese suceso.

-El hombre al que mataron, era Usunda.

-¿El traidor?

-Sí. Tal vez fueron a buscarle.

-Tal vez fueran enviados por el Rey de Petronia, sicarios, mercenarios...

-Tal vez... O tal vez no... Acércame esa tableta. Quiero ver las fotos de la cúpula del dictador... Un momento... Espera...

Al ver la foto del Rey Peter III de Petronia se echó a reír sonoramente, comentando con sorna:

-¡No me lo puedo creer!

-¿Qué ocurre?

-¡Ese hijo de puta era el jodido Rey en persona! –le dijo enseñándole la foto en la tableta.

-Valiente negro cabrón... ¿Cómo se expone a eso?

-Una de dos. O es muy valiente o un auténtico descerebrado.

-O las dos cosas.

-No, no creo que sea un descerebrado. Ha sido por su honor por lo que ha matado con sus propias manos a su enemigo. Me gusta.

-Ha pasado apenas una hora desde que le vieron por última vez, en dirección este, hacia la selva.

El teniente miró su reloj, y se puso inmediatamente en movimiento, haciendo acopio de material ante la sonrisa de su subordinado.

-¿Quieres cazarle?

-Si no he vuelto antes de que salga el sol –le dijo mientras montaba su pistola y compraba la munición-, mándale unas jodidas flores a mi madre.

-De acuerdo teniente, pero espero que mañana desayunemos juntos.

Lumen se subió en su ruidoso 4x4 negro, y puso rumbo a la última línea del frente dónde se había visto por última vez a Peter y a Gon, huyendo a través de la espesa selva de Petronia en dirección a Ciudad María.

En el refugio se estaban repartiendo litros de café. María Stravinsky se encargaba de servir a todos los técnicos que allí se encontraban trabajando desde hacía tantas horas que nadie lo recordaba ya. También se encontraban en la sala el profesor Bay, César Brown, Jack, y por supuesto Héctor, muy preocupado por no tener noticias de Peter ni de Gon Gon. Escudriñó las imágenes que le servían los satélites, pero no fue capaz de encontrarlos desde que salieron de la capital. Ahora, con el telón de la noche, sería mucho más difícil por no decir imposible encontrarlos. Mientras, fueron organizando la situación de las pocas tropas y policías con que contaban, así como organizando la posible resistencia civil en caso de que entraran en Ciudad María. Aunque por miedo a una matanza indiscriminada no quería exponer a los ciudadanos de la Zona Especial a aún más riesgos. Él, como la mayoría, sabía que sus posibilidades de salir victorioso de un enfrentamiento armado eran ínfimas. Pero no se rendirían. Contaban además con algunos pequeños aviones que se había salvado del bombardeo y algunos helicópteros civiles como el María One, pero serían blancos demasiado fáciles para la artillería enemiga.

-Gracias, María –le dijo mientras ella le servía un calentísimo café americano.

Ella le contestó con un tierno beso en la mejilla.

-Oye, Héctor.

-Dime.

-Me preocupa César.

Le indicó con disimulo que se fijara en su amigo, cabizbajo en su silla de ruedas, en uno de los extremos de la sala, completamente ausente.

-Si, tienes razón. Desde el atentado no ha vuelto a ser el mismo. Nunca ha aceptado esa silla. Voy a hablar con él –le dijo besando esta vez él su mejilla.

Cogió un segundo café y caminó hasta la posición de su amigo. Le miró y aceptó la invitación. Héctor cogió una de las sillas de los operadores y se sentó a su lado.

-¿Cómo estás amigo?

Pudo ver la más profunda tristeza y el miedo en los ojos de alguien que siempre se caracterizó por su entereza.

-¿Sabes que es lo peor de todo, Héctor?

-No, dime.

-Han cortado las comunicaciones, es como si nos hubieran tapado los ojos para ejecutarlos. Y nadie va a verlos. Nos borrarán del mapa, y nunca saldremos en los libros de historia. Será como si no hubiéramos existido. Todo nuestro esfuerzo no ha servido para nada.

Héctor pasó su mano por la espalda, intentando que se reconfortara pero dejando que se desahogara.

-¿Sabes quién me explicó hace años que la actitud de las personas es determinante sobre su futuro?

-No lo sé, ¿Quién?

-Fuiste tú, César, fuiste tú. Me dijiste que lo que para unos es la luz del final del túnel, para otros es la locomotora que viene de frente a toda velocidad.

César se dio por aludido ya que la actitud depresiva que había estado teniendo desde que sufrieron el atentado del puerto le había convertido en una persona muy distinta a la que era.

-Dios mío... –dijo César sollozando-. Si nos hubieran dejado... Si nos hubieran dejado...

No pudo evitar que de sus ojos se derramaran varias lágrimas.

-Si nos hubieran dejado, Héctor... Si nos hubieran dejado... Hubiéramos creado ciudades y ciudades perfectas. En armonía con la naturaleza. Donde todos los vehículos se moverían por debajo de la tierra. Un lugar donde todas las personas se sintieran ciudadanos y vivieran una vida plena. Donde el agua y la vegetación se fundirían con los edificios. Donde no existiría la contaminación, ni las desigualdades, ni la pobreza...

-Lo sé, amigo. Cometimos un error tremendo. Creímos que podíamos crear un lugar diferente, nuevo, independiente al resto del mundo. Pero eso es imposible. Para cambiar Petronia era necesario cambiar antes el mundo. Y para cambiar el mundo hace falta algo más que tecnología y sociología.

-¿El qué, Héctor? ¿Qué nos ha faltado?

-Sonará duro.

-Tú eres la persona más inteligente de este mundo, nunca te equivocas dos veces... Explícame qué es lo que nos ha faltado para cumplir nuestro sueño... Hemos estado tan cerca...

-Violencia –respondió Héctor.

-¿Violencia?

-Sí. La violencia ha sido el recurso de quienes han querido cambiar el mundo durante toda la historia. Desde los antiguos mayas a la revolución francesa, lo que siempre ha motivado las mayores revoluciones de la historia ha sido una idea, un sueño, un esperanza... y un enemigo común.

-El odio. Canalizar el odio hacia un enemigo. Eso es lo que une.

-Así se crean y se mantienen los imperios. Con fuerza y violencia. No sólo con buenas intenciones. Es un reflejo de la naturaleza humana.

-¿Un ejército fuerte?

-Posiblemente todo hubiera sido distinto, si.

Tomaron un sorbo del reconfortante café. César habló.

-Hubo quienes pensaron que la tercera guerra mundial se libraría entre cristianos y musulmanes, o entre oriente u occidente. Lo que nadie predijo es que sería entre ricos y pobres, no importa su nacionalidad.

-Aún no ha terminado esto.

-¿Sabemos algo del alacrán? –preguntó César.

-No.

-¿Y de Peter?

Negó lentamente con la cabeza mientras intentaba consolarse con el sabor del café caliente.

De repente, las pantallas de televisión comenzaron a recibir una extraña señal. Primero algo de ruido y nieve pixelada en la pantalla, lo que provocó que todos atendieran a los monitores. Unos minutos después, comprobaron que a través de las frecuencias de algunas de las principales cadenas de televisión y emisoras de radio del mundo, se emitía un comunicado repetido una y otra vez en más de veinte idiomas. En esa comunicación, se decía que los principales gobiernos del mundo estaban reunidos intentando buscar una solución a un ataque del dictador de Petronia que había acabado con las comunicaciones en todo el mundo. Se ordenaba a todo el mundo que no saliera de su casa, en tanto no se reestableciera de nuevo la televisión y las comunicaciones móviles. El comunicado alertaba además de posibles ataques con armas de destrucción masiva por parte de Petronia en diferentes ciudades del mundo.

-¡Que hijos de puta! –gritó Jack-. Nos están echando la culpa de todo a nosotros.

-Somos la excusa perfecta –explicó Héctor-. La excusa para una nueva dictadura global. Están engañando a la gente, tal y como han hecho siempre. Las mentiras, cuanto más grandes, más creíbles.

-¡No nos pueden acallar así! –se desgañitó Jack-. ¡Vamos Héctor, piensa algo!

Intentaba concentrarse, pero realmente la situación era excesivamente complicada. Desaparecido Peter, y César bajo una profunda depresión, toda

la responsabilidad de las decisiones importantes volvía a estar sobre él. Sintió la presión y cómo todas las miradas se clavaban en él, incluida la de María y la de su viejo mentor el profesor Bay. Héctor se giró y le miró.

-Esto es como una partida de ajedrez, ¿verdad Charly?

-Más o menos, Héctor, más o menos –respondió acariciándose la barba con su característico gesto, sorprendido por la pregunta.

-¿Lo que importa es capturar al Rey?

-Sí, supongo.

-¿Aunque haya que sacrificar otras piezas?

-Así es...

Asintió con la cabeza varias veces. Ya sabía lo que tenía que hacer. Frotó sus manos, nervioso.

-Bien. ¡Señores tenemos trabajo! –anunció dirigiéndose a todos-. Charly, vente conmigo. Necesitamos material para construir una gran antena rudimentaria. Vamos a transmitir a ultra baja frecuencia por radio, directamente, sin pasar por ningún satélite.

-¿Con quién quieres contactar?

-Con el Presidente de los Estados Unidos. Otra cosa, necesito que me localicéis a Paul Boss, el piloto. Decidle que vaya preparando el avión. Nos vamos.

-¿A dónde?

-Tenemos un Rey que capturar. Y una partida que ganar –afirmó totalmente emocionado, contagiando su energía al resto.

La sangre brotaba de una profunda herida en el brazo de Peter. Pero caminaba sin descanso, abriéndose paso a machetazos entre la profunda oscuridad de la selva. Detrás suyo, Gon Gon, intentando seguir su ritmo, con un gran dolor por el disparo que había sufrido y que le había arrancado parte del pabellón auditivo, además de físicamente agotado. A través de inmensos árboles centenarios y una espesísima y caótica maleza, llevaban varias horas de camino tratando de regresar a Ciudad María, guiándose por las estrellas, con el sonido profundo de su respiración como compañía. Habían tenido que superar varios encontronazos con fuerzas nogoles y mercenarias con las que habían tenido que intercambiar disparos, uno de los cuales arrancó un pequeño pedazo de carne del tríceps de Peter. Gon Gon tropezó con un gran tronco de árbol caído, y dio con su rostro súbitamente en el suelo.

-¿Estás bien, Gon? –le auxilió Peter, teniendo que retroceder.

-Sí, majestad. Estoy bien –mintió con gran esfuerzo, puesto que casi no podía hablar.

-Tranquilo, descansaremos unos minutos. Recobramos fuerzas antes de continuar.

Siguiendo el rastro de sangre que iban dejando las heridas de Peter en las hojas de los arbustos, en las rocas y en las piedras, a un par de cientos de metros de distancia, rápida pero sigilosamente, el teniente Lumen les iba pisando los talones. A pesar de no haber atravesado nunca ese lugar, su gran experiencia en cientos de misiones de combate tanto en el desierto como en la selva de varios países sudamericanos le conferían un gran conocimiento y una magnífica capacidad de supervivencia. Perseguía a dos valiosas presas como un cazador. Hasta que por fin tuvo contacto visual con ellos, a menos de cien metros de distancia, escondido entre los árboles.

-Tenemos que continuar –le dijo Peter a su escudero.

-Sí, majestad.

-¿Has oído eso? –preguntó de pronto.

-¿El qué?

Prestaron atención al sonido que producían las pausadas pisadas del teniente Lumen, cada vez más cercanas a su posición.

-Tal vez sea un animal, majestad.

Sin embargo, un claro puntero láser de color rojo sobre la frente de Peter les desmintió esa opción. Gon Gon se puso delante, intentando cubrir a su Rey.

-¡Rápido, corra, corra!

El fiel escolta recibió un certero disparo en su clavícula, que le hizo caer al suelo. El teniente, sin dejar de apuntar en ningún momento a su objetivo, se acercó hasta estar a tan sólo unos metros de él.

-¡No te voy a dejar, Gon! –le prometió.

-Juré protegeros, dejadme al menos morir con el deber cumplido. ¡Huid!

-Una escena muy tierna, de verdad –habló el teniente mientras se acercaba apuntándoles amenazadoramente con su fusil.

Gon Gon hizo un pequeño amago de hacer uso del arma que llevaba colgada en su hombro, pero el teniente enseguida se dio cuenta de su maniobra y no se lo permitió, haciéndole un gesto de negación con la cabeza.

-Así que tú eres el Rey de este puto agujero...

Peter, que estaba intentando consolar a Gon Gon, se puso en pie, orgulloso.

-¡Soy el Rey Peter Rufán III, monarca de Petronia!

-Te queda poco de Rey. Ahora el que manda en esta puta selva soy yo. Tengo un juguete que es vuestro.

Sin dejar de tenerles en el punto de mira les enseñó el arma de ondas de impulsos que se había dejado en el suelo al luchar contra los hijos de Usunda Papo.

-Tal vez si os dejo inconscientes con esto me seáis útiles después.

Peter se atrevió a decirle:

-No lo creo.



-¿Por qué?

-Porque si te fijas por ese lado pone que apenas le queda batería.

Cuando el teniente giró el arma y apartó durante unas décimas de segundo su mirada de Peter y Gon Gon, éstos aprovecharon para apretar el gatillo de sus fusiles, lanzando una disuasoria ráfaga sin apuntar que aún así impactó en el arma que portaba el teniente. Esto provocó que fuera proyectado hasta el suelo, aprovechando ese momento para intentar huir a través de la selva. El teniente se levantó y comenzó la persecución a pie, en una desesperada carrera, intentando darles alcance. Tras unos minutos serpenteando a través de los troncos de los árboles y las enredaderas, Gon Gon se dio cuenta de que no era capaz de seguir el ritmo del portentoso físico Peter, y le estaba haciendo frenarse. En un momento dado, paró sus pasos y se giró, para salir al encuentro del teniente contratista. Cuando el Rey se dio la vuelta unos segundos más tarde, se dio cuenta de que su escolta había tomado la decisión de sacrificarse para intentar ganar tiempo y que él pudiera escapar, por lo que no regresó, y continuó corriendo, a toda la velocidad que su portentoso físico le permitía. Mientras, unos metros más atrás, el teniente Lumen se encontraba cara a cara con Gon Gon. Se miraron fijamente al tenerse de frente.

-¡No te queda munición, soldado! –le gritó el teniente.

-Con mis manos es suficiente.

-Me encanta este país –contestó echando su fusil a la espalda.

El teniente se abalanzó sobre él, lanzando sus puños directos a su rostro. Gon Gon, a pesar del intenso cansancio pudo esquivar esa primera embestida, e intentó golpear al teniente con su mano derecha, pero Lumen era muy rápido, y no le costó volver a encararle. Comenzaron a intercambiarse golpes y, tras varios embistes, el teniente sacó de su pernera un enorme cuchillo militar con el que rebanó de un rápido golpe el pescuezo de Gon Gon, provocándole la muerte casi de forma instantánea. Experto en artes marciales mixtas, era una auténtica bestia contra la que el joven policía petroniano no pudo hacer nada. Volvió a guardar su cuchillo ensangrentado en la funda, y prosiguió ipso facto su cacería, en busca del trofeo más preciado, el Rey. Ambos estaban genéticamente dotados y se movían con rapidez, potencia y agilidad, pero varias ráfagas del fusil del teniente hicieron que Peter cambiara torpemente de dirección y la distancia se fuera reduciendo. Presionado por su perseguidor, se iba golpeando con ramas y piedras involuntariamente, hasta que el teniente le lanzó el cuchillo a una distancia considerable, pero con tal precisión y fuerza que se lo clavó en la parte posterior del hombro mientras se encaramaba por las rocas de una pequeña escarpadura de un par de metros de altura. El Rey lanzó un auténtico alarido de dolor al sentir el frío acero atravesarle los músculos, que pareció dejarse sentir en toda la jungla. Sintió la muerte cerca. Notó la

lúgubre presencia del teniente Lumen acercarse tras él, lentamente, confiado. Peter se giró, agazapado en el suelo, en cuclillas, preso del dolor que le impedía además mover el brazo.

-Nunca antes había matado a un Rey –le dijo el teniente-. Será una nueva experiencia para mí...

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Peter se puso en pie y se arrancó rabiando de dolor el cuchillo que atravesaba su hombro. Se lo tiró al teniente clavándolo en el suelo a su lado, y sacó de su funda el machete de su padre. El teniente aceptó el reto, y recogió del suelo el suyo. Se enzarzaron en una terrible lucha, cortando el viento con certeras puñaladas que por escasos milímetros no alcanzaban su objetivo en cualquiera de los dos contendientes. Las botas militares de Lumen alcanzaron varias veces el abdomen de Peter violentamente durante la contienda, lo que le provocaba aún más dificultades para respirar. En uno de esos espantosos y feroces golpes, fue capaz de lanzar al Rey al suelo, quedando a su merced, indefenso. Lumen no quiso dejar pasar esa oportunidad de acabar con su enemigo.

-¡Ya te dije que el único rey de esta selva soy yo!

Armó el brazo hacia atrás con la intención de lanzar con fuerza su gran machete militar sobre él cuando, de repente, miró hacia arriba, hacia la luna llena que llenaba el cielo de África, y vio la inmensa figura de un enorme león africano saltando desde la parte superior de la roca justo encima suya. Intentó realizar una rápida maniobra evasiva, pero el gran peso del león cayó de forma contundente sobre él. Su penetrante rugido provocó que apenas se oyeran los gritos de rabia del teniente Lumen mientras aquel furioso león clavaba sus afilados dientes sobre su cuello, y sus letales uñas en su torso. Peter asistió abrumado a aquel espeluznante espectáculo, mientras el león rugía brutalmente y levantaba sus mortales colmillos llenos de la sangre del teniente, que agonizaba devorado por aquel enorme animal. Se giró y huyó a través de la selva, consciente de lo poco que había faltado para ser presa de aquel insaciable asesino profesional.

Benjamin Clapton, 46º Presidente de los Estados Unidos, se enfrentaba a una de las mayores encrucijadas de su vida. La caótica situación que se vivía en las calles del país se había empeorado con la caída de la televisión y las comunicaciones por satélite e internet. Algunos de sus más fieles colaboradores le habían informado de que todo se trataba de un ciber ataque provocado por el malévolo dictador de Petronia. La única solución era cambiar las normas del juego para poder hacer frente a este nuevo y poderoso enemigo. Había que tomar decisiones rápidas, y la lentitud que caracterizaba a la ONU o a la OTAN podía ser mortal en este caso. Le convencieron de que estaba viviendo una guerra, tan importante como la segunda guerra mundial. Le enseñaron una lista ficticia de más de treinta países del tercer mundo y en vías de desarrollo los cuales estarían dispuestos a aliarse con Petronia. La única solución, un nuevo ente organizativo supranacional, llamado Nuevo Orden Mundial, capaz de regir con buen tino y mano dura las economías del mundo. Se había demostrado que el sistema monetario y bursátil internacional era muy vulnerable y ponía en riesgo la seguridad del mundo occidental. Lo que el Presidente de Estados Unidos no sabía era que si firmaba esa documentación, su país perdería la capacidad de participar en las decisiones más importantes, puesto que quien controla el dinero, lo controla todo. Este tratado de adhesión ya había sido firmado por otros muchos países como el Reino Unido, Holanda y Canadá, cuyos parlamentos también fueron engañados con el pretexto de que era la única posibilidad de que la situación volviera a estar en orden. Las extensas ramificaciones del Nuevo Orden Mundial pudrían la mayoría de los senados y entes de decisión, desde la Duma hasta el Parlamento Europeo por lo que al ser personas reputadas quienes apoyaban estas resoluciones, parecían estar revestidas de una gran credibilidad.

El Presidente, rodeado de varios colaboradores en el despacho oval de la Casa Blanca, aún tenía ciertas reticencias a firmar ese tratado de emergencia, ese era el motivo por el que estaba recibiendo grandes presiones de sus supuestos consejeros.

-Señor Presidente. Es una situación crítica. Hay que recuperar la estabilidad monetaria. Todos nuestros socios aliados ya han firmado este tratado. Sólo faltamos nosotros. Nos están acusando de pusilánimes, señor. Somos los Estados Unidos, no podemos permitirnos eso.

Pero el presidente Clapton se resistía a firmar ese tratado. Él había hablado personalmente y en secreto con el Rey Peter III, y confiaba en sus palabras de que podrían hacer que todo volviera a la normalidad. Prefería agotar esa

posibilidad antes de tener que renunciar a parte de su soberanía. Sin embargo, reconocía para sus adentros que la situación era totalmente insostenible y caótica, pues el toque de queda que se había decretado apenas se estaba cumpliendo, y los violentos disturbios y saqueos estaban haciendo mella en todas las ciudades y pueblos de Norteamérica.

-Señor Presidente, necesitamos decisiones rápidas y recuperar las comunicaciones para que todo el mundo se entere de lo que está pasando. Si no, no podemos controlar a la gente. Esto se nos ha ido de las manos.

El Presidente, contrariado, cogió la pluma que le ofrecieron para firmar. Sin embargo, uno de sus habituales escoltas abrió la puerta del despacho para anunciarle.

-Señor Presidente, hay una comunicación para usted. Desde Petronia.

-¡Imposible! –negó tajante el Secretario de Defensa-. No existen las comunicaciones vía satélite.

-Sí...- contestó confortado Clapton-. ¿A dónde me la puede pasar?

-Será mejor que venga.

El Presidente, aliviado por al menos haber ganado algo de tiempo, salió del despacho oval ante la cara de asombro de quienes le rodeaban y le pedían que firmara inmediatamente. Recorrió con su escolta la Casa Blanca hasta llegar a la sala de comunicaciones, en ese momento un hervidero de técnicos intentando recabar información de lo que ocurría en el exterior por cualquier medio.

-Hemos recibido una señal extraña por radio de ultra baja frecuencia.

-¿Es posible que llegue desde África?

-Es difícil, pero han conseguido que les detectemos con las emisoras antiguas.

-¿Está autenticado?

-Sí, la señal proviene desde Petronia. Siéntese aquí por favor -le dijo mientras le ofrecía unos cascos con auriculares y micrófonos.

-Al habla el Presidente de los Estados Unidos –se presentó.

-Aquí base central de Ciudad María en Petronia –la voz de Héctor se oía con suciedad pero era perfectamente entendible-. Soy Héctor Gómez. Señor Presidente, estamos siendo engañados. Esto es un golpe de estado a nivel mundial.

-¿A qué se refiere?

-Nosotros no tenemos nada que ver con la caída de la televisión y las comunicaciones. Todo se trata de una excusa para instaurar una dictadura a nivel mundial. La dictadura del capital.

El Presidente se sorprendió porque él había estado a punto de firmar un tratado que podía cuadrar con lo que estaba oyendo.

-¿Y cómo puedo comprobar que es cierto lo que dice?

-El oro. La conversión del plomo en oro, es una gran mentira, era un farol. Es falso. Eso es material y científicamente imposible. Si usted es capaz de reestablecer las comunicaciones, lo anunciaremos juntos, y las cosas volverán a su cauce.

-¡Pero todos los sistemas están caídos!

-Usted puede hacer que vuelvan a funcionar. Utilice a su ejército y sus satélites de comunicaciones. Utilice la fuerza para obligar a las compañías privadas a ponerlos en funcionamiento. Y sobre todo, no se deje influenciar por nadie. Petronia está siendo invadida por un ejército de contratistas. Es muy posible que dentro de un par de días Ciudad María directamente no exista.

-Entiendo.

-Es usted un hombre cabal. Tenga cuidado con los que le rodean.

El Presidente se quitó los cascos cuando se cortó la comunicación. No sabía si las palabras de Héctor le habían reconfortado o preocupado aún más. Volvió a atravesar la Casa Blanca hasta llegar a su despacho, donde le esperaban con expectación los principales miembros de su gobierno.

-¿Y bien? –preguntó el Secretario de Defensa.

-Nuestra prioridad no es firmar ningún tratado económico. Es recuperar las comunicaciones. Quiero que nuestro ejército ocupe todos los centros de control de satélites y de transmisiones de todo el país, públicos y privados. Es nuestra prioridad absoluta desde este momento.

-Pero, señor Presidente –se interpuso indignado el Secretario-. Nuestros aliados están esperando que firmemos. Nos quedaremos solos. Será una catástrofe.

-No tengo nada más que decir. Salgan de mi despacho. Cuando recuperemos las comunicaciones volveremos a hablar.

-Pero...

-Fuera –despachó tajante y serio el Presidente.

Con la llegada de los primeros rayos de sol, comenzaron a caer las primeras bombas de artillería sobre Ciudad María, desde su radio exterior. Miles de vehículos de las tropas extranjeras se posicionaron rodeando la ciudad. Las tropas del ejército nogoles atravesaron en primer lugar la frontera que separaba la Zona Especial del resto de Petronia, con duros combates con la primera línea de defensa de infantería de los militares y los policías petronianos. Pero apenas contaban con fusiles ligeros, ya que Héctor había tomado la decisión de no fabricar más armas de ondas de impulsos por miedo a que fuera intervenida por las tropas invasoras y cayeran en malas manos. Los primeros grupos de petronianos que se enfrentaron, se veían impotentes contra la poderosa artillería de los contratistas. Desde el búnker situado en la zona central de Ciudad María, Héctor y los demás observaban

asustados a través del sistema de cámaras de vigilancia los progresos del imparable ejército enemigo. Las explosiones cada vez se oían más cerca, e incluso se dejaba sentir cierto temblor de vez en cuando dentro de la sala.

-¡Los nuestros están cayendo como moscas! –se desesperaba Jack-. La primera línea de defensa no tardará en caer y entrarán en los barrios periféricos.

-Efectivamente –continuó el profesor Bay con su arrebatador relato en aquella facultad universitaria de Tesalónica-, el poder militar de esa extraña simbiosis militar entre los contratistas y el ejército de Nogolia no tuvo dificultades en atravesar por la fuerza la frontera de la Zona Especial. Los primeros en alcanzar los barrios del oeste, Colonia Carolina y Colonia Cristina fueron grupos de asalto nogoleses. Entraron en las casas dónde se refugiaban los civiles abriendo fuego indiscriminadamente, asesinando, quemando casas, violando a mujeres petronianas independientemente de su edad. Se extendieron rápidamente, como la peste por una población pacífica, sin armas, que apenas usaban palos, piedras y cuchillos para defenderse. Algunas familias se entregaban pacíficamente pero eso no evitaba que sufrieran tremendas palizas y vejaciones por parte de los soldados nogoleses. Sus instrucciones eran claras: hacer el máximo daño posible. Su rivalidad con Petronia venía de lejos, y estaban disfrutando al máximo de su venganza por afrentas pasadas. Mientras, los contratistas disfrutaban como niños lanzando bombas y proyectiles de artillería contra la ciudad. Algunos de los primeros fueron dirigidos contra los niveles -1 y 0, dónde estaban reclusos los presidiarios. Fue una trágica matanza. Algo horrible. Las llamas empezaron a consumir las instalaciones y la prisión sin que tuvieran posibilidad de huir.

El rostro de Charly Bay reflejaba las terribles injusticias que se cometieron en esos días. Muchos de los periodistas sintieron la enorme empatía que provocaba el profesor.

Dos soldados nogoleses abrieron de una feroz patada una de las casas unifamiliares de Colonia Alejandra. Lentamente atravesaron el salón con sus fusiles apuntando al frente. Llegaron a la cocina, y al ver que no había nadie bebieron unos tragos de una botella de licor que encontraron allí. Subieron después por las escaleras hacia las habitaciones, lentamente, buscando petronianos para asesinar. Miraron debajo de las camas, en los armarios. No encontraron a nadie, pero uno de ellos vio un grifo abierto en el aseo, dejando correr el agua. Le hizo señas a su compañero y siguieron las gotas de agua sobre la moqueta. Estaban recientes, húmedas aún. Las siguieron, llevaban hasta un gran armario empotrado de color blanco situado en el distribuidor. Abrieron la puerta del ropero de golpe, y

encontraron a dos chicas negras jóvenes en ropa interior, acurrucadas, muertas de miedo. Acababan de despertarse cuando vieron aparecer a las tropas extranjeras, así que se escondieron allí dentro. Los dos soldados decidieron no liquidarlas, y las forzaron a salir del armario. Las cogieron del pelo, arrastrándolas por el pasillo, entre las risas de ellos y los gritos de desesperación de ellas. Se les ocurrió que podrían violarlas antes de fusilarlas. De repente, uno de ellos notó un profundo corte en su nuca, sus ojos se cerraron y no pudo volver a respirar. Cuando el otro se giró al oír el sonido del cuerpo de su compañero caer al suelo, recibió el potente impacto de un gran machete clavándose en su corazón. Era el cuchillo del Rey Peter. Seguía con la cara pintada y el cuerpo lleno de barro y sangre.

-¿Estáis bien? –le preguntó a las jóvenes, presas aún del pánico, que no fueron capaces de contestar.

-Vamos, tenéis que levantaros y vestiros. Coged las armas de los soldados y seguidme, tenemos que llegar al refugio –dijo mientras sacaba el machete de su padre del pecho de su enemigo, ya sin vida.

A miles de kilómetros de allí, sobre un rascacielos de Nueva York, Kevin Steal asistía atónito al inverosímil espectáculo. Los militares americanos que estaban intentando garantizar la seguridad ciudadana abandonaban el distrito financiero de la gran manzana y se marchaban con sus vehículos blindados. Seguían las ordenes concreta del Presidente de los Estados Unidos de asegurarse que los sistemas de comunicaciones volvían a funcionar. Muchos de estos sistemas simplemente habían sido apagados por operarios sobornados, otros repetidores, por ejemplo, habían sido saboteados. Muchas de las más importantes empresas de telecomunicaciones e informática estaban controladas por empresarios afines al Nuevo Orden Mundial, razón por la que este impresionante corte del suministro pudo hacerse efectivo. Pero con estas nuevas directrices presidenciales, las televisiones debían volver a emitir con normalidad, y las comunicaciones vía satélite debían volver a estar operativas de forma urgente. Kevin, desde el gran ventanal de su despacho, empezó a sentir el miedo en su cuerpo. Él no sabía lo que estaba ocurriendo, pero paralelamente a la marcha de los militares, grupos de jóvenes entraban corriendo en los rascacielos, también en el que se encontraba su empresa. Tras unos tenso minutos, comenzó a oír ruidos de golpes en la planta que pertenecía a su empresa. Él era el único que estaba en todo el edificio, puesto que todos los directivos y trabajadores se habían marchado para estar más seguros con sus familias. Pero él prefirió permanecer allí, en su despacho, con lo que realmente más quería: su empresa. Notó un duro golpe en la robusta puerta negra de su despacho, y muchos y agitados

pasos. Debían ser al menos diez o doce hombres los que estaban al otro lado de la puerta.

-¿Kevin Steal? –preguntó uno de ellos a voz en grito.

El ejecutivo no podía verlos desde su posición y guardó silencio.

-¿Steal? ¡Venimos a buscarle! –le repitieron.

Por un momento tuvo la esperanza de que tal vez esas personas fueran enviados de Alejandro Sesei que vendrían a rescatarle para llevarle a un lugar seguro. Hasta que vio de repente como un afilado hacha atravesaba la puerta violentamente, y a través del agujero que produjo el impacto, se miró cara a cara con varios jóvenes con capucha que le amenazaban.

-¡Ahí está! ¡Ven aquí, rata! ¡Estás en la lista! – le gritaron mientras proseguían con los hachazos y los golpes intentando tirar la puerta abajo. Los jóvenes llevaban impresa la lista Goliat que se había encargado de difundir el alacrán con los nombres y las direcciones de los principales ejecutivos que se habían beneficiado durante años de la gran trampa de las deudas y la usura. Uno de ellos era Kevin Steal que, ante semejante situación, decidió abrir uno de los cajones de su elegante escritorio, sacando de dentro una caja de madera. En ella guardaba el revólver con la empuñadora blanca que su bisabuelo utilizó para suicidarse durante el crack de la bolsa en el jueves negro de 1929. Cargó los seis cartuchos en el tambor del arma, uno tras otro, secuencialmente, a la vez que se oía el impacto de los hachazos hasta que, tras una serie de patadas, los jóvenes lograron entrar en su despacho. Kevin cerró el tambor con un giro de muñeca. Pero no les disparó a ellos. Se puso el arma en la sien, en su cabeza afeitada y apretó el gatillo. Su cuerpo cayó desplomado ante el sobresalto de los jóvenes que no se esperaban esa reacción. Era demasiado orgulloso como para dejar que le cogieran, así que, con la terrible idea de que toda su fortuna se había evaporado al haber hecho grandes inversiones en oro hacía unos días, prefirió quitarse la vida tal y como hizo su antepasado durante el jueves negro de 1929, a escasas manzanas de donde ahora yacía él en el suelo. Lo que nunca llegó a saber Kevin, cuya sangre comenzaba a extenderse por la carísima alfombra marroquí de su despacho, es que aquella enigmática llamada que recibió informándole de que se produciría una fusión de todas las monedas de los países occidentales, aquella llamada que le aseguró que por lo tanto el valor del oro se multiplicaría irremediabilmente, aquella llamada que provocó que realizara la más salvaje inversión de su vida y que le había conducido por tanto a la más dolorosa bancarrota... Esa llamada no la hizo ningún miembro del Nuevo Orden Mundial, sino que la hizo su viejo pupilo Héctor Gómez desde Petronia, sabedor de las consecuencias que tendría.



Ciudad Helena fue una de las últimas barriadas periféricas en ser invadida por las anárquicas tropas nogolesas. Era un barrio fundamentalmente ocupado por altos cargos de Ciudad María, de los que la mayoría eran extranjeros. De éstos, la mayor parte habían recibido amenazas de sus gobiernos natales informando de que serían tratados como traidores o rebeldes si apoyaban el régimen del Rey Peter, por lo que muy a su pesar se habían marchado de allí, dejando la mayor parte de aquellas grandes casas completamente vacías. Sin embargo, aún quedaban algunas casas habitadas. Un pelotón de soldados nogoleses entró abriendo fuego en la preciosa vivienda de Musampa. Rompieron los cristales y entraron en la casa, disparando. Al llegar al salón encontraron atemorizados a Musampa y su mujer, sobre el sofá, casi desnudos. Cuando fueron apuntados por sus armas, él gritó en su idioma natal, el nogolés:

-¡No! ¡No, a mi no! ¡Soy de Nogolia! ¡Coged a esta puta pretoniana!

El hombre que le apuntaba, sorprendido de que aquel hombre le hablara en su propio idioma, se lo pensó durante unos instantes el apretar o no el disparador.

-¡Dejarme vivir! ¡Os ayudaré! ¡Puedo seros útil! -dijo poniéndose de rodillas ante los soldados, mientras su mujer no entendía lo que estaba diciendo.

-Demuestra que no eres un traidor a la patria –le sugirió el jefe del pelotón.

-¡Haré lo que me digáis, pero no me matéis! ¡Por favor! ¡Soy nogolés, como vosotros!

El militar sacó un enorme cuchillo de su cinturón y se lo acercó a Musampa, haciéndole señas con la cabeza para que lo usara contra su mujer. Él lo entendió y, miserablemente, no dudó en coger el machete y atacar a su propia esposa petroniana con tal de salvar la vida. Una vez la hubo asesinado de varias puñaladas, los soldados nogoleses le quitaron el arma y, sin escatimar golpes y alguna patada, le sacaron violentamente de su casa, y le subieron atado de pies y manos en uno de los vehículos, como prisionero.

-¿A dónde te crees que vas? –Héctor no salía de su asombro al ver a María echarse al hombro una maleta roja de paramédico con artículos de primeros auxilios.

-Estudié medicina ¿Recuerdas? –le dijo con carácter-. Está muriendo gente ahí fuera. El hospital está funcionando, pero hay gente que no podrá llegar.

No puedo quedarme aquí viendo lo que está pasando a través de unas cámaras.

-Pero María, María, escúchame... -intentó vanamente convencerla-. Ahora es muy peligroso salir ahí fuera. Tenemos que esperar...

-¿Pero esperar a qué, Héctor? ¿Esperar a qué?

-Mientras siga cayendo artillería es mejor esperar aquí.

-¡Chicos mirad un segundo! –Jack Shack quiso llamar la atención de todos- ¡Mirad las pantallas!

-¿Qué es eso? –preguntó Héctor.

Una de las cámaras de vigilancia de la ciudad estaba captando a un grupo de al menos cincuenta personas andando apresuradamente entre las columnas de humo causadas por las explosiones de proyectiles. Muchos de ellos parecían heridos. Al frente de ellos, Peter con un bebé en brazos, guiándoles mientras entraban en la zona central de Ciudad María.

-¡Dios mío, es Peter! –exclamó César.

-¿Dónde están?

-A unos dos kilómetros de aquí, hacia el este.

-Hay que llevar a esa gente al Hospital Central –opinó María-. Tal vez tengan allí una oportunidad.

-Cogeremos un camión y los llevaremos –dijo Héctor, en parte por contentar a María.

Pero el profesor Bay le interrumpió.

-No, Héctor, tú debes quedarte aquí, es lo más sensato. Si os perdemos a Peter y ti ya sería demasiado.

-No volveré a separarme de María.

Pero ella se interpuso, enojada.

-Héctor, por favor, ya sabes que me gusta hacer las cosas por mí misma, por mi cuenta –le dijo mientras se echaba la mochila al hombro.

-De acuerdo, ir juntos, y llevaros a un par de soldados para que conduzcan el camión y os den protección. Recogéis a Peter y a esa gente, los lleváis al Hospital y volvéis aquí, ¿De acuerdo? Que Jack os intente guiar con los satélites, llevaos un comunicador.

-Prometido –contestó mientras le daba un beso en la mejilla a su amado.

El profesor se esforzaba ante los periodistas intentando dar el mayor número de detalles posibles sobre aquellos tensísimos y trascendentales momentos.

-Así que de ese modo María y yo salimos para recoger a Peter y al grupo de personas que le seguían a través de las calles de Ciudad María. Nos montamos en uno de los camiones solares que había en la puerta del edificio que albergaba la central del área de informática y en cuyo sótano se había construido el búnker y partimos, siguiendo las indicaciones que Jack

nos hacía a través del intercomunicador. Gracias a él no tardamos en encontrarles y recogerles a todos. Recuerdo perfectamente el rostro de Peter. A pesar de la relativa alegría que le dio el vernos, estaba completamente destrozado físicamente. La pintura, el barro, la sangre... Tenía un aspecto realmente patético, terrorífico. Nunca nadie le había visto así. Esquivando algunas barricadas que habían montado los policías y los soldados en las calles, pudimos llegar con todos los heridos al Hospital Central de Ciudad María. Apenas quedaban médicos y enfermos, tan sólo los que eran petronianos, pero eran hombres valientes y no abandonarían su puesto, a pesar de la cercanía cada vez mayor de las explosiones y los disparos.

El profesor recorría el aula de la universidad griega acariciando su barba y remangándose la camisa.

-Recuerdo la claridad del día que empezaba, que se iba turbando por el humo negro. Recuerdo a María Stravinsky muy implicada en aplicar primeros auxilios a aquellos heridos, incluido el Rey Peter. Y recuerdo tener mucho, miedo, mientras viajábamos en aquel camión. Estuvimos cerca de una hora en aquel Hospital, hasta que pude convencer a María de la imperiosa necesidad de que regresáramos con Peter al refugio. Cuando pudimos volver, nos encontramos con una nueva y gran sorpresa. Las comunicaciones habían vuelto, pero sólo en parte. El ejército estadounidense había cumplido con las explícitas órdenes de su presidente, y una gran parte de los satélites comerciales norteamericanos habían vuelto a ser operativos. Creo necesario recordarles que la telefonía móvil de esa parte de África era posible gracias a estos satélites, que vendían una parte de su ancho de banda para ser utilizada en diferentes partes del mundo. Lo primero que hizo Héctor fue intentar ponerse en contacto con el alacrán, pero no obtuvo respuesta. Instantes después, fueron ellos quienes recibieron una comunicación desde el vecino estado de Alania. Al parecer estaban creando un pasillo de seguridad con su ejército para poder evacuar al Rey de Petronia de Ciudad María antes de que fuera rodeada y esto ya no fuera posible. Tropas del país aliado de Alania estaban penetrando en el país por el norte, preparando una posible huida de la cúpula petroniana.

La temperatura era tan fría durante aquellos convulsos días como de costumbre en la provincia septentrional de Quebec. Los contratistas de la empresa NSC debían trabajar utilizando gruesa ropa técnica de invierno, guantes y gorros para poder soportar las bajas temperaturas. Sin embargo, dentro de la enorme y avanzada residencia de Alejandro Sesei el ambiente estaba bastante templado. No sólo por el impresionante sistema de climatización único en el mundo que había instalado y que era capaz de provocar tal sensación de calor que a su alrededor crecían árboles y flores

cuyas semillas fueron traídas desde todas partes del mundo para crear ese complejo ecosistema artificial, repleto de decenas de animales exóticos, algunos de ellos extinguidos como el temible tigre de Java o el gran oso mexicano.

Era como una enorme burbuja desde donde aquel ambicioso hombre pretendía dominar el destino del mundo.

Después de unas agotadoras reuniones con gran parte de los mayores implicados en la instauración del Nuevo Orden Mundial en su propia residencia, decidió que era el momento de hacer algo de deporte en su gimnasio, y pasar un rato en su sauna privada. Más tarde, se encontraba recibiendo un terapéutico masaje a cargo de dos bellísimas mujeres que trabajan exclusivamente para él, ignorante de lo que se le venía encima. A unos quinientos metros de la preciosa estancia en la que él se encontraba, toda una violentísima turba formada por cientos de jóvenes antiglobalización se dirigía irremediamente hacia los dominios de su empresa. Había aprovechado los grandes momentos de caos provocados por la falta de comunicaciones para asaltar una decena de armerías en Estados Unidos, y habían viajado hasta allí en vehículos particulares y camiones en una combativa caravana. Se comunicaban entre ellos por rudimentarios walkie-talkies deportivos que no necesitaban repetidores ni electricidad, y estaban dispuestos a tomar al asalto la central de NSC. Contaban con la información que les había proporcionado Héctor y con otra gran baza más a su favor. Más de cuatro mil indios de la tribu de los Natuaqanek y de otros clanes nativos americanos se habían unido a la lucha, reclutados por el alacrán y motivados por la venganza de la muerte del matrimonio formado por Nanuk y Nalae a manos de los contratistas por haber ayudado a Héctor ocultándole. Un enemigo común les hizo unir en una épica batalla contra la empresa de armamento y seguridad. A pesar de su nula experiencia táctica, las sorprendidas hordas abrieron varias brechas en el sistema exterior de la finca, y pusieron rumbo a la mansión de Alejandro Sesei, entre un desigual tiroteo. Había mucha rabia contenida en aquellos hombres que se lanzaron a una muerte segura al asaltar la sede de NSC, rabia que fue desbordándose en aquellos sangrientos enfrentamientos con los mercenarios.

Cuando el equipo de seguridad, formado por unos doscientos hombres bien preparados y mejor armados, le comunicaron a Alejandro Sesei lo que estaba sucediendo, éste se encontraba completamente desnudo excepto por una toalla, disfrutando de un encuentro sexual con sus dos voluptuosas masajistas. Contrariado, se puso en pie y se vistió rápidamente, exigiendo que se protegiera la casa hasta la última gota de sangre. A toda prisa se dirigió hasta su despacho, desde dónde tenía acceso a todas las cámaras de

seguridad de la inmensa finca. Pudo ver en sus monitores a grupos de indios golpeando hasta la muerte con toscos palos de madera a miembros de su cuerpo de guardia, y a jóvenes con la cara tapada por un pasamontañas lanzando rudimentarios cócteles Molotov incendiarios contra las garitas donde se intentaban refugiar los asustados vigilantes. Por primera vez en toda su vida, el pragmático y gélido Alejandro Sesei sintió en sus vivas carnes el puro terror. Terror por que él siempre tenía todo bajo control, excepto ahora. Terror porque sintió la latente amenaza de que podía llegar a no ser intocable. Y sobre todo, un profundo pavor de que todo el trabajo y las aspiraciones de sus antepasados, que habían volcado en él mismo, podían verse reducidas a cenizas. En las imágenes que estaba viendo pudo ver a sus contratistas gastar su munición contra los asaltantes, abatiendo a decenas de ellos, pero siendo finalmente alcanzados por las granadas de mano o los disparos de las armas que habían podido conseguir en los saqueos. Según se acercaban a la arquitectónicamente revolucionaria mansión, utilizaron numerosas bombas de humo de colores. Una densa niebla, roja, amarilla, verde y azul comenzó a rodear la central de NSC, mientras los tiradores mercenarios apostados con ametralladores en lugares estratégicos disparaban hacia el humo sin ningún objetivo definido. Cuando el sonido de las detonaciones fue tan cercano que casi se podía adivinar de dónde venían, Alejandro tomó una determinante decisión. Le dio la orden a uno de sus ayudantes:

-¡Que preparen el helicóptero! ¡Nos vamos!

Mientras litros de sangre de todas las nacionalidades posibles se derramaba en los amplios terrenos de su residencia, él a toda prisa subió hasta el impresionante techo de la casa, que contaba con tres helipuertos. En uno de ellos, un modernísimo helicóptero de combate Apache X, con el fuselaje negro y rotulado con las siglas de su compañía NSC. En pocos minutos le acompañaban en el tejado dos pilotos profesionales de la empresa, que estaban permanentemente a su servicio. Desde allí arriba se le hizo más presente la gravedad de la situación que estaba viviendo, pues el humo de colores comenzó a rodear su posición, formando un inquietante arco iris que a duras penas dejaba ver nada excepto el resplandor de los detonaciones de los disparos cada vez más y más cercanos.

Con los pilotos en sus puestos, Alejandro Sesei se subió al espectacular aparato, que comenzó la secuencia de despegue agitando majestuosamente sus grandes hélices, provocando que el humo pigmentado se entremezclara en un sensacional.

-¡Rápido! ¡Vámonos! ¡Despega! –gritó a la pareja de pilotos, prisionero del pánico.

El helicóptero comenzó su rápido ascenso, teniendo que recibir algún impacto por los disparos desde la finca de alguno de los asaltantes, que

seguían enfrascados en unos mortales combates con los contratistas ya en el mismísimo jardín botánico de Alejandro Sesei. Éste intentaba recuperar una cadencia normal en sus pulsaciones, cuando, nada más salir de la densa humareda de colores y recuperar la visión los pilotos, recibió otra impactante noticia.

-¿Qué es eso? –preguntó asustado el piloto, intentando llevar el aparato de guerra con la mayor estabilidad posible hacia delante.

Frente a él, algo que nunca habían visto antes. El María One, el fabuloso helicóptero alimentado por energía solar diseñado por Héctor batía sus hélices justo delante de ellos. El sol se reflejaba en su brillante fuselaje de color plata y púrpura. En su interior el piloto alemán Paul Boss lo mantenía estable y, sentado a su lado, el alacrán totalmente ansioso y sediento de venganza por la muerte de su esposa y sus hijos.

El Apache de NSC iba fuertemente armado con ametralladoras de gran calibre, que comenzaron a apuntar contra el María One mientras su piloto intentaba mantener la estabilizar tras las tortuosa maniobra de despegue.

-Eso es un helicóptero de combate –señaló Paul sin dejar de mirar hacia el frente-. Tienen armas, y nosotros no.

El alacrán le contestó a su lado.

-No voy a dejar que se escapen. ¿Recuerdas la fábula de la rana y el alacrán?

Paul le miró durante unos segundos, Él le respondió con otra significativa mirada. El alemán empujó hacia delante la palanca de control de su helicóptero, dirigiéndose a toda velocidad e irremediamente hacia el Apache de Alejandro Sesei. Cuando el piloto de los contratistas vio las impredecibles intenciones de Paul Boss, tan solo le dio tiempo a apretar el disparador en su mandos, de modo que las ametralladoras de su helicóptero de combate escupieron una potente ráfaga de disparos que no impidió que el María One se estrellara estrepitosamente contra el Apache sobre el cielo de Quebec. Esta provocada colisión desencadenó una tremenda explosión al reventar el depósito de combustible del helicóptero de NSC, provocando la muerte casi instantánea de los dos pilotos contratistas, del ciberactivista conocido como el alacrán, y del poderoso magnate Alejandro Sesei, a más de trescientos metros de altura. Elevación suficiente para que el paracaídas de emergencia que llevaba puesto Paul Boss tuviera el tiempo necesario para desplegarse y frenar su inevitable caída al vacío...

Los detalles sobre la creación del pasillo de seguridad que consiguieron crear las tropas de Alania para poder exiliar a la plana mayor de Petronia estaban siendo explicados por el profesor Bay con claridad gracias a esquemáticos dibujos sobre la pizarra del aula de Tesalónica.

-¿Se materializó esa posible huida? –preguntó el periodista chino tras alzar la mano.

-En parte. En realidad llegaron paralelamente tanto las tropas de Alania como las tropas de los contratistas al centro de Ciudad María. Sin embargo, varios grandes proyectiles alcanzaron algunos de los edificios principales, incluido el edificio del búnker. A pesar de las reticencias de Peter de abandonar su propio país para sobrevivir, convenció a la mayoría de los técnicos y operarios que trabajaban en el refugio de que se subieran en los vehículos y siguieran a los recién llegados soldados de Alania a través del pasillo de seguridad hasta el exterior del país. Él tenía muy claro que no se marcharía. El permanecería en su tierra, a pesar de la gravedad de sus heridas, pero nos convenció a todos, a Jack, a María, a mí... de prepararnos para poder marcharnos y huir. Incluso reunió a Héctor y se lo pidió como un favor personal, que no muriera allí ese día. Le dijo que no era su momento.

-Entonces, profesor, si tuvieron la posibilidad de salir del país por ese pasillo de seguridad... ¿Qué ocurrió? –preguntó el corresponsal mexicano. Charles Bay, que había relatado toda la historia con entereza a pesar de su edad y su enfermedad, se derrumbó. Agachó la cabeza y comenzó lentamente a llorar, en silencio, con auténtico dolor, ante su comprensiva audiencia de periodistas. Fueron unos minutos amargos para todos los presentes, incluida Akiko, que aguardaba el fin de la historia desde el fondo del aula.

-Disculpeme... por favor –se excusó-. El recordar ese momento es algo tremendamente duro para mí. Es como si lo estuviera viendo. Estábamos subiendo todos en los coches y los camiones del ejército de Alania, preparando la caravana con la que intentaríamos salvar la vida. Ya habíamos visto imágenes de los contratistas en las pantallas de videovigilancia a apenas trescientos metros del búnker, y a policías petronianos utilizando inútilmente sus pistolas reglamentarias contra las ametralladoras de los mercenarios antes de morir. La situación era caótica, aterradora. Los experimentados hombres de Network Security Contracts se habían reservado la parte final de la batalla, querían ser ellos mismos los

que terminaran de tomar el país y con suerte matar al Rey Peter y vengar la pérdida del teniente Lumen. Y estaban mucho más preparados y eran más sanguinarios que las tropas nogolesas por lo que...

El profesor intentó no irse por las ramas y concentrarse en seguir el hilo de la historia.

-Como les decía, estábamos cargando material en los vehículos, al menos seríamos unas cien personas las que íbamos a formar parte de aquella desesperada huida, sin contar a los soldados de Alania. Entonces oí a Jack Shack mirar hacia el fondo de aquella amplia avenida y decir:

-¡Eh! ¡Mirad allí!

Todos nos dimos la vuelta, y vimos a un hombre joven, de raza negra, caminando, parecía cojear, hacia nosotros. Llevaba ropa deportiva, y los brazos con las palmas hacia arriba. Nadie le reconoció, excepto Héctor, por culpa de su prodigiosa memoria.

-No os preocupéis, bajar las armas, dejar que venga. Es petroniano, está con nosotros desde el principio. Se llama Musampa.

Le recordaba de aquel día en que, siendo aún un niño, tenía dificultades en manejar correctamente un viejo camión durante la fundación de Ciudad María y Héctor le cubrió para que no fuera descubierto el fraude de su edad.

Cuando aquel hombre estuvo a apenas varios metros, Héctor le preguntó.

-¿Estás herido, Musampa?

-No –contestó, mirando al grupo, que continuamos preparándonos para marcharnos de allí, subiendo material de primera necesidad en los camiones.

-Tenemos que salir de aquí –le dijo Héctor-.

-Corre, busca un sitio para subirte en algún coche –le recomendó Peter, que estaba también colaborando unos metros tras él.

Charles Bay se sentó en la silla, y bebió de golpe un vaso de agua entero, no por que tuviera sed, sino para intentar calmar el nudo que aprisionaba su débil y desgastada garganta.

-Aquel hombre empuñó una pistola que llevaba escondida en la parte trasera de su pantalón. Apuntó primero a Peter, por la espalda, en la nuca. Le descerrajó dos disparos en la cabeza, a sangre fría. Recuerdo perfectamente la cara de Héctor, porque fue la última vez que la vi con vida. Fueron escasos segundos. Miró a Peter, después a Musampa, con la boca abierta. Intentó taparse con los brazos, pero los tres siguientes disparos fueron para él. Le impactaron en el torso. El hielo que sentimos todos en ese momento en nuestros corazones nos impidió movernos.

Las lágrimas siguieron inundando los enrojecidos ojos del profesor, al que cada vez le costaba más esfuerzo continuar hablando.



-Todos... Todos y cada uno de los santos días de mi vida me pregunto si pude hacer algo por evitarlo. No hay día que no pase que no me pregunte por qué tuvo que suceder algo así. No era su momento, ni el de Peter, ni el de Héctor. No merecían morir de ese modo, a bocajarro, por un don nadie, por un idiota cabeza de turco. Su propia memoria, al recordar a Musampa, al que hacía más de diez años que no veía, le hizo bajar la guardia a Héctor. Él, confiado, permitió que se acercase al grupo. Fue horrible.

-¿Qué ocurrió después, profesor? Después de los disparos.

-Aquél desgraciado, muy nervioso, ya había acabado con sus dos objetivos principales, pero aún le quedaban balas. Así que siguió apuntando, esta vez hacia Jack, que le miraba impasible. Sin embargo, uno de los soldados de Alania también iba armado y no dudó en abrir fuego contra él. Todo pasó muy rápido, en cuestión de segundos. Un disparo contra Peter, tres contra Héctor, y varios contra Musampa, que cayó fulminado al suelo. Me acuerdo de que María estaba en ese momento cargando varias mochilas con agua y alimento en uno de los vehículos y, tras oír los disparos, se acercó corriendo. Cuando vio los tres cuerpos en el suelo, por un momento pensé que ella sería la cuarta víctima por el angustioso grito de dolor que surgió de sus entrañas. Se tumbó junto al cuerpo de Héctor, y posó su oído en su pecho. Se manchó todo el rostro de sangre, intentando escuchar los latidos de su corazón.

-¡Tenemos que ir al hospital, rápido! –dijo.

A pesar del grave peligro que suponía para el resto del grupo, decidieron subir los cuerpos de Peter y de Héctor en uno de los coches, y se marcharon hacia lo que quedaba del Hospital Central, entre el sonido mortal de las detonaciones y los disparos. Le dije a María que no se fuera, le dije que no merecía la pena.

El profesor tuvo que hacer un gran esfuerzo para continuar relatando la historia mientras se ahogaba entre sus propias lágrimas. Su mujer, Akiko, caminó hacia él, y se colocó tras su silla. Apoyó las manos en sus hombros, para tranquilizarle con devoción.

-No debimos habernos separado –continuó Bay-. Una parte del grupo insistió en llevar a Peter y a Héctor al Hospital, y el resto pensamos que lo mejor que podíamos hacer era salir cuanto antes de aquel infierno, mientras pudiéramos tener el apoyo de las tropas de Alania. Pero María Stravinsky quiso marcharse, y César... Bueno, César en realidad nunca quiso salir de Ciudad María. Era su gran obra, y tenía asumido que moriría a la vez que ella. Sin embargo, María, Luis... Ellos no tenían por qué haber corrido esa suerte. Yo tuve mucho, mucho miedo, lo reconozco. Junto con Jack Shack y el resto de los operarios, no encontré mucho sentido en seguir allí, una vez muertos Peter y Héctor. Nos subimos en los coches, y dejamos a toda prisa Ciudad María, aprovechando el pasillo de seguridad que había creado

el ejército de Alania. Unas horas más tarde, aún conmocionados por la muerte de Héctor y Peter, pudimos llegar al país, y nos creímos a salvo. Otro maldito error. Una vez tomada Petronia, Alania fue la siguiente. Con el tiempo todo el grupo nos separamos, intentamos sobrevivir. Declarado traidor por mi propio país, yo tuve que ocultarme y fui presa de una terrible red de inmigración ilegal, con la que conseguí llegar hasta el desierto, dónde he permanecido oculto durante más de quince años.

Guardó silencio durante unos segundos, recuperándose, tomando aire.

-A Jack le perdí la pista durante la invasión de Alania. Nunca más he vuelto a saber de él. El resto de la historia, ya la saben ustedes. Benjamin Clapton, como ustedes saben, fue el quinto presidente de los Estados Unidos asesinado, tras Lincoln, Garfield, McKinley y Kennedy.

Uno de los periodistas norteamericanos levantó la mano, con una extraña mueca de desaprobación, pero el profesor Bay se refirió a él.

-Sí, ya sé lo que me va a decir. Que oficialmente sufrió un infarto de miocardio mientras hacía footing. ¿Usted se lo cree? Yo desde luego que no. Tras la invasión de Petronia y de Alania estos territorios pasaron a convertirse en un protectorado de Nogolia. Actualmente son dos de las zonas más afectadas por el espantoso virus mortal llamado gripe M, y están prácticamente despobladas y abandonadas a su suerte. Ocupan el último puesto en el índice de desarrollo humano de la Organización Global Unida, la organización que sustituyó a la inútil ONU, y que está absolutamente controlada por el Nuevo Orden Mundial. Muchos de los avances de Héctor nunca se desarrollarían. La energía no fue finalmente liberada, el oro poco a poco recuperó su valor hasta triplicarlo, los países que dijeron que no pagarían su deuda externa están todos arruinados, todo ha vuelto a su cauce. Los bancos han recuperado su poder, incluso se ha llegado a un nivel de usura tal que los intereses habituales son mayores del quince por ciento. Desde aquellos días utilizamos una sola moneda, y somos protegidos por la llamada policía del mundo, la Oficina de Seguridad Global, que controla todos los movimientos y las comunicaciones de cualquier persona, atentando totalmente contra la libertad individual a favor de una falsa sensación de seguridad. Cuando Ciudad María cayó, y volvieron las comunicaciones y las emisiones de televisión, el mundo se despertó convertido en preso de un nuevo y oscuro régimen. Más poderoso y perverso que ningún otro que haya dominado la tierra. Muchas de sus ambiciones se están cumpliendo ya, y otras se irán instaurando relativamente pronto. Una vez, hace años, Héctor, Peter... Todo nosotros quisimos hacerle frente, y ya conocen el resultado. Yo sólo soy un pobre viejo enfermo, al que le quedan con suerte apenas unos años de vida. Pero ustedes son jóvenes, inteligentes y ambiciosos. Por favor, abran los ojos. Utilicen la historia que acaban de oír, para que la muerte de tanto ser

maravilloso como Héctor Gómez, César Brown, Peter Rufán, María Stravinsky, Luis Cuernavaca, Gon Gon, María Gómez... no caiga para siempre en el olvido.

El profesor miró a sus oyentes. La noche ya hacía rato que había caído sobre Grecia, y ninguno de los asistentes había cenado todavía. Ya habían transcurrido más de quince horas desde que comenzó la conferencia, por lo que decidió que era el momento de ponerle fin y emprender la huida junto a su mujer.

-Quiero expresarles mi enorme gratitud por su asistencia hoy aquí. Sé que a muchos de ustedes les supondrá un enorme compromiso e incluso un riesgo potencial para su seguridad el revelar públicamente todas las confidencias que les he hecho hoy. Otros, simplemente, pensarán que son las divagaciones de un viejo loco. Tanto a unos como a otros, sinceramente, gracias por estar hoy aquí. Como ya saben, soy un proscrito, un traidor, un condenado. Tengo que seguir huyendo si quiero mantener la vida y la libertad. Gracias por su tiempo, caballeros, gracias por escuchar la historia de Ciudad María.

De forma espontánea la gran mayoría de los periodistas no dudó en aplaudir calurosamente el tremendo esfuerzo del profesor. Después, Charles Bay se encargó personalmente de dar la mano y despedir uno por uno a todos los periodistas. A los americanos, al chino, al australiano, al griego, al alemán, al marroquí... A todos sin excepción. Pasaron unos minutos mientras recogían sus equipos de grabación, se despedían entre ellos y se marchaban del aula. Hasta que solamente quedaron en la habitación Akiko, el profesor y Phoenix Airam, el blogger tetrapléjico que se movía con una silla de ruedas. A través de su ordenador, habló con el profesor para despedirse.

-Ha sido un relato fantástico, señor –dijo el periodista con la estupenda voz que emitía el altavoz de la silla de ruedas.

-Gracias.

-Sin embargo... Hay un detalle que no me cuadra...

-¿Cual?

-¿Por qué ha mentido? –le preguntó con la dicción perfecta de la interfaz informática.

-¿A qué se refiere? Todo lo que he contado es la más absoluta verdad... - preguntó extrañado el profesor.

-Usted ha dicho que nunca en su vida besó a María Gómez...

El viejo Charles Bay se puso nervioso. Incluso se ruborizó. Le costó articular palabra ante la inesperada pregunta de aquel hombre, al que intentaba evitar con la mirada.

-Pero... Es así... Yo nunca...

-Brooklyn, nueve de octubre de 1985...

Se quedó tan paralizado como aquel hombre postrado en esa silla de ruedas. Se puso frente a él, intentando comprender algo. Por un momento pensó que se trataba de algún tipo de desorientación provocada por su enfermedad neuronal.

-En la cocina. Ella le besó a usted. ¿No lo recuerda?

El profesor dejó volar su desgastada memoria hasta aquel preciso día. Sintió viajar a través de sus maltrechas neuronas. Esa fecha coincidía con el quinto cumpleaños de Héctor. Recordó cómo visitaron los tres juntos el parque de atracciones de Coney Island, y cómo cenaron una sabrosísima hamburguesa en Don Vincenzo. Después volvieron al apartamento donde vivían Héctor y su madre, y posteriormente le regaló un juego de ajedrez al niño. Esperaron a que Héctor se durmiera y, antes de salir de aquel humilde apartamento estuvo hablando con María Gómez. Recordó su profunda mirada racial, sus carnosos labios. Le vinieron a la memoria con todo detalle olores, texturas, sentimientos de aquel maravilloso beso. Era cierto, ella le besó, ante su sorpresa. Recordó el tacto de sus lenguas unidas, y el dulce sabor de la saliva de su madre. Pero no quería estropear la estupenda relación que tenía con el pequeño Héctor, por lo que él decidió salir del apartamento para evitar la latente tentación de caer enamorado.

-Pero –pensó el profesor mientras evocaba aquellos momentos-. Eso jamás se lo contó a nadie, y dudaba mucho que María Gómez lo hubiera hecho. Y sin embargo aquel tetrapléjico de raza blanca al que no había visto jamás en su vida le estaba revelando este profundo secreto que llevaba guardado en el recodo más oculto de su alma.

-¿Cómo?... –preguntó muy tímidamente, mientras se esforzaba en hacer memoria, recordando que la única persona que había además de él y María Gómez en aquel apartamento era el propio Héctor.

-¿Has encontrado Ítaca, Charly? –preguntó enigmáticamente a través de aquel sistema de voz pregrabada que emitía el altavoz de la silla de ruedas.

Durante unos segundos pensó que en cualquier momento podría sufrir un mareo y caer al suelo, y que lo que estaba teniendo era una alucinación o un delirio. Intentó sentir todas las partes de su cuerpo. Piernas, brazos la cabeza. Si, era él, estaba bien, se sentía bien, se encontraba en ese aula de la Universidad de Tesalónica. No se iba a marear, no estaba sufriendo un delirio. Lo que estaba pasando era absolutamente real. Se acercó lentamente, e intentó buscar en el rostro de aquel hombre algo que le resultara familiar, alguna explicación. Pero no veía más que a un hombre blanco, maduro, enfermo, con la cabeza ladeada sobre el reposacabezas, que apenas era capaz de moverse si no fuera por aquel ingenio técnico que le permitía circular con su silla de ruedas y comunicarse a través de un amplificador informático.

-¿Has encontrado ya Ítaca, Charly? –repitió.

-¿Héctor? –se atrevió a preguntar, acercándose a él.

-Ya sabes... Me dijiste que dejara lo mejor siempre para el final. Que no enseñara nunca todas mis cartas...

Al oír esas palabras no pudo sino sentir una profunda y extraña emoción. Y comenzó a creer en la posibilidad de que aquel hombre que tenía delante, por algún extraño motivo, tuviera algo que ver con Héctor Gómez. Se acercó a escasos centímetros, rostro con rostro, intentando penetrar en sus ojos, mientras notaba como los suyos se humedecían progresivamente.

-¿Héctor? –volvió a preguntar.

-El viaje no ha acabado, profesor. Ítaca sigue estando aún muy lejos.

-¿Cómo es posible? –preguntó entre lágrimas, mientras sentía la presión en su pecho que provocaba la emoción-. ¿Cómo es posible? ¡Yo mismo vi cómo te disparaban aquel día!

Pero no contestó.

-Se hace tarde. Es peligroso para todos. Debemos irnos. Pero antes tengo algo para ti.

-¿El qué?

Una pequeña cajonera a la izquierda del apoyabrazos de la silla de ruedas se abrió automáticamente. Dentro había un pequeño envase transparente, con algunas anotaciones y un líquido rosado en su interior.

-¿Qué es?

-Cógelo.

El profesor cogió aquel extraño envase cuadrado en su mano, y se quedó observándolo, intentando adivinar de qué se trataba.

-Ahora debo irme, ambos estamos en grave peligro. Recuerda que las cosas extraordinarias hay que mantenerlas alejadas de las personas ambiciosas –le dijo a través de los altavoces.

El profesor estaba tan completamente impactado que no fue capaz de articular ni una sola palabra más. Mientras vio como el hombre de la silla de ruedas se marchaba de aquel aula, pensaba en cómo era posible aquello, pero no encontró ninguna explicación racional. Ahora ya estaba solo allí, pasaron unos minutos en los que no supo cómo reaccionar. ¿Se trataría todo de una consecuencia de su enfermedad? Se acercó a uno de los grandes ventanales del aula. Desde allí puedo ver a aquel hombre blanco de la silla de ruedas salir del edificio y, cual fue su sorpresa, cuando vio que era recogido por una mujer rubia, junto a un gran coche azul, un Volkswagen. Se fijó bien. Tenía los mismos rasgos característicos de ella. Su mismo pelo rubio y liso, su cuerpo alto y estilizado, su porte elegante. Sí. Tenía que ser ella, María Stravinsky. Pero... ¿Cómo demonios era posible aquello? Habían pasado más de quince años... Ella le ayudó a subirse en el coche. Pero una tercera persona les acompañaba. Bajó también del automóvil. Llevaba un gran abrigo, unas muletas, y destacaba por su abultada melena

rizada, y sus gafas de pasta negra. Unas leves ondas sonoras provocadas por la música que salía de los altavoces del coche pudieron llegar hasta los oídos de Charles Bay. Eran los sutiles compases de Brown Eyed Girl, de Van Morrison.

-Dios mío... ¡Es César! –gritó en voz alta el profesor.

A la carrera, moviendo sus más de ochenta años con todo el ímpetu que podía, salió del aula con rapidez, recorriendo el pasillo de aquella facultad. Su corazón latía enloquecido, y su respiración estaba tan agitada como la de una bestia. Se cruzó con Akiko, su mujer, por el pasillo que, aunque preguntó qué le pasaba, al ver su cara desencajada, no obtuvo respuesta ninguna. Charles salió al exterior abriendo de golpe la doble puerta del edificio. Miró a su alrededor, buscando el coche de Héctor, María y César. Pero no lo encontró. No estaba. Había desaparecido. Salió hasta la carretera, pero no lo volvió a ver. Su esposa le alcanzó en la puerta del edificio, muy preocupada.

-¿Qué ocurre? –le decía-. ¿Qué te pasa, Charly?

-Héctor, Héctor –repetía-. María... y César... Estaban aquí.

Ella le miró, apenada. Pensó que su amado esposo estaba sufriendo algún tipo de desorden mental debido al gran esfuerzo intelectual que había tenido que realizar durante aquella agotadora jornada.

-Tranquilo... Charly, tranquilo... Es mejor que nos vayamos cuanto antes, y puedas descansar...

-¿No me crees? Estaban aquí... Aquí mismo... -abrazaba a su mujer mientras sollozaba, impotente, casi arrodillado-. Es verdad, te lo juro. Héctor ha estado presente durante toda la conferencia...

-Tienes que descansar, mi amor... ¿Qué llevas en la mano?

Él le mostró aquel extraño envase metálico. Intentó ver lo que había en su interior, así que abrió la tapa que tenía. Encontró un pequeño documento con unas anotaciones manuscritas.

-¿Qué es? –volvió Akiko a preguntar.

Él empezó a reírse, sin motivo aparente.

-¿Qué pasa? –insistió ella.

-Phoenix Airam... -le dijo con una extraña sonrisa cómplice-. Airam es María al revés. Phoenix Airam... La leyenda del ave Fénix, que resurge de sus cenizas... -continuaba hablando con la mirada perdida-. Siempre le encantaron las leyendas clásicas...

Akiko le cogió la nota que acababa de leer.

-Dios mío... Aquí pone que es la cura del Alzheimer... La composición química de la medicación necesaria para acabar con la enfermedad.

-Phoenix Airam... -repetía riéndose el profesor-. ¿Cómo no pude darme cuenta antes?

-Pero... ¿Tú crees que funcionará?

El profesor miró a su amada, con el viento del norte de Grecia acariciándoles el cuerpo.

-Héctor jamás fracasa... Jamás fracasa Akiko... -le dijo mientras le abrazaba, reconfortándose entre los brazos de su amantísima esposa.

## EPÍLOGO

Aquella fatídica noche de la caída de Ciudad María, con el estruendoso sonido de las explosiones y los disparos inundando las calles desiertas, apenas quedaban una docena de médicos y enfermeras en el Hospital Central. Los únicos que tomaron la decisión de quedarse a pesar del creciente peligro. Acababan de certificar el fallecimiento del Rey Peter III, a causa de un certero disparo a bocajarro de un ciudadano llamado Musampa que le atravesó el cráneo. Le taparon lentamente el rostro con una sábana, entre las lágrimas de aquellos que estuvieron presentes durante ese trágico momento. Paralelamente, en una habitación contigua, uno de los facultativos, petroniano de nacimiento como todos los que quedaban trabajando en el centro médico, le daba la fatal noticia a María Stravinsky.

-Ha perdido mucha sangre -le explicaba, consternado, junto al cuerpo entubado y agonizante de Héctor-. Ha recibido tres disparos, muy cerca del corazón y han tocado los pulmones. Desgraciadamente, no creo que pase de esta noche. No podemos hacer nada más. Lo siento muchísimo.

Ella se derrumbó y, mirando a su amante malherido postrado y entubado en una cama, lloró sin consuelo.

-Héctor... Héctor... Por favor... No te vayas, no me dejes...

Le rompió el alma ver las sondas que atravesaban su cuerpo para drenarlo, y el pálido color amarillento que estaba tomando su piel morena.

-¿Qué puedo hacer, dime? Tú siempre lo solucionas todo, no es justo, no es justo...

César Brown apareció en la habitación, dirigiendo lentamente su silla de ruedas. Su rostro reflejaba la penosa situación en que todo se encontraba a su alrededor. Posó su mano sobre el hombro de María.

-¿Cómo está? -le preguntó.

-Su corazón dejara de latir esta noche.

-¿Y no hay nada que puedan hacer los médicos?

Ella negó con la cabeza.

-Peter ha muerto -le anunció.



María le miraba, intentando encontrar consuelo.

-Ciudad María se resquebraja. Deberías intentar salir de aquí como los demás antes de que sea demasiado tarde.

-No voy a dejarle. No me iré sin él.

-¿Pero no dices que está condenado?

-Su cuerpo esta prácticamente muerto, pero su cerebro continúa funcionando. No le abandonaré.

-Te entiendo. Se pasó la vida ayudando a los demás, y ahora nosotros no somos capaces de hacer nada por él.

-Eso no es del todo cierto.

-¿Cómo?

-Quiero que me des tu permiso, César.

-¿Para qué?

Ella le miró profundamente, dispuesta a revelarle uno de los grandes secretos de Héctor.

-Cuando murió su madre, se puso como loco, la ira se lo comía por no haber podido ayudarla, ni tan siquiera despedirse de ella. Se le ocurrió diseñar una máquina capaz de mantener un cerebro humano aislado, extraído, como congelado. La idea era que, dentro de unos años, en el futuro, cuando se desarrollase la tecnología, ese cerebro pudiera ser transplantado a otro cuerpo, manteniendo toda la información de sus neuronas intacta.

-¿Y logró su objetivo?

-A mi me contó que el problema fue que cuando tuvo desarrollado el sistema de extracción, y el de conservación preparado, el cerebro de su madre ya llevaba semanas muerto y estaba completamente seco e inservible.

César respiró hondo.

-¿Y esa máquina existe?

-Sí, yo la he visto. Está en su taller, escondida en una sala secreta.

Se miraron, como tomando una decisión conjunta.

-Tendremos que darnos mucha prisa. Los mercenarios no tardarán en bombardear el taller –dijo María.

-No creo q lo hagan –replicó César.

-¿Por qué?

-Tendrán orden de no hacerlo y capturarlo todo tal y como está. Hay allí dentro cosas de un valor científico incalculable.

-Tienes razón. Entonces debemos darnos más prisa aún.

Aquella noche, Luis Cuernavaca, César Brown y María Stravinsky sacaron empujando una cama con ruedas del Hospital Central. El cuerpo agonizante de Héctor reposaba en ella. La subieron en una ambulancia, y recorrieron el par de kilómetros que separaba el Hospital Central del taller de Héctor, bajo el sonido escandaloso de las explosiones y disparos lejanos. Se cruzaron con familias enteras de petronianos que corrían desesperadamente a buscar refugio o alguna posibilidad de sobrevivir.

-¡Pisa a fondo, la cosa se está poniendo mucho peor por momentos!

-Lo sé, señora –contestó Luis Cuernavaca mientras ágilmente pegaba volantazos-. Conduzco lo más rápido que puedo.

Cuando el grupo entró en el taller, todo estaba tétricamente abandonado. Aunque no era así, a María le dio la impresión de que Héctor llevase meses sin aparecer por allí.

Empujando la cama, cargando con el suero, una bombona de oxígeno y las bolsas de drenaje, llegaron hasta la sala donde Héctor guardaba con celo su último gran prototipo científico. Él, al ver el gran entusiasmo de María cuando le enseñó el experimento, le había facilitado la forma de poder entrar en esa sala secreta gracias al reconocimiento de su rostro.

Entre los dos, bajo atenta mirada de César que no podía hacer más desde su inseparable silla, auparon el moribundo cuerpo de Héctor y lo situaron sobre un gran aparato cilíndrico de color plateado con una gran tabla acolchada horizontal en su interior. María encendió todos los aparatos y ordenadores con celeridad, y le dio órdenes concretas a Luis para que fuera también colaborando configurando los sistemas.

La cabeza de Héctor fue introducida en la zona más estrecha del enorme cilindro, siendo monitorizada por el potente ordenador que ocupaba María. El propio sistema fue capaz en minutos mediante el uso de rayos y ondas dibujar un detallista mapa de todas las conexiones neuronales y de la médula espinal de Héctor. Una vez fue dibujado un preciso y milimétrico mapa cerebral, ella activó el siguiente paso del sistema. La maquinaria se puso en marcha, y se levantaron alrededor de él seis mamparas transparentes de protección totalmente selladas, q comenzaron a ser inundadas a gran velocidad por un líquido de color rosado que simulaba el estado químico de presión y temperatura que existía dentro de un cráneo

humano.

La propia máquina se ocupó de realizar cuidadosas incisiones con un láser y un delgado bisturí en su cabeza, su cuello y su espalda, hasta desprender con precisión de su cuerpo el cerebro y la médula espinal.

-¡Dios mío, es increíble! –exclamó César-. ¡Funciona!

-¡Pues claro que funciona, Héctor nunca fracasa! ¡Te lo dije, te lo dije! – corroboró María.

Una vez estuvo separado el cerebro del resto del cuerpo, junto con la médula fue confinado en un cilindro transparente de menor tamaño, de apenas medio metro de diámetro, flotando en aquel extraño líquido translúcido rosado.

El cuerpo ya inerte, sin vida, con el cuero cabelludo desprendido y el cráneo literalmente abierto, quedó expuesto a la intemperie al desaparecer el líquido que le rodeaba.

-Héctor está ahí –dijo María, señalando el pequeño cilindro que contenía el cerebro y la médula espinal de Héctor-. En realidad no somos más que eso, reacciones químicas en un cerebro.

-Ahora solo falta la forma de volver a... –objetó César-. Bueno... ya me entiendes, María.

-Escúchame, Luis –continuó ella-. Tienes que hacer algo importante, vital. Debes de coger el cuerpo, y llevártelo de aquí. Súbelo en la ambulancia y llévalo junto al cuerpo de su madre, en el acantilado de la costa. Que nadie sepa que su cabeza está vacía, es muy importante, ¿De acuerdo? Deben de estar convencidos de que ha muerto.

-Por supuesto ¿Quieres que pase por la funeraria central? Está de camino, y allí tienen la cámara para dar los baños de Telenio, podría meterlo allí antes de dejarlo en el acantilado. Estaría como su madre y Jasmina. Así nunca podrán profanar su cuerpo, señora.

-Eres un genio. Yo le recogeré a él... Bueno, a su cerebro, y destruiré este lugar para que nadie se apodere de todos los proyectos de Héctor. César y yo luego cogeremos un coche e intentaremos llegar al pasillo de seguridad de Alania antes de que se haga de día para intentar salir del país.

-Ten mucho cuidado, Luis –le pidió César.

Los tres se despidieron, con la razonable sensación de que sería la última vez que se verían.

Al marcharse el joven mexicano, María y César buscaron rápidamente algo

con lo que encender fuego, y ella encontró un soplete en una de las mesas de trabajo de la sala principal del taller. En una gran mochila negra metió el cilindro que contenía el cerebro de Héctor flotando en el líquido, y direccionado el soplete hacia varias probetas de etanol y productos químicos provocó que una gran llamarada comenzara a combustionar gran parte del laboratorio. Tuvieron tiempo simplemente para sentir la profunda pena de saber que estaban destruyendo el trabajo de toda una vida única e irrepetible. Pero era la mejor opción, antes de que cayera en manos de los contratistas y, por ende, de los fanáticos del nuevo orden mundial.

A la carrera, empujando María la silla de César, abandonaron el laboratorio, y se subieron en uno de los coches solares que Héctor aparcaba en la puerta, con la mochila negra colgada en su espalda. Grandes fogonazos en el cielo le recordaban lo cerca que estaban los contratistas, y un intenso olor a quemado anunciaba la inevitable destrucción que se cernía sobre Ciudad María. Arrancaron el vehículo e intentaron volver hacia la zona del hospital, para desde allí poder llegar al pasillo de seguridad que tal vez pudiera llevarles hasta Alanía y huir de aquella matanza. Sin embargo, tuvieron que frenar en seco al recorrer un par de calles más. Tropas especiales de los contratistas habían dividido en dos la ciudad. No encontraron la forma de llegar hasta la zona norte evitando a los peligrosos mercenarios, que disfrutaban ensañándose con la desesperada población civil que encontraban y haciendo ostentación de sus modernas armas. Cuanto más se acercaban hacia el norte para llegar al pasillo de seguridad, más frecuentes y potentes eran los disparos que oían. Así que decidieron darse la vuelta al ver que le sería imposible superar la barrera de los contratistas.

No les quedó más remedio que cambiar de dirección e intentar huir hacia el este, hacia la zona de la costa. Tras horas de viaje, salieron de Ciudad María y lograron encontrar un camino que les llevó hasta una despoblada y desértica zona de Nogolia. Aprovecharon la debilidad de la frontera durante esos días de guerra para entrar en el país vecino, y atravesar el desierto del estado dictatorial, furtivamente, de noche, poniendo al límite su resistencia física durante semanas. Finalmente, llegaron hasta Zambia, país dónde intentaron encontrar refugio y permanecieron ocultos durante semanas, meses... y finalmente años. María y César, antes de prender fuego al taller de Héctor, encontraron un extenso cuaderno repleto de las caóticas anotaciones manuscritas con las que desarrolló su máquina. Dedicaron su vida a intentar descifrar aquellas notas y apuntes, y a conseguir el suficiente dinero para comprar el material necesario para poder transplantar el cerebro de Héctor en otro cuerpo. A lo largo de los años, desde el humilde pero efectivo laboratorio que crearon en una remota aldea de las montañas de

Zambia, realizaron miles de pruebas con ratones, con perros y después con monos. Cuando obtuvieron éxito, tuvieron que esperar a conseguir un cuerpo a punto de fallecer por un derrame cerebral de un joven con características físicas parecidas a las de Héctor. Robaron el cuerpo de un cochambroso hospital de Lusaka, la capital de Zambia, y María se atrevió a realizar la complicadísima operación que duró casi sesenta horas. Finalmente, tras varios días de duro postoperatorio, el cerebro de Héctor fue capaz de mandar una señal eléctrica para mover uno de los párpados de su nuevo cuerpo, aún asistido por respiración artificial. Fue necesario trabajar sin descanso durante varios años más para conseguir una máquina capaz de vocalizar y transformar en sonido los esfuerzos de Héctor por comunicarse. Se convirtió en una durísima batalla que libraron los tres. Debido a la enorme dificultad del transplante, el setenta por ciento de las conexiones de las funciones psicomotrices no llegaron nunca a funcionar. Pero todas las funciones vitales que se realizan de manera involuntaria, como el poder respirar, el aparato digestivo, el circulatorio... Todas eran capaces de trabajar correctamente. Poco a poco, a base de penalidades y esfuerzo, el cerebro de Héctor fue paulatinamente adaptándose a su nuevo cuerpo, el envoltorio que lo contenía. Desde la más absoluta discreción que les brindaba el África profunda, María, César y él consiguieron volver a reunirse y trabajar juntos.

Mientras tanto, a cientos de kilómetros de allí, sobre las escarpadas rocas de los acantilados de Petronia, cuatro figuras humanas yacen mirando al cielo, al sol, a las estrellas. Cuatro imágenes que cubren con el resplandeciente material de Telenio el cuerpo de Jasmina, de María Gómez, de Héctor y de Peter, unidos para siempre en aquel santuario secreto. Cerca de ellos, protegidas por la brisa del océano, miles de hermosísimas flores de un vivísimo color púrpura brotaban abriéndose camino entre las piedras, sobre las rocas, por la ladera de la montaña, atravesando los caminos, desafiando a la extinción, negándose a desaparecer...



## BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Jordán Dorado vino al mundo en Madrid el 9 de octubre de 1979.

Desde muy joven se sintió poderosamente atraído por la literatura, el cine y la música.

Tras una infancia feliz y una adolescencia algo desorientada se enroló en las Fuerzas Armadas, dónde llegó a participar en misiones de paz con la OTAN en la antigua ex-Yugoslavia.

Tras finalizar su periplo militar, regentó locales nocturnos durante años, trabajando como pinchadiscos, camarero y portero.

Después pasó una temporada cargando aviones en el aeropuerto de su ciudad, donde siguió disfrutando de una de sus mayores aficiones: conocer gente de la más diversa escala social y procedencia, pero sin olvidarse de su verdadera pasión: la literatura.

Tras una juventud plagada de excesos en busca de experiencias y emociones, aprovecha el equilibrio y la serenidad que le da madurez para por fin encauzar sus dotes creativas escribiendo y, sobre todo, disfrutando con ello.

Actualmente vive con su pareja María y su hija en Alicante, su ciudad adoptiva.





## AGRADECIMIENTOS

A María José García y a Desirée, por aguantarme en el devenir diario.

A mi madre y mis hermanos, por estar ahí haciendo la vida mucho más divertida e interesante.

A mis sobrinos y primos, todos ellos únicos y memorables.

A mi primer filtro, Natalia Dorado, siempre animando y expectante de nuevas aventuras para devorar.

A mi segundo y exhaustivo segundo filtro, Laura García Liberal quien, con la precisión de un cirujano, me arroja luz sobre los lapsus de mi personal estilo.

Al turno de noche, fuente de inspiración de todo tipo de tramas.

A mis amigos, que siempre han estado y estarán.

A mis lectores, allá dónde estén, y allá dónde esté yo. Si al menos disfrutáis una décima parte de lo bien que yo me lo paso escribiendo creo que merecerá la pena todo esto.

Muchas gracias a todos.





